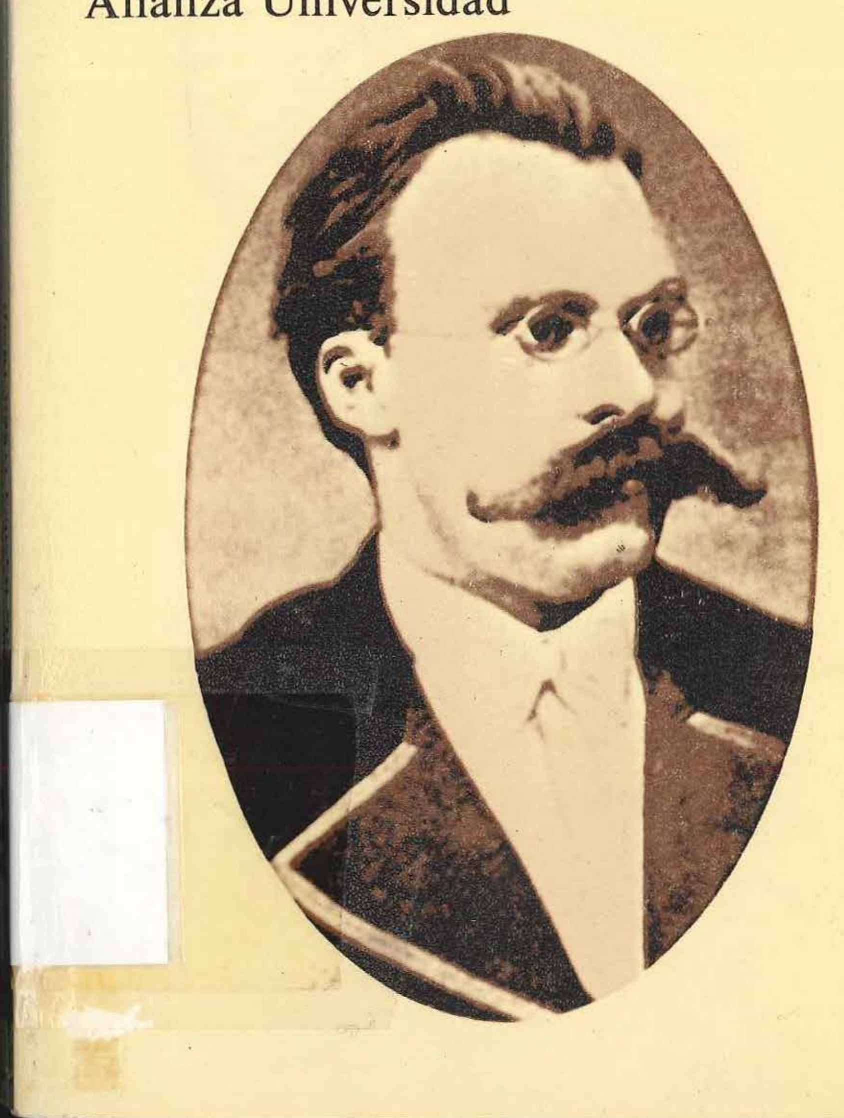
Curt Paul Janz

Friedrich Nietzsche

2. Los diez años de Basilea 1869 / 1879

Alianza Universidad



Alianza Universidad

PLAN DE LA OBRA

Volumen I
Infancia y juventud

Volumen II
Los diez años de Basilea
(1869-1879)

Volumen III
Los diez años como filósofo errante
(1879-1888)

Volumen IV
Los años de hundimiento
(1889-1900)

Curt Paul Janz

Friedrich Nietzsche
2. Los diez años de Basilea
(1869-1879)

Versión española de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera

Alianza
Editorial

Título original:
Friedrich Nietzsche. Biographie. Erster Band
II. Die zehn Basler Jahre (19.April 1869 bis 2.Mai 1879)

Calle Milán, 38; ☎ 200 00 45
ISBN: 84-206-2343-1 (Tomo II)
ISBN: 84-206-2975-8 (O. C.)
Depósito legal: M. 34.795-1982
Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos del Jarama (Madrid)
Printed in Spain

INDICE

Capítulo 1
EL NUEVO ENTORNO

Con su llegada a Basilea entra Nietzsche en un clima completamente nuevo —sobre todo intelectualmente nuevo— que va a tener las mayores repercusiones sobre su evolución. Pero comienza también el período de sedentarismo más largo de su vida: diez años enteros. Habrían de bastarle, primero, para perfeccionar lo ya conseguido, y para superarlo, después, hasta encontrar en ese nuevo espacio el camino hacia sí mismo. El trabajo y la vida en Basilea le brindaron justamente aquella mezcla de soledad, recogimiento interior y entorno amable que necesitaba en aquella época. No tiene nada que ver con Basilea el que la temprana aceptación del profesorado de filología, como malhadada consecuencia de una doble existencia elegida por él mismo desde el primer semestre de Bonn, hubiera de vengarse después de diez años en la forma de un primer hundimiento físico total, puesto que la fatalidad estaba ya en el mismo cometido que falsamente se impuso. Posiblemente el agotamiento físico se hubiera consumado más de prisa de haber estado en otro lugar y en circunstancias más rigurosas, y el conflicto entre profesión y vocación hubiera hecho crisis más rápida y más tajantemente.

Antecedentes

Nietzsche había crecido en medio de unas condiciones ordenadas siempre hacia una cúspide jerárquica. El padre había conseguido su empleo en Röcken por gracia del rey Federico Guillermo, y en agradecimiento el hijo hubo de llevar el nombre del rey. Las mujeres de la familia en Naumburg estaban claramente bajo el matronazgo de Erdmuthe, la abuela de Nietzsche. Después de un corto espacio de tiempo de relativa libertad

en el propio hogar de la madre, Nietzsche permaneció durante seis años como alumno de Schulpforta en el régimen austero del instituto, bajo la dirección de un rector, constantemente obligado al favor y gracia del soberano, que conferían el privilegio de aquella instrucción, buena después de todo. De nuevo, tras un pequeño intermedio de relativa libertad —el año de Bonn—, se puso bajo la dirección de un profesor aventajado, Ritschl, cuya personalidad lo colocaba sin duda alguna a la cabeza de la Facultad de Leipzig. Y, por encima de todo ello, se alzaba la autoridad de un organismo político, cuya cima, fundada a medias en la tradición y a medias en la personalidad, estaba en el soberano y, con el tiempo, cada vez más en el «Canciller de hierro» Príncipe Bismarck. Incluso la organización religiosa, la iglesia evangélica alemana, tiene un primado como pastor soberano.

Basilea antes de 1875

Nietzsche no encontró en Basilea rastro alguno de todo esto. Allí no había ningún palacio con parque que representara el punto esencial arquitectónico en la imagen de la ciudad —nunca había gobernado aquí un príncipe ni manifestado su señorío por medio de construcciones. Tampoco existía una vida cortesana que supusiera el centro de atracción social, ni fastuosas paradas como signo o como pretensión de un despliegue externo de poderío. La catedral, cual excelso palacio, y la universidad eran, desde siglos, los centros, los puntos de reunión y los focos, tanto arquitectónicamente hablando como por lo que respecta a la vida social. Nada sucedía por el favor del soberano, susceptible de conseguirse o de perderse. Todo estaba en manos de los ciudadanos. La universidad era presidida por un rector, elegido por corto plazo por turno entre los profesores. El número de las cátedras y su dotación era determinado por el Parlamento de la ciudad —elegido por los ciudadanos entre los propios ciudadanos. Por eso, ni la enseñanza ni la investigación cayeron bajo el dictado político, pero tampoco se convirtieron en algo aislado de la comunidad política, ni el académico en un personaje extraño para la sociedad. Más bien surgieron de la universidad fuertes impulsos para la vida de la comunidad y no pocos de los docentes allí nacidos se pusieron reiteradas veces a disposición del bien común en organismos o cargos políticos y en instituciones privadas. No había una autoridad estatal impuesta «desde arriba». Los representantes de la ciudad-cantón de Basilea se enfrentaban en constante y ardorosa competencia con los demás cantones del país, también grandemente interesados en su propio progreso, y bastante a menudo se oponían directamente a las autoridades estatales. Y es que aquí se daba una auténtica confrontación política entre liberalismo y radicalismo. Tampoco conoce la iglesia nacional suiza una jerarquía eclesiástica.

En tiempo de Nietzsche el párroco principal de la catedral sólo tenía el título de «antistes», y nada más. Sólo los más significados teólogos de las universidades, en todo caso, conseguían una significación relevante.

Nietzsche venía de un clima en el que florecían las grandes nacionalidades. A sangre y fuego consiguió Bismarck forjar en 1870/71 el «Reich», al igual que Italia, que sólo después de tremendas hecatombes llegó a unirse en un Estado nacional. La variopinta familia de pueblos que estaban bajo la corona de la monarquía del Danubio fue perdiendo paulatinamente vigor existencial hasta la catástrofe del desmembramiento en pequeños Estados nacionales en 1918.

Nietzsche rindió homenaje a ese espíritu de la época todavía durante un corto espacio de tiempo en su entusiasmo bélico de 1870 y en la dedicación al programa político-cultural de Richard Wagner tal como habría de haberse plasmado en las reflexiones sobre el festival de Bayreuth. Pero durante los diez años de Basilea cambió radicalmente, justo en esto, y se convirtió en uno de los primeros europeos de cuño moderno. Ha de quedar como algo muy cuestionable la pregunta de si tal cambio se hubiera producido siquiera en esa dirección en caso de haber accedido al puesto de docente, por ejemplo, en Leipzig (cosa muy probable dada su consideración entre los filólogos de allí). En Basilea experimentó como existencia posible justamente lo contrario, y esa experiencia lo dejó marcado.

El Estado federal suizo desde 1848

Una federación de pequeños Estados (Cantones), compuesta a partir de ciudadanos de ascendencia germana y latina, se había trasformado, a causa de su necesidad de intercambio, en un Estado federal a cuyo poder central le competía estrictamente sólo aquello que era imprescindible para la defensa de la independencia política y económica del todo. Además fue recogida con orgullo la cosecha, con perspectivas de futuro, de las convulsiones sociales revolucionarias que se dieron en Europa en 1830 y 1848, que en ninguna otra parte, en esa época, pudieron conseguir sus metas. Frente a los Estados nacionales vecinos, fundados en la emoción patria, éste era una creación estrictamente política asentada sobre principios racionales. En 1869, 21 años después de la constitución de esa nueva formación política, estaban ya dominadas las enfermedades infantiles más graves, de las que en modo alguno había quedado libre la joven confederación. Políticos extremistas se habían aventurado a jugar el todo por el todo y a empujar al Estado a la aventura de guerras contra las grandes potencias. El «Pleito de Naumburg» con Prusia en 1858 y la aventura de Savoya en 1860 (para liberar a Génova de su cuello de botella geográfico) mostraron rasgos híbridos [95].

Había algo incomprensible para las grandes potencias conservadoras,

interesadas en un imperialismo puramente dinástico: el valor con el que aquí se arriesgaba uno a todo por principios políticos. Ya hacía tiempo que la política de asilo suiza constituía un gran fastidio para los Gabinetes de Viena, Berlín y París. Había significado protección durante años para Wagner, entonces altamente considerado por Nietzsche. La nación fue considerada —no sin razón— como un foco de elementos revolucionarios. En particular, la agitación en la Lombardía, aún bajo el dominio austríaco (Nietzsche conoció personalmente al principal y más temido promotor —Mazzini—), consiguió provocar a un general Radetzki a la decisión de emprender un ataque directo de represalia. El que no se llegara a ello lo debe Suiza al recelo más acentuado cada día y a la sorda desavenencia entre las grandes potencias mismas —y a la mano protectora de la política inglesa que estaba interesada en el mantenimiento de la agitación centro-europea.

Cuando llegó a Basilea, Nietzsche desconocía estas cosas pero gozó de los frutos de esta terca despreocupación por la superioridad de la vieja Europa. Es verdad que Basilea ofrecía una imagen mucho más tranquila que la desmedida política confederada, y sin embargo, también aquí el talante fundamental de la vida pública estaba marcado por la conciencia orgullosa de que se había superado felizmente un gran peligro, y se había acreditado al hacerlo.

Así se encontraron el espíritu de la nueva patria elegida y la propia disposición de Nietzsche al pensamiento revolucionario, aquí pudo Nietzsche abrigar pensamientos-«dinamita»; un entorno tolerante le brindó protección. Pero también le salió al encuentro otro componente totalmente distinto del que no tuvo conciencia plena.

Las preocupaciones de Basilea por su universidad

Basilea tenía su propio problema: los disturbios de los años treinta habían levantado por todas partes, y también en la vieja confederación, una ola de radicalismo político contra el antiguo régimen de diputados. Por todas partes se deshizo y se calmó, sólo en el caso de Basilea la dejaron los diputados confederales llegar hasta el naufragio del barco. El Cantón fue dividido en 1833 en dos medios cantones: Basilea-ciudad y Basilea-comarca (con sede del gobierno en Liestal), con lo que a los ciudadanos del primero se les trazó la nueva frontera tan cerca de las puertas de la ciudad que, tras ellas, casi se ahogaba su municipio. Y más todavía: los bienes del Estado se repartieron, en perjuicio de la ciudad, en una proporción de 64 a 36. El maravilloso tesoro catedralicio fue también repartido y los objetos más preciosos, dado que el nuevo cantón campesino no encontraba ningún uso que darlos, se desperdigaron por todo el mundo a precios ruinosos. De todos modos, también se desaprovechó en la ciudad

la ocasión de volverlos a comprar a buen precio. El Gobierno de Liestal, hostil a la ciudad, también atentó contra los bienes de la universidad. Por medio de cuantiosas aportaciones personales de algunos ciudadanos se pudieron salvar de la destrucción y de la desaparición, volviéndolas a comprar, las colecciones; pero la venerable y secular universidad, fundada en 1460, una de las más antiguas por tanto, estaba de hecho a un paso de la ruina. Por si todo eso no bastaba, los Estados radical-liberales de Berna y Zürich fundaron universidades propias y privaron a Basilea de una gran parte de los estudiantes de los cantones vecinos. Durante decenios, además, se elucubró con la idea de una universidad central suiza, surgiendo inmediatamente la cuestión de su lugar de ubicación. De todo este proyecto no quedó más que la escuela técnica superior federal, fundada en 1855, que, además, fue domiciliada en Zürich, con lo que los ciudadanos de Basilea supieron tanto más claramente qué hubieran podido esperar de una universidad federal[67].

Mermada territorialmente, estrangulada en su economía, diezmada en sus reservas económicas, la ciudad, abandonada a sí misma, tuvo dificultades en mantener siquiera una universidad. La universidad en otro tiempo famosa por los grados de doctor que concedía, apenas pudo llevar a cabo cursos propedeuticos, y a veces, incluso, algunas facultades, como medicina y derecho, permanecieron inactivas porque ni siquiera pudieron ser provistas las escasas cátedras que había. Pero esta obligada reducción del cantón ciudadano tuvo también ventajas, como se habría de revelar pronto. El antiguo régimen de diputados se conservó todavía hasta 1875, pero estaba en manos de ciudadanos muy cultos, generosos y de amplias miras. Esta élite política era a la vez una élite intelectual de académicos, industriales (seda) y comerciantes, cuyos barcos surcaban todos los mares del globo.

Por la afinidad entre unas pocas familias se acumuló, con el correr del tiempo, un amor a la tierra, un orgullo local y una espiritualidad únicas, plasmadas en la urbanidad perfecta de una polis, de una ciudad-estado, como Basilea. En el senador profesor Wilhelm Vischer-Bilfinger tuvo Nietzsche ocasión de experimentar lo que era un típico exponente de esas familias rectoras, como colega, superior jerárquico y protector. Por ahora quede aquí sólo una referencia a la significación que tuvo para Nietzsche el acendrado ciudadano de Basilea Jacob Burckhardt.

Este era el lado espiritual del *factum* «Basilea», el ideal de Nietzsche, que imaginaba el entusiasta de lo heleno y que, con seguridad, se encontró. Esta situación tenía también sus lados prácticos, sin embargo.

La estrechez económica exigió restricciones en el presupuesto del Estado. Con lo que, naturalmente, se planteó la cuestión de si había que mantener la universidad. Siempre es bueno que haya que responder a tales problemas en tiempos de crisis, puesto que es entonces cuando se cuestiona el fondo del asunto. En 1835 todos los oradores se pronunciaron

unánime y convencidamente en el Gran Consejo (Parlamento de la ciudad) *a favor* del mantenimiento de la venerable institución, aunque con servicios muy reducidos, dadas las circunstancias económicas de la comunidad. Rápidamente se formó con los senadores y profesores Andreas Heusler, Christoph Burckhardt, el rector La-Roche y Peter Merian, la «Sociedad Académica Voluntaria» que, por sus aportaciones, más cuantiosas cada día, permitió a la universidad crear cátedras que no estaban previstas en la ley, contratar personas que conservaran las colecciones, ampliar éstas, conceder aumentos de sueldo y de pensiones (en 1879 también a Nietzsche) y realizar conferencias públicas. Jacob Burckhardt habló a menudo en esos ciclos de conferencias de la «Sociedad Académica Voluntaria»; en ese marco habrían de desarrollarse también las conferencias de Nietzsche *Sobre el porvenir de nuestros centros de enseñanza*. Igualmente importante fue el hecho de que, al aumentar el número de miembros de esa sociedad, el reconocimiento y la preocupación por el desarrollo de la universidad se expandiera entre toda la población y la propia universidad se enraizara fuertemente en la conciencia del pueblo y en el orgullo ciudadano.

Por otra parte, los nuevos estatutos de la universidad de 1866 (al igual que los de 1818 y 1835) exigían de los docentes de la facultad de Filosofía que departieran enseñanza en los cursos superiores del bachillerato humanístico (entonces llamado todavía «pedagogio»). Con esta doble ocupación quería la universidad alimentar su relación con los ciudadanos. «Profesores extranjeros que habían enseñado en diferentes lugares, afirmaban que en ninguna parte, como en Basilea, habían sido introducidos en la vida de la ciudad, saliendo a ella de la estrechez de la facultad y de la cátedra[56]. No todos los estudiantes del pedagogio, ni mucho menos, dirigían sus miras a una carrera universitaria, pero muchos de los futuros industriales y comerciantes finalizaron ese bachillerato con el diploma de madurez. Mientras tanto habían gozado de las enseñanzas de profesores de la universidad y, a menudo, les quedaban agradecidos y en relación con ellos de por vida. Precisamente de tales círculos de personas surgieron muchos testimonios preciosos sobre Jacob Burckhardt y también sobre Nietzsche.

Cuando en 1850, bajo la presión del proyecto de una universidad federal, volvió a plantearse la pregunta sobre la permanencia de la propia universidad de la ciudad, sucedió todo sin grandes complicaciones. El 3 de febrero de 1851 el Gran Consejo se pronunció de nuevo, por 81 votos frente a 27, a favor de una universidad propia del cantón. «La universidad debería ser un foco de estímulo intelectual para todos los ciudadanos», se dijo en el Consejo. Con este nuevo respaldo cobraron nuevas fuerzas los amigos más próximos de la universidad. Pusieron manos a la obra para sacarla del nivel de un centro meramente propedéutico y elevarla de nuevo al que tenía anteriormente o a otro más alto todavía. Uno de los más entusiastas promotores de estos intentos fue, en la Secretaría,

en el Consejo de Educación y en el «Pequeño Consejo» (Gobierno de la ciudad-cantón), el helenista Wilhelm Vischer-Bilfinger, profesor y senador. Fue él quien pidió para su facultad el primer seminario que hubo en la universidad de Basilea: en el semestre de invierno de 1861/62 se organizó el «Seminario filológico-pedagógico»[272]. Los nuevos estatutos de la universidad de 1866 abrieron posibilidades mucho mayores al nuevo desarrollo.

Una de las preocupaciones (y dificultades) más importantes continuó siendo durante mucho tiempo la contratación de buenos profesores. La consideración del centro había mermado internacionalmente a causa de los acontecimientos pasados y hubo que recomponerla. El radio de acción que se podía ofrecer a un profesor era más que modesto; todavía en 1870 había sólo 116 estudiantes en total en las cuatro facultades; la mayoría eran teólogos. Incluso a profesores famosos, les podía suceder no poder impartir clase por falta de alumnos. El famoso jurista Andreas Heusler tuvo que quejarse del escaso interés de los estudiantes, y la historia de la universidad cuenta respecto del profesor de derecho germano, profesor Wilhelm Arnold, que «dado que no siempre reunía alumnado para las asignaturas de derecho germano, impartió por propia voluntad, para hacerse útil a la universidad, la disciplina de derecho canónico»[56].

De este modo, la mayoría de las veces sólo se conseguía interesar a jóvenes profesores que utilizaban Basilea únicamente como trampolín y que se trasladaban al poco tiempo, después de haber conseguido alguna experiencia en la enseñanza. Las universidades que permitían, en cierto modo, que sus futuros docentes hicieran las prácticas en Basilea, eran, sobre todo, las de Giessen, Gotinga, Rostock y Königsberg. Por eso encontramos en todas las facultades, en esos decenios hasta el cambio de siglo, algún nombre que luego adquiriría prestigio mundial. A causa de ese cambio constante y rápido no se pudo llegar, naturalmente, a un contacto humano más próximo en el claustro de profesores. Sólo un núcleo pequeño (y por eso más firme), compuesto en su mayor parte por nativos, permaneció fijo. También eso se correspondía perfectamente con el talante esencial de Nietzsche. El no podía ser πολύφιλος (amigo de muchos, es decir, amigo por todas partes). Podía asimilarse a un grupo estrecho de amigos; procuró acercarse a determinadas personalidades distinguidas, y ya nunca las perdió, ni siquiera cuando más tarde, llegara, externamente, al distanciamiento, o incluso a la ruptura, con ellas. Muy pronto hizo suya ya aquella frase que habría de escribir el 11 de noviembre de 1887, en la época de la separación definitiva, a su antiguo compañero Erwin Rohde: «A mi edad y en medio de mi soledad, *yo* ya no pierdo al menos a las pocas personas en las que confié alguna vez.»* Con sus diez años de pertenencia

* En la edición de los *Ges. Br.* II, p. 583, la frase ha sido incomprensiblemente modificada, introduciendo «nicht *gern* mehr» («ya no pierdo *gustosamente*»).

al cuerpo de profesores, Nietzsche se contaba entre los «veteranos» y constituía una excepción en fidelidad entre los docentes inmigrados.

La temprana contratación de Nietzsche

Se ha hablado mucho —y se sigue haciéndolo hoy— sobre cuál era el tipo de contratación de Nietzsche en su juventud.

La universidad, afanada en su progreso, buscaba muy en general fuerzas jóvenes. Dada la permanente necesidad de recambio, las autoridades vigilaban ininterrumpidamente los círculos de los docentes privados habilitados recientemente, a los que se ofrecía en Basilea una oportunidad para el ascenso a puestos superiores en la carrera académica. Así por ejemplo, el más tarde famoso lingüista Jakob Wackernagel se había habilitado como docente privado con Nietzsche en 1876, cuando sólo tenía 23 años, y a la edad de 26 años, en 1879, se convirtió en su sucesor en la cátedra de filología clásica.

La facultad de Medicina contrató en 1850 como anatomista a Karl Bruck, que tenía entonces 28 años, y la facultad de derecho llamó en 1857 a Hermann Fitting, de 27 años, y en 1864 a Gustav Hartmann, de 29 años. Así pues, la juventud no era ningún impedimento, sino al contrario. Y con ello no se vivieron experiencias malas —excepto que la mayoría de los jóvenes docentes se marchaban. Como criterios de contratación, las autoridades universitarias consideraban esencialmente, por una parte, las recomendaciones personales de autoridades reconocidas en la materia y, por otra, la valía de las publicaciones científicas de los candidatos, que era juzgada por expertos.

Por ello, la contratación de Nietzsche, vista desde la perspectiva de Basilea, no tenía nada de extraordinario. El candidato tenía, por lo menos, la edad para una habilitación, la recomendación personal de la autoridad de Ritschl era más que brillante y fue apoyada además con otros informes [242], y las publicaciones en el *Museo renano* eran, para su tiempo, aportaciones considerables al complejo problema, entonces muy poco claro, de la crítica de las fuentes de Diógenes Laercio, que se habría de poner en marcha rápidamente y superar los hallazgos de Nietzsche. Pero en el momento de la contratación no había nada mejor que las publicaciones de Nietzsche. Por eso Basilea le ofreció también a él, como a tantos otros antes y después de él, la oportunidad de una temprana contratación. El que después no siguiera el impulso migratorio de sus colegas alemanes, no puede explicarse más que porque encontró en Basilea un clima intelectual que, a pesar de sus quejas de «relajamiento», le complacía, en cierto modo, profesionalmente. Es verdad que procuró trasladarse a la cátedra de filosofía, pero el cambio lo intentó dentro de la universidad de Basilea. No buscó en ninguna otra parte la posibilidad de obtener una cátedra filosófica y no

aceptó una oferta de Greifswald a comienzos de 1872. Seguramente también prefería Nietzsche la idiosincrasia de los estudiantes de Basilea a las «Burschenschaften» alemanas*. Y, en ese mismo sentido, esta república ciudadana poseía otras características acogedoras.

Basilea, entonces con 30.000 habitantes, era una pequeña ciudad de características medievales, con muro y foso (¡como Naumburgo!), vigilada por gallardos torreones de acceso que, a veces, todavía eran cuidadosamente cerrados de noche. Sólo en 1868, el año anterior a la llegada de Nietzsche, desaparecieron los últimos bastiones medievales [170]. Todavía reinaba en ella ese ambiente burgués de pequeñeces odiosas, y la prensa, entonces floreciente, fomentaba los chismes y se recreaba en las insolencias. Seguramente Nietzsche sacó de ello gran parte de su aversión por una cierta «democratización»; recibió suficiente lección intuitiva sobre la inferioridad intelectual de su lado contrario. Pero ¿de dónde venía *él*? Por más que él, más tarde, se manifestara hostilmente en relación al espíritu provinciano de Naumburg o sobre la «virtud naumburguesa», también él, en su fuero interno, seguía siendo un buen ejemplar de provincianismo. No se encontraba a gusto en el «gran mundo». Sólo «respiraba» confiadamente en el retiro campestre de Tribschen, junto a Lucerna, allí donde Richard Wagner jugaba al «gran mundo». Pero este «respirar el gran mundo» también era característico de la Basilea de entonces.

Paso a una «modernidad» en conflicto con el conservadurismo

En 1844, al enlazar con el ferrocarril francés, que desde Estrasburgo pasaba por Elsass, se consiguió, al menos, el primer enlace ferroviario

* E. Bonjour describe las diferencias en su historia de la universidad [56]: «Nunca correspondió al estudiante de Basilea el lugar privilegiado entre la población, del que gozaba en la romántica Alemania. No se ufanaba desmesuradamente de su posición académica... sino que, más bien, intentaba asimilarse, como un miembro laborioso más, a la sociedad ciudadana... La mayoría de los estudiantes eran miembros de la mediana y pequeña burguesía: hijos de ministros de la iglesia, de funcionarios, de enseñantes, de trabajadores. En modo alguno era la formación universitaria en Basilea un privilegio de los estratos social y económicamente pudientes... Es verdad que el "Musensohn" de Basilea tomó del "Bursch" alemán el gusto por los ejercicios atléticos y por el excursionismo en boga, pero con mayor mesura. Su extravagancia político-nacional, sin embargo, encontró poco eco en Basilea... Tampoco surgió un profesorado político... Por ello la universidad de Basilea tampoco se convirtió, en modo alguno, en un foco de renovación nacional... El duelo estaba prohibido por el código penal de Basilea. La mayoría de las asociaciones del lugar reprobaban por principio el duelo, y consiguieron erradicarlo. Por eso las escasas asociaciones estudiantiles solían enfrentarse principalmente con sus vecinos de Friburgo, bien en Friburgo de Brisgovia, o... en la zona rural de Basilea, donde existía poco peligro de ser descubiertos. Pocas veces llegó un caso a la magistratura, y en los años setenta, ninguno en absoluto.»

de Suiza. Pero hubo que permitir hacer una perforación en la muralla de la ciudad e incluso construir una «puerta del ferrocarril». «Hasta entrados los años cincuenta se cerraban todas las noches las 7 puertas que ya había en la ciudad y la nueva puerta del ferrocarril. Durante la noche desaparecía toda clase de tráfico callejero; sin molestia alguna de ruidos, el ciudadano podía dormir el sueño de los justos»[170].

Hasta ese momento Suiza no tenía ninguna política efectiva con respecto al ferrocarril. Hasta la fundación del Estado federal, en 1848, todo proyecto de construcción de un ferrocarril se estrelló contra las prerrogativas y las querellas sobre la responsabilidad de los cantones. Sólo existía algo de navegación a vapor con ruedas en los lagos. El joven Estado federal no contaba con los medios financieros suficientes y tuvo que dejarlo todo en manos de la iniciativa privada —o en manos extranjeras, como en el caso del ferrocarril de Gotthard—, hecho que levantó por todas partes una firme oposición. Era un momento de cambio radical de todos los principios económicos, sociales e intelectuales.

El Consejo de Basilea, tras larga indecisión, permitió un nuevo enlace ferroviario a lo largo del Rin: el ferrocarril de Baden fue prolongado hasta dentro mismo de la zona urbana de Basilea. El 19 de febrero de 1855 se pudo inaugurar festivamente la estación badense, después de que en 1852 se hubiera fijado en tratados internacionales el *status* jurídico de las instalaciones. Ya se contaba, pues, con una estación de ferrocarril francesa y otra badense sobre suelo suizo: según el derecho internacional esto suponía algo totalmente nuevo, y fue regulado de modo tan moderno que todavía hoy funciona. Pero provisionalmente la ciudad era cerrada de noche, también en ese acceso, por medio de una reja medieval. Así pues, en estas instalaciones se mezclaba una política fronteriza audaz, solucionada internacionalmente de modo moderno, y un apego a viejas formas periclitadas.

Al fin se construyó una línea suiza de ferrocarril: a través de Olten hasta Berna, como línea matriz de la llamada «Sociedad central de ferrocarriles». La estación inaugurada el 4 de junio de 1860 fue emplazada, sin embargo, fuera de la ciudad. Por ello, de nuevo hubo que abrir en la muralla otra salida de la ciudad que sirviera de acceso a la estación y, también en este caso, el Consejo exigió que fuera cerrada por medio de una empalizada y que se la vigilara policialmente*.

La ya largamente exigida desfortificación de Basilea fue incoada sólo el 27 de junio de 1859 por la «Ley de ampliación de la ciudad». Se estaba ya totalmente de acuerdo sobre la falta de valor estratégico de las instalaciones. Además, las murallas estaban mal conservadas, los fosos, a trechos

* Por eso todavía hoy la estación queda más bien en el extrarradio, aunque las nuevas construcciones la han sobrepasado con mucho. La nueva salida de la ciudad era accesible hacia dentro, por la Elisabethenstrasse.

tan rellenos que ya no eran realmente fosos, y el poder de protección, dado el nivel adquirido en la técnica armamentística, no podía seguir manteniéndose ni siquiera como ilusión. Pero el viejo artesanado ciudadano y el pequeño comercio temían que, con la apertura de la ciudad, entrara una gran masa incontrolada de mercancía barata, sin pagar derechos de aduana, que arruinara la industria autóctona. La nueva concepción liberal logró finalmente superar esos reparos. La razón de más peso para la larga indecisión era la preocupante exigencia monetaria del cantón Basilea-comarca: Si por el desmantelamiento de los fortines y trincheras surgieran «bienes estatales», es decir, suelo explotable, de acuerdo con el contrato de reparticiones de 1833, habría que entregar de nuevo a Liestal los dos tercios del beneficio. Y en efecto, el gobierno de Liestal, el 16 de noviembre de 1859 —26 años después de la querella entablada y de la repartición del cantón—, hizo valer oficialmente sus derechos, alargando otra vez su mano hasta la economía de la ciudad, ya saneada por entonces. Después de un largo y duro proceso, en el que participaron también relevantemente docentes de la universidad, la ciudad fue liberada de tal exigencia el día 29 de octubre de 1862; a pesar de ello, el 31 de mayo de 1863 pagó la entonces notable suma de 120.000 francos como definitiva liquidación de cualquier posible oscuro derecho. Con ello la ciudad quedaba libre, por fin, para desarrollarse. Rápidamente cayeron las murallas, las sillerías de los fortines fueron voladas, y sólo se conservaron, como recuerdo monumental, tres puertas. Uno de los últimos bastiones en caer, fue el «baluarte de las ranas» («Fröschenbollwerk») que cayó en 1868 al «Lyss» cerca de la Spalentor, y en el mismo año se le concedió a la universidad, muy cerca de ella, en la Petersplatz, el «baluarte alto» («Hohen Wall»), para que la Sociedad Académica Voluntaria pudiera fundar allí el «Bernoullianum», así llamado en honor a la famosa familia de matemáticos.

El nuevo hogar de Nietzsche

Nietzsche se estableció en una arteria ciudadana de nueva construcción, surgida sobre el rellano de los antiguos fosos, a pocos pasos de la imponente Spalentor[170] y de las últimas y generosas ampliaciones de la uni-

* «Entre las puertas de Basilea la Spalentor ocupa un lugar muy destacado. Ninguna de las numerosas construcciones defensivas de la ciudad ha sido adornada exteriormente con tantas obras de arte como el acceso que se ofrecía al que llegaba de la región de Sund. Pero incluso en su concepción arquitectónica, la puerta es tan peculiar que a duras penas se encontrará en Centroeuropa un ejemplar más vistoso de construcción defensiva... Seguramente fue a principios del siglo XV cuando la elevada torre recibió en su lado exterior los ricos adornos esculturales,... María con el niño y los profetas son obras que parecen guardar mucha relación con las de la Parlerschule de Praga. Asimismo, alrededor de 1400, se anexionaron a la torre de la puerta las dos torres laterales redondas que dan ese carácter peculiar al conjunto... Sin que

versidad, primero en Spalentorweg 2, y después en Schützengraben 45 (47 en la numeración actual), en una manzana de casas de un piso, adornadas de acuerdo con el gusto de la época.

El lugar, allá al borde de la ciudad, era espléndido: jardines y campos extensos en las cercanías, la vista libre hasta la Selva Negra y hasta los Vosgos; un lugar parecido a su casa de Naumburgo en el «Weingarten».

Un buen andador tarda diez minutos hasta los edificios de los colegios, a orillas del Rin, y lo mismo hasta el pedagogio, «sobre el castillo» en el Mentelinshof de la plaza de la catedral; primero, a través de la vaguada por la que corre el arroyo Birsig, y después, al otro lado, subiendo por las estrechas callejuelas hasta el llamado cerro del castillo, coronado, no por un castillo, sino por la catedral del mismo estilo gótico que el centro de la ciudad vieja en general. El románico desapareció en 1356 a causa de un terremoto, y el barroco nunca pudo instalarse en la archiprotestante Basilea, excepto algunos pocos edificios civiles, gallardos pero moderados.

Así se ofrecía a Nietzsche el nuevo entorno a su llegada en 1869.

tenga nada que ver con su finalidad defensiva, la antepuerta está profusamente cubierta d esculturas en las almenas y modillones... Ya desde el principio, el que entraba en la ciudad había de hacerse una primera idea de la riqueza de la comunidad de Basilea.»

Capítulo 2
LA «ISLA DE LOS BIENAVENTURADOS»

El 9 de noviembre de 1868 Nietzsche escribe a su amigo Erwin Rohde en una carta en la que, todavía preso de la excitación causada por el inusitado suceso, le narra el primer encuentro personal con Richard Wagner en Leipzig en casa del profesor Brockhaus: «Al final, cuando nos disponíamos a salir, él (Wagner) me apretó calurosamente la mano y me invitó amistosamente a visitarlo, para tratar de música y de filosofía.»

¿Hasta qué punto consideró seria Wagner esta invitación, hasta qué punto podía hacerlo? ¿Qué pudo imaginarse por «visitar», y qué pudo esperar de ello para el futuro, para *su* futuro?

Richard Wagner tenía ya 56 años. Tras él quedaba una existencia dramática, llena de grandes momentos, pero sobre todo de humillaciones. Sólo hacía cuatro años que, estando en la más extrema y desesperanzada miseria, había despertado el favor y la gracia del entusiasta rey de Baviera, el joven Luis II. Wagner era uno de los hombres más respetados y a la vez más odiados de su tiempo, creador de una obra tan imponente como revolucionaria, y por eso discutida; una personalidad demoníaca, mágica, no sin un recubrimiento protector de charlatanería. La fuerza de los acontecimientos había hecho necesaria su retirada de las candilejas de Munich, metrópoli de la cultura; encontró un refugio idílico en Tribschen, cerca de Lucerna, en el lago de los Cuatro Cantones. Justamente en la época en que conoció a Nietzsche en Leipzig, se encontraba en medio de una lucha ardiente por la que había de ser la compañera de su vida —Cosima—, que todavía era la esposa (¡por matrimonio católico!) de su amigo y precursor, el director de orquesta Hans von Bülow. La evolución de sus circunstancias personales todavía podía tomar cualquier dirección, incluso la más desfavorable para él. Se encontraba frente a decisiones importantes y que condicionarían su destino. Cosima permanecía en

Munich hasta el desenlace de las complicaciones creadas por ella y por Wagner.

Sin Cosima, su Tribschen le resultaba desierto y abandonado, razón por la cual hizo este viaje: para dominar su tenso nerviosismo. Todavía en aquel momento era una pregunta abierta si «Tribschen» llegaría a ser un futuro consumado o sólo un bello sueño. En tales circunstancias ¿qué significado pudo dar a la invitación? ¿Dónde debía visitarlo Friedrich Nietzsche, estudiante, joven y sin fortuna, de filología clásica en Leipzig, que acababa de cumplir 24 años?

En noviembre de 1868 nadie podía sospechar siquiera que sólo pocos meses más tarde el joven universitario, que todavía no se había doctorado, ni mucho menos habilitado, habría de ser requerido como profesor de filología clásica, y precisamente en Basilea, muy cerca, por tanto, de Tribschen. Wagner no podía esperar sino una única visita ocasional en el curso de un viaje de estudios o de vacaciones, visita que duraría unos días y durante la cual Nietzsche seguramente se alojaría en la posada de Tribschen. Hasta ahí sí podía ser sincera su amistosa invitación a aquel adolescente, más de 31 años más joven que él, sorprendentemente inteligente y apasionado admirador de la música. Wagner siempre buscó —y necesitó— contactos, y los buscó también con gusto en las generaciones más jóvenes.

Sin embargo, para Nietzsche esa invitación significaba mucho más. Se sintió afectado en su fibra más íntima, llamado por el destino, ¡él, que tanto creía y siguió creyendo en él! Seguramente, cuando dos meses más tarde comenzaron las primeras conversaciones con su maestro Ritschl sobre su posible contratación por Basilea, esa invitación y la situación de la cercana Tribschen, tuvieron un gran peso en sus deliberaciones y, sobre todo, en sus sentimientos. Los planes, trazados con gran cariño, sobre un viaje de estudios a París junto con su amigo Rohde, la exigencia de ampliar sus conocimientos con estudios de ciencia natural para, desde ahí, acceder mejor a su objetivo vital, la filosofía: todas estas cosas las arrinconó. A pesar de la clara conciencia de que era demasiado temprano para él, aceptó el yugo del profesorado de filología, para conseguir el contacto y la «amistad» del primer hombre superior con el que se había topado. Ni siquiera el compromiso adquirido con el amigo más cercano entonces a su corazón, Erwin Rohde, sirvió de contrapeso. Y eso que Nietzsche no podía suponer todavía el alcance que habrían de tomar las vivencias de Tribschen a causa del encanto que dimanaba de la mujer más importante, de «la mujer más venerada», que habría de encontrar, Cosima, que sólo tenía 7 años más que él y, por tanto, por edad, estaba más cercana a él que a su amigo Wagner.

El 19 de abril de 1869 llegó Nietzsche a Basilea. De principio, naturalmente, estuvo plenamente ocupado en hacerse de algún modo a unas circunstancias totalmente nuevas. Además, en los primeros días de mayo

comenzó el semestre en la universidad y las clases en el pedagogio. Verdaderamente no había contado con mucho tiempo, después de su propuesta en febrero, para preparar una dedicación exclusiva de ocho horas semanales como docente y seis horas de clase como maestro del último curso del bachillerato. Y a pesar de ello, en medio de esos apuros de tiempo y de trabajo, siguió el llamado de aquella invitación tan imprecisamente formulada, puso a prueba al destino, y ya el 15 de mayo, el sábado anterior a Pentecostés, de 1869 emprendió viaje a Lucerna y de allí peregrinó a Tribschen para intentar una visita, sin haberse anunciado.

La primera visita en Tribschen

No parece, incluso, que Nietzsche mismo estuviera del todo convencido del compromiso que podía suponer una invitación formulada hacía seis meses, en la lejana Leipzig y en medio de una conversación nocturna. No se puso en marcha hacia Tribschen, su meta, con pasos firmes y seguros. Había concertado con unos conocidos una visita al llano de Tell en el llamado «Urnersee», el brazo sur del lago de los Cuatros Cantones que prolonga el alto valle del Reuss. El ferrocarril no llevaba entonces más que hasta Lucerna, donde era *necesario* cambiar al barco de vapor. Y sólo aquí, ya en el campo de atracción del imán de Tribschen, se decidió definitivamente, aunque con paso indeciso, a caminar a través de los prados de cañaverales de la todavía no cultivada ribera del lago, durante media hora, hasta una accidentada protuberancia del terreno: «Tribschen». ¡Una andadura de graves consecuencias!

Era todavía por la mañana. Wagner solía trabajar hasta las dos de la tarde. Desde el 1 de marzo se ocupaba de la composición del esbozo del tercer acto de *Sigfrido*, que acabaría el 14 de junio. A nadie le estaba permitido interrumpirlo durante el tiempo de trabajo, tampoco a la «Señora baronesa», Cosima (que mientras tanto había vuelto definitivamente a Tribschen, después de haber solucionado con éxito sus asuntos en Munich). Precisamente era ella quien cuidaba como un cancerbero de que no se turbara la paz que el maestro necesitaba para trabajar. Se cita muy a menudo un relato según el cual Nietzsche da al sirviente (tuvo que ser Jakob Stocker) su tarjeta y, tras un corto tiempo de espera, es invitado a la tardía comida o si no el lunes próximo después de Pentecostés, después de que Wagner se hubo informado de si ese tal Prof. Nietzsche que estaba a la puerta era el mismo que el Sr. Nietzsche que, todavía como estudiante, había conocido un día, hacía de ello seis meses, en casa de su cuñado en Leipzig.

Por más adecuado que parezca y aunque ello proviniera de un relato del propio Nietzsche, lo que sucedió realmente dentro de la casa y *quién* fue el que formuló la invitación, son cosas que ya nunca podrán ser deter-

minadas con seguridad. Parece dudoso que fuera Wagner mismo. Ni Stocker ni Cosima se hubieran atrevido, seguramente, a interrumpir el trabajo del maestro por una bagatela como la visita no anunciada de una persona desconocida para ambos. Pero Tribschen era una casa hospitalaria y Cosima llevaba todo en ella con gran boato, particularmente cuando se trataba de dar acceso hasta el maestro a nuevos y jóvenes admiradores. Por eso, quizá fue ella, también en este caso, quien tomó una decisión que habría de convertirse en un *factum* histórico de gran importancia.

El diario[258] de Cósima no menciona *esta* visita. También es verdad que esos días salía a ratos a los recados. ¿Quizá en el momento preciso en el que se presentó Nietzsche? Ella anota: «de vuelta a casa oigo a Richard», lo que quiere decir que durante su trabajo ella estuvo, al menos parte del tiempo, en casa.

Cualquier otro epíteto con que se pretenda adornar esta primera visita exige reserva crítica. Tras la respuesta, Nietzsche permaneció largo tiempo indeciso ante la casa. Oía acordes que venían de la mano de Wagner, que, según parece, corresponderían, como recordaba más tarde, a aquella parte del tercer acto de *Sigfrido* que dice: «Se ha olvidado de mí quien me despierta». Pero la nota más temprana de Nietzsche [P II 9 b, pág. 184] constata simplemente: «El sábado anterior a Pentecostés viajé temprano a Lucerna y, puesto que me sobraba tiempo para coger el barco de vapor, me fui caminando medio indeciso hacia Tribschen. Permanecí mucho tiempo inquieto ante la casa, escuchando sin cesar un doloroso acorde. Invitación a comer aceptada para el lunes de mi proyectado viaje al llano de Tell.» Wagner componía el tercer acto de *Sigfrido*, pero el que justo en ese día estuviera en aquella parte del texto que Nietzsche indicara más tarde, es algo posible pero no obligado. ¡Precisamente en relación con Wagner, Nietzsche se hace acreedor de algunas mistificaciones!

Nietzsche sigue anotando, en el lugar citado, sobre esta primera visita: «Mientras tanto, días agradables con Osenbrügge, Boretius y Exner*,

---

* Los tres eran profesores en la facultad de derecho, y Osenbrüggen rector, entonces, de la universidad de Zürich. ¿Cómo llegó Nietzsche en tan poco tiempo a trabar conocimiento con profesores de otra facultad en Zürich? Probablemente a través de sus compañeros de mesa en Basilea, Schönberg y Hartmann (cfr. p. 304 s.) Nietzsche, por tanto, se movía de principio casi exclusivamente en el círculo de los «profesores alemanes exilados en Suiza».

Eduard Osenbrüggen nació el 24 de diciembre de 1809 en Uetersen-Holstein; en 1843 llegó a ser profesor en Dorpat, ciudad que tuvo que abandonar a causa de sus opiniones políticas liberales; en 1851 vino a Zürich como docente de derecho penal. Proveniente de una escuela filológico-histórica, trabajó mucho sobre la historia del derecho alemán y suizo, y se aclimató a Zürich (se nacionalizó en 1868). Murió el 9 de junio de 1879 en Zürich.

Alfred Boretius, nació el 5 de febrero de 1836 en Meseritz-Posen; en 1868 vino a Zürich a enseñar derecho alemán, pero, como no se encontraba a gusto con una política liberal y federalista como la Suiza, ya en 1871 se fue a Berlín, y más tarde a Halle. Paralítico desde 1886 a causa de una dolencia de nervios, murió en Karlsfeld-Sachsen el 1 de agosto de 1900.

igual que con su hermana, en la pensión Imhof. El lunes, con el barco de la mañana, a Tribschen (desde "Rössli", en coche de punto), baronesa von Bülow [Cósima, por aquel tiempo, se presentaba siempre como «Baronesa von Bülow»]. Fotografía. Con Wagner de nuevo a Rössli, invitación cordial.» Con ello, Nietzsche había entrado en la vida y en el mundo de Tribschen. Otra vez se trataba de un mundo totalmente nuevo, que lo envolvió y adquirió fuerza configuradora sobre él.

Lucerna en el tiempo del Concilio Vaticano I[275]

En contraste con Basilea, que, en el ángulo noroeste de la nación, quedaba abandonada a los vientos alisios de la política europea, Lucerna está cerrada en el interior entre las estribaciones de los Alpes y en la encrucijada de importantes caminos comerciales del interior de la nación. En el lago, y en sus múltiples ramificaciones, se desarrollaba, desde siglos, un animado tráfico de transporte desde y hacia Bernischen, desde y hacia Gotthard. Lucerna había sido, alternando con Zürich y Berna, sede de la asamblea de los organismos federativos centrales; pudo haberse convertido en capital federal de no haber desempeñado durante los años cuarenta el papel de cabecilla de una federación separatista católico-conservadora dentro de los estados confederados. Lucerna, como miembro orgánico de la Suiza central, había sido respetada por las conmociones religiosas y políticas de la Reforma. Sólo hacia la mitad del siglo XIX habría de arrostrar, en cierta medida, un contagio tardío de la crisis espiritual. Con la llegada de los jesuitas y la fundación de un seminario jesuítico en Lucerna, llegó a su culmen la discrepancia con las regiones vecinas, comprometidas con el liberalismo. En la guerra de la federación separatista de 1847 fue vencida y obligada a adoptar un gobierno liberal[95].

Resulta verdaderamente sorprendente que no quedara resentimiento alguno después de ese enconado conflicto. Sólo diez años más tarde, el 5 de marzo de 1858, las autoridades de Lucerna recomendaron a la pequeña comunidad reformada la construcción de un templo propio y permitieron una colecta que resultó muy fructuosa. El 29 de septiembre de 1861 pudo inaugurarse la nueva iglesia reformada de Mateo (detrás del hotel «Schweizerhof»), en la que en 1870 habrían de casarse Richard y Cosima.

Adolf Exner, nació el 5 de febrero de 1841 en Praga; fue docente de derecho romano en Zürich desde 1868 a 1872. Aunque se sentía bien allí —mereció la amistad de Gottfried Keller—, se marchó a Viena. Murió el 9 de abril de 1894 en Kufstein/Tirol[277].

En la hermana de Exner —Marie— Nietzsche encontró, por vez primera, ese ánimo alegre austríaco que, más tarde, tanto apreciara en Resa von Schirndofer. Eduard Kranner describe acertadamente la amistad de la hermana de Exner con Gottfried Keller[143].

Cuando en 1870 el Concilio Vaticano I declaró dogma la infalibilidad del papa en materia de doctrina, se apoderó del mundo católico una agitación peligrosa. Pero también esta crisis fue superada en Lucerna con calma y decoro. Bajo la dirección del acreditado profesor de teología lucernés Dr. Eduard Herzog se emancipó la comunidad de católicos viejos (o cristiano-católicos), a la que las autoridades ciudadanas cedieron la iglesia del Auxilio de María (Mariahilfkirche) para sus prácticas religiosas. El grueso de la población permaneció, sin dudarlo, fiel a la religión romano-católica. Y precisamente el ejemplo de Lucerna en ese tiempo de crisis del conflicto entre la Iglesia y el Estado («Kulturkampf») en Alemania y en otras partes, muestra claramente cómo la convicción firme en las propias creencias puede permitirse el lujo de la libertad y de la tolerancia.

Sólo a causa de la efectiva tolerancia de esta comunidad (una tolerancia que no conocía todavía Basilea en ese tiempo) era posible la existencia que Wagner llevó en Tribschen con Cosima hasta la legalización de sus relaciones el 25 de agosto de 1870. También esto fue para Nietzsche una experiencia nueva de una comunidad política que, en cualquier caso, contrastaba con «Naumburgo». Pero la magnanimidad de la pequeña ciudad (contaba entonces con 14.000 habitantes aproximadamente) tenía también otro origen.

Protegida como estaba por el espíritu militar de las regiones que la rodeaban, la ciudad pudo, mucho antes que Basilea por ejemplo, emprender la desmantelación de las fortificaciones, librarse del Medioevo y convertirse en una ciudad abierta.

Las primeras demoliciones comenzaron ya el 1833 y no tuvieron, por tanto, que ser activadas tan tempestuosamente; así, por ejemplo, la última reliquia, la «Bruchtor», fue derribada sólo en 1867. Por suerte se conservaron las «Museggtürme», que poseen un carácter arquitectónico peculiar. Así, tampoco hubo problemas a la hora de dar acceso al ferrocarril, que, además, se construyó muy tarde. La primera comunicación por ferrocarril desde Aarau a través de Olten llegaba, de principio, sólo hasta Emmenbrücke (acabada el 9 de junio de 1856). Hasta la apertura de la conexión con Lucerna el 1 de julio de 1859, los omnibus de los hoteles (tirados por caballos) tenían que recoger a los huéspedes en Emmenbrücke: ¡un tráfico animado era aquello! Puesto que existía en Olten una conexión con Basilea por medio del «Ferrocarril central suizo», que abrió en 1858 su línea matriz hasta Berna, desde entonces se pudo viajar en tren de Basilea a Lucerna. Desde aquí el viaje hacia el sur se continuaba en barco. Una sociedad de navegación a vapor, fundada ya en 1835, hacía funcionar todavía su primer vapor a ruedas por medio de combustión de leña y con ayuda de velas (primer viaje el 26 de septiembre de 1836). Desde el embarcadero de Flüelen se seguía por diligencia (en invierno con trineos) hasta atravesar el paso del San Gotardo. De este modo tuvieron que viajar Nietzsche y su hermana a Lugano, todavía en febrero de 1871.

Zürich buscó pronto enlace con esta vía de comunicación. El 30 de mayo de 1864 pudo ser inaugurada la línea Zürich-Lucerna, sin la que a duras penas hubiera podido realizarse la imprevista visita a Tribschen del rey Luis II, que vino desde Munich el 22 de mayo de 1866 al cumpleaños de Wagner. La línea a Berna, pasando por Langnau, sólo entró en funcionamiento el 9 de agosto de 1875. Hasta ese momento el mejor camino desde Berna, camino que también Nietzsche hubo de tomar a veces, era el que pasaba por los lagos de Berna, después, con coche de punto, a través del Brünigpass, y desde Alpnachstad de nuevo en barco hasta Lucerna. ¡Así pues, viajar era entonces algo realmente fatigoso y lento!

Sin estas facilidades para viajar, que habían surgido hacía poco, serían inimaginables tanto la estancia de Wagner en Tribschen, su actividad, sus viajes repentinos, como también las visitas de fin de semana de Nietzsche. ¡Y cuántos impulsos espirituales no dimanaron de aquel lugar idílico, posibilitados por esas facilidades!

Los nuevos medios de comunicación aumentaron la afluencia de visitantes y admiradores ilustres, con y por los que Lucerna recorrió su camino de apertura y tolerancia. Uno de los centros de atracción más importantes era el cercano Rigi, que se hizo famoso por la pintura y la literatura (Goethe) de la época. Hacía tiempo que era posible una subida al Rigi al amanecer, por la estación «Klösterli», desde el siglo XVI un conocido lugar de peregrinación y de gracia*. A partir de 1821 Lucerna contó con una atracción artística especial al erigir el «Löwendenkmals» [monumento al león] (llevado a cabo según los planos de Berthel Thorwaldsen, por el escultor Ahorn de Constanza), que había de jugar un papel en la «experiencia-Lou» de Nietzsche.

Los nuevos tiempos exigían imperiosamente una generosa construcción de las calles, particularmente de los muelles, y de los hoteles. Entre los logros más destacados hay que contar el del «Schweizerhof», con su muelle armónicamente correspondiente, el «Schweizerhofquai», construido por el arquitecto de Basilea Melchior Berri. Berri profesaba el estilo neoclásico y contribuyó a definir la imagen ciudadana de Basilea. El comienzo de las obras tuvo lugar ya en el año 1844, pero su culmen, con las dos dependencias que lo flanquean, se hizo esperar hasta 1856 —dos años después de la muerte de Berri. Aquí llegó el conde Leo Tolstoi el 7 de julio de 1857, y aquí escribió su novela *Lucerna*[245]. Se entusiasmó con el paisaje; y le molestaban los nuevos muelles tan rectos y los ingleses pavoneándose por ellos, a quienes podía imaginarse en cualquier otra parte del mundo, pero no «en medio de esta naturaleza suave, particu-

* Napoleón Bonaparte visitó el Rigi. El 7 de agosto de 1819 lo hizo el rey Federico II de Prusia (¡el protector del padre de Nietzsche!), y el 10 de agosto de 1820, el zar Alejandro I de Rusia.

larmente grandiosa y a la vez indeciblemente armónica». Quizá también Nietzsche adquiriera aquí su aversión, a menudo expresada, a los ingleses...

Pero esos ingleses estaban sentimentalmente más unidos a Lucerna de lo que Tolstoi suponía. Puesto que cuando en 1869, bajo el impulso desaforado de renovación, se quiso hacer desaparecer el Kapellbrücke, fueron protestas inglesas las que salvaron el monumento. En 1870, ya con el nuevo Seebrücke además, la vista y el recorrido que el muelle del lago ofrecía a Nietzsche, eran los mismos aproximadamente que se nos ofrecen ahora a nosotros; sólo faltaba la nueva estación, que fue construida en 1895/96.

Lucerna estaba abierta también a la vida social y musical. En 1837/39 se había construido un teatro donde celebraban conciertos las asociaciones musicales. El 1 de febrero de 1869 se unieron los dos coros masculinos más importantes para formar el «Orfeón lucernés» bajo la dirección del director Gustav Arnold de Altdorf. Ya desde 1867 este Arnold era el profesor de piano de Daniela, la mayor de las hermanas Bülow, en Tribschen.

También en Lucerna, por tanto, se podía hablar desde 1870 de un «paso a la modernidad», pero sus bases eran otras totalmente diferentes a las de Basilea. Nietzsche volvió a conocer aquí, en aquella época revolucionaria, un nuevo camino peculiar de evolución de una comunidad. Lucerna era, en su fuero íntimo, tranquila, equilibrada. No estaba implicada, por una universidad floreciente, en las disputas de la vida intelectual europea, era más bien la anfitriona de la sociedad ociosa del «gran mundo» de entonces; y fue aquí donde por primera vez el joven Nietzsche entró en un cierto contacto con ese «gran mundo». Entregarse, nunca se entregó a él.

Richard Wagner en Tribschen

En esta atmósfera, mezcla de publicidad y de recogimiento, se había retirado temporalmente Richard Wagner para coger aliento antes de su escarpada ascensión a la cima de su vida, que supondría su obra de Bayreuth. También Nietzsche volvió siempre a buscar esta atmósfera, para «coger aliento», incluso en los años posteriores a sus vivencias de Tribschen. ¡Tribschen!

Muros de hasta ocho metros de anchura nos remiten a los cimientos de una construcción medieval, y un viejo grabado (hoy en las habitaciones de la casa transformadas en museo) nos sorprende con el aspecto hosco que ofrecía el edificio hasta el siglo XVIII. A comienzos del siglo XIX la casa fue reformada hasta adquirir la forma actual; aunque verdad es que, en 1933, al pasar el inmueble a la ciudad de Lucerna, el arquitecto jefe de la ciudad hizo desaparecer el balcón que daba al lago y las edificaciones

occidentales de la cocina y los establos, tal como habían servido a Wagner, con lo que se consiguió un acceso directo al jardín situado en la pendiente que baja al lago.

Cada uno de los tres pisos está dividido en cinco o seis habitaciones, no muy grandes por cierto; pero esta fuerte división del espacio permitía, sin embargo, acoger a un gran número de personas e instalar gabinetes de trabajo. También pertenecía a la posesión un caserío, situado aproximadamente a 200 metros en dirección al campo; allí vivían los numerosos criados de Wagner. El complejo entero era como una pequeña corte. Cartas de Wagner y de Cosima a los más dispares destinatarios, cuentan animadamente quién vivía allí y todo lo que allí sucedía: Wagner, Cosima con sus hijas Daniela, Blandine, Isolda y, más tarde, también Eva; el 6 de junio de 1869 se añadió además su hijo Sigfrido. Una educadora, una niñera, el ama de llaves Verena Weidmann, casada desde el 28 de enero de 1867 con Jakob Stocker, que se convirtió en el «administrador de palacio» (el matrimonio tuvo el primer hijo el 4 de octubre de 1868), el criado Peter Steffen, una cocinera y una doncella. Durante meses estuvo como invitado el joven músico Hans Richter.

Wagner profesaba un gran amor a los animales. Por ello se rodeó de cuadrúpedos y de aves. Había un gran perro negro de Terranova, Russ, el pequeño faldero, Koss, el bueno de Fritz, un viejo caballo, y Grane, un caballo regalado por el rey de Baviera. Cosima había traído de su mansión de Munich una pareja de pavos, Wotan y Fricka. Había además gallinas y corderos, y, finalmente, también un gato. Todos ellos eran para Wagner «miembros de la familia» y, como tales, en sus cartas y en las de Cosima, jugaban un cierto papel de personalidades. Así, Cósima escribía a su hija Daniela: «Hace poco, los pavos, el corderito negro, Koss y Russ, las gallinas y el gato, todos ellos fueron juntos, pacíficamente, de paseo, como los músicos ambulantes de Bremen.»

Por desgracia Nietzsche no compartía con Wagner ese amor a los animales. Era en exceso un *homo sapiens* y mantenía el «*pathos* de la distancia» con respecto a la naturaleza bruta. *Sus* animales, el águila y la serpiente simbólicas del *Zaratustra*, no son ni amables ni vivaces. Tampoco son auténticos animales, sino personas que actúan bajo una máscara. En este sentido no le fue dado acceso alguno a la «naturaleza» tantas veces por él invocada.

Quizá por eso era tanto más receptivo respecto al otro componente de la naturaleza de Tribschen: el paisaje. «Esto es hermoso y sagrado por encima de cualquier representación», manifestaba Wagner el 6 de mayo de 1866 a Heinrich Porges; y antes, poco después de su mudanza, el 15 de abril de 1866, al rey Luis II: «A donde quiera que dirija la mirada desde mi casa me encuentro rodeado por un auténtico mundo encantado: no conozco ningún lugar más hermoso en este mundo, ni más acogedor que éste[84].» Eso mismo sentía Nietzsche.

Hay que conocer el sitio para poder comprender todo su encanto. Al fondo, el espacio está coronado y protegido, a la vez, por la silueta del macizo de Pilatus, en cuyas estribaciones queda la posesión, como si estuviera en el dedo meñique del pie de un gigante. Hacia adelante y a ambos lados, la vista se abre, por encima de la superficie del agua, hasta las suaves colinas cercanas, y, más allá de ellas, hasta las imponentes formaciones montañosas de la lejanía. Reina aquí la paz, pero no la soledad. Precisamente la tranquila superficie del lago ofrece una imagen de actividad comercial. Cosima escribía sobre ello ya en el otoño de 1866: «Hoy... una mañana espléndida —día de mercado—, barcas y barcas de Uri, Schwyz y Unterwalden, hacia el mercado de Lucerna: una vista maravillosa, indeciblemente hermosa sobre esta superficie lisa y apacible del lago, donde cada barca se mece en medio de un círculo refulgente de plata. Una mañana así no resulta cara pagada con todo un molesto mes de invierno.» Wagner se fijó en ese Tribschen cuando, el 30 de marzo de 1866, Viernes Santo, viniendo con Cosima desde Ginebra, a través de Berna y el paso Brünig, hacia Lucerna, con la intención de buscar en esa región un hogar tranquilo para él y para la amiga recientemente conseguida, pasaba con el vapor casi rozando esa mansión señorial. Ya el 2 de abril estaba decidido a alquilar Tribschen. El 4 de abril visitó toda la finca y con fecha 7 de abril de 1866 cerró el contrato de arrendamiento con su dueño, el coronel Walter Amrhym, por un precio anual de 3.000 francos (incluido el mobiliario), que correspondía exactamente al sueldo inicial de Nietzsche como profesor de Basilea. Así pues, se pensaba llevar un gran tren de vida, se cambió y aumentó la decoración interior, en un estilo recargado al gusto romántico, como una permanente decoración teatral, que para nosotros ya es algo imposible de soportar; con todo ello se exhibía un estilo de vida que era exactamente todo lo contrario de las costumbres puritanas que conocemos de Nietzsche. Resulta incomprensible que no sintiera repulsión, ni resultara ofendido su fino olfato estético, ante tales arreglos, para los que Cosima no se cansaba de inventar nuevas formas.

Igualmente asombrosas —tanto para los actores como para los espectadores— son las «escenificaciones» en casa de Wagner. Sólo un ejemplo: Para el cumpleaños del maestro, el 22 de mayo de 1871, Cosima había preparado el siguiente cuadro en el salón: todos agrupados en torno al maestro, ella con el ropaje de Sieglinge (de las *Valquirias*) y las hijas vestidas, Daniela como Senta (*Holandés errante*), Blandine como Elisabeth (*Lohengrin*), Eva e Isolda como sus heroínas homónimas (*Maestros cantores* y *Tristan*), ¡y todavía Cosima/Sieglinge con el niño Sigfrido en los brazos! Evidentemente disponían de todos esos trajes en el mismo Tribschen.

Detrás de esas fruslerías y entre esos bastidores teatrales, sin embargo, brillaban para Nietzsche unas personalidades que ejercían sobre él una atracción demoníaca irreprimible. El reconocimiento de ello se manifiesta

así en una carta a Rohde del 3 de septiembre de 1869: «Por cierto que también yo, como tú, tengo mi Italia; sólo que yo sólo me puedo cobijar allí los sábados y domingos. Se llama Tribschen y ya me resulta totalmente familiar. Ultimamente he estado allí cuatro veces, separadas por cortos espacios de tiempo, y además casi cada semana una carta sigue el mismo camino.

»Queridísimo amigo, todo lo que allí aprendo y veo, oígo y comprendo, es indescriptible. Créeme, Schopenhauer y Goethe, Esquilo y Píndaro, viven todavía.»

Tales estremecimientos y embelesos románticos no se los habían deparado Naumburg ni Pforta, Bonn ni Leipzig, y tampoco Basilea era un ambiente apto para ello. Y sin embargo, con ello había aflorado en su ser íntimo un lado que hasta entonces sólo había resonado en algunas de las canciones que había compuesto, pero que pertenece al acorde total de su esencia, exactamente igual que pertenece su inteligencia penetrante. Precisamente en esa admiración y ligazón del profesor Nietzsche a Tribschen se manifiesta claramente la ambivalencia de sus características intelectuales y anímicas, su contradicción interna. El péndulo entre la vida docta de Basilea y la «isla de los bienaventurados», vivida como un sueño, expresa significativamente la fatal duplicidad de su existencia.

Y todavía superó, aparentemente sin reparos, otro escollo: A Cosima la conoció en avanzado estado de gestación, como señora von Bülow aún no separada legalmente, que vivía desde hacía cuatro años una relación libre con el maestro Richard, a quien pronto le iba a dar el tercer hijo. El hechizo que lo dominaba fue también quien lo ayudó a pasar esto por alto. Entre su existencia burguesa y Tribschen había una puerta mágica, a través de la que dio el paso a lo irracional.

Capítulo 3
EL ESTRECHO CIRCULO DE COLEGAS DE BASILEA

El día después de su llegada a Basilea, Nietzsche escribía a su madre y a su hermana: «Ya estoy en la vivienda provisional, que no os puedo describir más exactamente de lo que lo ha hecho Vischer. Es bastante fea, pero tiene la ventaja de que sólo está a veinte pasos, casi enfrente, de mi vivienda definitiva. En ésta, sin embargo, me sentiré seguramente a gusto; al menos, las habitaciones que tiene mi colega Schönberg, entre las que están destinadas a mí, dan una impresión muy agradable.»

Esta vivienda provisional estaba en Spalentorweg 2. La casa donde está ubicada hace justamente esquina con Schützengraben. Aquí hubo de aguantar Nietzsche hasta finales de junio, hasta que pudo trasladarse a la vivienda definitiva de Schützengraben 45 (hoy número 47). De todo ello, de la vivienda provisional y de la definitiva, se había encargado también Wilhelm Vischer.

La carta sigue diciendo: «Como en Recher, en la estación central, con mis colegas Schönberg y Hartmann. Estoy sorprendido de la calidad de los alimentos, que no se parecen en nada a los de un restaurante... Echo mucho de menos, aquí a mi lado, a una persona amiga. Quizá porque hasta ahora estaba acostumbrado a otras cosas.» Estas son, pues, las impresiones del primer día. A todos los demás cambios y adaptaciones a un entorno totalmente extraño hay que añadir, además, un sentimiento de vacío y abandono por el hecho de tener que vivir ahora lejos de un hogar entrañable y sin el calor de un trato amistoso, en una vivienda de soltero poco acogedora, y tener que contentarse con el trato distante «entre colegas», sin encontrar siquiera en la facultad un primer contacto, dado que Schönberg era economista y Hartmann jurista.

Gustav von Schönberg era uno de los muchos jóvenes académicos alemanes que pasaban entonces por Basilea para volver de nuevo a Ale-

mania[65]. Nacido en 1839, venía de Prusia-Silesia, donde había sido lector en una academia agronómica. Permaneció un año en Basilea (1869/70), para ir después a Friburgo de Brisgovia, desde donde, a causa de la proximidad geográfica, continuó cultivando sus buenas relaciones con Basilea.

Gustav Hartmann fue llamado a Basilea como profesor ordinario de derecho romano privado, en 1864, a la edad de 29 años, siendo entonces privado en Gotinga. Trabajó significadamente en derecho hereditario. Después de ocho años de actividad, también él se marchó a Friburgo, en 1872. Estos eran, pues, los compañeros de mesa de Nietzsche en los primeros tiempos.

El seminario filológico-pedagógico fue organizado en el semestre de invierno de 1861/62 a propuesta de los profesores Wilhelm Vischer-Bilfinger, Otto Ribbeck y Franz Dorotheus Gerlach (sus firmas figuran en este orden en el acta de solicitud)[272]. Quizá la sugerencia partió de Ribbeck, e incluso es posible que fuera la condición para aceptar su cargo, puesto que ya había instalado un seminario así en su anterior empleo en Berna, en 1859. Vischer fue quien se ocupó de conseguir que las autoridades dieran el visto bueno a la solicitud. Ribbeck era alumno de Ritschl, nacido en 1827, de 34 años cuando aceptó la cátedra de Basilea en 1861, donde permaneció sólo tres semestres, trasladándose después a Kiel. Fue también biógrafo de Ritschl.

Su sucesor en Basilea fue otro alumno de Ritschl, Adolf Kiessling, que sólo tenía 25 años. Permaneció en Basilea hasta 1869, desde donde fue requerido por Hamburgo, con lo que dejó el camino libre para Nietzsche, que entonces era un poco más joven todavía. Pero no dejó abandonada a la universidad, puesto que se dirigió a su antiguo maestro Ritschl en busca de un posible sucesor. Este paso seguramente no lo dio sin el consentimiento e incluso sin el encargo de su colega y superior jerárquico, el senador Vischer. Así fue como entró en juego de nuevo un alumno de Ritschl.

Puesto que Ribbeck era sucesor directo de Vischer en el cargo, Nietzsche se convirtió, a través del puente Ribbeck-Kiessling, en sucesor indirecto de aquel hombre a quien debía su llamada a Basilea y que habría de ser siempre para él un tutor fiel y complaciente.

El profesor Wilhelm Vischer-Bilfinger

Wilhelm Vischer nació en Basilea el 30 de mayo de 1808, como vástago de una familia de senadores y comerciantes. Era, por tanto, cinco años mayor que el padre de Nietzsche, y a la llegada de Nietzsche a Basilea era ya un hombre de 61 años[253,111]. Le había cabido la suerte de una esmerada educación y formación. En 1816, a la edad de ocho años, entró en el aristocrático instituto educacional del pedagogo reformista de Berna,

Emanuel von Fellenberg, situado en Hofwyl, cerca de Berna, frecuentado también por hijos de príncipes y donde a él se le permitió permanecer nueve años. En Hofwyl se cuidaba mucho del fortalecimiento físico, la formación lingüística comenzaba con griego, al que seguía un año más tarde el latín, y sólo en los últimos cursos se añadían lenguas modernas e historia, hasta la modernidad. Ya en mayo de 1825, Vischer pudo matricularse en Basilea en historia y filología, donde sus principales maestros fueron los profesores Fr. Kortüm y Franz Doroteus Gerlach, de quien se habría de convertir en colega en pocos años. En otoño de 1828 se trasladó a Bonn a estudiar con Niebuhr y Welcker (arqueología), y en la primavera de 1830 fue a Jena, donde el 19 de abril de 1831, con apenas 22 años, se doctoró con una tesis de latín. Buscando una comprensión más universal de la Antigüedad fue todavía un año a Berlín a estudiar como alumno de August Boeckh; con ello cerraba sus estudios con las primeras autoridades de su tiempo.

En 1832 Vischer regresó a Basilea, donde en octubre se desposó con Emma Bilfinger. A comienzos del año 1833 fueron confiadas a este joven que sólo contaba con 25 años una vicaría en el pedagogio para la enseñanza del griego, y unas lecciones en la universidad sobre la tragedia de Esquilo *Prometeo encadenado*. En junio de 1835 fue nombrado profesor extraordinario, y en mayo de 1836, profesor ordinario, de lengua y literatura griegas.

Vischer, por tanto, podía ver en el joven Nietzsche, tan encarecidamente recomendado por Ritschl, una repetición de su propia historia: en un caso, nueve años en Hofwyl; en el otro, seis años en Pforta. Ambos estudiaron en Bonn: él tres semestres, Nietzsche dos. Los dos terminaron su estudio fundamental en universidades vecinas, él en Jena, Nietzsche en Leipzig, y ambos con el peso sobre el griego; ambos llegan a igual edad al reconocimiento académico. Todo esto tuvo que tener una gran resonancia en Vischer, resonancia que le daría el tono para su solicitud paternal por el joven candidato.

La filología griega no tenía un nivel especialmente alto en Basilea en los decenios anteriores a la entrada en el cargo de Vischer. Sólo por medio de él y gracias a su extraordinaria formación y al ejemplo siempre presente de sus maestros, fue «elevada al nivel de una materia seria y que había que tomar en serio». «El es quien consiguió un puesto entre nosotros para la ciencia de la Antigüedad en el sentido de August Friedrich Wolf y de August Boeckh... De August Boeckh, el creador del monumental *Corpus Inscriptionum Graecarum*, Vischer recibió estímulo para la epigráfica, que había de ser durante toda su vida uno de sus campos favoritos. Pero sobre todo enseñaba la entonces nueva concepción de Boeckh de la ciencia, a la que se había adherido: que la ciencia era el conocimiento histórico de la actividad toda, de toda la vida y la obra de un pueblo en un determinado corte del tiempo; que el concepto de la filología coincidía en el

sentido más amplio con el de la historia. En el espíritu altamente artístico de Friedrich Gottlieb Welckers se habían aunado, como en ningún otro antes que él, la poesía, la religión y la mitología, y el arte figurativo griegos, para formar una imagen unitaria del espíritu griego[272].»

Para Wilhelm Vischer era un deseo ferviente el que no se volviera a perder la altura, penosamente conseguida, de la meticulosidad científica, y cuando se retiró de su cátedra para hacerse responsable también de la universidad, como senador y presidente de todos los asuntos educacionales de la ciudad, mantuvo casi completamente en sus manos las posibilidades de su salvaguardia. Por eso se preocupó siempre de conseguir helenistas formados en la rigurosa escuela de Ritschl, y entre ellos incluso un antiguo *alumnus portensis*. Por las características de su propia formación poseía también comprensión, e incluso una cierta afinidad, con los impulsos artísticos de Nietzsche y con sus esfuerzos por conseguir una visión global histórico-mitológica-artística de la antigüedad griega, a pesar de las conclusiones de Nietzsche, que seguramente habían de resultarle extrañas. Pero los temas de las lecciones y de las clases prácticas de Nietzsche tuvieron que gustarle. El sincero reconocimiento que la enseñanza de Nietzsche encontró en las autoridades no es, pues, desde este punto de vista, extraño en absoluto. El que ambos derroteros vitales, a pesar de sus primeros paralelismos, hubieran de diverger tan completamente, se funda en las diferencias de procedencia y de disposición.

Apenas vuelto a Basilea Vischer vivió en la mayor proximidad los disturbios que llevaron en 1833 a la división del cantón: su padre había de conducir como coronel las tropas ciudadanas contra los insurgentes aldeanos. Por tanto, la derrota y la pronta separación del cantón, repercutieron directamente en la familia. El joven Wilhelm, decepcionado por el trato desdeñoso que la Dieta había procurado a su ciudad natal, se convirtió en un conservador y federalista consecuente. Pronto se puso a disposición, como político, de la comunidad vejada, entrando en 1834 en el Gran Consejo. En 1847 se defendió contra el llamamiento confederado de la tropa corporativa de Basilea para la destrucción de la federación separatista, y en 1848, con el anatomista Schönbein, pugnó por una garantía de libertad de creencia y de conciencia en la nueva constitución federal; en ambos casos, sin éxito (la libertad de conciencia fue admitida sólo en 1874, en la reforma de la constitución). Victoriosamente, sin embargo, luchó en 1851, por medio de un escrito convincente, aparecido anónimo, contra la universidad confederada y a favor de la conservación de la cantonal, propia de Basilea, cuyo mantenimiento y proporción fue una de las tareas de su vida. Casi durante tres decenios impartió Vischer, además de las clases de la universidad, la lección de griego en el pedagogio, hasta que en 1861 pudo exonerarse de ello, gracias a la contratación de Ribbeck, para ponerse a disposición de la curaduría de la universidad y del Consejo de Educación, y de la inspección de toda la instrucción pública de Basilea.

Desde esa posición pudo también llevar a buen término entre los órganos políticos pertinentes la instalación del seminario filológico en 1862. Cuando en diciembre de 1867 fue elegido en el Pequeño Consejo presidente de toda la instrucción pública —con lo que era, *ex officio*, presidente también de la Curaduría y del Consejo de Educación—, tuvo que renunciar a su profesorado en la universidad. Lo hizo tras una actividad académica llena de éxito, y en provecho de una ocupación benéfica para la comunidad. Desde este alto puesto pudo también conseguir de todas las instancias la contratación algo desacostumbrada, a pesar de todo, del «señor Friedrich Nietzsche de Leipzig», directamente como «representante principal de la asignatura», sin pasar por el rodeo de docente privado. Pero en una carta a su amigo Rudolf Rauchenstein, del 16 de febrero de 1869, expone cómo las cosas no fueron tan fáciles: «Intenté hacerlo prevalecer contra toda oposición y he conseguido alcanzar una unanimidad formal en la Curaduría, en el Consejo de Educación y en el Pequeño Consejo. La Curaduría estaba de mi parte con total convicción. En el Consejo de Educación y en el Pequeño Consejo se aventuraron algunas voces expresándose indirectamente en contra, aunque sin presentar una propuesta contraria.»

Bajo la protección de este hombre tan amistoso para él, el joven profesor Nietzsche pudo permitirse las extravagancias de su lección inaugural sobre Homero, las conferencias sobre el porvenir de nuestros centros de enseñanza, el para los especialistas provocante libro *El nacimiento de la tragedia* y las dos primeras «Consideraciones inactuales». Lo que no pudo permitirse fue la publicación de su primer escrito escéptico *Sobre la verdad y la mentira en sentido extramoral*. Cuando Wilhelm Vischer muere el 5 de julio de 1874, la posición de Nietzsche estaba ya suficientemente consolidada como para no necesitar ya imprescindiblemente de tal protector. Nietzsche pensó siempre con gran respeto y admiración en Wilhelm Vischer, y tenía grandes motivos para ello.

Los colegas de la facultad

Problemáticas resultaron las relaciones con sus dos colegas de facultad, Franz Dorotheus Gerlach y Jacob Achilles Mähly, mayores que él en edad.

Gerlach había nacido el 18 de julio de 1793 en Wolfsbehringen, cerca de Gotha, como hijo de un clérigo[111]. Después de la temprana muerte de los padres, creció de los seis a los diecisiete años bajo la protección de su tío el pastor Christian Friedrich Gerlach, hasta que entró en el gimnasio en Gotha. De 1813 a 1815 estudió teología y sobre todo filología clásica en Gotinga, donde acabó con una tesis doctoral latina. En 1817 fue como maestro de lengua griega y latina a la escuela cantonal del nuevo cantón de Aargau (hasta entonces una región supeditada a Berna) en Aarau, y en 1819 como maestro de latín al pedagogio de Basilea. En la

Pascua de 1820 se le ofreció la cátedra de latín en Basilea, que ocupó 55 largos años, hasta 1875.

A la vez desarrolló una labor relevante como bibliotecario de la biblioteca de la universidad desde 1830 a 1866. Dado que en la adquisición de libros se inclinaba en exceso parcialmente como «neohumanista», tuvo que condescender con la ciencia en auge, cosa que violentaba al hombre vital que era. Convertido en ciudadano de Basilea en 1833, en los disturbios cantonales se declaró partidario, sin compromiso, de la ciudad de humanistas y puso a su disposición en 1834 su inmensa capacidad de trabajo como miembro del Consejo de Educación. Durante toda su vida abogó, con la más profunda convicción, por el fomento y el reconocimiento de la enseñanza de lenguas antiguas, y compuso un sinnúmero de pequeños escritos sobre su especialidad, la historia y mitografía romanas. Tuvo que interrumpir un trabajo mayor sobre historia romana, que realizaba conjuntamente con J. J. Bachofen, porque la suposición algo acrítica de mitos romanos aitiológicos como fuentes históricas fue superada por los trabajos de Mommsen (en Zürich de 1852 a 1854). La crítica científica aguda no era precisamente el fuerte de Gerlach. De este modo Gerlach, a pesar del público reconocimiento de su aptitud para la docencia, fundada en un temperamento subyugante, fue arrinconado por los nuevos tiempos y la nueva investigación, y se convirtió en un hombre desabrido y amargado. Le fue negada la «apacibilidad de la edad», y así todavía más tarde, ante sus sorprendidos alumnos, echaba pestes contra «Mommsen, ese sujeto miserable».

Por eso también le resultaba profundamente antipática la rigurosa escuela de Ritschl, y le irritaba sobremanera el que su antiguo alumno y colega de largos años Vischer le colocara a su lado siempre personas que provenían precisamente de esa escuela. Así fue como se opuso fundamentalmente también a la contratación de Nietzsche. Wilhelm Vischer da cuenta de ello a su amigo Rauchenstein en la carta antes citada del 16 de febrero de 1869[253]: «Si no se lo conociera (a Gerlach) no se podría creer las pestes que ha echado repetidamente en las últimas semanas. Se ha hecho el digno con respecto a todo el asunto, aunque la palabra adecuada no quiero pronunciarla. Unicamente le diré que en una sesión de la Curaduría, oficialmente se expresó muy bien y en modo alguno favorable a Mähly, pero en privado hacía proselitismo en favor de Mähly del modo más irresponsable. ¿Por qué? Me temo casi que, además de por dar pábulos a una pasión que ya tan poco puede satisfacer, por no ver a su lado un colaborador cualificado procedente de la escuela de Ritschl, a la que odia profundamente.»

Ese *Jacob Achilles Mähly* había sido un candidato interesado también en la cátedra de griego que había quedado vacante por la ida de Kiessling. Pero Vischer quería ya de una vez un hombre joven y, sobre todo, no consideraba en exceso a Mähly ni al «rigor» de sus trabajos científicos.

Mähly[111] había nacido en Basilea el 24 de diciembre de 1828 (murió el 18 de junio de 1902). Era, por lo tanto, 16 años mayor que Nietzsche. Estudió en Basilea con Gerlach. Vischer informa sobre su historial académico a Rauchenstein el 31 de marzo de 1869: «Ya que estoy escribiendo le haré alguna aclaración más, con respecto a su última carta, sobre el hecho de que Mähly dé clase en una escuela elemental. Al principio sólamente estaba empleado en el gimnasio real, donde tenía dedicación exclusiva, ya que desde el comienzo partió de la idea de ganar mucho y, en lo posible, rápidamente. Las autoridades del gimnasio humanístico y el señor rector, a pesar de que intentaban atraer a su centro maestros formados filológicamente, se guardaron siempre de traerlo a él, y sólo tras mi marcha del pedagogio (1861) se encargó él de la clase de filología. Más tarde recibió, además, una parte de las clases de latín de Gerlach. Al mismo tiempo conservó 13 horas en el gimnasio real, de las que 10 eran de lección de escritura, las cuales mantiene todavía ahora. Estas clases las eligió con especial predilección y continúa con ellas igualmente, dado que tiene un pecho débil o mejor una débil garganta, y que en las horas de escritura ha de hablar poco, no exigen tiempo de preparación ni tiempo de corrección, y entre nosotros, *mirabile dictu*, son, sin embargo, igualmente pagadas que las propiamente científicas. Por lo demás, él no se queja de estas clases, sino que se las ha pedido expresamente a otro.»

Ya en la carta del 16 de febrero de 1869 Vischer había escrito a Rauchenstein sobre el asunto de la contratación de Mähly: «Es verdad que se le ha concedido a Mähly, que recibe más de 4.500 francos de sus diferentes puestos escolares, algunas facilidades y que la universidad ha tomado a sus expensas una pequeña parte de su sueldo. Pero esto sucedió por propuesta mía propia.»

Los protocolos de finales de enero y de febrero de 1869 de la Curaduría, del Consejo de Educación y del Pequeño Consejo que informan sobre el nombramiento de Nietzsche[236] muestran todos tres partes: 1. Aceptación de la renuncia de Kiessling; 2. el nombramiento de Nietzsche; 3. nueva ordenación de las condiciones de contrato del profesor Mähly, en el sentido de que se le aseguran, como profesor extraordinario, algunas lecciones en la universidad, con unos honorarios adicionales de 600 francos anuales, que paga el erario de la universidad, y se le exonera de ciertas horas de clase en el gimnasio real. En 1875, un año después de la muerte de Vischer, al retirarse Gerlach, llega finalmente la hora de Mähly y se convierte en sucesor suyo como profesor ordinario de filología latina, siéndolo hasta 1890.

Un simpático rasgo característico de Mähly fue que nunca hizo sentir a Nietzsche su postergación de 1869. Fue siempre para él un colega amistoso y servicial, y le liberó siempre de horas de clase cuando a Nietzsche le fue resultando, por motivos de salud, cada vez más penoso el cumplir enteramente su dedicación. Y todavía en 1900, en sus *Recuerdos de Friedrich Nietzsche*[158], dedica a su antiguo, y en el fondo admirado, rival y colega estas bellas palabras (tras la descripción de una disputa ruidosa con Gerlach): «... conocíamos los modales bruscos, poco amables del viejo camorrista, pero nos daba pena del buen Nietzsche, que en el trato social estaba acostumbrado a modales totalmente diferentes y más suaves. Era de naturaleza completamente abierta y, como tal, había cosas que censuraba y otras que lamentaba. Pero en el Nietzsche *hablante* todo se revestía de una forma suave, humana; de la alabanza quitaba la miel, de la censura el ajenjo. Otra cosa era el Nietzsche *escritor*. Cuando uno se había acostumbrado, en la conversación, a su estilo y a su tono, a su recepción amable de las opiniones y de los juicios de los demás, por muy inferiores a él que fueran, incluso al suave tono de su voz, que no inspiraba sino confianza, entonces no podía uno por menos de extrañarse, cuando no de asustarse, por la metamorfosis que en este ser dulce y de condición inofensiva se podía dar cuando se expresaba por escrito, es decir, literariamente... Sus alumnos lo querían y lo respetaban puesto que notaban que sentía juvenilmente con ellos y que sobre su vigor intelectual no se había depositado ningún género de erudición polvorienta. Igualmente el cuidadoso esmero que dedicaba a su aspecto externo, sobre todo a su traje, por otra parte sin ningún tipo de coquetería femenina, les imponía, tanto más cuanto que su gran bigote le protegía suficientemente de cualquier afectación excesivamente femenina o incluso afeminada. Asimismo el hecho de que usualmente emanara de él un buen olor no era algo para imputárselo como pecado, dada la atmósfera cargada de las aulas, sino al contrario...

»Nietzsche poseía una naturaleza totalmente inofensiva y, por ello, pudo honrarse con la simpatía de todos los colegas que lo conocieron...»

Johann Jakob Bachofen[111, 98]

No fue, pues, en el círculo más cercano de la facultad donde Nietzsche encontró a los hombres relevantes que necesitaba y cuya influencia sobre él fue más o menos profunda y duradera, más o menos clara. Pero su buena suerte hizo, a pesar de ello, que los encontrara, y fundamentalmente en la generación de su padre. Ese fue el caso de *Johann Jakob Bachofen*, el solitario y original científico devenido famoso por su simbólica de las tumbas, en cuya casa Nietzsche fue introducido por su paternal bienhechor, el senador Vischer.

J. J. Bachofen procedía —como Vischer— de una antigua familia de industriales y comerciantes de Basilea; desde generaciones los antepasados eran fabricantes de cintas de seda. El fue —como Vischer— el primer académico de su familia. Nació el 22 de diciembre de 1815. Pasó por las escuelas de Basilea y las lecciones de latín las recibió ya del viejo —entonces aún joven— Gerlach. Como especialidad eligió juris-

prudencia, sin que resulten muy claros los motivos de ello, puesto que esta materia no se correspondía mucho con su delicada índole. Pronto fueron más bien los fundamentos etnológicos profundos del derecho y su historia los que le interesaron en su carrera, que realizó en Basilea, Berlín y Gotinga, y que terminó en 1837 —con 22 años— en Basilea con una tesis doctoral latina de 346 páginas impresas. Poco tiempo enseñó académicamente su materia: de 1842 a 1844, como profesor de derecho romano en Basilea. Entonces se pasó a una actividad práctica, primero como juez de lo criminal en Basilea, después como magistrado del tribunal supremo (hasta 1866). Se casó teniendo ya 50 años, en 1865, con Louise Elisabeth Burckhardt, de 20 años de edad, con la que ocupó desde 1870, en Münsterplatz 2, una casa donde se llevaba una vida ordenada, escrupulosa en las relaciones sociales, lo que le valió la inmerecida fama de inaccesible.

Ya hacía tiempo que se dedicaba a sus especiales estudios, y cuando Nietzsche llegó a Basilea existía ya su obra fundamental: *Oknos*, aparecida en 1858, *Simbólica de las tumbas*, 1859, *Matriarcado*, 1861. La *Leyenda de Tanaquil* estaba en ese momento en la imprenta y aparecería en 1870. En febrero de 1872 leyó Wagner ese libro, estando, por tanto, todavía en Tribschen, y con seguridad a instancias de Nietzsche[258].

Durante mucho tiempo se consideró, la mayoría de las veces y excesivamente, sólo lo problemático de su aportación personal como investigador, como resume el historiador, tan agudo de ordinario, Eduard His[111]: «Bachofen entró, como Gerlach... en una guerra encarnizada contra la escuela crítico-racionalista y no pudo abstenerse de dar expresión repetidas veces a su amargura personal, especialmente en contra de Mommsen. Y sin embargo la escuela crítica cosechó más éxitos en lo fundamental, a pesar de que su cautelosa reserva y su método formal renunciara a la imaginación grandiosa, aunque también osada, de un Bachofen, de la que éste gustosamente se ufanaba en cierto grado, pero que lo condujo en ocasiones a conclusiones excesivamente atrevidas y le hizo olvidar una diferenciación clara entre lo que son hechos históricamente probados y lo que es tradición recibida o propias hipótesis... De todos modos es cosa admitida que las obras de Bachofen, sobre todo sus tratados más pequeños, están escritas de modo perfectamente legible y rebosan en belleza de estilo y de exposición plástica. Su índole artística, poética, ingeniosa, delicada le hizo inclinarse del lado estético. Así Johann Jakob Bachofen, tomado en conjunto, aparece como un gran talento, aunque unilateral, que consiguió desarrollar una actividad fructífera en las zonas límites entre saber y suponer (creer).»

Pero no es «el lado estético», como piensa His, sino el fundamento metafísico de los fenómenos históricos, aquello que Bachofen quiere aclarar. Intentó sobrepasar las fronteras de la ciencia, en la que también él había sido formado, y captar, en un golpe intuitivo y genial, tras las normas legales históricas, codificadas, la situación comunitaria prehistórica

de donde surge por primera vez el derecho, y el espíritu, cuya objetivación representan aquéllas. La valoración que la reciente investigación (los colaboradores que trabajan en las *Obras Completas)* otorga a Bachofen nos sale al paso en el artículo de Thomas Gelzer sobre el volumen de cartas de Bachofen[98]: «La meta esencial de su consideración histórica consiste en llegar a una reconstrucción especulativa de aquel tiempo primitivo ideal... Puesto que él mismo sabe que no se puede expresar con palabras ni el elevado contenido de los símbolos y de los mitos que habrían de servirle de acceso a ese tiempo primitivo, ni su vivencia de aquella armonía de la creación y de su revelación, su esfuerzo se dirige no a una explicación racional, sino a una evocación y a una visión intuitiva en la interioridad del éxtasis de aquella vivencia sentimental. Las mejores páginas de su obra deben su fuerza y su belleza a esa dosis decisiva de sentimiento y de fantasía creadora que éste libera.» Bachofen expone claramente en su *Viaje griego* (citado según Gelzer) su punto de vista divergente respecto a la ciencia histórica contemporánea: «Por ello, la vida de los antiguos también poseía en todas sus manifestaciones privadas o públicas algo tan profundamente típico, como típicas e inmutables son la religión y las creencias; y puesto que éstas lo dominan todo, lo engloban todo en su ámbito, lo asimilan todo a sí mismas, del mismo modo un carácter típico idéntico debe extenderse necesariamente a todo. ¡Cuánto se ha desviado de aquel espíritu el nuestro! ¡Qué incapaz resulta por ello para captarlo! De ahí los engendros de la moderna historia. No se puede recoger agua en una criba; quien se burla de su propia religión no puede apreciar tampoco aquélla del mundo antiguo; y quien para sí mismo ha perdido el espíritu firme y seguro, tampoco puede tener comprensión con un tiempo y con un pueblo para quienes lo divino constituía la única norma, el único contenido de la vida entera.» Y del mismo modo que Nietzsche había de atacar más tarde el romanticismo de Wagner, las acometidas más duras de Bachofen se dirigen contra Mommsen como el cabecilla de esa orientación contemporánea de la ciencia histórica que él rechazaba, la cual, a su vez, rechazó tajantemente su obra. ¡Para los de Basilea no resultó, por tanto, nada nuevo la recusación de una obra sobre la Antigüedad escrita por un erudito de Basilea, cuando pocos años más tarde sucedió eso mismo con el *Nacimiento de la tragedia* de Nietzsche!

El joven Nietzsche tuvo que sentirse atraído por las posiciones de Bachofen respecto de la investigación. Bachofen ya había dado el paso que Nietzsche aún había de dar. También él estaba en el camino de seguir preguntando más allá de las valoraciones codificadas en palabras e incluso más allá de los conocimientos plasmados en los textos antiguos y que fundan nuestro pensamiento; estaba en el camino de convertir la filología en filosofía. En ese empeño, también el vocabulario de Bachofen le sirvió de estímulo. Términos como la dicotomía «apolíneo-dionisíaco» en el *Nacimiento de la tragedia* son ya fundamentales en la obra de Bachofen,

si no primarios inclusive. Los unía además una fuente y una tradición investigadora: Friedrich Creuzer[69]. Respecto a ello habrá que decir algo todavía en relación al *Zaratustra* de Nietzsche. Sobre la significación de Creuzer para Bachofen escribe Gelzer[98]: «Friedrich Creuzer, el redescubridor de Plotino y editor de Proclo, que tan profundamente influyó con ello en el romanticismo y en Goethe, está, como ha mostrado E. Howald, detrás de la *Simbólica de las tumbas* y, como ha probado Meuli, con su *Simbólica* detrás de la *Doctrina de la inmortalidad en la teología órfica* de Bachofen». A causa, sin embargo, de las bases marcadamente cristianas de la visión del mundo de Bachofen, no podía llegarse entre él y Nietzsche a una relación humanamente próxima. Por este motivo, sus espíritus finalmente se alejaron. Pero la casa de Bachofen disponía además de otro incentivo, como sucedía en Tribschen: este hombre joven, fácilmente inflamable hasta la exaltación, seguramente no permaneció insensible al encanto de la joven y musical señora de la casa, sólo un año más joven que él. La diferencia de edad entre el matrimonio Bachofen era semejante a la que se daba en Tribschen en el caso de Wagner, y seguramente Nietzsche supo aprovechar en casa de Bachofen, como homenaje sublime, sus dotes de expresivo improvisador al piano. A la música y al eros les gusta vivir cerca uno de otro.

Ludwig Rütimeyer

El 8 de mayo de 1875 escribe Nietzsche a su amigo Carl von Gersdorff: «En el mismo tomo hay un artículo completamente extraordinario de Rütimeyer "Los habitantes de los Alpes"[209], del mayor interés; del mismo erudito aconsejo también... "Desde el mar hasta los Alpes", Berna 1854...» Todavía hacia 1881 lo menciona Nietzsche en una enumeración de las personalidades suizas más relevantes según su criterio[1]: «¿Perjudica en algo la gran fama del investigador de la naturaleza Häckel, al mayor merecimiento de gloria de Rütimeyer?»

Ya no se puede averiguar hasta qué punto conocía Nietzsche personalmente a Rütimeyer, que desde 1855, por gestiones de Peter Merian y Wilhelm Vischer, ejercía como profesor en la universidad de Basilea. Pero no es probable que este hombre de gran carácter escapara a la mirada expectante de Nietzsche. Puede dudarse perfectamente que encontrara acceso abierto a él, lo cual no excluye, sin embargo, que la figura y la obra de Rütimeyer dejaran en Nietzsche una impresión profunda, puesto que no podía ignorar a este hombre tan respetado en Basilea. El modo mismo en que se refiere a Rütimeyer en la carta a Gersdorff, presupone que Gersdorff sabe perfectamente de quién se trata.

Ludwig Rütimeyer era hijo de clérigo. Nació el 26 de febrero de 1825 en Biglen, cerca de Berna. El Emmental y el espíritu del gran poeta del Emmental, Jeremias Gotthelf (1797-1854), acuñaron la imagen del mundo del joven. Pasear y dibujar al aire libre fomentaron su pasión de descubridor. Pasó por las escuelas de Berna y tras superar la prueba de madurez, en 1843, se dedicó durante cuatro semestres al estudio de la teología; después cambió a medicina. En 1850 hizo el examen de doctorado en medicina, pero no ejerció como médico, sino que traspasó con nuevos estudios las fronteras de su especialidad, dedicándose a la exploración de la naturaleza en su totalidad como geólogo, paleontólogo, zoólogo y biólogo. En 1853, tras provechosos viajes de investigación por el sur, pasó a ser profesor extraordinario de anatomía comparada en Berna.

En 1855 Rütimeyer iba a ser llamado a Zürich para una cátedra de geología y paleontología en el politécnico federal. Pero esta vez los de Basilea fueron más rápidos en su llamamiento que el Consejo Federal de Zürich. También podían ofrecer a Rütimeyer un campo de trabajo más amplio y más libre bajo el título de un profesorado de anatomía comparada y zoología. Desempeñó sobresalientemente ese puesto hasta 1894. El año 1865 se hizo cargo del rectorado de la universidad. La personalidad de este investigador polifacético la dibuja su biógrafo Wilhelm His con las siguientes palabras[111]: «Es difícil ofrecer una imagen apropiada de la marcada personalidad de Rütimeyer a aquellos que no lo conocieron personalmente. Ya los mismos rasgos externos y toda la compostura de su cuerpo mostraban la desacostumbrada seriedad y la índole profunda de este hombre, cuyo ser total... se había concentrado en la aspiración a un cumplimiento ideal del deber. Y así, cada palabra que pronunciaba daba fe de la fortaleza de su voluntad, conseguida por medio de un intenso trabajo espiritual.» Los estudios de Rütimeyer sobre la historia natural de determinadas especies animales, estudios fundados siempre en vastos conocimientos y en observaciones exactas, le permitieron también tomar una posición propia respecto a los problemas más actuales de la historia de la evolución, problemas que en aquella época eran de la máxima actualidad después de que en 1859 apareciera el famoso libro de Darwin.

La polémica entre los sabios resultó candente y, por primera vez, empujó a primera línea los problemas de las ciencias naturales, por delante de los de las ciencias del espíritu; sí, éstas y, sobre todo, la teología parecieron entrar en una dependencia directa de los hallazgos de las ciencias de la naturaleza. Estando totalmente en boga este cambio de orientación, hubo de capitular en Basilea el humanista de cuño antiguo, Gerlach, en aquellos años bibliotecario de la universidad. Nietzsche demostró, pues, un fino olfato cuando en 1868 se había decidido —junto con su amigo Rohde— a estudiar aún ciencias naturales. Quizá fue ésa la tragedia de su vida: que la seducción del profesorado de filología le impidiera llevar a cabo ese propósito; y cuando, a menudo, más tarde, vuelva al mismo pensamiento, nunca encontrará ya tiempo ni fuerzas para tales estudios,

razón por la cual en sus opiniones científico-naturales jamás sobrepasó un lastimoso diletantismo.

Las nuevas tesis de Darwin —que en muchos puntos no eran tan completamente nuevas, sino sólo no populares todavía— significaron una inaudita revolución intelectual y soliviantaron los ánimos durante todo un decenio, hasta que su interés fue ahogado por los intereses políticos que se despertaron con ocasión de la guerra de 1870. También Nietzsche se sintió profundamente conmovido por ello. Lo que en la obra de Darwin había de tan novedoso no era el conocimiento de que hay una evolución de las especies, sino la tesis sobre su modo de realización, su «teoría concreta sobre el proceso de esas trasformaciones, sobre todo la idea de que entre variantes casuales sin dirección alguna hay diversas fuerzas naturales que producen una selección, por la cual determinadas direcciones se potencian y otras se eliminan. Darwin ve en esta selección el factor decisivo de la mutación de formas.» (Adolf Portmann[204]). Pero lo que a muchos pareció asegurarles la victoria de las ciencias naturales sobre toda explicación teológica o teleológica del mundo fue lo siguiente: «Con su explicación de la mutación de las especies por el juego entre variación casual y selección, Darwin hizo posible reducir el fenómeno vital al juego de fuerzas entre física y química; hizo posible comprender también el proceso de la vida por las leyes del acontecer atómico y molecular. Darwin amplía las posibilidades de una explicación unitaria del mundo.» (ídem)

En «este punto las opiniones se dividen, ¡entonces como ahora! Rütimeyer reconoce los efectos de la lucha por la existencia; reconoce asimismo que Darwin, con su aportación de datos, ha dado nueva luz al significado de ese factor. Pero enseguida declara su más que mero escepticismo respecto a la supuesta omnipotencia de esa selección: recalca continuamente su convicción de que la sobreestima de la selección nos ciega respecto a la realidad y que han de suponerse también otras fuerzas que actúan en ello... Pregunta si la luz que Darwin puso en nuestras manos consigue también hacernos penetrar en la evolución misma y, a la vez, con ello, hacernos superar los límites de lo físico, en los que él se mueve, hacia el ámbito mucho más oscuro de lo metafísico». Por su parte, Rütimeyer duda de ello, y apela a alguien muy respetado por él: el letón Karl E. von Baer, que ya en 1860 argumentaba así contra Darwin: «¿No hay que comparar los procesos vitales de los cuerpos orgánicos con melodías o pensamientos? De hecho prefiero llamarlos *pensamientos de la creación;* su presentación o aparición en el mundo corporal sólo se diferencia de la presentación de un tono o de un pensamiento por el hecho de que el hombre no puede producir estos últimos de modo que se corporicen independientemente y adquieran un cuerpo distinto... El proceso vital orgánico, sin embargo, siempre ligado a la materia —aunque, en germen, a muy poca—, se desarrolla construyéndose él mismo el cuerpo siempre progresivamente, para lo que recibe dentro de sí de la naturaleza exterior

los materiales simples. Pero conforma su cuerpo y lo reforma según su propio tipo y ritmo. Por eso es también él un pensamiento de la creación...»[204]

¿Se ha cerrado esta evolución con el hombre? ¿Hay siquiera un final, un telos? Y si no, ¿cuáles son las fuerzas que conducen adelante?

Nietzsche vive en Basilea, en la discusión académica pública, toda la tensión del conflicto entre Darwin y el partido contrario, representado aquí sólidamente por Rütimeyer. Pero también es su propio conflicto. ¿Es la evolución el resultado del ciego azar, o la realización de un «pensamiento de la creación»?

Nietzsche expondrá en el *Zaratustra* una tercera posibilidad frente a esta alternativa, que es claramente un silogismo, a saber, la conclusión de las premisas Darwin y Rütimeyer: la evolución se convierte en víctima del azar *si* no es dirigida por un ser espiritual. Pero puesto que Nietzsche ha perdido entretanto a Dios y al pensamiento de la creación, sólo podrá establecer como espíritu determinante de la meta al único ser dotado de voluntad configuradora que le resta: el hombre mismo. El componente rütimeyeriano del concepto filosófico de Nietzsche respecto a la existencia humana, es que el hombre se determine a sí mismo su meta con el fin de conseguir para lo espiritual el primado sobre lo casual carente de sentido, sobre el mero acontecer natural.

Bien es verdad que Rütimeyer había sobrepasado el ámbito de su ciencia, pero nunca abandonó el suelo firme de la cientificidad —como hicieron Bachofen y Nietzsche—; y también aquí vuelven a separarse fundamentalmente esos caminos. Con Darwin y su escuela, Rütimeyer camina de acuerdo hasta admitir que hay comprobaciones científicas de la morfología, por tanto una *doctrina* del origen, «de la que se han de distinguir cuidadosamente, como perteneciendo a otro tipo mucho más incierto, los intentos particulares de explicación». En esta cautela, Nietzsche no siguió a Rütimeyer. Sin embargo, esta figura pertenece a la imagen total de Nietzsche en aquellos años de personalidades formadoras de Basilea.

Jacob Burckhardt

Jacob Burckhardt, el más significativo «colega» de Nietzsche en Basilea perteneciente a esta generación «paternal», no sobrepasó propiamente el ámbito de su ciencia, pero sí lo investigó de un nuevo modo, hasta agotar todas sus posibilidades.

Jacob Burckhardt nació el 25 de mayo de 1818 en Basilea, como cuarto hijo del entonces primer acólito y más tarde obispo de la iglesia reformada de Basilea. Ya el abuelo había sido pastor. Entre sus experiencias juveniles más duras está la muerte temprana de su madre el 17 de marzo

de 1830, cuando él todavía no tenía doce años. Con ello aprendió dolorosamente la «caducidad e inseguridad de todo lo terreno». Ello lo acercó al pesimismo schopenhaueriano, y hubo de llevar esa cicatriz en su alma como Nietzsche la temprana pérdida del padre, a quien Nietzsche intentó sustituir, en parte, con su inclinación a hombres maduros de aquella misma generación, como su maestro Ritschl, Bachofen, Burckhardt y también Wagner.

A los 14 años, tres después del doloroso acontecimiento, Burckhardt reaccionó intentando algunas composiciones: en enero de 1833 compuso la coral *¡Oh cabeza llena de sangre y heridas!* con melodía propia. En las últimas líneas de la coral se encuentra esta anotación: «Al llegar este signo redobla el tambor sordamente». Conocemos una obertura para orquesta de cuerda en sol menor de Nietzsche, en la que se dice en el acorde final: «redobla el tambor». También Nietzsche, con catorce años, se ocupaba de la composición de motetes, entre otros, por ejemplo, *Jesús, mi confianza*, aquella coral que fue ejecutada en el entierro de su padre[125].

Burckhardt compuso todavía otra pieza, *Luis XVI. Funeral*, y después de una *Danza*, «comenzada el 7 de febrero de 1833», un *Dies irae* para coro a cuatro voces y piano, que quedó en fragmento. También se conservan del joven Nietzsche, a esa misma edad, fragmentos de trabajos intensivos en una Misa y un Requiem. Igualmente en fragmento quedó un pretencioso Oratorio de Navidad. Burckhardt cierra la serie de sus composiciones juveniles en junio de 1833 con una coral titulada *¡Oh mundo, mira aquí tu vida!*[234]; por tanto, supera este período bastante más rápidamente que Nietzsche. Werger Kägi[131] hace observar respecto a estos intentos: «Le caracteriza no la reflexión, sino los grandes sentimientos. Se trata de música que intenta penosamente acercarse a los grandes textos elegidos.»

En 1834 Burckhardt compuso algunas piezas (perdidas) para un teatro de marionetas. Después, también en su caso, viene la época primaveral de canciones de su adolescencia. Esas composiciones de «Lieder» se suceden hasta el año 1847; entonces, con 29 años, deja de componer. En el caso de Nietzsche sucede sólo un año más tarde.

Por desgracia las composiciones de Burckhardt no resultan accesibles, como las de Nietzsche. Pero lo poco que, sin embargo, conocemos de ellas, muestra ya dónde está su significado: no en su valor como composiciones, que apenas podría superar una crítica entendida, sino en su función para el propio compositor en la captación del espacio anímico de lo lírico; exactamente igual que en el caso de Nietzsche.

Burckhardt realizó en Basilea los cursos escolares hasta el examen de madurez, recibiendo sus impresiones más fuertes en las lecciones de alemán de Wilhelm Wackernagel. A continuación de la escuela, para perfeccionar el francés, pasó tres semestres en Neuchatel, donde no solamente adquirió destreza lingüística, sino que además entró auténticamente en contacto

con el mundo intelectual francés. Siguiendo los deseos del padre, en la primavera de 1837 comenzó a estudiar teología, aunque después de cuatro semestres, con el consentimiento del padre, se cambió a historia. El estudio de esta materia lo condujo desde el otoño de 1839 a la primavera de 1843 a Berlín donde se hallaban Leopold Ranke, August Boeckh y el historiador del arte Franz Kugler. La ciudad no le llamó especialmente la atención, pero sí gozó de la vida musical, sobre todo de la ópera; con su voz clara de tenor cantó en cuarteto vocal y en coros. Como episodio especialmente hermoso de su tiempo de estudiante, recordaría siempre el semestre de verano de 1841 en Bonn. Pero tampoco aquí fueron el docente Fr. G. Welcker y las relaciones (estrechamente sentidas) universitarias lo que lo entusiasmó, sino más bien un pequeño círculo de personas elegidas, que con el nombre de «Asociación de los abejorros» se agruparon bajo la «directrix» Johanna Möckel-Matthieux. Esta mujer habría de convertirse pronto en la esposa de Gottfried Kinkel, poeta revolucionario que dominaba en aquella agrupación. Burckhardt sentía una amistad profunda por ellos. Puesto que la Matthieux había estudiado música y también componía, se formó un círculo en el que poesía, música y reflexión artística estaban igualmente representadas. De esta época provienen muchas de las poesías de Burckhardt —dibujante diestro lo había sido siempre. En relación a aquellos días escribiría más tarde[61]: «Los recuerdos más hermosos de mi vida vienen de Bonn y de Colonia.» Y el 28 de septiembre de 1841, a su hermana Louise[61]: «... nadie me hubiera podido predecir que un grupo tan pequeño y tantas veces atacado como era el de Mme. Matthieux, habría de expandir un resplandor ideal sobre mi estancia entera en Bonn. ¡Cuántas tardes iba a pasear nuestra pequeña pandilla por los magníficos alrededores de Bonn! La mayoría de las veces nuestra meta era la plataforma de una pequeña venta en Küdinghoven que poseía una vista magnífica hacia el Drachenfels y el Rolandseck. Allí se cantaba y recitaba; allí Kinkel era un héroe y la Matthieux una profeta; nosotros, los dos o tres compañeros, permanecíamos allí en un éxtasis bienaventurado y nos decíamos unos a otros que más tarde nos gustaría recordar, uno a uno, esos instantes. Todavía la última noche antes de mi partida para Bélgica, en mi honor, me llevaron por el Rin y sus bellas ensenadas, serenamente oscuras; nuestro bote resonaba, lleno de canciones y de alegre júbilo. —Aquella última noche al lado de Mme. Matthieux fue una de las más hermosas que viví en Bonn;...»

Igual que Nietzsche en Tribschen, también el buen burgués de Burckhardt, en la embriaguez de la vivencia romántica, pasa por alto la relación libre Kinkel/Matthieux y las características de un «grupo tantas veces atacado».

Burckhardt envió su tesis doctoral latina a la facultad de filosofía de Basilea y recibió el título de doctor sin examen oral, el 19 de mayo de 1843. Otra vez un extraño paralelo con Nietzsche. Pasó los siguientes

años enseñando temporalmente como docente privado o como profesor extraordinario en Basilea, trabajando en la redacción del conservador *Basler Zeitung*, o en largos viajes de estudios a Italia, nación que se convertiría en su segunda patria —espiritual—, hasta que fue llamado a Zürich al politécnico federal, inaugurado el 15 de octubre de 1855, como profesor ordinario de historia del arte, arqueología e historia de la arquitectura.

En la primavera de 1858 vuelve definitivamente a su ciudad de origen y enseña en la universidad y en el pedagogio. A la vez desarrolló gran actividad en conferencias académicas públicas. Sin buscar popularidad, era una de las figuras más populares de la Basilea de entonces. Este curioso personaje no tomaba parte en la vida de sociedad, pero sin embargo iba muy a menudo al teatro, menos a conciertos, y, por encima de todo, su consuelo y su alegría estaba en dedicarse él mismo a la música «en casa, al piano», donde se ejercitaba, sobre todo, con las sonatas más fáciles de Mozart, pero también con las óperas de Mozart y de Gluck en versión para piano, que cantaba a la vez; o bien, improvisaba sin más.

Cuando el joven docente Nietzsche llegó a Basilea, un hombre serio, tranquilo, reservado, de aspecto exterior correcto y buenos modales, amante de la música, de la música en casa al piano y todavía en «edad de composición», que había estudiado también en Bonn y conocía por tanto los bienaventurados lugares, y entre cuyos condiscípulos en Leipzig había jugado cierto papel el hijo de Gottfried Kinkel..., ya había de principio suficientes puntos en común y preguntas sobre la situación actual de esto o de aquello. Al comienzo no tuvo por qué ser más profundo el interés de Burckhardt en el nuevo colega, con el que del modo más natural hubo de entrar en conversación durante los descansos en el pedagogio. Por otra parte, la fina sensibilidad de Nietzsche captó de inmediato y naturalmente lo extraordinario de ese hombre, y él fue quien le correspondió con un afecto y un respeto que, con seguridad, no había buscado Burckhardt, una generación mayor que Nietzsche. Esa «amistad» era quizá todavía más unilateral que en el caso de Wagner, y, a pesar de todos los puntos en común y de todas las posibilidades de acercarse más uno a otro por vivencias comunes, Burckhardt, que había conseguido ya el equilibrio anímico y que tenía en alto aprecio la tranquilidad y la mesura clásica, no tenía interés alguno en dejarse introducir en el raudal de pensamientos de ese joven arrebatado, de ese revolucionario del espíritu, interiormente inquieto, desequilibrado e incluso desgarrado.

Alfred Martin[161] ha formulado acertadamente —aunque no estemos de acuerdo con él en todos los detalles— la posición de Burckhardt: Burckhardt era todavía un hombre de la época clásica de Weimar. Con seguridad también él se dio cuenta de lo extraordinario que había en su joven colega, pero, dada su idiosincrasia, lo vio como expresión o síntoma de la era revolucionaria, que él también percibió como tal, pero no aceptó.

Del mismo modo tampoco negó la genialidad de Miguel Angel ni la de Beethoven, pero, por su participación y sus exigencias estéticas y éticas respecto a la obra de arte, prefirió a Rafael y a Mozart.

Ya en las primeras semanas después de haberse conocido, vista su posición respecto a Wagner, se decidió el que ambos caminos habrían por fuerza de separarse completamente. Para Burckhardt, Wagner, como personalidad y como compositor, era y fue siempre una abominación. Y cuando esta diferencia, con el correr del tiempo, se hizo menor, al alejarse Nietzsche de Wagner atacándolo en parte con los argumentos de Burckhardt, ya hacía tiempo que el universo intelectual de Nietzsche se había vuelto extraño para Burckhardt. Pero Nietzsche experimentó en Burckhardt lo que se había imaginado por un «gran maestro». Burckhardt se había convertido realmente en un maestro de su pueblo, y es precisamente Nietzsche quien ha de confesar que se nota en las gentes de Basilea que tuvieron un Burckhardt. A pesar de su popularidad, a pesar de su actuación en conferencias públicas y como profesor del último curso del instituto en una escuela accesible en principio a todos, Burckhardt nunca fue «hacia el pueblo». Mantuvo el «*pathos* de la distancia», fue «distinguido». Hasta qué punto Burckhardt representaba para Nietzsche el modelo del gran maestro, lo descubre completamente una carta de Nietzsche, del tiempo en que su locura comenzaba, donde desaparece completamente la máscara y aparecen a plena luz vivencias fundamentales suyas: «Tú eres... nuestro mayor máximo maestro.» (Turín, 4 de enero de 1889.)

Capítulo 4
LOS TRES PRIMEROS SEMESTRES DE BASILEA

Abril de 1869 a agosto de 1870

El joven docente emprendió con entusiasmo su tarea, sintiéndose además totalmente satisfecho como filólogo. Por de pronto su puesto de docente era la continuación ininterrumpida de su existencia de estudiante. Las numerosas nuevas impresiones poseían un efecto extraordinariamente estimulante, y al principio se dejó llevar de buen grado por un cierto entusiasmo. «En lo que a mí concierne», escribe a su madre a comienzos de mayo de 1869, «hasta ahora tengo todos los motivos para sentirme a gusto aquí, pero también la firme esperanza de vivir en poco tiempo todavía más aclimatada y placenteramente. Ahora existen demasiadas cosas nuevas. Las eternas presentaciones de nuevas personas me resultan terriblemente pesadas... y al mediodía no me encuentro al abrigo de mis colegas los senadores y concejales... Por lo demás el entorno es notablemente hermoso e invita por todas partes a las mejores excursiones, al Jura, a los Vosgos, a la Selva Negra: todo ello está muy cerca... Se me ocurre que todavía no he notificado que todo me llegó a casa perfectamente empaquetado... Encárgame cuanto antes una chaqueta *negra* de visita en Haverkamp. Aquí nadie lleva frack.» Sólo con el dinero parece que tuvo dificultades al principio, pues se queja a su madre: «Nuestro sueldo se paga absurdamente por semestres y además a semestre vencido, el 1 de julio y el 1 de enero.»

El 29 de mayo Nietzsche cuenta a su amigo Rohde como mérito especial: «Desde el comienzo he establecido relaciones más próximas con ese tipo extraño e ingenioso que es Jacob Burckhardt; de lo que me alegro sinceramente puesto que descubrimos una maravillosa congruencia en nuestras paradojas estéticas»; y a mitad de junio a su madre: «De extrema

importancia resulta el que tenga en Lucerna al amigo y vecino más deseado, si bien no suficientemente cerca, sí lo bastante como para poder aprovechar cualquier día libre para un encuentro. Este es Richard Wagner, que como persona y como artista, es un hombre de idéntica grandeza y singularidad. Con él y con la genial señora von Bülow (hija de Liszt) he pasado ya varios días felices, ... en la fascinante soledad del lago y la montaña, ... en la conversación más estimulante, en el círculo familiar más amable, lejos del todo de la acostumbrada trivialidad social. Para mí esto es un gran hallazgo.»

Solo en el extranjero

Con todo decae considerablemente por esa época, aunque de modo pasajero, su primer entusiasmo. Nietzsche da pruebas de ser una persona que depende fuertemente del estado de ánimo, y las peripecias entre entusiasmo inflamado y depresión paralizante abarcan un espacio amplio: «Verdaderamente la vida que llevo aquí es muy cambiante... Más bien siento muy claramente cómo incluso la ocupación más deseada, si se lleva a cabo "oficial" y "profesionalmente", resulta una cadena de la que tiramos con impaciencia. Y entonces envidio a mi amigo Rohde que vaga por la Campagna y por Etruria, libre como un animal salvaje. Lo que me resulta más molesto... es la horrenda masa de los "estimados" colegas, que se molestan, como si fuera una obligación, en invitarme noche tras noche: de tal modo que ya soy hasta ingenioso en rechazar invitaciones hábilmente. Por lo demás la gente me trata bien.» (A su madre, a mediados de junio de 1869.) El motivo de esta benevolencia general lo ve él en la impresión que ha dejado su discurso inaugural del 28 de mayo en el aula del museo de la Augustinergasse. «Por mi discurso inaugural esta gente se convenció de varias cosas, y con ello, como noto claramente, mi posición quedó asegurada.» También escribe a Rohde el 16 de junio: «Poco a poco va sucediendo lo que yo esperaba ya desde el principio: entre la masa de mis estimados colegas me siento tan extraño e indiferente que ya rechazo con voluptuosidad invitaciones y requerimientos de todo tipo que diariamente me hacen. Incluso los disfrutes de la montaña, del bosque y del lago se me estropean a menudo por la plebecula de mis compañeros de profesión. De nuevo estamos de acuerdo totalmente: podemos soportar la soledad, incluso la amamos.» Y ya el 29 de mayo surge el pensamiento al que habría de aferrarse largo tiempo aún: «Ultimamente he tenido el deseo *temerario* de que te habilitaras aquí: lo que se exige de tí es un discurso inaugural y la presentación de tus trabajos.» Y a mediados de junio: «Medito sobre la posibilidad... de traerte cerca de Basilea. Cuando contemplo la situación de la filología aquí, siento que pronto se va a hacer necesario otro maestro. Vischer el próximo semestre sólo

impartirá un curso de dos horas; esto quiere decir que es la última vez que da clases, puesto que sus "asuntos ministeriales" no le dejan tiempo. Gerlach dará en total no más de un curso de dos horas, y es muy viejo. Mähly, después del uso de todos los medios coercitivos posibles, impartirá clases por fin, pero sólo dos horas... Sólo falta ahora que muriera el viejo Gerlach: sobre esta posibilidad baso yo mis esperanzas. ¿Tienes la posibilidad de darte a conocer al eminente, por encima de todos honorable, Vischer?» Este macabro gusto no se lo proporcionó Gerlach a los dos amigos: enseñó hasta 1875 y murió sólo el 31 de octubre de 1876, a consecuencia de un accidente.

El primer semestre en la profesión

Rohde, como colega en Basilea, habría supuesto realmente para Nietzsche un notable alivio en su trabajo, puesto que Nietzsche llevaba ahora el peso fundamental de la asignatura. Informa sobre ello a su maestro Ritschl, el 10 de mayo: «Todas las mañanas de la semana, a las 7, doy mi lección, los dos primeros días sobre historia de la lírica griega, los tres últimos sobre las *Coéforas* de Esquilo. El lunes trae consigo el seminario, que, en lo que a *mí* respecta, lo he organizado aproximadamente según su esquema... El martes y el viernes doy dos veces clase en el pedagogio; el miércoles y jueves, una. Esto lo hago hasta ahora con gusto. Con ocasión de la lectura del *Fedón* tengo oportunidad de inficionar a mis estudiantes con filosofía; por medio de la aquí desconocida operación de los temas escritos improvisados los despierto muy rudamente de su sueño gramatical. En mis lecciones tengo siete personas, lo cual significa aquí que he de sentirme satisfecho. Los estudiantes son en general aplicados, se tragan absurdamente muchas lecciones y la idea de fumarse la clase la conocen apenas de oídas.» Y del mismo modo a su hermana, el 29 de mayo: «Así pues, desde comienzos de mayo estoy en plena actividad en la universidad y en el pedagogio, aunque sólo ayer pronuncié mi discurso inaugural "sobre la personalidad de Homero" en el gran aula del museo, ante un auditorio completo... también se acostumbra uno al inconveniente de tener ocho oyentes, si se considera que son toda la filología aquí e incluso uno de ellos es teólogo. En la escuela encuentro placer en una clase razonable y me hago la ilusión de que, si bien no he nacido para maestro de escuela, tampoco estoy negado para ello.» Toda la actividad filológica lo divertía visiblemente por entonces, a pesar de sus quejas ocasionales con respecto al yugo de la profesión. Todavía a principios de julio confiesa a Paul Deussen: «Todo esto... me viene como anillo al dedo... Sin embargo pasará algún tiempo hasta que la naturaleza se acostumbre total y completamente a esta actividad: mientras tanto, a menudo me siento muy cansado. De todos modos me he propuesto

muchas cosas para el primer semestre: sobre todo dos nuevos cursos para los que he de prepararme de un día para otro, de tal modo que se puede decir que vivo al día... Finalmente soy capaz de hacer las veces de un tolerable profesor de instituto. ¿Quién lo hubiera dicho?» Y ya entonces puede comunicar a Deussen su programa para el semestre de invierno: «Para el próximo semestre he anunciado gramática latina, así como historia de los filósofos preplatónicos (con interpretación de fragmentos escogidos)», tal como se lo había revelado a Rohde ya el 16 de junio. Y además: «En el seminario, los *ERGA* de Hesíodo.»

La filología latina y la griega no estaban entonces estrictamente separadas en la universidad de Basilea, de modo que todos los docentes de filología clásica tenían que impartir lecciones y ejercicios de ambas disciplinas. Nietzsche no se atendría exactamente a este anuncio en ese semestre de invierno, igual que sucedía ya en el semestre corriente, que habiendo anunciado «Conocimiento de fuentes de la historia de la literatura griega», explicó finalmente a Esquilo. No habla en ninguna parte del tema del ejercicio del seminario; había anunciado simplemente «Seminario», sin señalar un tema[112].

Con los alumnos del pedagogio leyó el *Fedón* de Platón y el canto XVIII de la *Ilíada* de Homero: los lamentos de Aquiles y de los aqueos por la muerte de Patroclo; tras las vacaciones estivales, biografías de Sócrates y Platón, posiblemente según Diógenes Laercio, y después, de la mano del *Prometeo* de Esquilo, introdujo a sus alumnos en la rítmica y métrica de la tragedia ática. Como curso de gramática los ejercitó en el uso del infinitivo, de los participios y de las negaciones.

Si se considera la totalidad de este programa, aparece claro de inmediato que lo saca de sus conocimientos escolares y de sus últimos trabajos de estudiante. En efecto, había comenzado a elaborar un diccionario de Esquilo; los líricos, en cualquier caso, estaban muy cercanos a su índole musical; y lo histórico-filosófico lo había adquirido de sus trabajos sobre Diógenes Laercio. A pesar de todo era una tarea enorme y exigía a un hombre entero. Con toda razón, por tanto, podía escribir a su madre a principios de julio: «Las vacaciones de verano están ya a punto de comenzar... He de emplearlas primero para mi reposo y para despertar los espíritus vitales, puesto que la enseñanza en la escuela y la lección diaria en la universidad fatigan enormemente, y yo tengo realmente una acuciante necesidad de vacaciones. Pero después he de volver firmemente al trabajo, puesto que hay muchas cosas que solucionar para las que no encuentro tiempo en el transcurso diario de la actividad académica.» Con ello las hace desistir, a ella y a su hermana, de una visita, lo que ahora se hubiera trasformado en una molestia, y las consuela aplazándola para el otoño. Quiere proseguir sus trabajos científicos y confiesa *sub sigillo* (bajo el sello del silencio) a Rohde el 16 de junio: «Usener y yo pretendemos un corpus histórico-filosófico, en el que yo participo con Laercio,

y él con Estobeo, el Pseudoplutarco, etc.» Cuando Nietzsche más tarde rompiera este grupo de trabajo y saltara por encima de la filología con su libro *Nacimiento de la tragedia*, Usener hubo de llevarse una dolorosa desilusión.

El escaso tiempo libre

Dada esta infatigable actividad, no le quedaba mucho tiempo ni fuerzas para la vida social. Antes de las vacaciones de verano sólo fue a Tribschen un fin de semana, del 5 al 6 de junio, y, por casualidad, estaba en casa cuando nació Siegfried Wagner en la madrugada del 6 de junio. Fue invitado cordialmente desde Tribschen para el cumpleaños de Wagner, el 22 de mayo, pero hubo de contestar: «Con qué gusto aparecería el día de hoy en su retiro de ese lago y esos montes, si la penosa cadena de mi profesión no me sujetara a mi casucha de perro de Basilea.» Envió para esa ocasión una «carta de felicitación» escrita en un tono extrañamente patético, igual que el que ponía todavía musicalmente en sus *Composiciones de la amistad* («Sonido nocturno de una noche de San Silvestre» y sobre todo «Himno a la amistad» 1873/74)[125], que se sale completamente del marco del estilo literario de aquella época, estilo tan natural, que usaba en sus otras cartas: «Muy Señor mío, cuánto tiempo hace ya que tengo la intención de expresar de una vez sin el menor recato cuánto agradecimiento siento hacia usted; puesto que de hecho los mejores y los supremos momentos de mi vida están unidos a su nombre y sólo conozco otro hombre, su gran hermano en el espíritu Arthur Schopenhauer, en el que pienso con el mismo respeto, incluso *religione quadam*. Me alegro de poder hacerle esta confesión en un día solemne y lo hago no sin un sentimiento de orgullo... A usted y a Schopenhauer he de agradecer haber perseverado hasta ahora en la seriedad de vida germánica, en una consideración profunda de esta existencia tan enigmática y grave...» (22 de mayo de 1869.)

El que en lo posible se hubiera zafado de las obligaciones sociales al uso, no tiene nada que ver, sin embargo, con su tensa actividad. Sucedía que no le importaba nada. «Según puedo deducir de todo, mi antecesor Kiessling era de naturaleza totalmente diversa, accesible y sanguíneo, siempre dispuesto a celebrar reuniones sociales, etc.; mientras que a mí me gustan muy poco esos paseos conjuntos en unión de 6-8 colegas; me gustan infinitamente menos que caminar yo solo y sin estorbos. Paulatinamente se va acostumbrando la gente a dejarme solo, aunque no sin un sentimiento de pena, pues ellos creen que así no me sentiré bien ni me divertiré en Basilea.» (A Rohde, mediados de julio de 1869.) La pasión por los paseos solitarios, el aislarse artísticamente, por tanto, es algo ya totalmente desarrollado en esta época. Sí se hubiera tomado tiempo para

ir al teatro, en caso de que Basilea hubiera ofrecido algo en esos meses. Pero Nietzsche llegó justamente en la «temporada de descanso» y se quejaba a su hermana el 9 de julio de estar «en este lugar enemigo de las gracias del teatro», juicio sin embargo que pudo corregir con placer en otoño. Basilea no tenía entonces —ni en muchos años todavía— un teatro permanente. El local era alquilado a un «director» que desde octubre hasta la primavera actuaba a expensas propias con su compañía. Esto comportaba variedad en las representaciones, pero no en el repertorio, que seguía siendo el usual de entonces, de éxito contrastado, formado por las populares óperas italianas de Bellini, Donizetti, Rossini (y otros nombres ya olvidados), también, aunque menos, las de Mozart (sobre todo *Don Juan)*, e incluso el *Fidelio* de Beethoven. Pero por nada de ello se sentía especialmente atraído Nietzsche; sí sin embargo Jacob Burckhardt, que —a propósito— prefería localidades de a pie para poder librarse de ese modo de la «sociedad».

Las vacaciones del primer semestre

Finalmente, a mitad de julio comenzaron las vacaciones de verano con el «Bündelitag» («día del hatillo») del sábado 17 de julio. Nietzsche informa del acontecimiento a Rohde: «¿Sabes ya lo que es el "Bündelitag" de Basilea? Todo el mundo coge su hatillo y corre hacia el tren; todas las escuelas, y también la universidad hacen un descanso de 4 semanas; y los climatólogos de Basilea afirman que durante este tiempo es físicamente insoportable permanecer en Basilea. Así pues ¡fuera, hacia el ancho mundo! Pero ¿a dónde? Las grandes montañas de hielo... no atraen tanto; volvería con deleite a la amable región montañosa de Baviera-Bohemia siempre que pudiera hacerlo en tu compañía...» Sin embargo toma la dirección de las «grandes montañas de hielo» más cercanas y más fáciles de alcanzar. Esa impulsividad en las decisiones respecto de sus viajes toma a menudo formas irritantes: anuncia en las cartas un viaje para el mismo día o para el siguiente, que luego no lleva a cabo o lo hace de otro modo; aparece inesperadamente en alguna parte sin haber hecho antes la mínima indicación sobre tal propósito. Ya nunca se podrá averiguar lo que le movió a viajar y la fecha exacta en que lo hizo. El 26 de julio escribe desde Interlaken una carta a la señora Sophie Ritschl que manifiesta pasmosamente lo versátil y caprichoso de sus juicios sobre el entorno y arroja una luz auténticamente disonante sobre el futuro filosófico de la sinceridad brutal.

En ella hay mucho retoricismo con el que intenta agradar a la destinataria: «Igual que el año pasado desde Wittekind, recibe usted también este año una carta de balneario escrita en Interlaken a la vista del Jungfrau; ... la sociedad de Basilea no (ejerce) en absoluto influencias cultivadas: en

ninguna parte se usan menos guantes que aquí, y el que la "doncella" B. o Merian (traducido al alemán Schulze y Müller) diga algo o no lo diga, es algo que resulta totalmente indiferente y en sí mismo aburrido; aquí no se nota en absoluto el influjo de las mujeres, a no ser porque convierten toda vida social en una chismosería ciudadana... Pero no piense que es que quiero alabar a los hombres de Basilea, sobre todo a mis colegas tan altamente honorables, a costa de las mujeres: a casi todos les ha negado la naturaleza la gracia y el empuje artístico, e incluso el más cercano a mí, Jacob Burckhardt, vive, siendo hombre rico, en una estrechez del peor gusto, y se reúne noche tras noche con los filisteos basileos en la taberna. Añada usted todavía el absurdo patriotismo suizo (que, como el queso suizo, proviene de la oveja y tiene un aspecto, como aquél, ictéricamente envidioso), el aire de superioridad con el que, para la costumbre alemana... miran: se juntan demasiadas cosas como para no ser empujado a una vida casi de hermitaño... Pero ya es tiempo de acabar la carta, de beber suero de leche y de oir mala música: nos conviene de modo especial a los filósofos ser muy fieles y leales precisamente en lo pequeño, así por ejemplo en la cura de suero.» Se trata de un *borrador de carta;* no sabemos qué fue lo que de este texto quedó en la carta definitiva; pero tampoco importa: aquí tenemos glosas de Nietzsche que están en la más crasa contradicción con párrafos de cartas de la misma época, donde él se presenta orgullosamente a sus amigos como un «suizo libre» y cosas similares, Desgraciadamente por ambos lados tenemos que deducir de estas manifestaciones una buena dosis de «retórica» o considerarlas como juego del humor pasajero. También en cosas totalmente gratuitas e intrascendentes, y en el trato personal de la carta, aparece ya la futura inclinación penosa, siempre creciente, a hacer observaciones malignas. Quizá esté aquí la base de la tan amenudo indisoluble contradictoriedad y veleidad del punto de vista de su ulterior obra filosófica. Y en este tiempo no existen todavía influjos de la enfermedad; ello ha de tener su origen en una naturaleza descompensada, no dominada, influida por los estados de ánimo, y, en último término, en una duplicidad de fondo de la existencia, tal como va a manifestarse demasiado pronto.

Consciente o no, surgió, quizá, en él un cierto mal humor debido a los ya entonces altos precios que regían en los lugares turísticos más concurridos, y le resultó amargo el hecho de que su sueldo de profesor no le permitiera una vida conforme a su rango. Se queja a su hermana el 27 de julio, siempre desde Interlaken: «Por lo demás hay algo que no se puede silenciar, a saber, que el viajar a las partes más visitadas, es decir, más dignas de ver, de Suiza es sorprendentemente caro:... Hay que considerar que los precios en los hoteles de las zonas más hermosas, la mayoría de las cuales además quedan apartadas, precisamente a causa de esto son muy altos, debido a la dificultad del transporte. Por ejemplo en Grindelwald: la habitación para una persona durante una noche cuesta dos francos

y medio, el desayuno uno y medio, la comida sin vino 4 fr., la cena 3 fr., el servicio 1 fr., etc... Haz el favor de escribirme de una vez cuánto puedo cobrar este año por los intereses de mi capital. Las condiciones de nuestro sueldo en Basilea poseen dos aspectos desagradables. Se paga sólo dos veces, el 1 de julio y el 1 de enero, ... de modo que para todo el año, desde abril hasta fines de diciembre, no tengo más que 200 táleros... A eso se une que Basilea es muy cara.» Y después aparece una frase gélida en esta carta, por lo demás tan cariñosa y confidencial: «Pero ¿por qué te has encargado tú de la administración de mis fondos?»

Apenas lleva tres meses fuera de casa, un hombre como él en una posición prestigiosa, y ya la hermana, 20 meses más joven que él, se siente llamada a hacer de administradora de sus fondos, para extrañeza suya. *Ex ungue leonem.* La pregunta quedó sin aclarar.

No permaneció mucho tiempo en Interlaken. Seguramente volvió primero a Basilea y allí encontró «carta de Wagner e invitación. Sábado a domingo por la tarde, y después al Pilatus[6].» Nietzsche reaccionó con la rapidez del rayo a la invitación y tuvo tiempo de llegar a Tribschen todavía el sábado 31 de julio. Cosima anota a propósito de la visita[258]: «Una persona agradable y muy culta.» La conversación sobre asuntos musicales hubo de ser muy abierta. Se habló sobre el Oratorio de Liszt (¡el padre de Cosima!) *Santa Isabel*, por el que Wagner no podía entusiasmarse a causa de la «desagradable manía de las apoteosis», y Cosima mantuvo el juicio de Nietzsche, «a pesar de ser más bien incienso que olor de rosas». Pocos días después, el 7 de agosto, aparece en el diario de Cosima la expresión «Tschandala-Mädchen» como una palabra usual en las conversaciones. Por tanto Nietzsche adquirió lo más tarde aquí en Tribschen esa expresión usada a menudo en sus últimos escritos para designar «inferior».

En la tarde del 2 de agosto sale Nietzsche para el Pilatus, donde existía ya un pequeño hotel de montaña. No sabemos si hizo uso de la posibilidad que había de ir a caballo en los tramos inferiores de la montaña. Incluso así era un gran rendimiento y para Nietzsche su primera excursión a una altura de más de 2.100 metros. En su equipaje llevaba el manuscrito del último escrito de Wagner *Sobre el estado y la religión*, que éste había compuesto para la instrucción del rey de Baviera. Con seguridad Nietzsche apenas se había dedicado en ese tiempo a leer cosas que no se relacionaran con su especialidad; así pues, hubo de disfrutar enormemente con el escrito de Wagner. El mal tiempo lo mantuvo tres días sobre el monte, de modo que tuvo tiempo suficiente para leer y para escribir cartas. El 2 de agosto produce de nuevo un documento al gusto del destinatario, esta vez a su maestro el profesor Ritschl: «Por primera vez en pleno goce de las "vacaciones", tengo una sensación que no conocía desde mis tiempos de alumno. Mis años de estudiante no son en absoluto otra cosa que un impetuoso vagar por el campo de la filología y del arte;

de modo que, con el más profundo agradecimiento hacia usted, el "hado" de mi vida hasta ahora, reconozco qué necesaria y qué oportunamente llegó aquel nombramiento que de "estrella errante" me convirtió en "estrella fija"... Y de qué modo tan diferente trabaja el hombre cuando le respalda la sagrada ἀνάγκη (ananke) de la profesión, qué tranquilo se duerme y con qué seguridad sabe uno al despertar lo que exige el nuevo día... Sólo para indicarle cuán profundamente agradecido admiro su penetración pedagógica a propósito de la feliz trasformación de mi posición vital... aquí, desde la altura del Pilatus, envuelto en nubes... me aparece mi forma de vivir hasta ahora en una luz tan maravillosa, la proximidad en la que se me permitió tanto tiempo vivir a su lado se muestra como un resorte tan importante de mi vida interior y exterior, que he de coger inmediatamente la pluma para expresarle mi vivo y cálido sentimiento de agradecimiento.»

De qué modo tan rebuscado, nada «vivo» en absoluto, se formula todo ello. La carta dirigida a Carl von Gersdorff el 3 de agosto resulta más espontánea. Le describe su profunda vivencia del caso Richard Wagner: «Domina en él una idealidad tan absoluta, una humanidad tan profunda y conmovedora, una sublime seriedad de vida tal, que me siento en su proximidad como en la proximidad de lo divino. Cuántos días he pasado ya en la encantadora finca del lago de los Cuatro Cantones, y siempre esa naturaleza maravillosa me resulta nueva e inagotable.» Y al final de la carta le recomienda vehementemente la *Filosofía del inconsciente* de Eduard von Hartmann, «a pesar de la mala fe del autor», como añade. Y el 4 de agosto a Gustav Krug: «Estos días que he pasado en Tribschen en este verano son absolutamente los resultados más apreciables de mi profesorado en Basilea.» ¡Por tanto no el profesorado tal como se lo agradece a Ritschl!

No pudo saborear completamente las cortas vacaciones, pues el 5 de agosto, sin haber pasado de nuevo por Tribschen a la vuelta, lo que lamenta Cosima[15], estaba otra vez en Basilea para activar su trabajo del catálogo para el *Museo renano*, que, a propósito, sólo vería la luz en 1871. Como final de vacaciones, el 15 de agosto, hizo todavía una salida a la cercana Badenweiler, en la Selva Negra. La *Hoja de viajeros* de Badenweiler da como fecha de llegada el 14 de agosto; se alojó en el hotel «Römerbad»[42]. El 16 de agosto debía estar de nuevo en Basilea, en la universidad y en la escuela.

Visita de alto rango

La madre supo depararle una alteración «principesca» en sus días. La gran duquesa Konstantin, nacida princesa Alexandra von Altenburg, una de las tres princesas de cuya educación fue encargado el padre de

Nietzsche durante corto tiempo, paró el 20-21 de agosto en Basilea, en el curso de un viaje por Suiza. Franziska comunicó esto a su hijo, ordenándole recibir en la estación con un *bouquet* al augusto personaje, cosa que hizo dócilmente y de la que informa a su madre el 23 de agosto: «Parece que ella está bien y refinadamente formada, muestra rasgos decisivos de ingenio y una seriedad vital no rara entre princesas y comprensible dadas las cargas de su posición. Posee también un comportamiento amablemente cercano y no padece de la manía de estar continuamente representando. La recibí en la forma indicada por ti, con un *bouquet* en la estación, la llevé a pie por el Rheinbrücke y luego en coche a su hotel, cené con ella y con su séquito —ocupaba 21 habitaciones—, de modo que estuve con ella 2-3 horas y durante mucho tiempo totalmente *en deux*.»

Fue éste un episodio que aceptó como entretenido y sin compromiso, puesto que la esfera humana estaba completamente llena de Tribschen. Acto seguido, todavía la noche del 21 de agosto, viajó hacia allí y permaneció hasta la mañana del lunes 23 de agosto[285]. El 25 de agosto confiesa a Paul Deussen: «Nuevamente feliz acercamiento del tipo más cálido y cordial a Richard Wagner, lo que quiere decir: ¡al genio más grande y al hombre más grande de este tiempo, absolutamente inconmensurable! ... Entre las mujeres, las que más influencia ejercen sobre mí son la señora Ritschl y la baronesa von Bülow (hija de Liszt).» Cita todavía otros nombres que le están «suficientemente cercanos, pero no en la primera línea de amistad»; ¡Jacob Burckhardt no está entre ellos! Y resume: «Una lista así es en cualquier caso significativa, y de ella surgen muchas consideraciones del todo impensadamente. Una serie así de amigos es en cierto modo una proyección hacia afuera de nuestro interior, una especie de escala en la que encuentran expresión todos los tonos de nuestra naturaleza. Se vuelve uno pensativo. —No he nacido para la felicidad ni para la alegría.» Así es como aparece, en medio de la embriaguez de felicidad, la vena depresiva; los estados de ánimo oscilan incluso de línea a línea en una misma carta.

Decepciones

Pero pronto había de tener otra vez un motivo auténtico para la cólera y la decepción. Los viajes de vacaciones, los fines de semana en Tribschen y en Badenweiler, le habían costado de todos modos dinero, y él contaba sólo con los honorarios de un trimestre. El próximo pago completo del sueldo había que esperarlo sólo en 1 de enero. Por ello tuvo que escribir a fines de agosto a su «administradora de fondos» Elisabeth: «Y ahora un favor, que ha de ser cumplido con toda rapidez. Cámbiame un bono más de deuda pública y envía el dinero depositándolo en Correos.» Pero Elisabeth no estaba en Naumburg, por lo que la carta llegó a manos de

la madre, que no podía privarse de reprender al hijo y de amonestarlo al ahorro, en los viejos modos en que lo había hecho con el estudiante de Bonn.

Ella escribe[8]: «Todo el mundo cree que ahorras de tu sueldo, incluso los Wenkel, y que dejas que queden aquí los intereses. Todo se va fuera y ahora todavía el capital; esto no es normal. Así pues, por el amor de Dios, colócate en tu puesto y si es necesario alójate, mejor, en otro sitio. Déjame decirte una palabra como madre, para que este punto no se convierta en una eterna manzana de la discordia. Tú eres, por lo demás, mi buen hijo..., pero pienso que no está bien este modo de proceder... Pero... organízate de otro modo y anota, mejor, tus gastos... Espero una decidida respuesta a mis preguntas.» La respuesta llegó, corta y dura, a principios de septiembre: «N. B. Ruego otra vez que se medite si las expresiones y puntos de vista elegidos en esa carta son los *correctos*. F. N.

»Tampoco sabría cómo dar una respuesta todavía "más decidida" a tus preguntas. Lee mi carta *otra vez*.»

En todo esto Tribschen siguió siendo su consuelo. A Rohde, que recorría entonces Italia, se lo presenta el 3 de septiembre como «su Italia», e informa además: «Ultimamente he estado allí cuatro veces, separadas por cortos intervalos de tiempo.»

Estas cuatro veces fueron: del 5 al 6 de junio; del 31 de julio al 2 de agosto; del 21 al 23 de agosto, ocasión en la que Nietzsche, para no poca preocupación de Cosima, que temía de ello dificultades para él y que ya aquí mostró la relación de cuidado maternal que por su parte sentía y que habría de conservar siempre, viajó de vuelta sólo el lunes por la mañana, faltando con ello a una lección y al seminario. Pero evidentemente había ya avisado a sus estudiantes, porque de ello no se derivó queja alguna. Y ya el fin de semana siguiente, 28-29 de agosto, estaba de nuevo en Tribschen, y otra vez aún el 18-19 de septiembre. En medio de esa situación exaltada de alegría sucedió, el 9 de septiembre, la muerte de su maestro Otto Jahn, al que en tiempos respetaba, sin que hiciera mención de ello. ¿O es que no le dolió en demasía ser «relegado» por ese hombre? Jahn era decididamente contrario a Wagner. ¡También habla lo que uno silencia!

El 25 de septiembre acabó el semestre en la universidad, el pedagogio no tenía vacaciones hasta el 3 de octubre. Nietzsche se alegraba entonces de que viniera a visitarlo su madre y su hermana, y de poder llevarlas al lago de Ginebra, que en esa estación es especialmente hermoso y suave. Ya estaba todo acordado y todavía el 25 de septiembre sólo pregunta por la hora exacta de llegada. Pero en Naumburg alguien había hecho coger miedo a la viuda del pastor Nietzsche del clima y del tiempo en esa estación en la salvaje región montañosa, y por medio de un telegrama, para gran disgusto de Nietzsche, el viaje fue sin más anulado. Entonces él se decidió por lo contrario: ir él a Naumburg, donde pasó las vacaciones de otoño, del 6 al 18 de octubre. La estancia le debió resultar algo molesta;

se queja de ello a su amiga Cosima, la cual le contesta el 19 de octubre[15]: «Lo que me dice respecto de las decepciones que ha padecido me recordó experiencias propias que me hicieron ver claro que la mayoría de las relaciones juveniles se forman y se conservan por malentendidos. A la vez, hube de pensar también en el malhumorado relato que Schiller hizo a Körner sobre su primera vuelta a Suabia.»

Primeros problemas con la dieta

Otro problema le ocupaba por entonces mucho más intensivamente: el vegetarianismo. Comenzó a hacer experimentos dietéticos que ya nunca abandonaría. La incitación le vino de Gersdorff que, repentinamente y de modo totalmente decidido, el 8 de septiembre se confiesa vegetariano por motivos ideológicos. Y curioso: Nietzsche se deja arrastrar, se une a él, a pesar de que sabe aducir todas las objeciones en contra y a pesar de que desde Tribschen se le previene contra el experimento con razones y con ruegos. Wagner mismo había sido vegetariano durante largo tiempo, pero lo dejó completamente a causa de malas experiencias, desaconsejándolo al menos para sí mismo y para naturalezas semejantes a la suya. Nietzsche resume así estos argumentos en una carta a Gersdorff del 28 de septiembre: «El canon que da la experiencia en este campo es el siguiente: las naturalezas intelectualmente productivas y afectivamente intensas *deben* comer carne. El otro modo de vida queda para los panaderos y para los labradores, que no son más que máquinas digestivas.» Sin embargo Nietzsche no sólo participa en el experimento, sino que además renuncia a una decisión propia: «Entre tanto, para mostrarte mi energía bienintencionada, he mantenido hasta ahora el mismo modo de vida y lo seguiré haciendo hasta que *tú mismo* me des permiso para vivir de otro modo... Admito, desde luego, que en los restaurantes se acostumbra uno a un "exceso de alimentación": por lo que ya no me gusta comer en ellos. Igualmente me resulta muy claro que una abstinencia, de cuando en cuando, de carne por motivos dietéticos es extraordinariamente provechosa. Pero, por hablar con Goethe, ¿por qué "hacer religión" de ello? Y eso sucede inevitablemente con todas estas extravagancias, y quien está maduro para la dieta vegetal, la mayoría de las veces lo está también para la "olla" socialista.»

El salto de la dieta vegetal al socialismo parece del todo sorprendente y está totalmente inmotivado en el contexto. Pero si se fija uno en la historia de Basilea, entonces se comprende el motivo: es un auténtico problema el que le mueve a decir eso, problema que se le ha hecho patente de modo muy concreto, puesto que en septiembre de 1869 se celebró en Basilea la IV Internacional, un congreso de obreros. Y puesto que en él participó Bakunin, un compañero de armas de Wagner en las revueltas del 48 en Dresden, con quien Wagner evitaba ahora un nuevo encuentro,

Nietzsche fue directamente abordado en las conversaciones de Tribschen respecto a una toma de posición. El 15 de noviembre había ya una «ley de fábrica» para la ciudad industrial de Basilea. Nietzsche no se refiere expresamente en ninguna parte a estos acontecimientos; se podría creer que no se dio cuenta de ellos o que conscientemente había querido ignorarlos. Sólo en esta ocasión se delata. Teme ese fantasma —en eso está de acuerdo con Jacob Burckhardt— y se atiene a la clásica fórmula de oración εὐφημεῖτε *euphemeite**.

El semestre de invierno 1869-70

La tarde del 18 de octubre —un lunes— Nietzsche emprendió viaje de regreso a Basilea y se despidió por carta de su abuela Wilhelmine Oehler: «Ahora... puedo sentir con placer que esta actividad está como escogida para mí y se adapta a mis estudios, a mis inclinaciones y a mis fuerzas.» El semestre comenzó en la universidad el 1 de noviembre; en cambio, en el instituto tuvo que dar clase ya el 19 de octubre. Sería un semestre fatigoso. En la universidad explicó, como había anunciado, gramática latina y quizá también a los filósofos preplatónicos. Si no se encuentra el documento justificativo para ello, no podemos llegar a saber tampoco si hubiera tenido que dar menos horas, de modo que hay que suponer que también se llevó a cabo ese curso anunciado[122]. En cualquier caso, a principios de noviembre escribe a Ritschl sobre los «cursos de invierno» «ante mis tres necios oyentes». En cartas posteriores, de todos modos, informa sobre 8 o 9 oyentes, y 8 participantes también en el seminario. Como ejercicio de seminario no pone, según había anunciado, los *ERGA* de Hesíodo, sino las *Coéforas* de Esquilo, como repetición o continuación del semestre de verano.

En el informe semestral del pedagogio leemos: «En la primera mitad... se leyeron los *Trabajos y los Días* de Hesíodo. Además de ello, se hizo una lectura seguida de la *Apología de Platón* y del libro XII y de una parte del XIII de la *Ilíada*. En la segunda mitad, la *Electra* de Sófocles y el *Protágoras* de Platón. Junto con ello, ejercicios gramaticales... En lo que respecta a la lectura privada no hay que escatimar la alabanza a la clase, dado que, por su cuenta y sin ninguna coerción, ha leído varios diálogos platónicos, algunas tragedias de Sófocles y partes de Herodoto y Demóstenes...» A pesar de la «opcionalidad» el maestro tenía que dirigir y supervisar esas lecturas. Hay que añadir a todo ello el trabajo del catálogo para el *Museo renano*. En diciembre se imprimió el discurso inaugural *Sobre Homero*... Salió a la luz el 22 o el 23. Así pues, tuvo que leer las pruebas y enviar después los ejemplares, puesto que era una edición privada hecha como regalo de los amigos. Esa misma tarea le había encomendado Wagner. Wagner escribió —dictó— sus memorias (aparecidas bajo el título de *Mi vida)* e hizo componer para Navidades, igualmente como edición privada, un primer fascículo en la imprenta de Bonfantini en Basilea. El 3 de diciembre entregó el manuscrito a Nietzsche para que lo revisara críticamente y supervisara la impresión. Nietzsche estaba, naturalmente, contentísimo por la confianza que se le mostraba con ello e impresionado a la vez por la novedad de un libro así. Es, después de todo, la primera autopresentación de un artista y se convirtió en prototipo de todo un género literario que pronto se había de extender por el ancho mundo. No hay por qué minusvalorar este *factum* ni la impresión que produjo al joven Nietzsche, a pesar del juicio de su *Ecce homo* al respecto, donde no le importaba ya lo más mínimo colocarse en este plano en primera línea contra la posición de Wagner.

* (hablad bien = callad, para no espantar a los demonios.)

Pero todavía hay más. El 22 de septiembre, contra la voluntad de Wagner, el rey Luis II había hecho que se estrenara en Munich el *Oro del Rin*, cosa que produjo una gran crisis de confianza. Por razones artísticas, como por solidaridad humana, Hans Richter se había negado a ser el director de la orquesta, y fue sustituido por Franz Wüllner, a quien Wagner no creía capaz de una interpretación adecuada. Como escrito de lucha contra Wüllner y semejantes, y con esa finalidad primordial, Wagner compuso el escrito *Sobre el dirigir*. También esto hubo de leerlo inmediatamente Nietzsche, dado el modo cómo le escribe Cosima sobre todos los detalles en torno al asunto de Munich.

A la vez él mismo trabajaba en dos conferencias académicas públicas, con las que comenzó a pisar terrenos propios. «El drama musical griego», que pronunció el 18 de enero de 1870, y «Sócrates y la tragedia», el 1 de febrero. El 10 de marzo apareció por fin en el *Museo renano*, número 25, fascículo II, su trabajo filológico «Analecta Laertiana», que si bien no tuvo que rehacer —envió ya a fines de octubre el manuscrito definitivo al redactor Ritschl—, sí tuvo de nuevo que leer pruebas. Junto a todo este trabajo, encontró tiempo todavía, en febrero, para estudiar el *Tiempo de Constantino el Grande* de Jacob Burckhardt y las *Investigaciones romanas* de Mommsen. Y todavía al final del agotador semestre hace planes, sin vacilar, para nuevas publicaciones filológicas. Ritschl planeaba la edición de una serie de trabajos filológicos bajo el título «Meletémata Societatis philologicae Lipsiensis» (aproximadamente: Estudios de la Sociedad filológica de Leipzig) y ofreció a Nietzsche el número inicial. Nietzsche aceptó inmediatamente y el 28 de marzo propuso «Certamen Hesiodi et Homeri», o sea, escribir un trabajo sobre la famosa y legendaria rivalidad entre Hesíodo y Homero, así como recopilar en un libro sus trabajos sobre Diógenes Laercio.

Que después de todo esto no le quedaba mucho tiempor para el cultivo

de las amistades o para la vida social en general, lo deja entrever él mismo en declaraciones sorprendentemente numerosas en favor de la ascesis y del goce de la soledad. A finales de noviembre ha de confesar a su madre: «Aquí hay conciertos, teatro y conferencias públicas en abundancia», y añade: «Sin embargo me he vuelto excesivamente aristocrático como para ser capaz de encontrar placer en tales gracias», lo cual podía provenir perfectamente de Jacob Burckhardt. Seguramente sólo estuvo en un concierto en la Martinskirche, donde se interpretó, más bien mal que bien, la obertura de los *Maestros cantores;* de ello debió de informar a Cosima puesto que ella le habla de ese asunto el 9 de diciembre[15]. Durante todo el invierno sólo visitó Tribschen tres veces: del 13 al 14 de noviembre[258] (la visita de «finales de febrero», que indica Thierbach, no se puede demostrar) y del 12 al 13 de febrero; y sobre todo, la que, como «Papá Noel», hace durante las Navidades, del 24 de diciembre de 1869 al 2 de enero de 1870.

Navidades 1869 en Tribschen

Cosima tenía pensada una escenificación navideña con los niños como ángeles, un rey y un diablo. Puesto que en Lucerna no se encontraba el material apropiado, encargó a Nietzsche que se lo procurara en Basilea. El 9 de diciembre escribe[15]: «Muchísimas gracias por todas las molestias. No importa que el rey no resulte tan auténtico, ni el diablo tan negro como sería deseable; la fantasía infantil se contenta con insinuaciones... ¿Conoce al Sr. Kiefer, frente a Correos? ¿Una tienda hermosa y grande con muchas cosas de todo tipo? Sea tan amable de ir allí y pedir para mí un *verre d'eau*, es decir, una jarra rodeada de seis o de cuatro vasos sobre una bandeja de cristal.» Y de nuevo el 15 de diciembre: «¡Por el Niño Jesús!, no pierda usted la paciencia. De nuevo un ruego: tul con estrellas de oro o puntitos; para el caso de que no haya tul, tarlatana; voy a escribir este encargo en un papel aparte para que, si es tan amable, no tenga más que entregarlo en la tienda más grande de Basilea. Queremos vestir a un Niño Jesús y no encontramos el adorno apropiado para el cielo en toda Lucerna. En todo esto debo olvidar que usted es profesor y doctor en filología, y recordarme sólo de que tiene 25 años y que nos profesa cariño a nosotros, los de Tribschen.» Nietzsche realizó estos encargos de buena voluntad y con agrado. Pero tenía además otras cosas en que ocuparse. Uno de los encargos provenía ya del 29 de septiembre, antes de su viaje a Naumburg[15]: «Se trata del retrato del tío Adolf Wagner que él legó a su sirvienta en Leipzig, y que me gustaría comprar para entregárselo al maestro como regalo de Navidad... ¿Tendría usted la infinita bondad de permitir que la Srta. Doris (Brockhaus) le condujera a la pista de la propietaria del retrato, y de no dejar después a ésta tranquila hasta que, por dinero y con buenas o con malas palabras, me lo haya enviado?» Nietzsche tuvo éxito, pues el 30 de noviembre ella pudo informar: «Sobre la mesa de Navidad verá también el cuadro que le debo a usted.» A principios de noviembre llegó el deseo: «Me gustaría conseguir —también para las Navidades del maestro— la lámina de Durero que se conoce bajo el título *La melancolía.*» Y como tercer encargo le pidió por favor: «¿Quiere usted encargar también los clásicos y hacerlos encuadernar, los griegos en marrón rojizo y los romanos en marrón amarillento (papel jaspeado con lomos de piel; el papel también con coloraciones amarronadas, por ejemplo, blanco, amarillo, y una pequeña mancha marrón en medio), y el nombre de los autores sobre pequeños rótulos de diferentes colores...? En Basilea existe en la Eisengasse una gran juguetería; ¿tendría usted la amabilidad de entregar las notas adjuntas a ese importante Papá Noel, cuyo nombre he olvidado?» ¡Vaya escenificación sobre un fondo burbujeante!

Profesión y vocación en conflicto

Por esta época comienzan a atarse los nudos trágicos de su vida en los hilos de las más variadas relaciones. En los días navideños Cosima leyó el borrador de *Parsifal* al joven amigo de Wagner y hubo de anotar después en su diario (p. 182): «terrible impresión de nuevo.» Frente a la interpretación que a menudo se hace, estas palabras no pueden referirse más que a Cosima, pues sólo para ella se «renovaba» la impresión, que era profunda, conmovedora, en sus palabras, «terrible». Para Nietzsche el texto resultaba nuevo. La impresión que ejerció sobre él no la registra Cosima; tampoco él la manifiesta en este caso, reprime su modo de sentir. Entonces: ¿eran auténticas la preocupación filológica y la entrega, incluso servidumbre, a Tribschen? ¿No se ahogaba con ello —consciente o inconscientemente— aquella voz profunda que se podía percibir en la correspondencia con Rohde, Deussen y Gersdorff, primero tímidamente, pronto, sin embargo, cada vez más frecuente y fuerte, la voz del destino negado y reprimido, la voz de la filosofía?

Erwin Rohde le había escrito el 5 de noviembre desde Roma una carta entusiasta sobre sus impresiones en Florencia y en Roma[7], y en medio de la narración se dirigía a él: «Querido amigo, te echo de menos aquí diariamente, por la mañana, al mediodía y por la tarde; ¡qué existencia podríamos llevar juntos! Sería un tiempo en el que, según Jean Paul, no se harían versos con la pluma, sino con el ser y con la vida enteros, en el que toda nuestra esencia sonaría como una entusiástica pieza de música... De este modo, una parte esencial del alma enmudece totalmente; habla a lo sumo consigo misma, y con el amigo lejano que oye resonar su esencia aunque sea en palabras entrecortadas.» Al final Rohde habla sobre su

trabajo filológico «Pollux», criticándolo: «No he podido mejorar el infeliz estado de la cuestión y hay que contentarse, por tanto, con la salsa que intenté hacer espesa: el auténtico pez es sólo un gobio escabechado.» Tomando este motivo, el 11 de noviembre le contesta Nietzsche: «¿... quién puede escribir tales cartas seductoras? Créeme, cuando leo algo así, el bocado duro de mi existencia actual se me convierte aún en piedra en la boca; el pez de mi profesorado no está ni siquiera "escabechado", es más bien una serpiente. ¿O es que no fue este profesorado una serpiente que me sedujo, sacándome de la senda que lleva a los amigos y al portento azul?» ¡La imagen de la serpiente, a quien ha de arrancar el cuello a mordiscos, vuelve en *Zaratustra!*

En diciembre ofrece a la consideración del interés filosófico de Paul Deussen las siguientes sentencias, que califica de «proposiciones de creencia»: «Nunca haremos propia una filosofía que aceptamos por motivos puramente intelectuales... con la conciencia no pueden conseguirse nuevos impulsos. Lo dado está ahí, pero en modo alguno porque está ahí, por más que sea racionalmente. Simplemente es necesario. También la filosofía que el hombre hace suya es necesaria.»

El 19 de diciembre Gersdorff hace un recuento de la ubicación actual de los amigos: «... todos en cargos y honores, en el umbral de la vida burguesa. Nosotros, frente a ese horror, tenemos todo el horror, frente a esa esfera gris de la mediocridad, el mejor remedio en la devoción a nuestra sacrosanta filosofía, en el arte y —no menos— en nuestra amistad.»

Le gustaría poder comunicar a alguien su vacío anímico efectivo, pero le faltan para ello amigos en Basilea con los que haya crecido, en los que pueda presuponer una problemática parecida y una situación anímica acorde —«Tribschen» era, en todos los sentidos, «otro mundo». El anhelo de una amistad armoniosa aparece en las frases que confía al fines de enero de 1870 al fiel Rohde: «Te echo de menos del todo increíblemente: procúrame por tanto el goce de tu presencia e intenta que no sea tan corta. Desde luego es para mí una nueva sensación ésta de no tener aquí a mi lado *a nadie en absoluto* a quien poder contar lo mejor y lo peor de la vida... Mi amistad se vuelve realmente algo patológica bajo estas condiciones de soledad y en estos años jóvenes y difíciles: te ruego como ruega un enfermo: "¡ven a Basilea!"... Mi plan próximo es: cuatro años de adquisición de cultura, y después un viaje de un año entero —quizá contigo. Realmente tenemos una vida muy difícil; ¡qué feliz y segura, la dulce ignorancia de antes en los maestros y en las tradiciones!... Lo que más molesto me resulta es tener que representar siempre: el maestro, el filólogo, el hombre... Ciencia, arte y filosofía crecen ahora juntas, de tal modo, en mí, que habré de parir un día centauros.»

Cada vez ve con más claridad su auténtico destino y siente el impulso de exteriorizar lo que lleva dentro. A Paul Deussen le confiesa en febrero: «Hay días, y muchos, en los que sólo hablo en nombre del cargo... también noto cómo mi preocupación filosófica, moral y científica persigue *una* meta, y cómo yo —quizá el primero de todos los filólogos— me convierto en una unidad. ¡Qué maravillosamente nueva y cambiada me aparece la historia, especialmente el mundo helénico! He de enviarte de una vez las conferencias que he pronunciado últimamente, de las cuales la última (Sócrates y la tragedia) fue concebida como una cadena de paradojas y ha despertado en parte odio e ira. Tiene que haber escándalo. He desaprendido ya la consideración en lo fundamental: seamos compasivos y condescendientes con un hombre determinado, pero rígidos, con la antigua virtud romana, al manifestar nuestra visión del mundo.»

Y el 16 (ó el 23 = «miércoles») de febrero ofrece todavía a la consideración de Deussen: «Es triste, pero característico de la indeciblemente mezquina vida social alemana, que encuentres placer en el trato con actores. A mí me sucedió lo mismo. El resplandor sagrado del arte libre cae también sobre sus servidores más indignos. Además idealizamos ese estrato social: pero también a veces habla el pequeño demonio, del que Sófocles, con deleite, se sentía ya liberado. En general, el hombre serio puede estar seguro de que en esos círculos se aprovecharán y se reirán de él. Sólo que se nota muy tarde, y por eso resulta un bonito pasatiempo. A mí esto me resulta fatal en este momento.» El, que había suspirado una vez por una cierta Suschen Klemm y todavía un año antes por Hedwig Raabe, a quien en junio de 1866 había dedicado alguna de sus canciones, y que había de conservar siempre una debilidad para el género teatral, se defiende aquí contra uno de sus peligros, peligros que llegaron a apartarlo de su índole profunda, de su modo de ser propio. No se daba cuenta que él veneraba ahora, y trataba como amigo en su casa, a aquél a quien en pocos años habría de imprecar como «*el* actor», el sólo comediante, como el «charlatán de todos los charlatanes». Cuando se considera la totalidad de la vida de Nietzsche, esas últimas frases resultan lúgubres, como una trágica ironía. El hecho de que pasara a Cosima la carta de Deussen, donde éste confiesa su inclinación por el mundo de los actores, e incluso esta propia respuesta suya, y que, naturalmente, entrara con ella en conflicto[15]: «La vida social alemana es tan mezquina y miserable que verdaderamente en ella han de aparecer como semidioses esta clase de personas que viven fuera de sus reglas y leyes», muestra una ceguera angustiosa por este lado. También esto es un hilo en el nudo de su existencia, que en estos años se hace cada vez más inabarcable.

Nadie en su círculo de Basilea podía sospechar algo de sus incipientes dudas con respecto a la ciencia, tal como pueden apreciarse en los póstumos de esa época[37]: «El objetivo de la ciencia es la destrucción del mundo... Hay que demostrar que en Grecia, a pequeña escala, ya se dio este proceso: a pesar de que la ciencia griega significa muy poco. El arte tiene como misión destruir el estado. También esto sucedió en Grecia. La ciencia, después, aniquila también el arte...»

La contratación definitiva

Se miró solamente su diligencia, su interés en el trabajo y en el instituto, el éxito docente, su popularidad entre los alumnos del pedagogio, el reconocimiento público creciente, y nada menos que por Jacob Burckhardt. El gobierno, por tanto, no tenía ningún motivo de reparo, y el 7 de abril de 1870 decidió consolidar su puesto nombrándolo profesor ordinario. El 9 de abril se le notificó el nombramiento y él lo comunicó a los suyos en Naumburg y —sólo con una línea en el trascurso de una carta— a su maestro Ritschl, concisamente y sin emoción, de modo muy diferente al espectáculo de un año antes con ocasión del nombramiento.

A pesar de haber acabado el semestre se sumergió en un intenso trabajo. Le agobiaban «las notas de los exámenes y las comisiones encargadas de dar el pase al curso superior» (a Ritschl). Finalmente hubo algunos días de distensión. El 13 de abril llegaron a Basilea la madre y la hermana para hacerle una dilatada visita, y al día siguiente él viajó con ellas al lago de Ginebra —lo que no habían hecho en otoño— bajándose en Clarens, donde se dirigieron a la pensión Ketterer. Desde allí escribe a Ritschl: «Aquí todo es azul azul azul cálido cálido cálido, desde por la mañana temprano hasta la noche. Pero la pluma y la tinta no funcionan. He deseado ya muchas veces que estuviera usted aquí, aquí donde no existe más que una obligación: ponerse al sol como una marmota.» Pero esos momentos de distensión sólo duraron una semana. A fines de abril contestaba a Ritschl ya de nuevo desde Basilea: «He dejado a los míos en el lago de Ginebra. Era necesario volver porque se había estancado la impresión de mi programa (para el pedagogio) y porque la universidad quería organizar algo en honor del viejo Gerlach. Ayer, por encargo del Senado, le escribí una carta de felicitación en latín. No resultó fácil.» Gerlach cumplía 50 años de dedicación a la universidad; esto fue festejado convenientemente.

Ya estaba cercano otra vez el semestre de verano. Nietzsche había anunciado y llevó a cabo[122]: «En este verano impartiré dos interpretatoria, *Edipo rey* y los *ERGA* de Hesíodo, y en el seminario los *Academica* de Cicerón. Nuestros efectivos filológicos han alcanzado una cierta altura que aquí es muy reconocida: ¡14 personas! ¡Qué miseria!», escribe el 30 de abril a Rohde. En este caso falta de nuevo el documento justificativo de la segunda lección, pero, dada una tal «concurrencia», seguramente tuvo lugar; de todos modos se deduce del número total de horas, que expone el 6 de mayo a Rohde: «Tengo desesperadamente mucho trabajo ahora, puesto que este semestre he aceptado una sustitución del Sr. Mähly en el pedagogio: de modo que tengo 20 horas aproximadamente por semana: ¡yo, asno de maestro de escuela!» Y el 2 de julio a Gersdorff: «Este semestre he tenido que trabajar en exceso; 20 horas semanales entre cursos universitarios y horas de escuela; esto produce un gran agotamiento diario; uno se cansa y se vuelve descuidado con respecto a sí mismo y a sus amigos.» Esas 20, o «aproximadamente 20», horas se justifican del siguiente modo: *dos* cursos universitarios de tres horas, un seminario de 1-2 horas, sus seis horas de griego en el pedagogio y las seis de la sustitución. Así pues, fue impartido también el segundo curso. Y esta vez en el seminario un ejercicio de latín. A su clase en el pedagogio le hizo, tras una visión de conjunto histórico-literaria, «una introducción especial al drama griego... y primero se leyó la *Electra* de Sófocles. Los alumnos tuvieron que describir en un trabajo su impresión sobre las *Bacantes* de Eurípides y lo esencial del culto de Dioniso. Se discutieron después las partes más importantes del *Agamenón* y de las *Coéforas* de Esquilo, la *Medea* de Eurípides, de modo que pudiera despertarse en los alumnos la participación y la comprensión del desarrollo total de la tragedia griega...»* A pesar de esas múltiples tareas, y a propósito de los textos en los que trabajaba, pudo escribir el trabajo «Certamen Hesiodi et Homeri» para la colección de Ritschl, a quien se lo envió el 12 de julio.

El joven profesor del gimnasio

Louis Kelterborn[7] nos describe el renombre del que gozaba este maestro entre sus jóvenes: «... Con los mismos ojos de admiración con los que el entonces alumno de 17 años levantaba la vista hacia el maestro genial e infinitamente estimulante, lo miraba yo también en los años posteriores cuando la suerte me unió a él personalmente... Lo más extraño del caso era quizá el hecho de que, de principio, daba la impresión de una diferencia de edad mucho mayor, cuando estaba ante uno enseñando, o hablando en una conversación personal; en vez de sólo siete años parecía que era mayor que uno en media vida entera, y eso a pesar del ardor inequívoco, siempre candente, juvenil en el mejor de los sentidos y optimista, que mostraba, como persona de trabajo espiritual increíblemente grande y de modo independiente de pensar... un hombre en posesión de enormes conocimientos adquiridos y, a la vez, de metas audaces, elevadas y lejanas... Cuando en mayo de 1870 el director de la instrucción pública de Basilea, el senador Prof. Vischer, nos presentó, a nosotros alumnos del tercer curso, el nuevo maestro de lengua, literatura y filosofía griegas y, a pesar de su juventud, nos lo puso como modelo radiante, dada su calidad extraordinaria y digna de todo nuestro respeto como profesor, todos los alumnos de la clase se sintieron transportados a un estado de ánimo elevado; y esta primera impresión de que se había llamado a un elegido para iniciarnos más profundamente todavía en el mundo intelectual y estético

* Informe anual del pedagogio[105].

de los helenos, y de que a ese maestro no debíamos tratarlo sino con el más alto respeto, se mantuvo igualmente fuerte durante todos los meses de su actividad entre nosotros. También su estilo peculiar de introducirse con nosotros fue algo completamente nuevo e imponente, que en cierto sentido elevó inmediatamente nuestro propio orgullo...»

Contactos con la vida musical de Basilea

La madre y la hermana prolongaron la visita; la madre hasta el 1 de julio, en que continuó viaje para visitar a unos parientes en Cainsdorf, cerca de Zwickau; Elisabeth se quedó con él hasta las vacaciones de verano. No sabemos si les proporcionó también a ellas esta vivencia artística o fue él solo a la función: el 30 de abril escribe a Rohde: «Esta semana he oído *tres veces* la *Pasión de San Mateo* del divino Bach, y cada vez con el mismo sentimiento de ilimitada admiración. Quien ha olvidado completamente el cristianismo, oye esto realmente como si fuera un evangelio.»* Pero sólo tuvo lugar *una* función, el 29 de abril, con un ensayo público la víspera[99]. Por tanto, Nietzsche tuvo además que conseguirse acceso a un ensayo normal, lo que muestra tanto su compenetración con la obra como también con la vida musical de Basilea. Hubo de ser considerado como persona musical, puesto que continúa en la carta: «En el verano celebramos el aniversario de Beethoven, entre otras cosas, con la ejecución de la Missa solemnis. Y me han encargado a mí del discurso.» La universidad no contaba entonces todavía con musicólogos, por eso se dirigieron a un filólogo musical. También informa de ello a sus amigos de Tribschen, seguramente en un tono algo malicioso, puesto que Cosima le exhorta[15] el 15 de mayo: «No se burle del discurso sobre Beethoven diciendo que todo esto es un estudio preliminar a Sócrates; me alegro de oir de usted algo sobre el creador de nuestra música, después que sé cuán profundamente ha comprendido usted la música misma.» Se trataba de celebrar el centenario del nacimiento de Beethoven. Por cierto, no se llegó a interpretar la *Misa solemnis* sino la *Novena Sinfonía*, el 11 de diciembre y dentro de los conciertos de abono en la Martinuskirche[99].

Distanciamiento de «Tribschen»

De nuevo, a causa del mucho trabajo, no pudo ir a Tribschen para el cumpleaños del «maestro», el 22 de mayo, a pesar de que ese día cayó

* Fue una función en la catedral con el orfeón de Basilea bajo la dirección de Ernst Reiter (director del coro hasta 1875) y con buenos solistas; seguramente se trató de una versión abreviada, puesto que las representaciones completas de la *Pasión de San Mateo* son una invención moderna.

en domingo. Pero procuró para Cosima doce ramos de rosas, que llegaron florecientes[15] y ocuparon su lugar en un decorado festivo, abundantemente emperejilado, en la escalera. El rey regaló para ese cumpleaños el caballo Grane; también estaba allí la lámina de Durero *Melancolía*, conseguida por diligencias de Nietzsche. Probablemente, con esta ausencia, quiso librarse del dilema de ir solo y dejar a su madre mientras tanto en Basilea, o bien llevarla consigo a un círculo y a una celebración suntuosa donde no encajaría y cuyo espectáculo le habría de resultar más bien penoso. Su «virtud naumburguesa» no podía pasar por alto, hechizada por el encanto de Cosima, aquella pompa lujuriosa y aquella relación todavía «libre». En todo caso, resulta sorprendente que nunca se llegara a un contacto personal entre Tribschen y la señora viuda del pastor Nietzsche. Entre tanto, las visitas se interrumpieron completamente desde el 12 de febrero. Pero las cartas iban y venían con mucha frecuencia, y Nietzsche puso todos sus trabajos a los pies de la respetada señora; y ella los leyó y discutió todos detenidamente, incluso la felicitación latina a Gerlach. Sobre el esfuerzo que le exigía esto, escribe el 15 de mayo[15]: «Si se recuerda del estudio*, estimadísimo señor profesor, imagínese a mí allí dentro, con la gran hoja de latín en la mano, intentando descifrar su escrito con ayuda del diccionario, de la adivinación lingüística y del latín macarrónico sacado de las actas del concilio.»

En Tribschen se había entrado en el universo intelectual de Nietzsche. Los diarios de Cosima informan desde enero de 1870 de lecturas intensivas de autores griegos (seguramente traducidos). A Wagner le gustaba leer en voz alta, momentos que acompañaba siempre de interpretaciones. Así leyeron juntos casi todo Platón; también Aristófanes, Esquilo, Sófocles, y, más tarde, Heródoto y Tucídides. El influjo, pues, fue considerable por ambas partes.

Una agradable visita (Erwin Rohde)

Para Nietzsche hubo de resultar un «momento sublime», cuando el amigo Rohde, tan dolorosamente añorado, llegó por fin a Basilea para quedarse dos semanas. Rohde escribe a su madre el 9 de junio[54]: «Aquí estaría yo feliz, en Basilea; de hecho ya estoy desde el domingo anterior a este último (29 de mayo). Propiamente no quería quedarme más que ocho días a lo sumo, pero mi amigo ha conseguido finalmente retenerme más tiempo. En los días de Pentecostés (5-6 de junio) estuvimos... en compañía de la madre y de la hermana de Nietzsche en el Oberland bernés,

* El «estudio» fue instalado en noviembre de 1869 para las lecciones escolares que Cosima exclusivamente impartía a sus hijos, los cuales nunca fueron a una escuela pública. Allí se acomodaba Nietzsche en sus visitas.

Interlaken, Wengernalp, Lauterbrunnen... Revivimos en el pasado más feliz una prolongación de aquellos bienaventurados días de Leipzig, en los que, aislados de todo el mundo, nos entregamos uno a otro en un trato continuo de mutuo estímulo y fortalecimiento. Por desgracia Nietzsche está tan sobremanera ocupado en este semestre que solamente nos quedan pocas horas al día.» Dice además que «Nietzsche intenta interpretar la música wagneriana, dentro de las posibilidades que para ello ofrece el piano. Ayer por la tarde estuvimos con el ingenioso Jacob Burckhardt en Muttenz, un pueblo cercano a Basilea, de resultas de lo cual hoy tengo una pequeña resaca... El sábado y el domingo (11-12) pensamos ir a Tribschen, al lado de Lucerna, a visitar a Richard Wagner, si resulta procedente. El lunes, a más tardar, pienso partir de aquí». Así pues, tuvo que tratarse de una «fiesta» por todo lo alto, la celebrada en la venta rural de Muttenz, a 5 kms de Basilea. Jacob Burckhardt estaba acostumbrado a tomarse un vaso, lo que ciertamente no era el caso de Nietzsche, ni tampoco el de Rohde, como parece. Nietzsche, sin ser abstinente, nunca fue asiduo a las bebidas alcohólicas. ¿Se trataría de una aversión cogida para toda la vida al alcohol como consecuencia del abatimiento que le produjo una borrachera de cerveza en los tiempos de Pforta?

Los dos días que en compañía de Rohde pudo pasar en Tribschen fueron bendecidos con un gran sentimiento de felicidad. Aunque habla de su amigo, las líneas que dirige a Cosima el 19 de junio reflejan esencialmente sus propios sentimientos: «Hemos de agradecerles dos magníficos días, y *yo* incluso cuatro, puesto que yo siento con mi amigo Rohde todo lo que él siente y así pude esta vez gozar doblemente. Rohde, que partió al día siguiente de Basilea, me confesó haber vivido en Tribschen el punto álgido de todo el viaje que durante quince meses ha hecho sin rumbo fijo; vino con un respeto y una admiración por la existencia entera que allí se lleva tales, que tienen ciertamente algo de religioso. Comprendo ahora por qué los atenienses levantaron lugares de ofrenda a su Esquilo y a su Sófocles; por qué dieron a Sófocles el nombre heroico de "dexion", porque había recibido y obsequiaba en su casa a los dioses. Este estar (:estar presente) de los dioses en casa del genio despierta esta impresión religiosa de la que hablo.» Pero también había una gota amarga de por medio. Wagner había tenido la primera idea sobre Bayreuth el 5 de marzo; lo más tardar, se hubo de hablar de ello en esa visita de junio. Y esto fue como un golpe para Nietzsche. Vio desaparecer toda su soñada felicidad. Podía venir aquí con todo: felicidad, tristeza, problemas, trabajos, y para todo ello encontraba una recepción comprensiva o al menos una disposición sin prejuicios para comprenderlo. Cosima abordaba todo ello en cartas largas, calurosas y abiertas, y le comunicaba además todo lo que ella sentía. ¿Podría continuar esto dada la distancia hasta Bayreuth y la enorme tarea que allí esperaba? Nietzsche juega con un pensamiento audaz: «Con respecto al asunto de Bayreuth he reflexionado y pienso que lo

mejor para mí quizá sería dejar durante un par de años mi profesorado y peregrinar también al Fichtelgebirge. Son ilusiones a las que me entrego con gusto[15].» Así hubiera podido permanecer en la proximidad de Cosima y de Wagner.

Sucede a menudo que el cuerpo, después de golpes psíquicos, se refugia, por medio de un accidente inducido desde el subconsciente, en la enfermedad, para, en medio de esa tranquilidad externa, conseguir el recogimiento interior; así fue como Nietzsche el 22 de junio se torció un pie y hubo de permanecer en cama durante dos semanas. Era la primera falta a clase por enfermedad.

En 1870 el «Bündelitag» cayó el 16 de julio. Pero encontramos a Nietzsche todavía el 19 en Basilea, de donde escribe una carta a Rohde hablándole de Tribschen. En esta felicidad idílica le pasó totalmente desapercibido el hecho de que en Europa se hubiera formado una tormenta política. En medio del texto tiene que interrumpir, sorprendido por una noticia: «He aquí un terrible estampido: se ha declarado la guerra franco-alemana, y toda nuestra deshilachada cultura se precipita sobre el pecho del demonio más horripilante. ¡Qué habremos de vivir! Amigo, queridísimo amigo, nos vemos otra vez en el crepúsculo de la paz. ¡Cómo te estoy agradecido! Si la existencia te resulta ahora insoportable vuelve conmigo. ¡Vaya metas todas las nuestras! ¡Podemos estar ya al comienzo del final! ¡Qué desierto! Necesitaremos otra vez conventos. Y nosotros seremos los primeros fratres.

El fiel suizo.»

Precisamente con esta firma contribuyó esencialmente Nietzsche a la falsa deducción de que, a propósito de su profesorado en Basilea, se nacionalizó también allí, lo que no es cierto. ¿Lo creyó quizá él mismo? No puede responderse a la pregunta por la razón de esa firma desconcertante, ni —en caso de que sólo la usara metafóricamente— a la pregunta por el objetivo que intentaba con ello. ¿Quería solamente facilitar a Rohde buscar cobijo junto a él y, con ello, en la nación neutral respetada por la guerra?

Capítulo 5
EL NUEVO COMPAÑERO DE VIDA

El deseo apasionadamente alimentado de llevar a su lado como colega al amigo Erwin Rohde no se realizó, a pesar de los mayores esfuerzos por parte de Nietzsche. En lugar de ello el destino le regaló un nuevo compañero, que había de resultar significativo para su vida y para su obra, sobre todo porque guardó fidelidad de amigo a Nietzsche, más allá incluso de la muerte de éste: Franz Overbeck. El 23 de abril de 1870 —para el semestre de verano— llegó a Basilea el nuevo profesor de teología, Franz Overbeck; el 7 de junio (martes después de Pentecostés) pronunció en el aula del museo de la Augustinusgasse su discurso inaugural «Sobre el origen y la licitud de una consideración puramente histórica de los escritos del Nuevo Testamento». Encontró una vivienda en Schützengraben 45, en la casa de la viuda Adolphine Vogler-Rieser, sastra de profesión: por tanto en la misma casa de Nietzsche. Tuvo que tratarse de la vivienda que quedó libre por la mudanza del Prof. Gustav Schönberg. Probablemente fue de nuevo el senador Vischer quien procuró el acomodamiento al nuevo docente, con lo que, de modo imprevisible, marcó el destino. ¿Fue consciente, por su parte, el poner al teólogo liberal como vecino del incrédulo Nietzsche? Había sido también Vischer quien impuso este nombramiento, que confirmó el Pequeño Consejo el 8 de enero de 1870 con el siguiente encargo docente: «de diez a doce horas de docencia atendiendo especialmente a la exégesis del Nuevo Testamento y a la historia eclesiástica antigua.»[56, 50, 67, 111, 117, 188]

Overbeck provenía de una familia especialmente cosmopolita. El abuelo por línea paterna era alemán, emigrado en 1807 de Frankfurt am Main a Londres y convertido allí en ciudadano inglés. Su existencia de comerciante acabó contra la barrera continental de Napoleón. Su hijo —el padre de Franz Overbeck— se trasladó como comerciante a San Petersburgo.

Conservó su nacionalidad británica, y todavía su hijo, siendo ya un joven viajaba con pasaporte inglés. La madre, nacida Johanna Camilla Cerclet, era de procedencia católico-francesa y había crecido en Petersburgo. Los cónyuges habían decidido de mutuo acuerdo que los hijos fueran educados de acuerdo con la confesión del padre: la protestante.

Franz nació el 16 de noviembre de 1837 en Petersburgo, el mismo año en que Cosima vino al mundo en Bellagio como hija de Franz Liszt y de la condesa d'Agoult; el año en que el padre de Nietzsche se convirtió en educador de las tres princesas Altenburg; un año antes del nacimiento de Georges Bizet. Cuando todavía no había cumplido nueve años, en julio de 1846, lo enviaron los padres para un período de casi dos años (hasta abril de 1848) como alumno al Ancien Collège de St. Germain cerca de París. Mitad consciente todavía, el año de la revolución, 1848, el chico se contagió del engañoso hurra políticamente emocional: vestido con frack azul y pantalón amarillo cantó la *Marsellesa* en el coro de jóvenes escolares durante la revolución de febrero. Lo más provechoso y duradero de esos dos años en París fue un dominio completo de la lengua francesa (junto al inglés de la casa de los padres y al ruso del entorno de San Petersburgo). Sólo dos años después de su vuelta, en abril de 1850, la madre se trasladó con sus cinco hijos a Dresden (el padre permaneció hasta 1854 en Petersburgo), siguiendo el deseo de su propio padre (francés), que había querido una educación alemana para sus nietos. Hasta la primavera de 1856 Franz fue al gimnasio de la ciudad, la llamada Kreuzschule, un renombrado instituto. Aquí aprendió el alemán y naturalmente también las asignaturas de latín y griego. Tuvo que hacer también estudios hebraicos, puesto que desde abril de 1856 estudia teología, primero dos semestres en Leipzig, a continuación cuatro en Gotinga, donde también él conoce la vida de asociaciones estudiantiles como miembro de la «Hannovera», y después dos semestres de nuevo en Leipzig, donde el 3 de abril de 1860, después de aprobado el examen estatal, obtiene el título de «Doctor Philosophiae et Liberalium Artium Magister». En esos años se inicia una amistad con el historiador políticamente apasionado Heinrich von Treitschke, amistad que habría de repercutir a veces incluso sobre Nietzsche a través de la mediación de Overbeck. Durante sus años de «Sturm und Drang» Overbeck vivió completamente bajo la influencia de Treitschke.

Aunque Overbeck no había estudiado teología llevado por una convicción profundamente religiosa o por un furor de prosélito, tras acabar formalmente los estudios continuó con sus preocupaciones científicas dentro de su misma especialidad, y no llegó a una ruptura o a un cambio de facultad como Gerlach, Burckhardt, Rütimeyer, y Nietzsche mismo. Overbeck va todavía un año como estudiante de teología a Berlín y se ocupa allí sobre todo de Shleiermacher. De 1861 a 1863 está de nuevo en Leipzig, para preparar su habilitación. Pero en el otoño de 1863 va a Jena. El 8 de junio de 1864 aprueba en la facultad de teología de Jena

el Colloquium exigido para la consecución del grado de licenciado en teología, y el 4 de agosto la Disputatio pública. El 21 de octubre puede dar su lección de prueba como docente privado. En ese puesto permanece cinco años y medio, hasta que el 8 de enero de 1870 recibe de Basilea el llamamiento para la quinta cátedra recién creada. Jena le honra —algo tarde ya para poder retenerlo— en agosto de 1870 con el título de Doctor theol. honoris causa. Así pues Overbeck ofrece la imagen intelectual de un desarrollo sin conmociones y de amplios horizontes. Nunca consideró como meta y fruto de sus estudios teológicos convertirse en pastor, en promulgador de la palabra de Dios, en combatiente del cielo. Con un sólido aparato científicamente fundado abordó el Libro no como sabiduría revelada, sino como documento histórico-filosófico. Propiamente, ello le llevó a romper con un fundamento esencial de la confesión cristiana, pero no fue una ruptura violenta, ni una disputa, ni un problema existencial como en Nietzsche. Sucedió así por mera disposición intelectual suya, sin que él lo considerara o lo viviera nunca de otro modo.

Sólo sobre esta base se puede comprender la imperturbabilidad y calma que lo capacitaron para hacerse el compañero más fiel de camino de Nietzsche, que no se dejaba equivocar ni desconcertar por nada.

Pero mientras que para Nietzsche Overbeck podía ser el golpe de suerte de su vida, para los de Basilea fue una decepción y su nombramiento un fracaso. Todavía —hasta 1875— la constitución del cantón protegía el antiguo régimen senatorial, de modo que en Basilea no pudo desarrollarse políticamente el espíritu liberal que florecía en general en Suiza. Pero la iglesia sí fermentaba, sin embargo. «El "partido reformista" de los protestantes de Basilea había manifestado repetidamente su derecho a una cátedra "liberal". El senador Vischer creyó dar satisfacción a este deseo proponiendo a Overbeck, a quien ciertamente no se podía considerar como ortodoxo o pietista. Pero a pesar de toda su libertad de pensamiento no satisfizo en absoluto las esperanzas del liberal grupo reformista, que deseaba un predicador militante y no un sabio de gabinete, hipercrítico y filosófico, que desde el principio siguiera sus propios caminos.»

«Franz Overbeck ocupó ya en sus primeros años en Basilea, con su agudo juicio, prontamente madurado, un lugar en y frente a la teología, que fue determinante para toda su actuación posterior. Su especialidad científica era la exégesis del Nuevo Testamento y la historia eclesiástica antigua (anterior a la Reforma), en especial los Padres de la Iglesia[111].»

Pero no era precisamente esto lo que querían los «reformistas». Se opusieron por ello ya al nombramiento. Para la curaduría, sin embargo, había otros puntos de vista decisivos. Basel se había aislado con su «iglesia confesional». Existía el peligro para la facultad de que se cortara el aflujo de estudiantes de fuera, sobre todo de la Suiza oriental, si aquí no estaba representado también el método científico moderno. Las autoridades encargadas de los nombramientos no se dejaron confundir por eslogans como el del liberal «Volksfreund» cuando escribía: «tiene que haber un lucio entre las carpas, no una quinta rueda en el coche»[67], con lo que se refería a la quinta cátedra recién creada. Se eligió finalmente a Overbeck, en contra de los ortodoxos y de los «reformistas», que exponían como objeción específica: «No corresponde a la tarea pensada para él. Aunque en sus investigaciones críticas participa de puntos de vista liberales, parece, sin embargo, dedicarse casi exclusivamente a análisis históricos y resultarle extraña la teología especulativa y filosófica; este último campo, sin embargo, constituye precisamente el fundamento y el lado más importante de la nueva teología libre; el representante auténtico de esta orientación ha de colocar su centro de gravedad sobre el suelo dogmático-filosófico. Además, Overbeck es de índole demasiado tranquila y dócil como para que se pueda esperar de él un comportamiento independiente y firme frente a un partido contrario compacto y decidido[56].»

En el último punto se habría de confundir grandemente esa gente; en lo único que acertaron fue en que Overbeck no pensaba «apoyarlos en su lucha eclesiástica de pertidos». Para ello no se sentía ni con fuerzas, ni con vocación, escribía a su amigo Treitschke, y se limitaría de principio a sus deberes profesionales[56]. «Con ello la facultad de teología de Basilea había llevado a cabo el más curioso nombramiento de toda su larga historia[67].» Cuando en 1873 apareció su pequeño escrito crítico «Sobre el cristianismo de nuestra teología actual», ya no pudo ocultarse la ruptura. Overbeck sacó las consecuencias: declaró públicamente que ni él ni su esposa pertenecían ya a la iglesia cristiana. Se produjo la situación paradójica de que un «infiel», alguien que se había salido de la iglesia cristiana, un apóstata, ocupaba una cátedra en la facultad cristiano-teológica. Un buen testimonio de la apertura y generosidad de la «conservadora» Basilea de entonces resulta el hecho de que nunca se pensara en una revocación, pasando a primera línea de consideración la aportación científica. Overbeck agradeció el «cobijo ofrecido» por una actividad académica auténticamente libre. Aquí se había tomado en serio el principio de libertad de docencia y de investigación.

Así, pues, era el vecino de habitación de Nietzsche. Y al otro lado de la pared, en trato diario con ese investigador meticuloso, y costeado y protegido por la libertad de enseñanza de la universidad, pudieron surgir también sus propias *Consideraciones intempestivas*. Pero la tolerancia dio un paso más todavía: hacía sólo un año que Nietzsche había entrado, y como prueba de fidelidad había renunciado a su ciudadanía prusiana. Y ahora pedía una dispensa para poder poner su fuerza a disposición de «su patria alemana» en la gran confrontación política. A pesar de que la sociedad de más peso de Basilea no estaba sentimentalmente del lado alemán, no le tomó a mal a Nietzsche que se reconociera alemán, ni le guardó rencor alguno por ello, como tampoco a Overbeck, quien no se convirtió, como Nietzsche, en «europeo», sino que siguió siendo marca-

damente alemán, a pesar de su múltiple origen, y a pesar de pagar como precio la amistad de Treitschke. Sí quedó convencido por las ideas imperialistas alemanas, pero no en la forma extrema de Treitschke, que iba además unida oportunistamente a un cristianismo interpretado a conveniencia. En ambas alternativas, Treitschke o Nietzsche e Imperio Alemán o Basilea, supo rápidamente cómo había de hacer para elegir racional y honradamente. También esta evolución personal se cumplió orgánica y suavemente en Overbeck. Por el contrario, Nietzsche tuvo que oir hablar primero a los cañones, antes de que viera claro que los éxitos políticos, y desde luego los bélicos, en absoluto eran de por sí testimonios de una gran cultura.

Capítulo 6 EXPERIENCIA DE LA GUERRA (1870)

¿Podía uno sorprenderse realmente tanto como Nietzsche del comienzo de la guerra franco-alemana el 19 de julio de 1870?

Vemos por la correspondencia de esa época de los círculos cercanos a Nietzsche que también en ellos sucedía lo mismo. Este hecho curioso exige una explicación, porque con ello se vuelve a la vez comprensible un rasgo característico de la esencia de Nietzsche y de su posición frente al «mundo», que sólo una generación después ya resulta extraña.

Con esta guerra entró en la vida política y en el pensamiento del hombre europeo un elemento que le resultaba nuevo en este conflicto, aunque en la vida cultural ya se había preparado hacía tiempo. Hasta entonces la «política» había sido un asunto de dinastías y residía en las manos de pocas familias. También eran ellas solas quienes manipulaban el instrumento del enfrentamiento bélico, donde de lo que se trataba era de la lucha por el poder y también por la expansión territorial y la nueva recaudación de impuestos que ello suponía. Incluso el gran experimento de una naturaleza bruta como la de Napoleón I, bajo el pretexto de la «unificación de Europa», no tenía otro fin que hacer a Europa entera tributaria de París, en un momento en que comenzaba a desmoronarse la unidad de pensamiento, así como, en lo artístico, la «unidad europea de estilo», que había prevalecido todavía hasta el clasicismo rococó, en que, a su vez, comenzaban también a formarse los estilos nacionales. Y lo que finalmente resultó políticamente en 1813 de la contraofensiva de la guerra alemana de liberación, la restauración en el Congreso de Viena de las antiguas pompas principescas, renovó la antigua situación miserable. El hombre particular no era como «ciudadano» más que una pelota zarandeada, ni siquiera se le trataba como ciudadano y desde luego en absoluto como hombre. Esto creó una indiferencia, una auténtica falta de comprensión,

damente alemán, a pesar de su múltiple origen, y a pesar de pagar como precio la amistad de Treitschke. Sí quedó convencido por las ideas imperialistas alemanas, pero no en la forma extrema de Treitschke, que iba además unida oportunistamente a un cristianismo interpretado a conveniencia. En ambas alternativas, Treitschke o Nietzsche e Imperio Alemán o Basilea, supo rápidamente cómo había de hacer para elegir racional y honradamente. También esta evolución personal se cumplió orgánica y suavemente en Overbeck. Por el contrario, Nietzsche tuvo que oír hablar primero a los cañones, antes de que viera claro que los éxitos políticos, y desde luego los bélicos, en absoluto eran de por sí testimonios de una gran cultura.

Capítulo 6
EXPERIENCIA DE LA GUERRA (1870)

¿Podía uno sorprenderse realmente tanto como Nietzsche del comienzo de la guerra franco-alemana el 19 de julio de 1870?

Vemos por la correspondencia de esa época de los círculos cercanos a Nietzsche que también en ellos sucedía lo mismo. Este hecho curioso exige una explicación, porque con ello se vuelve a la vez comprensible un rasgo característico de la esencia de Nietzsche y de su posición frente al «mundo», que sólo una generación después ya resulta extraña.

Con esta guerra entró en la vida política y en el pensamiento del hombre europeo un elemento que le resultaba nuevo en este conflicto, aunque en la vida cultural ya se había preparado hacía tiempo. Hasta entonces la «política» había sido un asunto de dinastías y residía en las manos de pocas familias. También eran ellas solas quienes manipulaban el instrumento del enfrentamiento bélico, donde de lo que se trataba era de la lucha por el poder y también por la expansión territorial y la nueva recaudación de impuestos que ello suponía. Incluso el gran experimento de una naturaleza bruta como la de Napoleón I, bajo el pretexto de la «unificación de Europa», no tenía otro fin que hacer a Europa entera tributaria de París, en un momento en que comenzaba a desmoronarse la unidad de pensamiento, así como, en lo artístico, la «unidad europea de estilo», que había prevalecido todavía hasta el clasicismo rococó, en que, a su vez, comenzaban también a formarse los estilos nacionales. Y lo que finalmente resultó políticamente en 1813 de la contraofensiva de la guerra alemana de liberación, la restauración en el Congreso de Viena de las antiguas pompas principescas, renovó la antigua situación miserable. El hombre particular no era como «ciudadano» más que una pelota zarandeada, ni siquiera se le trataba como ciudadano y desde luego en absoluto como hombre. Esto creó una indiferencia, una auténtica falta de comprensión,

precisamente en las capas cultas y formadas de la sociedad, que apenas podemos entender nosotros, hombres pertenecientes a una época politizada. Pero eso era lo normal entonces, y ése era el caso también de Nietzsche y de su círculo, hasta 1870.

Estos hombres vivían inmersos en su «formación clásica». Se leía y comentaba a los autores antiguos, se estudiaba y discutía la filosofía antigua, se admiraba la sublime poesía de los épicos, líricos y trágicos. Se veneraba exaltadamente la «belleza clásica», el pueblo ideal de los griegos según la visión que de él habían dado Winckelmann y Goethe, pero no captaban auténticamente la vida que en realidad vivió ese pueblo desdichado, que sólo tuvo un corto espacio de tiempo feliz de 50 años bajo Pericles, y sólo en Atenas. Es verdad que se leían sus tragedias, pero se pasaba por alto lo trágico de su existencia histórica; se leían las bellas alocuciones de Tucídides, pero no se reconocía lo que hizo de él un gran historiador: haber conseguido plasmar en su obra la tragedia de su nación y, con ello, hacer un importantísimo descubrimiento político, a saber, distinguir entre motivo de guerra, pretexto de guerra y ocasión de guerra.

El hecho de que desde hacía tiempo había surgido —por ambos bandos— un motivo de guerra para ese encuentro armado de 1870, era el nuevo elemento que no vieron y que no quisieron reconocer los hombres «apolíticos» del tiempo. El pretexto de guerra —una cuestión española sobre derechos de sucesión al trono— no se lo tomó nadie en serio, e incluso había desaparecido ya por la renuncia del pretendiente de la casa Hohenzollern; y con respecto a la ocasión de guerra —la negativa del rey de Prusia a comprometerse formalmente a impedir para siempre en el futuro cualquier aspiración alemana a la sucesión del trono español—, esta cuestión de protocolo nadie podía creerla tan seria como para que bastara para una decisión tan grave como fue la declaración de guerra por parte de Francia. Ambos lados necesitaban esa guerra por exigencias internas, aunque los motivos reposaran en un antagonismo subyacente.

Bajo la dirección precisa de Bismarck, Prusia se había convertido en una potencia militar que, en forma terrible para sus vecinos, se había acreditado en la guerra contra Austria por la posesión del Schleswig-Holstein. La hegemonía francesa y, con ello, la dinastía napoleónica estaba amenazada, al menos en su prestigio; pero lo estaba igualmente por tensiones de política interna. Las atrevidas operetas de Offenbach, que envuelven toda la escabrosa vida cortesana en un fino ropaje arcaizante, aunque en exceso traslúcido, evidencian desenfadadamente el grado de corrupción moral a que había llegado esta dinastía.

Una victoria militar sobre Prusia habría conseguido dos cosas a la vez: quitar de en medio al desagradable adversario político y al factor de poder rival, y obtener hacia dentro gloria y poder para la deteriorada dinastía.

Se trataba de una guerra dinástica de cuño tradicional, urdida por motivos totalmente personales. Un viejo mundo, un esquema periclito de pensamiento, sacaba sus acostumbradas consecuencias.

En el caso de Bismarck la situación era distinta. A pesar de las pretensiones, finalmente conseguidas, sobre Alsacia-Lorena, no fue éste el motivo de guerra; no se trataba de una guerra de conquista ni de una guerra dinástica. Pero la guerra no le llegó en un momento inoportuno —aunque sí algo temprano y por sorpresa. Un pueblo politizado y militarizado por un servicio obligatorio de armas durante tres años, se esforzaba por crear una nueva forma estatal, un estado nacional alemán, que correspondiera a su desarrollo imparable, desde la guerra de liberación, en el ámbito intelectual, en el arte y en la literatura: un pueblo buscaba su forma. Esto era lo totalmente nuevo e inesperado en la constelación política, que Bismarck había atrapado y reunido a tiempo bajo una única autoridad. Se trataba, por tanto, de una reacción consecuente y políticamente fundada, pero desesperada y tardía, cuando Gambetta, en un globo, escapó del círculo de hierro del París asediado, e intentó desde Orleans hacer surgir también del suelo francés una armada nacional. Sólo ahora estaban frente a frente dos potencias equivalentes, pero la victoria militar estaba ya decidida hacía tiempo en favor de la consolidada preparación de la armada prusiana.

Se necesitaba algún tiempo hasta que el alcance de esta evolución, promovida bruscamente por la guerra, fuera percibida por los contemporáneos más despiertos. Ello se manifiesta acertadamente en el caso de Jacob Burckhardt, cuyas cartas, hasta la víspera de la guerra, no contienen la más mínima referencia a una posible evolución de este tipo en los asuntos europeos, pero que después, el 27 de septiembre de 1870, escribe a su amigo Friedrich von Preen en Bruchsal[61]: «Este terrible cumplimiento de la venganza tendría sin embargo una (relativa) justificación si Alemania fuera la parte sin culpa alguna y meramente atacada que se pretende. ¿Se quiere llegar con la milicia nacional hasta Burdeos y Bayona? Porque siguiendo lógicamente habría que mantener ocupada toda Francia, quizá durante muchos años, con un millón de alemanes... Existe un nuevo elemento en la política, un refinamiento, del que no han sido conscientes hasta ahora los vencedores, o, al menos, del que no han hecho uso consciente. Se intenta en lo posible humillar profundamente al vencido *ante sí mismo*, de modo que en el futuro nunca vuelva a creerse capaz de algo justo. Puede suceder que se consiga este objetivo; otra cuestión es si, con ello, uno se siente mejor y más feliz.

»¡Oh, cómo se equivocará la pobre nación alemana si, una vez en casa, quiere colocar el arma en el rincón y dedicarse a las artes y a la felicidad de la paz! Eso significará entonces: ¡ante todo, seguir ejercitándose en las armas! Y después de algún tiempo nadie podrá decir ya que para qué existe todavía la vida. Puesto que ahora viene la guerra ruso-alemana a

colocarse en el plano medio de la imagen y después paulatinamente en el primer plano.

»Entretanto agradezcamos al cielo, al menos, que Alsacia y Baden no sean fundidos en uno, puesto que resultaría un desafortunado ensamblaje. Fundamentalmente se veló por la imposibilidad al encargar tan encarecidamente a los de Baden el asedio de Estrasburgo... De dos cosas queda ahora una: o Alsacia se vuelve directamente prusiana, o sigue siendo francesa. Precisamente *porque* el dominio alemán resulta tan difícil en esas naciones, ésta sólo puede ser regida directamente por Prusia; todas las demás formas intermedias, como la curaduría o la tutela del imperio alemán, etc., resultarían insostenibles... El filósofo (Schopenhauer) ha subido en crédito de nuevo en estas últimas semanas. Vive aquí uno de sus fieles, con el que converso a veces haciendo lo posible por expresarme en su lenguaje...»

Y el 17 de octubre de 1870, a su cuñado J. J. Oeri-Burckhardt: «Aquí somos de la opinión de que se llegará hasta la toma de París, porque el gobierno de París no sólo ha de contar con la conveniencia, sino con una disposición popular temible. Por su parte, Prusia *debe* hacerlo ahora, después de haberlo *querido* durante mucho tiempo. De esta espantosa crisis llevará consigo un germen pernicioso de futuros males.» Es totalmente cierto que, después de esta guerra, en Jacob Burckhardt se liberaron —ya estaban en él con seguridad desde hacía tiempo— sus puntos de vista —diametralmente opuestos a los de la escuela winckelmaniana— sobre la historia griega como historia de la cultura y sus consideraciones sobre la historia del mundo; asimismo, en ese tiempo se hicieron más intensivas sus relaciones y sus conversaciones con el joven, pero igualmente conmocionado, Nietzsche. Pues el que hubieran despertado nuevas fuerzas políticas, era el conocimiento que conmovía también a Nietzsche y del que surgieron sus trágicas profecías sobre guerras futuras entre los pueblos y sobre guerras ideológicas: no como deseo suyo, sino como punto de vista trágico, que primero concentrará en una personificación, en la figura de Dionisos, del dios de la duplicidad temible, que por una parte regala la dichosa embriaguez vital, y en cuyo séquito, por otra, arrastra el aniquilamiento seguro.

Incluso gentes que tenían por qué estar más próximas al asunto, se dejaron sorprender totalmente al estallar la guerra. Carl von Gersdorff, oficial en el regimiento de guardia núm. 4 de la 1.ª división de infantería de guardia del ejército prusiano en Berlín, le explicaba a Nietzsche, todavía el 6 de julio, sus planes para las vacaciones[14]: «Añado el ruego de que cuando te vayas el 15 de julio dejes noticia de dónde te puedo buscar y encontrar. No tengo claro todavía mi plan de viaje; dudo entre si he de ir directamente de Basilea a Ginebra y desde allí al Oberland bernés, pasando por el Montblanc y Monte Rosa, o al revés: primero a Lucerna o Zürich, Rigi, Faulhorn, etc. El comienzo de mi viaje a partir de Basilea depende completamente de donde tú estés.»

Von Gersdorff pensaba, por tanto, hacer un viaje a Suiza después del 15 de julio. Las autoridades suizas demostraron una valoración mucho más realista de la situación. La nación conocía por su propio pasado más cercano, superado felizmente, las fuerzas que actuaban dentro de ella, y en el entretiempo, en el conflicto de Saboya y en el de Neuenburg, había conocido en su propia dinámica tanto a la Francia napoleónica como a Prusia. Los hombres de responsabilidad no se dejaron sorprender. Así, Franz Overbeck informaba el 20 de julio a su amigo Treitschke[50]: «Los alemanes que estamos aquí hemos elegido anteayer un comité de ayuda que publica hoy una llamada a todos los alemanes de Suiza para una actuación común. —Aquí el desconcierto fue increíble, sobre todo el sábado y el domingo... Además llegaron las medidas extraordinariamente enérgicas y rápidas de Suiza para la conservación de su neutralidad. Ya desde el domingo (= 17 de julio) la ciudad está ocupada por 6-7.000 hombres provenientes de todos los cantones, aunque los que no cabían en el gran cuartel han sido acomodados fuera de la ciudad en un campamento de barracas. En general las simpatías por Alemania aquí no son grandes. Tanto mejor y con tanta más frecuencia se tiene oportunidad aquí de evaluar la increíble falta de juicio con la que los regidores del estado francés ha promovido esta guerra.»

Este estado de alerta resulta casi grotesco en comparación con el de los dos bandos enfrentados por la guerra. Aunque el mariscal Leboeuf explicó en París ante la comisión que tuvo que revisar el proyecto de declaración de guerra, que se estaba «archipreparado (archiprêts) hasta el último botón de las polainas»[171], no se podía pensar en un ataque inmediato, dada la corrupta y desordenada administración de la desatendida armada. Incluso la maquinaria militar prusiana, de por sí bien entrenada, necesitaba tiempo todavía para entrar en acción eficazmente. Baviera, que de principio parecía no participar en el asunto, había reaccionado rápidamente: el rey Luis II la movilizó el 16 de julio. Pero la opinión pública europea se adormeció hasta el último momento en la creencia de que se trataba solamente de una toma de posición amenazadora[180].

Richard Wagner y la guerra franco-alemana

Los de Tribschen se encontraban en una situación especialmente ingrata e indecisa.

Cosima, por parte materna, era de noble descendencia francesa. Por entonces ya no se entendía con su madre, que vivía en Francia. También tenía amigos y otros familiares en París; entre ellos, incluso el ministro de la Guerra Ollivier, que era cuñado suyo. Wagner, igualmente, tenía buenas y amistosas relaciones con muchos franceses cultos; precisamente el día después de la declaración de guerra, algunos de esos amigos, que

venían del festival de Weimar, llegaron de visita a Tribschen: Catull Mendés con su esposa Judith, amiga de Wagner, el pianista Camille Saint-Saëns y otros. Los Mendés se quedaron hasta el 30 de julio en Lucerna.

Además, en principio Wagner tenía simpatía por la cultura francesa. El 16 de marzo de 1870 escribe a Champfleury, el fundador de una nueva revista, sobre su «idea preferida»: «la fusión del espíritu francés y del alemán»[84], y además: «Usted sabe que yo siempre he abrigado la idea de un teatro internacional en París, donde fueran puestas en su idioma original las grandes obras de las diversas naciones.» Wagner tenía pensado que había de ser Méhul el primer francés a quien se oyera en ese teatro.

No tenía simpatía especial por Bismarck. No esperaba de la hegemonía prusiana dentro del ámbito alemán, ni del restablecimiento de un estado militar, la renovación cultural de Alemania. Sus esperanzas estaban puestas en el rey de Baviera, Luis, como cabeza brillante de una liga de príncipes, y con Munich como metrópolis cultural: de ello, naturalmente, se prometía, primero, algo para su propia obra. Pero tampoco era tan ciego o tan fanático como para no darse cuenta de la significación de Bismarck. Ya en 1866 se había negado rotundamente a intentar con el rey Luis una gestión contra Bismarck que le proponía su amigo Wille; al contrario, aconsejó al rey que se entendiera con Bismarck de tal manera que continuara asegurándose todavía, dentro de las nuevas relaciones de fuerza, un puesto decisivo en el ámbito cultural. Por parte de Bismarck tampoco se llegó nunca a una relación buena con Wagner, a pesar de la *Marcha del emperador*, que compuso para el regreso victorioso de las tropas en 1871. «Bayreuth» nunca fue un asunto nacional para el imperio de Guillermo I, como lo habría de ser más tarde, para gran perjuicio suyo. Después del festival del verano de 1876 nadie tuvo oídos en Berlín para la considerable penuria financiera de aquella gran empresa, que se había pensado como una empresa nacional.

Sin embargo Wagner y Cosima estaban francamente indignados por la ligereza de la declaración francesa de guerra. Los partidarios de la guerra en Francia habían conseguido justamente lo que no debieran: poner también bajo la bandera prusiana incluso a aquellos alemanes más reacios a la hegemonía de Prusia. Así sucedió que en Tribschen la simpatía se decantó claramente hacia el lado alemán, aunque también se estaba convencido de que cualquiera que estuviera al servicio de la ciencia y del arte, es decir, al servicio de potencias supranacionales, tenía algo más que hacer que dejarse matar por una idea imperial o por la política imperialista de Bismarck. Y éste fue el parecer que Cosima defenció también frente a Nietzsche. Todavía el 9 de agosto, cuando él ya había tomado la decisión de presentarse al menos como enfermero, le escribe: «Hay que considerar además que las obras de la paz no deben quedar baldías cuando la lucha no es desesperada. Usted es un sabio y me parece que debe continuar siéndolo hasta que no sea una deshonra serlo, es decir, hasta que nuestra

querida patria esté amenazada y sólo el combatiente sea quien valga algo ante sí mismo.»

En Tribschen se tenía contacto hasta con los más altos círculos de ambas partes; por aquí se veía venir la fatalidad. Como huyendo de esa realidad axfisiante, el 10 de julio la familia Wagner entera, con el joven Hans Richter y el estudiante Schobinger, subió al Pilatus, para leer allí a Schopenhauer. Un repentino cambio metereológico los mantuvo sobre el monte hasta el 15 de julio. Ya el día después del regreso, el 16, Cosima escribía a Nietzsche: «No he pegado ojo esta última noche debido a la excitación que me produce esta guerra inminente; nunca lo insolente de la arrogancia francesa se me apareció en una luz tan deslumbrante y tan odiosa... por eso se comprende que la guerra sea tan necesaria como inevitable, y hay que esperar que sea llevada hasta la aniquilación de esa vanidad y esa insolencia que hacen imposible cualquier género de paz... quizá entonces se funde la unidad alemana, se rompa para siempre con el predominio de la moda parisina... y el olivo crezca en el abismo sobre el que se alza el castillo de Bayreuth. Pero qué tiempo horrible y tremendo nos espera, me parece como si ya nunca más fuera a encontrar tranquilidad.

»El dogma de la infalibilidad suena, visto desde esta terrible perspectiva, suena veraz como los cascabeles de un gorro de bufón en el que se convirtiera la tiara.» (Era inminente en los próximos días la declaración de la infalibilidad del papa en materia de doctrina, y se produjo realmente el 18 de julio.)

Reacción de Nietzsche al estallido de la guerra

Nietzsche eludió primero el problema y se retiró con su hermana a la montaña. Primero tenía que situarse en un mundo que para él había cambiado de golpe y encontrar *su* camino entre las opiniones de sus amigos y las tempestades de su tiempo, para decidir finalmente, como en el caso del vegetarianismo, *en contra del* parecer de Tribschen.

Hacia el 20-21 de julio fue con Elisabeth a Morschach/Axenstein, que está situado por encima de Brunnen en una terraza del macizo frontal alpino con vistas al lago de los Cuatro Cantones, donde se alojó en un gran hotel de cerca de 120 camas. El barco de Lucerna a Brunnen pasaba por delante de la península de Tribschen, casi rozándola. El 28 de julio volvió a Tribschen, a donde el 29 llegó también Elisabeth para una primera toma de contacto. «Una muchacha formal y modesta», como observa Cosima[258]. La relación moral entre Wagner y Cosima había conseguido mientras tanto una primera mejora, ya casi una sanción, al haberse llevado a cabo con éxito el 18 de julio la separación del matrimonio de Cosima con Hans von Bülow.

El 30 de julio, ambos —Nietzsche y Elisabeth— emprendieron viaje

nuevamente, primero lago arriba y luego en diligencia, hacia Maderanertal. Se trata de un valle romántico y agreste, un valle transversal por el este, que se abre hacia Reuss y que se extiende desde las alturas del glaciar Hüfi, al norte de los macizos de Hüfi y de Bristen* y al sur de los escarpados declives del Windgälle, hasta acabar, cerca de Amsteg, en el valle de Reuss en un escalón cortado a pique. Nietzsche se hospedó con su hermana en el hotel «Alpenklub», en el corazón del Maderanertal, aproximadamente a tres horas de Amsteg y a una altura de más de 1.300 m sobre el nivel del mar**. Probablemente el lugar le había sido recomendado a Nietzsche, desconocedor todavía del país, por Rütimeyer, que había estado allí en 1865. Ese paisaje áspero, lleno de cascadas rugientes, era el justo para que madurara, en el grave estado de ánimo general, «La visión dionisíaca del mundo», un manuscrito que regaló en diciembre a Cosima bajo el título *El nacimiento del pensamiento trágico*. Debió ser la elaboración de las conversaciones de finales de julio en Tribschen, y lleva ya la impronta de todos los escritos posteriores de Nietzsche: se trata de un diálogo, pero sólo de la mitad que corresponde al interlocutor Nietzsche. En este caso conocemos por el contexto a los demás interlocutores: los Wagner, primordialmente Cosima, a quien Nietzsche responde allí a una pregunta filosófica.

Una decisión difícil

Pero todavía quedaba otra pregunta que le había tocado en suerte. Lenta pero irresistiblemente había madurado en Nietzsche la decisión de ponerse a disposición del ejército alemán como voluntario. El 7 de marzo del año anterior, ante la inminencia de su toma de posesión en Basilea, había escrito ya al senador Vischer: «Asentado además que en caso de llamamiento a filas en tiempo de paz siempre puedo reclamar con éxito, sin embargo frente a la fatal posibilidad de una guerra no hay remedio alguno. En estas circunstancias considero como obligación mía respecto a la universidad de Basilea no hacer dependiente mi actividad en ella, bien sea de la guerra o bien sea de la paz.» No tuvo que dar el paso de la nacionalización, aunque en Basilea se hubiera visto con buenos ojos, dado que de ahí se derivaba una garantía para la permanencia del joven docente. Y ahora, el 8 de agosto de 1870, escribe al mismo Vischer: «En la situación actual de Alemania, no puede resultarle inesperada mi decisión de cumplir yo también mis deberes para con la patria. Con esta intención me dirijo a usted para pedir del ilustre Consejo de Educación, a través de su mediación, dispensa de trabajo para la última parte del semestre de verano.

* El pico destacado que visto desde Brunnen parece elevarse directamente detrás de Flüelen.
** Datos comprobados en el libro de visitas por E. His[112].

Mi decisión está ahora tan robustecida que sin vacilación alguna me puedo hacer útil como soldado o como enfermero. Nadie como una autoridad suiza en materia de educación puede encontrar tan natural y tan justo que yo *deba* echar el pequeño óbolo de mi aportación personal en las arcas de la patria, como ofrenda. Si recapacito en las obligaciones de las que soy responsable en Basilea, me resulta claro que, ante la tremenda llamada de Alemania a que cada uno cumpla con su obligación *alemana*, sólo violentándome penosamente y sin auténtico provecho podría sujetarme a ellas.» No era tan natural, ni mucho menos, presuponer tal comprensión. Nietzsche se confió en el hecho de que Vischer tenía una mujer alemana y, por ello, relaciones personales familiares en aquel lado; pero el estado de ánimo de las gentes de Basilea, como escribía Overbeck, no se inclinaba hacia allí. Seguramente comunicó al mismo tiempo su decisión a Cosima, puesto que ella le contesta inmediatamente, todavía el 9 de agosto: «No puedo aprobar en absoluto su decisión, cuyos motivos sin embargo comprendo y respeto; y no por el supuesto peligro que usted corre, sino por la inutilidad de su acción en las actuales circunstancias. No estamos en 1813; en suelo francés hay una armada bien organizada y hasta ahora vencedora; igualmente bien organizada está la asistencia sanitaria, de modo que todo diletante va a ser considerado más bien como una carga que como una ayuda. En ese momento se deseará más bien donativos que personas, y con cientos de cigarros haría usted un bien mayor que con su propia persona y con todo su patriotismo y sacrificio... Dios sabe dónde se colocará al voluntario, puesto que la armada está allí, en todo su esplendor, como expresión del supremo despliegue de fuerzas de una nación entera.»

Nietzsche vuelve inmediatamente con su hermana del Maderanertal a Basilea, pasando al lado de Tribschen, sin despedirse personalmente, hacia un futuro incierto. Por lo menos el escrupuloso diario de Cosima no hace mención entonces de ninguna visita, sino sólo, el 16 de agosto, de una carta retrasada de Basilea.

El 11 de agosto recibe Nietzsche la dispensa de las autoridades pedagógicas de Basilea, pero, en consideración a la neutralidad suiza, sólo se le permitió un puesto de sanitario. Nietzsche salió inmediatamente, todavía el 12 de agosto, para Lindau, y el 13 para Erlangen, donde entró a formar parte de un curso de enfermero. Fue durante ese viaje cuando parece que compuso, sobre una poesía del «Kladderatatsch», la coral «Adiós, debo irme ya», para «voces de hombres»[125]. Es uno de los pocos manuscritos musicales escritos con lapicero; según los trozos, resulta excesivamente estrecho para un coro de hombres o demasiado alto para un coro mixto, de modo que no se sabe muy bien cómo habría de ejecutarse. Según la hermana[136], la canción habría sido cantada inmediatamente, en el viaje, por los ocupantes del vagón de ferrocarril. En ese caso tuvo que tratarse de gente muy preparada musicalmente, pues la pieza es tan complicada armónica y vocalmente, que, *prima vista*, apenas resulta cantable

para diletantes normales. Curiosamente, además, la poesía no aparece en el número de guerra de julio-agosto de 1880 del *Kladderatatsch*, y a la noticia de que la canción fuera compuesta durante el viaje, se opone el informe epistolar de Nietzsche a Cosima, que sólo menciona el 21 de agosto en su diario: «Carta del Prof. Nietzsche; compone en el lazareto.» No parece que enviara la composición misma a Tribschen. Seguramente, y con razón, no se habría considerado apropiado a la seriedad de las circunstancias esa clase de coralismo masculino.

Servicio de guerra

Nietzsche tuvo que quedarse hasta el 22 de agosto en el lazareto de Erlangen para su «instrucción»; Elisabeth salió el 18 para Oelsnitz (con lo que la coral podría haber sido compuesta en Erlangen entre el 13 y el 17 de agosto). Después fue enviado como «diácono castrense»*, juntamente con un recién adquirido camarada, el paisajista berlinés Adolf Mosengel, con el que había coincidido en Maderanertal (posiblemente fue éste quien en aquellos días «entusiasmó» a Nietzsche con la idea del servicio de guerra). El 22 de agosto viajaron ambos hasta Stuttgart; el 23 llegaron a Nördlingen, el 24 a Karlsruhe, donde perdieron el tren de enlace para continuar inmeditamente el camino. A partir de aquí se entraba ya en un territorio por el que acababa de pasar la furia de la guerra y donde no se veía otra cosa que las tristes huellas recientes de la batalla. Las estaciones siguientes fueron: el 25 de agosto Weissenburg, a donde llegaron de noche; el 26 Sulz, el 27 Gersdorf. Parece que en Wörth asistieron a un entierro de soldados y embarcaron los fusiles y mochilas de los caídos. El 29 llegaron a Hagenau y Bischweiler —cerca de la ciudad de Estrasburgo, ante la cual estaba el ejército alemán al asedio—, y a Zabern. El 1 de septiembre continuaron los amigos hacia Nancy, desde donde el 2 de septiembre (el día en que fue hecho prisionero Napoleón III en el cuartel general de su comandante en jefe del ejército, Mac Mahon) fueron enviados a Ars sur Moselle, cerca de Metz, dentro ya propiamente de la zona de operaciones. Aquí fueron asignados inmediatamente a un tren-hospital, que en un viaje de dos días y dos noches condujo a los heridos al lazareto de Karlsruhe. Al día siguiente Nietzsche regresó a Erlangen para informar, donde llegó enfermo de disentería y de difteria, y hubo de ponerse en

* El diaconado castrense era una institución paramilitar dedicada al cuidado de los heridos en el campo de batalla y en los lazaretos, comparable a nuestras columnas de la Cruz Roja, fundada en 1864 por J. H. Wichern durante la guerra alemano-danesa. Los diáconos castrenses servían además de ayudantes de los capellanes castrenses para el reparto de la correspondencia, el consuelo y el auxilio espiritual a los enfermos. Su distintivo era la banda blanca con la cruz roja. El diaconado castrense existió todavía hasta el comienzo de la primera guerra mundial; después se incluyó a su personal en la organización del ejército como soldados sanitarios.

tratamiento. Por tanto vivió exactamente una semana, del 27 de agosto hasta el 2 de septiembre, la impresión inmediata de la guerra; pero esto bastó a su ánimo hipersensible.

Según las contestaciones recibidas, hubo de comunicar sus vivencias de la guerra, más detenidamente que a nadie, a su admirada Cosima, en numerosas cartas, todas las cuales, por desgracia, se han perdido. Por lo demás escribe también a su madre el 28 de agosto desde Sulz, cerca de Weissenburg: «Ayer, en marcha diurna de 11 horas, realizamos nuestras misiones en Gersdorf, Langensulzbach y en el campo de batalla de Wörth. Con esta carta va un recuerdo del campo de batalla, desertizado, lleno de numerosos restos tristes y oliendo fuertemente a cadáveres. Tras la armada del sur, hoy iremos a Hegenau, mañana a Nancy, etc. Viajamos solos Mosengel y yo: sólo en Pont á mousson nos volveremos a encontrar con Ziemsen, el colega de Erlangen.» Y el 29 de agosto, a la todavía siempre admirada señora Sophie Ritschl, que para él es la segunda mujer después de Cosima: «Las 2 de la noche —vagón del ganado—, con pedestal gélido a pesar de las columnas de llamas de Estrasbrugo. Campo libre entre la estación de Hagenau y Bischeweiler. Nueve horas de parada entre caballos y soldados de caballería, en medio de una población enemiga. Este es el modo ya acostumbrado de viajar. Mañana Nancy, después el cuartel general, y adelante.

»Conmigo el recuerdo del espantoso campo de batalla de Wörth. Miserable luz de aceite impide seguir escribiendo.» Por el contrario, no queda recuerdo alguno del accidental camarada Mosengel, de quien ya nunca volvemos a oír hablar. Desde su lecho de enfermo en Erlangen escribe el 11 de septiembre a su madre: «Aquí estoy, en cama, enfermo de disentería: pero lo peor ya pasó, el martes o el miércoles podré marcharme para seguir curándome en Naumburg... Llegué hasta las cercanías de Metz, y desde allí conduje un tren de heridos hasta Karlsruhe. En él, vendando continuamente heridas, gangrenosas a veces, durmiendo en el vagón de los animales, donde 6 heridos graves reposaban en la paja, cogí el germen de la disentería; a la vez el médico me ha diagnosticado además difteria, que proviene de lo mismo. También este mal es combatido enérgicamente por nosotros. A pesar de todo estoy contento de haber ayudado algo al menos en esta increíble necesidad. Y hubiera vuelto inmediatamente una segunda vez si no me lo hubiera hecho imposible la enfermedad.» Y el mismo día vuelve a enviar por fin una carta al Sr. Richard Wagner, en un tono formal y respetuoso.

De nuevo en casa

La enfermedad no tuvo que ser muy seria, pues, a pesar de los entonces todavía escasos medios de la medicina, el paciente, después de una semana

apenas, el 14 de septiembre, estaba suficientemente mejorado como para poder viajar a Naumburg para recuperarse, donde se dejó cuidar hasta el 21 de octubre.

A pesar de lo cortas que fueron sus vivencias inmediatas de guerra, la impresión que le quedó fue duradera y decepcionante. Lo que vio no fue el esplendor de la victoria o el pathos heroico, sino suciedad y miseria, y un irresponsable riesgo de la existencia humana. Personas cercanas a él estaban en medio de ese fuego maligno; convertidas en víctimas absurdas de una insolencia absurdamente desaforada, reposaban en tierra extranjera. Allí le brotarían en toda su profundidad estos versos de una canción coral de Esquilo *(Agam.*, v. 437-443)[35]:

ὁ γρυσαμοιβὸς δ' Ἄρης σωμάτων
καὶ ταλαντοῦχος ἐν μάχῃ δορὸς
πυρωθὲν ἐξ Ἰλίου
φίλοισι πέμπει βαρύ
ψῆȷμα δυσδάκρυτον ἀντ-
ήνορος σποδοῦ ȷεμί-
ζων λέβητας εὐθέτους

Ares, el que cambia en oro los cuerpos
y sostiene la balanza en el combate,
envía de vuelta de Ilion a los seres queridos,
quemados por el fuego, atormentados,
polvo que llorar profundamente, en lugar de
hombres, con cenizas de muertos cargados,
fácilmente colocables jarrones.

En tal estado de ánimo recibió una carta de Gersdorff que manifiesta mucho de lo que lo conmovía y de lo que seguramente escribió a Tribschen[14]: «... A las 8 se celebró en Mars-la-Tour un gran servicio religioso. No puedo decir nada en contra de esa solemnidad; fue un momento felizmente elegido, para aquellos que necesitan del consuelo de un clérigo para morir tranquilos, para aquellos que tienen necesidad de las palabras de un hombre de Dios para adquirir moral de combate. A mí, la melodía "En todas mis acciones" me resulta mucho más reconfortante que las charlas insensatas de esos hombres que, con sudor ácido y por dinero y buena comida, hablan de lo que no saben. A pesar de ello fue un instante grandioso que también a mí me exaltó: 30.000 guerreros bien pertrechados, cuyos cascos refulgían al sol, se inclinan para precaverse —¿de quién?, ¿quién puede nombrarlo?— de la férrea necesidad de cuyo brazo nadie escapa... Nos ponemos en marcha... En Mars-la-Tour entré en el pequeño cementerio; en una esquina había 9 tumbas recientes; dentro de una de ellas estaba mi querido Kurt Flemming; en la batalla del 16 de agosto fue alcanzado de

muerte, en un ataque donde se sacrificó el segundo regimiento de dragones de guardia. No tuve tiempo para las lágrimas; pero hoy se me enturbian los ojos cuando recuerdo a aquel amigo fiel, simpático y amable; surgen recuerdos de horas felices en los grises muros de la vieja puerta... No puedo jactarme, como otros, de haber manchado mis manos con sangre; pero creo haber actuado de acuerdo con la ética de Schopenhauer cuando protegí la iglesia del pueblo, llena de cientos de franceses heridos, juntamente con las casas contiguas, de la rabia de nuestros enfurecidos soldados, que querían derribar todo. Lo conseguí y me alegro de que mi intercesión ante el comandante de la división no fuera infructuosa, pues por ella los heridos, abandonados a morir entre las llamas de un fuego de granadas que duró hasta el oscurecer, fueron alejados de las casas del pueblo que estaban en llamas... No era posible alegrarse por la victoria, dado que su trascendencia nos era desconocida todavía, y su precio nos parecía demasiado grande. El cuerpo de guardia perdió 10.000 hombres, mi división 5.500. Entre ellos muchísimos oficiales, de los cuales, mis conocidos, casi todos estaban muertos o heridos... La vivacidad con la que estas terribles imágenes están ante mis ojos resulta espantosa... En ciertas experiencias soy ahora más rico. Lo más importante para mí es que, después de ellas, la verdad de Schopenhauer está en mí cada día más firmemente fundada. Esta visión de la vida no me volverá a abandonar. En mis ratos de ocio, aquí, ante las puertas de la gran urbe, tengo sobre la mesa su obra fundamental, que juntamente con los parerga traje en la maleta... En lo que se refiere a pérdidas, Pforta tiene por qué quejarse de muchas... Krüger dirige la 5.ª sección telegráfica del 2.º ejército... y está ante Metz; me alegró hace poco con una carta. "¿Qué hace Schopenhauer?", fueron sus últimas palabras en ella... Mantengamos en alto la bandera que hemos jurado.»

Ciertamente estos tonos anticlericales Nietzsche no podía permitírselos con Cosima, quien el 2 de septiembre le había escrito profundamente conmovida[15]: «Con temor le vi marchar y su carta ahora me llena de preocupación. Usted no está hecho para contemplar tan horribles escenas, y me pregunto cómo piensa usted soportarlas y vivirlas. Ojalá le ayude el sentimiento religioso, ojalá le asista el conocimiento de la existencia, que ha sacado de la filosofía, para soportar cada uno de esos horrores.» Y el 18 de septiembre le escribe al hospital: «Estábamos preocupados por usted y hemos comentado a menudo que no debió irse nunca. Yo me inquietaba sobre todo por su estado anímico, que usted me describe tal como yo lo había temido; ¡sé que hay experiencias que marcan para siempre nuestro interior, como la señal que le fue hecha al pobre potro con hierro candente!»

El 25 de agosto Wagner y Cosima se casaron en la iglesia reformada de Lucerna, y el 4 de septiembre bautizaron a su hijo Sigfrido. Sobre ello informa Cosima: «Sigfrido no se comportó muy bien en el bautismo; primero parloteaba, y finalmente lloró a la venida del Espíritu Santo.

Pero ahora es ya un cristiano; no le causó mucha satisfacción al pastor, de modo que espero que permanezca fiel a nuestro Salvador hasta la cruz.»

Los caminos comenzaban a desviarse, los espíritus a separarse.

Pero entre tanto hay todavía algo que une a todas estas personas de condición tan diferente: Jacob Burckhardt, Carl von Gersdorff, Paul Deussen, Erwin Rohde, Richard Wagner y Cosima, y Nietzsche. Todos ellos buscan y encuentran apoyo y consuelo, restablecimiento e instrucción, en aquellos días agobiantes, en Schopenhauer. Jacob Burckhardt lo dice escuetamente: «el filósofo», que para él es Shopenhauer.

Es una huída espiritual al exilio, una solución típicamente romántica al problema de asimilar la hegemonía de lo político, que había irrumpido como una catástrofe natural. Esta admiración por la filosofía de Schopenhauer no podía durar, debía atenuarse en la forma, al menos. Pero lo que esencialmente los separaba se fue haciendo patente en el modo y manera cómo cada uno de ellos volvió a encontrarse a sí mismo al salir del exilio que habían buscado en aquel tiempo de angustia.

Capítulo 7
EL REGRESO

(Octubre de 1870 a marzo de 1871)

«Frente a todas las imágenes horribles que me proporcionó mi viaje, he buscado cobijo en la ciencia. Ahora no me dejan tranquilo cuestiones rítmicas y métricas que me surgen de nuevo en la preparación del semestre de invierno; esta vez me produce auténtica alegría mi actividad académica. A Ritschl lo he encontrado bien y con su acostumbrada juventud; le envía sus mejores deseos... Mi anhelo de volver al campo de batalla no se ha cumplido; todo ello me afectó excesivamente, y todavía padezco a menudo de excitación nerviosa y de debilidad repentina, estados que me impiden toda clase de actividad extraordinaria y que me obligan a una cierta ecuanimidad de vida y a un gran sosiego. Ambas cosas las encontraré en la actividad del invierno.» Así escribe Nietzsche el 19 de octubre de 1870 desde Naumburg al senador Vischer de Basilea.

Nietzsche estaba profundamente excitado y ya nunca volvería a encontrar calma, ni un mínimo de equilibrio interno. En la dura e irreversible realidad se le había planteado la pregunta por el sentido de la existencia humana, allí veía él la contingencia y la falta de garantía de su justificación, y no en el juego intelectual ni en las fantasías siempre susceptibles de disolución del arte.

Las respuestas a esta pregunta fundamental con las que cuenta la dogmática cristiana hacía tiempo que habían perdido toda consideración e influencia en Nietzsche. Al principio sustituyó esa instancia por la doctrina de Schopenhauer, elevada a creencia filosófica. El 20 de octubre contestaba a la carta del amigo Gersdorff: «Todo lo que me escribes me ha conmovido al máximo, sobre todo el tono leal y grave con el que hablas de esa prueba de fuego que es nuestra común visión del mundo.

También yo hice una experiencia semejante, también estos meses significan para mí un tiempo en el que aquellas teorías fundamentales dieron pruebas de estar profundamente enraizadas: se puede morir con ellas; esto es más que el decir de ellas: se puede vivir con ellas.» Y sin embargo, tampoco esta confesión pesimista podía tranquilizarlo. En la misma carta se dice al final: «Además la atmósfera de las vivencias se había extendido en torno a mí como una niebla oscura: durante un tiempo escuché un quejido interminable. Mi intención de volver al campo de batalla se hizo por eso imposible. He de contentarme ahora con ser un simple espectador *compasivo*.

»¡Ah, mi querido amigo, qué deseos de felicidad voy a expresarte! Los dos sabemos lo que se ha de esperar de la vida. Pero *debemos* vivir, y no *para nosotros*.»

¿Para quién entonces? También el «caído por la patria» se desmoronó rápida y fundamentalmente, y cedió el paso a un escepticismo demoledor. Así pues, primero intentó vivir para su ciencia. En este mismo sentido debió dirigirse epistolarmente a Cosima, puesto que ella contesta el 30 de octubre[15]: «Ya ve que Wagner, igual que usted, se ha substraído, al menos algunas horas al día, a la indecible tensión de estos tiempos, por un trabajo profundo.» Por mucho que se encerrara en su trabajo tampoco en él podía encontrar auténtica satisfacción; le urgía una superación filosófica de la pregunta. Como punto de partida ya había tomado antes de la experiencia de la guerra el problema de la tragedia en los griegos. La configuración de ese pensamiento había de llevarlo pronto a una tensión mayor con respecto a su entorno; desde el punto de vista puramente físico, por un lado, como volumen de trabajo, con respecto a su cargo; y fundamentalmente, después, con respecto a su ciencia; y ya en la su exposición concreta, con respecto a Richard Wagner, a cuyas exigencias había de acomodar la configuración del libro.

La madre, que lo atendía cuidadosamente, no notó seguramente nada, con exactitud, de todos estos padecimientos internos y externos. Nietzsche, de nuevo, jugaba su doble papel perfectamente, como ya lo había hecho con respecto a «casa» desde los primeros días de Bonn. Así podía la madre escribir el 17 de octubre a sus familiares de Oelsnitz (a cuya casa había ido Elisabeth en agosto desde Erlangen)[8]: «Primero debo agradeceros cordialmente, queridos, el cariñoso recibimiento y toda la bondad que habéis mostrado con mi Lieschen y, como he sabido después, también con mi Fritz... Ahora, es natural, rebosamos literalmente de felicidad, puesto que tenemos con nosotros a nuestro Fritz y no sabría decirte hasta qué punto está encantador y alegre entre nosotros. La campaña militar (si puedo llamarla así) le ha sentado muy bien, ha conocido la vida por un lado completamente distinto al que había visto hasta ahora, se ha vuelto más práctico, se interesa también por nuestros asuntos, en una palabra, se ha vuelto más tratable... Puedes imaginarte nuestra alegría

interior; tenía todavía mal aspecto, y aquí hubo de darse mucho tiempo nitrato de plata en la boca, hasta que desaparecieron del todo las huellas de la difteria. Come muy bien todos los días y, para gozo nuestro, se le ha despertado un apetito que yo nunca había conocido en él. Y además, su carácter delicioso y alegre. En una palabra, tenemos la hermosa sensación, sin que lo manifieste nuestro ídolo doméstico, de que para él el hogar resulta ahora el sitio más agradable de la tierra; y esto nos causa gran placer.»

Nietzsche desarrolló verdaderamente una gran actividad. En las cinco semanas largas de su estancia en Naumburg no sólo viajó a Oelsnitz, sino también dos veces a Leipzig para ver a su maestro Ritschl (el 27 de septiembre y el 12 de octubre), y el 18 de octubre hizo una visita en Pforta. El trabajo filológico ocupaba el primer plano. Preparaba sus lecciones para el semestre de invierno; dedicó estudios concienzudos sobre todo a la métrica griega y a la prosodia del verso griego, estudios a cuyos resultados contribuyó de modo importante su eminente dotación para la música. El 23 de noviembre informa de ello a Erwin Rohde: «El día de mi cumpleaños tuve la mejor ocurrencia filológica que he tenido hasta ahora; ¡bueno, en realidad esto no suena orgulloso por mi parte, ni tiene por qué! Ahora trabajo en torno a ella. Si me lo quieres creer, he de decirte que existe una *métrica* nueva que yo he descubierto, frente a la cual todo el nuevo desarrollo de la métrica desde G. Hermann hasta Westphal o Schmidt aparece como un *embrollo*. Ríe o búrlate, como quieras; a mí mismo me resulta muy asombroso el asunto.» Dio mucha importancia a este descubrimiento; ¡todavía a fines de agosto de 1888 se lo expone al Dr. Carl Fuchs! Y efectivamente ha pasado a formar parte de la ciencia, y es *su* aportación a la filología.

El 28 de septiembre de 1870 salió en el *Museo renano*, número 25, fascículo IV, la primera parte de su artículo «El tratado florentino sobre Homero y Hesíodo, sus estirpes y su rivalidad»; la continuación y final sólo pudieron salir en febrero de 1873, con lo que cerró la serie de sus publicaciones científico-filológicas. El manuscrito de esta exposición estaba acabado ya antes de la guerra y lo había enviado el 12 de julio a Ritschl. Seguramente sus dos visitas a Leipzig tienen relación con este asunto. De todos modos le unían humanamente tantas cosas a su antiguo maestro que bien le pudo contar en confianza las experiencias vividas hasta ahora como joven docente, sus relaciones con Wagner y finalmente sus impresiones de la guerra. Todavía veía Ritschl con buenos ojos la diligencia y el indiscutible éxito de su antiguo alumno y ahora joven colega; aún no se había interpuesto entre ellos la ruptura decepcionada, debida a la dedicación de Nietzsche a la filosofía, extraña para Ritschl.

Nietzsche repitió siempre las visitas a Pforta; volvía a ella como se vuelve a unos padres adoptivos a quienes se está muy agradecido. Pero sobre esta visita se extendió la sombra de una gran inquietud. Sabemos

esto por la carta del 20 de octubre a Gersdorff: «Esta mañana me trajo la más agradable de las sorpresas y la liberación de mucha inquietud y alarma: tu carta. Todavía anteayer sufrí el peor de los sustos cuando en Pforta oí pronunciar tu nombre con voz vacilante; ya sabes lo que ahora significa ese tono vacilante. Inmediatamente requerí del rector una lista de los guardianes caídos, que me llegó ayer por la tarde. Me tranquilizó en un punto fundamental. Por lo demás me proporcionó gran tristeza... *in summa* 16 [caídos].»

Reanudación de la actividad profesional

El 21 de octubre Nietzsche abandonó Naumburg con dirección a Basilea, donde llegó el 22, sábado. El 24 de octubre informa a los suyos sobre este viaje: «La verdad es que no llegué con el mejor humor, puesto que durante todo el segundo día de viaje tuve que luchar contra los vómitos. El primer día llegué hacia las 12 de la noche a Frankfurt totalmente helado. El segundo, alrededor de las 8 de la tarde, estaba ya en mi casa, donde pedí inmediatamente una infusión de tila. Tampoco hoy me encuentro bien aún... El recibimiento en casa de los Vischer fue muy amable.» Inmediatamente me dediqué al instituto[105]. Había que realizar exámenes. El semestre de invierno en la Universidad comenzó también a los pocos días. Nietzsche había anunciado la «Historia del epos griego», tres horas, cuyo tema redujo después a los *ERGA* (*Los trabajos y los días*) de Hesíodo; además «Métrica griega», 3 horas, para lo cual se había preparado especialmente, y que impartió de hecho. Para el seminario estaba previsto un ejercicio latino: el primer libro de la «institutio oratoria» de M. Fabius Quintilianus*. Este primer libro de su obra enciclopédica sobre la formación del retor y sobre la retórica en general, trata de la fundamentación de la educación en los años infantiles y juveniles. Nietzsche mismo, como profesor de instituto, estaba confrontado con este problema sin haber sido preparado para ello en un seminario de pedagogía; se disponía así a dejarse orientar en el tema por un autor antiguo de gran altura moral, de modo que en esto, como en tantas otras cosas, unía sin eslabones intermedios su presente con la Antigüedad. Pero no llegó a realizarse. Continuó con el ejercicio que había interrumpido en el semestre de verano: los *Academica* de Cicerón, una de las grandes obras filosóficas del famoso autor, a quien se reconoce unilateralmente como orador, en la que expone

* Quintiliano fue rector y maestro de filología en la segunda mitad del primer siglo después de Cristo. Procedía de España, pero la mayor parte de su vida trabajó en Roma, en una posición de mucho pretigio, durante el reinado de los emperadores Galba, Vespasiano y Domiciano[60].

las doctrinas de los «académicos» y las confronta, en forma de diálogo, con el polo opuesto del estoicismo[26].

Cicerón mismo tenía en alto aprecio este escrito, estilísticamente muy cuidado. Sán Agustín lo leyó con admiración, a pesar de su rechazo y de su ingeniosa refutación del escepticismo en sus «contra Academicos libris». Pero aparte de su calidad artística, la obra es importante como la fuente más significativa para el conocimiento del escepticismo académico junto con los libros de Sexto Empírico; y éste guarda relación de nuevo con la cuestión de las fuentes de Diógenes Laercio, y finalmente con la cuestión de las fuentes de la filosofía de Nietzsche... De este modo, a las bases de este ejercicio estaba lo artístico (el estilo) y la filosofía. En lo que se refiere al pedagogio sólo tenemos noticia de una introducción a la filosofía de Platón y de la lectura del diálogo *Fedón* junto a un libro de la *Ilíada*. Naturalmente, estas lecturas iban acompañadas de ejercicios gramaticales[105].

Se cuestiona el punto de vista patriótico

Nietzsche mismo también se sentaba en el pupitre de alumno ante su gran maestro Jacob Burckhardt. El 7 de noviembre informa de ello a Gersdorff: «Ayer por la tarde disfruté de un placer que habría deseado sobre todo para ti. Jacob Burckhardt dio una conferencia pública sobre la "grandeza histórica", y lo hizo partiendo completamente de nuestra vida intelectual y sentimental... en paseos íntimos llama a Schopenhauer "nuestro filósofo". Le escucho un curso de una hora semanal sobre el estudio de la historia y creo ser el único de sus 60 oyentes que comprende la profunda marcha de su pensamiento, con sus extraños cortes y rodeos allí donde el asunto se vuelve complicado. Por primera vez encuentro gusto en una lección; también es verdad que es de tal tipo que yo podría darla si fuera mayor de lo que soy. En su lección de hoy se dedicó a la filosofía de la historia de Hegel, y lo hizo de un modo que honra perfectamente al aniversario.» Ambas, la conferencia y la lección, fueron unidas más tarde en una publicación póstuma bajo el título *Consideraciones sobre la historia universal*[65]. Bajo la impresión de estas exposiciones Nietzsche adquirió rápidamente un punto de vista nuevo y distanciado sobre la historia reciente. Todavía el 29 de octubre había escrito a Ritschl: «La atmósfera política (en Basilea) es verdaderamente abominable... Ya ni siquiera se puede entender uno en Basilea con las gentes serenas y bien dispuestas en general respecto de Alemania. El odio a los alemanes es aquí instintivo y el goce que producen las informaciones victoriosas francesas, grande. Hoy, duelo general por Metz»; pero diez días más tarde escribe ya: «Tengo los mayores recelos con respecto a la inminente situación cultural. ¡Si por lo menos los enormes éxitos nacionales no tuviéramos

que pagarlos excesivamente caros en un ámbito en el que no deseo ningún tipo de menoscabos! En confianza: tengo a la Prusia actual por una potencia altamente peligrosa para la cultura. En lo que se refiere a la instrucción pública, pienso hablar más tarde en público sobre ello; y con los manejos religiosos, tal como los dirige Berlín en provecho del poder de la iglesia católica, que lo intente otro. Aunque resulte a veces muy difícil, hemos de ser suficientemente filósofos como para permanecer sensatos en medio del delirio general, de modo que no venga el ladrón y nos robe o nos menoscabe aquello que para mí no puede compararse con las mayores hazañas militares, e incluso con ningún enaltecimiento nacional.

»Para el período cultural que se avecina se necesitan combatientes: hemos de conservarnos para entonces.» Y con mayor mordacidad el 23 de noviembre a E. Rohde: «¡Procura irte de la Prusia fatal, enemiga de la cultura, donde los gañanes y los frailes crecen como las setas y que pronto nos anegará, a toda Alemania, en sus tinieblas!» También parece que escribió a Cosima en este sentido tras la conferencia de Burckhardt, pues ella contesta el 17 de noviembre[15]: «No me extraña que vea usted tan negro en relación a los acontecimientos que se avecinan, ¡ah!, ¿cómo no habría de ver negro quien mira al mundo? A mí me consuela la siguiente experiencia: que en la historia, hasta ahora, a grandes hazañas guerreras siguen períodos de esplendor cultural. No cuento con que el señor von Bismarck ni los diferentes príncipes despierten una época dorada en Alemania, sino con las madres alemanas que en este año, con abnegación y entusiasmo patrio, han traído niños al mundo.» Está hablando la madre feliz que ha de cuidarse de su muchacho de año y medio, Sigfrido: «La conquista de esta felicidad especialísima, que nunca creí fuera posible sobre la tierra, despierta en mí un sentimiento religioso cada vez más profundo; a la divinidad que haya actuado en este caso he de agradecerle lo siguiente: a la fe que me anima se une el amor, y como tercera cosa en juego, algo siempre encubierto: ¡la esperanza!»

Nietzsche ya no reconocía en ello divinidad alguna a quien hubiera de dirigirse en acción de gracias. En él crecía inconteniblemente un nuevo y personal sistema de pensamientos y sistema del mundo, que fue ampliando poco a poco, a espaldas de su entorno más próximo. En Naumburg, escondido tras la fachada del «Fritz» jovial y alegre, amable y social; en Basilea, oculto tras el profesor diligente.

El fragmento Empédocles

Así fue como surgió, fechado el 22 de septiembre en Naumburg, y de su problemática en torno a la tragedia, el bosquejo de un libro, «La tragedia y los librepensadores», que ya iba con mucho más allá del tema original: una historia del desarrollo de la tragedia griega. Y poco después

nos topamos con otro proyecto de un drama, *Empédocles*, en el que de modo francamente inquietante se prefigura ya el camino del Nietzsche posterior y en el que aparecen símbolos fundamentales. Como más tarde con *Zaratustra*, también aquí toma una figura histórica —la del filósofo siciliano, médico prodigioso, poeta y fundador religioso del siglo quinto antes de Cristo, el legendario Empédocles— como máscara en la que él mismo aparece idealmente, sólo que en este caso permanece más cercano a la tradición, mientras que del legendario-histórico persa Zaratustra sólo queda el nombre y su función como fundador religioso. Conocía a Empédocles a través de Diógenes Laercio[77]. De su concepción filosófica del mundo hubo de interesar a Nietzsche el proyecto de unir lo místico-pitagórico con la ciencia natural moderna. En la doctrina de Empédocles de la transmigración de las almas está uno de los impulsos para la doctrina de Nietzsche del eterno retorno de lo mismo como hipoteca ética. Pero lo que toma muy especialmente son las leyendas sobre la autodivinización de Empédocles y su muerte en el Etna, leyendas que ya el tiempo ilustrado de Diógenes Laercio narra sólo como curiosidad. Separándose completamente de la tradición y yendo mucho más allá de los límites de la elaboración del tema, tal como se encuentra en el fragmento de Hölderlin[115] (en relación a cuyo *Empédocles*, extrañamente, no puede encontrarse referencia alguna), da por compañera a su Empédocles, junto a su amado Pausanias, que también le reconocen Diógenes Laercio y Hölderlin, a una tal «Corina». Existe una Corina histórica; fue una poetisa beocia que vino a Tesalia y según la leyenda habría sido maestra de Píndaro y le habría vencido en una competición poética. En cualquier caso se trataba de una mujer altamente intelectual.

Y con ello comienza la simbólica personal que habría de acompañar a Nietzsche toda la vida, incluso hasta en la locura. Empédocles se convierte más tarde en Dionisos, Corina en Ariadna. Empédocles es un disfraz de sí mismo, y bajo Corina/Ariadna habría que suponer ya ahora, en el otoño de 1870, a Cosima. Algunas citas del borrador que apoyarían esta interpretación[1]:

«Tercer acto: Teseo y Ariadna. El coro, Pausanias y Corina. Empédocles y Corina en el escenario. Vértigo de muerte en el pueblo ante el anuncio de la reencarnación. Se le venera como al dios Dionisos, mientras que él comienza a sufrir de nuevo. (El actor Dionisos ridículamente enamorado de Corina.)... Quinto acto... Dos ríos de lava de los que no pueden escapar (Empédocles y Corina). Empédocles se siente asesino, digno de un castigo infinito, espera el renacimiento de una muerte expiatoria. Esto lo arrastra hacia el Etna. Quiere salvar a Corina. Un animal se les acerca. Corina muere con él. "¿Huye Dionisos de Ariadna?"» También el «Dios ha muerto» de Zaratustra se encuentra ya en este fragmento en la frase: «¡El gran Pan ha muerto!», igual que otros muchos rasgos en general de la leyenda de Empédocles que entran a formar parte del *Zaratustra*. Al comienzo

del fragmento Nietzsche expresa su propia problemática filosófica: «Empédocles, que es empujado a través de todos los peldaños: religión, arte, ciencia, y que al superar el tercero se dirige contra sí mismo. Es empujado fuera de la religión por el reconocimiento de que es un engaño. Ahora, agrado en la apariencia artística. Fuera de ella por el impulso del reconocimiento del dolor del mundo. Ahora considera como anatomista el dolor del mundo, se convierte en un tirano que usa de la religión y el arte, y se endurece cada vez más... El pueblo reunido en torno al cráter: Empédocles enloquece y antes de su desaparición anuncia la verdad de la reencarnación... Tras larga lucha reconoce la ilusión de la religión.» Aunque con variaciones en la forma, se utilizan aquí las tres potencias de las *Consideraciones sobre la historia universal* de Jacob Burckhardt. Si en el caso de Burckhardt se trata de dos potencias estáticas, religión y estado, y una dinámica, la cultura, las que hacen las veces de fuerzas activas en la historia[65], en el de Nietzsche sólo se admite una estática, la religión, y se divide la cultura en dos elementos dinámicos, el arte constructor de mundos de apariencia y de fantasía, y la «ciencia», que disuelve y disgrega toda ilusión y todo producto figurativo. El estado desaparece totalmente como auténtica fuerza creadora de historia; es expresión, resultado, pero no potencia.

De nuevo en Tribschen

Nietzsche ya lleva cinco semanas otra vez en Basilea cuando vuelve a tomar el camino de Tribschen. Según los cuidadosos diarios de Hans Richter[241] y de Cosima[15], está allí desde el sábado 26 hasta el lunes 28 de noviembre. El tema fundamental de conversación serían las vivencias de la guerra y del lazareto de Nietzsche; se sentía preocupación por la armada del Loira y por la victoria final de la campaña. Estaba además el último escrito de Wagner *Beethoven*, cuyo manuscrito había recibido Nietzsche a comienzos de noviembre; manuscrito que leyó entonces inmediatamente y que devolvía ahora. Su juicio es entusiasta. El 7 de noviembre escribe a Carl von Gersdorff: «Hace un par de días me ha enviado Wagner un magnífico manuscrito titulado *Beethoven*. En él encontramos una profundísima filosofía de la música en estrecha conexión con Schopenhauer. El tratado se presenta en honor a Beethoven, como el mayor honor que la nación puede tributarle.» Y el 10 de noviembre, al maestro mismo: «En las primeras acometidas del nuevo semestre, que esta vez... se presenta especialmente recio, no me pudo suceder nada más confortante que el envío de su *Beethoven*. Hasta qué punto me había de interesar conocer su filosofía de la música —y esto quiere decir propiamente: *la* filosofía de la música—, se lo podría aclarar especialmente en un artículo que escribí para mí este verano y titulé "la visión dionisíaca del mundo". De hecho, por este primer estudio he conseguido comprender del todo y con el más

profundo placer la necesidad de su exposición, dado lo alejado que está del ámbito cultural, lo sorprendente y asombroso que resulta todo lo relativo a Beethoven y sobre todo la explicación de su propia obra.»

Realmente, frente a la problemática de Empédocles, los motivos estéticos de Wagner resultaban un «ámbito intelectual remoto», pero en ello Nietzsche hubo de arreglárselas de nuevo como pudo. El escrito de Wagner tenía como pretexto el centenario del nacimiento de Beethoven. En Basilea se celebró una auténtica fiesta de centenario con la ejecución de la IX Sinfonía el 11 de diciembre en la Martinuskirche. Nietzsche no pronunció alocución alguna. Hace sólo una corta alusión a la fiesta en una carta del 12 de diciembre a la hermana y a la madre: «Esta semana hemos festejado el centenario de Beethoven», y continúa: «En la última sesión del senado académico se hizo al amigo Heusler rector de la universidad, y a mí secretario. ¡Nuevas preocupaciones!» En general vive auténticamente en tensión. Informa: «Hay mucho que hacer: 6 horas de pedagogio, 8 de universidad. ¡Además de ello, las sesiones del rectorado, de la facultad, la comisión de la biblioteca y el consejo del pedagogio!» Y al final de la carta confiesa también a sus parientes su desilusión política: «Poco a poco decrecen mis simpatías por la actual guerra alemana *de conquista*. El futuro de nuestra *cultura* alemana me parece más amenazado que nunca.»

El Idilio de Sigfrido

Las navidades de 1870 fueron para él una gran experiencia. De nuevo fue invitado a Tribschen y aceptó gustoso esa invitación. Estuvo allí desde el 24 de diciembre hasta el 1 de enero de 1871.

El 25 de diciembre de 1870 Cosima cumplía 33 años. Era la primera vez que podía celebrar la doble fiesta oficialmente como Sra. de Wagner, y el maestro la regaló aquel día con un presente regio: con el estreno de una composición sinfónica, que primero se llamó *Idilio de Tribschen*, en círculos íntimos familiares *Música de la escalera*, y más tarde accedió a la literatura universal como *Idilio de Sigfrido*. La composición debe datarse en los meses de noviembre y comienzos de diciembre. El incansable Hans Richter reclutó en Zürich los 15 músicos necesarios y pudo celebrar un primer ensayo con ellos el domingo 11 de diciembre en casa del director de orquesta Oskar Kahl. El 21 de diciembre tuvo lugar en Zürich un segundo ensayo al que asistió también Otto Wesendonck. El 24 de diciembre llegaron los músicos a Lucerna para el ensayo general, entre 3 y 5 de la tarde, en el hotel Du Lac y bajo la dirección de Wagner, al que también Nietzsche pudo asistir[84]. Después Wagner lo acompañó a Tribschen, donde a las 7 el árbol de navidad resplandecía con la luz de las velas. «La primera navidad en la que no regalo nada a Richard, ni recibo nada de él», anota Cosima en su diario[258]. Pero sí había allí un regalo

de Nietzsche para Cosima: una copia en limpio de su estudio *El origen del pensamiento trágico*, y para Wagner la lámina de Durero *Caballero, muerte y diablo*, un deseo de Wagner. También Nietzsche recibió algo. El 30 de diciembre escribe a su casa sobre ello: «Para la navidad recibí un magnífico ejemplar del *Beethoven*, una edición de lujo de todo Montaigne (a quien admiro mucho) y —algo completamente único— el primer ejemplar de la versión para piano del primer acto de *Sigfrido*, recientemente terminado, cuya versión para piano tardará todavía un año en hacerse pública.»

Sin embargo Richard sí tenía preparado un regalo para Cosima, pero sólo para el 25, día de su cumpleaños. Temprano, a las siete y media, los músicos estaban colocados en la escalera de Tribschen, para el estreno en el círculo más íntimo. Cosima escribe sobre ello en su diario[15]: «De este día, hijos míos, no puedo deciros nada, nada sobre mis sentimientos, nada sobre mi estado de ánimo, nada, nada. Lisa y llanamente quiero deciros lo que sucedió: Al despertar percibió mi oído un sonido que iba creciendo poco a poco y que ni siquiera en sueños podía imaginar. ¡Sonaba música!, y ¡qué música! Cuando iba extinguiéndose entró Richard con los cinco niños y me entregó la partitura de la "felicitación sinfónica de cumpleaños"; yo lloraba, pero también la casa entera; Richard había colocado su orquesta en la escalera, y de ese modo nuestro Tribschen fue consagrado para la eternidad.» Y el 15 de enero de 1871 escribe a su amiga Eliza Wille a Maienfeld[84]: «Esa inspiración del amor y del genio fue una felicitación de cumpleaños; pues mi estrella ha querido que naciera en la noche del 24 al 25 de diciembre. Al amanecer, cuando despertaba, mi espíritu pasó de un sueño a otro; sones conocidos, tomados de *Sigfrido*, pero en una nueva forma, como transfigurados, llegaban hasta mí; fue como si la casa, o mejor todo nuestro ser, se elevara en tonos hacia el cielo; recuerdos sagradamente sublimes, canto de pájaros y amanecer, entrelazados en tonos del *Sigfrido*, se posaban como bálsamo sobre el corazón y poco a poco, despacio, me di cuenta de que no soñaba y de que sin embargo me estaba sucediendo el más bienaventurado de los sueños.

»Música de la escalera llamaron los niños a la obra, que seguramente escucharon atónitos y embelesados. Sobre la escalera había colocado el amado a sus hombres, y un sonido, como yo nunca había percibido, llegaba desde allí, destrozando con suaves vibraciones las fronteras del ser y trayendo consigo la liberación del alma. "Qué fría sería si dijera sólo que soy feliz", es lo único que puedo exclamar con Elsa. Y ahora déjeme que regrese a la tierra pues me aterroriza haber tocado el misterio más sagrado, de cuya profundísima humildad sólo el reconocimiento de mi escaso valor puede hacerme digna.»

Después de comer hubo otra vez concierto privado: Primero el *Idilio de Sigfrido*, a continuación el sexteto de Beethoven y después otra vez

el *Idilio de Sigfrido*. Y con ello los músicos pudieron volver a Zürich. Por la tarde Wagner rindió homenaje a su ocupación favorita: leyó en voz alta, a saber, el texto de sus *Maestros cantores*. La tarde siguiente, el 26, fue leído y comentado el manuscrito de Nietzsche. El 31 de diciembre había de nuevo en Tribschen cuatro músicos de Zürich para una velada de cuarteto de arco, y parece que en esa tarde llegó a actuar incluso, como primer violín, el director de orquesta Friedrich Hegar. Seguramente data de aquí el conocimiento personal que Nietzsche tenía de Hegar y que tan importante resultó después para Peter Gast. Nietzsche conoció entonces los cuartetos de Beethoven op. 59, 1 en fa mayor y op. 135 en fa mayor, ensayados bajo la dirección de Wagner; y dada la predilección que desde su juventud sentía por Beethoven, esto debió resultarle una gran experiencia.

Espléndidamente obsequiado, con sublimes impresiones del «otro» mundo, la tarde del 1 de enero de 1871 Nietzsche regresó a Basilea, donde escribió en las semanas siguientes la primera copia de el *Nacimiento de la tragedia del espíritu de la música*. Además, un nuevo asunto le mantendrá en tensión. De repente hizo el plan para presentarse a la cátedra de filosofía, dejada libre por la marcha de Teichmüller[56], de modo además que el amigo Erwin Rohde pudiera trasladarse junto a él como sucesor suyo en la cátedra de filología clásica.

Estas vivencias, trabajos y planes, lo llenaron de tal modo que el mundo real se le ocultó como tras un velo. La guerra franco-alemana continuaba como un espectáculo más de la historia universal. En las cartas ya no se encuentran referencias a ella. Nada sobre la coronación del rey Guillermo I como emperador alemán el 18 de enero en Versailles; nada sobre el hecho de que fuera precisamente el rey Luis de Baviera quien exhortara a aquél «a aceptar la dignidad de un emperador alemán» y que, dada la dependencia de Luis con respecto a Wagner, difícilmente pudo hacer esto sin la conformidad de Wagner, si es que no lo hizo expresamente por consejo suyo. Nada sobre que el 1 de febrero cerca de Verriéres la armada entera del general Bourbaki pasara a suelo suizo, donde fue desarmada e internada, trayendo a la nación una pena infinita y una serie de tareas humanitarias, una buena parte de las cuales recayó sobre la responsabilidad de Basilea. Todo esto había dejado de conmover a Nietzsche. Pero el cuerpo ya no respondía a la creciente tensión interna. Su estado se agravó rápidamente en el curso del mes de enero, de modo que sus médicos recetaron urgentemente una liberación de las cargas docentes, un período de vacaciones en el sur para tranquilidad y reposo, que él había de utilizar para un trabajo agobiante en su libro, en su importante primogénito.

Por primera vez en el sur

A comienzos de febrero escribía Nietzsche a casa: «Mi estado de salud ha empeorado mucho: insomnios terribles, afecciones hemorroidales, gran debilitamiento, etc. Me tratan Liebermeister y Hoffmann; parece que se trata de una infección de estómago y de intestino, provocada por un exceso de trabajo. Ya estoy harto de este profesorado de Basilea... Los médicos exigen ahora que abandone Basilea hasta Pascua, y me recupere en un aire más meridional sin hacer absolutamente nada. ¿Quién de vosotras tiene ganas de acompañarme? Puesto que para los tres resultaría excesivamente caro. Me han aconsejado los lagos del norte de Italia. En caso necesario puedo viajar yo solo también. Mi estado, como me explicó Hoffmann todavía ayer, no ofrece peligro alguno *si* se le trata inmediatamente... Como ya he dicho, no es absolutamente necesario que vengáis. Algo diferente sería si os pidiera que pasárais el verano en Basilea, para lo que sólo espero a buscaros acomodo.

»Pero sí quería al menos preguntaros si alguna me queréis acompañar. No sé italiano, pero con francés más o menos se entiende uno por todas partes... Telegrafío hoy; cuando esta carta llegue ya tendré yo la respuesta y vuestra decisión ya estará tomada, de modo que aproximadamente el jueves podríamos partir de Basilea. Así lo dispone Liebermeister, quien me acaba de visitar y me ha aconsejado Lugano. Si la decisión no fuera tomada tan rápidamente, yo no podría esperar.» De los médicos citados, el Prof. Carl Ernst Emil Hoffmann era exclusivamente docente de anatomía normal, y por tanto médico no practicante. Nietzsche sólo pudo dirigirse a él por la cercanía personal que hubiera entre ellos. El wesfálico Carl von Liebermeister, por el contrario, era catedrático de patología y terapia especiales y director del departamente médico-clínico del hospital. Fue él quien expidió el certificado médico y presentó la solicitud a resultas de la cual la curaduría decidió la baja el 15 de febrero[236], cuando Nietzsche ya se encontraba de camino hacia Lugano, con Elisabeth, que se había dado prisa en acompañarlo. El le había propuesto el siguiente plan de viaje: «Así pues el lunes [= 13 de febrero] por la tarde en el expreso (de modo que no has de salir de Naumburg el domingo a medianoche). En la estación te recibirá Minna [la sirvienta doméstica de su patrona]. Pasarás la noche en mi habitación; mientras que yo a todo esto habré salido ya el sábado de aquí con dirección a Tribschen. Quiero estar a las dos de la tarde del martes [= 14.2] en Lucerna, en el ferrocarril y luego tomar el vapor. Tú deberías, pues, salir el martes a las diez y media de Basilea. Ese día se seguirá hasta Andermatt, donde pasaremos la noche. El miércoles hasta Bellinzona, donde pernoctaremos. El jueves a mediodía llegaremos a Lugano. Viajaremos, por tanto, despacio; así se me ha aconsejado. Prepárate para el gran frío.»

No se llevó a cabo la visita a Tribschen. Cosima se queja el 10 de febrero de 1871 en su diario: «Carta del Prof. Nietzsche, que se va a Italia sin despedirse de mí; produce en Richard ideas sombrías.»[258] Tampoco la hermana cita tal visita, ni el *rendez-vous* en Lucerna a que obligaba aquélla, de modo que hay que suponer que Nietzsche la esperó en Basilea y que los hermanos salieron juntos desde aquí. En su descripción del viaje[86] se equivoca además en las fechas, cosa que parece ser un mal familiar en los Nietzsche. Tampoco las fechas de «Fritz» se corresponden con los días de la semana indicados, en los que es verdad que se confunde con menor frecuencia.

A causa de la interrupción del correo (diligencia y trineo) por una gran nevada, sólo pudieron llegar a Flüelen, al final del lago, en vapor. Aquí encontraron al patriota y revolucionario italiano Mazzini, que, todavía desterrado de la patria, tenía que actuar desde Suiza, su patria de asilo, y estaba de nuevo en medio de un viaje de agitación hacia el sur. Casualmente se estabilizó tan rápidamente el tiempo, que el grupo de viajeros pudo seguir su marcha al día siguiente. Con buen tiempo, aunque con nieve muy alta, pasaron el San Gotardo en pequeños trineos de dos personas, tirados por un caballo. De este modo, apenas bastaría con un día para llegar de Flüelen a Lugano. No se nos informa de si hubo una parada intermedia programada en Bellinzona o incluso antes. El 16 de febrero llegaron ambos hermanos a Lugano para una estancia allí de seis semanas (según las fechas equivocadas de la hermana saldrían casi ocho semanas, lo que resulta falso de acuerdo con los testimonios epistolares) y se alojaron en el hotel Du Parc.

Era el primer paso de Nietzsche hacia aquella independencia, la primera tentativa con aquella forma meridional de existencia, en las que únicamente pudo llevar a cabo su propia obra.

Capítulo 8
LA FRUSTRADA CONVERSION A LA FILOSOFIA

El 12 de diciembre de 1870 Nietzsche añadió como PS a la carta que dirigía a su madre y hermana: «Nuestro filósofo Teichmüller ha sido llamado a Dorpat; si Wenkel *hubiera* escrito un tratado filosófico se le hubiera podido proponer.»

Wenkel era entonces párroco primero en Naumburg. Nietzsche lo apreciaba —aparte de su posición teológica— por su formación filosófica y podía perfectamente imaginárselo como docente de filosofía. El caso es que todavía en diciembre de 1870 Nietzsche no pensaba en su propia candidatura. Por ello su solicitud de enero de 1871 a su protector Vischer nos resulta en cierto modo repentina. Seguramente no le resultó fácil, pues aquí descubre todo su terrible desamparo interno a aquel hombre respetado, con una sinceridad que no volverá a tener en años: «Señor senador, para la combinación siguiente necesito de modo especial su amable consejo y la participación *sincera* de la que me ha dado prueba ya numerosas veces... Le habrá sido comunicado por mis médicos hasta qué punto padezco de nuevo y que el culpable de esta insoportable situación es el agotamiento. Me he preguntado repetidas veces cómo puede explicarse este estado de agotamiento que me sobreviene a mitad de casi todos los semestres;... Finalmente he llegado a una conclusión que quiero exponerle ahora.

»Vivo aquí en un curioso conflicto, que es quien me agota y me consume incluso físicamente. Inclinado fortísimamente por naturaleza a meditar filosóficamente en algo unitario, a permanecer prolongada y tranquilamente en un problema haciendo largos razonamientos, el múltiple trabajo diario y su tipo hace que me sienta arrojado de aquí para allá y desviado del camino... Creo que esta descripción expone con la mayor claridad posible aquello que... agota a mi cuerpo y lo lleva hasta tales

sufrimientos como los de ahora, que si se repitieran más a menudo me habrían de obligar físicamente a abandonar toda dedicación a la filología. En este sentido me permito solicitar de usted la cátedra de filosofía que ha quedado libre por la marcha de Teichmüller.

»En lo que se refiere a mi legitimación personal para ambicionar la cátedra de filosofía debo anticipar mi propio testimonio... Quien me conoce de mis años de instituto y de universidad nunca ha dudado de la prevalencia en mí de las inclinaciones filosóficas; incluso en los estudios de filología me ha atraído preferentemente lo que me parecía significativo para la historia de la filosofía o para los problemas éticos y estéticos... Quiero hacer recordar que ya he anunciado dos cursos que en este sentido eran de naturaleza filosófica... Mientras estudié filología nunca me cansé de mantenerme en estrecho contacto con la filosofía; como pueden corroborar muchas personas, mi participación fundamental siempre estaba del lado de las cuestiones filosóficas... Propiamente hay que atribuir sólo al azar el que no orientara ya desde un principio a la filosofía mis planes universitarios: al azar que me negó un profesor de filosofía reconocido y auténticamente estimulante... Con ello se cumpliría ciertamente uno de mis deseos más cálidos, si he de seguir también en esto la voz de mi naturaleza; y creo poder confiar en que, después de superar el conflicto al que me he referido antes, mi estado físico se regularizaría en gran medida... Seguramente, de los dos últimos años usted ha sacado una buena impresión sobre mí, respecto al hecho de que sé evitar lo inoportuno y lo chocante, y diferenciar entre lo que se expone a los estudiantes y lo que no.

»Si me permite exponerle totalmente mi combinación, yo había pensado que usted encontraría en Rohde un sucesor del todo idóneo para mi cátedra de filología y mi trabajo en el pedagogio. Rohde, a quien conozco perfectamente desde hace cuatro años, es el más capacitado de todos los jóvenes filólogos con los que me he topado, y una verdadera joya para cualquier universidad que le contrate... No tengo palabras para expresar hasta qué punto la proximidad de mi mejor amigo facilitaría mi existencia aquí en Basilea...»

No se conoce una respuesta de Vischer a este documento confidencial —que en manos de otra persona menos bienintencionada hubiera podido costar sin más a Nietzsche su puesto filológico—, y esto hay que aclararlo a partir de las circunstancias que se daban. La cuestión no se decidió en Basilea hasta el 15 de abril de 1871. Durante ese tiempo Nietzsche reposaba en Lugano, esperando tener que afrontar un futuro incierto. Incluso cuando el 8 de abril regresó a Basilea y el asunto hacía tiempo ya que estaba maduro para decidir sobre él, todavía *él* no tenía noticia ni indicación alguna sobre el desarrollo que había tomado entretanto esta cuestión profesional.

Había dos docentes de filosofía en la universidad, pero sólo uno era

propietario de una cátedra oficial, a saber, Karl Steffensen. La segunda cátedra era más bien una fundación que había sido posibilitada primordialmente por donativos de la Sociedad Académica Voluntaria y otros, que era la que ocupaba Gustav Teichmüller[56].

Karl Christian Friedrich Steffensen nació el 25 de abril de 1816 en Flensburg; pertenecía por tanto a la «generación de los padres» de Nietzsche. Comenzó estudiando jurisprudencia, pero hubo de interrumpir la carrera poco antes del doctorado, debido a una grave dolencia cardíaca. Unos cuantos años en el sur —en los pirineos franceses, en Nápoles y en Roma— le sirvieron para curarse, pero también para una nueva orientación general. También a él se le planteó en el riesgo inmediato de la enfermedad la pregunta por el fundamento de la existencia humana. El dio una respuesta diferente a la del físicamente más robusto Nietzsche: se volvió a la teología y a la filosofía de la religión, doctorándose en 1841 en Kiel en filosofía. Al principio aceptó puestos de profesor particular y de educador (como el padre de Nietzsche), entre otros de los hijos del conde Conrad Holstein, después en casa del cónsul suizo en París Mörikoffer, y finalmente con el conde Christian von Schleswig-Holstein-Sonderburg-Augustenburg, para quien en el enfrentamiento con Prusia viajó en misiones diplomáticas a París, Londres y Frankfurt. Políticamente, pues, estaba en contra de Prusia; por tanto al otro lado que Nietzsche.

Por recomendación de su amigo el historiador suizo Heinrich Gelzer, fue llamado en 1854 a Basilea a la cátedra oficial de filosofía, pero hubo de tomar inmediatamente medio año de vacaciones por enfermedad. En 1855 pudo emprender ya la actividad académica. Contaba con muchos partidarios y con un reconocimiento admirativo en Basilea, puesto que debía haber algo realmente mágico en su forma de exposición, aparte de que toda su forma de ser aristocráticamente mesurada y clericalmente grave, que él cultivaba con todo interés de cara al público, se ajustaba perfectamente a la conservadora Basilea. En 1859 se casó con Maria Margarethe Burckhardt, entrando con ello en el círculo de las viejas familias de Basilea. Desde 1874 hasta su muerte, acaecida en 1888, fue miembro del sínodo de la iglesia nacional evangelista reformada. «El elemento de su vida intelectual era la metafísica;... se la podría llamar cristiana...»[247] Apenas publicó, y cuando lo hizo la mayor parte de las veces fueron artículos en publicaciones eclesiásticas mensuales; era fundamentalmente un maestro, un educador en la filosofía de los estudiantes. Eduard His escribe[111]: «La filosofía de Steffensen, que no vamos a exponer aquí más pormenorizadamente, no se basaba en un sistema fijo con conceptos fijos. Sus exposiciones eran asistemáticas siempre, en mayor o menor medida. Tampoco se valía en ellas de la terminología erudita, sino de las expresiones más sencillas acompañadas a ratos de un *pathos* cercano a la prédica. Su doctrina se basaba en el idealismo alemán y en la ética cristiana, y mostraba, en contraposición a Schopenhauer, un optimismo acentuado. Como «führer» suyo citaba (1866) a Schleiermacher; mostraba también influjos de Schelling y antipatías a Hegel, al epicureismo y al materialismo contemporáneo suyo. Steffensen tendía a una fusión entre el conocimiento científico y la creencia religiosa. Defendía la supremacía de la fe, de la iglesia, del cargo de pastor, sobre el conocimiento científico, la universidad, la profesión de investigador. Así tomó su filosofía... el carácter de una filosofía cristiana de la religión.»

A la edad de 63 años le fallaron las fuerzas, de modo que, igual que Nietzsche, en la primavera de 1879 tuvo que abandonar la docencia, sin dejar libre del todo, sin embargo, la cátedra.

Ya hacía tiempo que necesitaba descargarse de responsabilidades, y por eso en 1867 fue creada con su ayuda una segunda cátedra de filosofía en plan de fundación, a la que él colaboraba pecuniariamente, con lo que consiguió influenciar en su ocupación. Al primero que se llamó fue al joven Wilhelm Dilthey, quien después de un año volvió a marcharse de Basilea. Su sucesor fue Gustav Teichmüller, nacido en 1832 en Braunscheweig, y que en 1871 se fue a Dorpat[56]. En su lugar entró finalmente Rudolf Eucken, que, con ello, cambió por la filosofía su hasta entonces labor filológica como profesor de instituto en Frankfurt. Pero también él permaneció allí sólo hasta 1874; después vino por un año el joven Max Heinze de Leipzig, y en 1875 finalmente Hermann Siebeck. Nietzsche no volvió a solicitar esa cátedra ni en 1874 ni en 1875, a pesar de que en ambos años se le ofreció la misma oportunidad. Se había resignado. Posiblemente Vischer le había ya aclarado en confianza el contexto del asunto, en el que tampoco él tenía las manos libres. Y tras la muerte de Vischer en 1874 las posibilidades de Nietzsche se acabaron. Según las actas de la curaduría[236] las autoridades universitarias sólo a principios de enero de 1871 tuvieron noticia de una posible marcha de Teichmüller. Pero el 10 de enero se pudo comprobar todavía que la confirmación ministerial del nombramiento propuesto por el rectorado de Dorpat podía durar aún unas siete semanas. En la sesión del 15 de febrero la curaduría se ocupó de Nietzsche: «La presidencia comunica que, en virtud del presente escrito del Sr. Prof. Liebermeister, al Sr. Prof. Nietzsche hubo de concedérsele la baja hasta finales del semestre de invierno para la recuperación de su salud, y que por tanto es necesario preocuparse de su sustitución en las clases.

»... se concede ese permiso de vacaciones y las 6 horas del Sr. Prof. Nietzsche en el curso tercero del pedagogio se encargan la mitad al Sr. Prof. Mähly (a 4 francos por hora) y la otra mitad al Sr. Dr. Heinrich Gelzer hijo (a 2.50 francos por hora).»

Ninguna palabra sobre la solicitud de la cátedra de filosofía. En las actas de la sesión del 2 de marzo puede leerse: «La presidencia comunica cosas más concretas sobre las personalidades que se tiene en mientes para la cátedra libre de filosofía y se solicita información especialmente sobre

el Sr. Dr. Eucken en Frankfurt y el Sr. Prof. von Stein en Rostock.» Se cita también a otros aspirantes; a Nietzsche nunca.

El 2 de abril se pone en las actas: «... el Sr. Prof. Teichmüller ha hablado más de cerca con el Sr. Dr. Eucken en Frankfurt, a quien ha recomendado calurosamente. El Dr. Eucken, hasta ahora un filólogo eficiente y un apreciado profesor de instituto, se venía ocupando en los últimos años cada vez más y con mayor éxito de filosofía, sobre todo de Aristóteles; a la vez ocupa un puesto en un instituto en Frankfurt, con un sueldo de 4.200 francos y un plazo de aviso de despedida de 6 meses. El Sr. profesor Steffensen está dispuesto a ceder 1.200 francos, en vez de 1.000 como hasta ahora, de su sueldo para apoyar el nombramiento del Sr. Dr. Eucken; la sociedad académica volverá a conceder en todo caso, como ha hecho hasta ahora, su aportación de 2.000 francos, y el fondo de pagas extraordinarias está dispuesto a aportar 1.000 francos a esa cátedra.» Y el 12 de abril: «... hay que solicitar del Collegium de Educación el nombramiento del Sr. Dr. Eucken como segundo profesor ordinario de filosofía con un sueldo anual de 4.200 francos.» Nietzsche recibía entonces por su trabajo en la universidad y en el pedagogio 3.000 francos en total; aunque es verdad que en poco tiempo se lo elevaron tres veces hasta alcanzar la suma de 4.500 francos.

El 15 de abril el Pequeño Consejo se decidió a favor de la solicitud de la curaduría y del Collegium de Educación.

Vischer tuvo que saber desde un principio que nunca se conseguiría la aprobación, absolutamente indispensable, de Steffensen para que Nietzsche ocupara la cátedra de filosofía, y cargó con la ingrata tarea de evitar a Nietzsche, con tacto y habilidad, la decepción de una negativa formal que posiblemente hubiera podido o debido conllevar la dimisión de su cátedra de filología.

Steffensen ya había expuesto en una lección en 1861 su propia concepción del fenómeno «Sócrates». Es fácil de suponer que en su visión del mundo incluyera al ético clásico dentro de una especie de cristianismo precristiano. Por tanto tuvo que reaccionar muy negativamente a las conferencias de Nietzsche del 18 de enero y del 1 de febrero «El drama musical griego» y sobre todo a la de «Sócrates y la tragedia». Ya entonces informaba Nietzsche a su amigo Paul Deussen: «Te enviaré próximamente las conferencias que acabo de pronunciar, de las cuales la última... despertó en parte odio e indignación. Habrá escándalo.» También debió de escribir a Cosima en sentido parecido, puesto que ella le respondía el 20 de febrero de 1870: «Es del todo natural que se enfurezca el profesor de filosofía, puesto que su furia es el segundo factor de su *avancement;* primero viene la indignación de la gente contra usted, después su furia, lo que da a aquella indignación un carácter positivo a su favor. Sólo puede estarle agradecido a usted en lo más íntimo de su alma.»

Nietzsche parece haber sido consciente de que por ese lado amenazaba

el peligro, pues el 29 de marzo de 1871 habla de sus temores a Rohde en una carta desde Lugano: «Por el contrario, antes de mi partida y después de haberte escrito, percibí todavía en Basilea algunos indicios de que el "filósofo" Steffensen no ve con buenos ojos el proyecto. ¡Piensa hasta qué punto me tienen en sus manos si recurren a mi schopenhauerianismo, que nunca he ocultado! Para ello debo todavía acreditarme y legitimarme algo filosóficamente: un pequeño escrito: "Origen y meta de la tragedia" ya está listo para ese fin, listo excepto en algunos pequeños detalles.» Nietzsche difícilmente pudo suponer lo fuerte que era la posición de Steffensen a causa de su aportación monetaria personal. Ese pasaje de su carta donde llama a Steffensen «filósofo» entre comillas, muestra asimismo que no existía buena relación personal entre ellos. Pero en la carta aparece también la causa totalmente objetiva de impedimento.

Nietzsche, como filósofo, era autodidacta. Tiene que confesar que nunca tuvo la suerte de encontrar un maestro de filosofía. Su propia ocupación con la filosofía era ecléctica de un modo peculiar. Conocía a los filósofos antiguos, pero incluso a éstos con lagunas importantes. Por ejemplo no había leído los escritos fundamentales de metafísica o de ética de Aristóteles, sino la retórica. Después se saltaba toda la patrística, la escolástica y el racionalismo, pasando directamente a su tiempo o al pasado próximo a él: Schopenhauer sobre todo, y por lo demás Friedrich Albert Lange, Eduard von Hartmann, Ludwig Feuerbach; a Kant lo conoció a través de la exposición de Kuno Fischer[85], en original sólo leyó la *Crítica del juicio*, por tanto la estética. Resulta notorio que de existir un acceso a un filósofo por el problema de la estética siempre prefiera usar ese camino.

Teichmüller, de modo paralelo a los temas preferidos por Steffensen: metafísica, filosofía de la religión y su historia, tenía que enseñar fundamentalmente lógica, psicología y pedagogía. Dirigía también la sociedad filosófica, es decir, la discusión directa entre profesor y estudiantes, donde había de salirse de la cátedra y de la conferencia preparada al trabajo minucioso y a las cuestiones de detalle. Nietzsche no podía ofrecer en este sentido una enseñanza sistemática. Era una personalidad excesivamente original, y en el momento de la solicitud todavía inmadura y poco definida esencialmente, para lo que lo había de ser un profesor universitario de una materia tan amplia como la filosofía en una universidad pequeña. En consideración de las exigencias que había de cumplir satisfactoriamente la institución, la oposición de Steffensen era correcta, y no es necesario, ni sería lícito, atribuirle en ello motivos personales rastreros; esto tampoco se correspondería con la imagen de su personalidad. Le repelía sinceramente el talante filosófico de Nietzsche, demostrado en el test de la interpretación de Sócrates, y no podía imaginarse posibilidad alguna de trabajar en común provechosamente, ni de que ello redundara en bien de la facultad. Y eso lo vio claramente, como también probablemente Vischer.

Ochenta años después la universidad de Basilea pudo permitirse el nombramiento de una personalidad filosófica sobresaliente y original para la segunda cátedra, que entretanto había pasado a ser oficial: Karl Jaspers. Pero entonces las circunstancias eran ya del todo diferentes. La enseñanza sistemática de la filosofía estaba asegurada, la segunda cátedra era independiente y no el apoyo y la liberación de la mitad del programa de un primer catedrático que por motivos de salud no podía rendir plenamente. Jaspers tenía 65 años cuando el nombramiento. Ya hacía tiempo que había definido su propia visión del mundo, estaba seguro en la aplicación de su óptica, bajo la cual podía ahora interpretar un problema tras otro, conocía y dominaba todo el amplio ámbito de la filosofía.

Nietzsche, por el contrario, no poseía todavía una óptica propia, una filosofía propia. Profesaba una filosofía ajena —Schopenhauer—, cuya doctrina sin embargo rechazaba en su mayor parte, y él mismo había de superar muy pronto. Precisamente allí donde Nietzsche se ofrecía a sí mismo, como en el tema de la tragedia antigua, un ojo avezado podía percibir ya los incipientes puntos de ruptura. Si hubiera accedido realmente a esa cátedra de filosofía, sus alumnos habrían tenido que vivir experiencias muy singulares en una carrera de sólo cinco años y él los hubiera hecho andar en ese tiempo tan corto un camino aventurado y penoso. ¿Cuántos hubieran superado sanos y salvos ese experimento? Tampoco sus más íntimos amigos podían saber en aquella época que él no había de llegar a ser un *maestro* académico de filosofía, sino un *filósofo*.

También por una mirada retrospectiva al acontecimiento que fue Nietzsche puede ponerse en duda si el éxito en el cambio de cátedra hubiera supuesto realmente para él la liberación que esperaba y que tan imprescindiblemente necesaria le parecía. Hubiera tenido que ocuparse de pensadores y de sistemas filosóficos que aunque hubieran acrecentado su saber, en su propio camino lo hubieran retardado más bien que impulsado. Demasiado pronto también hubiera tenido que sentir como una carga y abandonar esas obligaciones profesorales, ese trabajo obligado. Y sin embargo por le momento el fracaso de su solicitud le resultaba el mayor infortunio y sus consecuencias catastróficas; se trata de uno de los puntos cruciales de su vida.

Desde el primer semestre en Bonn, 1865, Nietzsche vivía en una tensión fatigosa, en una existencia doble, insincera. Por consideración a la madre se había matriculado como teólogo, lo cual no iba nada con él, dada su posición firmemente mantenida contra el cristianismo eclesiástico y dogmático. Tampoco estudió realmente teología, pero pronunció conferencias en el círculo protestante «Gustav-Adolf». En las asociaciones estudiantiles se mantuvo con los filólogos, pero no llegó a ser miembro del seminario de filología de Ritschl. En el enfrentamiento entre sus maestros Otto Jahn y Friedrich Ritschl interiormente tomó partido por Jahn, un hombre musical, biógrafo de Mozart y adversario de Wagner; pero luego se formó

como filólogo con Ritschl en Leipzig. Tampoco la antipatía de Jahn con respecto a Wagner se interpuso todavía en aquella época contra él y su maestro, puesto que Wagner le resultaba aún totalmente extraño. Después de un año dejó Bonn. Propiamente, por las posibilidades de futuro profesional, quería ir a una universidad prusiana, Halle o Berlín. Entonces, la noticia de que su amigo Carl von Gersdorff iba a Leipzig le decidió por esta ciudad, porque allí podía estar junto al amigo. Cuando más tarde se vio que también Ritschl iba como docente a Basilea, para dárselas de buen estudiante, pretextó en casa que iba allí a causa de Ritschl. Esperaba así evitar las continuas y fatigosas amonestaciones. En Leipzig conoció la obra de Friedrich Albert Lange *(Historia del materialismo)* y sobre todo a Schopenhauer, lo que produjo su decisivo giro hacia la filosofía. A pesar de ello, ante los maestros y los compañeros brillaba como filólogo. El 2 de febrero de 1866, para el cumpleaños de su madre, compuso un «Kyrie» para solo, coro y orquesta, caracterizando el hecho como si esa composición fuera un acontecimiento totalmente extraordinario, puesto que afirmaba no haber compuesto nada más desde hacía un año. Sin embargo la canción «Joven pescadora» sólo databa de hacía seis meses, y dos proyectos de composición sobre textos de Byron (de las *Canciones hebraicas)*, de hacía tan sólo un mes; ¡y además, todavía en 1866, un «Kyrie»! Varias veces pensó en abandonar Leipzig y a Ritschl y dejar el estudio de la filología, pero no tuvo fuerza para decidirse a hacerlo, y por su parte Ritschl supo siempre retenerlo con tareas interesantes. Al fin se decidió a dejar la filología después de acabar la carrera, y a comenzar con su amigo Rohde en París una carrera científica. Esperaba conseguir con ello un nuevo acceso a la filosofía, según recuerda más tarde repetidas veces. Fue entonces cuando se le ofreció la cátedra de Basilea, aniquilando así aquel intento de huida. Es significativo aquel pasaje de la carta a Rohde del 10 de enero de 1869: «... Estoy temblando en todos mis miembros, pero ni siquiera puedo liberarme abriéndote mi corazón. *¡Absit diabolus!*» El destino en efecto le había agarrado diabólicamente. Tampoco esta vez tuvo la fuerza de decisión suficiente para decir «no»; era excesivamente fatalista (como Goethe) para ello. Se sometió al «azar». Y de nuevo, en Basilea, tomó el falso camino, y fue adentrándose cada vez más en la disociación entre profesión y vocación, en una duplicidad existencial. Todo ello se agrandó además por su doble vida en dos mundos diferentes: Basilea y Tribschen.

Ya cuando estaba en Leipzig había entrado en el círculo mágico personal de Wagner, fue fascinado por su personalidad demoníaca, anatematizado. Y sin embargo, como músico no poseía afinidad alguna con el universo de sentimientos y con la fuerza sentimental de Wagner; así lo muestran sus composiciones; Schumann le resultaba más cercano. En Tribschen había además otra fascinación: la que provenía de Cosima. Pero también el fondo esencial más íntimo de esta mujer tuvo que resul-

tarle extraño: ella era una naturaleza, si no cerrada dogmáticamente, sí profundamente religiosa; ese elemento lo manifiesta claramente en sus cartas. Nietzsche nunca pudo ser claro en este aspecto por temor a suscitar su decidido rechazo. También aquí, pues, todo era doble, insincero.

Todo esto *a la vez* era lo que «agota mi cuerpo y lo lleva hasta tales sufrimientos como los de ahora», según confiesa a Vischer. En una cátedra de filosofía volvía a ver de nuevo una posibilidad de salirse al menos de la pesada obligación profesional. Por fin había tomado una decisión y quiso poner en sus manos el destino. Pero cuando fracasó este uno y único intento, emprendido con titubeos, Nietzsche se abandonó de nuevo totalmente a su «destino», y éste hubo de encontrarle medios y caminos para salir de aquel callejón sin salida cada vez más estrecho. El medio lo halló en la enfermedad. Esta deshizo una atadura tras otra, un nudo tras otro.

Un accidente le había ya liberado del servicio militar como artillero. De nuevo un pequeño accidente —una luxación en un pie— le descargó en junio de 1870 de una docencia excesivamente cargada (20 horas semanales). La enfermedad le liberó después de pocos días de su absurda aventura bélica, para la que en modo alguno estaba preparado con su ser hipersensible y con unos nervios ya deshechos por la tensión de años que le producía su doble existencia. Ahora, con la solicitud presentada a Vischer, había retado al destino a otro nivel diferente, pero no tuvo fuerzas para quedarse en Basilea y perseguir sus intereses. Durante las semanas decisivas él estaba en Lugano. Desde ahora la enfermedad toma enteramente la función de evitarle las decisiones para las que no se siente con fuerzas. Lo liberó de sus compromisos en el pedagogio, deshizo su ligazón con Wagner, le deparó un año de vacaciones que necesitaba para su primera obra filosófica totalmente personal *Humano, demasiado humano*, lo liberó de la cátedra de Basilea proporcionándole libertad creativa, y finalmente liberó a su espíritu del compromiso de realizar una «obra filosófica fundamental» sistemática, compromiso que, a pesar de habérselo creado él a sí mismo, le hubiera resultado imposible cumplirlo, dada la índole de su filosofar. Le ahorró la amarga experiencia de la imposibilidad de esa empresa. «Vivo aquí en un conflicto curioso, que es quien me agota y me consume incluso físicamente.» (Carta a Vischer.) Este es el diagnóstico tremendamente exacto de su existencia ya desde Bonn y, a través de todas las situaciones de su vida, hasta el hundimiento final de enero de 1889. Y a fin de cuentas, la enfermedad era como un nimbo que rodeaba al fenómeno Nietzsche y del que provenía no poco de su fuerza mágica.

Tuviera o no la enfermedad un fundamento médico-fisiológico palpable, el hecho es que se instala, en la misma medida al menos, en lo psíquico, en la tensión ya irresistible entre profesión y vocación, entre apariencia y ser. Esta tensión pertenece esencialmente al destino y a la naturaleza

de Nietzsche. De nuevo intenta librarse de ella, como aparece conmovedoramente en el grito de angustia de la solicitud, en la que hay que tomar en serio todas y cada una de las palabras, en la que todas y cada una de las palabras tienen un gran peso. El grito de la soledad, el anhelo por la proximidad del amigo, provienen también de la más profunda soledad. He aquí el nudo trágico en la vida de Nietzsche.

Nietzsche esperaba del éxito de su solicitud de la cátedra de filosofía que con ello posiblemente se le abriera el camino hacia la libertad, el camino hacia sí mismo en libertad. El destino no le deparó ese camino fácil; sólo hubo para él la solución de la catástrofe, el penoso camino de la enfermedad, primero en el desmoronamiento físico de la primavera de 1879, y finalmente en la disolución espiritual.

Capítulo 9
EL AÑO DEL «NACIMIENTO DE LA TRAGEDIA» (1971)

El 2 de enero de 1872 estaba en las librerías la primera gran obra de Nietzsche, que en interés temático y en sus miras iba más allá del ámbito de su especialidad: *El nacimiento de la tragedia desde el espíritu de la música*, publicada por E. Fritsch en Leipzig, que era también editor de los escritos de Richard Wagner.

La maduración de la obra proviene esencialmente del año 1871, aunque estadios previos y notas aisladas encontramos ya antes, incluso antes de la aventura bélica de 1870.

La historia interna del origen del libro hay que iniciarla con una cala en las vivencias infantiles —muerte temprana del padre y del hermanito pequeño—, para la historia externa del origen, la conferencia del 18 de enero de 1870 en el aula del museo, organizada por la Sociedad Académica Libre, «El drama musical griego», parece ser la más temprana formulación que conocemos de este ámbito de problemas; a ella le siguió dos semanas más tarde (el 1 de febrero), en el mismo lugar y en idéntico marco, la conferencia «Sócrates y la tragedia». Después quedó detenido el trabajo. La alusión que en mayo de 1870 hace a la «estética» de Friedrich Theodor Vischer, que había sido rehabilitado en Tubinga*, muestra que esa problemática siguió preocupando intensivamente a Nietzsche.

La intensa preparación que requerían las clases de la universidad y del pedagogio, y las publicaciones en el *Museo renano*, no dejaron tiempo ni fuerzas a Nietzsche para el «libro sobre los griegos», tal como él lo había planeado. Sólo el descanso vacacional permitió a Nietzsche, a

* Fr. Th. Vischer cayó en desgracia allí en 1844 a causa de su talante liberal, tuvo que emigrar y, entre otros sitios, enseñó de 1855 a 1866 en Zürich, hasta que pudo regresar otra vez a Tubinga.

fines de julio y principios de agosto de 1870 en Maderanertal, acabar un primer manuscrito que primero tomó el título *La visión dionisíaca del mundo*, y que después, tras la demora debida a la experiencia de la guerra, como *El nacimiento del pensamiento trágico* reposó a los pies del árbol de navidad de Tribschen como regalo a Cosima Wagner. Aunque estas versiones ya estaban centradas esencialmente en las ideas de lo trágico y de lo dionisíaco, ese ámbito de problemas experimentó una primera ampliación en el boceto *La tragedia y los librepensadores*, que hizo en Naumburg el 22 de septiembre durante su cura de reposo.

Con el regalo a Cosima, los pensamientos que abrigaba adquirieron, al fijarlos por escrito, una concreción tal que sobre ella podía montarse una auténtica discusión. «El espíritu de la música» tomó una posición rectora, lo que no significaba la intromisión de un universo de ideas ajeno, sino que correspondía enteramente a la índole de Nietzsche, ya que también él concebía «desde el espíritu de la música», como muestran sus composiciones, por desgracia conocidas demasiado tarde, en las que casi siempre domina la inspiración musical sobre el texto eventual o sobre un tema programático. Si es que esto fue necesario, en ese caso Wagner sólo hizo pulsar una de las fuentes del talento productivo de Nietzsche, ¡y una de las más potentes!

Nietzsche se puso de inmediato y vehementemente al trabajo. En las semanas siguientes de enero/febrero de 1871 surgió un nuevo manuscrito, la primera versión del futuro libro. El 22 de febrero escribe ya, en Lugano, el «Prólogo a Richard Wagner», y un prólogo significa siempre una posdata final que redondea el asunto. Aquí topamos con otro rasgo esencial del genio creador de Nietzsche: nunca termina de acabar. El mismo rasgo muestran sus composiciones, que en este momento ya datan de años atrás, sobre todo los finales, que somete siempre a una nueva revisión. Esa misma imagen ofrecen las cartas tanto del joven como del tardío Nietzsche: posdatas, anotaciones al margen, en el encabezamiento de la carta e incluso en los sobres. Sus libros se vuelven cada vez menos delimitables, se convierten uno en continuación del otro. En este caso, en el *Nacimiento de la tragedia*, el libro no llega a compaginarse con el prólogo; él trabaja en ello todo el tiempo en Lugano y en ese estadio de efervescencia, en el camino de vuelta a Basilea, lleva el manuscrito a Tribschen, donde hace un alto en el camino desde el 3 al 8 de abril*. En esos pocos días, el maestro y su esposa, junto a sus otras ocupaciones, hubieron de leer el manuscrito y comentarlo con el autor.

También Wagner se había vuelto a ocupar últimamente de modo intensivo de lo fundamental de la obra de arte dramático-musical, y el 24 de marzo había terminado su escrito *Sobre la definición de la ópera*. Estaba, por tanto, del todo inmerso en la temática aludida.

* Según el diario de Richter y Cosima[241, 258].

Es seguro, incluso por el testimonio del propio Nietzsche, un influjo directo de Wagner sobre la reforma del *Nacimiento de la tragedia* que siguió a aquellos días pasados en Tribschen, pero no hay por qué sobrevalorar este hecho. Con seguridad Nietzsche no se sintió alienado en tan poco tiempo. Los días de Pascua 9 y 10 de abril Nietzsche los pasó ya de nuevo en Basilea y le sirvieron para su propia recomposición y para tranquilizar los nervios después de las fatigas pasadas en un viaje así. El 10 de abril habla a Rohde de dos noches de insomnio. Pero después se pone inmediatamente a trabajar. Tiene todavía vacaciones hasta el 1 de mayo y puede por tanto dedicarse intensamente a su libro, en el que incluye las partes que se refieren directamente a la obra artística de Wagner. El 26 de abril envía la primera parte del manuscrito, titulada «Música y tragedia», al editor Engelmann de Leipzig, quien después de largos titubeos acaba por no aceptarla y la devuelve. Es para Nietzsche el tiempo improductivo de la inquietud y de la esperanza. Apacigua algo su ansiedad publicando a principios de junio a sus expensas, como edición especial para los amigos, el texto refundido de su conferencia del 1 de febrero del año anterior, bajo el título *Sócrates y la tragedia*. El 7 de junio de 1871 comunica a Rohde sus propósitos editoriales con estas palabras: «Mi librito, cuyo nacimiento, si mal no recuerdo, te notifiqué desde Lugano con auténtico cacareo, se marchita hasta ahora por falta de editor. He desgajado un pequeño artículo y lo he hecho imprimir a mis expensas en Basilea: se trata de la refundición de aquella antigua conferencia "Sócrates y la tragedia". Otro artículo "sobre lo dionisíaco y lo apolíneo" aparecerá según creo en los *Anales prusianos;* eso en caso de que se me admita, cosa que dudo. En fin, lo mío tiene todos los visos de acabar en un placer caro: en poseer una biblioteca llena de escritos inéditos, pero, eso sí, delicadamente impresos.» Reclamó con bastante brusquedad de Engelmann el manuscrito, quien lo entregó el 29 de junio a Romundt en Leipzig, después de que Nietzsche el 28 de junio le hubiera vuelto a advertir desde Basilea: «... que he dispuesto de nuevo de mi manuscrito y he comenzado negociaciones, romper de nuevo las cuales ya no está en mi mano... Entretanto necesito a todo trance mi manuscrito, en el que hay que hacer algunos cambios, y solicito de nuevo se sirva enviarlo al Sr. Romundt.» Esas otras negociaciones eran nada más que un ardid, a no ser que Wagner hubiera hecho llegar ya una recomendación a su editor Fritzsch; pero entonces Nietzsche no hubiera encargado seguramente publicaciones parciales a sus expensas. En una pequeña carta a Rohde a mediados de junio leemos esta única frase decepcionada: «El librito al que me referí otra vez no ha encontrado editor, lo lanzo ahora a trozos al mundo: ¡qué tortura para la parturienta!»

Las vacaciones de otoño las pasó Nietzsche de nuevo en Naumburg en casa de la madre. Con esa ocasión hizo un rodeo de varios días por Leipzig. En todo caso estuvo allí con amigos desde el 12 al 14 de octubre

de 1871, y con ocasión *de ello* entregó su manuscrito al editor de Wagner, E. W. Fritzsch. En carta del 16 de noviembre Fritzsch acepta el libro y pide el manuscrito completo[8]. Nietzsche contesta inmediatamente: «Por ello envío hoy todavía la parte de mi escrito que tengo lista para la imprenta, y prometo enviar muy pronto el resto y el prólogo. Entretanto hemos de poner todo el empeño en que esté acabado para navidades. Aunque nada más se cumpliera algo de lo que yo, con mis amigos, espero de este escrito, también usted encontrará en ello la alegría y el agradecimiento que merece por haberlo ayudado a salir a la luz pública. En todas las demás relaciones, con ayuda de Richard Wagner, nos entenderemos fácilmente, según creo, para mutua satisfacción... Sólo me queda esperar que nuestros nombres se hayan encontrado bajo una buena estrella: y cuando los nombres *riman,* también los hombres deberían hacerlo.»

Con el entusiasmo que era propio en él incluso en las cosas aparentemente accesorias —una peculiaridad que conservó hasta el final—, Nietzsche se preocupó de los detalles de la presentación del libro y de la composición de la portada.

El mismo día que a Fritzsch escribe a su amigo Gersdorff a Berlín: «Fritzsch... promete incluso acabar para navidades. Está *decidido* que la confección tipográfica siga exactamente el modelo de la *Definición de la ópera* de Wagner: ¡alégrate conmigo! Habrá pues un espléndido espacio para una hermosa viñeta: díselo a tus amigos artistas de mi parte... Tengo hasta ahora la mayor confianza: el libro se comprará mucho, de modo que el dibujante de la viñeta se hará acreedor también a un trocito de inmortalidad.» Ese artista fue Leopold Rau, que por lo visto trabajó rápidamente, dado que Nietzsche pudo ya el 27 de noviembre comunicar a Fritzsch: «Aquí le envió una viñeta para la portada de nuestro libro, que ha hecho un artista excelente y que me ha enviado hoy. Se trata de *Prometeo libre de sus cadenas*. Le suplico ahora que encargue rápidamente la ejecución de esta viñeta a un buen grabador que esté inmejorablemente acreditado. En todo caso la plancha de madera ha de ser enviada al autor de la viñeta para una eventual corrección.»

También la imprenta hubo de trabajar rápidamente, puesto que, a pesar de que Nietzsche envió la última entrega del manuscrito todavía el 12 de diciembre, el 29 el libro acabado pudo abandonar ya la encuadernación y la editorial. El 2 de enero de 1872 Nietzsche escribía a Erwin Rohde: «Fue un momento emocionante cuando hoy me llegaron los primeros ejemplares. Tengo estas palabras a flor de labios: ¡Haz, gran espíritu, que complete la tarea diaria de mis manos!»*

* Se trata de una cita inexacta de Goethe (*Esperanza*, V. 1 s.), claramente de memoria, como suele hacer Nietzsche.

Experiencias felices

Cuando el 27 de diciembre, previendo ya este acontecimiento feliz, escribe a casa: «Fue un buen año a pesar de sus vacilantes comienzos», no se refería sólo al cumplimiento de sus ilusiones como autor. Este año le había regalado muchas cosas hermosas tanto interior como exteriormente. Sobre todo, y para su evolución interior, tuvo la gran satisfacción de un hallazgo importante: el de su camino. Fue quizá el mejor año de su vida.

Comenzó efectivamente bajo los efectos ulteriores de la enfermedad cogida en la guerra, que hizo necesaria una cura de reposo antes de acabar el semestre. Le salió mal también el cambio a la cátedra de filosofía, y el traer a Basilea a un viejo e íntimo amigo como Erwin Rohde, en quien había pensado en primer lugar como compañero ideal. Pero con el viaje a Lugano y una cura de seis semanas allí, se consolidó primero su salud y, con ello, volvió a recuperar la confianza y las ganas de trabajar; y además recogio pronto los frutos de ello. Puede cumplir dos semestres sus obligaciones docentes sin problemas de salud; adquiere éxito y reconocimiento, que le manifiestan las autoridades en dos subidas de sueldo, cada una de 500 francos, muy cercanas entre sí: el 28 de octubre de 1871 y el 27 de enero de 1872. El año es también el punto culminante de sus buenas relaciones con la hermana, demostradas no sólo en las seis semanas de Lugano y en un invernal viaje en trineo a través del paso de San Gotardo, sino también en las vacaciones de verano en común, desde el 15 de julio hasta principios de agosto, en el hotel Schilthorn de Grimmelwald (en el Lauterbrunnental, en el camino de Stechelberg a Mürren); hay que contar además los tres meses que, mientras tanto, Elisabeth pasó en Basilea. Todavía hizo otra amistad Nietzsche: se trata de «tú» con el compañero de casa profesor Franz Overbeck, lo que en las costumbres sociales de entonces y dada la especial reserva de Nietzsche, resulta notable. También el trato con Burckhardt se desarrolló hasta alcanzar un grado sorprendente de intensidad, aunque en este caso la diferencia de edad no hizo posible llegar a una auténtica amistad. Burckhardt conservaba un resto de «distancia» como el mayor y el tipo extraño que era.

La emoción de la amistad llegó a un punto extremo el 15 de octubre, cumpleaños de Nietzsche, que cayó en las vacaciones de verano mientras él estaba en Naumburg. Al día siguiente escribió a Paul Deussen, que no pudo estar presente: «Lo pasé en la amigable compañía de Rohde, von Gersdorff, Krug y Pinder, con una solemnidad desacostumbrada. Era el último día de un reencuentro con los amigos citados: pasamos la semana anterior en Leipzig recordando, felices, nuestros viejos tiempos.» Pero Deussen entró, como veremos, a la semana siguiente y de manera peculiar, en el círculo mágico de ese grupo exclusivo, como ve el mismo Nietzsche a su grupo de amigos en carta a Carl von Gersdorff: «Sólo como combatientes tenemos derecho a existir en nuestro tiempo, como pioneros de un *saeculum* venidero... ¿De nuestro último encuentro en Leipzig, no nos queda el recuerdo de tales momentos enajenados, momentos que pertenecen a otro siglo? Queda por tanto: ¡vivir decididamente en el todo, en la plenitud, en lo bello! ¡Pero para ésto hace falta una gran decisión, que no tiene cualquiera!»

El talante artístico de Nietzsche, excesivamente sensible, exigía una confirmación, una resonancia de la alegría que tan profundamente vivía. El día antes de su partida para Basilea escribe rápidamente a Rohde y a Gersdorff, todavía desde Naumburg, parecidas exhortaciones; así a Rohde el 20 de octubre de 1871: «Mañana vuelvo a Basilea, levantándome del banquete de mis alegrías de las vacaciones como un comilón satisfecho. Nunca las he vivido tan solemne y opulentamente, cosa que he de agradecer a mis amigos. Pero más todavía a todos los demonios, a quienes en *una* hora próxima hemos de hacer en común una ofrenda de acción de gracias: por la que confirmemos de una vez esplendorosamente la idealidad del tiempo y del espacio. Que el lunes próximo, a las 10 de la noche, cada uno de nosotros levante un vaso de oscuro vino tinto y vierta la mitad en la negra noche con las palabras χαίρετε δαίμονες *, bebiéndose el resto. *Probatum est.* ¡Que Samiel lo bendiga! ¡Uhu!» (La invocación a Samiel es una sorprendente reminiscencia de la ópera de Weber *El cazador furtivo*, escena del monte de los lobos, a causa de la cual la ópera entera le desagradaba a Nietzsche: la encontraba ridícula.)

El día de la partida, el 21 de octubre, por la tarde, la madre había invitado a gran cantidad de parientes y conocidos, y en esa ocasión, todavía como admirador de Nietzsche, presentó sus respetos también Ulrich von Wilamowitz. Wilamowitz, cuatro años más joven que Nietzsche, había sido alumno de Pforta inmediatamente tras él y venía ahora a expresar su admiración y la de los de Pforta al ya famoso antiguo alumno pfortense, de éxito tan temprano, que estaba casualmente en las cercanías. Por la noche Nietzsche se dirigió a la estación de ferrocarril y tras un viaje largo y penoso llegó la noche del domingo 22 de octubre a Basilea. Una semana más tarde, el lunes 30 de octubre, tras una «visita inaugural» a Tribschen (el 27 de octubre), se celebró la «consagración a los demonios». A su amigo Gersdorff le informa el 18 de noviembre sobre su participación en ella: «Celebré la consagración a los demonios en casa de Jacob Burckhardt, en su gabinete: él se unió a mi acto de consagración y vertimos más de dos vasos de cerveza de buen vino del Ródano a la calle. En siglos pasados hubiéramos sido sospechosos de brujería. Cuando volvía a las once y media de la noche a casa, un tanto demoníaco, me topé con el amigo Deussen, con quien deambulé por la calle todavía hasta cerca de las 2.

* chairete, daimones = ¡salve, demonios!

Se marchó en el primer tren. Guardo un recuerdo suyo casi fantasmal, ya que no lo vi más que a la pálida luz de los faroles y de la luna.» Y: «Al día siguiente tenía una resaca demoníaca», confiesa el 23 de noviembre a Rohde.

Pero también escribe sobre ello a Richard Wagner el 18 de noviembre, queriéndolo incluir también: «Guardo el más caluroso y cordial recuerdo de mi última visita a Tribschen (27 de octubre[258]) y sé lo que debo a mis demonios: a quienes he hecho últimamente una ofrenda de acción de gracias con un donativo de vino tinto y pronunciando las palabras χαίρετε δαίμονες: una celebración que tuvo lugar a la vez en Basilea, Berlín y Kiel, y que en el momento de su consumación cada uno de nosotros la consideró también como suya: puesto que ¿qué pedimos a los demonios, qué les agradecemos, que no esté relacionado lo más íntima y cercanamente con usted?» Jacob Burckhardt, que de hecho fue un concelebrante, en modo alguno pudo sospechar que *él* vertía una bebida de ofrenda para Wagner, ni siquiera en broma; y al menos para Nietzsche no lo era.

Tres semanas transcurrieron hasta que escribiera estas cortas noticias a los compañeros de ofrenda y consagración. Nietzsche tuvo que terminar el manuscrito de su libro para Fritzsch y, ante todo, surgieron además dos nuevos manifiestos de amistad ¡ambos en música! En la carta del 18 de noviembre a Gersdorff leemos sobre ello: «Imagínate, querido amigo, en qué modo tan curioso han vuelto a aparecer en mí aquellos cálidos días de nuestra reunión de vacaciones. En forma de una gran composición para cuatro manos en la que todo resuena a un hermoso otoño cálido y soleado. Puesto que va unida a un recuerdo de juventud, el Opus se llama *Ecos de una noche de San Silvestre, con canción procesional, baile campesino y campanas de medianoche*. Vaya un título divertido; igualmente pretencioso resultaría "con ponche y felicitaciones de año nuevo". Lo tocamos Overbeck y yo; es ahora nuestro *specificum*, en el que aventajamos a todos los hombres de cuatro manos. En navidades obsequiaré y sorprenderé a la señora Wagner con esta música. ¡También en esta composición sois vosotros, amigos míos, los inconscientes *dei ex machina*! ¡Desde hacía 6 años no componía nada, y *este* otoño me volvió a estimular! Bien ejecutada, la música dura 20 minutos.»

Comenta más detalladamente esta pieza ya el 13 de noviembre en carta a Gustav Krug: «¡Qué recuerdo más agradable me traje de mis días de otoño en Naumburg! Hacía mucho tiempo que no me regalaba así en el goce de la amistad, de mi tierra, del pasado y del presente, y estoy deudor y agradecido cordialmente a mis queridos amigos... Entretanto he dado fin a un extraño Opus, caído del cielo, por así decirlo. El primer motivo fue solamente revisar algo de mis antiguas cosas a cuatro manos para poder tocarlo con mi colega Overbeck. Topé con aquella "Noche de San Silvestre"*: pero apenas había comprado el papel pautado, todo

* Para violín y piano, compuesta del 29 de diciembre de 1863 al 2 de enero de 1864.

se transformó bajo mis manos, y desde el primer compás se convirtió en algo totalmente nuevo... Tú sabes cómo me extrañó encontrarte aún con ánimo renovado de componer; no sé cómo, pero me encontraba tan marchito o quizá también tan "sabio", que me había resignado en esto desde hace 6 años... ¡Ya ves de lo que me ha servido tu ejemplo! Por lo demás, ahora que la obra está tras de mí, he vuelto casi al punto anterior y no pienso en seguir componiendo...: esta composición... tiene algo de popular, no incurre en lo trágico, aunque sí en lo grave y melancólico. Además de ello es triunfalmente, incluso dolorosamente, desenfadada; brevemente si te recuerdas de nuestro estado de ánimo en las vacaciones, de los paseos por el Knabenberg hasta la "cosa en sí", tendrás un ejemplo de esa "manifestación dionisíaca". Está construida en torno a pocos temas, verdaderamente orquestal en el colorido de tonos, incluso expresamente ávido de orquestación, pero sabes que ahí ya no llego. Los días de gestación fueron del 1 hasta el 7 de noviembre: es un manuscrito tan claro que hasta ahora siempre lo he tocado con Overbeck por el primer borrador. Ahora estoy haciendo otra copia para regalársela a mi extraordinaria y admirada amiga la señora Cosima Wagner por su cumpleaños... ¡Qué importa y a quién perjudica que cada seis años me libere dionisíacamente una vez del destierro musical!... Son las últimas notas también de mi vida musical, el remate de San Silvestre a un año musical.»

Nietzsche afirma repetidas veces que desde hace seis años, desde el «Kyrie» para el cumpleaños de la madre el 2 de febrero de 1866, no ha compuesto nada. Pero de 1867 es un cuarteto vocal con acompañamiento de piano, «Soleados días de otoño» (texto de Geibel)[125], cuya autenticidad verdad es que no está fuera de toda duda; pero con seguridad compuso la canción «Adiós ahora tengo que marchar» en agosto de 1870; y justamente en los días en los que escribe que tras esos «Ecos» ya no volverá a componer, aparece el «Responsorium histórico eclesiástico» para coro a una sola voz con acompañamiento de piano, para el cumpleaños de su nuevo amigo Franz Overbeck, el 16 de noviembre de 1871. ¡Una pieza corta, pero toda una composición sin embargo! Está claro que el texto también es de Nietzsche:

I. Coro de estudiantes de teología perezosos y repantigados:

¡Oh! ¡Ah! No asisto a historia de la iglesia con Overbeck,
sino con el viejo desatinado de Hagenbach.
Hagenbach sabe apreciarnos
como estudiantes que estudian por un cargo, pan y mujer.
Quien deja que el buen dios
y el viejo Hagenbach gobiernen,
ése se conservará maravillosamente
a pesar de todos los males de los exámenes.

Aquí entra el «coro de espectadores indignados»:

> Sí, maravillosamente tosco, tonto y atrevido,
> sin la más mínima chispa del genio de nuestro Overbeck,
> ni de sus otras amables cualidades.

El vocabulario de este texto insolente proviene inequívocamente de las maliciosas ocurrencias del entonces admirado Schopenhauer contra la filosofía académica, aunque dentro del típico tono irónico de Nietzsche*.

Así pues, en ese otoño de 1871 encontramos a Nietzsche con un buen humor desbordante. Se ha reconciliado temporalmente con la carga de la profesión, viendo ahora en ella una tarea lucrativa, una idea que le servirá para la concepción de las conferencias «Sobre el porvenir de nuestros centros de enseñanza»; esta reconciliación se hace después de haber jugado otra vez con la posibilidad de dejar el puesto. El 3 de septiembre había escrito Cosima: «Para que no me olvide de ello, voy a exponer inmediatamente que la princesa Hatzfeld... me ha hablado de su hijo... y me ha dicho que le gustaría enviarlo de viaje (Italia, Grecia, Oriente, América) en buena y cultivada compañía. ¿Podría usted recomendar a alguien? He supuesto... que tal oferta podría interesar a muchas personas cualificadas.» Precipitadamente y sin haberlo meditado suficientemente, Nietzsche quiere aprovechar él mismo esta oportunidad. Sólo unos pocos días más tarde escribe a su hermana: «Ya conoces mis deseos por lo que respecta a un gran viaje. Se producen extrañas casualidades. Recibí una demanda de Tribschen que tiene algo que ver con el asunto. Te lo susurro nada más al oído: uno de los amigos de Tribschen (un joven príncipe alemán que hizo la guerra y que, por lo demás, es licenciado en derecho y señor también de un mayorazgo) busca un acompañante inteligente y culto para un viaje a Italia, Grecia, Oriente, etc., y se me ha preguntado si podría proponer a alguien — No sé — Esta es la nueva broma en la que estoy ahora, y bajo el sello de la discreción...» También hubo de escribir a Cosima en este mismo sentido, puesto que ella le dice el 17 de septiembre ya al comienzo de su carta: «Con mi demanda no había pensado en ninguno de sus amigos, sino en cualquier persona con inquietud, todavía no colocada o que no se haya dejado intimidar por el yugo de una antigua co-

* El personaje a quien se ataca en el texto, Carl Rudolf Hagenbach (1801-1874), procedía de una vieja familia de Basilea. Desde octubre de 1824 era profesor extraordinario y desde 1828 titular de historia de la iglesia en la universidad de Basilea. Participaba menos intensamente en la vida política que en la científica, artística y social en general, de su ciudad de origen[111]. Por este lado «práctico» coge el joven Nietzsche, que rebosa de felicidad en ese momento, al viejo señor de la otra facultad, en provecho de su amigo Franz Overbeck, que desde la pascua del pasado año 1870 está como extraordinarius en la recientemente creada quinta cátedra de la facultad de teología, y precisamente con el encargo de explicar también historia de la iglesia.

locación; le dije en bromas al maestro que "qué bueno hubiera sido un encargado así para Winckelmann o para Lessing; el primero no hubiera entrado en los jesuitas, ni el segundo se hubiera dedicado a los comediantes". En usted, señor profesor, no se me ocurrió pensar ni por lo más remoto; y me parecería un desafuero el aconsejarle abandonar su considerada y honorable posición por algo de lo que no sé si le habría de satisfacer...» Con tanta rapidez como había concebido la idea, la abandona ahora, aunque, en contra totalmente del requerimiento de discrección hecho a la hermana, él mismo debió de hablar de ello en Basilea, posiblemente en presencia del senador Vischer, puesto que la primera subida de sueldo del 28 de octubre se hizo con la justificación «de que él últimamente había rechazado por sí mismo una ventajosa oferta para acompañar de viaje a una persona importante»[242]. Naturalmente esto no era nada más que una excusa para acomodar gradualmente su sueldo al de Eucken, quien acababa de emprender su actividad docente, de menos horas que la de Nietzsche, con un sueldo anual de 4.200 francos.

Estas primeras semanas del otoño estuvieron por lo demás totalmente bajo el signo de las obligaciones de la amistad. Desde el 5 hasta el 8 de septiembre estuvo de visita Heinrich Romundt de Leipzig. A mitad de junio del año siguiente habría de venir a Basilea como docente privado de filosofía, y con seguridad Nietzsche, en aquellos días de septiembre, le facilitó el camino para la *venia legendi*. Realizó otro servicio más: Una familia rusa, de apellido Kantchin, había recurrido a Overbeck para que le aconsejara un educador. Pero Overbeck no conocía a nadie y hubo de comentar esta demanda con Nietzsche. Esta vez Nietzsche no pensó en sí mismo sino en el amigo Deussen, a quien escribe el 12 de septiembre: «¿Estás dispuesto todavía a habilitarte algún día en filosofía?... el azar me trajo hoy una proposición que quizá podría interesarte... Se trata de vivir con una familia rusa en Florencia y durante el invierno. Hay que enseñar a un chico de 13 años, inteligente aunque algo mimado, inglés, latín y alemán. En la familia se habla francés. Esto no constituye dificultad alguna para ti. El sueldo es alto: 3.000-4.000 francos, o sea, cerca de 1.000 táleros. Naturalmente, comida y alojamiento totalmente gratis. Con ello durante 4 años serías casi un hombre libre para dedicarte al estudio y podrías llevar a cabo casi toda la preparación filosófica... Ganas tiempo y dinero; eso sin hablar del valor de una estancia en Italia, Suiza, etc... una condición sería que comenzaras ya este invierno.» La colocación se llevó a cabo realmente, sólo que no tan de repente, sino sólo en octubre del siguiente año (1872). Este éxito hubo de satisfacer a Nietzsche, después de que fallara el plan para traer cerca a Rohde, primero a Basilea y después a Zürich, para lo que hizo grandes esfuerzos en el verano. El camino a través de un puesto de educador hacia la filosofía, como *la* tarea educadora de gran estilo, desde la profesión de filólogo como fundamento, a la tarea vital del filósofo: en este sentido, como escalón intermedio y como camino,

Nietzsche considera su posición actual ya en la carta del 2 de julio a Deussen: «En esta duplicidad del puesto, en parte como profesor de gimnasio y en parte como docente universitario, hay *en principio* algo muy valioso. En todo caso te rogaría que no abandones tu puesto en el instituto por hastío de ese ambiente. Es nuestra posición más esperanzadora; y quien, como yo, ha pensado en las reformas más enérgicas de la instrucción pública, tiene un alto aprecio de la praxis, de la rica empiria de un puesto de profesor de instituto. Puesto que es ahí donde hemos de *empezar* a expresar nuestra seria consideración del mundo. Malamente puede la universidad ser el suelo apropiado para ello.»

Reconciliado con la profesión

Parece claro que Nietzsche se sentía en aquella época muy unido a su clase del gimnasio. En los claustros de profesores del pedagogio pugnó por un reparto mejor de las horas de griego en el horario general y por una atmósfera tranquila y libre de perturbaciones externas, en la clase. Así, en la sesión del 25 de agosto de 1871, hizo la propuesta de que se recurriera a las autoridades pertinentes, y «se dieran los pasos apropiados para remediar el molesto estrépito de los carruajes por la plaza de la catedral, macadamizando dicha plaza y obligando a aquéllos a ir al paso». La propuesta fue a la Curaduría, al Pequeño Consejo, al Colegio de Arquitectos, al ingeniero del cantón, pero, después de que este último había hecho un hermoso proyecto, fue rechazada. El Pequeño Consejo recomendó al respecto al Consejo de Educación que se entendiera de buenos modos con los correspondientes propietarios de empresas de transporte[105].

El programa universitario de Nietzsche para el semestre de invierno se había reducido en dos horas semanales. En el semestre de verano de 1871 impartió todavía el curso de tres horas semanales «Introducción al estudio de la filología clásica»; además fue anunciado de nuevo el libro primero de Quintiliano, pero faltan comprobantes de que ese curso fuera impartido en tres horas semanales o incluso en menos. Para el seminario estaba anunciado *Edipo rey*, pero en vez de ello se vieron de nuevo los *ERGA* de Hesíodo y algo de Tucídides[122].

El 13 de noviembre escribe a su hermana sobre el comienzo del semestre de invierno: «Ya están otra vez funcionando todos mis *cursos* desde el comienzo de la semana anterior: 9 estudiantes en uno y 6 en el otro. Imparto un curso de tres horas, otro de una, además de los ejercicios del seminario y de las horas del pedagogio. Así pues, 11 horas en total, con lo que estoy satisfecho.» Y el 13 de noviembre a Gustav Krug: «Ahora impone sus exigencias el nuevo semestre; mis intereses van orientados hacia Platón y la epigráfica latina. Por eso oigo sólo desde muy lejos a la musa de la música.» Las lecciones eran las siguientes: «Introducción al estudio de los diálogos platónicos», tres horas; «Epigráfica latina», sólo de una hora; la lección anunciada sobre el diálogo *De oratoribus* no la dio. El ejercicio de seminario estuvo dedicado de nuevo a Hesíodo. En el pedagogio ambos semestres estaban concebidos como un curso anual, que se correspondía con el año escolar que comenzaba en la primavera. En el semestre de verano explicó a sus alumnos las «Formas fundamentales de la poesía griega», con ejemplos tomados de Hesíodo (para el epos), Tirteo, Solón y Teognis (para la elegía), Alceo, Alcmeón, Safo, Simónides y Píndaro (para la lírica), Teócrito (como bucólico), y el final del *Prometeo* de Esquilo (para el drama). En el semestre de invierno explicó las «Formas fundamentales de la prosa griega», con ejemplos del *Fedón* de Platón, de las *Filípicas I y II* de Demóstenes; además, como «lecturas privadas», Heródoto, Tucídides, Plutarco y Luciano; y para que no se olvidaran los poetas: Homero, Esquilo, Eurípides y Aristófanes. ¡Un programa abundante para un curso del gimnasio![105, 122]

Como caballero de Cosima Wagner

El año 1871 trajo al final un punto culminante absoluto. La asociación Wagner de Mannheim había preparado allí para el 20 de diciembre un concierto a beneficio del proyecto del festival de Bayreuth, con Wagner como director de la orquesta. El programa ofrecía: 1. *La marcha del emperador*, 2. Mozart, la obertura de *La flauta mágica*, 3. Beethoven, VII sinfonía (en la mayor), 4. Wagner, preludio de *Lohengrin*, preludio de *Los maestros cantores*, preludio y escena final (llamada «Muerte de amor)» de *Tristán e Isolda*[258]. Wagner había marchado ya el 9 de diciembre de Tribschen a Munich, y luego el 13 de diciembre de Munich a Bayreuth, con el fin de visitar el terreno sobre el que se iba a construir el edificio del festival. El 16 de diciembre se fue a Mannheim para dirigir los ensayos. Cosima, por su parte, salió de Tribschen el 16, primero hacia Basilea, donde llegó a las 9 de la noche[258], y al día siguiente hacia Mannheim, con Nietzsche como compañero de viaje. Durante cuatro días Nietzsche pudo jugar el papel de caballero, y el 20 de diciembre acompañar a la admirada señora al concierto, lo que Cosima, curiosamente (¿por discreción?), silencia en su diario. En el ensayo general de por la mañana se interpretó dos veces el *Idilio de Sigfrido* en función privada para invitados solamente.

Ante todo el mundo Nietzsche era ahora quien más cercano estaba a la familia Wagner. Por lo menos él lo creía así: «Teníamos el primer piso del "Europäischer Hof", y también sobre mí, como su más próximo confidente, recayó una parte de los muchos honores que se le hicieron a Wagner», escribe a casa el 23 de diciembre, aunque, como concesión a la cicatería pequeño-burguesa de Naumburg, se ve obligado a añadir

a continuación: «Además, el viaje entero me ha costado relativamente poco, a pesar de que estuve fuera desde el lunes hasta el jueves.» Sin tales cortapisas escribe sobre ello a Carl von Gersdorff, y sobre todo a Rohde, el mismo día ya de su regreso, y tras un viaje nocturno en ferrocarril, inmediatamente después del concierto: «Por lo demás me siento maravillosamente confirmado en mis conocimientos musicales... por lo que en esta semana he vivido en Mannheim en compañía de Wagner. ¡Ah, amigo mío! ¡Qué pena que no pudieras estar allí! ¿Qué representan todos los demás recuerdos y experiencias artísticas comparadas con estos últimos? Me siento como alguien a quien finalmente se le cumple un presagio. Pues ¡exactamente esto es música y no otra cosa! ¡Y cuando hablo de lo dionisíaco es exactamente eso lo que entiendo por la palabra "música", y no otra cosa! ¡La idea de que en la próxima generación, aunque nada más fueran unos cientos de personas, se considerara la música tal como yo la considero, me hace esperar una cultura totalmente nueva! ¡Todo el resto, lo que no guarda relación alguna con la música, me produce auténticamente repugnancia y horror!»

Pero también por el otro lado llegaban palabras de una ternura única en esa correspondencia. Cosima escribía a fines de año: «Ultimamente, de nuevo hemos sido felices juntos, en el vínculo de una mutua confianza que proporciona dicha; pidamos al demonio del nuevo año que nos vuelva a conceder horas en *la mayor* como aquéllas, que hacen tan palpable y sublime el amor y la fidelidad. ¿Le sucede a usted como a mí, que me parece no haber escuchado todavía bastante? Esta es la forma actual de mi nostalgia de lo indecible.» Pero tuvo que comenzar la carta con las palabras siguientes: «Le hemos echado realmente de menos al lado de nuestro árbol; ¡lo amistoso se convierte tan agradablemente en costumbre!; al leer sus agradables líneas sentí como si usted hubiera tenido la misma sensación que nosotros. De todos modos este año tuvimos nuestra fiesta de navidad en Mannheim, y queremos suponer que la cadena no se ha interrumpido todavía. Este año ha acabado para usted decididamente mejor de lo que comenzó.»

Días de fiesta movidos

Efectivamente Nietzsche este año se había mantenido alejado de Tribschen durante las navidades sin un motivo obligado, puesto que lo que expone en cartas a Rohde y a casa apenas resulta convincente. Así el 21 de diciembre a Rohde: «Estas navidades las paso solo en Basilea y he declinado las amables invitaciones de los de Tribschen. Necesito tiempo y soledad para meditar algunas cosas respecto a mis 6 conferencias (porvenir de nuestros centros de enseñanza) y para encontrarme a mí mismo. He dedicado mi *Noche de San Silvestre* a la señora Wagner, cuyo cumpleaños

se celebra el 25 de diciembre... y estoy ansioso por saber qué me dicen los de allí respecto a mi trabajo musical, ya que nunca he oído algo competente respecto a ello.» Durante esos días deambuló —y en modo alguno solitario— por Basilea; sobre ello escribe el 27 de diciembre a casa: «Sobre el pianino tengo un cuadro de Holbein del gran Erasmo, que me han regalado los jóvenes Vischer en Nochebuena como aguinaldo. Con ello ya sabéis dónde pasé esa noche; hoy estoy invitado al aguinaldo en casa de los Bachofen y para el aguinaldo de la noche de San Silvestre en casa de los viejos Vischer; de modo que voy a vivir tres veces el árbol de navidad. Para el viernes (= 29 de diciembre) al mediodía me ha comprometido el viejo Stähelin en Liestal.» Eso hace exactamente una invitación cada dos días. En Tribschen, pues, hubiera tenido más tranquilidad y tiempo para meditar sobre sus conferencias. El motivo profundo de la dolorosa renuncia aparece, sin embargo, encubierto en la carta a Rohde: Hacía un año Wagner había sorprendido y emocionado a Cosima con la composición del *Idilio de Sigfrido;* este año Nietzsche había vuelto a componer y había puesto a los pies del árbol de Navidad su composición *Eco de una noche de San Silvestre* para piano, a cuatro manos —para tocarlo con Cosima. Pero ¿cómo se recibiría esta obra? A esta decisión le evita su presencia, se esconde en su «casucha de perro de Basilea», prefiere renunciar a la vivencia —con seguridad preciosa para él— de los días de Navidad en Tribschen.

La obsequiada reacciona el 30 de diciembre de 1871 delicada y consideradamente[15]: «El día de San Silvestre ha de dar las gracias a los sones de la noche de San Silvestre; impresiones comunes convertidas en recuerdo resonaron esta vez en mi cumpleaños a través de las campanas de medianoche, y yo digo ¡gracias! al amable "melómano".» Sólo 15 años más tarde, en noviembre de 1887, expone claramente en una carta a Felix Mottl algo de lo que sucedió en Tribschen entonces: «Jacob Stocker, mi antiguo servidor... se quedó parado al quitar la mesa..., escuchó atentamente y se retiró finalmente diciendo "no me parece bueno". Confieso que, a pesar de mi gran amistad de antes, no pude seguir tocando a causa de la risa[81, 123].» La escena la describe más detalladamente Hans Richter, que «tocó junto con la señora Wagner las *Campanas de San Silvestre.* Wagner estaba sentado inquieto, estrujaba la boina entre sus manos, y antes del final se salió fuera... yo esperaba una tormenta. Pero la crítica de Jacob (que Richter también trasmite) lo había calmado; encontré al maestro simplemente riendo con todas sus ganas. "Se trata uno desde hace año y medio con este hombre sin imaginar una cosa así; y ahora viene tan alevosamente en ropajes de partitura"[254].» A pesar de ello Nietzsche pudo el 20 de enero de 1872, en su siguiente visita a Tribschen, mejorar esta impresión. Cosima anota en su diario[258]: «Prof. Nietzsche, cuya visita nos alegra mucho. Se discutió mucho; planes para tiempos futuros, reforma de la enseñanza, etc.; nos toca muy bellamente su composición.»

A cambio de ello Nietzsche tuvo un éxito total en Tribschen con su libro, del que había esperado que saliera para navidades, pero que al menos pudo convertirse en el regalo de Año Nuevo. El 2 de enero de 1872 envió ejempleres dedicados a Tribschen; el 18 llegó el sincero agradecimiento de Cosima y su elogio: «¡Oh, qué hermoso es su libro! ¡Qué hermoso, qué profundo y qué audaz! ¿Quién va a recompensárselo?, le preguntaría acongojada si no supiera que en esa propia concepción de las cosas usted ha debido encontrar ya la mayor recompensa... En este libro ha conjurado espíritus de los que creí que sólo servirían a nuestro maestro. Usted ha arrojado la luz más clara sobre dos mundos, uno de los cuales no vemos porque está muy lejos, y al otro no lo reconocemos porque está muy cerca de nosotros; de modo que captamos la belleza que presentíamos y que nos embelesaba, y comprendemos la fealdad que casi nos aplastaba; es consolador que usted proyecte sus luces al futuro —que es el presente de nuestros corazones— de modo que llenos de esperanza podamos implorar "¡que el bien venza!" ¡No acierto a decirle cuán sublime me parece su libro... y hasta qué punto ha conseguido la claridad más bella en las más difíciles cuestiones! He leído este libro como si fuera una poesía... puesto que me da una respuesta a todas las preguntas inconscientes de mi interior... Y ahora ¡adiós!; reciba los saludos del gabinete de arriba y del de abajo, en el primero teje ahora el maestro y su libro descansa al lado de todo lo que me resulta precioso!»*

Nietzsche, pues, podía en verdad escribir a sus familiares de Naumburg: «Fue un buen año.»

La sombra de Dionisos

Sí, fue realmente el mejor año de su vida, puesto que después de pocos meses habían de comenzar ya las conmociones por la reacción contra la obra, por las pérdidas personales, por la propia duda interior y el continuo empeoramiento de la salud corporal. Pero también en este año gozoso, sobre toda la exaltación de unas vivencias alegres, festivas, se extiende un apagado velo de melancolía. Incluso la obra de ese año de júbilo, junto al fuego de la exposición del tema, lleva en sí la existencia trágica, lo «dionisíaco» tal como él lo entiende, ¡no lo báquico!

En el segundo capítulo de su libro delimita claramente la diferencia: «... si ha de ser descubierto el enorme abismo que separa a los griegos dionisíacos de los bárbaros dionisíacos. Desde todos los confines del mundo antiguo... podemos probar la existencia de fiestas dionisíacas, cuyo tipo, en el mejor de los casos, se corresponde con el tipo de las griegas, de igual

* El maestro «teje»: estaba componiendo la escena de las normas del *Crepúsculo de los dioses*.

modo que el sátiro barbudo, a quien el macho cabrío dio nombre y atributos, con el mismo Dionisos. En casi todas partes el centro de esas fiestas era un desbordante desenfreno sexual... Contra las emociones febriles de aquellas fiestas, cuyo conocimiento afluía a los griegos por todos los caminos de la tierra y del mar, éstos, parece, estuvieron durante un tiempo totalmente asegurados y protegidos por la figura de Apolo, que se yergue aquí en todo su orgullo... Es en el arte dórico en el que se eternizó esa actitud mayestáticamente desdeñosa de Apolo. Más dudosa... resultó esta oposición cuando, finalmente, desde la más profunda raíz de lo helénico surgieron impulsos parecidos: entonces la actuación del dios délfico se limitó, después de una reconciliación a tiempo, a tomar de la mano de su poderoso rival las armas aniquiladoras... Pero si nos damos cuenta de cómo se manifestó el poder dionisíaco bajo la presión de ese tratado de paz, entonces comprenderemos ahora, en comparación con aquellos saceos babilonios y con su retroceso del hombre al tigre o al mono, el significado de fiestas de redención del mundo y de días de transfiguración que había en las orgías dionisíacas de los griegos. Sólo en ellas alcanza la naturaleza su júbilo artístico.»

Como todos los libros de Nietzsche *El nacimiento de la tragedia desde el espíritu de la música* es un libro confesional. Sacado de las vivencias más íntimas, desarrolla apasionadamente más una imagen de la situación espiritual del autor que una imagen del tema expuesto: la tragedia ática. El modo de exposición es el del diálogo: Nietzsche se dirige a un «tú», a amigos determinados o imaginarios, a quien varias veces interpela además directamente como tales; sobre todo a Richard Wagner, a quien expresamente dedica un prólogo, en el que se dice: «... me imagino el instante en el que usted, mi muy distinguido amigo, recibirá este escrito... e inmediatamente se convence de que el autor tiene algo serio y penetrante que decir, e igualmente de que él... trató con usted como si estuviera presente y sólo pudo escribir algo que guardara relación con esta presencia.»

Se trata de un gran monólogo en medio de un simposio.

En 25 capítulos, la mayoría de ellos cortos, emprende Nietzsche la tarea de poner al descubierto los fundamentos de los que pudo surgir la tragedia como obra de arte, pero también la de exponer cómo y por qué desapareció después de un corto florecimiento. Con la vista puesta en la obra de Richard Wagner como un auténtico renacer de la tragedia, y con la esperanza puesta en su acción humanizadora, se aleja dos milenios de su tema y da al libro un giro «moderno», actual. Es éste un rasgo de toda la obra y el talante de Nietzsche: la referencia inmediata a la Antigüedad sin escalones intermedios, y al revés, el salto de la Antigüedad a su presente, también sin escalones intermedios.

Así es como también aquí une símbolos antiguos: Dionisos, Apolo y Sócrates, directamente con Schopenhauer y Wagner, interpretándolos

desde el punto de vista, desde la metafísica, de la filosofía schopenhaueriana.

Se ha empleado mucha diligencia y agudeza en demostrar y hacer notar al filólogo Nietzsche que su visión de los dioses Apolo y Dionisos no está de acuerdo con la historia de las religiones, así como que el modo de usarlos como símbolos no fue inventado por él, sino que hay antecedentes y ejemplos anteriores de ello. H. Wagenvoort, por ejemplo, defiende la tesis[257] de que Nietzsche, a más tardar en 1866, conoció por mediación de Rohde el libro de Henri Michelet *La Bible de l'humanité*, aparecido en 1864, en el que este historiador francés, nacido en 1798, ya expone la polaridad «apolíneo-dionisíaco» en el mismo sentido en que lo hace Nietzsche en su obra.

Más cerca de la auténtica fuente de influjo conduce Martin Vogel cuando en su amplia exposición[256] se refiere a Tribschen. Coloca en el centro de su tesis el cuadro que había en Tribschen del *Dionisos (Baco) entre las musas* de Bonaventura Gemelli (1798-1868), al que se refiere Nietzsche en su carta del 16 de julio de 1872 a Rohde como defensa contra Wilamowitz. Pero hay algo todavía que une ambas tesis: ¡Michelet era conocido en Tribschen y allí se discutía sobre él!

Malwida von Meysenburg había conocido en 1860 en París al historiador; lo apreciaba y continuó en relaciones personales con él. Cuando él murió en 1874, el hijo político de Malwida, Gabriel Monod, dedicó a los colegas en 1875 una biografía. Malwida introdujo la obra de Michelet en el círculo de Wagner; en el invierno de 1876 en Sorrento, incluso organizó una lectura suya con Nietzsche y Rée. Cosima cita en el diario del 12 de febrero de 1871 el último libro de Michelet *La France devant l'Europe*. Que la pareja de conceptos «apolíneo-dionisíaco» fue agudizada en las discusiones de Tribschen hasta hacer de ella una pareja de opuestos, es algo que se puede suponer por el hecho de que en la conferencia de Nietzsche de 18 de enero de 1870 sobre «El drama musical griego» no aparece todavía en ese sentido. En ella se cita sólo una vez a Dionisos en la comitiva de sus satélites. Esto hablaría en contra de una influencia ya en 1866 de la lectura directa de Michelet.

Tampoco hay que olvidar en este asunto las conversaciones con ocasión de la detallada lectura que de Platón hizo Wagner; conversaciones sobre los ataques de Platón a Homero, sobre la reducción del arte, y también de la música, a una mera «función educativa».

Para toda la obra de Nietzsche, hasta el *Caso Wagner* (Bourget, Baudelaire[267]), pueden aportarse tales «pruebas». Pero ¿qué se consigue con ello?

Nietzsche poseía una capacidad desacostumbrada de adaptación. Podía apropiarse conceptos, ideas, cosas fundamentales, sin convertirse por ello en un plagiario, ya que aquello que recibía continuaba elaborándolo hasta sus últimas consecuencias, al menos hasta lo máximo a que llegaba el

«original». Sólo por él y por su interpretación adquirieron todas esas «apropiaciones» el peso, la forma y el significado con el que sobrevivieron y por el que llegaron a formar parte de la filosofía. Y por muy atinadas que sean esas pruebas y objeciones, no alcanzan lo esencial del pensamiento de Nietzsche. Con lo «apolíneo-dionisíaco» Nietzsche quiere designar posibilidades, modos y contenidos estéticos reales de la obra de arte, y para ello emplea esos nombres de dioses como símbolos. Con ello fuerza en parte a esas deidades, en cuanto que las reduce a algunos pocos rasgos esenciales, que aunque es verdad que los tienen, no constituyen sin embargo todo su ser. Pero ¿quién conoce todo su ser? Dada la dificultad, e incluso imposibilidad, de conseguir aclararse sobre la variopinta religiosidad de los griegos, a la imaginación del artista creador le queda un amplio espacio de juego, que precisamente los antiguos poetas y pensadores, así como los artistas plásticos, aprovecharon fecundamente. Para sí y para su pueblo (y para la posteridad) fueron incesantemente modelando sus dioses y dándoles contenido. ¡Qué diferencia hay entre los dioses de Homero y los dioses de Epicuro! Pero también la figura de los héroes fue esencialmente acuñada por los trágicos áticos. ¿Por qué aquello que los antiguos artistas hicieron con sus propios dioses no va a incumbir también a un lejano descendiente suyo, para quien esos dioses lo máximo que pueden ser es símbolos, y que dispone de la fuerza mitificadora de los artistas creadores? Y esta fuerza no puede negársele a Nietzsche. En lo malo y en lo bueno, hasta su propio final —y más allá aún—, estuvo creando mitos. También esto era propio de su tiempo. Sin la obra de Wagner ¿qué serían para nosotros las leyendas germánicas a las que dio forma, y el mito del «anillo»? Seguramente la germanística no hubiera hecho resurgir de los textos del alto alemán medio este mundo tal como lo hizo él.

Nietzsche formuló claramente cómo quería él que se entendieran sus símbolos[3]: «Hasta ahora hemos considerado a lo apolíneo y a su contrario, lo dionisíaco, como potencias artísticas...: por una parte como el mundo de imágenes del sueño, cuya perfección es totalmente independiente de la altura intelectual o de la formación artística de lo particular, y por otra, como realidad ebria que tampoco se preocupa de lo particular, sino que incluso intenta aniquilar al individuo y salvarlo por un místico sentimiento de unidad.»

De ambos símbolos lo dionisíaco, en cuanto salvífico, llega a adquirir un significado relevante en toda la vida, en toda la existencia intelectual de Nietzsche; lo había de salvar del dolor de una grave herida anímica. En una mirada retrospectiva a su vida que hace el año 1863 leemos[4]: «Como planta estoy cercano al camposanto, como hombre nací en una vicaría.» En esta frase, la conmoción por la temprana muerte del padre vuelve a renovarse —en el joven de 19 años ahora. Esa trágica experiencia límite, el reconocimiento de la caducidad de todo nuestro mundo experienciable, es algo común a todos los hombres; vivido más o menos

fuertemente, más o menos conscientemente. Los cultos a los muertos, la relación con un reino de los muertos, con un mundo en el que se puede considerar a los muertos como que siguen vivos, dominan todas las culturas. Las grandes religiones ordenan esa relación en dogmas sublimes, y también la filosofía merodea en último término en torno a la cuestión de las relaciones de lo que nace y vuelve a perecer con la razón primordial de todo ello. Con dos de tales sistemas filosóficos estuvo Nietzsche siempre en renovado diálogo: Platón y Schopenhauer. Y este diálogo, que llena toda su obra, comienza aquí, con el *Nacimiento de la tragedia*, ya con todo su peso y lo conduce a un terreno que ya nunca abandonará, y que en la exaltación de la locura, al comienzo de su hundimiento espiritual, había de ser iluminado con una claridad aterradora. Hay frases del primer capítulo del libro que resultan inquietantes, como una visión del propio futuro[3]:

«Cantando y bailando, el hombre se manifiesta como miembro de una comunidad más alta: olvidó el andar y el hablar, y está a punto de alzar el vuelo al aire, bailando..., también en él resuena algo sobrenatural: se siente dios, él mismo camina ahora tan estático y erguido como vio en sueños caminar a los dioses.» ¡En tal éxtasis habría de encontrarlo Overbeck en enero de 1889 en Turín!

Partiendo de la metafísica schopenhaueriana, Nietzsche busca una posición alternativa y de recambio con respecto al cristianismo tal como él lo entendía, y la encuentra en el símbolo de Dionisos-Zagreo, en el mito del Dionisos despedazado, del despedazamiento del uno original en todos y cada uno de los destinos particulares, en el mundo de los fenómenos, a quien él considera la parte «apolínea». El uno primordial, el fundamento del ser —la «voluntad» de Schopenhauer— le resulta directamente vivenciable, y de hecho es vivido por él a través de la música, sobre todo la de Beethoven, y ahora también la de Wagner. Dice al respecto: «La música es... diferente a las demás artes por el hecho de que es una figura inmediata de la voluntad misma y representa por tanto, frente a todo lo físico del mundo, lo metafísico, frente a todo fenómeno, la cosa en sí. Según eso podría llamarse al mundo, tanto música encarnada, como voluntad encarnada.» En esto Nietzsche repite simplemente a Schopenhauer. (*Mundo como voluntad y representación*, libro III, capítulo 52.)

«A aquél que se entrega plenamente a la vivencia de una sinfonía le sucede como si viera descorrerse transitoriamente todas las cortinas de la vida y del mundo: sin embargo, al reflexionar, no puede encontrar semejanza alguna entre aquel juego tonal y las cosas que se le ocurrían.»

Una vez afirmada la disolución de la individuación en un fundamento general, la visión trágica intenta salir de él hacia una profusión inconmensurable de fenómenos constantemente renovados. Así surge, en la tragedia ática, de la tonada del coro, del espíritu de la música que representa lo dionisíaco general, la personalidad aislada, el héroe trágico, que, tal como aparecía en el escenario, marcha hacia la aniquilación, hacia la disolución, hacia el regreso al uno primordial. Sin ningún género de duda ya está aquí, en germen, el pensamiento posterior de Nietzsche sobre el «eterno retorno de lo mismo»; pero igualmente claro queda también su viraje contra la solución cristiana del problema por la promesa de una existencia posterior, eterna e individual, en otro mundo, en un mundo «mejor», y todo ello por la gracia de dios. Ya aquí interpreta Nietzsche el cristianismo del mismo modo en el que lo ataca 17 años más tarde en el *Anticristo*. Que la muerte haya de ser la expiación de una culpa hereditaria, del pecado original de Adán, le resulta algo totalmente inconcebible. Su padre había sido para él, y lo siguió siendo, uno de los hombres dignos del mayor respeto. Y ese respeto que le profesaba se resistía contra el hecho de que aquel hombre bueno y piadoso hubiera tenido que sufrir, como un castigo a sus «culpas» y pecados, una muerte temprana. Esa serie causal dogmático-cristiana ni podía ni era lógico que le resultara creíble. Todavía escribe en el *Ecce homo* (en el capítulo «Por qué soy tan listo»)[5]: «No alcancé nunca a comprender por qué tenía que ser "pecador..." "Dios", "inmortalidad del alma", "redención", "más allá", son todos ellos conceptos a los que no dediqué tiempo ni atención alguna, incluso cuando era niño.» Enfrentó a todo ello su visión trágico-dionisíaca, que más tarde había de formular como «inocencia del devenir». Aquí, en el *Nacimiento de la tragedia*, agudiza esa oposición contraponiendo la leyenda de Prometeo y el mito del pecado original[3], que además se convierten para él en el típico exponente ario (Prometeo) y semítico (pecado original), con lo que la temática del *Anticristo* (1888) aparece ya en germen.

Nietzsche concede un amplio espacio a la exposición de la decadencia de la tragedia a causa de la dialéctica que se introduce con Eurípides; y a la dialéctica, a su vez, la ve como un fenómeno de la época y como consecuencia de la confianza en la ciencia y del racionalismo predominante desde y por Sócrates. También *Sócrates*, en el trato que le da Nietzsche, es un símbolo de una potencia intelectual real con virtudes mágicas[3]: «Quien en los escritos plátonicos ha sentido, aunque nada más sea, un mínimo soplo de aquella divina ingenuidad y seguridad de la orientación vital socrática, siente también cómo el tremendo mecanismo impulsor del socratismo lógico está, por decirlo así, *detrás de* Sócrates, y cómo ha de ser mirado a través de Sócrates como si fuera a través de una sombra. Y que él mismo se daba cuenta de esto, es algo que se manifiesta en la digna gravedad con que por todas partes, e incluso ante sus jueces, hacía valer su vocación divina. Desmentírselo era en principio tan imposible como llamar bueno a un influjo anulador de los instintos, como era el suyo. En este conflicto imposible de solucionar... se ofrecía una única forma de veredicto: el destierro... Pero el que se le pronunciara sentencia de muerte y no sólo de destierro, es algo que parece el mismo Sócrates... haber impuesto... *El Sócrates moribundo* se convirtió en el nuevo ideal, jamás atisbado hasta entonces, de la noble juventud griega: y sobre todo,

un típico adolescente heleno, como era Platón, se rindió ante esa imagen con toda la ferviente dedicación de su alma entusiasta.»

Otra vez tiene Nietzsche una visión profética: también la ciencia —y por ciencia entiende él las ciencias naturales— topará con un último límite, también ella encontrará, en la investigación de los fenómenos aislados, al uno original, al último fundamento, al que ya no podrá explicar racionalmente; también ella desemboca en una *unio mystica* con Dionisos, como le había de suceder al camino de Nietzsche desde *Humano, demasiado humano* hasta las notas de la locura[3]: «En la persona de Sócrates... está verdaderamente... aquella creencia inconmovible de que el pensamiento, al hilo de la causalidad, llega hasta los más profundos abismos del ser, y de que el pensamiento no sólo es capaz de conocer al ser, sino incluso de *corregirlo*. Esta sublime ilusión metafísica se añade a la ciencia como un instinto y la lleva siempre, y siempre de nuevo, hasta sus límites, en los que ha de convertirse en arte: y de los que hay propiamente que prescindir en este mecanismo.»

«Con este pensamiento como antorcha contemplemos ahora a Sócrates: de este modo él nos aparece como el primero que pudo no sólo vivir de la mano de ese instinto científico, sino —lo que es mucho más— morir también; y por ello la imagen del *Sócrates moribundo*, como imagen del hombre liberado por el saber y por el raciocinio del temor a la muerte, es el escudo de armas que sobre el portalón de entrada de la ciencia recuerda a cada uno aquella determinación de hacer aparecer la existencia como algo comprensible y, con ello, justificado: claro está que para ello, cuando las razones no bastan, al final hay que usar también del *mito*, al que acabo de designar como consecuencia inevitable, e incluso como meta de la ciencia.»

Y el capítulo 17 comienza[3]: «También el arte dionisíaco quiere convencernos del eterno goce de la existencia: sólo que ese goce no hemos de buscarlo en los fenómenos, sino detrás de los fenómenos. Hemos de reconocer cómo todo aquello que aparece ha de estar dispuesto a una decadencia penosa, estamos obligados a mirar dentro de los horrores de la existencia individual, pero no hemos de quedar pasmados: un consuelo metafísico nos arrebata momentáneamente fuera del entramado de las figuras mudables. En cortos instantes somos realmente el ser primordial mismo y sentimos su indómito afán por la existencia y su gusto por ella: la lucha, el tormento, la aniquilación de los fenómenos, nos resulta ahora necesaria, dado el exceso de las innumerables formas de existencia que se empujan y chocan por vivir, dada la inmensa fecundidad de la voluntad del mundo... A pesar del temor y de la compasión somos los seres vivos felices, no como individuos, sino como el *uno* viviente en cuyo placer nos fundimos.» ¡Qué cerca está aquí Nietzsche del credo panteista, o del monismo incipiente, o mejor todavía de la física estoica!

Sólo el arte —y para Nietzsche en primer lugar el arte es la música— hace posible la existencia. Para comprender la vida de Nietzsche y su obra surgida «del espíritu de la música» hay que percibir en toda su intensidad el significado fundamental de la música para su disposición vital. El saca de esa fuente formas y contenidos, ella es para él una ampliación de la capacidad lógica. «Quizás haya un reino de la sabiduría del que está desterrado el lógico. Quizás sea el arte incluso un *correlativum* y un suplemento de la ciencia[3].»

Gérmenes de su futura obra

Bajo este punto de vista también resulta posible asignar a este su primer libro una posición dentro de la obra total que lo una orgánicamente a ella: se trata de una parte de la exposición de toda una construcción monumental, tal como en la música de su tiempo lo eran paralelamente del drama cíclico del *Anillo* en Wagner o los complejos temáticos de las sinfonías de Anton Bruckner.

En esta grandiosa exposición encontramos material temático para casi toda la obra posterior de Nietzsche. Ya nos hemos referido en parte a ello; de todos modos nuevas referencias serán útiles para ampliar el cuadro. En la página 29[3] ya está apuntado el tono fundamental de *Más allá del bien y del mal:* «Quien con otra religión en el corazón accede a estos olímpicos y busca en ellos altura moral, santidad, espiritualización incorpórea, miradas de amor piadosas, habrá de volverles pronto la espalda, de mal humor y decepcionado. Nada aquí hace recordar la ascesis, la espiritualidad y el deber: aquí nos habla sólo una existencia opulenta y triunfante, en la que todo lo dado se diviniza, da igual que sea malo o bueno.» Pero Nietzsche no volvió la espalda decepcionado, siguió exactamente el camino que ya ve aquí como alternativa. En el siguiente capítulo, el quinto, al describirnos a Arquíloco no hace otra cosa que descubrir su propia experiencia de la creación artística, de la que surgen sus muchos y variopintos apuntes, a partir de los que después da forma en poco tiempo a sus libros, eligiendo y puliendo, en una auténtica embriaguez de trabajo: «Por ello nuestra estética debe solucionar primero el problema de cómo el "lírico" es posible como artista: él que, según la experiencia de todas las épocas, siempre dice "yo" y nos canturrea la escala cromática entera de sus pasiones y deseos. Es así como este Arquíloco nos espanta, frente a Homero, con el grito de su odio y de su sarcasmo, con los ebrios arrebatos de sus apetitos... y ahora Apolo se le acerca y lo roza con el laurel. El encantamiento dionisíaco-musical del durmiente chisporrotea ahora, por decirlo así, en imágenes a su alrededor, en poesías líricas, que en su último estadio se llaman tragedias y ditirambos dramáticos.»

También el despreciable «último hombre» del *Zaratustra* y la alternativa de moral de señores-moral de esclavos, aparecen ya como tema en

el *Nacimiento de la tragedia* (cap. 11). «La frase del conocido epitafio "de viejo, atolondrado y grillado" vale también para el helenismo senil... El quinto estamento, el del esclavo es el que domina ahora, al menos en lo que respecta al estado de ánimo: y si es lícito hablar todavía de "jovialidad griega", se trata de la jovialidad del esclavo, que no sabe responsabilizarse de nada serio, ni ambicionar nada grande, ni tener algo pasado o futuro en más aprecio que lo presente. Esta ilusión de la "jovialidad griega" fue la que tanto indignó a las naturalezas profundas y temibles de los primeros cuatro siglos del cristianismo... Y a su influencia hay que achacar el que durante siglos la visión de la antigüedad griega mantuviera, con una tenacidad casi invencible, aquel color rojo pálido de la jovialidad, como si nunca hubiera existido un siglo sexto, con su nacimiento de la tragedia, sus misterios, su Pitágoras y su Heráclito; sí, como si no se contara con las obras de arte de aquella gran época, todas y cada una de las cuales no pueden explicarse en modo alguno desde ese goce por la existencia y esa jovialidad seniles y esclavos, y que remiten a una consideración completamente distinta del mundo como fundamento de su existencia.»

Nietzsche ve un paralelo de esta cultura helénica, vulgarizada en una «moral de esclavos» de la jovialidad, en su propio tiempo, que él considera heredero y continuación del «socratismo» y de la superstición científica: «¡No se puede ignorar lo que hay oculto en el seno de esa cultura socrática! ¡Un optimismo desbordante! ¡No hay que asustarse entonces si los frutos de ese optimismo maduran, si la sociedad, desazonada hasta sus ínfimos estamentos por una cultura así, va estremeciéndose poco a poco bajo grandes agitaciones y demandas, si la creencia en la felicidad terrena de todos, si la creencia en la posibilidad de una cultura generalizada, poco a poco va convirtiéndose en la amenazante exigencia de una felicidad terrena alejandrina, en el conjuro a un *deux ex machina* euripideico! Téngase en cuenta: la cultura alejandrina necesita esclavos para mantenerse duraderamente: pero, en su consideración optimista de la existencia, niega la necesidad de tal esclavitud y, cuando pasa el efecto de sus bellas palabras seductoras y tranquilizadoras sobre la "dignidad del hombre" o la "dignidad del trabajo", se va acercando poco a poco a una aniquilación terrible. No hay cosa más horrible que un bárbaro estamento de esclavos que ha aprendido a considerar su existencia como injusta y que se dispone a vengarse no sólo por sí, sino por todas las generaciones... Mientras que la catástrofe que dormita en el seno de la cultura teórica comienza a asustar poco a poco al hombre moderno... grandes naturalezas, interesadas en el bien común, han sabido usar con una prudencia increíble las armas de la misma ciencia para exponer los límites y la relatividad del conocimiento en general, y para negar decididamente la pretensión de la ciencia de una validez y de unos fines universales... La enorme valentía y sabiduría de Kant y Schopenhauer consiguieron la mayor victoria, la victoria sobre

el optimismo oculto en la esencia de la lógica y que es a su vez el subsuelo de nuestra cultura[3].» Con ello Nietzsche también toma partido ya decididamente en contra de los socialistas y de Karl Marx, a quienes nunca nombrará expresamente.

Por su profesión en contra del hedonismo socialista —que exactamente 10 años más tarde volvería a tomar forma en el mito del *Zaratustra*— Nietzsche se aproxima a Bachofen. Pero aquí y ahora está todavía dispuesto a soportar el progreso sin trabas de ese «socratismo» como una culpa colectiva, tal como escribe a Gersdorff el 21 de junio de 1871, cuatro semanas después del incendio de las Tullerías durante el levantamiento de la comuna de París: «Pasada la contienda entre las naciones nos ha asustado esa cabeza de hidra internacional, que de improviso apareció tan terriblemente, como anuncio de luchas futuras totalmente diferentes. Si pudiéramos hablar personalmente al respecto, convendríamos en cómo precisamente en ese fenómeno de nuestra vida moderna, toda la vieja europa cristiana y su estado, pero sobre todo la "civilización" románica que ahora impera por doquier, descubre el enorme mal que aqueja a nuestro mundo: en cómo todos nosotros, juntamente con todo nuestro pasado, *somos culpables* de horrores tales como los que suceden: de modo que hemos de apartarnos de imputar, con alto aprecio de nosotros mismos, el delito solamente a aquel infeliz... Cuando me enteré del incendio parisino, durante muchos días estuve totalmente anonadado y deshecho en lágrimas y dudas: toda la existencia científica y artístico-filosófica me pareció un absurdo, por cuando un único día podía exterminar magníficas obras de arte, sí, incluso períodos enteros del arte; me aferraba con grave convicción al valor metafísico del arte, que, a causa de la miseria humana, no puede estar ahí, sino que ha de cumplir otras misiones más altas. ¡Pero incluso en los momentos de extremo dolor no me sentía capaz de arrojar una piedra contra aquellos malhechores, que sólo eran para mí los exponentes de una culpa común sobre la que hay mucho que pensar!»

Pero todavía abriga una esperanza firme en una superación del optimismo y de su aparición en forma de «civilización», que se ofrece como una organización general de la existencia, meramente superficial y agradable, sin un contenido más profundo; y esta esperanza se funda en la filosofía *y* en la música: «Recordémonos luego de cómo sólo a través de Kant y Schopenhauer le fue posible al espíritu de la filosofía alemana, que provenía de las mismas fuentes, aniquilar el satisfecho placer de existir del socratismo científico, por medio de la demarcación de sus límites; de cómo, por medio de esa demarcación, se introdujo una consideración infinitamente más profunda y seria de las cuestiones éticas y del arte, a la cual podemos designar auténticamente como la sabiduría dionisíaca expresada en conceptos: ¿a dónde nos remite el *misterium* de esa unidad entre la música alemana y la filosofía alemana, si no es a una nueva forma de existencia, sobre cuyo contenido sólo podemos instruirnos en base a analogías

helénicas? Puesto que el arquetipo helénico conserva ese valor inconmensurable para nosotros, que estamos en la línea de demarcación entre dos formas de existencia[3].»

«Vivir en la línea de demarcación entre dos eras» es el lema bajo el cual va a colocar sus escritos posteriores; es uno de sus motivos fundamentales. Desde la novena sinfonía de Beethoven, uno de los elementos formales que se repiten siempre en la sinfónica consiste en recurrir, sobre todo en el final, por reminiscencias a pasajes anteriores. La «técnica de motivos fundamentales» de Wagner, hizo aprovechable para la ópera este elemento de ligazón. Creemos que este modo de creación, nacido del espíritu de la música, es también operante en la obra filosófica de Nietzsche.

La primera obra de Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia desde el espíritu de la música*, ofrece en la historia externa de su desarrollo, y sobre todo en la interna, perspectivas esenciales tanto hacia atrás como hacia adelante. Es evidente en ella, por una parte, el significado de vivencias e influjos anteriores, y, por otra, la obra posee un marcado carácter expositivo.

Biográficamente, a la base está el trauma anímico que el joven Nietzsche experimentó por la temprana muerte de su padre y con el que empezó el aislamiento de aquel muchacho de grave índole. También el temprano alejamiento del cristianismo está fundado en el tiempo y el destino. De la mano de sus composiciones musicales podemos suponer que su abandono tuvo lugar en los meses posteriores a la confirmación; el contenido de esas composiciones hasta entonces, eran en su mayoría temas religiosos; pero hay que considerarlas como fracasos. Es del todo posible que por naturaleza le faltara en gran medida la dimensión del «creyente» y que la intentara adquirir engañosamente desde la estética, por medio de la obra musical. Pero esto no dio resultado; la música —la composición propia— no le dio acceso a la religión cristiana, ni a la actitud del «creyente» que ella exige. Sin embargo, su afinidad entusiasta con la música es un fermento que agita toda su obra. Si esto no hubiera sido así hasta ese punto, Wagner y su música no se hubieran convertido en su destino del modo en que lo hicieron. Nietzsche mismo tuvo una conciencia clara de su debilidad por la música. Todavía en 1887 había de escribir al famoso director de orquesta Hermann Levi que nunca había existido un filósofo que «fuera músico en el grado y hasta el punto» en que él lo era.

Buscó un sustitutivo para su cristianismo no asimilado, pero —como la mayoría de sus contemporáneos— no lo encontró en el racionalismo ni en el optimismo. Acudió a algo más antiguo, al mito griego, y en esa empresa fue seguramente estimulado por el método y los resultados de J. J. Bachofen y por la excitante estampa de los griegos que hiciera Jacob Burckhardt (cuya *Historia de la cultura griega* nació entonces como curso universitario[64]). La visión pesimista de Burckhardt del modo de ser griego impresionó profundamente a Nietzsche, dado que correspondía a su propia índole grave y apasionada. Lo impulsó a aclarar el fenómeno más enigmático de la Antigüedad, el origen de la tragedia. Al hacerlo, Dionisos se le convirtió en el símbolo y en la alternativa metafísica a su perdido cristianismo —y así permaneció hasta en los mismos días de su derrumbamiento espiritual.

Además, en la filosofía de Schopenhauer se le ofreció una nueva posibilidad de entendimiento, y Nietzsche no dudó en plantear desde esta base su diálogo con la Antigüedad. Aunque sus pensamientos y su obra experimentaron el último retoque a través de la personalidad de Richard Wagner. Con él, para él, más tarde contra él, dirigió Nietzsche desde entonces su coloquio. En diálogo con Wagner comienza y termina la obra vital de Friedrich Nietzsche. *El nacimiento de la tragedia desde el espíritu de la música* es el primer fruto —y el único dulce— de este diálogo que domina todo el resto de la vida de Nietzsche y que había de tener un final cruel en el otoño de 1888 en los vehementes ataques al recién fallecido Wagner.

Capítulo 10
EL VIRAJE DECISIVO (1872)

El primer ataque (Cinco conferencias «Sobre el porvenir de nuestros centros de enseñanza»)

Algo que contribuyó en no menor medida al encanto especial de su primer libro, *El nacimiento de la tragedia*, fue la ausencia de polémicas concretas. El tono fundamental es encomiástico. A su lado las invectivas contra los «alejandrinos» quedan en un segundo plano. Seguramente Nietzsche consideró este libro como un ataque, especialmente a los métodos de crítica textual historizantes de la filología de entonces; pero no se dirige desmelenado contra los atacados, sino que intenta iluminar en grandiosos cuadros el paisaje en el que las nuevas posibilidades de conocimiento y de juicio de la ciencia deben abrirse para su avance.

Otra cosa totalmente diferente sucede con las conferencias *Sobre el porvenir de nuestros centros de enseñanza*, cuya oportunidad le vino de la «Sociedad Académica Voluntaria» en el marco de sus actos de vulgarización científica en el aula del museo (el 16 de enero, el 6 y el 27 de febrero, el 5 y el 23 de marzo de 1872). Con estas conferencias Nietzsche toma definitivamente el derrotero en el que lo habremos de ver hasta el final.

Ya cuando *El nacimiento de la tragedia*, había ofrecido el manuscrito al editor antes de que estuviera terminado. Ahora anuncia seis conferencias sin contar con un plan prefijado ni con un desarrollo en detalle. Hay incluso apuntes para una séptima conferencia que, al igual que la sexta, no tuvo lugar. También faltó una elaboración seriamente planteada del libro. Y es que Nietzsche nunca acaba nada fundamentalmente, y todos sus libros, sus conferencias y notas, mientras más extensas, más se manifiestan como partes, como trozos casualmente formulados de un diálogo mantenido ininterrumpidamente, que aquí incluso adquiere clarísimamente

esa contextura. Se palpa el modelo del diálogo platónico: un montaje escénico introductorio y oportunamente contextuado; como interlocutor principal un viejo filósofo, un «Sócrates», que dice todo lo que a él, Nietzsche, le parece correcto. *El* es ya aquí el «viejo filósofo», tal como se denominará en pocos años —siendo relativamente joven— al firmar sus cartas, que de hecho nunca fue; nunca llegó a la serenidad filosófica que da la edad, fue siempre el luchador apasionado que combate con el arma de la acerada expresión lingüística. En estas conferencias se presenta con sus reivindicaciones crítico-culturales, que también contienen una buena dosis de crítica social.

Otro rasgo típico suyo es el empeño en lo biográfico, a lo que trata sin embargo muy libremente.

La «actividad colectiva» ofrece una imagen aparentemente sacada de la vida[4]: «Coloquémonos en medio de la situación de un estudiante joven... En esta situación viví, junto con un amigo de la misma edad, un año en la universidad de Bonn am Rhein... Tenía en común con mi amigo numerosos recuerdos de un período anterior de nuestra vida, de nuestro tiempo del instituto... Junto con aquel amigo, en el curso de un viaje por el Rin que habíamos hecho a finales del verano, ideé un plan casi al mismo tiempo y en el mismo lugar —y sin embargo cada uno por su cuenta—, de modo que precisamente por esa extraña coincidencia nos sentimos obligados a llevarlo a cabo. Decidimos crear entonces una pequeña asociación con pocos camaradas, con el propósito de encontrar una organización firme y requisitoria para nuestras inclinaciones creativas en el campo del arte y de la literatura... y el éxito fue realmente tal que nos vimos obligados a conservar un sentimiento respetuoso por aquel momento y aquel lugar que nos habían inspirado aquella ocurrencia.

»Pronto se encontró la forma correcta para tal sentimiento al obligarnos mutuamente, si era posible, a visitar todos los años en ese día aquel lugar solitario en el Rolandseck, en el que, a finales del verano, sentados uno al lado del otro, de repente nos sentimos entusiasmados por la misma resolución... No nos resultó fácil: pues precisamente ese día la numerosa y alegre asociación estudiantil, que nos impedía volar, nos dio mucho que hacer, y tiró con todas sus fuerzas de los hilos que nos podían retener. Nuestra asociación había decidido para entonces una gran excursión festiva al Rolandseck para volver a asegurarse al final del semestre de verano de todos sus miembros y enviarlos después a casa con los mejores recuerdos de despedida.

»Era uno de esos días perfectos que, al menos en nuestro clima, sólo se dan en esa época de fines de verano: cielo y tierra al unísono, derramando plácidamente una mezcla maravillosa de calor solar, frescor de otoño y azul infinitud.»

Esta fundación tan festiva del tiempo del instituto se trata sin duda alguna de la «Germania». Pero ésta no fue creada durante un viaje por

el Rin y en el Rolandseck, cerca de Bonn, sino en el Schönburg, en el Saale cerca de Naumburg; y no en los otoñales finales de verano, sino en pleno verano, el 25 de julio de 1860; y finalmente, ninguno de sus miembros —los amigos Krug y Pinder— fue compañero en Bonn. Pero además, tampoco el propio Nietzsche pasó el final del verano en Bonn; dejó la ciudad el 9 de agosto de 1865; del mismo modo, su primer viaje por el Rin no data del tiempo del instituto, sino del paso a la universidad, en octubre de 1864.

A continuación viene la descripción de una alegre competición de tiro a pistola con su amigo, pero también esto es una invención de su poética fantasía, puesto que con seguridad a Nietzsche le estaba prohibida tal diversión, dada su extrema miopía. A pesar de ello estas excursiones actúan como auténticas experiencias vitales.

Las tesis expuestas, en cambio, son tan claras y definidas, como poco auténtico y verdadero lo biográfico. Propiamente Nietzsche como orador estaba sobre una tribuna equivocada, ante un auditorio equivocadamente elegido; él era consciente de ello, puesto que desde el comienzo ha de decir que con «nuestros» centros de enseñanza no se refiere a los de Basilea, sino a los alemanes, y especialmente al gimnasio prusiano. A pesar de ello tuvo un público muy numeroso, que le permaneció fiel a lo largo de las cinco conferencias. El aula del museo se llenaba cada vez con unos seguidores que escuchaban expectantes. El día antes de su quinta conferencia (el 22 de marzo de 1872) escribía Nietzsche a su editor Fritzsch: «Este invierno he dado... seis conferencias públicas... Cada vez tuve aproximadamente 300 oyentes: desde los lados más diferentes se me ha exhortado a imprimir estas alocuciones. Y también yo tengo gran interés en que se impriman bien y bellamente.»

Este es uno de los ejemplos que muestran con qué cuidado hay que usar los testimonios precisos que aporta Nietzsche: ya antes de la quinta conferencia ofrece al editor el texto de seis, como si todas ellas hubieran tenido lugar y su texto estuviera listo para la impresión.

Aunque el ataque iba dirigido al instituto prusiano y por tanto sólo interesaba indirectamente al público de Basilea, tuvo seguidores de amplios círculos (según Jacob Burckhardt, en aquel semestre había 168 estudiantes en total en todas las facultades, cosa que considera como un nuevo record), debido ante todo a la magia de su personalidad. Nada menos que Jacob Burckhardt escribe sobre ello el 21 de abril de 1872 a Arnold von Salis[61]: «El señor Beck le informará exactamente sobre las conferencias de Nietzsche; nos debe todavía la última, de la que esperamos alguna solución para las cuestiones y las quejas tan audaz y seriamente planteadas; pero se ha tomado entretanto diez días de reposo en la región de Vaud. ¡Tenía que haber oído las cosas que dijo! A veces resultó encantador, pero luego volvía a escucharse una profunda tristeza; y todavía no alcanzo a ver cómo se arreglarían los auditores *humanissimi* para aceptar

con tranquilidad el asunto. Pero de algo se estaba seguro: allí había un hombre de gran temple, que lo conoce todo de primera mano y lo comunica.»

Veamos en primer lugar la ética de una aristocracia intelectual que Nietzsche expone en esas conferencias: todo esfuerzo formativo debe estar supeditado a la dirección de un genio, y sólo sirve a su vez para la producción de un genio. Como medio correctivo recomienda sobre todo un estricto adiestramiento en el uso de la lengua materna siguiendo a los clásicos alemanes. Con fuertes invectivas contra una generalización y extensión de la «formación», se enfrenta en solitario, y con la causa ya perdida de antemano, contra las corrientes principales que ya existían en su tiempo y que en nuestro siglo XX habrían de imponerse rotundamente. En las notas para la primera conferencia encontramos el siguiente pasaje[1]: «La formación general no es más que la antesala del comunismo: de ese modo la formación se debilita hasta el punto de que ya no puede conceder privilegio alguno. Ella es, al menos, un medio contra el comunismo. La formación general, es decir la barbarie, es justamente la condición previa para el comunismo. La formación "adecuada a la época" llega al extremo de formación "adecuada al instante": es decir, a burda captación del provecho momentáneo. De principio sólo se ve en la formación algo que trae provecho, de modo que pronto lo que trae provecho se confunde con la formación.»

Se vuelve contra el influjo del mercantilismo de la época y del interés estatal en los planes de estudio y en la demarcación de los objetivos del gimnasio; frente a ello resalta la escuela real, que promete honradamente trasmitir conocimientos útiles, prácticamente aplicables, pero desde luego no «formación».

¿Y qué ha de suceder con el instituto? Es precisamente a esta pregunta a la que no responde con precisión; evita aquí el decidirse; fracasa en esta tarea, como fracasará siempre que tenga que dar una respuesta positiva, y como finalmente quedará deudor nuestro de su «obra filosófica fundamental», que promete durante años y cuya redacción emprende varias veces. Posiblemente tenía, respecto a esta formación, una idea muy influida por su experiencia de «Tribschen»; esencialmente se trataría de una formación estética, de un cultivo de los juicios de gusto. En esa dirección apunta 16 años más tarde un párrafo del *Ecce Homo* escrito en consideración retrospectiva de estos años[5]: «Los pocos casos de buena formación que encontré en Alemania eran de procedencia francesa; sobre todo Cosima Wagner, la primera voz con mucho en cuestiones de gusto que yo he oído.»

Pero interrumpe su serie de conferencias al acabar la parte crítica; va con su colega de medicina Immermann al lago de Ginebra, y desde allí a Tribschen a despedirse. Tampoco continúa interesándose por la proyectada publicación de las conferencias.

Disposición a la soledad

A partir de ahora surgirá una obra tras otra, y todas ellas ofrecerán la misma imagen: se plantean problemas; situaciones y creencias son vistas de improviso como nuevos problemas; convertidas en palpitante actualidad, distendidas en toda su incertidumbre en la conciencia, pero nunca encuentran el reposo de una solución, son abandonadas a la solución de la libertad del genio, del espíritu soberano, que es capaz de ser a la vez legislador y juez. Nietzsche ya es consciente entonces de que tal genio filosófico —puesto que se trata de este tipo de genio— está condenado por su libertad singular a la soledad. Ya en la primera conferencia se encuentra esta consideración trágica[4]: «¿Hablas con menosprecio sobre la tarea del profesor? ¿Y quieres después llevar una vida solitaria distanciado enemistosamente de la masa...? ¿Crees poder alcanzar de un salto, de repente, lo que yo hube de conseguir al final, tras una larga y enconada lucha por poder siquiera vivir como filósofo? ¿Y no temes que la soledad se vengue de ti? ¡Intenta ser un ermitaño de la formación; hay que tener una riqueza extraordinaria para poder vivir dándose a todos! ¡Extraños jóvenes! ¡Siempre creen tener que imitar justamente lo más difícil y lo más elevado, aquello que sólo ha conseguido el maestro: mientras que lo que debían saber es lo difícil y peligroso que esto resulta y cuántos excelentes talentos podían perecer en el intento!»

¡Si no fuera porque el ropaje estilístico lo impide, estaría uno tentado de buscar este texto en el *Zaratustra!*

La soledad es pues una prerrogativa del gran profesor ——del filósofo—; pero no una prerrogativa en el sentido de una ventaja, sino como una carga especialmente pesada. El trágico privilegio de los fuertes es soportar los lotes más pesados. Desde ahora Nietzsche coloca vida y obra bajo esta divisa mantenida por sometimiento al destino y orgullo por la propia valía. A los alumnos y a los legos eso les está prohibido, podrían convertirse sólo en víctimas absurdas. También en el propio Nietzsche germina el pensamiento de la «víctima», pero él ve en su entrega una víctima con sentido. Esta es la «profunda tristeza» que Jacob Burckhardt, quizá el único entre los oyentes, escuchó compasivo y comprensivo.

Nietzsche muy pronto habría de experimentar dolorosamente que también a él se le exigía de hecho esa ofrenda de la soledad. Por el momento, sin embargo, gozaba todavía de reconocimiento y de éxito; no tomó en serio las primeras voces críticas contra su libro *El nacimiento de la tragedia.* Todavía durante pocos meses le estaba permitido disfrutar el lado bueno de la vida. La sociedad distinguida de Basilea, la que más lejos hubiera debido estar de él, le mimaba auténticamente con atenciones e invitaciones. Pero también de fuera le llovían las manifestaciones de simpatía. Por eso podía escribir a casa todavía el 12 de marzo de 1872: «Llegan muchas cartas agradables, por ejemplo, entre otras, una de Gustav Krug... La ministro Schleinitz ha escrito muy amablemente, Franz Liszt de modo magnífico. Y así sucesivamente. Aquí hubo múltiples reuniones sociales... Recientes invitaciones de los Stähelin-Brunner, de los Bachofen, del presidente Thurneysen.» Ya el 14 de febrero informaba: «Aquí he recibido y aceptado invitaciones de los Burckhardt-Heusler, de los Vischer-Sarasin, de los Thurneysen: ayer tuvo lugar el baile en casa de la señora Bischoff-Fürstenberger: no fui a causa de un gran catarro y resfriado.» Y el 29 de enero: «Ayer estuve en nuestro concierto del casino y acompañé a la señora Bachofen, cuyo esposo está enfermo. Por la mañana recibí la visita de Binding, de Freiburg (que ahora se traslada a Estrasburgo), y de Liebermeister, de Tubinga. Anteayer por la tarde estuvimos en casa de los Hoffmann: reunión masculina.»

El profesor de medicina Liebermeister, a cuyo certificado debía Nietzsche sus vacaciones en Lugano el año anterior, había salido de su entorno próximo, puesto que entretanto había dejado su puesto de Basilea y se había trasladado a Tubinga. Su sucesor fue Hermann Immermann, que sólo tenía 33 años, a quien pronto se dirigió Nietzsche como paciente, pero a quien además se aproximó muy rápido personalmente, y en quien encontró un consejero médico amigo. Immermann fue uno de aquellos estudiosos inmigrados que permaneció fiel a sus pacientes y a Basilea; ejerció allí hasta su muerte, en 1899[56].

La propuesta para Greifswald

El comienzo del año 1872 le deparó a Nietzsche un nuevo reconocimiento científico, poco antes del anatema que le lanzaron los mejores en su disciplina: la antigua y honorable universidad de la pequeña ciudad hanseática de Greifswald, en Pomerania, fundada en 1456 —cinco años, por tanto, anterior a la de Basilea—, dirigió sus miradas al joven filólogo de éxito tan sorprendentemente temprano. ¡Qué tentación tuvo que ser trasladarse cerca de Erwin Rohde, el amigo de quien tan dolorosamente se veía privado, y que estaba establecido como docente privado en Kiel! Pero Nietzsche rehusó sin largas cavilaciones, igual que hizo Jacob Burckhardt por el mismo tiempo con una propuesta de Berlín como sucesor de Ranke. Y sin embargo había una gran diferencia: Jacob Burckhardt la rechazó por fidelidad, por una compenetración íntima con «su» universidad, con Basilea. El caso de Nietzsche era completamente diferente. En primer lugar, Greifswald no podía ofrecer ningún «Tribschen» (y de Bayreuth quedaba al menos tan lejos como Basilea), ni tampoco ningún Jacob Burckhardt. Pero más esenciales para la negativa fueron los planes que Nietzsche sólo muy quedamente insinúa en la carta del 31 de enero a la madre y a la hermana: «Con Greifswald, es decir con no-Greifswald, me parece que os he alegrado. ¡Ah, no veais tanto en una tal decisión,

y en cualquier caso ninguna preocupación por mi comodidad! Si algún día cuento los auténticos motivos no os agradarían nada en absoluto. Soy tan poco ambicioso en este asunto de la "carrera académica": y si en algo fuera ambicioso, sería en cosas que quizá sólo proporcionen escarnio, mofa y ningún dinero... Lo único que hay que pensar es lo que puede ofrecer un lugar: una persona amiga y una consideración honrosa... Y eso lo tengo en Basilea.» ¿Pero qué podía significar todavía para él Basilea, después del inminente traslado de los Wagner de Tribschen a Bayreuth? Nietzsche alimentaba un plan de ensueño, para el que además tropezó con un estricto rechazo por parte de Wagner, a quien había comunicado sus pensamientos a su paso por Basilea el 24 de enero, y también por parte de Cosima: quería dejar la cátedra y ponerse a disposición de la empresa de Bayreuth. Incluso después de que Wagner y Cosima no hubieran querido ni podido aceptar este sacrificio, y después de haberlo expresado además inequívocamente, seguía abrigando tales pensamientos y se construyó una nueva —y a la vez vieja— combinación, que finalmente expuso a Rohde el 11 de abril: «Medito sobre el modo en que tú para el próximo otoño podrías hacerte cargo, con todos los honores y emolumentos, como mi sucesor cabal, de mi cátedra de Basilea. Yo por mi parte quiero el próximo invierno viajar por la patria alemana, a saber, invitado por la asociación Wagner... para dar conferencias sobre los festivales de los Nibelungos; cada uno debe hacer lo que es su obligación, y, en casos de colisión, lo que es *más* su obligación. Una vez que me haya apartado de ese modo durante un invierno de la universidad, usaré seguramente del *vacuum* ya iniciado para viajar al sur por un período de dos años. Para los fines de esta empresa abandono mi puesto aquí, de modo que tú te conviertes en cualquier caso en mi sucesor... Yo por mi parte pienso poder sobrevivir durante dos años y medio con el último resto de mi capital, quizá 2.000 táleros; y lo que suceda después, Dios lo sabe, y a mí en principio no me interesa. ¡Un bienestar celestial éste de irse al sur *no* como pensionado, *no* con la mirada vuelta hacia un ministerio imperial!»

Antes ya había enviado con un escrito de recomendación a cuatro de sus estudiantes más dotados a Ritschl para continuar estudios en Leipzig.

De todo esto no se sabía nada en Basilea. Se creía poder ver en su renuncia a Greifswald un acto de fidelidad a Basilea, y los estudiantes, en agradecimiento, quisieron dedicarle un desfile de antorchas. Pero Nietzsche rehusó enérgicamente: sabía perfectamente que esa manifestación de agradecimiento se hubiera convertido para él en una farsa penosa. De todos modos vivía en una desventurada escisión interna que no debía ser encima acrecentada exteriormente. Sus ideas, sus planes, todavía en ese momento —mitad de enero—, ni siquiera se los había contado a Richard Wagner, pero no por eso se sentía más despreocupado con respecto a ellos. Las autoridades tomaron el acontecimiento como motivo para una nueva subida de sueldo de 500 francos —el sueldo quedó en 4.000 francos—, con la que Nietzsche en la escala de ingresos se aproximó a su rival filosófico Eucken.

Entre Wagner y Mendelssohn

Una alegría más despreocupada hubo de causarle a Nietzsche la visita de Hans von Bülow el 27 de marzo en Basilea. Este primer contacto personal con esta noble persona y buen músico había de resultar significativo en sus consecuencias. Bülow pasaba por un admirador entusiasta y por uno de los más capacitados promotores, como director de orquesta, de la obra artística de Wagner —y precisamente ante este maestro suyo tuvo él que perder a su íntimamente amada esposa Cosima. También él, a su modo, por esa experiencia trágica, era uno de los «elegidos» del destino, una naturaleza profundamente grave. Le había entusiasmado el libro de Nietzsche *El nacimiento de la tragedia*, y venía ahora a expresar sus respetos al joven autor. Pero no llegó con las manos vacías. En las «horas perdidas» que pasó en Italia en la miseria de su sino había acudido a la obra pesimista de Leopardi, que tradujo al alemán. Con la pregunta a Nietzsche de si le permitía dedicarle esa traducción le acercó a una obra y a un mundo de pensamientos que habrían de ejercer sobre él una influencia duradera.

A comienzos de año se le ofreció a Nietzsche una posibilidad real de interrumpir para el tiempo de Pascua el profesorado de Basilea que le resultaba tan molesto. Volvió a desperdiciarla e incluso la comentó maliciosamente.

Karl Mendelssohn-Bartholdy, nacido en 1838, el hijo mayor del compositor, historiador, profesor en la cercana Friburgo de Brisgovia, le propuso un viaje juntos por Grecia. Nietzsche informa de ello por primera vez en la carta del 4 de febrero a Carl von Gersdorff, y el 14 de febrero a casa: «Para los meses de marzo y abril tenía una invitación muy apremiante y amistosa para Grecia (Atenas, Creta, Naxos) de un conocido que es muy rico y a quien le gustaría estar conmigo. La rechacé porque tengo que dar hasta fines de marzo mis conferencias *Sobre los centros de enseñanza*, que me he tomado en serio. Quizá os riáis si os digo que ese conocido es el hijo de Félix Mendelssohn.»

¡Qué poco sincero! De todos modos abandonó las conferencias (la quinta tuvo lugar el 23 de marzo, una semana antes de Pascua) y el 16 de abril se fue con el profesor Immermann —a quien además le unía el amigo de juventud Wilhelm Pinder— una semana a Vernex, cerca de Montreux, en el lago de Ginebra, después de haber pasado en Tribschen la Pascua, a donde volvió desde Vernex —por última vez y para la despedida definitiva. El motivo era el siguiente: la incompatibilidad entre Mendelssohn y Wagner (quien, por cierto, compuso contra Mendelssohn y Meyerbeer el escrito sobre *El judaísmo en la música*). Lo deja entrever con el «Quizá os riáis si os digo...». Llega a explicarse más claramente después de haber

adquirido alguna distancia temporal: el 23 de septiembre escribe al director de orquesta ginebrino Hugo von Senger: «... que... varias veces he estado próximo a la seducción de un viaje a Grecia. Todavía esta primavera fui invitado... a un viaje así al país de la nostalgia. Quien me invitó fue el hijo de Félix Mendelssohn-Bartholdy. Le puedo decir ahora que el mismo libro que me ha valido su simpatía, me obligó entonces a rechazar tal oferta. Pues desde aquel libro se me ha hecho imposible soportar juntos aquella que llamamos *nuestra* Hélade y los recuerdos de *Antígona* mendelssohnianos.» ¡Los coros de *Antígona* de Félix Mendelssohn (opus 55) le impidieron viajar con el hijo del compositor por la anhelada Grecia! Qué poco sincero también en esto. Lo que temía era más bien que Wagner pudiera tomar a mal un declarado acercamiento por parte suya a un hombre de ascendiente judío —y hay que tener en cuenta además que el propio Wagner no fue tan consecuentemente antijudío. Pero Nietzsche tuvo la satisfacción de conseguir el asentimiento de la «maestra», quien le había escrito el 9 de febrero: «¡Pero el hijo de Félix! Resulta en verdad curioso; creo saber qué decisión tomará usted, y le doy la razón.» Y a pesar de ello ese profesor Mendelssohn importaba algo a Nietzsche, quien le contaba entre sus buenos conocidos, ya que si no, en la polémica filológica con Wilamowitz, no hubiera podido el 2 de agosto pedir a su amigo Rohde: «A menudo y con insistencia he recordado tu nombre a mis conocidos de Friburgo. Pero, por favor, envía al profesor Schönberg y al profesor Mendelssohn tu escrito sobre Wilamowitz.»

De hecho ¡la posición de Nietzsche en la órbita de Wagner y de su fascinación por Cosima no era sencilla!

Tanto más por eso las últimas visitas a Tribschen hubieron de verse agitadas por la dulce melancolía de la próxima despedida. Después de que Nietzsche hubiera ejecutado su composición el 20 de enero, el día siguiente «se dedicó al 2.º acto del *Crepúsculo de los dioses*», y Cosima añade[258]: «Nuestro amigo nos es muy caro.» El domingo 18 de febrero, al volver ella de un paseo en coche, es «sorprendida por la visita del profesor Nietzsche, a quien Richard cuenta su experiencia del viaje». (Hasta ahora no había ninguna referencia de esta visita.) El domingo por la mañana toca Wagner «a nuestro amigo la primera escena, y eso le sienta tan mal» (probablemente a Wagner, a causa del esfuerzo) «que durante todo el día no puede comer nada... A pesar de ello se discute mucho la reforma de los centros de enseñanza[258].» Por última vez pasa Nietzsche con Wagner en Tribschen los días de Pascua. Llega el Jueves Santo, 28 de marzo. Ha conversado mucho con Hans von Bülow en Basilea y trae de parte de éste una pieza de 100 francos para su hijita Lulu. El domingo de Pascua, 31 de marzo, oculta con Cosima en el jardín los huevos de Pascua. «El ambiente es alegre y distendido. Por la tarde toco música con el profesor Nietzsche», consigna Cosima: «tocan el piano a cuatro manos, quizá también la *Noche de San Silvestre*».

Para Wagner la despedida de Tribschen no significa un final, sino la salida hacia la consumación y el apogeo de la obra de su vida. Para Nietzsche ello fue un final, al que se añadió un viraje en su vida. El 25 de abril de 1872 comenzaron los acontecimientos que ola tras ola habían de arrancarlo en poco tiempo de cualquier amarra. Antes de ello, sin embargo, informa complacido a su madre sobre los días de Pascua, los huevos, y le hace este encargo: «Encárgame al honorable sastre un frack, un auténtico *frack modelo*... Además un elegante pantalón gris claro para el verano.»

De Tribschen a Bayreuth

Richard Wagner ya había abandonado definitivamente Tribschen el 22 de abril. Cuando el 25 llegó Nietzsche de Montreux y se quedó hasta el 27, sólamente estaba allí Cosima con los niños y los sirvientes. También ahora intenta distraerla con música. Viernes 26 de abril: «Por la tarde algo de música, el profesor Nietzsche toca para mí», anota Cosima[258]. Ya pocos días después, el 30 de abril de 1872, se queja Nietzsche en carta a Rohde: «¡Hoy ha acabado Tribschen! Como entre ruinas, pasé allí todavía un par de días melancólicos», y el 1 de mayo a Carl von Gersdorff: «El sábado pasado tuvo lugar la triste y conmovedora despedida de Tribschen. Tribschen ya ha desaparecido: deambulábamos entre ruinas, había emoción por todas partes, en el aire, en las nubes, el perro no comía, cuando uno hablaba con la familia de servidores rompían éstos en continuos sollozos. Empaquetamos los manuscritos, las cartas y los libros —¡Ah, qué desconsolado era! ¡Cuánto significan para mí estos tres años que pasé en las cercanías de Tribschen, en los cuales fui allí 23 veces de visita! ¡Qué sería yo si me faltaran! Estoy contento de haberme petrificado a mí mismo en mi libro aquel mundo de Tribschen.»

La «isla de los bienaventurados» se deshizo en la nada. Siguiendo las pautas de aquella extraordinaria existencia de Tribschen, Nietzsche se había refugiado en un mundo de ensueño, del que sacó sus mejores impulsos, y este mundo se había deshecho ahora, se había hecho inhabitable: se había quedado sin patria. Incluso después de los largos años del distanciamiento, después de todas las luchas internas contra Wagner, después del panfleto *El caso Wagner*, todavía Nietzsche pudo escribir en el *Ecce Homo*[5]: «Aquí, donde hablo de los momentos de tranquilidad de mi vida, me resulta obligado decir una palabra para expresar mi gratitud por aquello que, con mucho, más profunda y cordialmente me tranquilizaba. Esto fue, sin duda, el trato íntimo con Richard Wagner. El resto de mis relaciones humanas no eran lo mismo; no quiero en modo alguno hacer desaparecer de mi vida los días de Tribschen. Días de confianza, de alegría, de incidentes sublimes —de instantes *profundos*... No sé lo que otros han vivido con Wagner: en *nuestro* cielo nunca apareció una nube.» Y: «Sopesándolo

todo, no hubiera soportado mi juventud sin la música wagneriana.» Wagner y la atmósfera de Tribschen le habían proporcionado, en una especie de enajenación estética, aquello que su religión le proporciona a un creyente, en felicidad ética y metafísica. Esta enajenación, en el caso de Nietzsche —como también en muchos otros de su tiempo y desde su tiempo—, vino a ocupar el puesto de la religión perdida desde hacía mucho tiempo, y en él vivió su última relación con un *mundo intelectual ideal*, cuya pérdida ya nunca consiguió suplir. Y esto fue tanto peor cuanto que había de llegar, poco a poco y fatalmente, al conocimiento de que precisamente con el libro con el que había creído petrificar el sueño de Tribschen, había perdido también la relación con el *mundo intelectual real* del que procedía y que hubiera tenido que sostenerlo, la relación con el mundo científico, más exactamente, con su especialidad de filología. El gran eco que había esperado por parte de los círculos de sus colegas de especialidad no se produjo; seguramente no sospechaba lo aniquilador y humillante de lo que todavía le esperaba, cuando se lamenta a Cosima por el abandono al que se ve reducido; a lo que ella le contesta el 24 de abril comprensiva: «Apenas me ha extrañado lo que me cuenta de su situación; pero creo que un largo silencio metafísico y la aparición de un nuevo trabajo específicamente filológico volverá a poner en orden las cosas, tan pronto como usted quiera. Comprendo perfectamente sus sentimientos; es una sensación peculiar y en verdad casi insoportable el perder amarras y salir flotando en el aire. Puedo decir esto con tanta mayor libertad y seguridad cuanto que conozco todos los posibles matices de situaciones diversas.» Al aconsejar que volviera a poner en orden su interrumpida relación con los colegas de especialidad, Cosima señalaba un camino que desde fuera parecía transitable, pero que para Nietzsche ya estaba sepultado. El único compañero que le dedicaba elogios en el círculo de la especialidad era Rohde, por quien el propio Nietzsche comenzó a preocuparse a causa de la adhesión que le mostraba tan abiertamente. Rohde se había expuesto ya de modo peligroso por el amigo. Ya a fines de enero había enviado al *Litterarisches Centralblatt* de Zarncke, del que era colaborador libre, una corta recensión del libro de Nietzsche, que éste le agradece con las siguientes palabras: «Tu nota, querido amigo, es una auténtica pieza maestra de reflejo acortado y reducido del original, con el que estoy de nuevo absolutamente de acuerdo. Estoy incluso extrañado... por lo hermosa y originalmente, por lo elegantemente, que has conseguido realizar esa difícil tarea, y no sé cómo agradecerte por ello, a no ser admitiendo con total sinceridad que algo como esa nota no volveré a vivirlo una segunda vez.» Por supuesto que este regalo de la amistad fue puesto a los pies de los amigos de Tribschen. Pero Zarncke rechazó el artículo. Nietzsche escribe en la misma carta, al respecto: «No te enfades por culpa de Zarncke; es verdadera prostitución intercambiar tales cartas con el escritor. Así pues, que lo deje... o ¡Qué frescura hablar de "favor de amistad" en el caso de

una nota como esa, que ningún otro podría hacer!... ¡El necio de Zarncke cree que lo que a ti te importa es hacerme *a mí* un favor! ¡Como si no se tratara más bien de hacer un favor a otros con una nota así!» Pero también fallaron todos los demás intentos de que apareciera una reseña en una revista importante. El 30 de abril le llegó a Nietzsche una noticia que habría de resultarle ambivalente: ¡Rohde había sido nombrado profesor en Kiel! De principio, es verdad, sólo profesor extraordinario, pero eso significaba que ya era reconocido, que en su especialidad pisaba sobre terreno firme. El mismo día Nietzsche le felicita contento y tranquilizado: «Imagínate que precisamente estos días deseaba de todo corazón un giro así de rápido de los acontecimientos, puesto que de repente me entró miedo de que mi amistad pudiera perjudicarte y de que fuera tomada a mal por los camaradas. Quería pedirte por carta, pero encarecidamente, que no emprendieras nada que pudiera significar un trato muy próximo conmigo e incluso con Wagner; pues temo que nuestro asunto con el Centralblatt haya sido aireado ya ampliamente, con un cierto tinte cómico, para instigar quizá a éste y a aquél en contra tuya.» A la vez, sin embargo, desaparecía una de las esperanzas más acariciadas por Nietzsche: traer cerca al amigo; asimismo tuvo que abandonar por lo pronto la idea de hacerse sustituir en su cátedra de Basilea. «... es probable que los próximos semestres todavía aguante en la universidad y que reserve mi benéfica huida hacia el sur para el momento en que mi puesto me resulte insoportable y repugnante. Hasta ahora no lo es», se dice en su carta todavía.

También aquí se ha dado un paso hacia el aislamiento, aunque los amigos se alegren y se citen en Bayreuth para un corto encuentro durante los cercanos días de Pentecostés, para la ceremonia de la colocación de la primera piedra del edificio de los festivales, que se celebraría el 22 de mayo, el día del 59.º cumpleaños de Wagner. Y también resulta que esta fiesta peligra en el último momento. El fenómeno «enfermedad», que va a ensombrecer todo el resto de la vida de Nietzsche, comienza a elevarse amenazante, determinado su curso. El 12 de mayo tiene que comunicar a Rohde: «Es cierto que estoy algo enfermo, en posesión de un «herpes» en la nuca: pero espero que mientras tanto se establezca a tiempo un tratado de paz entre la afección de la piel y la función del cerebro: puesto que *debo* ir a Bayreuth a pesar del *cingulum*.» Y lo consiguió; «los dos profesores "wagnerianos"», en su expresión, no podían faltar a aquellos grandes días de fiesta. Por orden suprema de Wagner, a pesar de todas las dificultades, se reservaron invitaciones para él y para Rohde. El viernes 17 de mayo Nietzsche partió de Basilea; llegó a Bayreuth el 18; Rohde lo hizo sólo el 19, domingo de Pentecostés. El lunes 20 comenzaron los ensayos de la orquesta para la función festiva. Nietzsche y Rohde estuvieron presentes por la tarde en el segundo ensayo; en esta ocasión conocieron a Malwida von Meysenburg, en quien Nietzsche habría de encontrar un alma buena

y maternalmente atenta, tal como iba necesitando crecientemente. En esto la suerte le fue favorable.

Había pedido también a su hermana Elisabeth que viniera, pero ella renunció a hacerlo, como dijo, en favor de Gustav Krug, dado que era imposible encontrar entradas y alojamiento para ambos; la función en el teatro de la ciudad de Bayreuth, con sus 700 plazas, estaba totalmente al completo, copada por los señores del patronato y por las asociaciones wagnerianas. Como consuelo a esta renuncia, Elisabeth pudo anunciar su visita a Basilea durante los meses de verano, a donde en efecto llegó el 1 de junio.

Además de Gustav Krug vino también a Bayreuth Carl von Gersdorff, de modo que Nietzsche pudo volver a regalarse en la dicha de la amistad antes de la abrupta caída. El 22 de mayo tuvo lugar la ceremonia de la colocación de la primera piedra y el concierto de gala en el bonito teatro barroco de Bayreuth; se ofreció la novena sinfonía de Beethoven bajo la dirección de Wagner. Todavía quedaba un día para que vibrara el buen humor; después, Nietzsche, el 24, había de estar de vuelta en Basilea tras una semana de vacación. Quizá fue en aquellos días cuando Nietzsche, rebosante de felicidad, se desató en improvisaciones al piano, y no para gusto de Wagner, como trasmite Malwida von Meysenburg[166]. Wagner habría puesto fin al juego con el siguiente comentario malicioso (aniquilador entre músicos): «No, Nietzsche, usted toca demasiado bien para ser un profesor.» A ella, por su parte, le pareció una «ejecución al piano auténticamente maravillosa, en su mayor parte de improvisación libre».

Rohde introduce el Nacimiento de la tragedia *en el mundo literario*

El 26 de mayo apareció en el *Norddeutsche Allgemeine Zeitung* una reseña de Rohde sobre el libro de su amigo[206]. Nietzsche, contento, da las gracias el 27: «¡Amigo, amigo, amigo, qué has hecho! No habrá un segundo E. R. así. Me iba sumergiendo lentamente, sin ver esas letras, leyendo cada vez más asombrado, en el abismo de sentimientos de Bayreuth, y finalmente oigo que la voz que suena tan solemne y profundamente es la del amigo. ¡Ah, queridísimo amigo, esto es lo que me has hecho!... Me deshago. ¡Lucha, lucha, lucha! Necesito guerra.» Bueno, la tendría tres días más tarde. El 31 de mayo envió la recensión a su tutor en Basilea, el profesor Wilhelm Vischer: «Con esto recibe usted la primera recensión detallada que se ha hecho de mi escrito sobre el nacimiento de la tragedia. La del profesor Rohde de Kiel y, a causa de él, le parecerá probablemente digna de ser leída. La primera reseña, aunque más corta, la sacó la *Rivista Europea* italiana.»

Nietzsche, en su entusiástico delirio y en la espera de que ahora comenzaría un gigantesco coro de adhesiones, pasó totalmente por alto que

la recensión de Rohde no ofrecía justamente aquello que necesitaba y esperaba al máximo: la legitimación filológica.

Los dos amigos estaban profundamente unidos bajo el signo de la filosofía schopenhaueriana y de la entusiástica admiración por la obra de Wagner, en lo cual, en ambos casos, el impulso rector seguramente vino de la fervorosa entrega de Nietzsche a ellos. En esta fase de comprensión no podían suponer todavía que en este basamento de su amistad ya estaba el germen del distanciamiento posterior: Rohde permanecería enraizado en la filosofía de Schopenhauer, pero esencialmente seguiría el camino de los especialistas; Nietzsche se separó, o mejor, fue separado por su apasionamiento. Ahora, sin embargo, todavía se entendían sobre una base común; Rohde reconocía en el libro del amigo al discípulo de la filosofía schopenhaueriana y al profeta de la nueva música en desarrollo creciente. Veía cómo irrumpían dos potencias espirituales, que estaban realmente en el tiempo: Schopenhauer con su ataque frontal a los fundamentos metafísicos del occidente cristiano, y Wagner como superación de los principios «clásicos» de la música europea, y de la concepción del arte en general. Partiendo de esta plataforma nueva, «moderna», emprendió Nietzsche la tarea —invirtiendo todos los métodos científicos existentes hasta entonces— de captar en sus raíces toda la historia, retrospectivamente, en un salto a la Antigüedad, e interpretarla de nuevo dentro del espíritu de un cambio radical y de su «era revolucionaria» (Jacob Burckhardt), y darle una nueva valoración, para lo cual el trabajo científico fundamentalmente ajeno a la categoría de valor, no posible de valorar según categorías filosóficas, que sigue estrictamente la historia, fue reducido a un papel de menor rango. Nietzsche desatendió completamente en su modo de consideración el hecho de que toda interpretación filosófica depende de un material a interpretar, y que éste ha de proveerlo y asegurarlo la ciencia —en el caso de la tragedia ática, la filología—; hecho del que Rohde, a pesar de todo, se mantuvo consciente: de ahí que evitara cautelosamente las partes impugnables del libro de Nietzsche. Rohde lo elogia con una «consideración filosófica del arte» y como un enriquecimiento de una de las disciplinas filosóficas, la estética. Frente a ella coloca los resultados, pero también los límites, de la lógica, con lo que entra en la aguda disputa con Hegel, o mejor con los seguidores de Hegel, que, en su optimismo científico, creían poder ver y conseguir la meta de la humanidad en la «suerte» definida por ellos, y para los que el arte sólo significa una aportación agradable a ese estado de dicha, pero ningún enunciado esencial.

Frente a ello Rohde, con el libro de Nietzsche, se declara en favor de las fuerzas y posibilidades enunciativas del arte depositadas en estratos mas profundos, que no pueden conjurarse en la concepción lógico-lingüística, sino que, en el mejor de los casos, resultan trasparentes por su ropaje mítico: «¿Cómo puede una lógica soberana, que en su alegre confianza ha de considerar totalmente alcanzable su suprema meta, la de la

explicación y desocultamiento conceptual de todos los enigmas del mundo, cómo puede ella tener para el arte otra plaza libre que no sea la de un volatinero divertido para las horas de hartura y cansancio del trabajo conceptual abstracto?»[206] Bien es verdad que admite la ciencia: «Quien como operario pudo intervenir aunque nada más sea en una pequeña parte de su edificio gigantesco, puede calcular maravillado la suma de energías... con las que desde hace siglos muchas generaciones de hombres han entregado lo mejor suyo para esta construcción. ¿Es una maravilla que en la conciencia de aquellos logros, conseguidos con poderosa energía, la suprema diosa de toda la ciencia, la *lógica*, haya ido declarando poco a poco como posesión suya todo reino sobre la tierra y en la cabeza de los hombres?... Pero la senda de la lógica es corta: ¿negará la profundidad insondable de ese mundo de las cosas más reales, para el que no valen las leyes de la causalidad ni el instrumental de la lógica?»

«Es cierto que el antiguo mundo de mitos ha muerto, pero en el arte noble vive todavía hoy la capacidad de colocar, en reflejo mítico, ante los ojos embelesados, los rasgos ocultos de la gran diosa del mundo. Es cierto que se equivocarían aquellos que..., anclados en una interpretación falsa de los mitos, creyeran posible una reanimación galvánica de la creencia extinguida, en el sentido en el que se cree en los acontecimientos históricos. En este sentido tampoco los griegos creyeron nunca en sus mitos... ¿Cómo sería si no comprensible que, precisamente con respecto a aquellos mitos que formaban el mejor tesoro de la creencia griega, fueran perfectamente conscientes de que eran Homero y Hesíodo quienes los habían formado, inventado? En la conciencia de los griegos más nobles hubo de unirse un recuerdo de la naturaleza alegórica... de los mitos con la feliz convicción en la capacidad de naturalezas geniales para comprender en tales manifestaciones plásticas la esencia oculta del mundo, y para interpretársela a los oyentes más profunda y plenamente que pudiera hacerlo cualquier consideración conceptual... Si una filosofía puede contrastarse a sí misma, no menos que con la profundidad y claridad de su conocimiento del mundo, con la posibilidad que ofrece para una exploración auténticamente estética de los más profundos problemas artísticos —que, como tales, tienen mayor parentesco con los enigmas del mundo que lo que se cree comúnmente—, entonces en este libro se ha acreditado espléndidamente la filosofía schopenhaueriana. Los partidarios del gran pensador comprenderán fácilmente, si leen en serio el libro, en qué sentido concedo a este libro, en lo que se refiere a la explicación y justificación del *fenómeno*, una significación análoga a la que posee la propia obra fundamental de Schopenhauer en lo referente a la indagación de la esencia de las cosas que se hace sentir debajo de todos los fenómenos.[206]»

Ulrich von Wilamowitz

Rohde había captado perfectamente y expresado inequívocamente el género al que pertenece el libro de Nietzsche: la filosofía, y le reconoce el mérito de ser una ampliación, desarrollo, equiparable a la obra schopenhaueriana, con lo que coloca a Nietzsche dentro de una tradición. Es con su primera obra filosófica con la que Nietzsche conecta orgánicamente con la obra vital consumada de otro, y con la que deja tras de sí la temática y el método de su especialidad. Ello provocó una gran decepción en sus colegas de especialidad, quizá precisamente porque lo habían sentido, más bien que reconocido, como un talento extraordinario y esperaban de él cosas importantes para el desarrollo de *su* ciencia, y ahora veían en él, amargamente decepcionados, un apóstata. Sólo así puede comprenderse el desenfrenado ataque que se siguió el 30 de mayo, elaborado, pues, antes de la aparición de la recensión de Rohde, que, de hecho, había puesto las cosas en su sitio.

¡FILOLOGIA DEL FUTURO!
una réplica
al
«nacimiento de la tragedia»
de
Friedrich Nietzsche
profesor ordinario de filología en Basilea
por
Ulrich von Wilamowitz-Möllendorff
Dr. phil[270].

Ya el título tiene aristas. Igual que en su tiempo los adversarios de Wagner habían contestado en plan de mofa a su libro de 1850 *La obra artística del futuro* con la expresión «Música del futuro», expresión que había pasado ya al acervo lingüístico, también ahora la expresión «Filología del futuro» de Wilamowitz, contra el filólogo *y* amigo de Wagner, Nietzsche. (¡El hará más tarde lo mismo con el paráfrasis *Crepúsculo de los ídolos*!) El propio Nietzsche da pie completamente al fino matiz de citar ambas situaciones, grados académicos, respectivamente, dado que no había conseguido su doctorado por el camino normal. Y además Wilamowitz compromete a su adversario como filólogo, con lo cual le impide el subterfugio de que se trata de un libro que se sale del ámbito de la filología. Nietzsche se había dirigido expresamente a los filólogos, los quería provocar —y éste es el plano en el que el cuatro años más joven Wilamowitz era tan experto al menos como él. El ataque pesa incluso hoy tanto más cuanto que el autor se había de acreditar en su larga vida (1848-1931) como uno de los más brillantes representantes de su especialidad. Con

una casi inimaginable capacidad de penetración en la esencia del lenguaje griego y con un inmenso saber que abarca casi toda la literatura antigua, Wilamowitz ha aportado cosas fundamentales al trabajo histórico y a la crítica de textos. Hoy apenas aparece un trabajo serio sobre los textos antiguos que no haga al menos una referencia a Wilamowitz, si es que incluso no se basa en él o le cita como testimonio de garantía de su seriedad o de sus conclusiones. Pero lo que de principio fijó unos límites estrechos a la difusión y a una amplia repercusión del panfleto, fue precisamente el estricto compromiso científico de especialista, del que Wilamowitz no quiso salirse. Además, con las abundantes citas griegas intercaladas —y no traducidas—, excluyó de esta polémica casera a un amplio público de legos en la materia. Ambos panfletos (el segundo, dirigido contra la réplica de Rohde, apareció en febrero del año siguiente) no eran considerados, además, como «buenos» trabajos en los círculos de especialistas, y por eso no se les juzgó dignos tampoco de aparecer en la colección de *Escritos menores*, como sí fue el caso sin embargo de la recensión laudatoria de Rohde. El mismo Wilamowitz se distanció también en cierto modo de ellos más tarde en sus memorias[271]: «Al publicarse el *Nacimiento de la tragedia* de Nietzsche me hizo montar en cólera. Así me encontró Schöll (entonces docente privado en Berlín y, al poco tiempo, profesor en Greifswald), que era más inclinado a la burla, y me animó a escribir una recensión... Me dejé convencer y escribí en Markowitz, casi sin libros, la *Filología del futuro*... Nietzsche había despertado especialmente mi rabia moral por una invectiva insolente contra Otto Jahn. Me parecía que era desacreditar en general todo lo que yo había traído conmigo de Pforta como algo sagrado e intocable... Nietzsche era considerado como algo especial, aunque extraño, hacia lo que levantábamos nuestra vista, nosotros, que éramos un poco más jóvenes. No sin alguna restricción; se decía que Paul Deussen por el amigo Nietzsche, que para él era una autoridad y lo siguió siendo siempre, hubo de renunciar a su griego, en lo que él superaba a todos los demás, y sobre todo a su matemática, para la que notoriamente aquél no estaba dotado. Había seguido a Ritschl de Bonn a Leipzig (por eso el ataque a Jahn), y por él consiguió la cátedra de Basilea y el doctorado *honoris causa*. No comprendo cómo alguien pueda disculpar ese nepotismo, una inaudita preferencia concedida a un principiante, que en modo alguno pudo justificarse por lo que el *Museo renano* publicó de Nietzsche... Inmediatamente después de la guerra... presenté yo también mis reverencias en Naumburg al profesor de Basilea. Pocos meses más tarde apareció *El nacimiento de la tragedia*. La violación de los hechos históricos y de todo método filológico era manifiesta y me impulsó a dar la batalla por mi ciencia amenazada. Esto fue indudablemente ingenuo por mi parte. Allí no se trataba de conocimiento científico alguno; el asunto no era realmente la tragedia ática, sino el drama musical wagneriano, del que yo por mi parte no tenía una alta consideración... Lo apolíneo y lo dionisíaco son

abstracciones estéticas como la poesía ingenua y la sentimental de Schiller, y los dioses antiguos proporcionaban sólo nombres sonoros para una contraposición en la que se oculta algo verdadero... Nietzsche había aprendido de Erwin Rohde algunas cosas respecto a Dionisos, pues uno de los méritos fundamentales de este extraordinario investigador es el conocimiento de que con el dios extranjero se introdujo una nueva... y extraña forma del sentir y del obrar religioso... A pesar de lo mucho de pueril que había en mi escrito, con la conclusión final di en el blanco. El hizo aquello a lo que yo le exhortaba: dejó la cátedra y la ciencia y se convirtió en profeta de una religión irreligiosa y de una filosofía no filosófica... Mi escrito no debiera haberse impreso. Ya la propia ortografía absurda, a la que me había aferrado siguiendo a Jakob Grimm, hubo de parecer grotesca... Yo era un muchacho que no era consciente de su pretenciosa presentación en público. Pero no tengo ningún motivo para el arrepentimiento puesto que seguí a mi demonio: sincera y valientemente dirigí "la espada en la aventura de los mirtos", como exigía el proverbio de nuestra asociación de Bonn... Hube de cargar con las consecuencias.»

Evidentemente Wilamowitz no era todavía de este parecer cuando en 1899, en el prólogo a su traducción de la *Orestíada*, despachó también la recién aparecida *Historia de la cultura griega* de Jacob Burckhardt con las palabras: «no existe para la ciencia». Aquí surge de nuevo la escuela histórica de Berlín de los Treitschke, Mommsen, Wilamowitz, contra la tríada de Basilea Bachofen-Burckhardt-Nietzsche[63].

La insolente y juvenil afición a discutir se precipita en frecuentes invectivas personales, que más bien son perjudiciales para el escrito[270] —aunque resulten a veces tan graciosas de leer, como por ejemplo, en la página 13, la agudeza por la que con una bonita paráfrasis griega recuerda a Nietzsche su mala nota de matemáticas en el examen de bachiller: «Se disculpará usted diciendo que se ha equivocado simplemente en unos cuantos siglos y que los números son algo matemático y vulgar: y sin embargo, desde Platón, sobre las puertas de la filosofía, mal que le pese a Schopenhauer, está escrito: *μηδείς ἀγεωμέτρητος ἐνθάδ' εἰσίτω*» (nadie puede entrar aquí que sea ignorante en las ciencias matemáticas) «y yo sólo quisiera que en Pforta* se hubieran atenido al proverbio, al menos en su versión: *ἐνθὲνδ' ἐξίτω*» (nadie puede salir de aquí).

La crítica de detalle se dirige a presentar a Nietzsche como un mal filólogo y un helenista incapaz. Que no conoce a Homero, o a lo sumo sólo lo conoce por el Certamen Homeri et Hesiodi —con lo cual, a la vez, va unido un ataque al último trabajo filológico de Nietzsche (p. 12); que lee equivocadamente a Eurípides (p. 19), o que incluso no lo conoce en absoluto (p. 27); que no conoce en general a los trágicos y sin embargo

* Juego de palabras entre Pforta y Pforte (puerta). *(N. del T.)*

tiene el atrevimiento de dar un curso en el presente semestre de verano sobre las *Coéforas* de Esquilo (p. 23); le tacha en general de «ignorancia» (p. 21). Encajan muy mal las opiniones vertidas sobre hallazgos arqueológicos y sobre el dictamen que sobre ellos emite Winckelmann. Las difamaciones filológicas son una enorme exageración y pertenecen más bien a una disputa de escuela entre la facultad de Berlín y la facultad de Leipzig, cosa que Nietzsche captó también inmediatamente, cuando el 8 de junio escribe a Rohde: «Debe estar todavía muy inmaduro —evidentemente alguien lo ha usado, estimulado, azuzado—, todo huele a Berlín... Eso no importa, hay que sacrificarlo, aunque el mozuelo ciertamente sólo esté seducido. Pero es necesario a causa del mal ejemplo y a causa del enorme influjo que es de preveer de un folleto así de fraudulento y engañoso»; y el 18 de junio: «Pero esto es lo más inesperado, lo horrible propiamente hablando incluso: que un filólogo tenga la osadía de ponerse a mi lado en méritos: que esto no sucedería nunca, eso es justamente lo que ha hecho posible el tono ilimitadamente insolente de ese joven berlinés... Como escarmiento saludable y para que no haya que habérselas a cada nueva producción con ese repugnante ensalmador berlinés, harías, de acuerdo también con la carta de Wagner, algo altamente provechoso si describieras a los filólogos en toda su seriedad y rigor *nuestra* posición respecto de la Antigüedad, y sobre todo recalcaras que aquí no le está permitido el diálogo a cualquier Dr. phil.» La diferencia de opinión respecto de Winckelmann es todavía más profunda; es la misma tensión que habría de estropear finalmente la relación con Jacob Burckhardt, y respectivamente la de Burckhardt con Nietzsche: clasicismo de Weimar contra concepción romántica del arte y de la vida.

Nietzsche no dejó de responder, sólo que no lo hizo con su nombre. (Habría que planear más tarde el mismo procedimiento, pero sin llevarlo a cabo al final, cuando en 1888 quiso inducir a Carl Spitteler a la publicación del *Nietzsche contra Wagner.)* Indicó a Rohde sus fuentes y autoridades antiguas, así como las interpretaciones modernas, sobre las que se podía basar específicamente: «Desde ayer tengo el escrito en mi poder y estoy muy tranquilo. No soy tan ignorante como dice el autor, ni tan falto de amor a la verdad. La miserable erudición de la que él hace alardes, hay que gastarla un poco como las suelas de los zapatos, antes de que sea lícito dialogar sobre tales problemas. Sólo por las más insolentes interpretaciones consigue él lo que quiere. Además me ha leído mal, puesto que no me entiende ni en conjunto ni en detalle.» El conocimiento del mundo antiguo, sobre todo de la religiosidad antigua y de su trasmisión por los testimonios literarios todavía hoy día no es tan exacto como para que haya que considerar la investigación como cerrada (piénsese sólo como ejemplo en la «cuestión homérica»). Y donde hay investigación hay nuevos hallazgos, nuevos puntos de vista y opiniones divergentes. Por eso también Rohde pudo dar una respuesta fundada filológicamente y refutar objetivamente las objetivas objeciones de Wilamowitz, sólo que eso duró algún tiempo: hasta el 15 de octubre.

En la introducción y al final del escrito, sin embargo, Wilamowitz formula otro pensamiento que tuvo que doler seriamente a Nietzsche y promover manifiestamente su aislamiento: se le desgaja del gremio.

«De hecho el impacto fundamental del libro reside en su tono y en su tendencia. El señor Nietzsche no aparece como un investigador científico: se ofrece una sabiduría conseguida intuitivamente, a veces en un estilo de púlpito y a veces en forma de un razonamiento que es en exceso parecido al de los periodistas, los "empapelados esclavos del día". El señor Nietzsche, como épico de su dios, anuncia maravillas ya realizadas y futuras: muy edificante, sin duda, para los "amigos" creyentes[270].» (p. 6) «Tampoco quiero tener nada que ver con el metafísico y apóstol Nietzsche. Si sólo fuera eso, difícilmente podría haberme yo declarado, cual nuevo "Licurgo", contra el profeta dionisíaco... Pero el señor Nietzsche es también profesor de filología clásica, trata una serie de cuestiones que figuran entre las más importantes de la historia de la literatura griega..., ofrece una concepción completamente nueva de Arquíloco, Eurípides, así como otros descubrimientos de repercusión mundial. Esto es lo que quiero aclarar; y es fácil la demostración de que también aquí la genialidad imaginaria y la insolencia en la formulación de afirmaciones está en proporción directa a la ignorancia y a la falta de amor a la verdad.» (p. 7) «Escribe sólo para aquéllos que nunca han leído a Winckelmann.» (pp. 8/9) «¿Osa afirmar el señor Nietzsche que conoce a Winckelmann?, ¿él, que demuestra una ignorancia auténticamente infantil tan pronto como roza algo arqueológico?» (p. 9) Y finaliza Wilamowitz (p. 32): «Creo que la demostración... está hecha... Si ahora me replicara que no quiere saber nada de "historia y crítica", de la "así llamada historia universal", que quiere crear una obra de arte dionisíaco-apolínea, "un consuelo metafísico", que sus afirmaciones tienen... la "superior realidad del mundo imaginario", entonces me retracto y me disculpo de la mejor forma. Entonces me gustaría descubrir su evangelio, entonces no valen mis armas. Yo no soy, en verdad, un místico, un hombre trágico; eso nunca podrá ser para mí otra cosa que "un aditamento gracioso, un repiqueteo de campanillas totalmente innecesario, a la seriedad de la existencia", y también a la seriedad de la ciencia: un sueño ebrio o la ebriedad de un soñador. Pero una cosa reclamo: que mantenga el señor Nietzsche su palabra, que empuñe el tirso, que se traslade de la India a Grecia, pero que baje de su cátedra donde debe enseñar ciencia; que reúna tigres y panteras a sus pies, pero no a la juventud filológica de Alemania, a quien ha de enseñar en la ascesis de un trabajo en el que renuncia uno a sí mismo...»

Distanciamiento del maestro Ritschl

Nietzsche no siguió ese requerimiento. Sólo siete años más tarde dejó su cátedra y por motivos totalmente diferentes, como se ha de ver todavía. Cuando Wilamowitz, en sus memorias, lo atribuye al efecto de su panfleto, atribuye a éste demasiada importancia, se equivoca en ello igual que en el reproche de nepotismo. La relación con Ritschl no puede reducirse a una fórmula tan simple. Ritschl fue para Nietzsche más que un «protector», fue para él un padre intelectual, y la señora Ritschl, la igualmente importante amiga maternal. Tanto más conmovedor es, por eso, el distanciamiento que comienza a notarse ya ahora. Nietzsche había hecho enviar el libro a su respetado maestro (y por «maestro» entendió siempre algo más que uno que trasmite el saber o instruye sobre un asunto; por «maestro» entendía una persona que posee la fuerza y la superioridad necesarias para ser un guía intelectual que emite de sí un destello testimonial) directamente por la editorial para que le llegara a ser posible sin demora. Ritschl tomó este envío casi anónimo como pretexto para no reaccionar al libro, puesto que no le cayó bien ni el método ni el desarrollo; todo esto le resultaba desagradable y se hubiera alegrado si este engendro de su prometedor discípulo no se hubiera interpuesto entre ellos o, al menos, si hubiera podido hacer caso omiso de él silenciándolo. Evidentemente había leído de inmediato el libro, lleno de expectación, puesto que la primera nota al respecto en su diario procede ya del 31 de diciembre de 1871. Se trata de una nota aniquiladora, expresión del desencanto: «embriaguez ingeniosa»[8]. Pero Nietzsche no soportó este silencio.

El 30 de enero de 1872 le escribió: «No me tomará a mal mi extrañeza por no haber oído de su parte la mínima palabra sobre mi reciente libro, y espero que tampoco la sinceridad con la que le expreso esta extrañeza. Puesto que este libro es algo así como un manifiesto y obliga al menos al silencio... Pensé que si algo prometedor se había encontrado en su vida, sería este libro... Lo que más me importa es adueñarme de la joven generación de filólogos, y pensé que sería un pobre signo el que no pudiera conseguirlo. Su silencio, pues, me intranquiliza un poco. No es que haya dudado ni un sólo instante de su simpatía por mí...: pero precisamente por esa simpatía podría interpretar esto ahora como una especie de recelo personal para conmigo.» Ritschl contestó el 14 de febrero[7]: «Puesto que usted fue tan amable, querido señor profesor, de hacerme llegar el libro sólo a través del editor, sin unas líneas personales de acompañamiento, realmente no creí que esperara por mi parte una respuesta personal inmediata... Si ahora me encuentro incapacitado... para una discusión detenida... y seguramente me siga encontrando así, debe usted de considerar que soy demasiado viejo para asomarme a orientaciones vitales e intelectuales totalmente nuevas. Y, lo que es lo más importante, por naturaleza estoy totalmente dentro de la corriente *histórica* y de la consideración

histórica de los asuntos humanos, y tan decididamente que nunca me pareció encontrar la salvación del mundo en uno u otro sistema filosófico... igual que tampoco me parece que *una* religión baste, haya bastado o haya de bastar jamás para las diferentes individualidades de los pueblos. Usted no puede exigir al "alejandrino" y al erudito que condene el *conocimiento* y vea *sólo* en el arte la fuerza liberadora, salvadora y transformadora del mundo... ¿Se pueden valorar sus intuiciones como nuevos fundamentos para la *educación?*, ¿no llegaría la gran mayoría de nuestros jóvenes, si siguen tales caminos, sólo a un desdén inmaduro por la ciencia, sin conseguir a cambio una sensibilidad acrecentada para el arte?, ¿no correríamos así el peligro de, en vez de difundir la poesía, abrir más bien puertas y ventanas a un diletantismo general?: éstas son consideraciones que se deben permitir al viejo pedagogo, sin que por ello tenga que considerarse, yo creo, como un "maestro apergaminado"... Frente a su "hartazgo de la historia" habría poco sitio para preguntas alejandrinas que podía hacerle sobre la Laerciana histórica-bibliotecaria o sobre el Alcidamas Mouseion u otras frivolidades semejantes: por eso lo dejo. Quizá vuelva usted a ello por sí mismo algún día, aunque nada más sea por variar y distenderse.» Con este final de carta Ritschl dejó abierto a Nietzsche el camino que también Cosima le había insinuado: volver a tomar puesto entre los filólogos, tomar pie firme ahí de nuevo, por medio de un buen trabajo filológico; y, a pesar de la desilusión producida por el *Nacimiento de la tragedia*, él, Ritschl, le deja abierta esta posibilidad, mientras Nietzsche quiera hacer uso de ella. Así volvemos a ver a Nietzsche en el verano de 1872 ocupado en el trabajo sobre el «Tratado florentino sobre Homero» y «Hesíodo, su estirpe y disputa», del cual había aparecido ya la primera parte en el número de septiembre de 1870 del *Museo renano* y cuya continuación y final pudo enviar el 12 de agosto de 1872 a Ritschl, que lo hizo publicar en febrero de 1873 en el *Museo renano;* con ello concluyen definitivamente las publicaciones filológicas de Nietzsche.

Tanto para Ritschl como para Nietzsche hubo de resultar grata la posibilidad de esta superación de aquella escisión interna, verdaderamente profunda. Reconocido, puede decir Nietzsche todavía en 1888 (en el *Ecce homo*[5]): «Ritschl —digo esto con veneración— es el único erudito genial con el que me he encontrado hasta hoy. Poseía esa agradable perversidad que nos distingue a los turingenses y con la que incluso un alemán se vuelve simpático: para llegar a la verdad preferimos todavía los caminos tortuosos.» Tuvo que darse cuenta de que lo había perdido, y con él a la vieja generación de filólogos; por eso pudo escribir el 6 de abril a Ritschl: «Mientras tanto declaro mi convicción de que tienen que pasar todavía algunos decenios antes de que los filólogos puedan comprender un libro tan esotérico y tan científico en el mejor de los sentidos. Por cierto, muy pronto va a aparecer una segunda edición.» Ya el 30 de enero Nietzsche había reconocido la orientación de su libro hacia la última generación de

filólogos, a lo que Ritschl precisamente le había contestado con su recelo de diletantismo.

Y sin embargo ¿hasta qué punto Ritschl estaba realmente —manteniendo intacta la adhesión personal— del otro lado científicamente? En torno a esta cuestión, nunca formulada claramente ni respondida, giró cuidadosamente el intercambio epistolar en los meses próximos. A principios de junio Ritschl envió también un catálogo recién impreso de su *societas philologa* estudiantil al «antiguo», a quien trataba de «miembro de honor». Nietzsche, visiblemente distendido, agradece el 26 de junio el envío con las palabras: «Le agradezco de corazón el envío del bello y vistoso catálogo, especialmente porque usted fue tan amable de designarme en las señas como "Miembro honorífico de la Sociedad de Leipzig", una expresión que, el día en que me llegó su envío, me hizo reír porque creí que había de ser tratado más de "miembro deshonroso". Puesto que me acababa de mirar en el espejo que me puso delante el señor Wilamowitz y me había dado cuenta de toda la monstruosidad de mi fisonomía.» De ahí saca ánimos para pedir apoyo a Ritschl: «Me escribe el amigo Rohde que tiene dispuesto un escrito, de naturaleza puramente filológica, en forma de una misiva a Richard Wagner. En él se despacha al mozo juvenil con modos auténticamente filológicos y como ejemplo admonitor. Tengo, pues, un favor que pedirle, honorable señor consejero privado, confiándome en ello a su cariño por mí. Me gustaría que el escrito de Rohde... apareciera precisamente en Teubner, para que saliera desde un principio al gran mercado filológico. Es decir, *no* quiero que tengamos que recurrir de nuevo a un editor musical (como Fritzsch).» Pero Teubner rehusó porque temía un fracaso comercial. Ritschl comunicó esto a Nietzsche el 2 de julio y añadió además, como opinión personal respecto a un motivo más profundo de rechazo[7]: «Ciertamente soy de la opinión de que una crítica estrictamente científica del panfleto de Wilamowitz sería lo único digno: pero no podía imprimírsela... con un carácter enemistoso contra la filología. Al menos ha de comprender usted mismo, querido amigo, que un viejo filólogo como yo... no puede ostentar la patente de ello... siempre conservaré para la seriedad y el entusiasmo de sus afanes el reconocimiento más imparcial; pero nunca estaré de acuerdo con usted en que *sólo* el arte y la filosofía sean los maestros de la humanidad; para mí lo es también la historia y especialmente su rama filológica.» ¿Puso Ritschl con ello inconscientemente el germen de la pregunta por la utilidad de la historia como ciencia para la vida? Por lo pronto, sin embargo, era otra pregunta la que taladraba el ánimo de Nietzsche: si con esa delimitación de fronteras Ritschl quería ponerlo fuera del ámbito de su ciencia. Nietzsche se coloca a la defensiva. No sólo termina su último trabajo filológico *(Certamen)*, sino que fuerza además la publicación del escrito de réplica de Rohde y acepta para ello los servicios del editor musical Fritzsch, que está a su disposición por mediación de Wagner. El 12 de agosto puede escribir a Ritschl: «Le doy las gracias

de corazón por sus gestiones con Teubner. Siento que no saliera nada de ellas; sin embargo, el artículo de Rohde aparecerá a tiempo todavía y usted podrá ver si está orientado a una "lucha contra la filología" o contra la "historia"... Al contrario: yo, como filólogo, me defiendo: como no *me* quieren admitir como filólogo, Rohde me representa a mí, al filólogo.»

Pero a finales de año llegó la decisión tanto tiempo demorada: Nietzsche visitó el 30 de diciembre en Leipzig a su viejo maestro, y aquí, en la confrontación directa de la conversación, no hubo ya rodeos, ni encubrimientos, ni formulismos cortésmente disimuladores. Se hizo necesario que apareciera la ruptura de opiniones.

Reveses por El nacimiento de la tragedia

Puesto que la réplica de Rohde se dejó esperar durante mucho tiempo —el librito sólo apareció el 15 de octubre—, la *Filología del futuro* de Wilamowitz pudo ejercer su influencia mientras tanto. Con ello se mostró que Nietzsche no sólo «había arrancado al berlinés un grito de rabia», sino que también «corre en Leipzig *una* voz sobre mi escrito: tal como suena, el bravo de Usener, a quien respeto mucho, ha declarado en Bonn delante de sus estudiantes...: "que se trata de un auténtico absurdo con el que no se puede emprender nada: la persona que ha escrito eso está científicamente muerta". Parece como si yo hubiera cometido un acto delictivo; se ha guardado silencio durante 10 meses porque todo el mundo cree realmente estar más allá de mi escrito», así escribe a Rohde el 25 de octubre. Y esto tuvo sus consecuencias. Si en el semestre de verano todavía pudo impartir un curso de tres horas sobre las *Coéforas* de Esquilo ante siete estudiantes y otro, también de tres horas, sobre la filosofía preplatónica ante diez estudiantes, y dirigir además un ejercicio de seminario sobre Teognis, en el semestre de invierno sólo se llevó a cabo un curso de tres horas sobre retórica griega y romana ante dos oyentes que no eran de filología. Para el seminario y el curso sobre Homero y la llamada cuestión homérica no se inscribió nadie. Esto hizo mella en Nietzsche y puso a prueba su fuero interno. Sobre ello escribió a Richard Wagner a mitad de noviembre: «Hay sin embargo algo que me desazona mucho en este instante: ¡Ha comenzado nuestro semestre de invierno y no tengo estudiantes!... Guardar silencio ante todo el mundo es realmente vergonzoso y cobarde... ¡El hecho es tan fácil de explicar: he sido desacreditado de repente entre mis compañeros de especialidad, y nuestra pequeña universidad sufre los daños! Esto me atormenta mucho, dado que le estoy muy agradecido y le tengo gran afecto, y lo que menos desearía sería perjudicarla; pero ahora mis colegas de filología, también el senador Vischer, celebran algo que él nunca en toda su carrera académica había vivido... Y esto coincide con lo que llega a mis oídos de otras universi-

dades... incluso aquellos "que me conocen" no pasan de compadecerme por ese "absurdo"... Esto sería en todo caso soportable, pero el daño que yo causo a una universidad pequeña, a una universidad que me ha concedido tanta confianza, me duele mucho y podría impulsarme con el tiempo a decisiones que, por otros motivos, se me plantean siempre de cuando en cuando. Por lo demás puedo hacer buen uso de este semestre de invierno, ya que ahora sólo dependo, como simple profesor de instituto, del pedagogio.»

Durante los dos semestres leyó con los alumnos del pedagogio las *Euménides* de Esquilo y el diálogo *Protágoras* de Platón, añadiendo a esto en el invierno el libro X de la *Ilíada*, el *Edipo rey* de Sófocles y la 1.ª y 2.ª *Filípicas* de Demóstenes, lo que guardaba relación con su curso universitario sobre retórica griega y romana como fuente y ejemplo. Resulta sorprendente que no era sólo él quien no tenía estudiantes, sino también los demás filólogos de la universidad, y que también en otras partes se mostraran claramente parecidos fenómenos. La falta de estudiantes no se debía por tanto exclusivamente a la reacción al rechazo de su libro por los filólogos, y además el boicot desapareció pronto, puesto que mientras tanto había aparecido (el 15 de octubre) el escrito de Rohde, *Seudofilología*, contra Wilamowitz, y Ritschl le había escrito a continuación, el 19 de noviembre, con alegría y satisfacción[7]: «Saludos cordiales y a la vez las más sinceras felicitaciones a la valiente pareja de dioscuros por la victoriosa aniquilación de la más impertinente... insolencia.»

El 7 de diciembre Nietzsche podía escribir a Rohde sobre su escrito: «Mi librero de aquí me dijo que se pide y se vende mucho.» Así pues, en Basilea se participó animadamente en la controversia. Y el *Nacimiento de la tragedia* de Nietzsche se fue imponiendo lenta pero seguramente; se hizo necesaria una segunda edición (que se imprimió en febrero de 1874, pero que sólo en 1878 llegó al mercado). «Mi libro ya está agotado en Leipzig. Lo último es que Jacob Bernays ha explicado que son *sus* mismas ideas sólo que fuertemente exageradas. Esto me resulta soberanamente impertinente por parte de este culto y perspicaz judío, pero a la vez un signo gracioso de que realmente los "listos del país" ya han comenzado a husmear algo. Los judíos siempre llevan la delantera, aquí también, como en todas partes, mientras que el buen teutón de Usener se queda bien cornamentado atrás, en la niebla», se dice en la misma carta a Rohde. Por primera vez encontramos el reconocimiento que Nietzsche profesa por los judíos inteligentes, aquí todavía en un tono irónico, que en sus últimos años, por su decidida oposición al antisemitismo político de su cuñado, había de convertirse en una admiración sincera. Jacob Bernays, nacido en 1824, era desde 1866, por tanto después de Ritschl, catedrático de filología clásica en Bonn, colega de Hermann Usener, nacido en 1834, que se dio a conocer por sus estudios sobre Epicuro y editó críticamente el difícil libro X de Diógenes Laercio. Usener, por tanto, estaba muy

próximo a la línea investigadora de Nietzsche, y por eso tuvo que apenar especialmente a éste haber perdido las buenas relaciones con el eminente colega.

En esa época también perdió interiormente a otra persona, a un viejo amigo, aunque exteriormente el contacto se mantuviera: Paul Deussen. Niezsche se queja de ello a Carl von Gersdorff el 2 de agosto: «Deussen estuvo aquí unos días. ¡Ah, esto es un capítulo singular! Me torturó hasta el agotamiento. El resultado es, como me escribe hoy, la emancipación total. Estoy seriamente... preocupado por su razón. Lo consume una ambición del todo insatisfecha.» No había de ser la última vez que Nietzsche comentara así una visita de Deussen.

La Meditación de Manfred

Nietzsche también había desafiado al destino en otro plano totalmente diferente, y había fracasado: como compositor.

A mitad de abril, antes todavía de la partida hacia el lago de Ginebra el día 16, escribe a casa: «Di a Gustav [Krug] que acabo de terminar una composición para cuatro manos, de la que estoy muy contento; se trata de una refundición de la primera página de mi *Noche de San Silvestre*, que se ha convertido en 7 páginas.» Se trata de la infortunada *Meditación de Manfred*[125]; infortunada en primer lugar porque tiene como presupuesto dos negaciones, y la negación nunca constituyó una base productiva para el hacer artístico. Niega al antes tan admirado Schumann y a su música de Manfred, a la que quiere refutar musicalmente por medio de esta composición; y fomenta una aversión, recién surgida, al en otro tiempo igualmente admirado Byron. Todavía en 1888 escribiría en el *Ecce Homo* al respecto[5]: «Los alemanes son *incapaces* de cualquier concepto de grandeza: la prueba Schumann. Precisamente por rabia contra este edulcorado sajón, compuse una overtura alternativa a Manfred.» Ni una siquiera de sus otras numerosas composiciones surgió de una actitud así, al contrario: la mayoría de las veces como regalos de amistad. Por tanto no es lícito metodológicamente aplicar la crítica de Bülow de esta pieza a toda la creación musical de Nietzsche, ni pretender juzgar y condenar su musicalidad por este caso especial. También formalmente es una pieza infortunada: una mezcla de empréstitos provenientes de *Ecos de una noche de San Silvestre*, en la cual las partes tomadas se estilizan con gusto (Nietzsche siempre acorta y estiliza sus composiciones al retocarlas), y luego partes nuevas, originales, temáticamente determinadas por un trítono menor que se precipita a lo profundo, pero partes que en su *pathos* lúgubre resultan totalmente extrañas a las tomadas, sin que produzcan una tensión auténticamente musical como ofrece, por ejemplo, la sonata con sus dos sujetos. Si posiblemente Nietzsche intentó desquitarse de su fiasco con los *Ecos* ante Wagner

(a lo que remitiría la estilización formal y la renuncia al correcto *Baile de campesinos)*, esta vez, de hecho y en verdad, el fracaso se convirtió en catástrofe.

El 28 y 30 de junio, en Munich, había oído el *Tristán* en la competente interpretación hecha bajo la dirección de Hans von Bülow. Y decidió inmediatamente dedicar su última composición al admirado músico. El filólogo perseguido en su especialidad quería acreditarse como músico entre los músicos. El 20 de julio envió el manuscrito con una detallada carta de acompañamiento: «Qué agradable me resulta volverle a expresar con cuánta admiración y agradecimiento lo recuerdo. Usted me hizo posible el acceso a la más sublime impresión artística de mi vida;... y siendo incapaz de manifestarle esto más clara y elocuentemente, tuve la ocurrencia de descubrirle por medio del envío de esta composición... mi *deseo* de mostrarme auténticamente agradecido. ¡Un deseo tan bueno! ¡Y una música tan discutible! Ríase de mí, lo tengo merecido... Un panfleto berlinés contra mi escrito..., se aplica a aniquilarme, y una... réplica del profesor Rohde de Kiel, que aparecerá pronto, tiene la intención, a su vez, de aniquilar al panfletista... En medio de ello, sin embargo, quiero experimentar de nuevo la fuerza salutífera de *Tristán:* después volveré a los griegos, renovado y purificado. Pero dado que está en posesión de este hechizo, usted es mi médico: y si encontrara que su paciente hace una música horrible, entonces ya conoce usted el secreto artístico de los pitagóricos de curarlo con "buena" música... mientras que él, sin buena música... comienza a veces a gemir musicalmente, como los gatos sobre los tejados.»

Inmediatamente —ya el 24 de julio— Bülow responde al regalo con aquella crítica aplastante que siempre es sacada a relucir por todos aquellos que no quieren admitir el gran significado y función de la música y del propio componer para la vida e idiosincrasia de Nietzsche. Hasta cierto punto la crítica de Bülow se rige por su propia inmoderación; no desmerece en nada de los ataques de entonces del contrincante filológico Wilamowitz[7]: «Su *Meditación de Manfred* es lo más extremo en extravagancia fantasiosa, lo más fastidioso y antimusical, que me he encontrado desde hace mucho tiempo escrito en papel de música. Varias veces tuve que preguntarme: ¿se trata de un chiste?, ¿quizá pretendió usted hacer una parodia de la llamada música del futuro? ¿Es a conciencia que escarnece usted ininterrumpidamente las reglas de la armonía, desde la alta sintaxis hasta la ortografía corriente? Dejando a parte el interés psicológico... desde el punto de vista musical, su meditación sólo tiene el valor que en el mundo moral tiene un crimen... Una fantasía tambaleante en medio de una orgía de recuerdos de sones wagnerianos no es una buena base de producción... Si de verdad, admirado señor profesor, su aberración en el campo de la composición no es una broma —cosa que me veo obligado a seguir dudando—, entonces al menos componga usted sólo música vocal, y deje que sea la palabra quien tome el timón del bote que le hace andar vagando por el proceloso mar de los tonos... Usted mismo, por lo demás, califica su música de "horrible" —y de hecho lo es... perjudicial para usted mismo es que no pueda acallar su eventual sobreabundancia de inspiración de peor modo que violentando así a Euterpe... Bueno, quizá le cure el día 30 el *Lohengrin*, que por cierto desgraciadamente no se ofrecerá bajo mi dirección...» En un punto de esta crítica contiene una indicación acertada; Bülow percibe correctamente las posibilidades y limitaciones musicales de Nietzsche: efectivamente, de la mano formalmente rectora de una poesía, Nietzsche da lo mejor que tiene musicalmente, sus canciones denotan una auténtica aptitud lírica. Nada acertado, sin embargo, es el reproche de orgía de sones wagnerianos; no se encuentra tal cosa por ninguna parte. Esta imputación se basa en el falso supuesto de que la pieza surgió bajo la impresión de las últimas representaciones de *Tristán*. Sin embargo fue compuesta más de dos meses antes y recurre significativamente a ideas y proyectos antiguos. Con tales invectivas descubre Bülow deplorablemente un débil aspecto de su, por lo demás, gran carácter, una falta de dominio, una inclinación a lo inmoderado en el ataque ofensivo, que también Cosima por aquel tiempo lamenta como algo general, corroborado por muchos conocidos, sorprendente y extraño. Pero también aparecen claros los límites de su comprensión musical. Que esas llamadas contravenciones a la sintaxis no son tan graves, lo puso en claro ya un pequeño especialista —pero en todo caso un músico instruido—, Peter Gast; y Martin Vogel en 1965 ha explicado los «hechos» por medio de un detenido análisis[254]. Con las digresiones temáticas, las «audacias», Nietzsche muestra ya aquí aquella predestinación al impresionismo que había de manifestarse en las descripciones de la naturaleza que hace en el *Zaratustra*, y más tarde todavía en la vivencia de Turín y de su entorno. Bülow no podía alcanzar a comprender las salidas de la rígida armonía de su tiempo que de aquí surgen. El ropaje sonoro es insuficiente: piano a cuatro manos. Y sin embargo, como todas las fantasías desde el *Ermanarich*, está pensada —oída— para gran orquesta, pero reducida a la pobre realización de una impropia composición para piano, en cierto modo hecha como un «extracto para piano», dado que Nietzsche no dominaba la composición orquestal. También le falta a la obra, como a todas sus grandes fantasías, la disciplina y estilización formal. Por lo demás, el propio Nietzsche era consciente de sus flaquezas y limitaciones. El 24 de julio antes de recibir la crítica de Bülow, confiesa a su musical amigo Gustav Krug: «Me he *enamorado* de tu música... ella, por hablar bíblicamente, gotea el aceite de la gracia y de la melancolía; cómo me siento yo entonces con mis burdos negocios, torpemente balbucientes...; tú has llegado a ser algo: un hábil músico, mientras que yo me pongo en ridículo con lo "dionisíaco" y lo "apolíneo"... pues es nocivo estar musical-melancólicamente boca abajo tan tranquilamente como un oso en su piel... Como estas composiciones demuestran, caigo de modo auténticamente escandaloso en lo odioso-fantástico, en lo indeco-

rosamente extravagante... Si tuvieras una inclinación auténtica hacia Manfred..., entonces te prevengo seriamente... contra mi mala música... No tengo buen gusto y he venido muy a menos en mis conocimientos musicales, tampoco puedo... ya escribir ortográficamente. Ahora sólo soy músico en tanto en cuanto es necesario para mi uso casero filosófico.»

Si la fecha de esta carta (24 de julio) es correcta, Nietzsche manifiesta un presentimiento extrañamente preciso de lo que se avecinaba. Y si estas líneas hubieran sido escritas ya bajo la impresión de la crítica de Bülow, manifiestan una resignación en el instante del golpe, como una catástrofe natural, de la que tardaría mucho tiempo en liberarse. En el fondo esto le había afectado más que el panfleto de Wilamowitz. El que se le rechazara como músico le afectaba en lo más profundo de su ser, la filología sólo era un oficio aprendido. Sin embargo: sólo cuando apareció el alegato de Rohde y pudo enviárselo a Bülow, sólo por tanto cuando pudo rehabilitarse ante el músico como filólogo, es cuando le responde el 29 de octubre: «¡Esté usted seguro que nunca me hubiera atrevido, ni siquiera en bromas, a rogarle que examinara mi música, si hubiera tenido la mínima sospecha de su absoluta falta de valor! Por desgracia, hasta ahora nadie me había despertado de mi cándida ilusión..., de creerme capaz de hacer una música, si bien es verdad que grotesca y de aficionado, para mí profundamente "natural"... Y todavía ahora creo que usted la hubiera juzgado un punto más favorable —naturalmente sólo un pequeño punto— si yo se la hubiera ejecutado a mi modo, malo pero expresivo... ¡Imagínese que desde mi *más temprana* juventud hasta ahora he vivido en la más loca de las ilusiones y he encontrado *muchísimo* placer en mi música!... Siempre me pregunté de dónde provendría ese placer. Tenía algo de irracional... ¡Precisamente con respecto a esa música de *Manfred* tenía yo una sensación tan rabiosa, e incluso, sarcásticamente patética, que me proporcionaba auténtico placer, como si se tratara de una ironía diabólica! El resto de mi "música", debe creerme, es más humana, más suave y también más pura. Incluso el título era irónico, puesto que no conseguí pensar apenas otra cosa del *Manfred* byroniano, al que admiraba de muchacho casi como mi poesía preferida, sino que era un absurdo sin forma alguna y monótono... Me ha *ayudado mucho*, es una confesión que la hago todavía con algunos dolores. ... Digo, como los niños cuando han hecho alguna tontería, "de verdad no lo volveré a hacer".» Pero no había de pasar medio año cuando volvió ya a hacerlo. ¡No pudo decidirse ahora, ni tampoco en unos cuantos años todavía, a abandonar definitivamente esta agradable ocupación de su fantasía, en la que se expresaba «el ser profundo de su naturaleza» (como había de declarar pocos años después al respecto)! Efectivamente, como Bülow observó rectamente, las composiciones de Nietzsche en general, y esta *Meditación de Manfred* en particular, son de un enorme «interés psicológico». Todavía más instructivo que la carta enviada, es un borrador de una carta a Bülow[8]: «Pues, sintiéndolo mucho, he de admitir que hago música de propia cosecha desde la niñez, que conozco la teoría por el estudio de Albrechtsberger, que he escrito cantidad de fugas y soy capaz, hasta cierto grado de limpieza, de conseguir el estilo puro. En cambio, a veces me acomete una veleidad tan desmesurada y bárbara, mezcla de obstinación y de ironía, que hace que, al igual que usted, tampoco pueda percibir claramente qué es lo que en la última música hay de serio, de caricatura o de sarcasmo. Se lo he ofrecido a mis más íntimos compañeros de vivienda (¡oh, los *boni!*) como panfleto de música descriptiva. Y la caracterización original del estado de ánimo fue *cannibalido*. Así pues, sintiéndolo mucho, ahora me parece claro que toda esa mezcla de *pathos* y maldad responde absolutamente a un auténtico estado de ánimo, y que al escribirla experimenté un placer como nunca lo había experimentado hasta entonces... Así que estoy... infinitamente lejos, desde esa irritación musical casi psiquiátrica, de juzgarla y honrarla como música wagneriana. Respecto de mi música sólo sé una cosa: que con ella me enseñoreo de un estado de ánimo de insatisfacción, y más nocivo quizá. En aquélla respeto precisamente la necesidad suprema... Pero lo que me resultó especialmente placentero de la última música fue precisamente una cierta caricatura de aquella necesidad, hecha dentro del más extravagante exceso. Y tuvo que ser precisamente este exasperado contrapunto el que confundió mi sentimiento hasta el punto de quedarme totalmente sin capacidad crítica... Pero ahora quiero emprender una cura musical: y, si estudio en su edición las sonatas de Beethoven, quizá me ponga bajo su dirección y control espirituales.»

Cuando le importa en serio la música, siempre topamos, en Nietzsche, con su predilección por Beethoven.

Intermezzo alegre

Sin embargo también esta época tuvo sus puntos luminosos, y todavía dominaba en el modo de vida de Nietzsche una alegría por la existencia y por la acción, cuyo impulso benéfico fue capaz de hacerle superar las contrariedades. Sigue intentado como siempre poner al «demonio de la filosofía» de acuerdo y en relación con su especialidad; trabaja en un libro sobre los filósofos griegos; sobre todo le ocupa una interpretación de los presocráticos; esta tarea autoimpuesta lo entusiasma. Ello lo coloca «en una cierta tensión desbordante», según comunica a Rohde el 11 de junio. «Tengo el placer de tener conmigo a mi hermana, que está de visita, y de llevar con ella la existencia más inocente», se dice más adelante. Nietzsche se esfuerza por superar serenamente el ataque de Wilamowitz.

También está en Basilea un viejo amigo y colega de estudios: Heinrich Romundt, nacido en 1845, quien desde comienzos del semestre de verano desempeña el puesto de docente privado de filosofía y vive en la misma

casa que Nietzsche y Overbeck. Filosofan y polemizan juntos, y maduran sus escritos intelectualmente revolucionarios, lo que hace que su casa reciba el mote de «cabaña del veneno», como remedo del nombre de una taberna de Basilea: Gifthütti*. Su escrito de habilitación *El conocimiento humano y la esencia de las cosas*, aparecido en agosto, lo publicó Romundt con una dedicatoria a Nietzsche.

La gran experiencia feliz del mes de junio fue la *Misiva* de Richard Wagner contra Wilamowitz, aparecida el 23 de junio en el *Norddeutsche Allgemeine Zeitung*[260]. Todavía en el *Ecce Homo*, en 1888, Nietzsche se lo agradece conmovido[5]: «¿Alguna vez alguien ha entendido algo de mí, *me* ha entendido? Uno sólo, y ningún otro: Richard Wagner... ¿Quién de mis "amigos" alemanes... hubiera conseguido rozar siquiera en lo más mínimo la *profundidad* de penetración con la que hace dieciséis años se convirtió en profeta por lo que a mí se refiere? En una carta me presentó entonces... a los alemanes con estas palabras inmortales: "Lo que esperamos de usted sólo puede ser la tarea de una vida entera, y precisamente la vida de un hombre a quien necesitamos en extremo, y usted se presenta como tal a todos aquellos que desde la fuente más notable del espíritu alemán... piden explicación y orientación sobre cómo ha de ser la formación alemana, *si* quiere ayudar a la nación resurgida a conseguir sus metas más nobles."» Así, con todo el peso de su prestigio y ante la opinión pública entera, Wagner mantuvo su mano protectora sobre el joven amigo. El cogió a Wilamowitz por la última sentencia de su panfleto, en la que se dice (p. 32)[270]: «La juventud filológica alemana, quien, en la ascesis de un trabajo en el que renuncie a sí misma, ha de aprender a buscar en todo únicamente la verdad, a liberar su juicio por medio de una lealtad solícita; y asimismo, a comprender que es la antigüedad clásica quien le ofrece lo único imperecedero, aquello que augura el favor de las musas y que en tal profusión y pureza sólo la antigüedad clásica puede ofrecer..., la riqueza de sus pechos e igualmente de su espíritu...», y pregunta por los frutos de ese trabajo ascético. Piensa primero en su propia etapa escolar y recuerda con pesar: «... cómo resultó posible a mis futuros profesores de la Nikolaischule y de la Thomasschule de Leipzig exterminar en mí completamente esas aptitudes e inclinaciones... Sólo en el curso de mi desarrollo posterior, al volver a germinar sólidamente al menos aquellas inclinaciones, me hice consciente de que, por una educación mortalmente falsa, algo en mí había sido realmente reprimido... En cambio tuve que maravillarme, al contrario, aunque envidiaba a Mendelssohn por haber acabado filología, de que ella no le impidiera escribir la música que escribió para los dramas de Sófocles... También he conocido a otros músicos que seguían siendo griegos cabales, pero con cuyas direcciones, composiciones y ejecuciones no había nada que hacer... (después de una cita de Wilamowitz): Del todo cautivado por estas magníficas palabras finales de su panfleto, me asomé al resurgido imperio alemán buscando los éxitos indudablemente efectivos y públicos de la acción bienhechora del cultivo de esta ciencia filológica... Lo que me resultó notorio de principio fue que todo lo que entre nosotros se manifiesta como dependiente del favor de las musas se las arregla sin ningún tipo de filología... Pues esto al menos resulta evidente: que la filología actual no ejerce influencia alguna sobre el nivel general de la formación alemana... No creíamos que se procediera tan burdamente en el "servicio de las musas", ni que su "favor" dejara tras sí una falta de educación tal como la que tuvimos que experimentar en un poseedor de "lo único imperecedero..." Yo, por mi parte, siento profundamente una experiencia tal como la que tengo del caso anteriormente expuesto... ¿De qué vale, pues, hacer esfuerzos en el campo de la filología?... Esa pregunta se la dirigimos precisamente a usted, que siendo tan joven fue reclamado por una universidad y preferido a muchos por un extraordinario maestro de la filología para ocupar una cátedra, y que rápidamente se ganó aquí una confianza tan grande que pudo aventurarse a salir con denotada entereza de un contexto vicioso para denunciar sus males con mano maestra.» Y Wagner finaliza con las palabras que Nietzsche ha recogido en el *Ecce homo*.

* Juego de palabras entre Gifthütte (cabaña del veneno) y Gifthütti. *(N. del T.)*

El otro acontecimiento agradable de junio fueron las dos representaciones de *Tristán* en Munich, el 28 y el 30, bajo la dirección de Hans von Bülow. A esto se unió un reencuentro con el amigo Carl von Gersdorff y el afianzamiento de su amistad con Malwida von Meysenbug.

Nietzsche se permitió sólo unas cortas vacaciones. El jueves 27 de junio fue de Basilea a Munich, y el 1 de julio —inmediatamente después de la segunda representación— volvió a Basilea. Curiosamente la resonancia de este acontecimiento en sus cartas es escasa. Sólo después de una semana, y únicamente a Rohde, le oímos decir el 7 de julio: «¡Ah, mi querido amigo! ¡Es imposible hablar de *Tristán!* Habrá una repetición en la primera mitad de agosto; luego, con motivo del aniversario de la universidad, *Lohengrin* y quizá también los *Maestros cantores*.» Así pues, se trataba de representaciones tentadoras, a las que sin embargo no asistió a pesar de la buena oportunidad que le ofrecían las vacaciones de verano, y a pesar de la circunstancia de que la universidad quería enviarlo a él como su representante a la celebración del 400 aniversario de la universidad muniquesa. (¡Y a pesar de Wilamowitz!) Es verdad que todavía el 25 de julio expone en una carta a Rohde su intención de asistir: «El próximo martes viajaré a Munich para la fiesta del aniversario. Entre otras cosas, en un período de 9 días: *Lohengrin*, *Tristán*, el *Holandés* —Gersdorff quizá asista también... Me gustaría que oyeras el *Tristán* —es lo más tremendo, puro e inesperado que conozco. Uno flota en la dicha y en lo sublime.» Pero el 2 de agosto oímos (a Malwida v. Meysenbug): «Por fin no he ido a Munich: mi decisión vaciló al escribirme Gersdorff que no

podía ir... Resulta tan insoportable enfrentarse solo a un arte serio y profundo —en una palabra, preferí quedarme en Basilea.» Un párrafo del *Ecce homo* arroja una luz desenmascaradora sobre la razón profunda, entonces todavía inconsciente, de ese temor. Compara allí esta música con el haschisch, la considera como veneno, y luego continúa[5]: «Las obras anteriores de Wagner las veía yo por debajo de mí... pero todavía hoy busco una obra con la misma fascinación peligrosa, con la misma infinitud terrible y dulce, que el *Tristán;* busco en vano en todas las artes. Todas las singularidades de Lionardo da Vinci pierden su encanto ante el primer tono del *Tristán.* Esta obra es absolutamente el *non plus ultra* de Wagner... Considero como una dicha de primer rango haber vivido en el momento oportuno... para estar *maduro* para esta obra: hasta ese punto llega mi curiosidad de psicólogo. El mundo es pobre para aquel que nunca ha estado suficientemente enfermo para esa "voluptuosidad del infierno"... Pienso que conozco mejor que nadie lo tremendo que puede ser Wagner, los cincuenta mundos de extraños encantos para los cuales nadie sino él tuvo alas; y dado que soy suficientemente fuerte como para volver en provecho mío incluso lo más cuestionable y peligroso y volverme más fuerte con ello, llamo a Wagner el gran benefactor de mi vida. Aquello en lo que somos afines, el haber sufrido, también uno a causa de otro, más profundamente que lo ha hecho hombre alguno de este siglo, volverá a unir nuestros nombres eternamente.» En agosto de 1872, sin embargo, no fue suficientemente fuerte para enfrentarse a esta música sin el apoyo humano de su amigo Gersdorff. Es la primera vez que se substrae a la obra wagneriana.

Nietzsche pasa en Basilea un mes de julio terriblemente caluroso —en Basilea especialmente agobiante— y el de agosto, algo más agradable, trabajando en una nueva versión de sus *Conferencias sobre la enseñanza*, de lo que no resultará nada, y acabando el trabajo de Homero-Hesíodo para Ritschl. «Mi ocupación veraniega con los filósofos preplatónicos ha resultado especialmente fructífera», comunica el 21 de agosto a Rohde. También comienza a trabarse una nueva relación humana con el director musical Hugo von Senger, que trabajaba en Ginebra y a quien había conocido en Munich —un wagneriano ferviente como él. Senger es ahora importante para él porque ha emprendido, juntamente con su esposa Diodati, una traducción francesa del *Nacimiento de la tragedia*, que sin embargo nunca llegaría a acabarse. También se trabajaba en Florencia en una traducción italiana, según comunica el 5 de octubre a Gustav Krug. Así pues, ya en el caso de su primera obra, Nietzsche intenta introducirse en el ámbito cultural romano; una idea que habría de acrecentarse aún en el caso de sus últimas obras.

A fines de agosto, en el curso de un viaje, Malwida von Meysenbug, su hija adoptiva y el novio de ésta, el historiador francés Gabriel Monod, pasan algunos días de visita en Basilea. Desde el 3 hasta el 10 de agosto

está también allí la madre, y con este pequeño grupo de seis personas Nietzsche emprende un pequeño viaje por Suiza, cuya meta y punto culminante fue Rigi, al que ya se podía acceder cómodamente con el ferrocarril Arth-Rigi, inaugurado en 1871.

Refugio en la montaña

Para las vacaciones de otoño Nietzsche había prometido a su madre visitarla en Naumburg, pero cambió repentinamente su decisión; a cambio, recibió ella el 1 de octubre una información detallada y alegre de un viaje. Tras casi cuatro meses de estancia en Basilea, el 27 de septiembre Elisabeth había ido a Wiesbaden en visita familiar. El 28 también se marchó Nietzsche, pero no a Naumburg, sino a Chur a través de Zürich. Pero, a causa de fuertes dolores de cabeza y de un mal estado general, tuvo que interrumpir su viaje en Weesen (en el término occidental del lago de Walen); se trataba de aquel dolor de cabeza que desde entonces habría de convertirse en el fenómeno permanente que acompañaría a todo gran viaje. «A la mañana siguiente me levanté con dolor de cabeza. Mi ventana daba al lago de Walen, al que puedes imaginarte parecido al lago de los Cuatro Cantones, pero con mayor sencillez y sin su majestuosidad. Después viajo hacia Chur, por desgracia en medio de malestares siempre crecientes, que me hacen pasar casi indiferente por Ragaz y demás sitios: fui feliz de poder apearme en Chur... y al entrar en el hotel Lukmanier rápidamente me tiendo en la cama... Un buen... camarero me recomienda el paseo hasta Passugg[99]... Subo muy cómodamente por la carretera: ante mí todo aparece, como el día anterior, en una dorada luminosidad otoñal... Después de media hora una pequeña senda... Entonces llego a la garganta por la que ruge el Rabiusa: no puedo ponderarlo suficientemente. A través de puentes y estrechos caminos abiertos en el despeñadero avanzo alrededor de una media hora y encuentro por fin, señalado por una bandera, el balneario de Passugg[99]... Tarde, hacia la puesta de sol, doy la vuelta muy contento por la tarde pasada —a pesar de que hube de pensar a menudo en la aprobación o no naumburguesa... El lunes me levanté a las 4, después de las 5 salió el correo. Antes hubimos de aguardar sentados en una sala de espera maloliente... La partida me liberó: pues había ya acordado con el cobrador que ocuparía *su* sitio arriba en el coche. Allí estaba solo: fue el viaje más hermoso en el correo que he vivido nunca. No escribo nada sobre la tremenda grandiosidad de la *Via mala:* me parece como si hasta entonces no hubiera conocido nada de Suiza. Esta es *mi* naturaleza, y cuando llegamos a las cercanías del Splügen, me sobrevino el deseo de quedarme aquí... Este valle altoalpino... hace todas mis delicias: hay en él un fuerte aire puro, colinas y roquedales de todas las formas, en derredor poderosos montes nevados... ahora sé de un rincón donde puedo vivir,

fortaleciéndome y en viva actividad, pero sin compañía alguna.» Sobre el curso posterior de su viaje informa a su hermana a mitad de octubre, después de su vuelta: «Mi viaje resultó... incomparablemente bien desde mi punto de vista masculino... ¡Aire de las alturas! ¡Aire altoalpino! ¡Aire altoalpino central! —Salió mál un intento de viajar a Italia—, ¡un aire asquerosamente blando y ninguna luminosidad! Llegué hasta Bergamo... y me volví a toda prisa, precipitadamente, al Splügen... El último día de todo el viaje fue un día de otoño celestial... que pasé en Ragaz.» Esto fue el 10 de octubre. Una visita de Deussen trajo consigo una sombra: «Anteayer recibí la visita de Deussen. Eso ya pasó, pero ayer y hoy he tenido dolor de cabeza.» También esto habría de repetirse más tarde con frecuencia: dolor de cabeza como consecuencia de las visitas, precisamente de Deussen.

«La historia cultural griega» de Jacob Burckhardt

Algo diferente caló más profundamente que estas experiencias viajeras: Jacob Burckhardt expuso en ese semestre por primera vez su «Historia cultural griega». Sobre el éxito de estas lecciones escribía él mismo a Jakob Oeri el 17 de junio[61]: «Tengo 53 oyentes matriculados para la «Historia cultural griega». ¡Muchos han de permanecer de pie! —¡Imagínatelo!— Pero haré a los dioses una gran ofrenda si se llega al fin de septiembre sin contratiempos.» Nietzsche quería seguir también esas lecciones, pero no podía por ser docente. Por eso después de cada sesión acudía a la puerta de la universidad y en el camino de vuelta a casa hacía que Burckhardt le refiriera rápidamente lo que acababa de exponer, de lo que seguramente se seguía la discusión más fructífera. Todavía después de años Nietzsche tendría la alegría de recibir el texto en una cuidadosa transcripción de las lecciones hecha por su alumno, convertido en admirador, Louis Kelterborn[8]. Habrá que ver en este común trozo del camino el feliz punto armónico culminante de este encuentro tan significativo histórico-culturalmente. Fue un dar y tomar comprensivo y equilibrado, y para Nietzsche una dicha que se le introdujo tan profundamente en el ánimo que nunca pudo creer en el alejamiento de hecho sobrevenido, incluso a pesar del rechazo extremamente frío que le dispensó más tarde Jacob Burckhardt.

Ataque de Rohde a Wilamowitz

Si esta dicha, por su naturaleza, fue tranquila y profundamente interior, Nietzsche pudo regocijarse a gritos cuando el 15 de octubre, por fin, apareció el escrito de defensa de Rohde contra Wilamowitz[206], bajo el título inventado por Franz Overbeck de *Seudofilología*[8].

La forma es la de una *Misiva a Richard Wagner* de 48 páginas, cerca de un tercio, pues, más amplia que el ataque de Wilamowitz. El marco lo forma una defensa de la filosofía de Schopenhauer y de su continuación en el libro de Nietzsche, y de la obra de Wagner y de su contribución al arte. En una amplia parte central se refutan científicamente la mayoría de las objeciones filológicas de Wilamowitz. Rohde prueba cómo Wilamowitz, a pesar del gran campanilleo de citas, se había documentado insuficientemente, cómo había ignorado conclusiones esenciales de la nueva investigación y de importantes filólogos, y cómo su conocimiento de los autores antiguos era todavía excesivamente insuficiente, cómo obviamente no conocía documentos que justificaban la posición de Nietzsche, lo cual sería de perdonar a causa de su juventud (Wilamowitz escribió la *Filología del futuro* a la edad de 23 años), pero no la insolencia de emprender algo así partiendo de un conocimiento de tal modo lleno de lagunas. El peor reproche es, sin embargo, uno metodológico: Wilamowitz —sea a causa de una lectura superficial o debido a incapacidad de comprensión, o incluso a mala intención— había citado inexactamente, incluso falsamente, y construido sobre ello sus «argumentaciones»; y éste es sin duda el mayor delito que se le puede imputar a un filólogo. Un reproche fundamental de Wilamowitz a Nietzsche era que éste aplicaba sus ideas y reglas, sacadas de Schopenhauer, a la antigüedad, cuando sería obligación y presupuesto obvio de toda ciencia el mantener la objetividad y el obtener los criterios únicamente del asunto mismo y de su situación histórica; esto excluiría el uso de conocimientos que no puedan encontrarse ya en los autores antiguos. Este axioma, explica ahora Rohde, es una «confusión ingenua, con la que cualquiera, no siempre claramente consciente, transfiere sus propias ideas preferidas a la antigüedad. Puesto que una objetividad tal, que incluso en el análisis de la esencia más oculta del arte antiguo pretende apoyarse sólo en testimonios, es en principio puramente ilusoria. A este mundo maravilloso, reducido a escombros, de las glorias antiguas, no nos enfrentamos de otro modo que a la naturaleza total de las cosas: aquí como allí se nos impone una disuelta infinidad de objetos aislados, para la que nos sentimos interiormente impulsados a buscar una unidad, que, de nuevo, sólo podemos conseguir a partir de una unificación, surgida en nosotros mismos, del conocimiento intuitivo.»

Nietzsche había enfrentado al genio artístico mitificador el tipo del «hombre socrático», como el polo intelectual opuesto, disolvente del mito por medio de la *ratio*. Wilamowitz se considera aludido y ofendido, pero Rohde le prohibe identificarse con este «ilustre contrincante de una cultura artística» que, después de todo, era una potencia intelectual poderosa, y le dice que él y sus semejantes tienen tanto que ver con este tipo antiguo «como el mono con Hércules» (p. 12). Rohde se queda, pues, en la mordacidad de la expresión ofensiva y no corresponde a las formulaciones venenosas del ahora atacado. Así también en la p. 38, donde dice: «Esto

como contestación a la embrollada palabrería del Dr. phil... que da testimonio de su sorprendente ignorancia y de una indecible rudeza de ideas.»

E inicia el resumen de la parte filológica con las siguientes palabras (p. 44): «Pero ya es suficiente y más que suficiente de esta fastidiosa refutación del pasquinante. Para justificar a nuestro amigo, hube de atribuir a las petulantes pretensiones del Dr. phil. mayor saber del que realmente tienen, a saber, carencia de ideas, ignorancia y mala fe, propias no de un filólogo metódico y con capacidad de enjuiciamiento, sino de una caricatura absoluta del método crítico; propias de un auténtico seudofilólogo.» A ello añade el reconocimiento de la filología como una ciencia que incluye totalmente también la posibilidad de acceso a los valores internos, humanizadores, del mundo artístico antiguo. Y esto precisamente achaca a Wilamowitz como reproche fundamental: el haber fallado aquí, el tener aquí límites intelectuales y anímicos excesivamente estrechos (p. 3): «Obviamente nos las habemos aquí con un ejemplar de ese curioso *genus* de "críticos", a quienes les ha caído en las manos un libro en absoluto indicado para su entendimiento y que, dado que no han comprendido lo más mínimo de su contenido, ni —debido a la insuficiencia de sus talentos— estarán nunca en la situación de comprender lo más mínimo, precisamente de esa total falta de comprensión sacan el único fundamento para erigirse en "críticos" del libro... apenas pueden... comprender siquiera el sentido de la pregunta que el viejo Lichtenberg planteaba a uno de su orden: "Si chocan un libro y una cabeza y suena a hueco ¿es siempre esto atribuible al libro?"»

Nietzsche no cabía en sí de alegría y satisfacción. Da las gracias a Rohde el 25 de octubre: «No sé describir con palabras la ayuda que hoy me has prestado; ¡yo hubiera sido tan incapaz de prestármela a mí mismo!; sé además que no existe una segunda persona de quien pudiera esperar un regalo de amistad así... Comprendo ahora, ulteriormente, lo repugnante y penoso de aquel ataque, sobre todo en cuanto siento lo que tú has sufrido a cuenta suya... Tu escrito, con su magnanimidad y su audaz camaradería bélica, cayendo en medio de ese pueblucho cacareante —¡qué espectáculo!... Me gusta sobre todo escuchar el profundo tono fundamental que retumba continuamente, como en una gran cascada, sólo por el cual una polémica se solemniza y da la impresión de grandeza.»

Disonancias que permanecen

En esta fea controversia Nietzsche, de improviso, sorbe el veneno de la polémica. Había sido atacado y defendido con armas que para él hasta ahora —incluso en las (agresivas) conferencias sobre la enseñanza— habían sido extrañas, pero de las cuales ahora se vio rodeado de repente y en cuyo uso se habría de ejercitar continuamente. Desde la *Filología del futuro*

de Wilamowitz hasta el *Ocaso de los ídolos* de Nietzsche corre, por lo que se refiere al desenfreno de las invectivas, una línea ininterrumpida y ascendente. Pero ambos son prisioneros del «estilo de la época». Un ejemplo resulta especialmente cercano: la polémica de Bachofen contra Mommsen. Ya el 24 de enero de 1862, tras la aparición de la tercera edición de la *Historia romana* de Mommsen, Bachofen había escrito a un amigo[41]: «El lenguaje no tiene palabras para expresar la perversidad auténticamente canallesca del autor. Es una obligación protestar públicamente contra un libro así... Especialmente repugnante resulta la reducción de Roma a las ideas en boga en el más romo liberalismo prusiano moderno de cámara... Ya ve usted que tengo entre manos un asunto tumultuoso. Por favor no hable de ello. Perderé cerca de un año con el asunto.» Pero perdió ocho, hasta que en 1870 apareció su *Leyenda de Tanaquil*, como respuesta, en especial, al capítulo sobre los etruscos de la obra de Mommsen. El 4 de abril de 1870 Bachofen manifestaba al mismo destinatario otra vez sobre Mommsen[41]: «Lo más que puede hacerse es burlarse uno de ello. Una consideración seria es oportuna para trabajos serios, pero no para esas ignominias canallescas... Se ha tolerado este tabaco de taberna... Pues en el caso de los alemanes no se puede luchar con éxito contra una sociedad aseguradora de camarillas científicas o más bien no científicas. Pero, aunque sea yo el único, me siento obligado a protestar por una vez contra eso que considero como la más extrema decadencia.» Y todavía aparece después la expresión «servil camarilla berlinesa», el modelo para la primera glosa de Nietzsche sobre Wilamowitz, «todo huele a Berlín» (ver *supra*, p. 160) o sobre el «tono insolente de este joven berlinés». Esto y la expresión «repugnante sanador berlinés» descubren por sí mismas su procedencia: en Basilea no sólo se oían en casa de Bachofen. Nietzsche en esa época era invitado a menudo también por las mejores familias de Basilea. Los de Basilea no abandonaron a su original catedrático, y desde luego en absoluto por una crítica berlinesa.

Finalmente, pasó tres días felices en Estrasburgo, donde se reunió con los Wagner del 22 al 24 de noviembre. En Navidades esta vez fue a Naumburg, saliendo ya de Basilea el 21 de diciembre. El 26 de diciembre se dio una pequeña vuelta por Weimar, donde oyó por primera vez el *Lohengrin*, y el 27/28 de diciembre estuvo en Leipzig con el editor Fritzsch y con su viejo maestro Ritschl, ocasión en la que se llegó a aquella decepcionante desavenencia.

Pero al final de ese año no puede escribir, a pesar de muchas buenas horas, «fue un buen año», y eso que había comenzado con tanto éxito y tan prometedor. El 12 de diciembre escribe a Gersdorff: «Entre las cosas más difíciles que hemos de superar se cuenta ciertamente el aislamiento —hermanos, padres, amigos— que avanza firmemente y se hace cada vez mayor; todos se van, paulatinamente todo va convirtiéndose en pasado, y nosotros para nosotros mismos.»

No solamente había perdido la «isla de los bienaventurados» (Tribschen), el entendimiento con los compañeros de especialidad, y algunos amigos, sino que él mismo se había perdido como filólogo, como persona y como persona —a pesar de toda su seriedad— alegre y social. Su segunda voz, que en el *Nacimiento de la tragedia* y en las *Conferencias sobre la enseñanza* todavía estaba relegada al fondo tonal, pugna ahora por destacar y por llevar la dirección. Como regalo de Navidad para Cosima Wagner le entregó *Cinco prólogos a cinco libros no escritos*, entre ellos *Sobre el pathos de la verdad.* Aquí se anuncia una nueva era. En el pasado noviembre había comenzado con la adquisición de libros de ciencia natural para la biblioteca de la universidad[37]. Pero ya en la primavera el demonio que lo impelía había levantado cabeza: Primero en abril en la música del *Manfredo*, que en este contexto adquiere de repente «interés psicológico» (Bülow), y después, a fines de mayo, continuando esa autorrepresentación de la propia escisión interna, las primeras notas para el tratado profundamente escéptico *Sobre la verdad y la falsedad en sentido extramoral*, que nunca publicó. Lo comprendió bien: aquí se abría el abismo. Ahora dan comienzo las temerarias cadenas de pensamientos al borde del cráter, hasta que lo trague el vacío, como a su modelo de la Antigüedad Empédocles.

El hubiera podido escribir ya ahora lo que aparece antes del aforismo final del cuarto libro de la *Gaya ciencia: Incipit tragoedia.*

Capítulo 11
LOS PRIMEROS PASOS EN EL NUEVO AMBITO

(El semestre de invierno de 1872/73)

En 1872 Nietzsche fue invitado por los Wagner a Bayreuth a pasar con ellos las Navidades. ¡Las primeras fiestas de Navidad en Bayreuth! Pero, igual que un año antes había declinado la invitación a las últimas fiestas con un pretexto, quedándose en Basilea, también este año se disculpó, esta vez por razones de «agotamiento». En lugar de ello fue a Naumburg, sin tomarse la molestia de dar un rodeo, no muy largo, para hacer una corta visita en Bayreuth. Ya desde 1868 no había pasado las Navidades en casa; por lo tanto, el ir a Naumburg no correspondía a una tradición. Ciertamente la Navidad en casa de la señora del pastor Nietzsche había de ser devota y piadosa, cosa que no importaría especialmente a Nietzsche; y sin embargo esta retirada a Naumburg correspondía a una necesidad interna, es sintomática. No sería tampoco la última vez que, en una situación parecida de destrucción general de las relaciones y apoyos que mantenía, se refugiara en el último «reducto» seguro y permanente: la protección del indestructible amor maternal.

Pero no sólo faltó él en Bayreuth, sino que además no envió ningún regalo suyo, ni siquiera el anuncio de alguno, puesto que el año, desde la primavera, desde las inacabadas conferencias sobre los centros de enseñanza y la composición de *Manfred*, había sido pobre en producción. Es verdad que se conservan del verano y del otoño muchos proyectos y bosquejos, una larga serie de planes de libros, pero nada que fuera apto para la publicación. Todo se quedó en un intento, en una tentativa, en un acomodarse a la nueva situación, que se parecía irremisiblemente a un vacío.

De estos intentos fatigosos (puesto que no conducían a ninguna meta) provino el «agotamiento», y no desde luego de las cargas de su trabajo

No solamente había perdido la «isla de los bienaventurados» (Tribschen), el entendimiento con los compañeros de especialidad, y algunos amigos, sino que él mismo se había perdido como filólogo, como persona y como persona —a pesar de toda su seriedad— alegre y social. Su segunda voz, que en el *Nacimiento de la tragedia* y en las *Conferencias sobre la enseñanza* todavía estaba relegada al fondo tonal, pugna ahora por destacar y por llevar la dirección. Como regalo de Navidad para Cosima Wagner le entregó *Cinco prólogos a cinco libros no escritos*, entre ellos *Sobre el pathos de la verdad*. Aquí se anuncia una nueva era. En el pasado noviembre había comenzado con la adquisición de libros de ciencia natural para la biblioteca de la universidad[37]. Pero ya en la primavera el demonio que lo impelía había levantado cabeza: Primero en abril en la música del *Manfredo*, que en este contexto adquiere de repente «interés psicológico» (Bülow), y después, a fines de mayo, continuando esa autorrepresentación de la propia escisión interna, las primeras notas para el tratado profundamente escéptico *Sobre la verdad y la falsedad en sentido extramoral*, que nunca publicó. Lo comprendió bien: aquí se abría el abismo. Ahora dan comienzo las temerarias cadenas de pensamientos al borde del cráter, hasta que lo trague el vacío, como a su modelo de la Antigüedad Empédocles.

El hubiera podido escribir ya ahora lo que aparece antes del aforismo final del cuarto libro de la *Gaya ciencia: Incipit tragoedia*.

Capítulo 11
LOS PRIMEROS PASOS EN EL NUEVO AMBITO

(El semestre de invierno de 1872/73)

En 1872 Nietzsche fue invitado por los Wagner a Bayreuth a pasar con ellos las Navidades. ¡Las primeras fiestas de Navidad en Bayreuth! Pero, igual que un año antes había declinado la invitación a las últimas fiestas con un pretexto, quedándose en Basilea, también este año se disculpó, esta vez por razones de «agotamiento». En lugar de ello fue a Naumburg, sin tomarse la molestia de dar un rodeo, no muy largo, para hacer una corta visita en Bayreuth. Ya desde 1868 no había pasado las Navidades en casa; por lo tanto, el ir a Naumburg no correspondía a una tradición. Ciertamente la Navidad en casa de la señora del pastor Nietzsche había de ser devota y piadosa, cosa que no importaría especialmente a Nietzsche; y sin embargo esta retirada a Naumburg correspondía a una necesidad interna, es sintomática. No sería tampoco la última vez que, en una situación parecida de destrucción general de las relaciones y apoyos que mantenía, se refugiara en el último «reducto» seguro y permanente: la protección del indestructible amor maternal.

Pero no sólo faltó él en Bayreuth, sino que además no envió ningún regalo suyo, ni siquiera el anuncio de alguno, puesto que el año, desde la primavera, desde las inacabadas conferencias sobre los centros de enseñanza y la composición de *Manfred*, había sido pobre en producción. Es verdad que se conservan del verano y del otoño muchos proyectos y bosquejos, una larga serie de planes de libros, pero nada que fuera apto para la publicación. Todo se quedó en un intento, en una tentativa, en un acomodarse a la nueva situación, que se parecía irremisiblemente a un vacío.

De estos intentos fatigosos (puesto que no conducían a ninguna meta) provino el «agotamiento», y no desde luego de las cargas de su trabajo

de profesor, que, con seis horas semanales en el pedagogio y una sola lección de tres en la universidad ante dos oyentes, nunca habían sido tan pequeñas; y menos todavía de una productividad de la que no podía decirse que se hubiera acrecentado. Todo eso lo sabía Wagner, e incluso una persona mucho menos sensible que él se hubiera dado cuenta de la endeblez del pretexto. Así fue como Wagner reaccionó con un profundo disgusto, que llegó a agudizarse incluso reprochándose cosas a sí mismo. Hacía un año Nietzsche había enviado su composición *Eco de una noche de San Silvestre*, y Wagner la acogió con un tanto de mofa. ¿Había llegado eso a oídos de Nietzsche? Ahora se preguntaba si habría ido demasiado lejos, si habría herido sin querer la parte más sensible del ánimo de su joven admirador. Además, hubo de resultarle también enojoso el haber ofendido, e incluso quizá perdido, a un admirador tan fiel, entusiasta y capaz de entusiasmo, puesto que, por otra parte, era claro que apreciaba el talento profundo y la gravedad filosófica del joven intelectual. También por este tiempo escribe Cosima a Carl von Gersdorff: «Puede usted estar seguro de que sabemos lo que vale nuestro amigo y de que las pequeñas oscilaciones que surgen de cuando en cuando no pueden dañar en nada la más firme de las relaciones.» Pero Wagner se malhumoraba fácilmente. No sin extrañeza observaban él y Cosima en Nietzsche una creciente inclinación a expresarse polémica y apodípticamente. Cosima escribe a Malwida von Meysenbug en una carta en la que se refiere a las «conferencias sobre la enseñanza»[14]: «A veces se manifiesta en ellas una torpe rudeza al lado de una sensibilidad profunda en las ideas. Desearíamos que se dedicara sobre todo a temas griegos.»

El hecho de no venir a la primera celebración navideña en Bayreuth, y emprender sin embargo un largo viaje a Naumburg, también eso era una «rudeza» para Wagner, que no pudo superar durante largas semanas, ni siquiera cuando de modo inesperado y tardío —en los primeros días de enero— llegó un regalo personal, al menos para Cosima: los *Cinco prólogos a cinco libros no escritos (y no escribibles)*. Sólo cuando la pluma de Nietzsche volvió a moverse públicamente en defensa de Wagner y de la obra de Bayreuth y él mismo se ofreció como miembro del jurado para un concurso de trabajos sobre los Nibelungos, sólo entonces consiguió Cosima apaciguar al maestro hasta el punto de quedar ella misma libre para agradecer el regalo el 23 de enero en el corto texto de un telegrama[15]: «En medio de los sones de la canción de la fragua* me recuerdo de usted afectuosa y agradecidamente, aunque triste por su forzado silencio, Cosima Wagner.» Sólo el 12 de febrero puede trasformar esto en una carta: «... ¿por qué no le agradecí inmediatamente, incluso sin haber leído todavía el manuscrito, su cariñosa intención... aunque nada más fuera por medio de un par de líneas, como hice tan profundamente dentro de mi corazón? ¿Por qué dejé

* Wagner: *Sigfrido*, acto 1.º.

pasar la llegada del envío y el comienzo del nuevo año sin enviarle ni siquiera un telegrama diciéndole cuánto le recordaba? Ese es el punto sobre el que quiero tratar hoy con usted francamente... El maestro se había ofendido por su no venida y por el modo como nos lo anunció usted; estuve luchando entre decirle esto a usted inmediatamente y no decírselo, y por fin dejé al tiempo indulgente que hiciera desaparecer los insignificantes enfados y permitiera florecer la pureza de los sentimientos auténticos. Hoy ha sucedido esto, y cuando hablamos de usted no oigo el menor tono de una amistad ofendida, sino solamente la alegría por lo que nos ha vuelto a ofrecer.» Elogia a continuación el quinto trozo, «La lucha de Homero», donde Nietzsche considera al agón y a la lucha como el motor de la vida griega, y también de sus producciones espirituales. Se siente interesada por el primero, «Sobre el *pathos* de la verdad», porque ella misma había meditado sobre el tema del que allí se trata, la relación entre filosofía y arte, respecto a lo cual expresa ahora brevemente sus ideas, concluyendo así esta parte de la carta: «Creo que el conocimiento filosófico correcto ha de ser la base de todo trabajo intelectual, pero creo con usted que hay que filosofar lo menos posible, es decir, *hablar* sobre esas cosas... Por estas pocas palabras puede usted apreciar qué agradable y valioso me resultó precisamente este primer boceto; concuerda totalmente con mis meditaciones; así como el quinto me pareció el punto de arranque para aquello que creí poder reconocer como lo justo.»

Wagner y Cosima eran, con seguridad, lectores atentos y comprensivos; lectores como Nietzsche sólo se los podía desear. Pero a pesar de ello es extraño que no se horrorizaran sobre lo que Nietzsche anuncia en ese manuscrito, aunque no sea más que externamente en la desintegración formal.

No es una «obra», ni siquiera una parte de una obra planificada; pero tampoco se trata de un manifiesto «personal» dirigido directamente a la persona a quien se regala; no es un diálogo, ni tampoco la «respuesta», como promete en la dedicatoria. Tampoco son trabajos preparados cuidadosa y claramente, como los regalos de los últimos años; Cosima emplea correctamente la expresión «bosquejo». Fueron escritos en limpio (a partir de notas seguramente) en los días de Navidad en Naumburg, con fecha de conclusión 29 de diciembre de 1872; el cuaderno es recibido en los primeros días de enero, inadecuadamente encuadernado, con una cobertura marrón de piel guarnecida de metal. Extraña también la dedicatoria: «A la señora Cosima Wagner, con afectuoso respeto y como respuesta a preguntas oral y epistolarmente formuladas, escrito con espíritu divertido en los días de Navidad de 1872.» ¿Cómo puede corresponder ese espíritu divertido con el contenido? Cosima sigue escribiendo: «¿He de confesarle a usted que no supe qué había de hacer con el "espíritu divertido"?» Se trata del «placer rabioso» que lo había poseído por primera vez en la *Meditación de Manfredo* y que había de acompañar desde ahora toda su

producción, hasta los excesos más extremos del *Caso Wagner* (llamado por él «su opereta») y del doble correspondiente, el *Ocaso de los ídolos*. Verdad es que Wagner no podía suponer nada de ello todavía, pero sí tuvo por qué haberse dado cuenta con mayor claridad de que su protegido comenzaba a tomar extraños derroteros propios de pensamiento.

Los cinco «Prólogos»

El pensamiento básico de «La lucha de Homero», que el agón es el fermento de la existencia griega, pudo ser tomado de su conocimiento histórico y filológico de especialista. Pudo ser uno de esos pensamientos ya debatidos en la conversación, a los que se refiere la dedicatoria. Apenas pudo resultar nuevo este punto de vista para los interlocutores, y para la ciencia, desde luego, en absoluto[254]. Ernst Curtius, el historiador y arqueólogo excavador de Olimpia (1875-81), ya había desarrollado en 1856 esta visión de las cosas; Nietzsche la conocía, como muestra una carta de Rohde a Nietzsche del 22 de abril de 1871. Pero este conocimiento sólo le resultó concluyente cuando también Jacob Burckhardt basó en este presupuesto sus lecciones sobre su «Historia de la cultura griega» en el semestre de verano de 1872; y esto en permanente conversación con Nietzsche... Pero los amigos debieron haber puesto más atención en el modo como Nietzsche introducía esa idea, generalizándola humanamente, en las circunstancias presentes[4]: «se elimina el dominio del individuo aislado para que vuelva a despertar la lucha de fuerzas: una idea que se opone al "exclusivismo" del genio en el sentido moderno, y que presupone que en un orden natural de cosas siempre hay *varios* genios... Esta es la esencia de la imagen helénica de la lucha: reniega del dominio del individuo y teme sus peligros, desea un segundo genio como *medio de protección* contra el primero.» La procedencia de este segundo genio regulador la demuestra con el ejemplo de Platón, del filósofo, pues[4]: «Lo que en el caso de Platón, por ejemplo, es de extraordinaria importancia artística en sus diálogos es la mayoría de las veces el resultado de una competición con el arte de los oradores, de los sofistas, de los dramaturgos de su tiempo, inventada con el fin de poder decir al final: "Ved, también yo soy capaz de lo que son capaces mis grandes rivales; incluso puedo hacerlo mejor que ellos... Sólo la lucha me hizo poeta, sofista..."» La pretensión de dominio de la filosofía aparece más clara todavía en el cuarto artículo, «La relación de la filosofía schopenhaueriana con una cultura alemana», donde la calidad, e incluso la mera existencia de una cultura, se mide por su relación con un filósofo coetáneo.

A nosotros nos resulta directamente repulsivo el tercer capítulo, «El Estado griego», con su triunfal canto de guerra. El Estado sólo puede surgir y crecer de la guerra, y es, a su vez, la condición de la crianza del genio

guerrero, como sentido y culmen del hombre en general[4]: «Todo hombre, con toda su actividad, posee sólo dignidad en la medida en que, consciente o inconscientemente, es instrumento del genio; de lo que inmediatamente se saca la consecuencia ética de que el "hombre como tal", el hombre absoluto, no posee ni dignidad, ni derechos, ni obligaciones: el hombre sólo puede disculpar su existencia como ser totalmente determinado que sirve a objetivos inconscientes.» «Yo pensaría que el hombre guerrero es un instrumento del genio militar, y su trabajo, a su vez, sólo un instrumento del mismo genio.» Aquí despunta ya la exagerada apoteosis posterior de Napoleón. Tampoco esto podían saberlo los amigos, pero sí había de haberlos decepcionado la mueca convulsiva de esta visión: ¡Tal ensalzamiento de la guerra y tan cercano a los horrores sólo recientemente disipados de la guerra franco-alemana, para los que Nietzsche no se había mostrado anímicamente maduro en absoluto! ¿No sería esto la añoranza por parte del impotente de la fuerza y dureza que nunca poseyó en su vida? Quizá pueda disculpar a Nietzsche el entonces todavía floreciente romanticismo de la guerra y del héroe, del que dan pruebas los innumerables coros de soldados en la ópera (por ejemplo en Verdi, ¡pero jamás en Wagner!). Sólo la guerra de 1914/18 supuso el primer desmoronamiento de la leyenda del «baño de acero de la nación», aunque no la destruyó del todo. Pero Nietzsche va más allá de esto. Se cuestiona el valor de la existencia individual humana, y esto, por mucho que Nietzsche quisiera apelar formalmente a la base de la desvalorización schopenhaueriana del «fenómeno», tendría por qué haber disgustado, al menos, a Cosima, la cual, con ocasión de su conversión al protestantismo (el 31 de octubre de 1872), se había ocupado intensamente de cuestiones religiosas fundadas en el *ethos* cristiano. Pero se limita a asimilar esas ideas —ciertas ideas— al capítulo de la «Lucha de Homero». Tampoco entra en el fuerte ataque que se hace en ese artículo contra Marx y el socialismo, contra las expresiones «dignidad del trabajo» y «dignidad del hombre».

El segundo apartado, «Pensamientos sobre el porvenir de nuestros centros de enseñanza», no ofrece en absoluto lo que promete el título, sino la imagen de su lector ideal[4]: «El lector de quien yo espero algo ha de poseer tres cualidades. Debe estar tranquilo y leer sin prisa. No tiene que tratar de interferir siempre en la lectura consigo mismo o con su "formación". Y no debe esperar al final nuevas tablas, a modo de resultado.» El concepto de «tabla» está tomado en sentido amplio: ninguna filosofía dogmática, ningún «sistema». Aquí Nietzsche todavía ve correctamente sus límites.

El primero, el artículo más importante de la serie, «Sobre el *pathos* de la verdad», tuvo que resultar incomprensible a los amigos en sus últimos fundamentos. A cambio, tanto más nos interesa hoy día. Acabamos de ver que el «conocimiento» de Nietzsche del carácter agónico fundamental de la vida griega se basa en una experiencia vital propia, en una situación de competencia con Wagner[254]. Esta lucha era por el favor de la mujer.

Y el combate estaba ya decidido hacía tiempo; Wagner era el único vencedor y Nietzsche fue desterrado al papel de un trovador medieval que, en nombre del gran amor, solicitaba el favor de una dueña inalcanzable. Más allá de esta escenificación de primer plano, que ya no era una situación aguda sino crónica, no puede pasarse por alto la rivalidad en que el propio Nietzsche se empeñó: artista o filósofo. Ambas potencias se querellaban entonces, como nunca todavía, por una preeminencia que ninguna de las dos habría de conseguir jamás. En los mejores instantes llegaron siempre a la síntesis sólo de una filosofía configurada artísticamente, para la que pudo servir de modelo un Platón, a quien también se remite aquí.

En Nietzsche la cuestión se agudiza hasta hacerse una cuestión existencial. ¿Se puede siquiera vivir con la filosofía? ¿Posee la filosofía fuerzas constitutivas? ¿Puede ofrecer algo más que escepticismo y, en último término, aniquilación, si renuncia al dogmatismo? Y, en tal caso, ¿cómo puede evadirse de ello: aceptando fuerzas constitutivas del arte, que siempre pueden construir un mundo de ilusión, cosa que le está prohibida al filósofo, una vez que ha rechazado ya toda metafísica como engaño? El arte posee también una última y paradójica posibilidad de verdad que le está vedada a la filosofía: la confesión de su falta de veracidad, de su «artificiosidad» como proyección de la libre fantasía. La verdad del arte no tiene por qué ser objetiva; es subjetiva, estética (Grillparzer)[104]. Frente a ello la filosofía se dirige a la verdad objetiva. Pero ¿cómo ha de entenderse esto? «¡La verdad! ¡Ilusoria locura de un dios! ¡Qué importa a los hombres la verdad!

»Y ¡qué era la "verdad" de Heráclito!

»Y ¿dónde se ha ido? ¡Un sueño desvanecido, borrado de los semblantes de la humanidad con otros sueños! ¡No era la primera! Quizá un demonio sin sentimientos, de todo lo que, en rimbombante metáfora, llamamos "historia universal" y "verdad" y "fama", no sabría decir otras palabras que éstas: "En un apartado rincón cualquiera del universo titilante en innumerables sistemas solares hubo una vez un astro sobre el que las bestias inteligentes llegaron al conocimiento. Fue el minuto más altanero y falaz de la historia universal; y sin embargo sólo un minuto. Tras unos pocos respiros de la naturaleza, se entumeció el astro, y las fieras inteligentes hubieron de morir. Era también una cosa del tiempo: pues aunque se ufanaban de haber conocido ya muchas cosas, al final se dieron cuenta, para su gran disgusto, de que todo ese conocimiento era falso. Murieron maldiciendo la verdad. ¡Así eran aquellos animales desesperados que habían encontrado el conocimiento!"

»Esta sería la suerte del hombre si sólo fuera un animal cognoscente; la verdad lo llevaría a la desesperación y a la aniquilación, la verdad de estar condenado eternamente a la falta de ella.» Después de este caminar por la frontera extrema del escepticismo, la frase final resulta como un pegote: «El arte es más poderoso que el conocimiento, puesto que aquél quiere la vida y éste sólo consigue como última meta el aniquilamiento.» A pesar de ello señala epigramáticamente la propia posición contraria a la llamada de la filosofía, que, bien es verdad, también promete un premio grande, eterno: la fama imperecedera, alrededor de la cual gira la primera parte del pequeño estudio[4]: «La formidable lucha de la cultura estalla ante la exigencia de que lo grande ha de ser eterno; pues todo lo demás, que todavía vive, clama: ¡no!... ¡El camino conduce a través de cerebros humanos!... seres de corta vida, que... con trabajo pueden apartar de sí la ruina durante escaso tiempo... ¿Quién podría imaginar esa carrera de antorchas entre ellos, sólo por la cual perdura lo grande?... Los caballeros más osados entre estos ansiosos de fama, que creen encontrar sus armas colgadas de una constelación, hay que buscarlos entre los filósofos. Su actuación no los remite a un "público", a la excitación de la masa...; el recorrer solos el camino pertenece a su esencia... Los muros de su autocomplacencia han de ser de diamante, si no quieren ser destruidos y rotos... Su viaje a la inmortalidad es más fatigoso y difícil que ningún otro, y sin embargo nadie cree con más firmeza que el filósofo llegar a la meta... Él tiene la verdad; como quiera que dé vueltas la rueda del tiempo, él nunca podrá escaparse de la verdad.

»Es importante saber que tales hombres han vivido alguna vez. Jamás podría uno imaginarse como posibilidad inútil el orgullo del sabio Heráclito, por poner un ejemplo.»

El trozo citado anteriormente «En un apartado rincón cualquiera... etc.» se vuelve a encontrar al comienzo del pequeño escrito *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* dictado en junio de 1873 a Carl von Gersdorff. ¿Lo tomó allí del *pathos*, o se trata aquí de una anticipación hecha sobre los trabajos preparatorios para el escrito que sólo después pondría en limpio, o se remiten ambos párrafos al mismo material de notas? Ya aquí se confunde los límites de la obra del mismo modo que se considera típico en el caso de los escritos posteriores. La división en «libros» u «obras» resulta arbitraria —arbitraria por parte del autor—; comienza el diálogo continuo, el ininterrumpido esfuerzo por encontrar un suelo desde donde comprender y justificar el mundo y, sobre todo, la propia existencia, después de que absolutamente todo se ha vuelto cuestionable en la total destrucción del pasado año. Las grandes preguntas fundamentales de la filosofía, la pregunta por el último fundamento del ser y la de las posibilidades y límites de tales conocimientos, se le escapan a Nietzsche. Metafísica y lógica no son ya las disciplinas centrales, sino que son las preguntas por las posibilidades de la existencia humana, por el obrar humano, es decir, la ciencia y el arte, quienes pasan a primer plano, en la forma disciplinar de la ética y la estética.

El entorno filosófico

Hay algo que todavía ofrece la filología: los presupuestos científicos y el material para recurrir a los más antiguos filósofos griegos. Todo el semestre de invierno trabaja en un «libro de filósofos» que fundamentalmente ha de exponer a los filósofos preplatónicos. Pero tampoco aquí consigue atenerse al tema; su pasión por la discusión se lo impide. Continuamente aparecen entremedias tomas de postura frente a Kant y frente a la nueva estética. La disputa con Kant es especialmente frecuente. Es algo admitido en la investigación nietzscheana que Nietzsche nunca leyó a Kant en original —excepto la *Crítica del juicio*. Lo conocía a través de la interpretación de Kuno Fischer; además estaba el fuerte influjo kantiano de Schopenhauer y la perspectiva histórico-filosófica de Friedrich Albert Lange, que toma a Kant como eje y divide su obra: libro I *hasta Kant* y libro II *desde Kant*[149]. Pero el diálogo con Kant es tan intenso, desciende tanto al detalle, que se hace recomendable la formulación más cuidadosa: una lectura directa de Kant no se ha podido demostrar hasta ahora, pero no puede excluirse tampoco.

En la ocupación con los filósofos antiguos y con Kant —todos los eslabones intermedios no existen para Nietzsche— Nietzsche constituye el tipo del filósofo, tal como le habrá de servir de modelo. Son, primero, los «siete sabios» y los legisladores legendarios o también históricos, los filósofos poetas de la época presocrática, los que aparecen en sus visiones. «A cierta gran altura todo se une y compenetra: los pensamientos de los filósofos, las obras de los artistas y las buenas acciones.» «Existe un puente invisible entre genio y genio; ésta es la "historia" auténticamente real de un pueblo...»[1]

«Gran perplejidad respecto a si la filosofía es un arte o una ciencia. Es un arte en sus objetivos y en su producción. Pero tiene en común con la ciencia el instrumento, la representación en conceptos. Es una forma del arte poética...»[1] «Superación del saber por medio de fuerzas mitificantes. Extraño Kant. ¡Saber y creer! El parentesco más íntimo entre el filósofo y el fundador de una religión.»

«¿El filósofo del futuro? Tiene que convertirse en el tribunal supremo de una cultura artística, en la dirección general de seguridad, por así decirlo, frente a todos los excesos[1].» Dieciséis años más tarde, el 20 de octubre de 1888, en una carta a Malwida v. Meysenbug, él mismo se confiesa claramente como tal tribunal supremo: «¿No se ha dado cuenta de que desde hace diez años soy como una especie de director espiritual de los músicos alemanes, de que en todos los lugares posibles he vuelto a plantar la integridad artística, el gusto distinguido, el más profundo aborrecimiento de la repugnante sexualidad de la música wagneriana?»[121]

El filósofo se convierte en un juez artístico, como lo fue una vez Platón. Con ello se vuelve a tender aquí un puente directamente hacia la Antigüedad:

«La historia universal se acorta al máximo si se la limita de acuerdo con los conocimientos filosóficos importantes y se dejan de lado las épocas adversas a ellos. En los griegos, como en ninguna otra parte, apreciamos una vivacidad y una fuerza creadora como ninguna otra: llenaron la época más grande, produjeron realmente todos los tipos[1].» Explica qué clase de fuerza creadora es ésa a partir de la cual ve él que surgen los conocimientos filosóficos: «Al pensar hay que tener ya, por fantasía, aquello que se busca —solamente entonces puede la reflexión juzgarlo. Esto es lo que ella hace al compararlo con cadenas usuales y repetidamente comprobadas... En todo caso, esta producción de formas, en las que algo viene al recuerdo, es algo artístico: esta forma suscita el recuerdo, reforzándolo a la vez. El pensar es un suscitar.»

El pensamiento de Nietzsche se sale de la órbita de Schopenhauer y ya no da vueltas sólo en torno a Wagner como sol central. En el «*Pathos* de la verdad» se anuncia la emancipación de Wagner. Nietzsche mira dentro de un abismo no experimentado ni explorado y adivina la consecuencia: la soledad. Ya ha asimilado que él es diferente, que no son sólo sus compañeros de especialidad y de época los que ya no quieren saber nada de él; en las notas de ese invierno ya se encuentran trozos como los siguientes: «¡Terrible soledad del último filósofo! La naturaleza lo mira fijamente, buitres revolotean sobre él. Y grita, pues, hacia la naturaleza: ¡concede olvido!, ¡olvido!: No, él soporta como un titán el sufrimiento, hasta que le es ofrecida la reconciliación en el supremo arte trágico.»

«EDIPO

Charla del último filósofo consigo mismo.

Un fragmento de la historia de la posteridad.

Me llamo a mí mismo el último filósofo dado que soy el último hombre. ¡Nadie sino yo mismo habla conmigo, y mi voz llega hasta mí como la de un moribundo! Déjame sólo una hora más hablar contigo, voz querida, contigo, el último hálito de recuerdo de toda felicidad humana; contigo olvido mi soledad y me engaño en la pluralidad y el amor, puesto que mi corazón se resiste a creer que el amor esté muerto, no soporta el horror de la más extrema soledad y me obliga a hablar como si yo fuera dos.

»¿Te oigo todavía, voz mía? ¿Susurras algo al huir? ¡Y sin embargo tu huída debería estremecer al máximo las entrañas de este mundo! Pero ella vive todavía y me sigue mirando aún más brillante y fríamente con sus pupilas en las que falta la compasión; vive, tan necia y ciega como siempre, y sólo muere uno, el hombre.

»¡Y sin embargo! ¡Te oigo aún, voz querida! Alguien más muere conmigo, el último hombre, en este universo: el último suspiro, tu suspiro muere conmigo, el prolongado ¡ay! ¡ay! suspirado por mi causa, el último hombre gimiente. Edipo[1].»

Ya están aquí, imposibles de ignorar, los «tonos de *Zaratustra*», igual que la autoidentificación con un héroe antiguo.

Como nuevo factor, Nietzsche introduce ahora las ciencias naturales en su imagen del mundo. En aquellos decenios habían experimentado una fuerte revalorización en todos los campos. Pero no puede estar de acuerdo con el optimismo materialista que suscitaron en su época: «Nuestra ciencia natural, en la meta del conocimiento, se dirige al ocaso. Nuestra formación histórica, a la muerte de toda cultura. Ella lucha contra las religiones, de paso aniquila las culturas.

»Se trata de una reacción no natural contra la tremenda presión religiosa, ahora evanescente al máximo. Sin medida alguna[1].»

«Cuando hablo de la terrible posibilidad de que el conocimiento lleve al ocaso no quiero, en lo más mínimo, hacer un cumplido a la generación presente: nada posee en sí misma que tenga que ver con tales tendencias. Pero cuando se contempla el curso de la ciencia desde el siglo XV, aparece claro tal poder y posibilidad.»

Esta es su impresión, sacada de una dedicación repentinamente intensiva a esas ciencias. Para ello la biblioteca de la universidad le ofreció los libros; llama la atención la posibilidad aprovechada ampliamente y su selección de autores, puesto que también aquí elige los «solitarios», los impugnados, a los que se sentía unido por el destino.

Entre numerosas publicaciones antiguas y recientes resalta para Nietzsche el astrofísico Johann Karl Zöllner, diez años mayor que él (nacido el 8 de noviembre de 1834) que era catedrático desde 1866 en Leipzig, y de quien Nietzsche no tuvo noticia en sus tiempos de estudiante en esta ciudad. Ahora, el 6 de noviembre de 1872, retira de la biblioteca de la universidad la obra que acababa de aparecer, *La naturaleza de los cometas*, con cuya amplia introducción Zöllner había levantado escándalo y se había ganado la proscripción de sus colegas. Pocos días más tarde Nietzsche escribe a Rohde: «¿Has oído algo del escándalo de Zöllner en Leipzig? Echa una ojeada a su libro sobre la naturaleza de los cometas; hay sorprendentemente mucho ahí dentro para nosotros. ¡Este hombre honrado, desde ese hecho, está como excomulgado del modo más vil en toda la república de los eruditos, sus amigos han renegado de él y en todo el mundo se le considera como "loco"!... ¡Este es el espíritu de la oclocracia erudita de Leipzig!»

Anni Anders[37] ha mostrado la importancia de esa lectura para Nietzsche y las relaciones con su pensamiento. Nietzsche se interesa, en lo que respecta a la crítica ética, por los tres reproches que Zöllner hace a sus colegas: primero, una cierta superficialidad científica, en la que se olvidan decisivas publicaciones de los antecesores; segundo, «que la mayoría de los actuales representantes de las ciencias exactas carecen de un conocimiento claramente consciente de los primeros principios de la teoría del conocimiento»; y tercero, la «popularización» de la ciencia, por la que científicos bien dotados buscan una «fama» fácil entre la masa, descuidando lo importante, la responsabilidad con respecto a su saber. Nietzsche no reconoce ninguna ciencia en sí como irresponsable y éticamente «carente de valor». Por tanto, también aquí la pretensión del filósofo de ser «tribunal supremo», tras la cual se ve fácilmente el «Estado» platónico. «En comparación con Zöllner, Nietzsche dirige la cuestión a lo fundamental. Zöllner, para quien el valor de la ciencia es indiscutible, clama sólo contra la ética decadente de los científicos; Nietzsche, por el contrario, cuestiona la propia imagen del mundo de la ciencia natural[37].» «En el apartado III... Zöllner desarrolla una teoría sobre el "origen de la conciencia científica" y sobre el "origen y significación práctica del entendimiento". Según él, la conciencia científica, igual que el sentimiento ético de pudor, ha surgido de la responsabilidad social por la especie e, indirectamente, para provecho del individuo. El motor original es aversión y deseo. Nietzsche encontró aquí una confirmación de su deducción del "*Pathos* de la verdad".»

Una lectura totalmente diferente conmovió su relación con el arte, basada en la concepción romántica del arte de Schopenhauer-Wagner: los *Estudios sobre estética* de Grillparzer[104]. El 7 de diciembre de 1872 escribe, también a Rohde, sobre ello: «Mientras tanto lee el penúltimo tomo de Grillparzer..., que trata de estética: ¡él es casi siempre uno de los nuestros!»; éste es un asentimiento del todo extraño para aquel tiempo, puesto que Grillparzer vuelve a hacer justicia enérgicamente a la forma, a la «honradez estética» (como se llamará más tarde en Nietzsche) frente a los «contenidos», tan altamente considerados todavía: «Lo perfecto en su tipo, es decir, aislado, es lo bello estéticamente; esto, en su relación a lo perfecto total, lo bueno moralmente.»

«Bello es lo que por la perfección en su tipo despierta la idea de la perfección en general.» «El así llamado dictamen moral es el mayor enemigo del verdadero arte, puesto que una de las ventajas fundamentales de este último consiste precisamente en que, por mediación de él, también se puede gozar de aquel aspecto de la naturaleza humana que la ley moral, con todo derecho, mantiene alejado de la vida real.» Pero resulta incomprensible cómo el «wagneriano» Nietzsche pudo aceptar sin reticencias los argumentos de 1856 de Grillparzer sobre *Los corruptores del arte*. «Los artistas sobresalientes son los que corrompen el arte entregándose con excesiva predilección a orientaciones individuales. Pero el reproche no los alcanza propiamente a ellos... Pero cuando los imitadores, seducidos por el esplendor del nombre..., se entregan a lo individual sin poseer la individualidad... entonces el arte se aleja de sus caminos y penetra en ellos el asilvestramiento... Así, en la música, Beethoven es quizá un talento musical tan grande como Mozart o Haydn, sólo que hay algo bizarro en su disposición natural, unido al esfuerzo de ser original y a las conocidas circunstancias tristes de su vida, que le ha llevado a que, en el desarrollo posterior llevado a cabo por sucesores faltos de talento, el arte tonal se ha convertido en un campo de batalla donde el tono con el arte y el arte con el tono luchan sangrientamente.»

El entorno burgués

Pero todo esto es demasiado nuevo y arriesgado. Los nuevos espacios intelectuales abiertos le resultan a Nietzsche todavía extraños, y lo usual ha perdido su apasionante efecto. Así no avanza en parte alguna hacia resultados maduros para la publicación. Después de su retorno a Basilea el 5 de enero de 1873, se recoge rápidamente tras la fachada de una vida hogareña satisfecho-burguesa. Sus cartas a casa resultan verdaderamente prosaicas, cosa que él mismo anota el 7 de enero: «Mi carta es como la carta de una cocinera.» Se encuentra con invitaciones sociales, espera contento la visita de Gersdorff, que viene del 17 al 20 de enero, y acepta el nombramiento que le hace la «Asociación general alemana de música» (el profesor Riedel en Leipzig) como jurado para la concesión de un premio por un trabajo sobre los Nibelungos (el *Anillo* de Wagner). Tienen que ser tres los miembros del jurado, y se le pide a Nietzsche que haga proposiciones para un tercer experto. En un proyecto de carta de fines de enero al profesor Riedel se encuentra esta sorprendente propuesta: «Yo nombraría al señor Hans von Bülow, de cuyo juicio incondicionalmente válido, de cuyo rigor crítico, tengo la mejor opinión y experiencia. Importa mucho que encontremos un nombre bien conocido, que sea tan estimulante como intimidador, y esto es el nombre Bülow.» Pero el 31 de enero de 1873 escribe a Rohde: «El profesor Heyne, el profesor Simrock y yo somos los jueces; el primero a propuesta mía.» ¿Era la nominación de Bülow en un *proyecto* de carta sólo una «antítesis irónica» con la que quería reaccionar con «generosidad» frente a la humillación musical que le había causado Bülow? Puesto que la carta definitiva a Riedel no parece haber sido conservada, no sabemos si esa proposición superó el estado de «proyecto» o si se quedó en él.

Sí iba en serio otra moción de Nietzsche a Riedel: «... encuentro la suma del premio extremadamente pequeña y en consideración de la absoluta importancia del tema y de la ocasión, demasiado pequeña en exceso. Hemos de poder competir, al menos, con las sumas que ofrece para premios una academia alemana, sólo esto me parece digno de una asociación tan grande y de una ocasión así de única», y propone: «La asociación promete como premio un vale entero del patronato.» Esto era, después de todo un importe de 300 táleros a favor de la empresa de Bayreuth, y el poseedor del vale del patronato tenía acceso a los próximos primeros festivales de Bayreuth. Nietzsche tuvo éxito con esta propuesta, tal como informa también a Rohde. Esta circunstancia del jurado lo llevó de nuevo a terrenos de Bayreuth, lo unió otra vez a las viejas relaciones, pero los estudios y proyectos que surgieron de ahí tampoco fueron fructíferos, exexcepto un manifiesto, aparecido el 17 de enero de 1873 en el *Semanario musical* de Fritzsch, contra Alfred Dove (el editor del semanario *En el nuevo imperio)*, bajo el título de «Una palabra de año nuevo», en el que toma

apasionadamente partido en favor de Zöllner, atacado por Dove, y en favor de Wagner, a quien el psiquiatra muniqués Puschmann había tildado de «demencia total».

Por contraposición, quedaron en bosquejos los pensamientos para un programa, *Las posibilidades de una cultura alemana* y *Consideraciones sobre el horizonte de Bayreuth*, sin que lo hicieran avanzar en su camino filosófico, todavía entonces más presentido que prefigurado. También perdió entonces ya la íntima relación con su obra, el *Nacimiento de la tragedia*, aparecida justamente antes del comienzo del año, que le había proporcionado tantos disgustos bajo la forma de enemistosidad y aislamiento. La disputa Wilamowitz/Rohde, que continuó y acabó con una apostilla de Wilamowitz, *Filología del Futuro II*, aparecida el 21 de febrero, apenas le interesó ya, incluso no quiso siquiera darse por enterado, cosa que no mantuvo después. Tampoco se encuentra en sus cartas a la familia o a los amigos ninguna consideración sobre la continuación y final de su último trabajo filológico (sobre la disputa de Homero y Hesíodo), aparecida el 24 de febrero en el *Museo renano*. No deja entrever si sufre por el enfriamiento de su entorno más cercano con respecto a él, si le ocupa el alejamiento de Ritschl. Sólo escribe en su carta del 31 de enero a casa: «En Leipzig sigue habiendo gran enojo conmigo: la señora Wagner sostuvo con el viejo Brockhaus un duro combate por mí, en el que salieron a la luz cosas incomprensibles... si uno no tuviera unos cuantos amigos, se vería rápidamente abandonado y pisado en el suelo. Pero es así como se sigue adelante con valentía»; y de nuevo el 22 de marzo a Rohde: «... y maldice de nuevo al demonio que nos separa, o, para hablar del todo directamente, al necio comportamiento de los de Friburgo, que podían tenerte, o, todavía más directamente, a la cordial perfidia de mi "amigo" Ritschl, que se lo ha impedido.» Una carta de Ritschl al senador Vischer del 2 de febrero de 1873 aclara el estado real de las cosas por entonces[253]: «¡Pero nuestro Nietzsche! Sí, esto es realmente un capítulo triste, como también usted —a pesar de toda la benevolencia para con esta excelente persona— lo comprende en su carta. Es extraño cómo en este hombre viven realmente dos almas, una al lado de otra. ¡Por una parte, el método más estricto de investigación científica perita... por otra, ese fanatismo religioso-mistérico-artístico, wagneriano-schopenhaueriano, fantástico-exaltado, virtuosista, que cae en lo incomprensible! No es exagerado decir que él y sus adeptos —que están totalmente bajo su mágico influjo— Rohde y Romundt, van fundamentalmente en pos de una nueva fundación religiosa. ¡Qué Dios lo remedie! Nada de lo que aquí ahora indico se lo he ocultado a él, amistosamente, tanto por carta como de palabra. Al final resulta que nos falta mutuamente comprensión; él resulta para mí vertiginosamente alto, yo para él a ras de suelo como una oruga. Lo que más me molesta es su impiedad contra su auténtica madre, que le ha amamantado en sus pechos: la filología.»

Un pequeño ataque de gripe, poco después de su regreso a Basilea,

redujo las defensas de Nietzsche y también su acometividad; estaba contento de no tener que abandonar sus obligaciones más cercanas. Puede informar a casa el 31 de enero: «Quisiera encontrarme algo mejor de salud... pues aunque esta semana he cumplido todos mis asuntos profesionales, no se ha mejorado mi estado gripal... Un constipado, tos y abatimiento fatales; algo, en suma, muy trivial, pero suficiente para despertar a uno el sentimiento de que está enfermo.» A pesar de ello no dejó de acudir el 16 de enero a una brillante fiesta de patricios en la «Casa azul», situada en Rheinsprung (cerca de la universidad). Sin haberla curado correctamente, arrastró esta gripe hasta mitad de febrero. Es entonces cuando encuentra el ánimo para escribir, con toda buena intención, un regalo musical: «... en los últimos días he hecho un regalo de bodas para la señorita Olga Herzen, quien se casa en marzo con el señor Monod: una composición para cuatro manos, pensada para el matrimonio, y con el título de *Una monodía à deux*. Ha salido bien y creo que no me atraería ninguna carta de Bülow.» (A Rohde, el 21 de febrero.) Esta boda de la hija adoptiva de Malwida von Meysenbug con el historiador francés Gabriel Monod tuvo lugar el 6 de marzo en Florencia. Nietzsche tampoco se había tomado demasiadas molestias con la composición. No había nada nuevo excepto el título, un gracioso juego de palabras con el nombre de los agasajados (Monod-ie, como paradoja para dos destinatarios, y un subtítulo «Elogio de la misericordia» —«Lob der Barm*herz*igkeit»—). Se trata de un empréstito, fiel nota a nota, tomado de sus proyectos para un oratorio de Navidad, exactamente el que lleva el título *Introducción a la Anunciación Mariae*, compuesto en marzo de 1861[125].

Dado que sus manuscritos musicales estaban en Naumburg, tuvo que haber concebido el plan para este regalo ya allí en los días de Navidad, y, o bien haber hecho copias ya entonces, o bien haber llevado temporalmente los originales a Basilea. El agradecimiento de los agasajados no debió ser muy convincente, puesto que Nietzsche informa sobre ello a Rohde el 5 de abril sensiblemente defraudado: «Ella y su Monod me han escrito al respecto, pero el último muy a lo francés y como persona política, lo que a mí me parece fuera de lugar en un asunto privado como éste.» Pero Nietzsche mismo no había considerado el asunto tan estrictamente privado, puesto que regaló un segundo ejemplar por otra parte. Como sucede tan a menudo, también de esta pieza existen dos versiones con una parte final muy diferente en ambas —también aquí se manifiesta su inseguridad en los finales—, una de las cuales lleva sorprendentemente la dedicatoria: «A mi amigo Franz Overbeck, el compañero en el juego y en lo serio de Schützengraben 45», con lo que hace referencia al frecuente tocar en común el piano, así como a las conversaciones serias. A causa del final pomposo (donde en la partitura de piano aparece «tromboni»), que suena a iglesia, parece que Wagner, dado que los Monods sólo se habían casado por lo civil, dijo, después de haber tocado la pieza con Nietzsche al piano: «Con esto ha impuesto a los Monods también la bendición papal[254].»

El 24 de febrero Nietzsche huyó de la famosa y exagerada tamborilada del carnaval de Basilea (que tiene lugar *después* del miércoles de ceniza) a Gersau, en el lago de los Cuatro Cantones, y ahí encuentra finalmente, de modo pasajero, la paz interior para recapacitar sobre su relación con Wagner. Lo hace en conversación epistolar con su amigo Carl von Gersdorff, quien precisamente está ya especialmente iniciado en esa relación y a quien escribe al respecto: «Tengo magníficas cartas del maestro y de la señora Wagner; se ha evidenciado lo que yo no sabía en absoluto, que Wagner ha estado muy molesto por mi falta de comparecencia para el Año Nuevo. —Esto lo sabías tú, querido amigo, pero me lo ocultaste. Pero se han disipado todas las nubes, y está muy bien que yo no supiera nada, puesto que muchas veces no se actúa mejor sabiéndolo, sino, a lo sumo, mucho peor. Dios sabe, además, cuántas veces choco con el maestro: me maravillo de nuevo cada vez y no puedo comprender con exactitud a qué es debido exactamente... Dame tu opinión sobre estos repetidos choques. No puedo imaginarme en absoluto cómo puede guardarse más fidelidad a Wagner en todos los puntos fundamentales y cómo puede uno entregarse más profundamente que yo lo hago... Pero, en aspectos accesorios y en una cierta abstención, necesaria para mí y que incluso podría llamar "sanitaria", de un trato personal más frecuente, he de concederme la libertad de poder mantener aquella fidelidad realmente sólo en un sentido más alto... Esta vez no pensé ni un instante que hubiera producido ese choque; y temo siempre que, a causa de tales experiencias, me vuelva más temeroso de lo que ya soy.»

Capítulo 12
INTENTO DE SINTESIS

Los tres años siguientes hasta agosto de 1876 están señalados por un esfuerzo agotador por satisfacer tres exigencias y unificarlas, a la vez, hasta un cierto punto: profesión filológica, vocación filosófica y fidelidad a Richard Wagner. Fue un intento que no podía soportarse largo tiempo.

La llamada, siempre tormentosa y exigiendo el primado, de la filosofía, tuvo que seguirla Nietzsche, profesionalmente, eligiendo para sus lecciones y ejercicios, e incluso para las lecturas del pedagogio, fundamentalmente textos filosóficos o textos que pudieran recibir alguna consideración filosófica, al menos; esto ya lo había anunciado al final de su *Homero* con el lema: de que había de convertirse en filosofía lo que hasta ahora había sido mera filología.

Al comienzo supeditó todavía su obra filosófica, temáticamente, al método histórico-filológico y al programa cultural de Bayreuth («Strauss», «Historia»). Paso a paso, sin embargo, se fue independizando de esas ataduras. Para este desarrollo ya habían servido los *Cinco prólogos*, compuestos de modo totalmente personal para Cosima y no para la publicación. Pero a Nietzsche lo apremiaba el consumar su propia personalidad ante el público filosófico. De las trece «Consideraciones intempestivas», planeadas para ello, sólo realizó cuatro, algunas se quedaron en importantes borradores, el resto no llegó siquiera a proyecto —seguramente que no sólo por ello, pero también por falta de tiempo y de fuerzas, y como víctima de sus obligaciones profesionales. Sólo cuando se liberó de una parte de las lecciones —la enseñanza en el instituto— y después de la simultánea separación de «Bayreuth» (1876), Nietzsche fue libre para su primera obra filosófica independiente, *Humano-demasiado humano*. Algo más todavía tuvo Nietzsche que abandonar: su relación con la música. En 1873/74 termina, como última composición, el *Himno a la amistad*.

La salud fue lo primero que comenzó a resentirse bajo el convulsivo intento de síntesis (o simbiosis). A partir de la primavera de 1873 los empellones de las molestias de salud fueron haciéndose cada vez más cercanos en su sucesión y más graves. Comenzaron en Nietzsche por la constitución de su órgano más débil, los ojos. A partir de abril de 1873 tiene que hacer una cura de atropina y, a consecuencias de ella, queda tan disminuido en su capacidad visual que tiene que dictar sus trabajos. La dolencia se acentúa hasta el punto de que el 22 de mayo el médico le tiene que prohibir toda lectura, con lo que Nietzsche se ve obligado a dar clases de memoria durante dos semanas.

Nietzsche no era un «hombre de ojos». Nunca se sintió conmovido por una obra de pintura, ni de escultura, ni de arquitectura; incluso sus vivencias del paisaje, sus entusiasmos por los valles de montaña o por el mar, permanecen siempre algo dudosos; sus descripciones paisajísticas (por ejemplo en *Zaratustra)* poco plásticas, por tanto. Sus historias, incluso con la fantasía más vivaz, no admiten una representación en que se consumen. En esto coincide hasta cierto punto con Wagner, cuyas ideas para los decorados de escenario tampoco son, a fin de cuentas, realizables y exigen hoy todavía experimentación. Después de todo, Wagner actuó estimulantemente sobre los pintores, y hay cuadros en que se representan sus escenificaciones. Pero no hay «paisajes de *Zaratustra*», aunque sí un intento de traducción musical en la forma de una creación sinfónica (Richard Strauss). Esto señala una disposición esencial de Nietzsche. Realmente conmovido profundamente sólo lo fue por la música, y por la literatura sólo en tanto revelaba algún contenido filosófico o algún estilo existencial parecido al suyo. No se entusiasmó nunca con la belleza del lenguaje cultivado, por ejemplo en la poesía lírica —tampoco como filólogo. El lenguaje cultivado era para él sólo un criterio del estilo y de la «pulcritud intelectual», pero como tal no llega a ser una vivencia artística. La eufonía del idioma griego, por ejemplo de las canciones corales de Esquilo o de los Epinicios de Píndaro, no la menciona. Y la pureza de estilo, la elegancia, el virtuosismo de la expresión, incluso sus propias producciones líricas, están exclusivamente al servicio de la representación de contenidos filosóficos.

En lo que respecta a la posibilidad de vivencia artística hubiera sido mayor mengua para Nietzsche la pérdida del oído; desde el punto de vista de su misión filosófica, la debilidad visual creciente, que amenazaba con privarle del imprescindible escribir y particularmente de la lectura, se convirtió ahora en la amenaza existencial más grande; su preocupación, incluso miedo, se manifiesta desde ahora en numerosas quejas emotivas en cartas a los amigos.

Esa misma angustia anímica tuvo que soportarla, 70 años antes, Beethoven, a quien Nietzsche siempre admiró con respeto; Beethoven, el único grande que siempre fue intocable para él. «Para la grandeza y la sublimidad

solitarias del genio de Beethoven Nietzsche tuvo el más profundo sentimiento, que se manifestó precisamente en que con respecto a él Nietzsche era más bien parco en palabras; incluso manifestó una vez que Beethoven era demasiado sublime como para ser objeto de una conversación entretenida. "Sobre él lo mejor es callarse."»* A la misma edad comenzó a manifestarse en Beethoven la entonces incurable dolencia de oído; cuando no tenía todavía 32 años, el 2 de octubre de 1802, escribió a Heiligenstadt, en un «testamento»: «Oh, vosotros, hombres, que me tenéis o declaráis como hostil, terco o misántropo, qué falta de justicia me hacéis. No sabéis el motivo secreto de aquello que os parece. Mi corazón y mis sentidos estaban dispuestos desde la niñez para el dulce sentimiento de la benevolencia, incluso para realizar grandes acciones; para esto estuve siempre dispuesto. Pero considerad sólo que desde hace seis años me ha sobrevenido una situación desesperanzada... nacido con un temperamento fogoso, incluso sensible a las distracciones sociales, tuve que apartarme temprano en soledad mi vida... Ah, cómo es posible que se declarara en para pasar en soledad mi vida... Ah, cómo es posible que se declarara en mí la debilidad de un sentido que yo debía poseer en mayor grado que los demás... Por tanto, perdonad cuando me veáis apartarme allí donde me mezclaría con gusto entre vosotros; doble dolor me causa mi desgracia, puesto que además soy mal comprendido.» También ese estado de ánimo comenzó a dominar de forma creciente la vida de Nietzsche. También él hubo de apartarse de allí donde se hubiera mezclado gustosamente entre los hombres. Se fue retirando paso a paso de la vida social basilea, en la que hasta entonces se había sentido a gusto. No con rencor, pues a eso tampoco hubiera tenido derecho; todavía en sus últimos años se recuerda con agrado de la benevolencia de la sociedad de Basilea, mantenida siempre a pesar de las dificultades. Se ganó el más hermoso contacto humano y el más fiel afecto de sus colegas y especialmente de sus alumnos del pedagogio. «Si consideramos en conjunto la actividad académica de Nietzsche en el pedagogio, no queda ninguna duda de que el éxito de su enseñanza fue extraordinario. Los alumnos estaban unidos a él como quizá a ningún otro profesor. Su espíritu de altos vuelos, su noble manera de ser, sus amables modales, en una palabra: el encanto de su personalidad, atraía a todos a su órbita. Emanaba de él aquella fuerza, en grado sumo educadora, de admirar a los jóvenes, de entusiasmarlos y de moverlos a la dedicación absoluta al ideal perseguido. Sus lecciones estaban planificadas desde el principio hasta el final y preparadas cuidadosamente. Dio lo mejor suyo a los alumnos. Ellos eran conscientes de eso y se esforzaban en la misma medida[105].»

* Estas palabras de Nietzsche nos las trasmite su alumno y admirador Louis (Ludwig Wilhelm) Kelterborn[8].

En el plano del profesor de instituto

Cómo procedió Nietzsche en tanto profesor y en qué problemática intentó introducir a sus jóvenes admiradores, con lo que en muchos casos ejerció un influjo determinante y duradero por toda la vida, nos lo certifican muchos recuerdos personales de sus «antiguos», que a menudo resultan auténticas muestras de adhesión al profesor Nietzsche. Llama la atención que como profesor no intentó imponer a las ideas de sus alumnos una determinada dirección en su concepción del mundo, sino que los educó «solamente» en el respeto por las grandes figuras de la historia espiritual de la antigüedad, por los grandes problemas de la existencia y por la seriedad en el pensar. Es verdad que existe el caso del graduado August Beck, que bajo su influjo parece que abandonó el estudio de la teología, se volvió «ateo» (¡informe familiar de los descendientes!) y a partir de 1872/73 enseñó alemán, historia, y después también geografía y matemática en el gimnasio (entonces el curso inferior de pedagogio). Pero no menos alumnos de Nietzsche en el pedagogio llegaron más tarde a ser teólogos, pastores evangélicos en los alrededores de Basilea o, como en el caso de Fritz Speiser, 1853-1913, doctor en derecho, que «tras su conversión al catolicismo fue abate y catedrático de derecho eclesiástico en la universidad de Fribourg»[105]. En las memorias, ya citadas, de Ludwig Wilhelm Kelterborn encontramos más adelante: «La comedida, alegre, encogida y, sin embargo, convincentemente natural forma de expresión, como todo el comportamiento y porte de este hombre, incluso su trato, su saludo, tenían algo sorprendentemente armónico en sí mismos, algo, por así decirlo, lleno de estilo. Una de sus metas fundamentales era impulsarnos a una actividad propia, ya fuera con el... requerimiento de traducir las *Bacantes* de Eurípides, o también con el encargo, por ejemplo, de mantener pequeñas alocuciones desde la cátedra sobre un tema dado por él. Lo más gracioso fue cuando un día propuso la pregunta enigmática de qué era la filosofía o un filósofo, una pregunta cuya contestación a nadie salió bien y de la que nos ha quedado deudor él mismo... Con gusto hice uso de su invitación de visitarlo personalmente, entre otras ocasiones también cuando, a causa de una luxación del pie, estaba encadenado a la habitación. También entonces, con la amabilidad más acogedora y natural, imponía inmediatamente una relación de exquisita cortesía y distinción de porte y comportamiento, de modo que rápidamente uno mismo se sentía elevado, inmediata e involuntariamente, a una atmósfera intelectual más bella y noble, más pura y alta... En total concordancia con el buen gusto observado en el porte y en el vestido, y con la exactitud casi militar, estaba también toda la decoración de su vivienda, situada en una casa particular hermosa y burguesa... Con pantalones claros y chaqueta o levita marrones, en la calle con sombrero de copa gris, así vive él en mi recuerdo. En los calurosos días de verano intentaba refrescar con hielo la temperatura de la habitación.

Su fino sentimiento de la cortesía le llevaba a acompañar hasta la escalera a todos los visitantes cuando se despedían. En su conversación el profesor quedaba totalmente en segundo plano y estimulaba, más bien, al visitante, aunque fuera un alumno, con preguntas, a expresar libremente su opinión... Con mucho, la mayor parte de todas nuestras posteriores conversaciones giraba en torno a cuestiones musicales, en cuyo centro estaba el astro refulgente de Richard Wagner... Ya en mi primera visita me confió que en un tiempo se planteó —como yo mismo— si no debía dedicar toda su vida a la música, que había seguido con la mayor seriedad sus estudios musicales y que su instrucción teórica se la debía no a los modernos manuales, sino a las mismas fuentes antiguas de donde nuestros maestros clásicos habían sacado sus conocimientos... Algo que contribuyó en gran medida a acrecentar mi simpatía y admiración por nuestro nuevo profesor fue su gran estima, manifestada pública y entusiastamente, por nuestro gran historiador del arte y de la cultura, el basileo profesor Jacob Burckhardt... Respecto a Jacob Burckhardt, explicaba entonces Nietzsche, reiteradamente y con gran énfasis, que no creía que en ese momento pudiera encontrarse un profesor así en ninguna de las universidades alemanas... Con tal ocasión él mismo sacó a conversación el hecho de que en Alemania no había ningún centro de enseñanza donde se pudiera aprender a leer y a escribir correcta y bellamente la lengua alemana, y contó cuán penosas le resultaban a él las cosas a este respecto, cómo él no hubiera considerado nunca una frase apta para la publicación antes de que, declamándola en voz alta, tanto melódica como rítmicamente, en la entonación, acento, color y movimiento métrico, no le hubiera satisfecho completamente; además de que había de reconocerse en ella, con toda claridad y exactitud, la idea que se quería expresar. Todavía años después volvió a hablar sobre este tema, y precisamente también con especial referencia a sus aforismos de las obras poswagnerianas... Parecía como si considerara algo sagrado, que él no debía tocar innecesariamente, las convicciones sinceras y profundas de los demás, también las de los alumnos. Esta misma experiencia tuvieron otros en su trato con él respecto a temas religiosos.» Este recuerdo entusiasta no es único. Traugott Siegfried* fue fascinado del mismo modo; cuenta[8]: «Igual que en el caso de Jacob Burckhardt, también con Nietzsche habíamos tomado como una cosa de honor el superar bien el curso, y el que se ponía en ridículo por falta de aplicación o por ignorancia, era censurado por los propios compañeros. En todo el modo de ser de Nietzsche había una invitación a conseguir su contento. No era hombre de muchas palabras, pero se veía su alegría, incluso cuando alguno de los peores hacía algo bien... Animaba al trabajo con amabilidad y benevolencia, e intentaba disponer a los alumnos a expresarse libremente... Un viejo

* 1851-1936, doctor en derecho, escribano del juzgado de apelación de Basilea, alumno de Nietzsche en el curso académico 1869-70.

pastor emeritus, que pocos años después de nosotros fue alumno de Nietzsche, me contaba recientemente cómo él de joven... había sido tímido, apocado... Pero cuando Nietzsche, en una clase, describió de forma emotiva el proceso de Sócrates y sus palabras de defensa ante los jueces, e invitó después a los alumnos a subir a la cátedra y a repetir el discurso de Sócrates, él, con fuertes latidos de corazón y animado amablemente por el profesor, se había decidido a intentarlo. Le salió a total satisfacción del profesor, que le sonrió amistosamente. "Aquel día", me comentaba el viejo pastor, "me encontré a mí mismo; cedió mi pusilanimidad, y esto se lo debo a mi admirado profesor Nietzsche, que a mí, joven tímido, me hizo aparecer en público y supo despertar ese talento adormecido." ... El comportamiento de los alumnos con el respetado profesor era, casi sin excepción, del todo digno de alabanza. Todos se guardaban de herir, por medio de un comportamiento inadecuado, al hombre que al mayor saber unía los más finos modales, que tenía algo noble en todo su porte... La disciplina era, tanto en su caso como en el de Jacob Burckhardt, algo que se daba por supuesto... El 26 de agosto de 1872 fue inaugurado en Basilea un monumento en recuerdo a la batalla de St. Jakob, realizado en Roma, en diez años de trabajo, por el maestro basileo Ferdinand Schlöth. Un enorme y vistosamente coloreado cortejo festivo se movía a través de la ciudad en medio del sonido de las campanas y el tronar de los cañones. Detrás del estudiantado, vestido en uniforme de gala, que abría el cortejo, marchaba también Nietzsche entre los profesores, no ajeno al festivo estado de ánimo general. En la plaza de la catedral quedó al lado de los alumnos del pedagogio y comenzó con ellos una conversación amistosa, informándose también sobre si al día siguiente cerraban los institutos. Como esto fuera negado, Nietzsche buscó inmediatamente entre los profesores al presidente de la curaduría (¡W. Fischer-Bilfinger!) y le rogó que declarara festivo también para el pedagogio el 27 de agosto, de modo que los alumnos pudieran concelebrar el día de fiesta en serena alegría. El ruego fue escuchado, y, contento él mismo, el admirado profesor trasmitió la buena nueva a los agradecidos y felices alumnos.» Otro alumno de ese curso escolar 1872/73, Ludwig Gelpke*, contribuyó todavía en 1941 a la imagen de Nietzsche con lo siguiente: «Espiritualmente delicado, benevolente y amable, era para nosotros el ejemplo de la auténtica nobleza de alma de Dios: que el hombre sea noble, caritativo y bueno. ¡Un Pestalozzi, un Jacob Burckhardt, Henri Dunant, pero no un Cesare Borgia! Nos trataba más como camaradas que como traviesos pilluelos salvajes que en realidad éramos. Pero nadie se hubiera atrevido jamás a abusar de su bondad. Pasaba por alto, magnánimamente, el "tubo", la traducción alemana de

* 1854-1946, más tarde profesor doctor en medicina, jefe médico en el hospital del cantón de Liestal, y profesor extraordinario en la universidad de Basilea.

los textos griegos... así como la manzana que éste o aquél tenía en el pupitre y a la que había de dar una mordida de vez en cuando; todo ello para no perder la unidad de las altas esferas de la filosofía platónica con el mundo real, terreno... Nuestra admiración era sincera y profunda. Igual que Sócrates, de tiempo en tiempo nos hacía discutir sobre la cuestión, suscitada entonces, de la paternidad de la *Ilíada* y la *Odisea*. Si todo estaba escrito por uno y el mismo poeta, o si por uno o muchos Homeros... Físicamente distinguido y delicado, más bien de aspecto femenino, su marcial bigote estaba supercompensado, en llamativa contraposición al resto de su persona.»

Sobre su sucesor, Jakob Wackernagel*, informa su hijo, el profesor doctor Hans Georg Wackernagel[105]: «Jakob Wackernagel valoraba mucho las lecciones de griego de Nietzsche en el pedagogio. Solía decir que Nietzsche siempre había preparado cuidadosamente las clases y corregido los trabajos de los alumnos con una exactitud meticulosa. Nunca el asunto fue el de un sobrevolar genial por encima de las pequeñeces. Menos convincente fue su actuación como profesor universitario.» Y Edgar Salin trasmite en el programa del rectorado para la universidad de Basilea, 1937, como declaración de Wackernagel, lo siguiente[210]:

«Siempre habían considerado a Nietzsche como "algo especial"... —todavía el respetable anciano se enternece y emociona pensando en las lecturas de Platón y en los ejercicios, cuyos temas (por ejemplo: "Sobre la justificación del estudio de los antiguos") sobrepasaban con mucho el marco habitual de la lección. Dado que Nietzsche no ampliaba metódicamente el material científico conocido, sino que hacía que los alumnos, tan cercanos a él en edad, participaran en sus propias vivencias, nunca enseñó para todos; pero, puesto que se dirigía a los más dotados, precisamente por eso, como anticipación viva de su futura teoría sobre la educación, estimulaba también a los menos dotados a poner en acción todas sus fuerzas.» Es difícil de distinguir lo que en estas declaraciones pertenece a Wackernagel, que no muestra tan buena opinión sobre el profesor universitario Nietzsche (achacándole que en el caso de Platón no hacía filología, sino que sólo transmitía datos de contenido), y lo que corresponde, a su vez, a Salin, que pertenece a una generación posterior, por lo que posee ya mayor distancia y comienza a ver contextos que por fuerza habían de estar ocultos para los contemporáneos. Efectivamente, con tales cuestiones, Nietzsche introducía en la lección escolar una parte de la propia problemática que lo preocupaba, de donde es natural que surgiera la fascinación que produce lo vivo, lo vivido. Por tanto no le resultaba fácil impartir una enseñanza ordenada y apropiada, y todavía se dificultaba a sí mismo la tarea poniendo un programa extenso, para cuya preparación concienzuda necesitaba mucho

* 1853-1938, profesor doctor en filología; de 1881 a 1902 catedrático de lengua griega en Basilea; de 1902 a 1915, de lingüística indogermánica y filología clásica, en Gotinga.

tiempo y esfuerzo. Sus informes semestrales* testifican, como vistos en clase: en el semestre de invierno 1872/73, el libro X de la *Ilíada*, las *Euménides* de Esquilo, el *Edipo Rey* de Sófocles, el diálogo platónico *Protágoras*, y la primera y segunda *Filípicas* de Demóstenes. En el semestre de verano de 1873: el *Fedón* de Platón y el IX libro de la *Ilíada*. En el invierno de 1873/74, el *Edipo Rey* de Sófocles, el primer libro de Tucídides, y, del segundo de este mismo autor, la descripción de la peste en Atenas y la oración fúnebre de Pericles. El curso siguiente comenzó su curso escolar en el verano de 1874 con trozos escogidos del *Gorgias* de Platón y de la *Retórica* de Aristóteles. En el invierno Nietzsche impartió una historia de la poesía griega y leyó, además, los *ERGA* de Hesíodo, el *Prometeo* de Esquilo y fragmentos de los líricos (siguiendo la antología de Buchholz).

De nuevo, en la primavera de 1875, Nietzsche recibió otro nuevo curso, con el que leyó en el semestre de verano partes de los libros I, II, III y V de Tucídides; y, tras una introducción a la tragedia griega, la *Alcestes* de Eurípides. El semestre de invierno lo dio sólo hasta fines de año. Aquí, completa el informe anual[105]: partes del *Fedón* de Platón, del *Protágoras*, del *Banquete*, del *Fedro* y de la *República*. Y otra vez comenzó un nuevo curso en el semestre de verano de 1876, dedicándose a la tarea de ocupar a los alumnos con la personalidad de Sócrates, para lo que leyó trozos de las *Memorables* de Jenofonte y del *Banquete*, *Apología* y *Fedón* de Platón. Además de esto, otra vez la *Alcestes* de Eurípides. Con ello acabó su actividad educadora en el pedagogio.

Esas lecturas en las horas de clase no eran, sin embargo, todo el programa. Nietzsche se trajo de Pforta la institución de la «lectura privada». Textos cuya lectura y dominio personales se dejaban al buen criterio de los alumnos, pero que ocasionalmente eran «comprobados» por el profesor. Y también esto requería mucho trabajo. «De vez en cuando pedí cuentas e información sobre las lecturas privadas llevadas a cabo; y el éxito es tal que, al menos, a nadie en absoluto se le ha podido inculpar de falta decidida de aplicación», se dice en el informe semestral de Nietzsche sobre su primer semestre, en el verano de 1869. En el invierno de 1872/73 se había propuesto a los alumnos al respecto: Esquilo, Sófocles, Eurípides, Homero, Hesíodo, Anacreonte, Aristófanes, Isócrates, Platón, Luciano, Plutarco. En el verano de 1873 sólo dice el informe: «Hay que hacer resaltar laudatoriamente, por su espontaneidad y su amplitud, la lectura privada de los alumnos.» Para el curso escolar 1873/74 se nombran como autores para la lectura privada: Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Plutarco, Lisias, Demóstenes, Esquines, Platón, Luciano, Homero, Hesíodo, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Píndaro, Anacreonte, Teócrito. Respecto al semestre de invierno de 1874/75 anota Nietzsche en el informe: «La preparación para traducir fue satisfactoria en general y digna de alabanza la

* Publicados íntegramente por Gutzwiller[175].

aplicación que casi todos los alumnos mostraron en la lectura privada de autores griegos. Por el contrario, la inseguridad de los conocimientos gramaticales de este curso —como ya ha sucedido en algún otro— ha sido, para el profesor, desagradable y obstaculizante en alto grado... Tengo la impresión de que la enseñanza entera del griego acaba aproximadamente un año demasiado pronto —o comienza un año demasiado tarde.» No le bastó a Nietzsche con poner esta observación en un informe escolar. El 24 de junio de 1875 se dirigió, con todas las formalidades, a las autoridades educativas para presentarles una solicitud que hacía referencia a la enseñanza del griego. En ella se expresa así[105, 236]: «El tiempo que ocupa toda la enseñanza del griego de que goza un alumno de nuestros centros hasta su salida para la universidad, es actualmente muy escaso; comprende tres años en el pedagogio y dos años antes de la entrada en él, contando 6 horas por cada semana de clase. Habría que considerar si no se podría prolongar este tiempo, por ejemplo, introduciendo un curso superior, un selectivo; puesto que una enseñanza que no consigue crear en los alumnos una inclinación más profunda a la vida helénica y que no los despide con la capacidad de leer fácilmente a los autores griegos —una enseñanza así— ha equivocado su objetivo natural. Un poco más allá, significa en estos casos un *mucho más* allá, en relación con la meta.

»Es muy de deplorar que el griego sea considerado facultativo en nuestro instituto para los médicos... pues ¿qué joven puede saber con la necesaria determinación, un par de años antes de sus estudios universitarios, que estudiará precisamente medicina? A esto se añade que nuestros profesores de medicina se han manifestado, todo lo vehementemente posible, a favor de la formación griega de los futuros médicos.

»Otro deseo que queremos exponer con esta ocasión se refiere a la introducción de una y la misma gramática griega para todos los cursos, por ejemplo la gramática de Koch. Exigimos que los alumnos, para poder ser considerados maduros, hayan leído: a) todo Homero; b) tres obras de los poetas trágicos; c) un gran número de trozos escogidos de los diálogos platónicos; d) partes asimismo escogidas de Tucídides, Heródoto y Jenofonte; e) discursos de Lisias o Demóstenes...»

La gramática de Koch fue efectivamente introducida a partir del curso escolar 1877/78, hasta que en 1889/90 fue sustituida por la de Adolf Kägi.

Así pues, obviamente, Nietzsche ponía fuertes exigencias para un curso del instituto, y se necesitaba gran habilidad y ascendiente por parte del profesor si no quería hacerse odioso a los alumnos con un programa así. El hubo de poseer tal habilidad puesto que sólo escuchamos de un único alumno, Alfred Münch*, que Nietzsche, por su pedante enseñanza, le quitó total y absolutamente el gusto por lo griego[105].

* 1852-1928, doctor en medicina, médico en el sanatorio Brestenberg y en Baden.

El programa universitario

Ya en este programa de instituto estaba Platón, de modo inusual, fuertemente representado, completado con Aristóteles (sorprendente para entonces), aunque sólo con su *Retórica;* pero en el programa universitario se perfila con más claridad aún la desviación de sus intereses hacia la filosofía. En el semestre de invierno 1872/73 sólo tuvo lugar una lección de tres horas semanales ante dos oyentes sobre «retórica griega y romana». Uno de ellos, Louis Kelterborn, informa en sus memorias, ya citadas varias veces[8]: «... que nuestro admirado profesor... muy pronto nos rogó que diéramos la lección en su casa. Así, nos reuníamos tres veces por semana en su vivienda, íntima y elegante, en las horas vespertinas, donde lo escuchábamos al resplandor de la lámpara y copiábamos las frases que él dictaba de un cuaderno encuadernado en suave piel roja. También aquí se detenía a menudo, bien para reflexionar él mismo, o bien para darnos tiempo a que asimiláramos interiormente lo oído. Tenía la amabilidad, a veces, de ofrecernos cerveza —Culmbacher— como refresco, ocasiones en las que él mismo solía beberla en una copa de plata. Por el tamaño del manuscrito de nuestras notas —84 páginas en cuarto escritas con letra muy junta— se puede colegir la riqueza del contenido de este curso...» Y tras una indicación detallada del contenido: «En cada una de las horas el discurso del profesor se concentraba exclusivamente en el tema que se estaba tratando; pero antes o después del mismo había ocasión para escuchar de él alguna palabra seria, o más alegre, sobre todas las cuestiones posibles. Por supuesto que no falté ni una sola vez a este curso.»

Para el semestre de verano de 1873 se matricularon ya 9 personas en el curso sobre los «filósofos preplatónicos»; además tomaron parte en él, sin estar matriculados, el viejo amigo Carl von Gersdorff, que había de permanecer con Nietzsche hasta el 22 de septiembre, y el doctor Paul Rée, un amigo de Romundt, que se convertiría en un nuevo conocimiento decisivo. No se puede demostrar, pero tampoco excluir, que tuviera lugar el curso anunciado sobre los *Erga* de Hesíodo. En el seminario, con cuatro participantes, se trató de una de las grandes elegías de Solón.

El curso anunciado para el semestre de invierno 1873/74, «Introducción al estudio de la filología clásica», se suprimió a causa de sus ojos, aunque se hubieran encontrado participantes, como cuenta él a Gersdorff el 7 de noviembre de 1873; a cambio, Nietzsche disertó, seguramente, ante dos filólogos y dos teólogos, sobre la vida y escritos de Platón, y en el seminario trató de la vida de Sófocles. Para el semestre de verano anunció una «Exposición de la retórica antigua», pero parece que el curso no tuvo lugar. Para el curso sobre las *Coéforas* de Esquilo tenía tres oyentes matriculados y uno no matriculado. El informe sobre el seminario indica sólo «escasa participación»[242].

En el semestre de invierno 1874/75 el número de estudiantes volvió a

ser algo mayor. El acta del curso «Historia de la literatura griega» nombra a siete participantes; mientras que por la *Retórica* de Aristóteles sólo se interesaron dos teólogos. También el seminario contó con sólo dos estudiantes; el tema fue probablemente «Sófocles: *Edipo Rey*». El semestre de verano de 1875 trajo, ante seis oyentes, la continuación de la «Historia de la literatura griega», y esta vez asistieron tres estudiantes a la continuación de la *Retórica* de Aristóteles. Pero de nuevo sólo dos estudiantes tomaron parte en los fatigosos ejercicios para el curso de literatura, en el seminario.

El semestre de invierno 1875/76 llegaron a Basilea, desde Leipzig, Heinrich Köselitz (más tarde con el pseudónimo de Peter Gast) y su amigo Heinrich Widemann, atraídos por los escritos de Nietzsche, fundamentalmente por el *Origen de la tragedia*. A parte de esto, también el interés era mayor, y Nietzsche pudo cerrar su «Historia de la literatura griega» ante 11 oyentes y sólo una hora por semana.

Desarrolla, a tres horas semanales, un nuevo tema, «Antigüedades de la cultura religiosa en los griegos», ante ocho oyentes, y en el seminario participan hasta doce personas en el estudio intensivo del capítulo «Demócrito», el 7.º del libro IX de Diógenes Laercio.

El semestre de verano, a continuación, aparece casi completamente bajo el signo de la filosofía: ¡tres horas semanales sobre los filósofos preplatónicos ante 10 oyentes y una hora sobre la vida y doctrina de Platón ante 19 participantes! El seminario ve también a 9 estudiantes. El acta cita como tema, de nuevo, los *Erga* de Hesíodo, pero el informe del seminario, hecho sólo a finales de enero de 1877 por el colega que lo sustituía, el profesor Mähly*, cita otra vez a Diógenes Laercio. Esto puede ser un error de Mähly, una confusión debida al tiempo que tardó en hacerse el informe, pero también es totalmente posible que Nietzsche, a petición de los estudiantes, continuara en el semestre de verano con el ejercicio sobre Diógenes Laercio que, a causa de su enfermedad, había interrumpido en el semestre de invierno.

Considerándolo todo, se ve en la actividad universitaria de Nietzsche durante esos años una superación, lenta pero constante y eficaz, del revés sufrido en el semestre de invierno 1872/73, a lo que se añade el hecho de que fue nombrado decano de la facultad para el año 1874. La controversia de Wilamowitz, por tanto, no le había perjudicado, a la larga, profesionalmente, al menos en Basilea, y esto a pesar de lo restringido de la temática y de la materia, con las que ningún estudiante podía llegar a convertirse en un profesor de instituto suficientemente formado, y menos en un filólogo que trabajara científicamente. En crasa antítesis con el pedagogio, donde Nietzsche derrochaba sus fuerzas con vistas a la promoción de la juventud en crecimiento, su trabajo universitario en modo alguno introducía

* Y no por Gerlach, que había muerto el 31 de octubre de 1876. Error de Stroux.

en una visión sistemática, proyectada para varios años, del ámbito total de la filología griega, sino que sólo servía a sus propios intereses específicos: el análisis de la filosofía griega, sobre todo preplatónica, y su superación en Platón. Así pues, desde el punto de vista de la temática y de la materia, ya hacía tiempo que se había liberado de su cátedra, siguiendo un camino entre las facultades. *Enseñaba filosofía antigua, fundamentándola filológicamente.* El curso «Sobre el estudio de la filología clásica» y la introducción a la historia de la literatura griega sólo podían ofrecer una idea general al respecto, pero no sustituir a aquello que *habría* de enseñarse, el estudio de la materia indicada. A pesar de ello, Nietzsche afirmaba al final de su informe del seminario de 1875[242]: «... que el seminario ahora responde bastante bien a su propia finalidad, ser el punto central de todos aquellos que en nuestra universidad se consagran a la filología clásica.»

Autoafirmación frente a Bayreuth

Igual que se preocupó por buscar una compensación entre su pasión por la filosofía y las obligaciones profesionales contraídas, Nietzsche intentó también equilibrar el peligroso entusiasmo que le producía la fascinación de las personalidades de Richard y Cosima Wagner, con sus propias y apasionadas exigencias de encontrarse y afirmarse a sí mismo. En la práctica esto significó ejercitar una moderada reserva respecto a Bayreuth, pero sin volver a causar por ello nuevos disgustos, puesto que ni podía ni quería mostrarse ingrato. El mismo sabía demasiado bien todo lo que debía a Wagner. Este sentimiento de gratitud y la conciencia de la propia dependencia del entorno, en este caso de la relación con Wagner, se expresan casi ingenuamente en la carta del 5 de abril de 1873 a Malwida von Meysenbug: «En Bayreuth espero conseguir de nuevo ánimo y serenidad, y volverme a afirmar en todos mis derechos», e incluso a Wagner mismo, el 20 de mayo, con ocasión de su 60 aniversario: «... seguramente hay muchos que, como mis amigos, celebrarán el próximo día de la Ascensión a los cielos como el día de su descenso a la tierra, preguntándose al mismo tiempo cuál será la suerte de cada uno de los genios que descienden a la tierra, suerte que más bien recuerda una bajada a los infiernos... esto es siempre lo más doloroso en realidad, que los hombres se dispongan con tan increible lentitud al agradecimiento, y que sólo tras dos generaciones se tenga una idea vaga de esta enorme deuda de gratitud. ¡Qué sería de nosotros si no hubiéramos podido tenerlo a usted, y qué otra cosa sería yo, por ejemplo..., que un ser nacido ya muerto! Me causa escalofríos pensar que quizá hubiera podido permanecer apartado de usted: en ese caso realmente no merecería la pena vivir, y no sabría en absoluto qué hacer con las horas próximas.» Esto está escrito bajo la impresión todavía fresca de una corta visita a Bayreuth, sugerida por Rohde. El 23 de marzo

de 1873 escribió éste[7] que llegaba a Heidelberg el 27 para hacer una visita al colega Ribbeck, y que era una buena ocasión para encontrarse ambos en el sur de Alemania. Surgió inmediatamente la idea de elegir Bayreuth como lugar de encuentro y subsanar así la visita no hecha en Navidad. Nietzsche se decidió rápidamente y, todavía poco antes de partir, escribe el 5 de abril a C. v. Gersdorff: «... los telégrafos tienen trabajo y vuelan bien a Heidelberg, bien a Nürnberg, bien a Bayreuth. Pues imagínate, mañana salgo de viaje para ocho días, pasado mañana me reuniré con Rohde —¿dónde?: naturalmente en Bayreuth. Yo mismo no comprendo cuán rápido y de improviso se ha organizado todo esto. Hace 8 días ninguno de nosotros pensaba en una cosa así. Ya ahora me asalta la emoción cuando me imagino nuestra llegada a la estación de aquel lugar y cómo cada paso se trasforma en recuerdo... Espero que mi visita subsane lo que estropeó mi falta de comparecencia en Navidad... Llevo a Bayreuth un manuscrito, *La filosofía en la época trágica de los griegos*, para leérselo. No tiene todavía, ni mucho menos, la forma de un libro; me vuelvo cada día más exigente conmigo mismo y tengo aún que dejar pasar mucho tiempo antes de aventurarme a una nueva redacción (la cuarta sobre el mismo tema)... Me he vuelto a convencer espléndidamente de lo que son y fueron los griegos. El camino de Tales a Sócrates tiene algo de prodigioso.»

Wagner estaba contento por la amistad recuperada y no desaprovechó la ocasión que se le ofrecía para mostrarse, a su vez, agradecido. La hermana de Nietzsche, renunciando a un viaje a Italia con una nueva «amiga» inglesa conocida en el camino, había ahorrado dinero, 900 marcos, con los que se pudo comprar un «vale de patronato» de la empresa de Bayreuth y regalárselo a su hermano. Wagner estaba tan conmovido por la «ofrenda» que, a su vez, regaló un vale a Elisabeth, comunicándoselo el 8 de abril con palabras llenas de humor: «¡Mi querida señorita! No sólo usted puede hacer patrones, yo también puedo hacerlos: lo que usted economiza lo he conseguido yo dirigiendo. ¿A quién le ha costado más sudores? Un afectuoso saludo de mi esposa[160].» Los días hasta el 12 de abril transcurrieron en medio de animadas conversaciones, pero no solamente despreocupadas, como harían suponer las palabras de Wagner a Elisabeth. Nietzsche leyó, ya en la tarde del 7 de abril, su «nuevo e interesante trabajo sobre los filósofos preplatónicos»[258]; sobre la siguiente velada el diario de Cosima sigue diciendo: «Continúa la lección. —El profesor Nietzsche me habla de un tal profesor Paul Lagarde, que ha sido proscrito totalmente a causa de un escrito denominado *Iglesia y Estado*. Me parece que lo mejor que se ha escrito sobre el tema es un libro de Karl Hillebrand sobre Francia y los franceses, dedicado a Hans von Bülow.» A la tarde siguiente, 9 de abril, se quería seguir con la lectura de Nietzsche, «pero la conversación nos ha metido tanto en las experiencias que hemos hecho con ocasión de nuestra empresa de Bayreuth, que ya no se puede superar el sombrío estado de ánimo.» También el Jueves Santo, 10 de abril, falló la lección

a causa de celebraciones de cumpleaños en casa, y sólo el 11 de abril se dice: «Por la tarde el profesor Nietzsche leyó la conclusión de su tratado. Poca conversación. Se ejecutaron las baladas de Löwe. Nos disgustó un poco el jugueteo musical de nuestro amigo, y Richard comenzó a explayarse sobre el viraje que había dado la música.» También ahora Cosima vuelve a encontrar el puente haciendo el gesto amistoso de aceptar, en caso de su publicación, la dedicatoria de la obra filosófica. Inmediatamente después del regreso, Nietzsche esboza una carta de agradecimiento[8]: «Respetada señora, me ha concedido usted el honor de aceptar inmediatamente y sin vacilación alguna la dedicatoria de este libro. ¿Puedo deducir esta falta de vacilación de la confianza que sobre mí, como autor, le ha producido mi tratado *El nacimiento de la tragedia*?» Con la *Filosofía en la época trágica de los griegos* como complemento del *Nacimiento de la tragedia* habría nacido el primer par de obras, tal como llegaría a ser típico en Nietzsche. Pero esta vez Wagner se interpone en el surgimiento de esta obra más tenazmente que hace dos años en el del *Nacimiento de la tragedia*, tan tenazmente que el nuevo libro nunca llegó a concluirse, ni en la forma original ni en otra semejante. A cambio colocó a Nietzsche sobre una nueva pista, lo sacó de sus consideraciones sobre los griegos y lo arrojó en medio de su tiempo. Lo tomó por su idea, que había expuesto en los cinco prólogos, sobre la tarea del filósofo, de ser tribunal supremo de la situación cultural contemporánea. Con ello dio pábulo al propio planteamiento latente en Nietzsche de su quehacer, y rápidamente surgió el plan para una serie de *Consideraciones intempestivas*, cuyo número y temas Nietzsche fue aumentando hasta que finalmente el 2 de septiembre de ese año (1873) quedaron en total en trece, y cuya «intempestividad» consistía en que eran totalmente actuales, y habían de inflamar el fuego mortecino de su tiempo hasta convertirlo en llamas.

Capítulo 13
LA PRIMERA CONSIDERACIÓN INTEMPESTIVA

El 7 de febrero de 1973 anota Cosima[258]: «Diner en casa de los Wesendonck, disputa sobre el libro de Strauss *La vieja y la nueva fe*, que tanto yo como Richard encontramos decepcionantemente superficial, pero que la señora Wesendonck admira.»

La discusión era, pues, todavía recia cuando Nietzsche llegó a Bayreuth a comienzos de abril. Wagner aprovechó la ocasión —tenía aún una vieja cuenta pendiente con David Friedrich Strauss— y propuso a su joven y devoto amigo, como tema número uno para escribir, una invectiva contra este teólogo liberal, por quien resulta que Nietzsche había sentido hasta entonces una cierta simpatía. Pero se encargó de ello.

En la disputa en torno al puesto de Wagner en Munich, tras su llamada por el joven rey Luis II, el director de orquesta de la corte, Franz Lachner (1803-1890), que trabajaba allí desde 1836 y de grandes méritos en la vida musical muniquesa, tomó partido contra Wagner, puesto que se sentía desplazado como compositor por él; esto le hizo perder el favor del monarca. Ya en 1865 había pedido su retiro, que le fue concedido primero en forma de un período de vacaciones, hasta que el 26 de enero de 1868 dirigió por última vez y como despedida. Con ocasión de ello Strauss tomó parte públicamente en la disputa a favor de Lachner, a lo que Wagner contestó con tres venenosos sonetos satíricos, compuestos el 12 de marzo de 1868. Lo esencial de ellos se puede resumir rápidamente: para el mismo Strauss que, como teólogo liberal, considera a Cristo como un mito, como una figura legendaria cuya existencia histórica no ha sido demostrada, para este mismo Strauss, el bravo y prosaico Lachner es «un hombre acreditado». Los tres sonetos eran deplorablemente flojos en cuanto composiciones poéticas, por lo que no surtieron efecto alguno, así como tampoco su agudeza, escasa aunque violenta. A Strauss no se le podía atacar así, como

demostró el gran éxito de su última gran obra, *La vieja y la nueva fe*, aparecida en 1872. Tras la prueba que le ofrecieron las *Conferencias sobre la enseñanza* de Nietzsche, Wagner creyó, con razón, poder suponer que su joven amigo llevaría a cabo ahora lo que él no pudo hacer con éxito cinco años antes.

Hacía tiempo que Strauss no publicaba una obra grande. Desde la *Vida de Jesús* de 1835/36 todos sus trabajos habían sido propiamente «parerga» o exégesis de aquella obra fundamental. Y ahora, después de 35 años, a la edad de 64, se volvió a presentar ante la opinión pública a lo grande, con una obra con la que traspasó, o al menos trasladó, los límites de la teología y de la ciencia histórica hacia la filosofía, entrando incluso, en capítulos suplementarios, en el terreno de la estética y de la consideración artística. Ya en 1864 había dado una forma más agradablemente legible, «para el pueblo alemán» (como prometía el subtítulo), a la *Vida de Jesús* de 1835, escrita fría y científicamente. En la nueva obra se había preocupado, ya en la primera versión, por buscar un ropaje lingüístico más suave, lo que le mereció por parte de la crítica —incluso de la más estricta teológicamente, que rechazaba el contenido— alabanzas como estilista eminente. En la lectura corrida se pasaron por alto algunos despropósitos en las metáforas, expresiones dialectales y contravenciones lingüísticas. Según qué criterio se ponga y cómo se aplique, en un lenguaje que todavía se habla, que es todavía susceptible de formación y transformación, siempre se pueden encontrar tales contravenciones. Algunas palabras demasiado usadas se manosean como moneda de circulación, su valor, su sentido se vuelven imprecisos; otras palabras ya manoseadas adquieren un nuevo valor y designan nuevos contenidos al ser acuñadas nuevamente; y todo esto depende en gran medida de en qué estadio del proceso se las considera ya fijadas y válidas, y del punto desde el que se determinan los estadios anteriores o posteriores como primitivos o deteriorados. Wagner mismo había demostrado ya, en 1869, cómo se hace esto, en el *Sr. Eduard Devriente y su estilo*. Un estudio sobre sus *Recuerdos de Félix Mendelssohn-Bartholdy*[260]. En este estudio Wagner cita y desmonta, incidentalmente, galimatías que aparecen en la obra del autor a quien ataca, y dice hacia el final: «Es imposible suponer que una persona de formación tan descuidada en su lengua materna, pueda realmente estar educado en el aspecto estético»; idea fundamental que hubo de actuar ya sobre las *Conferencias sobre la enseñanza* de Nietzsche, que surgieron tres años después de este estudio. Que Wagner puso en camino a su emisario con esta propuesta, es cosa que descubre Nietzsche con la siguiente indicación en el capítulo 11 de las *Intempestivas* contra Strauss[3]: «... por no decir nada del vergonzoso alemán con el que Eduard Devrient festejó el recuerdo de Mendelssohn.» Lo que no queda claro es si Wagner, con este encargo, también quería, a la vez, sacar al joven espíritu ardoroso de aquel análisis aparentemente infructífero de los antiguos filósofos, con el que lo más que podía conseguir

era volverse a enfrentar con sus colegas filólogos, y esta vez de modo más enconado que ya lo había hecho con su primer libro; si Wagner quería, así, llevarlo a un camino donde pudiera recuperar, al menos en Basilea, su consideración deteriorada, también posiblemente allí. De hecho el librito fue eso lo que consiguió; después de algunos años pasados en el extranjero, Carl Spitteler escribe al respecto en sus recuerdos sobre Nietzsche[224]: «En una de mis cortas visitas a la patria, en el año 1874 o 1876, oí algo respecto a Nietzsche que determinó durante años mi interna relación con él: encontré lleno de júbilo el mundo intelectual y el mundo piadoso, es decir el mundo poderoso y distinguido, de Basilea. Según se me informó, el nuevo profesor Nietzsche, a pesar de no ser él mismo creyente, había batido al viejo David Strauss hasta tal punto que ya no volvería a moverse. El que un profesor de Basilea, a pesar de no ser él mismo creyente, hubiera prestado el servicio a los piadosos basileos, o sea, a los poderosos, de liquidar por completo a su enemigo más odiado, solitario y ya desde largo tiempo olvidado por todo el mundo, fue cosa que me pareció todo lo contrario de una noble acción.»

Inmediatamente después del regreso de Bayreuth Nietzsche se puso al trabajo contra Strauss y ya el 18 de abril podía escribir a Wagner: «He leído con atención su *Vieja y nueva fe* y me he maravillado tanto de la torpeza y cinismo del autor como de las del pensador. Una bonita suma de ejercicios retóricos del más odioso tipo, que ha de mostrar de una vez la talla de ese supuesto "clásico".» Aprovechó diligentemente el resto de las vacaciones, y el 5 de mayo pudo escribir a Rohde: «También he vuelto a vomitar algo de lava: tengo casi acabado, al menos en un primer esbozo, un escrito contra David Strauss —pero te ruego un silencio nocturno, sepulcral, puesto que se va a hacer un gran montaje burlesco. Volví de Bayreuth con una melancolía tan grande que sólo pude superar por la ira sagrada.»

Pero entre sus manos el escrito se convirtió en algo más: en un auténtico y efectivo escrito nietzscheano. Con razón pudo afirmar en la visión retrospectiva del *Ecce homo*[5]: «... yo nunca ataco a personas —me sirvo de la persona sólo como de una potente lente de aumento con la que se puede poner en evidencia una situación calamitosa, general pero latente y poco palpable. Así fue como ataqué a David Strauss, o más exactamente al éxito de un libro caduco en la "cultura" alemana —con ello la sorprendí en flagrante delito.» Que esto no es solamente un intento de disimulo posibilitado por la distancia temporal, lo muestra un pasaje de una carta a Gersdorff, poco después de la muerte de Strauss, el 8 de febrero de 1874, es decir, exactamente medio año después de la aparición de la primera *Intempestiva* de Nietzsche. Escribe el 11 de febrero: «Ayer enterraron a David Strauss en Ludwingsburg. Espero no haberle hecho difícil su último tiempo de vida, y que haya muerto sin saber nada de mí. —Esto me afecta algo.—»

Días felices en Bayreuth

El acontecimiento propiamente feliz y dominante de esos días de viaje fue el encuentro con Rohde. Ya el sábado 12 de abril dejaron Bayreuth y se fueron a Lichtenfels. Al día siguiente —domingo de Pascua— dieron un paseo hasta el famoso monumento de los catorce santos, de arquitectura sacra barroca, distante de allí una hora; después Rohde tuvo que emprender su largo viaje de regreso a Kiel. Nietzsche informa el 5 de mayo a Rohde sobre las vivencias del momento de la despedida: «¿Sabes que nuestro festivo trago de despedida en Lichtenfels me había puesto borracho? Así, sucedió que me imaginaba dar vueltas en una gran rueda: ello me mareó, me dormí, desperté en Bamberg, bebí café: y volví a ser una persona. Pasé después la tarde en Nürnberg, así como el segundo día de Pascua, y mi estado físico era tan bueno como profunda mi melancolía. Toda la gente andaba arreglada y de paseo; había un suave sol de otoño. Por la noche partí hacia Lindau; a las cinco de la mañana, cuando luchaban el astro del día y el de la noche, pasé por el Bodensee, y llegué a tiempo para almorzar en Rheinfall, Schaffhausen. Nueva melancolía, después viaje de regreso; cuando pasaba por Laufenburg ví que la ciudad ardía con fuerza.» Ya aparece un cierto trazo melancólico en la carta a Wagner del 18 de abril, que comienza: «Vivo en un continuo recuerdo de los días de Bayreuth, y lo mucho nuevo que aprendí y experimenté en ese mínimo tiempo se amplía cada vez con mayor profusión ante mí. Si usted no pareció mostrarse complacido conmigo durante mi estancia, lo entiendo demasiado bien, aunque no puedo cambiar nada, puesto que aprendo y conciencio muy despacio y a cada instante experimento con usted algo en lo que nunca había pensado y que deseo quede grabado en mí. Sé muy bien, carísimo maestro, que una visita así no puede proporcionarle satisfacción... le ruego que me considere sólo como alumno..., como un alumno de ingenio muy lento y en absoluto versátil. Es verdad, cada día me vuelvo más melancólico cuando pienso lo mucho que me gustaría ayudarlo o serle de utilidad de algún modo y lo totalmente incapaz que soy de ello.» Aquí conoce Nietzsche en sí mismo la «melancolía de la impotencia» que más tarde («Segunda posdata» al *Caso Wagner)* cree encontrar en Brahms. Se sustenta del dilema cada vez más abierto entre el sentimiento de obligado agradecimiento respecto a Wagner y la necesidad de una distancia salutífera. Esta vivencia crítica se suaviza por el entusiasmo que le produce la amistad de colegas de estudios y de especialidad, de la misma edad y sobre todo de los mismos intereses, en especial la de Rohde, pero también la de Gersdorff, Overbeck y Romundt.

El himno a la amistad

Todavía otra vez, una última vez, recurre Nietzsche al arte, que consigue unir en una forma, en una composición polifónica, los mayores contrastes: la música. Del 24 de abril proviene el primer bosquejo para su última composición, el *Himno a la amistad*, que lo ocupará durante años y —en contraposición con todas sus composiciones anteriores— nunca ya volverá a dejarlo. Un primer apunte para un canon, «Querido amigo», en compás de 6/8, podría datarse ya de los días de Navidad de 1872 en Naumburg. A veces entra a formar parte de la composición, pero falta en la versión definitiva de ella, que sólo resulta el 29 de diciembre de 1874[125].

Nunca Nietzsche empleó dos años para la elaboración de una pieza musical, ni siquiera para el complejo oratorio de Navidad. Los primeros borradores y versiones están escritos de nuevo para cuatro manos, aunque aquí pensando en la orquesta e incluso en un coro. La versión definitiva de 1874 es para piano a dos manos. Seguramente con las versiones a cuatro manos pensaba en la ejecución en común con Overbeck, a quien también dedica la pieza para su cumpleaños, el 16 de noviembre de 1875. A pesar de ello la inspiración para esta composición provenía de los días de Bayreuth y de Lichtenfels con Rohde, en la Pascua de 1873. Así, escribe a éste en la carta del 5 de mayo: «Y bien, seguiremos arrastrando así nuestra existencia y cantaremos el verso de mi himno a la amistad, que comienza "¡Amigos, amigos! ¡Manteneos unidos!" No he compuesto más versos, pero el himno está acabado —y éste es el esquema:» Sigue este esquema en siete líneas, con la anotación «¡Concurso entre todos mis amigos para componer un verso o dos!» Este esquema métrico, sin embargo, no se corresponde en absoluto con la música trasmitida y sólo nueve años más tarde se llegaría a un texto aplicándole la *Oración a la vida* de Lou Salomé, pero únicamente a una de las seis partes en que consiste la composición: la que aparece en segundo y cuarto lugar, y al final, en estrofas idénticas de 26 compases cada una. Nietzsche encabeza un preludio de 62 compases, en movimiento de tresillo la mayor parte, con estas palabras: «Cortejo de los amigos hacia el templo de la amistad», y en lo referente a la música: «Con contención festiva, decidido.» El primer «interludio», de 97 compases, está de nuevo esencialmente construido en tresillos y sobre él coloca: «Como en recuerdo alegre-triste.» El segundo interludio, también con 97 compases, se corresponde exactamente con el primero por lo que hace a la forma y es una serie de variaciones sobre la melodía del himno. Sobre el comienzo hay puesto: «Como un presagio del futuro», y después de 18 compases «Mirada en la lejanía», finalmente «Movimiento de marcha, muy enérgico», y con esa marcha desemboca en la tercera estrofa del patético himno, pues toda la composición está impregnada de un extraño estilo patético. La frescura e inmediatez de los tiempos en que componía *Lieder* se le escaparon ya hace mucho, ahora todo resulta pesado.

En Schützengraben 45 reinaba un estado de ánimo eufórico cuando en los primeros días de mayo Overbeck tuvo ante sí, acabado, su importante libro *Sobre el cristianismo de nuestra teología actual*[196], y encontró, además, editor en el propio Fritzsch. También éste era un escrito osado, respecto al que Gersdorff escribió que Basilea se había vuelto «volcánica»[14], a cuya metáfora une Nietzsche la suya de «vomitar lava».

El hecho de que con el nuevo semestre apareciera el amigo de Romundt, el doctor Paul Rée, significó para la obra de Nietzsche un insospechado impulso hacia adelante, que presagiaba el futuro, pero que en principio sólo se plasmó en notas no aptas para la publicación. Dada toda esta actividad, Nietzsche iba perdiendo cada vez más la fuerza en los ojos y se impuso la cura de atropina. En tal situación fue para él una suerte inimaginable el que Carl v. Gersdorff, a causa de unas fiebres tercianas cogidas en Siracusa en el curso de un viaje por Italia planeado más largo, hubiera de retirarse hacia el norte y llegara a Basilea el 18 de mayo, justo para socorrer a su amigo en la más extrema necesidad, servirle de escritor de cartas y, a su dictado, del manuscrito para la imprenta de la primera *Intempestiva* contra David Strauss (que pudo enviar el 25 de junio al editor Fritzsch), del pequeño escrito no publicado *Sobre la verdad y mentira en sentido extramoral* y de otros muchos, y para acompañarlo en las vacaciones.

El fantasma de Rosalie Nielsen

Pero todavía para otras cosas necesitó la ayuda de fieles amigos en esos meses. En los meses finales de la primavera lo había importunado una admiradora furiosa y excéntrica: Rosalie Nielsen. Tras miedos y zozobras que le había causado, el *affaire* acabó tragicómicamente a fines del otoño; en esta situación Overbeck se acreditó por primera vez y pudo conjurar el «fantasma Nielsen». Respecto a este extraño encuentro sólo se conserva un documento de la época de las vacaciones estivales, una carta de la tal Nielsen del 17 de junio de 1873 desde Bad Ragaz[14]: «Nunca nadie sobre la tierra me ha comprendido y no comprendido tanto como usted. Pocas veces o nunca alguien me ha causado tanta alegría y tanto daño. Usted ha roto el primero y último lazo que me unía a Alemania —me marcharé—; pensé que debía ser así. Interiormente aquello que pensé, quise, nunca se romperá, pero su ejecución es simplemente imposible. El bello Dionisos petrificado, desgarrado, que usted me dio, me seguirá por todas partes. Considere el joven Dionisos vigoroso, victorioso, que yo le llevé a usted. Ya no lo vuelvo a ver nunca. Que sea usted feliz y que sus ojos se curen pronto. Con todo respeto Rosalie Nielsen.»

Hay dieciséis palabras tachadas en esta carta, lo que descubre la sobrecarga emocional de la autora. Si hubo, y cuándo, un encuentro personal previo a esta carta (improbable según testimonios, pero no a excluir)

o un contacto epistolar, o si la Nielsen se sintió de ese modo personalmente regalada por el *Nacimiento de la tragedia* de Nietzsche y correspondió con algún otro obsequio, son cosas que no se pueden demostrar con certeza por los escasos documentos conservados. Dependemos de las trasmisiones orales tal como seguramente le llegaron todavía a C. A. Bernoulli y que plasmó en su certera gran exposición de la amistad Overbeck-Nietzsche[50]*. Pues el agobiante *affaire* con la tal Nielsen no se acabó ahí, como pudiera suponerse por la carta aparentemente de despedida desde Bad Ragaz. Y, de todos modos, antes habían pasado las vacaciones del verano de 1873 y otros acontecimientos.

Vacaciones estivales en Flims

Erróneamente Bernoulli dice que Nietzsche fue en el verano de 1873 de vacaciones a Segnes. Nietzsche, sin embargo, estuvo en Flims en el *hotel* Segnes, desde donde el pueblecito de Segnes queda alrededor de 40 kilómetros valle arriba en las cercanías de Disentis. Desde aquí parece que Nietzsche hizo una vez una expedición de 15 horas a los glaciares del Flimserstein. También en esto se equivoca Bernoulli. El Flimserstein es una gigantesca e impresionante elevación de roca que sale de la vertiente sur de los alpes de Glarner, de cerca de 2.200 metros de altura, es decir, situada a unos 1.200 metros sobre Flims, sobre la que se alza directamente, y todavía en la zona de los Alpes. Por veredas se sube a ella en cuatro horas escasas. En todo este flanco montañoso, orientado hacia el sur, no hay glaciares (hasta las cercanías de Truns/Tödi), aunque pueden conservarse hasta comienzos del verano algunos conos aislados de nieve dura. Si los caminantes necesitaron realmente 15 horas para esta excursión, entonces tuvieron que perder totalmente, con tiempo claro y buena visión (Bernoulli habla de bochorno solar), la orientación y salirse muy lejos del camino —o subieron hasta lo alto del Flimserstein. Pero tampoco sobre esto nos dice nada la trasmisión nietzscheana, e incluso es muy improbable que Nietzsche, con su dolencia ocular, se hubiera expuesto a la extrema claridad de esas alturas. Más bien permaneció en el ámbito de los valles umbrosos. Tampoco por él sabemos nada, ni de los años posteriores en la Engadina, acerca de que hubiera abandonado alguna vez en los montes el camino seguro y se hubiera adentrado en la alta montaña o en las regiones heladas, donde no hay sendas. Sólo en su fantasía hizo eso, y emplea expresiones fijas, siempre recurrentes, como las que conocemos de Homero.

Gersdorff sí tenía contacto con un grupo excursionista y participaba

* Aunque por desgracia hay que hacer una reserva. Bernoulli es inexacto en muchos detalles, incluso citas de documentos escritos (por ejemplo la carta de Nietzsche a la señora Ida Overbeck) no se corresponden con el original; otras cosas son manifiestamente falsas.

en tales salidas. Por dos cartas suyas conocemos lo más esencial de esa estancia veraniega: una del 18 de julio a la hermana de Nietzsche, que desde el 5 de junio estaba también en Basilea y se quedó allí, y una del 9 de agosto a Erwin Rohde, con motivo del envío del entonces aparecido *David Fr. Strauss*. Por ambos documentos conseguimos un cuadro realmente plástico[14]: «Querido Rohde, los reparos que manifestó usted en su última carta respecto a que nuestro amigo continuara con su fatigosa actividad los reconoció al fin también el oculista y ordenó que sin demora se anticiparan las vacaciones. Así llegó su carta... a mis manos cuando nosotros ya respirábamos el delicioso aire del valle en nuestro hotel de Flims y estábamos convencidos de haber hecho una buena elección. Ahora ya han pasado casi cuatro semanas sin que nuestro contento haya disminuido y espero que la tranquilidad y la regularidad, medida por el reloj, de vida, la inhalación del mejor y más fragante aire, los baños diarios en el bello y verde Caumasee, la buena alimentación y la sociedad modesta, y finalmente la ocupación con los mejores autores como Wagner, Goethe, Plutarco, las buenas conversaciones, etc., habrán de manifestar su acción benéfica sobre los ojos y los nervios de nuestro amigo. Es verdad que periódicamente vuelven los espasmos, llamados acomodativos, de los músculos de la visión, pero los ojos se han fortalecido grandemente y un cuidado prolongado vencerá definitivamente y del todo al dolor. Desde hace 20 días Romundt está aquí y se alegra con nosotros de esta vida "inútil"... Hemos pensado a menudo y animadamente en usted y no habríamos deseado otra cosa sino que hubiera podido terminar su trabajo aquí, por ejemplo en el pequeño castillo de Flims, a 12 minutos de nuestra pensión, y pasar con nosotros las horas de ocio: reposando y bostezando, leyendo, comiendo y bañándonos. —Pronto satisfará usted la expectación por la Antistraussiada: hoy han llegado los primeros ejemplares.» Y el 18 de julio a Elisabeth: «El famoso Caumasee es de incalculable valor para nosotros y no capaz de ser alabado suficientemente, pero hay que bajar a lo profundo por escarpados caminos, a través de bosque y rocas, para chapotear y nadar allí, sin ninguna clase de instalación para el baño. A la hora de vestirse y desvestirse croa regularmente una gran rana. El lago debe poseer agua curativa. Fritz se aplica fomentos con ella a sus ojos... Por lo demás estamos contentos en todos los aspectos. Todo es diferente y mejor que en "Schlingelwald". El entorno, magnífico; un valle de montaña ascendiente de amplias dimensiones, recubierto abundantemente de bosque y limitado por bellos e impresionantes contrafuertes y altas montañas. Casi enfrente de nuestra casa queda la colosal roca Flimser, una pintoresca pared de roca vuelta hacia nosotros que no tiene nada de la aplastante anchura del gris Mönchs... La sociedad está compuesta de gentes tranquilas, modosas, modestas... Cada uno lleva la vida que quiere y como quiere. Se puede necesitar una cura de leche. Fritz lo hace. Un gran vaso lleno a las cinco y media de la mañana y otro a las cinco de la tarde; el primero

lo digiere tumbado, en el sueño mañanero hasta las 7, el segundo de modos diferentes a discreción. El resto de la vida pasa en comer, beber, bostezar, estar tumbados, caminar, bañarse, leer, dormir. Un bello bosque de alerces, que llega hasta la casa, nos defiende del sol con su sombra durante todo el día...; hay superabundancia de arroyos murmurantes y alegremente ruidosos... El encanto de nuestro lugar es una variedad ilimitada de colores y formas en la naturaleza. Por las mañanas hasta ahora hemos leído diligentemente, en el bosque, entre rocas, alerces o abetos, frente a elevados montes, *Las Walkirias*, el *Sigfrido* y el *Crepúsculo de los dioses*... Tras la comida se trata de Plutarco, después de haber dormido la siesta en el bosque sobre la hierba y el musgo. A las cinco y media de la tarde nos bañamos. La cena es a las siete: siempre caliente. Y así transcurre, como se dice en el libro de canto de Dresden, nuestro tiempo, bien empleado, hacia la eternidad... Se han sucedido rápidamente el rayo y el trueno, la lluvia, el viento y el calor, aunque sin agobiar nunca... Hay un salón de lectura con pabellón ajardinado (!) y mala música de piano, y un frío comedor con muchas moscas... Hoy subí a la roca Flimster en compañía de tres damas suizas, incluida una pollita que, a propósito, también sabe nadar. Salimos a las cinco, y a las ocho y cuarto estábamos arriba. Aquello es espléndido...: Allá arriba hay un gran pasto alpino con rebaños de ganado de Flims. Paramos donde los pastores. Cuando uno ha pasado a través de estiércol y moscas en abundancia, y ahuyentando docenas de cerdos oscuros... entonces la leche tiene un gusto exquisito. Por lo menos en la cabaña de los pastores todo estaba muy limpio... Ahora sabe usted ya cómo se vive aquí... El sol molesta poco a los ojos; en la habitación de Fritz hay cortinas verdes.»

«Schlingelwald» es una alusión al, en efecto, no tan agraciado bosque de Gimmelwald, debajo de Mürrens, que realmente queda, separado sólo por un estrecho valle, a mitad de altura frente al oscuro bastión de rocas del, por este motivo, llamado «Schwarzmönchs» (en la pendiente oeste del Jungfrau), a donde Gersdorff había acompañado a Nietzsche y a su hermana dos años antes, en el verano de 1871.

A la carta del 9 de agosto a Rohde, Gersdorff añade, como posdata, que casi diariamente leían también a Leopardi, y: «A las tres y media nos dirigíamos al verde Caumasee; grabamos en una plancha de roca marmórea inclinada las letras U. B. I. F. N. 8./8. 1873 [= *U*nzeitgemäse *B*etrachtung *I F*riedrich *N*ietzsche 8. *A*ug. *1873*]; después nadamos hasta una roca que se elevaba en la mitad del lago sobre el agua verde. Aquí grabamos ligeramente U. B. F. N. C. G. H. R. 8./8. 1873 [= Unz. Betr. F. Nietzsche, Carl Gersdorff, Heinrich Romundt etc.], y después nos quedamos todavía algún tiempo sobre la encantadora roca del Oro del Rin. El sol, el despertador, reía en el abismo*, de cuya oscura profundidad surgía la roca. Tras el

* Wagner: *Oro del Rin*, 1.ª escena.

baño bendijimos con vino la primera piedra y su inscripción... La tarde era maravillosamente clara y pura... Así fue como celebramos la Antistraussiada.»

El Caumasee, rodeado de bosques, queda aproximadamente 100 metros debajo de la pensión de Flims. Aunque los caminos no fueran entonces tan cómodos, no podía significar gran esfuerzo el llegar hasta él. Las fechas grabadas nos dicen que la *Consideración intempestiva I* apareció el 8 de agosto de 1873.

Retorno a Basilea

Al final de las vacaciones vino también Elisabeth a Flims. Nietzsche fue a buscarla el 14 de agosto a Chur, donde los dos hubieron de hacer noche, para continuar viaje al día siguiente en diligencia. En esos días Romundt había abandonado el lugar, con lo que quedó una habitación libre para Elisabeth. No es seguro cuándo tuvo lugar la vuelta en común a Basilea, probablemente (aunque nada más sea por la reserva del hotel) el 16/17 de agosto, puesto que el 18 comenzaba de nuevo la clase en el pedagogio. Por tanto lo más que pudo estar Elisabeth en Flims fueron dos días, sólo lo cual hace ya poco digna de crédito su descripción de esa estancia[86].

En las semanas y meses siguientes Nietzsche, a causa de su debilidad ocular, se ve condenado a una relativa pausa en el trabajo. Su hermana se queda con él todavía hasta el 21 de octubre, con lo que el enfermo es cuidado amorosamente. También había cambiado en junio el dueño de la casa; el matrimonio Baumann había adquirido la finca de Schützengraben 45[112], y Nietzsche encontró en la señora Baumann una fiel y solícita madre de familia. Sólo ahora pudo surgir la expresión «guarida de Baumann», que a Nietzsche le gusta usar demasiado pronto en sus comentarios. También los médicos amigos se desvelaban por el enfermo, y además, para todos los asuntos cotidianos, tenía a su lado en casa al fiel Overbeck. Nietzsche estaba, pues, como persona, muy bien atendido. Pero el escritor —incluso de cartas— Nietzsche pasó apuros cuando el fiel «secretario» Gersdorff lo abandonó el 17 de septiembre para continuar su viaje de estudios por Italia, interrumpido en mayo por motivos de salud, donde el 20 de septiembre se encontró, en Génova, con Rohde.

El 27 de septiembre se acababa el semestre; el noveno semestre, como Nietzsche escribe ese día a Gersdorff, diciéndole también: «La salud ha estado variable, pero lo espero todo del próximo período de vacaciones, tranquilamente productivo. Puesto que sólo cuando creo algo estoy realmente sano y me encuentro bien. Todo lo demás es mala música de intermedio.»

A Gersdorff lo sustituye ahora, temporalmente, Heinrich Romundt,

que vive en la misma casa, de modo que Nietzsche puede mantener, dictando, un pequeño contacto epistolar con las personas más cercanas, lo que para él es visiblemente una necesidad. Al hacerlo aparece un cierto humor que por ahora acaba en juegos de palabras y en mordacidades aprovechando matices del dialecto del norte de Alemania y del de los sajones, mientras que, por otra parte, rodeado y mimado por la amistad, sigue trabajando en su composición musical, cuya terminación anuncia a Rohde —que también le había hecho una corta visita el 1 de octubre en el curso del viaje de Italia a Kiel— el 22 de noviembre: «El himno de la amistad compuesto hasta el final y siempre sonando dentro de mí.»

Trabajos infructuosos

También trabaja ya Nietzsche en una segunda *Intempestiva*, cuyo tema y título es *La filosofía en apuros*, que no llega a ejecutarse. El 22 de octubre concibe rápidamente una *Exhortación a los alemanes* en favor de Bayreuth. Es un encargo del «maestro», que propiamente le resulta antipático. De ello se queja a Rohde el 18 de octubre: «Todo lo nuevo es horrible... Nueva es, por ejemplo, la invitación que me llega hoy para hacer una proclama al pueblo alemán (para hablar con recato) en favor de la obra de Bayreuth, por encargo de un comité del patronato. Y también es terrible: pues ya intenté una vez por mi cuenta algo parecido sin que pudiera llevarlo a cabo. Por eso mi ruego vehemente y cordial se dirige a tí, querido amigo, para que me ayudes a ver si entre los dos podemos dominar al monstruo. El sentido de la proclama va a que todos, grandes y pequeños... paguen dinero a su tratante de música...; más o menos por la siguiente motivación... según una indicación procedente, como parece, de Wagner y transmitida por Heckel: 1. Significado de la empresa... 2. Vergüenza para la nación... 3. Comparación con otras naciones.» Rohde no aceptó, pero Nietzsche arregló el proyecto en una mañana, corrió con él a la imprenta, y ya el 25 de octubre tuvo ejemplares de prueba que envió inmediatamente a Wagner. El 29 por la tarde fue él mismo a Bayreuth para asistir a una reunión de delegados de las asociaciones wagnerianas. El 31 se expuso a discusión su proyecto en el pleno —y fue rechazado por los delegados, a pesar de que Wagner y Cosima habían manifestado su aprobación.

Se hizo un nuevo encargo al profesor Stern, cuyo texto se llevó adelante. El lunes 2 de noviembre Nietzsche está de nuevo en Basilea, tras días fatigosos y totalmente improductivos para él. Tampoco le va bien con respecto a la salud. «Desde tu marcha me he ido arrastrando penosamente, cada tres días hube de quedarme en cama y no estaba en la situación de celebrar tu cumpleaños como es debido, con cartas y vino», escribe a Rohde el 18 de octubre.

Fantasmas en el horizonte

En la misma carta Nietzsche manifiesta un temor de un tipo especial: «Mientras tanto otro asunto se ha agigantado y crecido por encima de nuestras cabezas... Existe, Overbeck y yo estamos totalmente convencidos, una maquinación inquietante para poner la editorial de Leipzig en manos de las Internacionales. Fritzsch está ya, como tememos, comprometido y probablemente ya ha recibido dinero... Precisamente hoy por la tarde quería yo viajar hasta Leipzig para hacer una rápida gestión personal. Pero una obligación inesperada de mi cargo me lo impide, de modo que iré a Leipzig desde Bayreuth. El agudo crítico E(rwin) R(ohde) no tiene ante sí todo el *apparatus criticus*. A saber, cartas y manifestaciones del fantasma femenino R(osalie) N(ielsen).» Y a Gersdorff: «... he dado con una maquinación total y absolutamente extraña... No quiero explicarte más por carta puesto que temo confiar algo al papel respecto a este asunto. Baste con decir que un peligro terrible, totalmente impensado, amenaza a la obra de Bayreuth y que está en mis manos el colocar las contraminas... el fantasma de R(osalie) N(ielsen) naturalmente implicado.» En Bayreuth, el 1 de noviembre, habló de la tal Nielsen como de una amiga de Mazzini[258].

Aunque los temores de Nietzsche sobre la lealtad de la persona de Fritzsch se revelaron infundados, no hay por qué considerar este miedo como negro producto de la fantasía; tenía motivos de fondo completamente reales. La agitación social había tomado proporciones significativas, la agitación política era grande. También la editorial de Fritzsch había sido afectada grandemente por las huelgas de los tipógrafos, como nos manifiestan en ese año las quejas de Wagner, Overbeck y del propio Nietzsche sobre retrasos en la impresión de sus escritos. En Alemania, al principio, eran dos los grupos que estimulaban la cuestión obrera, la «Sociedad general alemana obrera», fundada en 1863 por Lassalle, y el «Partido socialdemócrata obrero», formado en 1869 en Eisenach por Liebknecht y Bebel sobre bases marxistas, que habrían de unirse después, en 1875, en el «Partido socialista obrero de Alemania», contra el que en 1878 Bismarck creyó poder defenderse con su «Ley de excepción contra los socialistas». Aparte de los trastornos, personalmente molestos, causados en la imprenta de Fritzsch, estas luchas sociales llegaron hasta Suiza e incluso a la conservadora Basilea; y puesto que Nietzsche aquí sólo se relacionaba prácticamente con las familias patricias, su imagen del asunto la recibió desde este punto de vista. Nunca se preocupó de obtener una imagen realmente propia, toda esta temática estaba muy alejada del círculo de sus ideas, y por eso, en su obra como en sus cartas, sus tomas de posición frente a la «cuestión social» son más bien escasas y se caracterizan por una información unilateral. Pero precisamente a causa de aquello que *no* sabía al respecto, su miedo fue tanto más grande, como si se tratara de un temor a algo incomprensible, demoníaco, tal como ya se había manifestado

en su reacción frente al levantamiento de las comunas en 1871 en París. Esta unilateralidad de la información y la puesta entre paréntesis de la cuestión social son aducidas más tarde, en 1889, por Heinrich Hengster, en cartas a Overbeck, como objeción del círculo vienés de admiradores, contra los filósofos, tan altamente considerados en general.

El párrafo epistolar citado arriba fue siempre bagatelizado, dado que está en relación con el «fantasma Rosalie Nielsen». Pero esto es sólo una conjunción externa de un episodio biográfico con un problema no resuelto.

Para el episodio Nielsen hemos de seguir la descripción que nos trasmite Carl Albrecht Bernoulli, fundado en recuerdos personales de su abogado en Leipzig, el doctor Kurt Hezel, y de su maestro —y amigo de Nietzsche— Franz Overbeck[50]: «La señora Nielsen era, por lo que yo sé, la esposa separada de un oficial de marina, bien escandinavo o bien holsaciano, y holsaciana ella misma, o danesa, de nacimiento. Antes de asentarse en Leipzig, parece que anduvo durante largo tiempo por Italia, donde tuvo el gusto de conocer a Mazzini y donde fue internada durante algún tiempo como revolucionaria y partidaria de Mazzini. Su aspecto externo era enormemente repelente y sucio... La señora Rosalie Nielsen era una ferviente admiradora de Friedrich Nietzsche y por encima de todo colocaba especialmente su libro *El nacimiento de la tragedia*. En cierto sentido se la podía considerar una persona dionisíaca... Yo mismo tengo todavía entre mis recuerdos de estudiante una fotografía, dedicada a mí por la señora Nielsen, de una curiosa cabeza de Dionisos (escultura fotografiada). La fotografía... pretendía la señora Nielsen haberla recibido del propio Fr. Nietzsche. La cabeza de Dionisos está caracterizada por dos mitades de cara totalmente diferentes, una de ellas, y por tanto también un ojo, muestra gran intensidad de sentimiento vital ardiente, mientras que la otra y el otro ojo parecen apagados... Más tarde la señora Nielsen, en el círculo de sus amistades en Leipzig, guardaba silencio premeditadamente sobre su encuentro con Nietzsche; pero de oído a oído se susurraba cómo, hacía años, se las había arreglado para provocar... un encuentro... Por el contrario, mucho antes, en el otoño de 1875, la propia señora Nielsen contó la escena siguiente al profesor Vaihinger en Leipzig. De acuerdo con ella, como resultado de un intercambio epistolar, habría tenido lugar un encuentro en un hotel de Friburgo de Brisgovia. Parece que Nietzsche, decepcionado por el aspecto de la dama, se alejó de la habitación tras pocos segundos, después de haberle lanzado a la cara sólo esta frase teatral: "¡Monstruo, me has engañado!"... Como testigo más cercano... el doctor Romundt estaría en situación óptima para aclarar esto. Sobre todo, si la citada escena no sucedió más bien en la caverna de Baumann. Según las indicaciones de Overbeck ello acaeció en su (de Overbeck) habitación; incluso habrían antecedido a este definitivo acto final otras visitas de la admiradora. Después Overbeck liberó a Nietzsche definitivamente de esta importunidad entusiasta.» Y Overbeck: «Poco después de la aparición de su *Nacimiento de la tragedia*, una mujercilla de Holstein, ya entrada en años y con aspecto de medio loca, la señora Rosalie Nielsen, había comenzado a acosarlo, al principio en cartas y por el envío de fotografías simbólicas..., con una persecución que hacía prometer mucho en principio. Pero se necesitó su comparecencia personal ante Nietzsche para que aquella adepta le causara un horror insuperable, y para inducirlo a recibir una de sus visitas, con mi consentimiento, en mi habitación... y en mi presencia. ¡Qué escena tan ridícula, a causa de lo desproporcionado de su violencia, la que montó Nietzsche! Se desarrolló casi sin palabras, con gran cantidad de gestos más o menos grandiosos, y acabó con que a la señora Nielsen... se le colocó literalmente la silla fuera de la puerta de la habitación... y cuando tras pocos días la señora Nielsen... volvió a anunciarse, me decidí a intervenir contra ella en ayuda de mi buen amigo... aparecí en la habitación del conserje para liberar definitivamente a Nietzsche de un asunto tan molesto para él y tuve al menos éxito en la antipática empresa.»

Capítulo 14
LA SEGUNDA CONSIDERACION INTEMPESTIVA

(Finales de 1873 hasta el verano de 1874)

Después de Navidad Nietzsche se libera también de sus temores respecto de la editorial y lo confiesa en la carta del 18 de enero de 1874 a Gersdorff: «Viví una noche en casa de Fritzsch, excelente persona y acreditado últimamente, y saqué la impresión de que todavía sigue todo sobre las cuatro patas. El fantasma femenino había turbado nuestra fantasía.»

En noviembre y diciembre, en las cartas a todos los destinatarios, se multiplican sus quejas sobre el estado lábil de su salud, no sólo referido a los ojos; a pesar de ello trabajaba en una segunda *Consideración intempestiva: Sobre el provecho y el inconveniente de la historia para la vida*. El 4 de diciembre viene Gersdorff de su viaje por Italia para una visita de una semana, para continuar después por Bayreuth hacia casa, hasta su posesión familiar de Ostrichen, Seidenberg (Silesia). Se lleva los manuscritos de Nietzsche —hasta donde ha llegado su trabajo— y confecciona en limpio el manuscrito para la imprenta, que vuelve al editor Fritzsch, quien acepta la nueva obra en su editorial e incluso se compromete por contrato a una fecha de aparición, aún antes de que pudiera tener en las manos la totalidad del manuscrito, ya que Nietzsche escribe la parte final durante los días entre la Navidad y el Año Nuevo en Naumburg, ¡cuando ya habían ido a la imprenta los primeros capítulos! Informa sobre ello a Gersdorff el 26 de diciembre: «Si estoy bien informado Fritzsch está ya imprimiendo la *Intempestiva (2)*; he formalizado un contrato según el cual la impresión ha de estar terminada al final de enero, mientras yo he prometido entregar completo mi manuscrito antes del 7 de enero. Fritzsch tiene en su poder el prólogo y los capítulos I, II, III, IV, V, VI y VII; hoy he comenzado aquí el capítulo X.» Y el 31 de diciembre ruega

a Rohde: «Viví en casa de Fritzsch y ese buen hombre me proporcionó realmente alegría con su trato... Mi segunda inconformidad (o inmoderación) está en prensa: en los próximos días recibirás las primeras pruebas; puesto que, querido amigo, recurro a tu solícita bondad y te ruego incluso que me ayudes con tu consejo y tu corrección moral-intelectual en esta o aquella parte de mi copia. Por cierto, no tenemos tiempo que perder: se imprimirá rápidamente, y a finales de enero ha de estar todo acabado.»

El 20 de diciembre Nietzsche vuelve a viajar a Naumburg para pasar la fiesta de Navidad, esta vez con el firme propósito de detenerse a la vuelta en Bayreuth. Pero ahora fue realmente la salud vacilante la que frustró esta determinación; sobre ello se guardó silencio en Bayreuth. ¡La siguiente carta de Cosima, en la que agradece los saludos enviados para el Año Nuevo y la segunda *Intempestiva* (que había llegado el 22 de febrero), data sólo del 20 de marzo de 1874! Aunque bien es verdad que es una carta muy larga, que desciende a muchos detalles, y escrita en el viejo tono cordial.

El 26 de diciembre informa Nietzsche a Gersdorff: «... estuve enfermo, en cama —aquí en casa—; ¡la vieja letanía!» A partir de ahora se habría de repetir año tras año, casi sin excepciones, el ponerse enfermo en Navidades, tener que permanecer en cama, y no hay por qué dejar de señalar que la confrontación con la fiesta cristiana, a él —el «impío»— le creaba una excitación anímica que actuaba como factor desencadenante de la dolencia siempre latente en él, de modo que, cada vez más, *cualquier* excitación anímica, fuera alegría, pena o disgusto, comenzó a seguirse de desarreglos corporales.

Exito controvertido

En los últimos días de diciembre, pues, Nietzsche fue a Leipzig para arreglar todos sus asuntos editoriales. Había una segunda edición prevista del *David Fr. Strauss*, como consecuencia de un enfurecido ataque que la revista *Grenzboten* hizo en octubre. Nietzsche escribía todavía en 1888 (25 de julio), a Carl Spitteler: «La primera artimaña para hacerse considerar "por la sociedad" es, inmediatamente de entrada, un "*duelo*" —dice Stendhal. Esto yo no lo sabía, pero lo hice[121].» (Un párrafo muy parecido se encuentra en *Ecce homo*[5].) Nietzsche había hecho lo que hoy se llama una «provocación», y la dureza de la reacción le consiguió de golpe una publicidad absoluta. Ya el 27 de octubre había informado sobre ello a Gersdorff: «Los verdes cuadernos de "Grenzboten" han ofrecido últimamente un *non plus ultra* bajo el título de *El Sr. Friedrich Nietzsche y la cultura alemana*. Han sido conciliadas contra mí todas las fuerzas: policía, autoridades, colegas; declaración textual de que habría de ser proscrito por todas las universidades alemanas; esperanza de que en Basilea

se haga lo mismo. Informe de que, por una jugada de Ritschl y por la idiotez de los basileos, he pasado de ser un estudioso a ser catedrático numerario, etc. Vituperios contra Basilea como "universidad de tercera fila"; yo mismo soy denunciado como enemigo del imperio alemán, asociado a las Internacionales, etc... Así pues, querido amigo, nuestra núm. 1, para expresarme a la Fritzsch, ha encontrado "acceso al público".» Y el 21 de noviembre a Rohde: «Me gustaría que leyeras el artículo de *Grenzboten*, como algo curioso y divertido: algo así necesitamos ahora de cuando en cuando. El toro y el trapo rojo. El doctor Fuchs quería hacer un escrito de réplica, el senador Vischer protestar públicamente; hizo falta esfuerzo para apaciguar a estos hombres. Desde entonces, Basilea como "universidad de tercera fila" se ha convertido proverbialmente aquí en motivo de escarnio, y fue el tópico de las conversaciones de mesa durante la fiesta del rectorado.» Así pues, en Basilea se divirtieron exquisitamente con sarcasmos, al típico modo basileo, a causa de la desmesura de esta crítica, y se quedaron más satisfechos todavía con el voluntarioso profesor —en todo caso, ¡fue nombrado entonces (el 15 de enero de 1874) decano de la facultad!

También *El nacimiento de la tragedia* llegó a una segunda edición, que fue a la imprenta en enero de 1874, pero que sólo en 1878 pudo estar en las librerías.

Nietzsche aprovechó su estancia en Leipzig para hacer una corta visita al viejo maestro Ritschl, pero tuvo que informar a Rohde al respecto: «Los Ritschl, a quienes hice una corta visita y que en media hora me dispararon un fuego de palabras rápidamente pronunciadas del que salí ileso, sintiéndome también así; al final se quedó en que yo soy orgulloso y que los menosprecio a ellos. La impresión general fue desesperanzada: el viejo Ritschl se puso a despotricar enfurecido contra Wagner como poeta, a continuación contra los franceses (yo paso por ser un admirador de los franceses), y por fin, de oídas pero del modo más abominable, contra el libro de Overbeck. Hube de escuchar que Alemania está en la "edad del pavo": razón por la cual me permitía yo también hacer un poco el pavo (a saber, fue recriminada mi desmesura y rudeza contra Strauss). Empero, Strauss está realmente aniquilado como prosista clásico: puesto que el papaíto y la mamaíta Ritschl dijeron eso y encontraron incluso al "Voltaire" abominablemente estilizado.» Ritschl anotó en su diario[8]: «30 dic. 73, 9 horas, visita de Nietzsche, desavenencia total de principios.» Ya no se entendían.

Nuevos planes

Así, a finales de ese año todo estaba más «en camino» que nunca y apenas quedaba tiempo y ocio para reconsiderar y meditar en lo realizado

y vivido, a pesar de que hubiera habido una cuantiosa suma para hacerlo. El día de San Silvestre sólo escribe a Rohde y a Overbeck (parece que, por desgracia, no se ha conservado un saludo de Año Nuevo a Bayreuth), pero tampoco estas misivas conservadas son «reconsideraciones», sino que se orientan al futuro; así a Overbeck: «Vamos a mantenernos amables y fieles, vecinos de deseos, armas y pared, tipos raros quizá... pero bien pacíficos ¿no es verdad?... Eso entre nosotros: hacia afuera, horribles fieras de presa y muerte, tigres rugientes y parecidos compañeros reyes del desierto... Gracias a Dios que Gustav Binder no está escuchando... cuyos artículos tienen casi la longitud de mi folleto; al final me recomienda imprimir en el futuro sobre hojalata... Saludos cordiales a los míos; y ahora, viejo y buen camarada Overbeck, ¡hasta la vista! Y: ¡que viva el grupo de los esperanzados!»

Nietzsche, precisamente en este año, no sólo se había liberado de modo significativo de viejas ataduras, sino que había ganado nuevo terreno después de las tentativas del último invierno, por lo cual, sin embargo, la tensión por lo adquirido sólo fue haciéndose cada vez mayor. El comienzo del año había estado dominado totalmente por el «horizonte de intereses de Bayreuth» y por los trabajos para un libro sobre los filósofos griegos. Pero, con estos proyectos, acabaron para siempre los esfuerzos dirigidos hacia ambos puntos de vista. De los griegos ya no se ocupó desde ahora sino en relación con su docencia y ya nunca más como autor filosófico por libre; y bajo el título *Bayreuth*, Wagner mismo y su obra se le van a convertir cada vez más en problema, vistos como manifestación de una «cultura», más tarde de una estética y concepción artística, que repelen a Nietzsche.

Siente dolorosamente también la unilateralidad de su formación, de su saber y de su situación intelectual, como insuficiente para un filósofo, y se preocupa ahora realmente de la ampliación, abortada en principio por la temprana cátedra, el ámbito de las ciencias naturales y de la matemática. Después de la *Naturaleza de los cometas* de Zöllner fue la *Philosophiae naturalis Theoria* del jesuita R. J. Boscovich*, famoso y discutido en su tiempo, cuya obra Nietzsche sacó por primera vez de la biblioteca de la universidad de Basilea el 28 de marzo de 1873, obra que vuelve a sacar siempre en cortos intervalos de tiempo y que aprecia mucho. Pero también una *Historia de la Química* de Kopp, *Conferencias sobre el desarrollo de la Química* de Ladenburg, una *Teoría general del movimiento y la fuerza* de Mohr, *La maravillosa construcción del universo* de Mädler, *Elementos de Física* de Pouillet y *Pensamiento y realidad*, aparecida justamente entonces, de African Spir**: todo ello se lo llevó el mismo día 28 de marzo de la biblioteca y

* Matemático y astrónomo, nacido en 1711 en Ragusa/Dalmacia, muerto en 1789 en Milán.

** Nacido en 1837 en la Rusia del sur, muerto en 1890 en Ginebra.

lo trabajó, a pesar de su dolencia de ojos, conciliándolo con sus «lecturas obligatorias». Con el libro y las ideas de Spir había de ocuparse intensivamente todavía durante años en diálogo propio con él. Nietzsche reaccionaba espontáneamente a todo lo nuevo. Quizá ya en los últimos días de marzo, y con seguridad a comienzos de abril, desarrolla una «teoría atómica del tiempo»*. Esta teoría atómica del tiempo cobra alguna importancia en el desarrollo filosófico de Nietzsche. «La "teoría atómica del tiempo" representa el intento de Nietzsche de trasladar la atomística puntual del espacio de Boscovich a una atomística de los "puntos de sensación". Este traslado, según Nietzsche, no es otra cosa que una traducción del estado de cosas, hasta entonces concebido de forma física, a un lenguaje accesible directamente para nosotros, el lenguaje de la sensación. La traducción no es otra cosa que la necesaria "continuación de la atomística", puesto que "toda la mecánica del movimiento es en último término descripción de representaciones" y la "materia misma sólo se da como sensación"... Cierto que la "doctrina atómica del tiempo" es sólo un intento muy fugaz de Nietzsche, pero muestra, sin embargo, de qué modo se apropió de las ideas de Boscovich, Zöllner y Spir, para aprovecharlas para sus ideas fundamentales[37].» Con este atrevido intento epistemológico Nietzsche culmina una ruptura con los trabajos que ha hecho hasta entonces y comienza un nuevo camino, primero, sobre todo, en apuntes sacados de los cuadernos de notas y no aptos para la publicación, pero que, en los escritos publicados, deslumbran, como un fuego mágico, en vivos efectos luminosos.

El próximo proyecto de este tipo —en este caso sí apto para la imprenta— fue *Sobre la verdad y la mentira en sentido extramoral*, dictado en junio a Gersdorff (naturalmente a partir de anotaciones ya hechas). Sin embargo, precisamente con este escrito Nietzsche vuelve a crear a partir de su tradición helenística, precisamente este escrito une al filósofo futuro con su propio pasado. Ya el título sólo puede entenderse completamente en su transcripción griega. 'Αληθές y ψεῦδος significan, todavía para el historiador helenístico tardío Polibio, sólo «correspondiente a los hechos» y «no correspondiente a los hechos», respectivamente[203], sin que impliquen un juicio moral de valor. Con lo que estamos inmediatamente en el triple problema de los sofistas, antes de Platón: 1. ¿Podemos siquiera captar «hechos» sin interpretarlos, sin valorarlos, a la vez? 2. Y en tal caso ¿podemos hacer el enunciado adecuado? 3. Y en tal caso, el receptor de mi enunciado ¿querrá o podrá captar éste sin cambiarlo interpretándolo?

Así, el corto escrito de sólo 32 páginas manuscritas de un cuaderno en octavo gira en torno a la pregunta esencial: ¿es posible siquiera la «verdad»?

---

* Cuyo texto estaba contenido en la 1.ª edición del tomo X del GOA, pero que fue retirado rápidamente de éste por los editores, no apareció ya en la 2.ª edición corregida y sólo desde 1962 volvió a ser accesible debido a A. Anders.

Puesto que[1]: «Sólo por olvido puede el hombre llegar a creerse que posee la "verdad"... ¿Qué es una palabra? La plasmación de una excitación nerviosa en sonidos. Pero deducir de una excitación nerviosa una causa fuera de nosotros es ya el resultado de un uso falso e inadecuado de la tesis fundamental.» Y: «¿Qué es, pues, la verdad? Una multitud móvil de metáforas, metonimias, antropomorfismos, en una palabra, una suma de relaciones humanas, que han sido poética y retóricamente aumentadas, trasladadas, adornadas, y que, tras largo uso, a un pueblo le parecen fijas, canónicas y obligatorias: las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que son tales, metáforas que han llegado a deteriorarse y a perder su sentido, monedas que han perdido su imagen y que ya no se consideran monedas sino metal.»

Nuevos derroteros intelectuales de la 1.ª y 2.ª «Consideraciones Intempestivas»

Nietzsche estaba interiormente preparado y maduro para abandonar los estudios clásicos a los que se había dedicado hasta ahora. No tuvo que costar mucho trabajo a Wagner proporcionarle en los días de Pascua, con el encargo *Strauss*, la ocasión externa. Quizá Wagner adivinó con gran sensibilidad, a partir de los *Cinco prólogos* y de otros planes, hasta qué punto habían llegado ya las cosas en su joven amigo. En ese caso se habría manifestado aquí —y no sólo esta vez— como clarividente conductor de almas, lo que de todos modos contrasta sorprendentemente con la susceptibilidad con la que reaccionaba frente a las angustias anímicas del filósofo en ciernes —de índole tan diferente a la suya—, en su trato con él, el maduro artista.

Ya el 24 de febrero de 1873 había escrito Nietzsche a Gersdorff: «Mi escrito crece y se va conformando como paralelo al *Nacimiento*. El título quizá sea *el filósofo como médico de la cultura*. Quiero sorprender con él a Wagner para su próximo cumpleaños», y el 22 de marzo a Rohde: «Sobre el título no hay nada en firme: pero pudiera ser *el filósofo como médico de la cultura*, por lo que ves que trato de un problema bien general y no sólo histórico.» *El filósofo como médico de la cultura:* esto podría ponerse como título general a amplias partes de la obra nietzscheana; efectivamente es la pinza que sujeta a las cuatro *Consideraciones intempestivas* unidas, primero a la pareja *David Friedrich Strauss*, aparecido el 8 de agosto de 1873, y *Sobre el provecho y el inconveniente de la historia para la vida*, aparecida sólo medio año más tarde, el 25 de febrero de 1874. Aquí es, sobre todo, el crítico de la cultura Nietzsche quien toma la palabra y desarrolla el tema apuntado en las *Conferencias sobre la enseñanza*, mientras que la crítica del conocimiento, la metafísica, e incluso la ética y la estética, quedan, por ahora, ocultas todavía en los ensayos no publicados, aunque algunas partes de ellos, a menudo casi literalmente, salen, por decirlo así, del subsuelo a la claridad del día de las *Consideraciones intempestivas*.

En *Strauss* Nietzsche necesita todavía un cierto tiempo de arrancada hasta que llega realmente a su tema. Los dos primeros capítulos son la continuación inmediata de las *Conferencias sobre la enseñanza*, son un resumen de las ideas fundamentales expuestas allí más ampliamente y, en parte, un desarrollo hacia resultados no ofrecidos allí. Así, también se anuncia aquí el rasgo fundamental que marca y lleva la obra entera y también la vida de Nietzsche: se trata de un diálogo continuado, y sus obras, en su forma externa, precisamente como «obra», son partes cortadas y sacadas del espectro de esa permanente disputa. Es Nietzsche el que en el *Strauss* introduce en el lenguaje corriente alemán el concepto (no inventado por él) de «Bildungsphilister» (pedante), bajo el que Strauss es considerado como representante de un estrato muy determinado de la vida cultural alemana del tiempo, y el ataque se hace general. A Strauss personalmente sólo le reprocha[3]: «No lo lleva hasta un hecho agresivo, sino sólo a palabras agresivas, pero las elige tan ofensivas como sea posible y malgasta en expresiones rudas y coléricas todo aquello que hay en él de energía y fuerza; cuando la palabra se ha extinguido, es más cobarde que aquél que nunca ha hablado.»

En el noveno capítulo Nietzsche nos proporciona una visión preciosa de su taller literario: «Usualmente, ya por el primer esbozo escrito se reconoce si el autor ha atisbado un todo y si, de acuerdo con lo visto, ha encontrado el camino general y las proporciones correctas. Cuando esta tarea, la más importante, ha sido hecha y se ha levantado el edificio mismo en las proporciones justas, entonces queda todavía bastante que hacer... la casa sigue siendo, como un todo, inhabitable y lúgubre... Hasta que no preguntemos si ha estructurado en proporciones felices y como un todo el edificio mismo, no nos importa si Strauss ha hecho el enorme y penoso trabajo todavía necesario. Lo contrario de esto, componer un libro con trozos, ya se sabe que es el modo de hacer de los eruditos. Se confían en que los trozos guardan unidad entre sí, con lo que confunden la unidad lógica y la artística.»

Nietzsche compone sus libros, como un músico ha de componer una gran obra, y curiosamente *él* no muestra esta fuerza formal en sus mayores composiciones musicales, todas ellas son formalmente confusas. Pero en el capítulo 10 habla también del aspecto artístico de tal modo de composición: «El autor genial no se descubre sólo en la sencillez y precisión de la expresión: su fuerza superior juega con la materia, incluso cuando es peligrosa y difícil. Nadie va con paso rígido por un camino desconocido e interceptado por miles de barrancos: pero el genio corre ligero y a saltos temerarios o graciosos por una senda así y se mofa del cuidadoso y temeroso medir los pasos.»

En todos los ataques, expuestos audaz y magistralmente, Nietzsche, sin embargo, recuerda de repente que una vez, cuando era estudiante en Bonn, había impuesto a su hermana, asustada al respecto, la lectura de la *Vida de Jesús* de Strauss, y causado por su adicción a tales ideas una crisis seria con su madre. Se justifica ahora: «Había un Strauss, un sabio honrado, estricto, riguroso, que nos era tan simpático como cualquiera que en Alemania sirve con seriedad y energía a la verdad y sabe dominar dentro de sus límites; quien ahora es famoso en la opinión pública como David Strauss, ya no es el mismo.»

Inmediatamente después de la aparición del *Strauss* comenzó Nietzsche una nueva *Intempestiva: La filosofía en apuros*. Las pocas notas conservadas respecto a ella muestran un problema que difícilmente habría captado la misma atención general que el *Strauss*. Hay mucho de toma de posición propia. ¿Marca todavía hoy la filosofía la vida del filósofo? Y si no ¿cómo ha de seguir actuando? Se trata del problema existencial que soporta duramente Nietzsche en su situación concreta: si él, que ha sido llamado a ser filósofo, también es capaz de vivir la vida de un filósofo, como los antiguos modelos. Las notas comienzan con listas para una organización general[1]: «*El apuro de la filosofía*. A. Las exigencias a los filósofos en la calamidad de los tiempos. Mayores que nunca. B. Los ataques a la filosofía, mayores que nunca. C. Y los filósofos, más débiles que nunca.» «Hay que considerar seriamente si todavía hay siquiera fundamentos para una cultura en desarrollo. ¿Puede usarse la filosofía como tal fundamento?» «Desde este punto de vista los pocos vegetarianos filosóficos han hecho más por los hombres que todas las nuevas filosofías; y mientras los filósofos no consigan el ánimo suficiente para buscar un orden de vida totalmente distinto y mostrarlo con su ejemplo, no hay nada que hacer con ellos.» «El apuro de la filosofía. Por fuera: ciencia natural, historia (ejemplo: el instinto convertido en concepto). Por dentro: el ánimo para vivir una filosofía está roto.» «El producto de los filósofos es su *vida* (primero, *antes* que sus *obras)*. Esta es su obra de arte. Toda obra de arte está vuelta primero hacia el artista, luego hacia los demás hombres.» «Toda filosofía ha de ser capaz de lo que yo exijo, concentrar a un hombre —pero ahora ninguna es capaz de ello.» Y a continuación sigue un ataque a la filosofía universitaria: «La palabra filosofía, aplicada a intelectuales y escritores alemanes, me produce últimamente reticencias: me parece impropia. Me gustaría que se evitara hacerlo y que de ahora en adelante se hablara, en alemán y con fuerza, de *Denkwirtschaft* (administración del pensamiento).» «Resultado para nuestro tiempo: no surge nada de esa relación. ¿Por qué? *Ellos no son filósofos para sí mismos*. "¡Médico, cúrate a tí mismo!", hemos de gritarles.»

¡Pero este ataque ya lo había hecho Schopenhauer y más profundamente!

Rápidamente abandona Nietzsche estos planes y desde noviembre trabaja en *Sobre el provecho y el inconveniente de la historia para la vida*, cuyo texto acabó el 1 de enero de 1874, «el día de Año Nuevo, para su inauguración», como escribe a Gersdorff el 18 de enero de 1874. Este escrito es un ataque vehemente, por una parte, a la filosofía de la historia hegeliana, en su

tiempo muy en boga, y sobre todo a sus conclusiones positivistas respecto al presente; por otra parte, a la *Filosofía del inconsciente* —aparecida pocos años antes (1868) y que rápidamente adquirió gran prestigio—, del joven berlinés Karl Robert Eduard von Hartmann, quien —sólo dos años mayor que Nietzsche, nacido en 1842— con 25 años había conseguido ya componer una gran obra filosófica de éxito. Nietzsche, pues, se enfrentó inmediatamente, intensiva y críticamente, con las publicaciones filosóficas coetáneas. Había leído el libro ya en 1869 y en enero de 1870 lo había enviado a Tribschen. Cosima no supo cómo reaccionar frente a esa filosofía, si rechazarla a pesar de los inequívocos rasgos schopenhauerianos, y se alegró de oír ahora, en la 2.ª *Consideración Intempestiva*, la toma de posición de su joven amigo, quien todavía era para ella una autoridad en cuestiones de filosofía. «Con la repulsa de Hartmann me ha hecho usted un favor especial. Usted sabe que hace años, cuando usted me trajo a casa la inconsciencia, no me pude decidir a estudiarla ordenadamente, dado que el tono me desagradó en exceso», confiesa ella el 20 de marzo de 1874. Por el rechazo de la concepción hegeliana de la historia Nietzsche podía considerarse de acuerdo con Jacob Burckhardt, que rechazaba cualquier «filosofía de la historia» en general. Especialmente lejano a Burckhardt era el comprender teleológicamente la historia, el adscribirle una meta o a las evoluciones históricas un «objetivo». En las grandes figuras del Renacimiento, por ejemplo, veía él modos de existencia humanos, caracteres, tales como Plutarco vio también, que fueron posibles en aquel momento histórico, pero que no pueden ser considerados como el «objetivo» de una evolución. Y desarrollando esta concepción, Nietzsche defiende la posibilidad de que vuelva a haber «grandes figuras», genios, no como productos necesarios de un «proceso universal» predeterminado, sino como posibilidades de existencia humana, como las ha habido y las habrá siempre. En este contexto rechaza la tesis de la edad de la humanidad, no reconoce su tiempo como la «edad adulta» ni ve venir vejez alguna, como afirmaba la concepción histórica de su tiempo. Se niega también a admitir que las situaciones sociales sean una «necesidad histórica» o resultados de un proceso ineludible de desarrollo de la humanidad, con lo que se enfrenta a toda la herencia hegeliana y a las modernas teorías sociales. Esta 2.ª *Intempestiva* fue, pues, a diferencia de la de *Strauss*, realmente intempestiva y lo sigue siendo hoy; «intempestiva» en el sentido de «contraria a la corriente del tiempo», una llamada contra la comodidad de interpretaciones históricas acríticamente repetidas.

El episodio Eduard von Hartmann

De modo muy especial se abalanza contra Eduard von Hartmann, quien, por una parte, quiere ser un seguidor de Schopenhauer, en cuanto que acepta la «voluntad» como *agens* fundamental de un «proceso universal» y la hace actuar inconscientemente con el fin, completamente pesimista todavía, de la disolución final, de la vuelta de todos los desarrollos y objetivaciones a un estado primario, pero comprendiendo todo esto como «necesario proceso universal» y, en sentido hegeliano, como «retorno del espíritu a sí mismo», completándolo con ideas de Schelling. En el estilo del panfleto de Wilamowitz, Nietzsche designa ahora a Hartmann como parodista filosófico[3], como «pícaro de todos los pícaros» (parafraseando un texto de la ópera *Barbiere* de Rossini, donde se dice «barbero de todos los barberos», que habrá de volver a emplear Nietzsche más tarde contra Wagner, en el *Caso Wagner*, segundo apéndice, donde lo llama, como archiencantador, «sonador de todos los sonadores») y a su obra como una «picardía filosófica».

Así como vio en Strauss el exponente del «pedante» alemán, así ve ahora en Hartmann el peor resultado de una «formación histórica» unilateral y falsamente aplicada, como camino fácil hacia una «genuina mediocridad»[3]: «El hombre atiende ahora, para hablar con E. von Hartmann, "a una circunspecta, práctica, habitable, con miras al futuro, instalación en la patria terrena". Este mismo autor llama a tal período la "edad viril de la humanidad" con lo que se burla de lo que ahora se llama "varón", como si se entendiera por ello sólo el egoistilla desilusionado.» Y (§ 9): «Los hombres parecen estar cerca de descubrir que el egoismo del particular, de los grupos o de las masas, fue en todos los tiempos la palanca de los movimientos históricos; pero a la vez este descubrimiento no intranquiliza en absoluto a nadie, sino que se decreta: el egoísmo ha de ser nuestro Dios... Tiene que tratarse de un egoísmo inteligente, uno tal... que estudie por eso precisamente la historia: para descubrir el egoísmo necio. En ese estudio se ha aprendido que al Estado le corresponde una misión muy especial en el sistema universal del egoísmo que hay que fundar: ha de convertirse en el patrón de todos los egoísmos inteligentes, para protegerlos con su poder militar y policial de las terribles irrupciones del egoismo necio.» Aquí ya está puesto el fundamento para la imagen del «último hombre» del prólogo de *Zaratustra*. A él opone Nietzsche[3] (§ 9): «Pero el mundo tiene que seguir adelante... Llegará el día en que uno se abstenga sabiamente de cualquier tipo de construcciones del proceso universal o también de la historia de la humanidad, un día en el que ya no se tome en ninguna consideración a las masas, sino de nuevo a los individuos, que son una especie de puente sobre el tumultuoso curso del devenir. Estos no siguen un proceso, sino que viven atemporal-simultáneamente... como la república de los geniales... un gigante llama al otro a través de los desiertos interespacios de los tiempos... La meta de la humanidad no puede estar al final, sino sólo en sus más altos ejemplares.» Esto es ya ahora un rechazo fundamental a Schopenhauer. Y el escrito desemboca en una entusiasta proclama en favor de la juventud.

Al hacerlo, achaca a la «historia»: «Se la usa, sin embargo, contra los jóvenes para adiestrarlos en esa madurez viril universalmente ambicionada del egoísmo; se la usa para romper la natural resistencia de la juventud por medio de una iluminación transfiguradora, a saber, científico-mágica, de aquel egoísmo viril-no viril. Ya se sabe lo que consigue la historia elevando su presión hasta cierto punto...: desarraigar los más fuertes instintos de la juventud: fuego, oposición, autoolvido y amor... sí, consigue incluso estafar a la juventud en su más hermoso privilegio, en su fuerza para implantarse con desbordante confianza en una gran idea y desarrollarse en otra más grande.» «Confío que la juventud me haya dirigido rectamente, cuando ahora me fuerza a protestar contra la educación histórica juvenil del hombre moderno, y cuando el que protesta exige que el hombre aprenda ante todo a vivir y sólo emplee la historia al servicio de la vida aprendida.» «¡Dadme primero vida que después os sacaré de ahí también una cultura! —así grita cada uno de los individuos de esta primera generación, y todos estos individuos se reconocerán entre ellos a este grito. ¿Quién les dará esa vida? Ningún Dios ni ningún hombre: sólo su propia juventud.»

Nietzsche justifica extrínsecamente esta protesta a favor de la juventud, protesta fundada también en argumentos más calmos, con una experiencia que Rohde hubo de vivir: Rohde fue rechazado por sus colegas de Kiel por demasiado «joven» para el puesto de examinator; a Nietzsche le escribe sobre ello en la carta de Año Nuevo de 1874: «Me he enfadado mucho a causa de los horribles y prudentes confratres académicos de Kiel; ¡ese miedo ante la "juventud"! Bien, me he tomado venganza cantándole a la juventud al final de mi núm. 2 una canción que va a hacer mucho daño a esa clase de engendros mezquinos y cacareantes.»

Abismo generacional con Ritschl, Wagner, Burckhardt

Pero también fue una experiencia suya la propia tensión constante con con la «generación de los padres», de la que por el momento no conseguía todavía liberarse interiormente, de la que se sentía incluso dependiente y remitido a ella. La disputa con Ritschl fue sólo un acontecimiento prematuramente desencadenado. La misma tensión fue creciendo con respecto a Wagner. E incluso la relación con el admirado Jacob Burckhardt, quien con su tranquilidad y equilibrio no ofrecía flanco alguno de ataque ni motivo de enfrentamiento o tensión, comenzó a enfriarse después del momento de apogeo durante el curso de Burckhardt «Historia cultural griega». Los contactos diarios ya eran más escasos.

En enero de 1873 Burckhardt había perdido a su hermana por fallecimiento. El 23 de abril escribe sobre ello a su amigo Friedrich v. Preen, que le había expresado su condolencia: «Envidio de corazón a mi buena

hermana por su despedida de este mundo, algo incómodo siempre, y creo que fue el premio a sus virtudes el poderse marchar todavía en estos tiempos que llaman "buenos". Hoy día va todo tan sorprendentemente rápido que a la gente, con los años, le resulta cada vez más difícil encontrarse en este barullo; se tiene la impresión de que el mundo, poco a poco, va cayendo en falsas manos.» Qué barrera más infranqueable se levanta entre la resignación, a pesar de sus 55 años solamente, del tardío representante del clasicismo y el espíritu tempestuoso del tardío romántico Nietzsche, interiormente revuelto, que en el primer capítulo de la nueva obra nos confiesa de este modo su manera de sentir y de trabajar[3]: «... imagínese uno un hombre a quien trastorna y pone fuera de sí una fuerte pasión por una mujer o por una gran idea; ¡cómo se le transforma el mundo!... Todas las valoraciones han perdido su valor y han cambiado... Es la situación más injusta del mundo... —totalmente ahistórica, antihistórica— el origen no sólo de un hecho injusto, sino más bien de cualquier hecho justo; y ningún artista conseguirá su cuadro, ningún general su victoria, ningún pueblo su libertad, sin antes haberlos anhelados y ambicionado en una situación ahistórica de este tipo.» Y un poco antes: «... el hombre se convierte en hombre sólo por la capacidad de usar lo pasado para la vida y de volver a hacer historia de lo sucedido.»

Inmediatamente después de su aparición Nietzsche envió el nuevo librito también a Jacob Burckhardt, quien debió quedar terriblemente impresionado, puesto que, contra toda costumbre y razón, como él mismo siente, se pone inmediatamente (el 25 de febrero de 1874) a escribir una respuesta, en la que, prudentemente pero con determinación, defiende su ciencia y de modo muy especial su actividad docente: «A la vez que doy a usted... mis más sinceras gracias, tras una rápida ojeada al muy sustancioso libro, sólo puedo por el momento replicarle dos palabras. Propiamente no tendría derecho a ello todavía, puesto que la obra ha de ser gozada despacio y detenidamente, pero el asunto toca a uno tan de cerca que se cae en la tentación de decir algo inmediatamente. Ante todo, mi pobre cabeza nunca ha sido capaz de reflexionar, ni de lejos, como usted lo hace, sobre los últimos fundamentos, metas e ideales de la ciencia histórica. Pero como profesor y docente sí me está permitido decir: nunca he enseñado la historia a causa de eso que enfáticamente se llama historia universal, sino esencialmente como una disciplina propedéutica... He hecho lo posible por llevarlos [a los estudiantes] a una autoapropiación del pasado... y por no quitarles, al menos, el gusto por él... nunca pensé tampoco en educar, en sentido estricto, a los doctos y a los alumnos... Sé muy bien, asimismo, que tal intento se puede censurar como conducente al diletantismo, y por ello me consuelo. A mis años hay que dar gracias al cielo por haber encontrado aproximadamente una norma, aunque nada más sea para las clases de aquel centro al que se pertenece en concreto. Esto no tiene por qué ser una justificación, que usted, muy distinguido señor colega, tampoco

espera de mí, sino un rápido recuerdo de lo que uno ha deseado e intentado hasta ahora.»

Nietzsche evidentemente no se da cuenta de que en estas líneas, que efectivamente se mantienen amistosas, hay sin embargo un alarmado tomar distancia del historiador, siempre cauteloso en sus juicios, puesto que escribe al respecto a Rohde el 19 de marzo: «Burckhardt, mi colega, en un momento de emoción por la lectura de la *Historia*, me ha escrito algo muy bueno y significativo.» Ya el hecho de que el «colega», que podía encontrarlo a diario si quería, *escribiera* y evitara así la conversación, debiera haber desconcertado a Nietzsche. Pero aquí también: últimamente ya no se entendían.

Ensayos y preocupaciones entre Año Nuevo y Pascua de 1874

Nietzsche volvió directamente de Naumburg a Basilea, a donde llegó el 4 de enero de 1874; «a las cuatro en punto de la tarde estaba sobre el Rheinbrücke», escribe el 5 a casa. Por el contrario, Overbeck, que había pasado las vacaciones de Navidad en casa de los padres en Dresden, estuvo los días de Año Nuevo en Bayreuth, por primera vez[188]. Nietzsche, durante las Navidades, se había recuperado bien y rápidamente de sus molestias físicas, e intentaba ahora mantener ese estado por medio de una dieta, lo que consiguió durante meses, puesto que evidentemente también el aparato digestivo había estado implicado, quizá a causa de una debilidad de esos órganos que le quedaba todavía de su afección durante la guerra. El 14 de enero escribe a casa sobre su nuevo régimen de vida: «Me encuentro muy bien; he modificado algo mi dieta en cuanto ya no me lo pienso, sino que a las 11,30 tomo un desayuno (sopa y dos trocitos de pan con jamón). La mayoría de las veces me basta esto hasta por la noche, puesto que además tengo en la habitación el pan vegetariano. A veces, sin embargo, como también algo de carne por la tarde.» Pero también comienza a prestar atención a su estado nervioso, y el 18 de enero confiesa a Gersdorff: «Después, tengo previsto no escribir nada nuevo hasta Pascua para curar por completo mi alteración nerviosa... ¡Ya no me atrevo a pensar en Bayreuth porque si no se acaba toda la recuperación de mis nervios!» Si esta manifestación se refiere a su preocupación por la base financiera de la obra, entonces la divisa es: ¡«dieta» también en relación con Bayreuth! Además redujo temporalmente su trabajo a hacer planes. «Pero a partir de Pascua vuelta otra vez a la actividad, y es mi deseo hacer un ataque contra el *voluntario por un año*. Creo que es lo peor que se puede hacer en este momento a los pedantes. De eso se ocupa el Reichstag con las leyes militares; mis propuestas tienen un cierto tipo de viabilidad política y estaría muy bien demostrar a la gente que no vivimos eternamente en la altura y la lejanía, bajo nubes y estrella. Pero ahora, a dedicarse a literatura militar, especialmente a historia de la milicia. ¿Me puedes ayudar de algún modo en ello, fiel amigo y colaborador?» Gersdorff se informa e indica a Nietzsche algunos títulos que él, sin embargo, no utiliza; el plan se viene abajo rápidamente. Por desgracia, hay que decir, pues en las cortas notas algunas tesis del programa nos resultan muy «modernas»[1]: «La guerra simplifica. Tragedia para los hombres. ¿Cuáles son los efectos sobre la cultura? Indirectos: barbariza... Es un sueño hibernal de la cultura... La actuación obligatoria contra la humanidad —conflicto maravillosamente instructivo. El "Estado" no hace ninguna guerra, sino el príncipe o el ministro, no hay por qué mentir con las palabras. El sentido del Estado no puede ser el Estado, y menos la sociedad: sino los individuos... En Prusia considero superflua una constitución representativa; incluso ilimitadamente perniciosa. Ella inocula la fiebre política. Tiene que haber círculos como eran las órdenes monacales sólo que con un contenido más amplio. O como la clase de los filósofos en Atenas.»

Su recuperación sirvió también para «librarse» de un curso de tres horas semanales en el semestre de invierno, y, puesto que en el de verano no se llevó a cabo el curso sobre la retórica antigua, en el pedagogio no cubrió más que 10 horas semanales hasta el otoño. Recibió también una nueva ayuda, un «secretario», a quien puede dictar cartas y otras cosas: desde el otoño de 1873 paga por ello a su alumno Adolf Baumgartner (como alumno de Jacob Burckhardt también, historiador posteriormente en la universidad de Basilea) hijo de un industrial de la alsaciana Mülhausen (Mulhouse), que vivía en la badense ciudad de Lörrach. «Viene todos los miércoles por la tarde y se queda hasta por la noche; se dicta, se lee en voz alta, se escriben cartas. En una palabra, ésta es una auténtica adquisición para mí y, como prometo, alguna vez para todos nosotros», informa a Rohde a mitad de febrero. Tanto más tiempo tenía así para cavilar, primero sobre Bayreuth. El 11 de febrero escribe a Malwida v. Meysenbug: «... pues ambos tenemos una dolencia en común, que difícilmente otras personas pueden sentir tan fuertemente, la dolencia por Bayreuth... Intenté primero no pensar más en la necesidad que hay allí, y, puesto que esto no resultó, en las últimas semanas he pensado en ello tanto como me ha sido posible y he analizado estrictamente todos los motivos por los que la empresa está estancada, sí, por los que quizá fracase.» Y el mismo día a Gersdorff: «Desde Navidades me he abstenido de toda actividad literaria y estoy contento en general. A cambio he dado vueltas a muchas cosas diferentes en la cabeza, últimamente estatales y políticas: antes "Richard Wagner en Bayreuth", y antes todavía "Cicerón y el concepto romano de cultura".» Pero también ese *Cicerón* hubiera tratado sólo del problema Wagner, aunque indirectamente, como muestra el pequeño bosquejo[1]: «La fuerza y sinceridad de su carácter se muestra como artista. Pero la pureza de su gusto no es tan grande como para imitar a Demóstenes: aunque rivaliza con él en grado sumo. (Wagner-Beethoven.)»... «Arte sincero y arte no no sincero —distinción capital. El llamado arte objetivo la mayoría de

las veces no es más que arte insincero. La retórica, por eso, es más sincera, porque reconoce el engaño como su objetivo.»

Toda la problemática Wagner de Nietzsche está aquí en germen: lo mismo en la 4.ª *Intempestiva (Richard Wagner en Bayreuth)*, que 12 años más tarde en el *Caso Wagner*, Nietzsche ve esencialmente a Wagner como actor. ¿Se manifiesta Wagner como tal?, es decir: ¿es sincero? Ahora Nietzsche se inclina todavía a admitir esto, pero al Wagner de *Parsifal*, que se ofrece como *medium* de manifestaciones metafísicas, tiene que estigmatizarlo como «encantador», con todo el reconocimiento de su valía artística.

Nietzsche todavía no ha llegado a eso pero la duda comienza ya a corroerlo, también en relación a la sinceridad de la propia existencia. Intenta encontrar salidas, en circunstancias por una huida al anonimato —o a una forma de existencia burguesa. Para esta última posibilidad comienzan muy pronto a surgir esporádicamente planes de matrimonio, y para la otra: «¡Ah, con qué gusto tendría una pequeña posesión campestre! Allí colgaría durante algún tiempo mi cátedra. Hace cinco años que soy catedrático, yo diría que pronto es ya suficiente», así se queja a su madre el 1 de febrero de 1874.

Enero y febrero pasan fundamentalmente leyendo las pruebas de la 2.ª *Intempestiva*, que aparece el 25 de febrero. El 4 de marzo la amiga de Wagner, Mathilde Maier, de Maguncia, pregunta a Nietzsche si podría redactar, para ella y para su movimiento de mujeres en favor de Wagner, una *Proclama a las mujeres alemanas* para la salvación financiera de la amezada empresa de Bayreuth. Pero él tiene que rechazar el encargo y le contesta el 11 de marzo: «Lea usted el exhorto al pueblo alemán adjunto que escribí el otoño pasado. Así y no de otro modo pienso yo en este asunto, así y así de fuerte hablo yo si alguna vez tuviera que hablar —ciertamente demasiado fuerte incluso para hombres, como me demostró entonces el éxito obtenido. Los representantes de las asociaciones wagnerianas... no se atrevieron a poner sus firmas bajo esta proclama... Yo he dictado hasta ahora, estimada señorita. No se enfade por el no absoluto. Por cierto: ¿*cree* usted en la llamada "mujer alemana", y que usted se aventuraría a dirigirse a ella para el apoyo de nuestras esperanzadas ilusiones bayreuthianas?... Yo sólo creo en individuos aislados, pero desconfío —vituperablemente— de todo lo que en los periódicos y en las novelas actuales se glorifica como "mujer alemana".»

Esta decisión le fue más fácil, sin duda, por la información confidencial que había recibido de Gersdorff el 3 de marzo[14]: «Acabo de leer lo siguiente, casi increíble, de la mano de la señora Wagner: "¿Quiere usted hacer saber al amigo de Basilea que, bajo la forma de un adelanto de hasta 100.000 táleros, S. M. el Rey ha hecho posible que se siga con los trabajos? Se entiende que guardamos silencio sobre esto —sobre lo bueno y lo maló frente al mundo, siempre."»

Mathilde Maier comprende la postura de Nietzsche y se disculpa en una

extensa carta del 19 de marzo[8]: «¡Me ha alegrado mucho su tajante negativa, puesto que se corresponde perfectamente con la imagen que me hago de su idiosincrasia! ¡Debe usted de ser una naturaleza extrañamente parecida a la de Wagner! Ah! ¿me pregunta si creo en la "mujer alemana"? ¡Por desgracia tan poco como en el "hombre alemán"!... ¿No comprende usted que a pesar de ello me quiero dirigir a las mujeres alemanas? ¡Ah, para ello no tengo motivaciones ideales, sino únicamente vulgares motivos de utilidad! ¡Quien en este mundo quiere conseguir algo, aunque sea lo más alto, tiene que condenarse sin piedad a un cierto grado de bajeza! Suponiendo que el "fin" sea indudablemente elevado.» Pero precisamente para ese género de concesiones Nietzsche no se sentía ni mucho ni poco dispuesto. Sólo fue posible que siguiera con su cargo de catedrático porque en Basilea gozaba de una libertad de cátedra como no hubiera tenido en ninguna universidad alemana de su tiempo. El y su amigo, el anticlerical, incluso acristiano, teólogo Overbeck lo sabían, y por eso pudo escribir a Rohde el 19 de marzo: «Aquí estamos bastante protegidos por nuestra amistad de caprichos y malos humores... Sé bien que me conduzco bastante diletante e inmaduramente en mis efusiones, pero es que me importa absolutamente arrojar de mí de una vez, con ello, todo el elemento negativo-polémico; quiero cantar primero infatigablemente toda la escala de mis hostilidades, arriba y abajo, horrendamente, "de modo que la bóveda vuelva a resonar". Más tarde, dentro de cinco años, abandonaré tras de mí toda polémica y pensaré en una "buena obra"... He vuelto a convencer a nuestro Overbeck... hasta el punto de que en Pascua va a emprender de nuevo la lucha públicamente... Ya ves que aquí se continúa animosamente, repartimos golpes por todas partes.» Pero entonces le vuelven a aparecer dudas sobre sí mismo. Así confiesa a Gersdorff el 1 de abril: «¡Si no tuvieras una opinión tan buena de mí! Casi creo que un día te habrás de desilusionar algo con respecto a mí... ¡Si pudieras saber qué desanimado y melancólico estoy en el fondo por mí mismo como ser creador! No busco más que algo de libertad... me sublevo contra la gran, indeciblemente grande, falta de libertad a la que estoy ligado... ¡Es una desgracia volverse tan consciente de la propia lucha, tan temprano! No puedo oponer nada a los hechos, como sí puede, sin embargo, el artista o el asceta... Mi salud, por lo demás, es excelente: no te preocupes en absoluto. Pero estoy muy descontento con la naturaleza, que hubiera debido darme algo más de entendimiento junto con un corazón más lleno... Saber esto es la mayor tortura humana.» También a Bayreuth llega el 4 de abril una carta «muy melancólica de nuestro amigo Nietzsche, que está acongojado; Richard exclama: "Debe casarse o escribir una ópera, aunque esta última será de tal tipo que nunca llegará a representarse, y esto no lo va a reconciliar con la vida"[258].»

El mayor logro configurador de ese tiempo es también uno artístico, la versión para cuatro manos de la gran fantasía *Hymnus a la amistad*. El manuscrito, claramente caligrafiado, lleva la fecha del 5 de abril (Pascua),

pero va degenerando, a pesar de haber comenzado como copia en limpio, de nuevo en croquis[125].

Hubo dos mujeres en ese tiempo que le proporcionaron auténtica alegría: Una, Malwida v. Meysenbug, que el 22 de marzo le envió flores desde su lugar de reposo en el Mediterráneo; flores que él agradece el 4 de abril: «¡Qué conmovedoras sorpresas me ha deparado usted! Todavía nadie me había regalado nunca flores y ahora creo saber que hay una elocuencia propia en esa muda exuberancia de color, y animación..., que las flores son, por así decirlo, los pregoneros de un secreto de la naturaleza; revelan que en alguna parte de este mundo ha de ser posible encontrar vida, esperanza, luz, color... Y por eso es una suerte hermosa cuando los *luchadores* se dan ánimo mutuamente y se recuerdan su común creencia por el envío de símbolos, sean flores, sean libros.» Pero también a ella se queja de su situación, se queja incluso de la falta de una enfermedad corporal como distracción de las dolencias anímicas: «Hay un estado de padecimiento corporal que a veces le parece a uno un alivio; pues con ello se olvida lo que se sufre *por otra parte*, o mejor: se piensa que le puede ayudar a uno, igual que puede ser ayudado el cuerpo. Esta es mi filosofía de la enfermedad: ella proporciona esperanza al alma. ¿Y no es un arte el tener esperanza todavía?»

Nuevas amistades femeninas

Malwida v. Meysenbug le proporcionó todavía otra agradable sorpresa. Consiguió acercar a una noble mujer de su círculo de amistades de Florencia, la marquesa Emma Guearieri-Gonzagrr, a los pensamientos de Nietzsche en la 2.ª *Intempestiva*, y esta mujer comienza el 5 de abril una corta pero bella amistad epistolar[8]: «No puedo hacer otra cosa que escribirle, después de que he leído su último escrito... ¡Hasta ahora no conseguía acoger en mí con tranquilidad sus palabras, cada vez se adueñaba de mí un movimiento interior que no podía dominar! Tenía que dejarlo o me veía obligada a seguir leyendo, devorando con auténtica ansia lo siguiente... Todo lo que usted dice posee tanta fuerza primitiva y está a la vez tan bellamente expresado, que mis palabras me parecen realmente pobres y lánguidas.» Este nuevo hallazgo Nietzsche lo menciona sólo rápidamente el 8 de mayo a Gersdorff: «Recibí de Florencia una carta interesante y sentida y se me ruega que conteste a la dirección adjunta. Mano femenina.» El 10 de mayo contesta a la sorprendente escritora: «No conozco alegría mayor que volver a oír de una persona que es un nostálgico y un esperanzado; ¡ah, y a veces necesito de todo corazón y con toda fuerza esa alegría para poder ser todavía siquiera un esperanzado! / Adivino por su carta mucha más coincidencia entre nosotros que lo que puedan dejar entrever cuatro páginas. Me parece que usted tiene por la cosa más importante del mundo un cambio profundo de la educación del pueblo... Tampoco para mí conozco una meta más alta que llegar a ser, de algún modo, algún día, "educador" en un gran sentido: sólo que estoy muy lejos de esa meta. Mientras tanto he de echar fuera de mí, primero, todo lo polémico, aniquilador, odiante, torturante... pero después ¡ninguna mirada más a lo negativo e infructuoso! ¡Sino sólo plantar, construir y crear!» Y Emma Guerrieri confiesa el 15 de mayo: «¡Me ha pasado algo tan singular con usted! Cuando leí su primer escrito, el *Nacimiento de la tragedia*, me indignó, toda mi naturaleza se resistía a acoger en mí lo que me resultaba extraño, incomprensible. ¡Me parecía todo tan fantástico! El fundamento de la cultura griega me parecía absurdo, no pude penetrar en sus pensamientos... Cuando oí de su escrito contra Strauss y qué brutal era usted allí, no quise leerlo, puesto que admiraba a Strauss como un luchador sincero... El no tenía el material para construir y en ese sentido se supervaloró... ¡Pero estaba enojada con usted por el modo como lo maltrataba y me aparté de usted! Un destino feliz me llevó de nuevo a usted: leí su pequeño escrito sobre Homero, que me agradó infinitamente. Y ahora la 2.ª *Consideración intempestiva*, que ha sido para mí como una revelación y no creo que le vuelva a ser infiel en espíritu.»

En esos días el destino le proporcionó también una preciosa amistad, duradera durante años, una amiga maternal: el 29 de marzo de 1874 estuvo por primera vez invitado en la casa paterna de su alumno Baumgartner en Lörrach, donde encontró en la señora Marie Baumgartner la mujer solícita que habría de necesitar tan imprescindiblemente en los malos años venideros. Y cuando el 25 de abril llego, además, a Basilea, para una visita de varios meses, su hermana, que pudo alquilar una habitación cerquísima de él en casa de una tal familia Hegar, entonces Nietzsche pudo ya sentirse resguardado en todas las direcciones y trabajar celosamente en su ya comenzada *Intempestiva* núm. 3, *Schopenhauer como educador*.

Nuevos colegas

Mientras tanto, el 20 de marzo, había acabado el semestre en la universidad, con el que terminó también la actuación del filósofo Eucken en Basilea, pasando a Jena, donde ya se quedaría. Aunque propiamente contrincante de Nietzsche por la cátedra de filosofía, ambos hombres llegaron a una buena relación académica, de modo que el 25 de marzo también Nietzsche fue invitado a la comida de despedida. Sucesor de Eucken fue el antiguo maestro de Nietzsche en Pforta, Max Heinze (1835-1900), quien sólo permaneció un año en Basilea, fue después por un semestre a Königsberg, para trabajar, a continuación, a partir del otoño de 1875 ya en Leipzig. Como docente de filosofía Heinze no alcanzaba la profundidad y significación de Eucken, pero tenía una esposa alegre y amante de la

música, cosa que era más importante para Nietzsche en su presente situación de desequilibrio anímico. Le gustaba la compañía con la que podía hablar de música, y en ese sentido el nuevo semestre de verano le deparó todavía a August von Miaskowski, el nuevo economista político (nacido en 1838), y a su mujer, ambos nacidos livonios. Eran personas extraordinariamente sociables y tratables, que se acomodaron rápidamente a la vida de Basilea. Miaskowski fue nombrado ya para 1876/77 rector de la universidad y permaneció en su cátedra, con un año de interrupción, hasta 1881; después enseñó en Breslau, Viena y finalmente en Leipzig.

Una experiencia poco satisfactoria tuvo Miaskowski que vivir con Jacob Burckhardt ya al principio. Lo que Nietzsche, después de todo amigo y colega de muchos años, no se había permitido el verano pasado, a saber, sentarse como oyente directamente en el curso de Burckhardt sobre historia cultural griega, se lo permitió sin escrúpulos al recién llegado Miaskowski. Pero Burckhardt le escribió el 24 de junio[61]: «Muy estimado señor colega. Después de muchas consideraciones no puedo menos de manifestarle que su presencia en mis lecciones me incomoda extraordinariamente. Rogándole que no pretenda ver en esto ningún género de hostilidad, quedo con todo respeto / suyo / JB.»

Uno de los últimos domingos de junio (21 ó 28) estuvo Nietzsche por primera vez en compañía del matrimonio Miaskowski. La señora Ida Miaskowski informa al respecto[50]: «... hicimos una excursión al Frohburg... Ví allí por primera vez la cadena de los grandes Alpes y sentí esta magnífica visión como un corte en mi vida... Y todavía una segunda adquisición me deparó ese día, el conocimiento de Friedrich Nietzsche. El y sus dos amigos, Overbeck y Romundt, tomaron parte en la excursión. Nietzsche, que en el camino se unió primero a mi marido y luego fue a mi lado hablando, se granjeó todas nuestras simpatías. Aquel domingo puso el cimiento de nuestro amistoso trato posterior.» El «Frohburg», las ruinas de un castillo y una fonda cercana, cómodamente accesible desde Basilea en una media hora escasa de viaje en tren hasta Läufelfingen y desde allí a pie por buenos caminos vecinales durante una hora y media aproximadamente, situado en la vertiente norte-sur de los Jura, sobre Olten, en un punto panorámico, era un lugar de excursión que agradaba a Nietzsche. Aquí gozaba de una vista libre sobre la Suiza central, y con tiempo claro, efectivamente, hasta la cadena alpina cuya figura dominaban las conocidas moles del Oberland bernés. Que Elisabeth no sea citada como «formando parte de la partida» permite la conclusión de que estaba con la familia Vischer en su finca del Jura basileo, St. Romay, más allá de Reigoldswil, a donde le escribe Nietzsche el 6 y el 9 de julio. Dado que Nietzsche poco después fue a Bergün y a continuación a Bayreuth, los hermanos estuvieron separados ese verano aproximadamente dos meses, a pesar de que Elisabeth estaba «en Basilea». Otro lugar de excursión preferido por Nietzsche, pero más lejano, era el salto del Rin en Neuhausen, donde parece

que estuvo en Pentecostés (en torno al 24 de mayo), como recuerda Elisabeth[1]. Pero todas éstas eran diversiones completamente superficiales.

Distanciamiento de Basilea y Bayreuth. Verano de 1874

La 3.ª *Consideración intempestiva*, *Schopenhauer como educador*, surgida conceptualmente durante esas semanas, muestra cómo veía Nietzsche la gravedad de la filosofía y la existencia del filósofo. Le ronda realmente la idea de «llegar a ser educador en un sentido grande», como había confesado a Emma Guerrieri, e imaginó un próximo paso necesario: «Por cierto, otra vez estoy fuerte en hacer planes para independizarme total y absolutamente y retirarme de toda relación oficial con el Estado y la universidad a la existencia individual más descarada, miserable-sencilla, pero digna./ Por lo pronto he elegido Rothenburg sobre el Tauber como mi burgo privado y mi lugar de retiro... Por lo menos allí se lleva una vida al viejo estilo alemán todavía; odio las ciudades mezcladas, sin carácter, que ya no son nada totalmente», escribe a Rohde el 14 de mayo.

Hubo de contribuir mucho a este distanciamiento interno de la universidad y en general de Basilea la muerte, el 5 de julio de 1874, de su protector el senador profesor Wilhelm Vischer-Bilfinger, que murió —con sólo 66 años— de una enfermedad grave y dolorosa de riñón y vejiga. «Todos estamos muy tristes, sobre todo yo, que sé cuánto he perdido con él. Su sucesor previsiblemente pertenezca al partido del "Amigo del pueblo"», se queja Nietzsche el 9 de julio a Gersdorff. El *Volksfreund* era un periódico del partido liberal radical. Realmente con Vischer fue a la tumba también la «vieja Basilea». El 19 de abril, para gran pesar asimismo de Jacob Burckhardt, fue refrendada por el pueblo y los estados la constitución federal suiza revisada, incluso en la hasta entonces conservadora Basilea. Trajo consigo esencialmente un reforzamiento del poder federal a costa de la soberanía de los cantones e introdujo obligatoriamente en las constituciones cantonales el derecho de que incluso en los asuntos cantonales, como elecciones al Parlamento y al gobierno, tuvieran derecho de voto no sólo los ciudadanos del cantón, sino también todos los ciudadanos suizos emigrados de otros cantones, cosa que hasta entonces no había sucedido en Basilea. Esta innovación trajo consigo un cambio fundamental en la estructura de los partidos políticos: por una parte una gran minoría católica, por otra, una auténtica irrupción del «liberalismo» suizo, del liberalismo radical. El 9 de agosto Jacob Burckhardt escribe al respecto a su amigo Bernhard Kluger en Munich: «Nuestros asuntos aquí van en dirección a un cambio ultrademocrático. Hace muchos años que lo veía venir y ya estoy preparado hace tiempo para cualquier cosa; pero a mis años ya no soy capaz de encontrar agradable el asunto.» Tampoco Nietzsche quería ya unirse al nuevo estado de cosas.

La tendencia de Nietzsche a la melancolía y a lo meditabundo, a pesar de su buena salud y del éxito satisfactorio como profesor y escritor, no pasó desapercibida a los de Bayreuth, y, cuando Gersdorff estuvo allí de visita en Pentecostés durante algunos días, se mostró la preocupación por el estado del amigo que meditaba en Basilea tan solitario. Gersdorff informa el 29 de mayo[14]: «... en torno al 21 de mayo aumentó de tal modo el cosquilleo en mis piernas que empaqueté mi hato y me fui a Bayreuth en buenos expresos... La nueva casa ("Wahnfried") está ya acabada excepto la gran sala, y ya va siendo tiempo de que vayas a Bayreuth para conocerla. Wagner lo desea mucho y no comprende que no salgas de tu rincón de Basilea. En todo caso sería muy bueno para tu salud que en las vacaciones de verano dieras un fuerte tirón y fueras a Wahnfried. He visto por desgracia por tu última carta a la señora Wagner que la depresión en que habías caído, no se ha convertido ahora en auténtica resignación, sino en una especie de violento aturdimiento... Tus protestas de que te va bien no te salen del corazón como sería de desear... Hay algo de alegría forzada en esa última carta que nos preocupa más seriamente que nunca... Algún día habrás de abandonar tu puesto... ¿Pero ha llegado ya el momento?... Oigo hablar de Rothenburg sobre el Tauber. Pero ¿qué pretendes allí? ¿Llevar una vida retirada, sin amigos, con relaciones absolutamente estrechas, vida en la que no tendrás el sentimiento de libertad...? Wagner no sabe darte otro consejo sino que deberías casarte bien... La señora Wagner es también de esa opinión... Para ello hacen falta dos... buscar la *apropiada* es asunto tuyo... Este verano vendrás a Bayreuth y adquirirás nuevos ánimos, en caso contrario, como represalia, yo no iré este otoño a Suiza.»

Solamente le agradaron a medias estas ideas de Gersdorff; por otra parte se va formando en Nietzsche cada vez más claramente el modelo de la vida filosófica, como comienza ya a desarrollarlo en su *Schopenhauer*. No consigue durante años todavía tomar una decisión, hasta que deciden fuerzas que no están ya en sus manos. Así, el 1 de junio, responde a esta exhortación, surgida de una preocupación realmente sentida y de un enjuiciamiento realista de las cosas, de modo evasivo-humorístico en carta a Gersdorff: «Realmente encantadora la idea de imaginaros, a tí y a los de Bayreuth, reunidos en una comisión de reflexión matrimonial... ¿Debo hacer, como un caballero, una cruzada por el mundo para llegar a ese país tan alabado por tí? ¿O piensas que las mujeres vendrían hasta mí para pasarles revista a ver si eran la apropiada? Encuentro este tema un poco imposible... En el verano quiero ir, pues, a Bayreuth: temo sólo sufrir por el calor.» Pero en el camino a Bayreuth esta vez caería una sombra más pesada.

Si Wagner entonces no encontró un buen campo en Basilea, no es porque allí se tuviera aversión a la música contemporánea. Los programas de conciertos de aquella época muestran mucha música contemporánea, sobre todo Brahms, otro compositor puntero del último romanticismo alemán, que provocaba el favor o el odio de los partidos musicales en las antípodas de Wagner.

Canción triunfal de Johannes Brahms

Wagner y Brahms habían compuesto músicas triunfales bajo la impresión de la victoria militar alemana de 1871: Wagner la corta *Marcha del emperador*, Brahms el más amplio oratorio *Canción triunfal* (siguiendo el modelo del *Te deum de Detting* de Händel). Ambas obras apenas se encuentran hoy día, a pesar que la de Brahms es una obra valiosa. Wagner no actuaba del todo seriamente con sus composiciones ocasionales... No le eran precisamente simpáticos ni el «imperio» ni el «emperador Hohenzollern», pero esperaba con este homenaje demostrativo inclinar al joven emperador y, más aún, a su canciller Bismarck, a favor de la empresa de Bayreuth. Ambas cosas fallaron: el homenaje, es decir, la composición, y la «inclinación». Finalmente tuvo que volver a intervenir el rey Luis de Baviera para asegurar financieramente la obra. Y para que la paradoja nunca acabe en la historia universal, dos generaciones más tarde Bayreuth, tan ignominiosamente ignorada por el «imperio» en su época de fundación, fue elevada por el «gran imperio alemán» a la consideración de un hito fundamental en la renovación cultural nacional, de tal modo que tanto a la obra como a su nombre casi le resultó fatal. Por el contrario, Brahms compuso su pieza con la más profunda convicción, por admiración y orgullo por el «imperio» y la dinastía. El daba su asentimiento al gobierno prusiano y continuó dándoselo. Todavía en 1888, por este motivo, se llegó a una profunda crisis de amistad entre él y su archirrepublicano amigo Joseph Viktor Widmann, redactor de *Bund* en Berna, crisis en la que se vio implicado también Gottfried Keller[268]. Y a partir de este auténtico entusiasmo Brahms creó una obra que se aseguró un puesto aparte de su relación con la circunstancia que la motivó. Así, el orfeón de Basilea la eligió para su tercer concierto festivo, el 9 de junio de 1874 en la catedral de Basilea, con motivo del 50 aniversario de su existencia. Nietzsche asistió al concierto, y quedó muy impresionado por la obra, ejecutada bajo la dirección del compositor. En el mismo programa venía antes: la obertura de Beethoven *Bendición de la casa*, arias de *Alcestes* de Gluck y de *Eurianta* de Weber, concierto de violín de Beethoven y un aria del oratorio de Mendelssohn *Paulus*, cantada por el famoso Julius Stockhausen. Se levantó un tablado especial para los más de 300 participantes, igual que al lado opuesto para el público[99].

Nietzsche informa sobre el concierto a Rohde el 14 de junio: «Ultimamente estuvo aquí tu compatriota Brahms; oí muchas cosas suyas, sobre todo su canción triunfal, que dirigió él mismo. Fue para mí una de las mayores pruebas estéticas de conciencia el entenderme con Brahms; ahora

tengo una opinioncita sobre ese hombre. Pero todavía muy tímida.» Nietzsche tenía motivos para esa «timidez»; sabía de qué modo absoluto Wagner rechazaba a este «nuevo» (exactamente 20 años más joven) —ya entonces, antes todavía de que Brahms se hubiera presentado con una 1.ª sinfonía*. La benignidad de la opinión le era tan extraña a Wagner como típica de Brahms, quien el 20 de agosto de 1888 —después de todas las malas experiencias personales— escribió a J. V. Widmann[268]: «Si el teatro de Bayreuth estuviera en Francia no necesitaría algo tan grande como las obras wagnerianas para que usted y Wendt y todo el mundo fueran hasta allí en peregrinación y se entusiasmaran por algo tan idealmente pensado y creado.»

La nueva obra de Brahms tuvo que ejercer una fuerza subyugante sobre Nietzsche. Cuando el 12 de julio se representó en el festival de Zürich, Nietzsche viajó hasta allí con Romundt. El conflicto estético de conciencia hubo de agudizarse aún más en ese concierto a causa de la composición del programa. Tras de la apertura con la *Canción triunfal* de Brahms había partes de las *Escenas de Fausto* de Schumann[8], a quien Nietzsche antes había admirado tanto. Al director de este concierto, Friedrich Hegar, Nietzsche le había enviado su *Meditación de Manfredo*, compuesta «contra el empalagoso sajón» (Schumann), y sólo en el último abril le había pedido que se la devolviera. A la devolución le escribió Hegar[8]: «... confié siempre en devolvérsela personalmente y con esa ocasión poder decirle cuánto me han interesado muchas cosas, sobre todo el modo y manera como usted intenta dar expresión musical al estado de ánimo de base. Es verdad que a todo lo referente a la conformación de las ideas musicales le falta el cumplimiento de ciertas condiciones arquitectónicas, de tal modo que me produce la impresión más de una improvisación impetuosa que de una obra de arte seriamente pensada», con lo que Hegar dio exactamente en el punto débil de las grandes composiciones de Nietzsche.

Como tercer número del programa, supersaturado según nuestra idea, venía la IX sinfonía de Beethoven (con el coro final), que, al menos desde la puesta de la primera piedra en Bayreuth el 22 de mayo de 1872, para Nietzsche había de ir inseparablemente unida a Wagner.

A Nietzsche le rondaba el ideal de que los grandes debían formar una república por encima de los hombres normales, que incluso se debían de llamar a gritos a través de los tiempos, a través de los milenios. ¿Por qué no, sobre todo, cuando tenían la suerte de ser contemporáneos, por qué no habían de regocijarse, precisamente entonces, por la suerte de no tener que estar solos en su tiempo, sino poseer auténticos y equiparables compañeros? ¿No habría que llevar a Wagner y a Brahms hasta una síntesis así, más

* ¡Estreno de la 1.ª sinfonía sólo en 1876!

alta? Esto le pareció a Nietzsche digno de intentarse; se procuró la versión para piano de la canción triunfal de Brahms y la llevó en su equipaje a Bayreuth, pero hubo de vivir allí una decepción terrible.

Preocupaciones y suerte editoriales

Desde el feliz encuentro de Año Nuevo, las relaciones del editor Fritzsch con su joven y extravagante autor debieron enfriarse rápidamente. En todo caso, Nietzsche informa inesperadamente de dificultades en este orden; así el 26 de julio a Gersdorff: «... por desgracia, el bueno de Fritzsch se ha vuelto imposible como editor para mí y para Overbeck —porque, por motivos de fuerza mayor, quiere interrumpir su actividad editorial. Es verdad que había aceptado también la núm. 3, pero con la cara más agria y más malhumorada del mundo: de modo que vi cerrado y malogrado mi ciclo de *Intempestivas*. Entonces sucedió algo inaudito: apareció una carta de un joven editor y, como parece, admirador, E. Schmeitzner, de Schlosschemnitz, en Sajonia; y ahora ya está todo en orden: tengo para todas las *Intempestivas* un editor muy solícito y previsiblemente activo. Así puedo proseguir mi penoso trabajo diario, ¡el destino me ha dado realmente un signo favorable!» Schmeitzner había escrito el 8 de julio[8]: «... me perdonará amablemente si me permito importunarlo con este escrito. / Estoy en la idea de fundar una editorial, que dirigirá su atención fundamentalmente a publicaciones en el campo de la filosofía, estética y literatura. Me dirijo por ello a usted, estimado señor profesor, con el ruego de que apoye amablemente mi empresa transfiriéndome la publicación de una obra surgida de su pluma.» Nietzsche aprovecha inmediatamente la oportunidad contestando el 15 de julio: «Ya en agosto pienso poderle enviar un manuscrito, con este título aproximado: *Arthur Schopenhauer*. / Si me es permitido suponer que usted conoce mis últimos escritos publicados, también me permitirá la pregunta: ¿Estaría eventualmente en condiciones de hacerse cargo de la continuación de mi ciclo de *Consideraciones intempestivas*?» Y Schmeitzner consiente en ello el 21 de julio[8]: «Me ofrece usted un manuscrito para el mes de agosto. ¡Le doy sinceramente las gracias por ello! Conozco exactamente sus tres obras aparecidas hasta ahora y sé apreciar totalmente cómo me honra usted al transferirme la edición de sus próximas obras. Me resulta especialísimamente amable también que me quiera confiar asimismo la continuación de las *Consideraciones intempestivas*, puesto que, consideradas sólo por lo que respecta al mercado editorial, las considero como posible "negocio rentable".»

Con ello Nietzsche se había separado del editor de Wagner, Fritzsch, aunque no definitivamente puesto que le publicó todavía en 1887 el *Himno a la vida*.

Verano de 1874: Bergün y Bayreuth

La primera parte de sus vacaciones estivales Nietzsche la pasó, de nuevo con su amigo, en Graubründen. Tampoco esta vez lo acompaña su hermana, a quien el 22 de julio escribe a su residencia del Jura, donde evidentemente hacía las veces de una especie de niñera en la familia Vischer: «Bergün, Hôtel Piz Aela... aquí vivimos ahora, únicos en su régimen, a pesar de que pasan diariamente bastantes extranjeros. Pero pensionistas no hay, por lo que casi me parece que Bergün no te hubiera convenido... Los alrededores son inmoderadamente hermosos y mucho más grandiosos que en Flims... El viaje fue bueno, en Chur encontramos a toda la gente de Flims... y yo tenía una especie de sincero pesar por no poder acompañarlos a Flims... La roca Bergüner y el valle entero es realmente lo más hermoso que he visto. / Todavía no he trabajado ni mucho ni felizmente; me lo impide un pequeño estreñimiento producido por los buenos vinos de Veltlin... ¿Cómo va la educación de los niños? Como algo curioso te notifico que hace poco, una tarde, estuve casi decidido a casarme con la señorita Rohr; tanto me llegó a gustar.» La señorita Bertha Rohr, de Basilea, pertenecía al círculo del último año en Flims. ¿Se trata de la «pollita que también sabe nadar» de Gersdorff? Nietzsche tuvo que tranquilizar el 30 de julio a su hermana, más que asombrada por tales noticias: «Mi observación sobre la señorita Rohr no debió alterarte, te la hice sólo como *algo curioso*. Además tus objeciones son mis objeciones. Sólo que ya sabes que un instante acostumbra a poder más que toda una cadena de pre- y revisiones.»

Para este verano la elección, pues, había caído en Bergün, la última localidad en el valle Albula, antes del paso a la Engadina, y situada a cerca de 1.400 metros de altura. Nietzsche viajó hasta allí con Romundt en torno al 18 de julio*, donde permaneció hasta el 2 de agosto. Sobre esta corta estancia informa en varias cartas de esos días a Overbeck, a su hermana, a Gersdorff y a su madre: «Es verdad que no tenemos un lago como el de Flims: últimamente buscamos uno durante tres horas, a una altura de 6.000 pies, nos bañamos y nadamos en él, pero casi nos congelamos y salimos rojos como el fuego**. Hoy hemos ido a ver un manantial de aguas sulfurosas que nunca ha sido usado; en el camino de vuelta una cabra parió ante mis ojos un chivo, el primer ser vivo que he visto dar a luz... la madre lo lamía y se comportó, según me pareció, muy razonablemente, mientras que Romundt y yo estábamos allí, sin más, terriblemente idiotas. Cuando llegamos hace poco a Chur nos encontramos de

* Y no, como suponen los editores de las cartas, directamente después del concierto de Zürich, el 12 de julio, a lo que se opone una carta a Schmeitzner fechada el 15 de julio en Basilea.

** Respecto al lago citado, parece tratarse del pintoresco Lai da Palpuogna, a 1918 metros de altura, que todavía en julio se llena con agua de nieve fundida y ¡puede estar realmente frío! En todo caso Nietzsche disponía hasta ese verano de una salud bien robusta.

repente en medio de todo el grupo de Flims, los Traver, los Rohr, los Hindermann; la señorita Bertha estaba tan hermosa que casi me molestó partir para Bergün.»

«La salud ha sido buena en general desde que cambié mi modo de vida —no he ido a los médicos... desde Año Nuevo. A pesar de ello el estómago está y sigue débil.»

«He traído conmigo la música de Riemenschneider; nos regocijaremos juntos con ella. Ella es para mí, de nuevo, una prueba de que puedo representarme la música más complicada y disfrutar de ella representándomela; aunque siempre quede algo abstracto en ella y la añoranza del tono sea grande.» (No había piano en el hotel.)

En el viaje a Bayreuth Nietzsche debía encontrarse el 3 de agosto en Stachelberg (Glarus) con la marquesa Emma Guerrieri y conocerla personalmente; pero el encuentro no se llevó a cabo, posiblemente sólo porque el telégrafo entre Glarus y Stachelberg había sido interrumpido por una tormenta, por lo que Nietzsche no tenía noticia segura alguna y no se atrevió a presentarse anunciado sólo a medias. El 4 de agosto llegó a Bayreuth, vía Rorschach, enfermo. «Yo, por mi parte, traía de mi viaje un fuerte dolor de estómago y de vientre y me tuve que meter en la cama nada más llegar. Pero ahora el cólico está ya amainando —eso espero», relata el 9 de agosto a Overbeck, a quien invita a visitarlo. Esto es lo único que sabemos por Nietzsche mismo de ese y sobre ese tiempo. El 14 de agosto llega Overbeck, que tenía todavía vacaciones en la universidad, mientras que Nietzsche tuvo que marcharse el 15 por causa del pedagogio. Fue una despedida para dos años, puesto que sólo en el verano de 1876 volvió otra vez, la última.

Sobre los acontecimientos de aquellos once días hay diferentes informes de memorias que son citados como auténticas descripciones de lo sucedido. Sin descender a detalles podemos deducir de ellos, como suceso fundamental, que Nietzsche intentó insistentemente, con la versión para piano de la *Canción triunfal*, acercar Wagner a Brahms, y que Wagner reaccionó a esa proposición con cólera y gritos. Sólo la diplomacia, bondad y amor de Cosima consiguió evitar la ruptura abierta en la disputa. La decepción fue mutua y, al menos en el caso de Wagner, sus motivos no están sólo en el incidente-Brahms.

Nietzsche se había recuperado rápidamente, y ya en relación con la tarde del 5 de agosto Cosima puede anotar[258]: «Pasamos juntos una tarde alegre.» Al día siguiente la conversación se centra primero en las preocupaciones editoriales de Nietzsche, en los ataques de la prensa como consecuencia del *Strauss*, después en la situación de la universidad y de la literatura en Alemania, que es tal «que el señor Du-Bois-Reymond de Berlín ha hecho la propuesta de una Academia, donde se caracteriza a Goethe como corruptor de la lengua alemana, frente a Schelling.» También se manifiestan reparos sobre la Alemania de Bismarck, dirigida prusianamente.

Por la tarde Wagner toca la escena de la Hija del Rin del final del *Crepúsculo de los dioses*, ¡y entonces es cuando aparece Nietzsche con la *Canción triunfal* de Brahms! Más torpemente no se lo podía haber montado. «Richard suelta una gran carcajada porque se hubiera puesto música a la palabra "justicia".» Después se guarda silencio durante un día sobre el asunto. El sábado 8 de agosto llega la hora decisiva. «Por la tarde tocamos» («tocamos»: Cosima con seguridad, pero ¿quién más? ¿Wagner, Nietzsche o Paul Klindworth, que trabaja en la versión para piano del *Crepúsculo de los dioses?*) «la *Canción triunfal* de Brahms; gran sobresalto por esa composición que nos había elogiado el propio amigo Nietzsche; Händel, Mendelssohn y Schumann envueltos en piel; Richard se enfada mucho y habla de su deseo de encontrar algo en la música; también de la superioridad del Cristo (por Liszt), en quien sí se encuentra un impulso creativo, un sentimiento que habla al sentimiento.» Por la noche toca Wagner trozos de óperas de Auber y al final *su Marcha del emperador*. Con ello parece acabada la discusión en torno a Brahms.

Nietzsche está todavía una semana en Bayreuth y se marcha el 15, «después de haber proporcionado a Richard algunas horas difíciles. Entre otras cosas afirmó no encontrar gusto alguno por la lengua alemana, preferir hablar latín, etc.» No se trata sólo, pues, de la canción triunfal de Brahms, sino de la visión de su calamitoso desgarro interno que ofrece a los bayreuthianos y que dio allí motivos para grandes reparos —reparos no «ruptura», puesto que Wagner y Cosima reciben con gran compasión en los días siguientes el informe de Overbeck sobre el aislamiento de su amigo en el círculo de sus colegas de especialidad. «Todo el anatema de la universidad ha caído sobre él[258].» Cosima no menciona nada en el diario sobre si Nietzsche tocó sus composiciones durante esa visita. Sólo 13 años más tarde escribe a Felix Mottl[81]: «Un *Himno a la amistad* fue lo que comenzó propiamente la ruptura. Él llegó a Bayreuth y era muy triste...» Pero *¿cuándo* «llegó» ese himno a Bayreuth? En 1874 todavía no estaba acabado[125]. Es posible que la forma definitiva, que tomó la composición en el otoño siguiente, se base en la crítica y en los consejos de Wagner sobre el proyecto[123]. Todavía en noviembre de 1876 se encuentran en Sorrento y con la antigua cordialidad, al menos por parte de Wagner. Entonces no se percibe nada que pudiera significar una «ruptura», lo más recelo, como ya ahora en agosto de 1874 y después, de nuevo, en 1878 en el episodio del doctor Eiser. La «ruptura» comienza con el rechazo de Nietzsche de la filosofía de Schopenhauer y con su *Humano, demasiado humano*, antes no hay, a lo más, otra cosa que distanciamiento o «extrañamiento».

Por el contrario, la decepción, por parte de Nietzsche, va relacionada, sobre todo, con el suceso-Brahms. De pronto el sublime «maestro» apareció despojado de toda majestad y «grandeza» como un pequeño déspota celoso, no suficientemente fuerte como para apreciar las posibilidades de

otro sin tener que temer por la propia valía. Sea lo que sea lo que sucedió aquí, Nietzsche experimentó en ese verano de 1874 aquello de lo que él más tarde (en el *Zaratustra*, *De la virtud que regala)* advierte a sus adeptos: «Vosotros me respetáis; pero ¿qué si algún día vuestro respeto se derrumba? Guardaos de que una estatua no os aplaste.[157]»

Capítulo 15
LA ENFERMEDAD COMIENZA A EJERCER SU DOMINIO

(De agosto de 1874 a agosto de 1875)

Las impresiones de las dos semanas escasas en Bayreuth que se llevó Nietzsche consigo a Basilea el 15 de agosto de 1874 eran de naturaleza decididamente ambigua. La imagen ideal había mostrado aspectos no gratos; Nietzsche tenía que hacerse con un nuevo modelo, son una nueva y más pura imagen rectora; tenía que *proyectarse.*

De modo similar a como Platón esbozó y presentó a su Sócrates como su imagen ideal del filósofo, y él mismo concebiría después a su Zaratustra, Nietzsche escogió ahora la figura de Schopenhauer, tal y como la veía, y la tomó como tema de su 3.ª *Consideración intempestiva*, «Schopenhauer como educador». Los trabajos preparatorios databan ya de hacía algún tiempo, pero la formulación definitiva pasó a convertirse ahora en un imperativo inexcusable.

El 19 de agosto enviaba Nietzsche a Schmitzner una primera parte del nuevo manuscrito, con la promesa de hacerle seguir el resto en dos semanas, plazo al que fue fiel, ya que el 9 de septiembre le envió el manuscrito ultimado. Entretanto había recibido ya, para su corrección, dos juegos de galeradas de la imprenta. En carta a Gersdorff del 24 de septiembre reconocía lo difícil que le resultaba la tarea que se había impuesto con la nueva pieza: «Ha sido una época muy difícil... esta parte final de nuestro medio año veraniego... Aparte de mis trabajos usuales, he tenido que reelaborar enteramente un trozo bastante largo de mi núm. 3, y la inevitable fatiga y conmoción del ánimo que semejante reflexión y agitación en lo más profundo traen consigo, me han trastornado a veces casi por completo, hasta el punto de que ni siquiera ahora puedo decir aún que haya superado ya la fiebre puerperal... Hubieron días difíciles y noches

sobrecargadas, ay, y a menudo deseé que del exterior me viniera cuanto menos algo sereno y bueno, porque muchas veces ya no es posible sacar nada sereno y noble de uno mismo... Quiero seguir tu ejemplo y voy a leer a Walter Scott; quiero descansar y distraerme a fondo, hacer una excursión a pie, beber algún agua medicinal a la salud de mi estómago e intento ser bueno.»

Inmediatamente después de acabada su última clase en el Instituto Pedagógico, el 26 de septiembre, salió «camino de la estación, juntamente con Romundt y Baumgartner, con destino al Rigi, para ensayar allí una cura con abundancia de leche y aire de alta montaña», como escribía a Rohde el 26 de septiembre de 1874. La estancia en las alturas del Rigi sólo duró, de todos modos, tres días; desde el 29 de septiembre al 6 de octubre encontramos a Nietzsche solo en Lucerna, posiblemente en el Hotel Gotthard. «Este... va a ser mi cuartel general... hasta el próximo martes por la tarde. El ciclo de balnearios al que me he abonado para hacer algo por mi salud, o procurarme, al menos, la ilusión de que lo hago, llegará así a su final... Mis vecinos de mesa y compañeros de hospedaje son el obispo Renkens y el profesor Knood; el jefe de comedor me suelta discursos sobre la importancia de este señor para Suiza y le atribuye todo el éxito del Partido Revisionista. Con semejante compañía no me resulta fácil librarme de un talante un tanto irónico, pero son buenos tipos, de escaso aire obispal, más bien catedráticos de esos cuyo aire nos resulta tan familiar... Por lo demás, vivo en total inocencia, paseando y procurando una y otra vez hacerme a la idea de que voy a cumplir 30 años... He rogado a la señora Baumann que afine mi piano y que encienda, a modo de prueba, la estufa», escribía a Overbeck y a Romundt el 2 de octubre de 1874. Era un descanso bien merecido, una pausa necesaria después de la tensión a la que se había visto forzosamente sometido al reelaborar su imagen del filósofo. Apenas nuevamente en casa, podía comunicar a Rohde el 7 de octubre: «Entretanto me ha venido ya, más o menos, a la mente el contenido del núm. 4, cosa que me ha alegrado mucho y que asumo como un regalo.» Pero se trató, simplemente, de un efecto ilusorio en la estela, sin duda, del esfuerzo que había hecho, porque del proyecto que creyó vislumbrar para el núm. 4, centrado en el tema «Nosotros los filólogos», no salió nada completo.

El 15 de octubre apareció la 3.ª *Consideración intempestiva*, «Schopenhauer como educador», siendo distribuida por un librero de Basilea. Según parece, Rohde recibió el libro, directamente del editor, ya el 9 de octubre[7].

Con este escrito irrumpe a la luz el profundo sufrimiento vital de Nietzsche. La muerte de su paternal amigo el concejal Vischer —a cuya agonía asistió—, y la muerte, por estas mismas fechas, del padre de su amigo de juventud de Naumburg Gustav Krug, que hacía poco había anunciado su boda para octubre, fueron hitos que hicieron latir nueva-

mente en Nietzsche la pregunta por el sentido de la vida y le hicieron sentir también su vieja herida, la herida de la temprana ausencia de la dirección paterna. De ahí sus lamentaciones en la carta de pésame a Gustav Krug del 6 de julio: «Conozco, obviamente, por experiencia propia en tan escasa medida lo que es perder un padre, como tenerlo. Por ello mi vida juvenil me resultó interiormente mucho más difícil y oprimente de lo usual; y precisamente por esa necesidad que en tantas ocasiones sentí de un consejero en el que verdaderamente confiar y al que poder amar, me atrevo hoy a comprender el grado y la amplitud de tu pérdida. Cuando pienso en ti se me presentan una y otra vez ante los ojos las palabras enigmáticamente unidas: muerte y matrimonio, y lo hacen con tal rapidez, en el sucederse de una y otra, que no parece posible pensar en un final para el florecimiento y para la vida... A la inmensa y terrible pregunta que plantea la palabra «muerte», aquella otra parece procurar, pues, una respuesta. *Una* respuesta: porque tal vez hay otras.»

Otra respuesta es la que daba, ciertamente, en su *Schopenhauer:* llevar una vida heroica, la vida de un filósofo, valorar muy pobremente la felicidad material, los honores, la llamada «carrera», y centrar la mirada y el pensamiento en la cuestión del sentido. No se trata de asumir y mejorar determinadas teorías filosóficas —el escrito no se ocupa en ningún momento ni lugar del sistema filosófico de Schopenhauer—, sino «sólo» de la realización de la existencia como filósofo. Desde este punto de vista coloca al filósofo Schopenhauer (¡no a sus teorías!) por encima de Kant, dado que Kant fue siempre un funcionario fiel y nunca hizo honor, en su propia existencia, a la filosofía. En los esbozos póstumos encontramos frases significativas en este sentido[1]: «Primero creemos a un filósofo. Acto seguido decimos: aunque en la forma como prueba sus proposiciones puede que no tenga razón, éstas son verdaderas. Y al fin: es indiferente lo que dicen las proposiciones, la naturaleza del hombre vale para nosotros más que cien sistemas... En un filósofo hay algo que no puede haber en una filosofía: la raíz de muchas filosofías, el gran hombre. / Es hermoso contemplar las cosas, pero serlas es terrible. / Asumir el sufrimiento voluntario de la veracidad, las heridas personales. / El sufrimiento es el sentido de la existencia.»

Esto mismo resulta aplicable a Nietzsche: no se trata de asumir sus tesis *in concreto*, sino su seriedad y su intrepidez frente a las cuestiones últimas. Nietzsche impone exigencias duras en lo relativo al autodisciplinamiento[1]: «El hombre que no quiere pertenecer a la masa... que obedezca a su conciencia, que le dice: "¡sé tú mismo!" Porque tú no eres todo lo que ahora haces, opinas, deseas.»

«No hay criatura más aburrida y nefasta en la naturaleza que el hombre que se aparta de su propio genio y pasa a bizquear hacia la derecha y hacia la izquierda, hacia atrás y hacia todos los lados»... «Camino por las nuevas calles de nuestras ciudades y pienso que de todas estas casas horribles

que el género de los opinantes públicos se ha construido, nada quedará dentro de un siglo, como nada quedará tampoco de las opiniones de sus constructores. Cuán esperanzados pueden, por el contrario, estar cuantos no se sienten ciudadanos de esta época»... «Tenemos que responsabilizarnos sobre nuestra existencia nosotros mismos; convirtámonos, pues, en los verdaderos rectores de esta existencia, y no permitamos que nuestras vidas se asemejen a un azar ciego»... «Ahondar de este modo en uno mismo y descender por el camino más rápido al pozo de la propia naturaleza es un comienzo torturante, peligroso... Pero para organizar el interrogatorio decisivo se cuenta con el siguiente medio. El alma joven vuelve su mirada hacia la vida con la pregunta: ¿qué has amado realmente hasta este momento, por qué se ha sentido atraída tu alma, qué la ha dominado y hecho feliz a un tiempo? Pon la serie de estos objetos venerados delante de ti y acaso te revelen... la ley fundamental de tu propio ser... Tus verdaderos educadores y formadores te harán ver lo que es el sentido profundo y la materia fundamental de tu esencia... tus educadores no pueden ser otra cosa que tus libertadores... Hay otros medios, ciertamente... pero no conozco otro mejor que orientarse a la luz de los educadores y formadores propios.»

«¿Qué se ha hecho realmente de toda esa reflexión sobre los problemas morales a la que en cualquier época no hay ordenación social genuinamente desarrollada que no se haya entregado?»

«¿Dónde están los médicos de la humanidad moderna, médicos capaces, por su salud y su fortaleza, de sostener a sus semejantes y conducirlos de la mano?»

«Cuando uno piensa en la posibilidad de encontrar como educador un verdadero filósofo, capaz de elevarle a uno sobre la insatisfacción propia de la época y de enseñarle a ser nuevamente sencillo y honrado tanto en el pensamiento como en la vida, esto es, intempestivo... se entrega sin freno a sus deseos.»

«Un filósofo es importante para mí en la medida en que está en condiciones de procurarme un ejemplo... Pero el ejemplo debe venir por el camino de la vida tangible, y no sólo por el de los libros, es decir, justo al modo como enseñaban los filósofos griegos.» Y en Schopenhauer veía un ejemplo moderno de ello: «Su grandeza radicaba precisamente en esto: en enfrentarse a la imagen de la vida como un todo, para interpretarla en su totalidad.»

Tres peligros amenazaban, para Nietzsche, esta existencia filosófica: el peligro de la soledad, el de la resignación desesperada por causa de la verdad, y el del endurecimiento en lo moral o en lo intelectual. «Vivir es, en la radicalidad misma de la vida, estar en peligro.» «Representémonos el ojo del filósofo posado sobre la existencia: quiere determinar nuevamente su valor. Porque éste ha sido el trabajo específico de todos los grandes pensadores, ser legisladores en orden a la medida, el valor y el

peso de las cosas.» Como bien puede verse, ya aquí se fija Nietzsche un objetivo: «transvaloración de todos los valores», y como fuente de la formulación puede citarse documentadamente a «su» autor griego de la historia de la filosofía, Diógenes Laercio VI, 20[77], en cuya introducción a la *vita* de Diógenes (el «perro») se plantea el problema de si él o su padre falsificaron en «nomismon» (el «dinero») y, en general, «lo que vale»; el problema, en fin, de si Diógenes fue o no un falsificador de moneda. Diógenes fue, como es sabido, un cínico (de ahí el sobrenombre de «perro», del griego *kyon)*, alquien, en fin, que «transvaloraba» todo lo que tenía valor, incluso los conceptos morales. Esta acusación de falsificar moneda resultaba tentadora, dado que, a lo que parece, el padre de Diógenes tuvo un negocio de cambio abierto al público.

Hay otra posición de gran peso en el pensamiento nietzscheano, que también dibuja ya su presencia en este escrito: «El hombre grande y creador tiene que responder a estas preguntas: ¿aceptas *tú* en lo más profundo de tu corazón esta existencia? ¿Asientes a ella? ¿Te basta? ¿Quieres ser su abogado, su redentor? Porque con un único ¡sí! veraz de tu boca, esta vida, sobre la que tan graves acusaciones pesan, vendrá a ser liberada.» Y de repente estamos frente al gran interrogante sobre el sentido: «... la cuestión: ¿para qué vives?», que deja paso, acto seguido, a una reflexión sobre los caminos rectos y los errados: «Todos sabemos bien en algunos momentos cómo los preparativos y ajetreos más grandes y ambiciosos de nuestras vidas sólo son hechos para huir de nuestras tareas genuinas, de lo que verdaderamente deberíamos hacer... como si de este modo los cien ojos de nuestra conciencia pudieran cerrarse ante la evidencia de cómo abandonamos precipitadamente nuestro corazón al estado, a la búsqueda del dinero, al tráfico social o a la ciencia, simplemente para dejar de poseerlo... ya que lo que acaba pareciéndonos más necesario es perder la dimensión autorreflexiva, la conciencia propia... Todos conocemos el singular estado de ánimo en el que caemos cuando de repente nos asaltan recuerdos desagradables y nos esforzamos en ahuyentarlos con gestos violentos y voces huecas. Pero los gestos y las voces de la vida general permiten inferir que todos estamos siempre en una situación de este tipo, llenos de temor al recuerdo y a la profundización en nuestra intimidad.» Como tarea formula la siguiente: «... fomentar la producción del filósofo, del artista y del sabio en nosotros y fuera de nosotros, trabajando así en la realización y perfeccionamiento de la naturaleza», dado que no vislumbra el *telos*, la finalidad de la especie humana en la consecución de un mediocre bienestar general, sino en las figuras sobresalientes —en lo que luego llamaría el «superhombre»—. Este objetivo es lo que confiere a la especie su sentido, lo que le hace tener una «finalidad». «... mirar más allá de uno mismo y buscar con todas las fuerzas un yo más alto que aún yace escondido en algún lugar. Así pues, sólo quien se ha entregado de todo corazón a algún gran hombre ha recibido la primera consagración de la cultura... la cultura no exige de él simplemente esa vivencia interior... sino en último término, y muy centralmente, la acción, esto es, la lucha por la cultura y... la producción del genio.»

Muy duro es su juicio sobre la ciencia, porque «pasa de largo ante la existencia» y «no ve en todas partes más que problemas del conocimiento», y «en el interior de su mundo, el sufrimiento aparece como algo insólito e incomprensible, o sea, a lo sumo otra vez como un problema». Frente a ello, «la naturaleza dispara a los filósofos como una flecha que envía a los hombres; no apunta a ningún blanco, pero espera que la flecha quede clavada en algún sitio. Al hacerlo se equivoca muchas veces y se siente contrariada... El artista y el filósofo son pruebas contra la finalidad de la naturaleza en sus medios, por mucho que no dejen de poder ser asumidos a un tiempo como una prueba de la excelente sabiduría de sus fines», con lo que viene a dar la vuelta, fuertemente acentuada, a la tesis darwinista. Pero una y otra vez pone juntos, igualándolos en su valor, al filósofo y al artista. Con ello no dejaba, ciertamente, de ser fiel, en este caso como en otros anteriores, a su deseo de encontrar en Richard Wagner el primero y más comprensivo de sus lectores.

Al cabo de un largo razonamiento llega a la conclusión de que la filosofía no es erudición; tampoco, en consecuencia, conocimiento de sistemas o pensamientos filosóficos anteriores. La filosofía es —y con ello da la cifra transparente de su propia relación con la filosofía, una relación personal y no basada en un estudio especializado de orden sistemático— esencialmente *subversión*. Y en este sentido cita al americano Emerson, al que admiraba sintiéndose a un tiempo discípulo suyo: «Tomad vuestras precauciones cuando Dios haga descender a un pensador sobre vuestro planeta, porque entonces todo está en peligro. Es como si en una gran ciudad estallara un incendio y todo el mundo ignorase lo que va a quedar y lo que acabará consumido por las llamas.»

Con razón pudo decir Nietzsche más tarde en su mirada retrospectiva del *Ecce homo*[5]: «Ahora que vuelvo la vista desde una cierta lejanía a las situaciones de las que estos escritos son testimonio, no quisiera negar que, en el fondo, hablan meramente de mí... *Wagner en Bayreuth* es una visión de mi futuro; en cambio, en *Schopenhauer como educador* está inscrita mi historia más íntima, mi *devenir*. ¡Sobre todo mi *voto solemne!*... ¡Oh, cuán lejos me encontraba yo entonces todavía de *lo que* soy hoy, del *lugar* en que me encuentro hoy...! Pero yo *veía* el país, no me engañé... Aquí toda palabra está vivida, es profunda, íntima; no faltan cosas dolorosísimas, hay allí palabras que en verdad sangran... Sobre como concibo yo al filósofo, como una terrible materia explosiva, ante la cual todo se encuentra en peligro, sobre cómo separo yo miles de millas mi concepto "filósofo" de un concepto que comprende en sí todavía incluso a Kant... sobre todo esto ofrece este escrito una enseñanza inapreciable.»

Al aparecer este escrito Nietzsche era ya, de todos modos, perfecta-

mente consciente del carácter de confesión cuasipersonal del mismo. De ahí que el 25 de octubre de 1874 escribiera a Malwida von Meysenbug: «... el contenido de este último escrito le permitirá percibir a usted bastante de lo que en todo este tiempo he vivido dentro de mí. También que a lo largo del año me ha ido mucho peor y mucho más negativamente de lo que a simple vista deja traslucir el libro... Y ¿qué es lo que puede perturbarme en mi camino? Incluso las reacciones negativas y los efectos contrarios me son hoy útiles y fructíferos, dado que me ayudan muchas veces a clarificarme más rápidamente que las respuestas amistosas... Por fortuna, carezco de toda ambición política y social, por lo que por ese lado nada tengo que temer... en una palabra, *puedo* decir lo que quiero pienso y quiero comprobar de una vez hasta qué punto soportan nuestros congéneres, tan orgullosos de la libertad de pensamiento, pensamientos libres... Contra todo merecimiento me he visto obsequiado nuevamente con amigos excelentes; lo único que deseo ahora es, dicho en confianza, una buena mujer lo antes posible. Conseguido esto, creo que todos mis deseos vitales pueden darse por satisfechos. Todo lo demás es ya un problema mío.»

Difícilmente podía adivinar Nietzsche qué procesos iba a desatar con esta última frase. Malwida se tomó la cosa mucho más seriamente que el propio autor de la carta y pasó a creer que su tarea esencial era, a partir de ese momento, buscarle esposa.

Retraimiento a la vida profesoral

En un principio Nietzsche no optó en absoluto por vivir de acuerdo con la imagen del filósofo que tan grandiosamente venía de esbozar; le faltaba una vez más, cuanto menos, la necesaria fuerza de decisión. Más bien lo contrario: la idea de rehuir toda problemática con un salto audaz a la forma burguesa de existencia del matrimonio —un salto para el que igualmente le faltaba la fuerza de decisión—, le ocupó todavía durante algunos años. De momento se satisfizo con el cultivo de viejas y nuevas amistades, y con una participación reactivada en la vida social de Basilea.

A partir del 16 de octubre Gersdorff estuvo de visita en Basilea, aunque esta vez sólo durante una semana. El proyecto originario era el de reunir por una vez a todos los amigos al mismo tiempo en dicha ciudad. Pero Rohde no podía ir hasta el mes de septiembre, cosa que efectivamente hizo, y Gersdorff sólo en octubre. Con el nuevo semestre Nietzsche tenía que hacerse cargo otra vez de todo un ciclo de lecciones, cosa sobre la que el 16 de octubre informaba a Gersdorff: «7 horas en la Universidad, 6 en el Instituto Pedagógico, todo campos completamente nuevos... Es una locura, pero hasta el momento me defiendo bien y sin problemas, gracias, sobre todo, a que el estómago y los ojos resisten satisfactoriamente. Durante

largo tiempo será imposible pensar en cosas intempestivas, el cargo me lleva a parajes muy diferentes.» Y el 3 de diciembre a su casa: «Este invierno he estado dos veces en Lörrach; la señora Baumgartner es una mujer bondadosa y previsora, que me está muy agradecida; ahora traduce mi tercera *Intempestiva* al francés, y creo que saldrá una cosa aceptable, dado que en cuestiones de estilo me lleva mucha ventaja. / Tengo una montaña de trabajo ante mí, algo así como para los próximos 50 años. Voy, pues, a tener que avanzar como un caballo sujeto al yugo, sin poder dirigir la mirada a derecha ni a izquierda.» El 5 de febrero comunicaba a Rohde el final del trabajo de traducción: «Mi tercera *Intempestiva* ha sido muy bien traducida, entretanto, al francés por la señora Baumgartner-Köchlin. Ahora buscamos un editor en París.»

Para las Navidades de 1874 anunciaba nuevamente su visita a su casa: «Será para mí un gran motivo de alegría estar otra vez entre vosotros, con todo ese maldito jaleo universitario bien lejos de mí durante por lo menos 10 días. A ver si me regaláis para Navidades una pequeña casa de campo, donde poder pasar el resto de mi vida tranquilamente y escribir bellos libros, ¡ay! (¡suspiro!).»

Asombra oír, por otra parte, cómo Nietzsche aceptaba regularmente y de manera gustosa invitaciones a veladas y reuniones sociales, como describe la señora Ida Miaskowski a sus hijos en sus recuerdos[50]: «En invierno fundamos una pequeña asociación, que cada catorce días celebraba, en lugares diferentes, sus reuniones. Encuentro... un dibujo detallado... de una representación encantadora... de una de aquellas veladas... Un cuadro vivo, cuidadosamente preparado, de los *Maestros cantores*... para dar una alegría a Nietzsche... Cuando todos los invitados estaban ya reunidos, rogué a Nietzsche que tocara la canción del maestro y abrí las puertas que comunicaban con el comedor, en el que estaba el encantador pequeño cuadro... Todos quedaron entusiasmados y Nietzsche incluso muy conmovido. Tomó mis manos entre las suyas y me las apretó una y otra vez, dándome las gracias por tan encantadora sorpresa. Después de una de estas tardes de fiesta... Emmy decía que nunca había estado en un círculo tan inocentemente divertido. ¡Lo cómico es que dos de los más divertidos de nuestros amigos, Overbeck y Nietzsche, son conocidos en toda Alemania como terribles pesimistas y schopenhauerianos! El jueves siguiente... hicimos música. Nietzsche improvisó de un modo encantador y Overbeck colaboró con él, interpretando ambos cosas de Schubert a cuatro manos... Una vez escribí: "Esta tarde se reúne la asociación de los martes. Nietzsche traerá otra vez un libro de lo más divertido para leernos trozos (los cuentos humorísticos de Mark Twain)." La última vez lo pasamos muy bien, leímos, tocamos piezas musicales, jugamos y saltamos hasta casi las doce y media... Aquel invierno Nietzsche acostumbraba a venir, además, todos los viernes por la tarde a acompañarme en el canto. Traía siempre muchas notas nuevas, que repasábamos juntos, y que alguna vez incluso ensayá-

bamos; al final acostumbraba a improvisar para nosotros o a tocar cosas de Wagner.»

De todos modos, se registraba cierta disminución de la vida social que normalmente tenía por escenario las casas patricias de Basilea, a consecuencia, sin duda, de la crisis que atravesaba la industria de cintas de seda, sobre la que descansaba el florecimiento económico de la colectividad; algunas familias principales de empresarios habían llegado incluso a verse en la ruina. «A todos los fabricantes de cintas de seda les va mal», escribía Nietzsche el 13 de diciembre de 1874 a su madre. La «Internacional» había conseguido repentinamente una reducción de la jornada laboral a 11 horas, así como la prohibición del trabajo infantil en las fábricas. En qué medida estas condiciones encarecedoras de los costes de producción figuraban entre las causas de la crisis, es cosa cuyo enjuiciamiento dependerá, sin duda, del punto de vista que se adopte. Nietzsche no se manifiesta explícitamente sobre ello. Pero no es de suponer que todos estos acontecimientos atemperaran su miedo latente a la fuerza política de las clases trabajadoras. Es posible que su deseo de retirarse de la servidumbre pública se alimentara también de este lado, dado que no quería plantearse la problemática sociopolítica; más bien optó por rehuirla.

Mirada retrospectiva a su época de compositor

El 22 de diciembre viajó Nietzsche a Naumburg con la intención de pasar allí las fiestas navideñas; llegó el 23 por la tarde. Esta vez se llevó consigo todo un paquete de trabajo, informando a Rohde antes de su partida en los siguientes términos: «... yo mismo voy a transportar todos mis papeles musicales, convenientemente reunidos, para celebrar otra vez, estas vacaciones en las que tanto pienso descansar, todo el sacrificio musical de mi infancia y juventud, que quiero codificar sacando una copia a limpio; cuento con la ayuda del campanero manco de la torre de la catedral de Naumburg. Pienso reescribir por fin el himno, para dos manos, pero a lo grande.» Y el día de su llegada a Naumburg a Gersdorff: «Me propongo pasar estas vacaciones... bien protegido por toda clase de literatura, y además he reunido todas mis composiciones juveniles en un montón que tengo aquí, a mi lado. Ya veremos qué sale de todo esto. Quiero decir, "para que la imagen de la juventud siga viva" en el recuerdo, para cuando sea viejo.» La dedicación intensiva a su música debió ocuparle enteramente durante aquellos días de fiesta; se sumergió, pues, retrospectivamente en su pasado de compositor, clausurándolo a un tiempo de modo definitivo. Sólo a partir del 2 de enero de 1875 escribió nuevamente cartas. Entre ellas destaca una a Malwida von Meysenbug: «Tengo ya 10 días de vacaciones detrás de mí, que he pasado con mi madre y hermana, y me siento muy descansado; durante todo este tiempo he renunciado a todo

pensamiento y toda cavilación, concentrándome en mi música. Son muchos los miles de cabecitas de notas que han sido pintados, y *un* trabajo puede decirse que está totalmente acabado. Hay que entonar ahora el himno a la amistad a dos y a cuatro manos... Estoy *muy* contento con esto. ¡Ojalá hubiera aquí alguien para ello, por lo menos alguno de mis amigos! La duración total de la música es de exactamente 15 minutos. Ya sabe usted todo lo que puede tener lugar en este tiempo; precisamente la música procura un evidente argumento a favor de la idealidad del tiempo. ¡Ojalá sea mi música la prueba de que es posible olvidar el tiempo propio, y que en ello hay cifrada idealidad! He revisado y reordenado además mis composiciones de juventud. Que la constancia del carácter, su no transformabilidad, se revelen así en la música es algo que siempre me ha maravillado; lo que un muchacho expresa en ella es en tal medida el lenguaje de la constitución fundamental de su entera *naturaleza*, que el adulto pocos cambios deseará introducir —salvo, por supuesto, en lo que hace a la escasa pericia técnica, etc.» Este *Himno a la amistad*, por fin acabado al cabo de un proceso de dos años de duración, es su última composición; una composición que ya no le iba a abandonar. Porque si nada hizo ya después de ella, volvió, en cambio, a dedicarle su atención durante dos veces cuanto menos, primero en 1882, para arreglarla como canción con un texto de Lou Salomé, y luego en 1887, en la que fue reelaborada, con intervención de Peter Gast, para coro y orquesta. Llegados aquí acaso convenga, pues, valorar las composiciones de Nietzsche en su verdadero significado; en términos absolutos, en cuanto piezas musicales. Y en términos relativos, por lo que hace a su posición en la naturaleza y obra de Nietzsche.

Nada resultaría, de todos modos, más equivocado que pretender «salvar el honor» de Nietzsche como compositor; conviene, sin embargo, tener bien presente que a pesar de ciertas deficiencias en la técnica compositiva, que en ocasiones pueden ser muy perturbadoras, se trata de obras muy seriamente proyectadas y que deben ser, también, muy seriamente tomadas. Algo bien diferente, pues, de lo que podrían ser los ensayos de un simple aficionado musical. Nietzsche se sirve de la música como del lenguaje: para dominar y transmitir contenidos espirituales y anímicos; es, para él, un medio de comunicación, y en este sentido puede decirse que consiguió piezas muy expresivas. Las deficiencias de técnica compositiva son el resto lamentable de un estudio autodidacta no sistemáticamente desarrollado. De todos modos, que también en la música es posible llegar a algo al cabo de una carrera autodidacta desarrollada con tenacidad es cosa que han probado suficientemente los compositores rusos, más o menos contemporáneos suyos, agrupados en el llamado «poderoso puñado petersburgués» (Cui, Glinka, Balakirew, Mussorgskij, Borodin, Rimskij- Korsakow). Y el propio Nietzsche lo probó a propósito de la filosofía, ámbito en el que era asimismo autodidacta. Que como filósofo representa, de

todos modos, algo muy superior y poderoso a lo que puede representar como músico es cosa que queda, obviamente, fuera de toda posible discusión. Lo que no obsta, por supuesto, a que alcanzara en la música, en profundidad y pregnancia expresivas, el nivel, cuanto menos, de algunos de sus contemporáneos musicales «con buen oficio», por mucho que no sea un consuelo demasiado grande que también éstos hayan desaparecido de nuestra consciencia empequeñecidos en su relevancia al lado de un Brahms o un Schumann.

Pero más allá de sus deficiencias e insuficiencias, las composiciones y esbozos de composiciones de Nietzsche tienen un alto y singular valor con vistas a la iluminación de su naturaleza fundamental, que se revela realmente en ellas —como señala en su carta—, haciéndolo además en sus diferentes facetas particulares.

En sus primeros ensayos, en su mayor parte todavía inhábiles, el muchacho de 10-14 años intentaba, ante todo, hacerse con la técnica necesaria en cuanto a notación, composición o armonía. Tomaba clase de piano, llegando incluso a conocer obras sinfónicas en su transcripción para este instrumento. De ahí que sus intentos de componer por su cuenta vinieran siempre pensados desde el piano. Entre sus 12 y sus 14 años asistió, en la catedral de Naumburg, a una serie de interpretaciones de Oratorios, lo que fue para él una importante vivencia. En lo religioso encontró, ante todo, un placer estético, cosa que, por otra parte, corresponde más a su religiosidad soñadora que a una fe genuinamente sentida. Pasó así a componer también misas, motetes, un miserere y finalmente partes de un Oratorio de Navidad[125]. Se trata de obras y esbozos de obras que pueden ser bien consideradas como fracasadas. Habría, de todos modos, que preguntarse si su fracaso viene de la cosa misma o se debe, simplemente, a la escasa pericia técnico-compositiva de su autor.

Ya nos referimos, por otra parte, a la posibilidad de que lo religioso, en cuanto elemento esencial de su personalidad, le faltara por entero, y que precisamente por ello optara, en su juventud, por conseguirlo dando un rodeo por el camino de la estética.

Pero antes de cumplir los 17 años (verano de 1861) y apenas transcurridos algunos meses desde la fecha de su confirmación, convirtió partes del Oratorio de Navidad en una fantasía «mundana» para piano (*Dolor es el tono fundamental de la naturaleza*), dedicándose acto seguido a la música descriptiva con su *Sinfonía de Ermanarich*. Enseguida fue consciente de lo estrecho de los límites y posibilidades de la música de orientación plástico-narrativa. La superioridad de la música sobre las restantes artes vendría, en efecto, de su capacidad para ir más allá del caso particular, sin convertirse por ello en «abstracta». Para su *Ermanarich* llegó incluso a redactar un programa detallado para la escenografía y la acción de la obra. En lo que hace a los programas de las composiciones ulteriores, sólo encontramos indicaciones relativas a los movimientos generales o a los estados de

ánimo, a las disposiciones del espíritu. Su fracaso con la música descriptiva hunde, pues, sus raíces en la cosa misma, era algo casi necesario; de todos modos, y por mucho que la forma genuinamente musical quedara corrompida, Nietzsche consiguió una pieza audaz desde el punto de vista armónico. Siguió un periodo de formas pequeñas, las contenidas en las *Hojas de álbum* tan apreciadas en su época (*Canciones sin palabras* en el caso de Mendelssohn), y canciones, o sea, lírica. Este es el terreno en el que el compositor dio lo mejor de sí.

Ya C. A. Bernouilli ha llamado expresamente la atención[50] sobre la gran vena lírica que recorre la obra filosófica de Nietzsche, sin dejar, desde luego, de remitir, como argumento fuertemente probatorio, a las composiciones líricas. Tras una pausa considerable Nietzsche volvió al gran formato de la fantasía en varias partes bajo la idea central de la «amistad». La música vino a aproximarse así en este punto a lo patético tan puntualmente como las cartas a sus amigos; las fantasías carecían de forma, es más, eran informes. Nietzsche fracasó en sus composiciones sobre la «amistad» (*Monodia*, *Manfred*, *Eco*, *Himno*) tan exactamente como en sus propias amistades. Se plantea aquí el mismo interrogante que a propósito de lo religioso: ¿intentaba superar su incapacidad para la amistad genuina dando un rodeo a través de la estética? Por muy divisible y clasificable en fases diversas que parezca su actividad de compositor, *un* rasgo fundamental la recorre y confiere unidad desde los primeros ensayos al *Himno*: se trata, en casi todos los casos, de composiciones que Nietzsche regaló o dedicó a alguien concreto; la mayor parte de ellas vieron incluso la luz con tal objeto. Son reconocimientos de sus inclinaciones muy personalmente dirigidos, y por eso se acercan más, en su naturaleza global, a la carta que a la obra filosófica; tienen un valor expresivo que si bien viene, obviamente, determinado por su forma musical, no por ello deja de estar modulado de un modo altamente personal. La influencia estilística de algunos compositores como Beethoven, Schumann, Chopin o Liszt resulta evidente; todas sus composiciones vienen, sin embargo, diferenciadas por otro rasgo común, un rasgo específicamente nitzscheano: la melancolía. Llama la atención la ausencia de toda posible influencia de Wagner (hasta el *Eco de una Noche de Fin de Año*). La potencia sentimental y el elemento demoniaco propios de Wagner fueron siempre ajenos al músico Nietzsche; como músico nunca fue wagneriano.

Una vez acabado el trabajo —provisionalmente clausurador— de revisión y recopilación de la «obra póstuma juvenil» musical, Nietzsche encontró tiempo para saldar dos viejas deudas epistolares. Hans von Bülow le había escrito el 1 de noviembre sugiriéndole que se hiciera cargo de una traducción de Leopardi, en quien veía una figura congenial a la suya. Nietzsche tuvo que renunciar a ello el 2 de enero de 1875: «La verdad es que conozco muy poco el italiano; aunque soy filólogo, no soy, en absoluto, un hombre dotado para los idiomas (el alemán ya me cuesta

bastante trabajo).» Es éste un hecho del que más tarde Overbeck tomaría nota con asombro y que cuando su derrumbe no dejaría de llamar la atención de los médicos. A pesar de sus muchos años en la Riviera, el nivel de conocimiento del francés y del italiano a que había llegado Nietzsche era sumamente bajo.

Amistades perdidas

Mucho más difícil tuvo que resultarle, este mismo 2 de enero, la respuesta a una carta de la marquesa Guerrieri del 7 de diciembre, en la que ésta le hablaba de su más reciente sobresalto, debido a *Schopenhauer como educador*[8]. «¿Entiende usted, mi respetado amigo, a dónde apunto realmente con esta tesis mía de que da usted demasiados mazazos, de que hiere demasiado profundamente como para poder ejercer alguna influencia en el interior de los hombres? En lo que a mí hace, comprendo y respeto la pasión que sin preocuparse de dónde ni sobre qué incide, persigue lo malo existente con odio inextinguible. Pero tengo la impresión de que el verdadero educador debe proceder de otro modo, más bien con la luz del objetivo reconocido como más alto en la mano presta a conferir ayuda.»

En su carta de respuesta, Nietzsche se retrajo prudentemente, de acuerdo con lo que era la forma normal de su trato personal, sobre todo con las damas: «Respetada señora, tenemos, pues, que hacernos por el momento a la idea de que nuestra coincidencia no es total y, sobre todo, que no lo es en lo esencial. Así he interpretado su parecer, tal y como me lo comunica con una sinceridad que le agradezco... Sobre los malentendidos como tales, su propio sentido, puro y siempre vocado a lo verdadero le ilustrará mejor y, sobre todo, más fructíferamente de lo que pudiera hacerlo cualquier carta... de ahí mi deseo de que tenga usted a bien hacer *globalmente* una vez más, o acaso dos, el intento de obtener un nuevo ángulo de visión (¡un ángulo de sentimiento!) para este último escrito... No, mi respetada señora, no *puede* ser que de una música heroica saque usted una impresión deprimente. Y con ello no estoy pidiendo que sienta usted de manera masculina.»

La marquesa le contestó el 13 de enero de 1875[8]: «No pongo en duda, querido amigo, lo que leo en sus líneas; creo que tengo una alta imagen de cuanto aquí está en juego, que me he construido a partir del todo de su naturaleza, tal y como me ha sido dado verla hasta el momento. Lo único que me hace dudar es el camino que ha elegido; temo que en lo personalmente experimentado y sufrido por usted cifre demasiado su patrón de medida para todo lo existente. Creo que el artista y el educador tienen que haber ajustado cuentas de algún modo con su propia vida, con sus propias necesidades, para estar en condiciones de irrumpir de manera efectiva en el mundo, y dar en él, autosuperándose, lo mejor y más propio de sí mismos. Sólo entonces, pienso, pueden atacar con la más cortante de las críticas lo existente, porque han sabido sobrevolarlo victoriosamente con un esfuerzo casi sobrehumano.» Y terminaba después de haber removido así la herida abierta de Nietzsche en los siguientes términos: «Pero quiero confiar y esperar lo mejor. ¿En Pascuas piensa usted venir a Italia, no? Suerte en todo y dé pronto, si le es posible, alguna señal...» Pero Nietzsche no podía reaccionar tan prontamente. Esta amistad epistolar, desarrollada en términos tan ideales y elevados, se apagó. Nietzsche mantuvo, de todos modos, a la marquesa Guerrieri en su memoria, y en octubre de 1876 le hizo llegar la cuarta *Consideración intempestiva*, «Richard Wagner en Bayreuth». Pero esta vez la marquesa guardó silencio.

Ya no se dirigió a él con sus críticas. Por parte de Nietzsche, en cambio, su sufrimiento por la vida y por la obra, la necesidad de crear a partir de su sufrimiento, de vencer el dolor con la obra y no limitarse a levantar la obra al modo de un monumento una vez alcanzada la victoria, eran tan grandes, y la consciencia de su propio mensaje estaba tan desarrollada, que al final de una carta a Malwida von Meysenbug, escrita el 2 de enero, podía expresarse así: «Ayer, primer día del año, contemplé con verdadero temblor el futuro. Vivir es terrible y peligroso; envidio a quien muere de una forma adecuada. Por lo demás, he decidido llegar a *viejo;* de lo contrario no podría conseguir nada. Pero no es el gusto de vivir lo que me lleva a desear envejecer. Usted comprende bien esta decisión.»

Esta fuerte excitación al hilo del cambio de año le arrojó de nuevo al lecho de la enfermedad, «exactamente como un año antes por Navidad en Naumburg», como reconocía a su hermana el 17 de enero. El 4 de este mismo mes estaba ya de regreso en Basilea, sin haberse decidido, una vez más, a dar el rodeo por Bayreuth; de todos modos, no dejó de escribir a Cosima Wagner por Navidad, felicitándole y manifestándole su respeto con ocasión de su cumpleaños. En Nochevieja Cosima le dio las gracias con particular énfasis y amabilidad. A lo que parece Nietzsche le llamó la atención sobre la última publicación de Eduard von Hartmann (*La autodestrucción del Cristianismo y la religión del futuro*, 1874). La respuesta de Cosima fue extraordinariamente violenta: «En lo que hace a Hartmann, me estoy volviendo *grosera;* ya no tolero ni oír su nombre... no hay palabras para calificar su *Autodestrucción...* Me fastidia que lo haya usted nombrado, porque si Hegel era un charlatán, ¿qué no será éste?» Y en una carta del 16 de enero volvía otra vez al tema de la historia de la religión: «Dedicamos ahora mucho tiempo a la lectura del *Cristianismo primitivo* de Gfrörer*; me gustaría saber qué opina el profesor Overbeck sobre esta obra; los místicos judíos, su teoría de la Trinidad Unitaria, del libre albedrío, del demonio, son algo muy curioso, y he recordado a menudo que Jacob Burckhardt le dijo a usted en una ocasión que Platón tiene mucho

* 3 vols., publicado en 1838.

de los judíos.» Es posible que con esta observación Cosima respondiera a alguna de las cartas de Nietzsche, que, desgraciadamente, ella misma destruiría más tarde. Las escasas notas disponibles[1] permiten inferir que por estas fechas Nietzsche se ocupó del problema «religión» y, concretamente del componente judío en el Cristianismo, lo que como paso previo al *Anticristo* no deja de tener su importancia. De todos modos, si la motivación al estudio de estas cuestiones vino de Bayreuth a él, o si, por el contrario, partió de él en dirección a Bayreuth —como parece lo más plausible— por haber estado trabajando sobre este tema de cara a una *Consideración intempestiva*, es un interrogante sobre el que la pobre documentación disponible no permite pronunciarse. Particularmente interesante es, en cualquier caso, la alusión de Cosima a Jacob Burckhardt.

Nietzsche tenía ante sí una difícil prueba: por vez primera iba a perder un amigo, y además interiormente. Desde hacía algún tiempo sabía perfectamente que Romundt no iba a poder mantener largo tiempo su posición en Basilea. Desde su éxito inicial, casi espectacular, su atractivo había disminuido rápidamente, a lo que parece. Ahora, después de la partida de Eucken y también de Heinze, el docente privado Romundt no tenía la menor posibilidad de acceder a la cátedra que quedaba vacante, como comunicaba Nietzsche a Gersdorff el 24 de diciembre del 74: «Romundt... ha reducido ya definitivamente sus asuntos universitarios a cero... en Pascuas se va, ¿a dónde? No lo sabemos, pero algún puesto aceptable de *maestro* le saldrá. Lo que verdaderamente tiene que hacer es poner un punto final a todo ese maldito ir y venir con la filosofía. Le ha ido muy mal y cada día le va peor, como él mismo percibe y nosotros con él.» En principio se trataba sólo de una separación exterior, aunque esto tenía ya su importancia para Nietzsche. Una vez más intentó buscar consuelo refugiándose en la música, dominando musicalmente el problema. «En las horas más raras trabajo ahora, diez minutos cada dos semanas, en un himno a la soledad. Quiero captarla en toda su belleza terrible», escribía a Rohde el 5 de febrero. Pero parece haberse quedado al nivel de la improvisación pianística tentativa, sin haber encontrado el camino a la notación sobre el papel. ¿A quién hubiera podido dedicar esta pieza? ¿De haber dado con tal dedicatoria no hubiera tenido que seguir manteniéndose dentro de la «soledad» misma? Sus composiciones anteriores habían ido dirigidas todas a un «tú», aspiraban a la comunicación. La soledad no conoce «tú» alguno; no podía hacer fructificar musicalmente a Nietzsche.

El 28 de febrero revelaría, de todos modos, Nietzsche a Rohde lo terrible de la decepción: «También nosotros —Overbeck y yo— tenemos una desgracia doméstica, un fantasma casero: no te caigas de la silla si oyes que Romundt proyecta entrar en la Iglesia Católica y convertirse en sacerdote católico en Alemania. Se trata... según hemos podido enterarnos finalmente con espanto, de una idea que viene acariciando hace ya varios años... La verdad es que es algo que me ha herido un tanto inte-

riormente y que juzgo como lo peor que se me podía hacer... A Overbeck y a mí nos iba resultando cada vez más enigmático que Romundt no tuviera ya realmente nada en común con nosotros y que le aburriera o fastidiara cuanto a *nosotros* nos emocionaba o interesaba... Y por fin vinieron las confesiones y ahora, casi cada tres días, las explosiones clericales... ¡Nuestro aire protestante bueno y puro! Nunca he sentido con tanta fuerza como hoy mi dependencia íntima del espíritu de Lutero... Me pregunto si está en su sano juicio y si no habría que tratarlo con baños de agua fría: tan escasamente puedo comprender que, justo a mi lado, tras un trato cordial y confiado de ocho años, se alce este fantasma... Estoy herido precisamente en el punto de la amistad, odio la naturaleza engañosa de muchas amistades más que nunca y pienso que voy a tener que ser más prudente.»

Romundt abandonó Basilea el 10 de abril, pasando a vivir en Dresden como autor de publicaciones filosóficas, concretamente sobre Kant y filosofía de la religión, sin convertirse. Pasó a ser profesor de segunda enseñanza y ya en el otoño siguiente estaba impartiendo clases de griego y alemán, como el 7 de octubre podía comunicar Nietzsche a Rohde con alivio.

Elisabeth Nietzsche como administradora en Bayreuth

En la tensión, en el temor real —incluso— que le hacía sentir la pérdida que veía dibujarse ante sus ojos de un amigo próximo, es lógico que Nietzsche acogiera con singular complacencia la propuesta que le vino de Bayreuth de estrechar otra vez sus lazos con cuanto aquello representaba, sin tener que comprometerse, a su vez, demasiado. Cosima le escribió el 16 de enero: «¡Me dirijo hoy a usted, querido amigo mío, con un ruego grande y singular! Cuando me puse a hacer los preparativos necesarios para mi próximo viaje, enpezó a resultarme cada vez más insoportable la idea de dejar aquí a mis hijos, aún sabiendo, como sé, que estarían bien cuidados. Llegué incluso a pensar en la posibilidad de enviar a los dos mayores antes de lo previsto a la Institución de los Luises... Me los llevaría a todos conmigo si no supiera que de hacerlo no faltarían periodistas dispuestos a divertirse a mi costa... Antes de tomar la decisión desesperada de la Institución, le pregunto si su hermana no querría darme la inconmensurable prueba de afecto... de permanecer aquí, después de nuestra partida (el 15), como madre de mis hijos. Tienen su institutriz (una joven de carácter bondadoso); la gobernanta, su hermana, Kuni (a quien usted ya conoce), el jardinero, el criado, todos gente excelente, llevarían la casa. Se trata, sólo, de que yo pueda sentirme moralmente tranquila... Introduciría a su hermana en el círculo de mis amistades, y no me cabe la menor duda de que en mi ausencia se tomarían mucho

interés por ella.» Nietzsche le hizo llegar a Elisabeth el ruego a vuelta de correo, añadiéndole las siguientes palabras: «Te ruego encarecidamente que hagas lo que se te pide; nuestra buena madre dirá que sí encantada.» La aceptación llegó enseguida, de modo que ya a comienzos de febrero tenía Elisabeth que instalarse en Bayreuth. El 5 de este mismo mes Nietzsche escribía, en cualquier caso, a Rohde: «En Bayreuth están otra vez con el penoso problema de que Wagner y su esposa han de partir en viaje de conciertos, esta vez a Viena y a Pest. Siguiendo el deseo de la señora Wagner, mi hermana dirigirá la casa de Bayreuth durante su ausencia; me imagino que estará ya allí. Me ha hecho muy feliz esta prueba de confianza.» El viaje se retrasó, de todos modos, por enfermedad de Elisabeth, y no porque la madre se hubiera opuesto, como informa la hermana de Nietzsche[89]. En una carta a su hermano fechada el 17 de febrero le informa de una inflamación en la mejilla[15]; en cualquier caso, el 15 pudo llegar a Bayreuth («bella, amable, alegre», como anota Cosima en su *Diario)*. La cosa no fue tan grave, dado que el viaje de Wagner se retrasó a su vez, no teniendo lugar la partida del matrimonio hasta el día 20. La *tournée* duró tres semanas, de modo que el 16 de marzo estaban los Wagner nuevamente en casa. Elisabeth se quedó todavía unas dos semanas escasas, hasta el Jueves Santo (25 de marzo), gozando de aquella «gran casa» con la que, según parece, se familiarizó muy pronto a pesar de su timidez inicial. Al segundo día de su estancia escribía a su hermano: «... la verdad es que no tenía por qué haber sentido el menor temor; los Wagner son indescriptiblemente amables conmigo, y los niños, de lo más cariñoso. Sí, aquí se está de maravilla, esto parece un cuento de hadas, y a veces creo estar en un castillo encantado. / Duermo en tu habitación y el salón de la señora Wagner es mi gabinete; a veces me parece como si éste no fuera un lugar adecuado para mí, aunque me he aclimatado del modo más natural, y todo me inspira ya confianza.» Pero ya al cabo de dos semanas, escribía: «Día tras día estoy invitada en alguna casa a tomar café, que es la forma de relación social más usual en este lugar. No se puede decir que sean reuniones precisamente muy incitantes, pero tienen gracia, y es posible que me gustaran más de no estar tan cansada de tanta cara nueva... Como Cosima y yo hemos hecho unas 30 visitas, tengo que recibir todas las mañanas y última hora a alguien, toda la nobleza francona, con su gentileza, desfila por aquí, y también otras gentes agradables.» Según parece no tardó mucho en descubrir y desarrollar también su carácter autoritario, dado que tuvo dificultades con el personal doméstico tan alabado por Cosima, dificultades que en algún caso dieron incluso lugar al despido. Acerca de ello informaba a su hermano el 13 de marzo: «La situación que crean aquí los criados, con su forma de actuar y comportarse, obliga, a decir verdad, a (los Wagner) moverse poco de casa... cómo iba yo a tolerar en mi casa... dos seres tan falsos y deleznables... Y qué sumas de dinero se gastan aquí inútilmente, qué derroche, es algo indescriptible. Tendré

que dar a la buena de Cosima algunos consejos prácticos sanamente burgueses.» Nada de ello le impidió, de todos modos, llegar al tuteo con Cosima, lo que prueba, evidentemente, la solidificación de la amistad entre ambas mujeres.

Cambios domésticos en Basilea

Nietzsche recibió entretanto otra vez la visita de Gersdorff, que llegó el 6 de marzo y se quedó tres semanas en Basilea, es decir, también hasta Pascuas. Pudo así ahorrarse las relaciones sociales triviales: «He renunciado implacablemente a toda invitación social, se acabaron las veladas, incluso los bailes... y quiero prescindir para siempre de todas esas tertulias tarde tras tarde.» (A Elisabeth el 26 de marzo.) En este contexto hay que situar su confesión a la señora Marie Baumgartner del 9 de febrero: «El próximo sábado comienzan nuestros carnavales; me veo casi obligado a salir de viaje ese día, porque hay una fiesta, precisamente el sábado por la noche, a la que estoy invitado y a la que no quiero ir a ningún precio. Así pues, saldré para Lucerna.» Y estuvo efectivamente dos días en Lucerna (hotel Gottahardt)[8], lo que no está totalmente claro es si desde el sábado 13 ó si durante las verdaderas fiestas de Carnaval de Basilea, que duraban del martes 15 al 17 de febrero. En cualquier caso, está claro que seguía siendo invitado y obsequiado: «Un patricio local me ha hecho un importante regalo: una lámina auténtica de Durero; rara vez me gustan esas reproducciones gráficas, pero no puedo decir hasta qué punto me llega a lo más hondo este cuadro, *Caballero con la muerte y el demonio*. En el *Nacimiento de la tragedia* comparé a Schopenhauer con este caballero; y por esta comparación me ha sido regalada la reproducción del cuadro.» (A Malwida von Meisenbug el 24 de marzo.)

La relación con la señora Marie Baumgartner, de Lörrach, ganó, por otra parte, en intensidad; Nietzsche iba a menudo a tomar el té a su casa, por mucho que su hijo no fuera por entonces alumno ni «secretario» suyo, sino que estuviera haciendo su servicio militar en Bonn como húsar. Tenía tan adelantada la traducción del *Schopenhauer*, que el 14 de marzo Nietzsche podía ofrecer a su editor Schmeitzner el manuscrito francés, aunque la traductora aún le estaba dando algunos retoques; todavía el 3 de abril ponía en sus justos términos una cita de Montaigne en una carta filológicamente fundada. Con este motivo nos enteramos de que Nietzsche le había dado a leer un libro sobre Confucio.

El 10 de abril de 1875 Romundt se separó del círculo de amigos. Nietzsche describe así la difícil despedida en una carta a Gersdorff del 17 de abril: «Muchas gracias... sobre todo... por tu visita; viví aquellas semanas como en un sueño de lo más agradable; después toda esa economía de ratas y milagros de Romundt volvió a estallar..., las noches discutiendo

violentamente hasta la 1 volvieron a ser la regla... Overbeck y yo pensábamos más en lo que le hacía falta que él mismo... su nula capacidad de decisión llegó el día de su partida a manifestarse de un modo casi cómico, de puro exagerado... imagínate que pocas horas antes de marchar quería renunciar al viaje..., todo era de lo más triste, y él sabía y repetía que todo lo bueno y aún lo mejor que había vivido, llegaba a su final; pedía llorando perdón y no podía con su alma de pura tristeza. En el último momento aún nos tocó vivir un detalle terrible; los revisores cerraron los vagones y Romundt, que, a lo que parece, quería decirnos algo, intentó por todos los medios abrir las ventanillas..., éstas se resistían, él forcejeaba una y otra vez, y en medio de sus esfuerzos... el tren partió lentamente, de modo que sólo pudimos hacerle un signo. El aciago simbolismo de toda esta escena cayó sobre mí, igual que sobre Overbeck, como una losa... Al día siguiente, por cierto, tuve que guardar cama con una jaqueca que me duró treinta horas y con muchos vómitos de bilis.»

En realidad, Nietzsche se proponía emprender una excursión a pie de varios días de duración después de la partida de Romundt, pero a la gran agitación espiritual siguió el 11 de abril el ataque de jaqueca descrito, un ataque de una violencia no conocida hasta el momento y que iba a ser el primero de una serie de ataques que en oleadas cada vez menos distanciadas entre sí vendrían a visitarle en el futuro. Hasta este momento —y durante seis largos años— había podido cumplir los deberes de su cargo sin limitaciones ni molestias por causa de esta enfermedad. Sus ausencias habían tenido otros motivos: gripe; la fractura de un pie en junio de 1870; la convalecencia, entre febrero y marzo de 1871, en Lugano, de la enfermedad que contrajo con ocasión de la guerra. Pero a partir de ahora el cuadro iba a cambiar sustancialmente. Su necesidad de distensión era, en este momento, grande. «No hay placeres de vacaciones, porque todavía no tenemos vacaciones; salvo que cuente como tales los siete baños turcos que he tomado, pero ya sabes que eso no hace feliz a todo el mundo», se quejaba a su hermana el 19 de abril, y: «estoy en plenos exámenes, y precisamente ahora acabo la corrección de 20 cuadernos.» Al fin pudo librarse un par de días. «Como no me ha ido muy bien y me he sentido lleno de achaques y molestias, hasta el punto de haberme tenido que meter un par de veces en la cama, decidí cuidarme y me fui toda una semana a Berna, a pasearme por allí. Ayer volví, totalmente repuesto, y hoy he comenzado con una clase el semestre de verano. En Berna viví en el hotel Victoria, y tenía la habitación más bonita, con el balcón del primer piso... pude entregarme desenfrenadamente a mi pasión por vivir y pasear solo; así pues, anduve 8 horas diarias por los magníficos alrededores de Berna, reflexionando.» (El 15 de mayo de 1875 a su casa.)

Después de la definitiva partida de Romundt, también Overbeck tuvo que abandonar la «cueva de Baumann» el 10 de mayo, camino de Karlsbad, donde se proponía tomar una larga cura de aguas. En su caso se dibujaba, además, en el horizonte, la posibilidad de fundar una casa propia (cosa que efectivamente ocurrió a raíz de su matrimonio el 8 de agosto del siguiente año de 1876); de ahí que fuera una suerte para Nietzsche que su hermana se decidiera a pasar una larga temporada con él. Comenzó así a tomar cuerpo también, en ambos hermanos, la idea de tener una casa propia. El 14 de mayo Nietzsche viajó, para salir a su encuentro, hasta Baden-Oos. «Sabes, creo que esta vez hemos tenido suerte: como Overbeck parte mañana temprano y Romundt ya no vive en casa, puedes quedarte en mi vivienda. Yo ocuparé la habitación de Overbeck», proponía a su hermana el 9 de mayo. Y a la señora Baumgartner le informaba el 13 de mayo de su alegría: «Mi hermana va a venir a verme; mañana (viernes) tengo que reunirme con ella en Baden-Baden. Nos quedaremos ahí un par de días —mi hermana no conoce ese lugar—, y el lunes por la tarde estaremos instalados ya otra vez en Basilea.» Como era Pascua de Pentecostés, el lunes era, a efectos escolares, un día libre. «Lo único que queda ya es prometer que el sábado *siguiente* a la Pascua iremos *los dos* a Lörrach.» Al mismo tiempo informaba a su amiga de la relativa atención pública que comenzaba a percibir: «Quiero darle un nuevo libro de Hillebrand, el de Florencia... lleva por título *Epoças, pueblos y hombres*[109], y entre estos últimos se me concede alguna atención. En realidad, él habla situándose en el punto de vista de lo que la opinión pública será dentro de 10 años, es decir, se adelanta algo al estado actual de la opinión. Pero tampoco demasiado.» Para Nietzsche mismo, así como para la posteridad, Hillebrand ocupará siempre un lugar por haber sido uno de los primeros en vislumbrar la importancia de Nietzsche. Y precisamente en ese momento se paraliza pasajeramente su fuerza creadora bajo el peso del cargo académico y del primer asalto de su estado ya crónicamente enfermizo. De ello se queja el 21 de mayo a Gersdorff: «No me ha ido bien: ¡dolores muy frecuentes de estómago, de ojos y de cabeza! De todos modos, voy a vivir ahora más razonablemente, mi hermana está aquí... ¡Ni una sola línea de la cuarta intempestiva! Todo un semestre de retiro, porque el trabajo diario de la preparación de los cursos (13 horas) pesa mucho, no tengo tiempo.» La «cuarta intempestiva» a la que alude Nietzsche aquí aún era, según sus planes, *Nosotros los filólogos*. Nunca llegó a tomar cuerpo definitivo, aunque Nietzsche trabajó mucho en ella, como prueban los fragmentos[1]. En la medida, de todos modos, en que venía centrada en un conflicto de intereses en exceso personal y relativo a un punto también demasiado específico, no parece que hubiera podido competir en interés con lo que definitivamente vino a ver la luz como cuarta intempestiva, *Richard Wagner en Bayreuth*. Lo que no obsta, claro es, para que viniera a jugar en el denso desarrollo espiritual del filósofo Nietzsche un papel decisivo como elemento de explicación existencial.

La enfermedad exige de manera cada vez más enérgica su tributo. «He renunciado a todas las visitas por las tardes. El semestre me da mucho

trabajo», escribe el 30 de mayo de 1875 a Overbeck. Y añade: «Tengo una clase muy buena en el pedagógico. El joven Kelterborn me ha regalado un libro magníficamente encuadernado, de 448 páginas en cuarto; se trata de la cultura griega de Burckhardt; la verdad es que tiene ventajas sobre el trabajo de Baumgartner, es más rico en materia, más ordenado, y un complemento magnífico; Baumgartner, en cambio, tiene una mirada más fina y gran habilidad imitatoria», refiriéndose al curso impreso de Baumgartner, que éste le había hecho llegar un año antes[64].

La consecuencia más grave de su estado de salud iba a ser para Nietzsche, de todos modos, la imposibilidad de trasladarse a Bayreuth en verano para los ensayos del *Anillo*. Había asistido al proceso de gestación de la gran obra, reviviéndola dentro de sí a través de los años con duda y esperanza, y ahora que ésta comenzaba a tomar forma, la enfermedad se interponía, como un hado funesto, entre él y la vivencia de la plenitud. Ya en junio tiene que irse haciendo a la idea de la renuncia, y escribe en estos términos a Gersdorff: «Tengo una época muy mala tras de mí y otra presumiblemente peor ante mí. No ha habido manera de amansar el estómago...; dolores de cabeza de lo más violento durante días enteros, que al cabo de muy poco se presentaban de nuevo; horas y horas vomitando sin haber comido nada; en una palabra, la máquina parecía querer saltar en pedazos, y no quiero ocultar que algunas veces hubiera deseado que lo hiciera... Immermann me curaba como si padeciera de una úlcera de estómago, y yo estaba todo el rato esperando vomitar sangre. Durante 14 largos días tuve que tomar el jarabe de Höllenstein, sin que sirviera para nada. Ahora me hace tomar dos veces al día dosis enormes de quinina. Quiere que *no* vaya en vacaciones a Bayreuth. Yo me callo, ya puedes figurarte con qué ánimo. De todos modos, quiero llegar vivo el próximo año, y por eso tengo que hacer éste lo que es mi obligación hacer.» Y a su madre el 10 de junio: «Voy empeorando paulatinamente de un modo tal..., que ni los médicos ni yo confiamos ya en otro remedio que en una dieta muy consecuente; pero tal como me la han prescrito, sólo puedo cumplirla en mi propia casa. De ahí que nuestra decisión, acerca de la que te ha escrito mi bien dispuesta Lisbeth, sea ante todo el resultado de la necesidad; no tengo otro camino. En cualquier otro caso, me vería obligado a renunciar a mi cátedra en fecha muy breve.»

De este modo un tanto directo vino a obtenerse que la madre dejara al fin a su protegida hija abandonar el hogar. Que su hijo tuviera, en caso contrario, que abandonar la cátedra es cosa que le hirió en su orgullo: ¡era un argumento infalible! Pero por interesadamente artificioso que a primera vista pueda parecer, había en él, sin duda, otro tanto de verdad. No deja de resultar curioso que Nietzsche, que tan a menudo había jugado ya con la idea de conseguir la libertad necesaria para dedicarse a la filosofía abandonando la cátedra de filología, ahora que la enfermedad le amenazaba con obligarle a dar este paso, reaccionara a favor de su cargo y se aferrara

tenazmente a él cuatro largos años todavía. Instalarse en una casa propia con su hermana, fundando así un orden doméstico —pronto pensaría también en encontrar una mujer—, es cosa que en un principio bien podía no ser para él sino un medio más entre otros posibles. Tomó, pues, una vivienda en alquiler a dos pasos de la «cueva de Baumann», en el 48 del Spalentorweg, el 1 de julio. Pero como aún tenía que adquirir un mobiliario, no se instaló en ella hasta el regreso de su cura de verano en un balneario el 12 de agosto[112]. A finales de julio manifestaba al doctor Carl Fuchs, músico y publicista musical, el agobio con el que había tenido que hacer frente hasta el comienzo de las vacaciones a sus obligaciones profesionales: «Estoy desde hace un par de meses en una atroz crisis de un mal crónico del estómago, que comienza a conmover los cimientos de mi existencia... Cada dos semanas los médicos prueban con algo nuevo, me hacen tomar la disolución de Höllenstein, luego grandes dosis de quinina. Qué dolores de cabeza..., créame que vivo con dificultad, y no sin riesgos, y que en este estado la carga de mi profesión, que ya es bastante grande de por sí, pesa doblemente.» Y en situación tan sufriente, aún redactó su solicitud a las autoridades educativas a propósito de la mejora de la enseñanza del griego, y dio todas sus clases tanto en la universidad como en el instituto pedagógico. Que su enfermedad no era, ya por estas fechas, un simple mal de estómago, sino algo de naturaleza más compleja, es cosa que se deduce de un pasaje de una carta suya a Gersdorff fechada el 7 de julio: «¿Quién puede haberte asegurado de ese modo que mi enfermedad es una *jaqueca*? De semejante seguridad no hay en Immermann ni huellas, ya que él mismo me ha dicho que ahora está *experimentando* con los nervios, dado que el remedio anterior no ha servido para nada; si con lo de ahora tampoco adelanto, probará con algo nuevo. Sólo que como cada vez me va peor y, además, la acidificación me oprime terriblemente, y todo, con la sola excepción de la carne más tierna, se transforma en ácido, *por mi parte*, al menos, estoy ya convencido de que la hipótesis de los nervios es falsa; en las jaquecas el dolor de cabeza sólo afecta, además, a uno de los hemisferios, lo que, como sabes, no es mi caso. El tormento en y sobre los dos ojos es despiadado.» Paralelamente a todas estas dolencias físicas le torturaba asimismo, con inusitada violencia, un problema existencial, un problema para el que todavía creía poder encontrar solución recurriendo a una síntesis. Son pensamientos que se atrevió a confiar a la señora Baumgartner el 14 de julio: «Que durante un tiempo todavía más largo (que 7 años) tendré que mantenerme lejos de toda práctica de la escritura es cosa que cada día veo más clara; forma parte de las condiciones, que poco a poco voy conociendo mejor, de mi existencia de erudito en Basilea; procuro conseguir la obra de arte de que esta existencia y mi determinación personal se entrelacen de un modo tal que no se dañen entre sí, sino que incluso se potencien... Lo que no quiere decir sino: fracasar en *muchas* cosas, para no tener que fracasar en lo *principal*... porque cuento

con largos espacios vitales, cosa en la que, por ejemplo, mi padre, que murió a los 36 años, se equivocó.»

Dada la confianza que con su talante de colega paternal le ofrecía Jacob Burckhardt, es posible que intercambiara con él también ideas de este tipo. Cabe que en este contexto el problema existencial de Nietzsche adquiriera además un tono especial, dado que una semana antes el último alcalde de Basilea, Carl Felix Burckhardt, había tenido que renunciar a su cargo a raíz de unos cambios introducidos en la Constitución, y el radical Wilhelm Klein había pasado a presidir el Departamento de Educación. Burckhardt buscó su salvación, en cualquier caso, en un cumplimiento máximamente fiel de sus obligaciones, preparando cuidadosamente sus cursos de historia del arte tanto con viajes como recurriendo a la acumulación de un enorme material gráfico. Es posible que una chispa de todo ello prendiera también en Nietzsche y le reforzara en su tenaz aferrarse a su cargo docente. Desde la «historia» el trato con Burckhardt debió quedar un tanto interrumpido. Ahora, la necesidad común y los puestos que ambos ocupaban como docentes académicos en Basilea los habían unido nuevamente. De otro modo apenas podría comprenderse la comunicación de Nietzsche a Gersdorff del 12 de julio: «Con Jacob Burckhardt vuelvo a estar como antes, me ha abierto otra vez su corazón; paseamos arriba y abajo por el claustro durante tres cuartos de hora.»

Cura de verano en Steinabad 1875

Para la cura de verano fue elegido el balneario de Steinabad, junto a Bonndorf, al sur de la Selva Negra, muy cerca ya de la frontera suiza, por la fama de que gozaba el médico del mismo, el doctor Wiel. Nietzsche partió el viernes 16 de julio, y ya al siguiente día informaba así a su madre y hermana en Naumburg: «Desde ayer a las 2 de la tarde estoy en Steinabad, y al cabo de una hora ya había conocido al viejo y prestigioso doctor Wiel. Esta mañana acudí a su consulta en Bonndorf, para someterme a un reconocimiento detallado, y al fin puedo decir que el mal del que adolezco tiene un nombre, gastritis catarral, con una importante dilatación del estómago. Ahora tendremos que domar al muchacho y empequeñecerlo. Hemos punteado cuidadosamente su terreno usual y esperamos ver en poco tiempo cómo queda reducido a sus justos límites. / He aquí mi menú. Todas las mañanas un vaso que me lleno yo mismo (¡perdonad que comience así, pero con esta alegría comienza para mí el día! Contenido: agua fría). / A las 7: una cucharadita de las de café de sales minerales de Karlsbad. / A las 8: un *beefsteak* de 80 gramos, 2 bizcochos. / A las 12: 80 gramos de carne asada (¡nada más!). / A las 4: 2 huevos crudos y una taza de café con leche. / A las 8: 80 gramos de carne asada, con jalea. Tanto después del almuerzo como de la cena, un vaso de burdeos... Los *beefsteaks à la*

Wiel saben muy bien y son más tiernos y suaves que los que usualmente comemos nosotros. / El lugar tiene una situación muy buena; un típico valle de la Selva Negra, con un aire magnífico, de eso no cabe duda... Desde Basilea se llega fácilmente a Steinabad; de Basilea a Stühlingen hay tren, y de ahí conexión casi directa con Bonndorf, en el coche de Correos. Me olvidé de la hora de salida de éste, después de haber sacado el billete, y tuve que hacer el recorrido de Stühlingen a Bonndorf a pie, cosa que a decir verdad me vino muy bien (3 horas).»

También la señora Baumgartner fue informada ya el 19 de julio: «En medio de un valle profundo de la Selva Negra, al que en estos momentos anega la lluvia... El médico por el que estoy aquí, el doctor Wiel, un especialista muy experimentado y conocido en enfermedades del estómago, me ha hecho una impresión muy buena; en cuanto al balneario, en el que a la sazón hay unas 40 personas, me gusta más desde ayer, que obtuve una habitación mejor y, sobre todo, más tranquila. La segunda noche, el ruido que llegaba de la planta baja era tal, que me puse furioso y tuve que levantar la voz asustando y acallando a los culpables... No tengo nadie con quien poder relacionarme. Para distraerme cultivo una disciplina para la que hasta el momento casi nunca tuve tiempo y para la que vale, sin duda, la pena buscarlo, *Teoría general del comercio y evolución del comercio mundial*, así como economía política y social. La primera carta que me ha llegado aquí es de la señora Wagner, de Bayreuth, y ya en la primera página encuentro un ruego que más me parece dirigido a usted que a mí... Se trata de un encargo de confituras de Strassburgo.» Y el mismo día a Gersdorff: «En cuanto al lugar, se trata de un hermoso y característico valle de la Selva Negra, con bosques muy tupidos; recuerda a Flims, aunque con la ventaja sobre éste de ofrecer paseos llanos y variados en el bosque.»

La comparación con Flims resulta curiosa y poco adecuada. La aldea Flims se alza a varios cientos de metros de altura sobre la vaguada, en una amplia ladera de la montaña, rodeada de un vasto círculo de altas montañas y con una despejada vista general sobre el valle anterior del Rhin. Steinabad, en cambio, es un hotel solitario, oculto en un estrecho valle del bosque, situado entre colinas no demasiado altas y rodeado de espesos bosques de abetos. ¿Se limitó Nietzsche a tomar contacto con lo más próximo a él de los contornos o le estaban negados, dada su extrema miopía y lo débil de sus ojos, el sentido y la visión de la amplitud y grandeza de un paisaje abierto de montaña?

El doctor Wiel tuvo que percibir inmediatamente que la dilatación de estómago no era la causa, sino posiblemente una consecuencia de una dolencia más seria, producida por el mucho vomitar con el estómago vacío. De ahí que ya en la carta a la señora Baumgartner Nietzsche informara: «... esta tarde me toca una sanguijuela en la cabeza. Y así estamos hasta ahora.» Y a Gersdorff: «La anormal acidificación del estómago depende del

cerebro y de los nervios, según parece.» Al cabo de pocos días, el 21 de julio, podía exponer ya a Gersdorff su nuevo y severo modo de vida: «Entretanto hemos cambiado mucho la dieta (a instancias mías), como notablemente menos...[9] Desde ayer mi mayor placer es una hermosa piscina; queda al lado mismo del jardín del hotel y sólo la utilizo yo, a los otros mortales les resulta demasiado fría. Por las mañanas bien temprano, a las 6, estoy ya allí y poco después paseo durante dos horas, todo antes del desayuno. Ayer al atardecer vagabundeé tres horas largas por los increíblemente bellos bosques y valles ocultos, y mientras caminaba percibía el latido, dentro de mí, de cuantas esperanzas tengo puestas en el futuro, hace mucho tiempo que no sentía así la mirada de la dicha.. Y poco a poco toma cuerpo una vida y un aprendizaje comunes, una y otra vez viene alguien a unirse al camino de uno, como Brenner este verano, un estudiante de derecho de Basilea muy capaz y que ha alcanzado muy pronto gran madurez (precisamente porque desde muy pronto tuvo que sufrir mucho)... Hoy he tenido que comunicar otra vez a una librería de Viena que no ha sido publicado un escrito mío sobre Homero; como otras antes, me lo preguntaba en nombre de un "fiel discípulo"... Me esfuerzo ahora mucho por rellenar al fin los penosos huecos de la formación que recibimos (pienso en Pforta, en las universidades y demás); y no hay día que no tenga su pequeña tarea... Tenemos que ascender todavía un buen trozo de camino, despacio, pero siempre hacia delante, para conseguir una mirada verdaderamente libre sobre nuestra vieja cultura; y hay que orientarse en varias disciplinas difíciles, sobre todo en las verdaderamente exigentes.» Sobre sus lecturas de esta época encontramos lo siguiente en una carta a Rohde del 8 de diciembre: «Acaso te decidas a releer ahora otra vez *Don Quijote*, y no por ser la más alegre, sino la más amarga de las lecturas... Yo lo hice durante las vacaciones de verano, y todo sufrimiento personal me parecía mínimo... Cuanto hay de seriedad y de pasión, cuanto importa realmente al corazón de los hombres, son quijotadas, y vale la pena tenerlo bien presente en *algunos* casos; aparte de ellos, y de ordinario, prefiero no saberlo.»

El 21 de julio escribía, de todos modos, una carta a Gersdorff en cuyas líneas finales se lamentaba en los siguientes términos: «Veo ahora claramente, querido amigo mío, que no voy a poder ir a Bayreuth; para una cura de este tipo 4 semanas es un tiempo demasiado breve; de ser absolutamente necesario lo alargaría a 5 semanas, sólo para poder hacer lo que en un asunto tan serio estoy obligado a hacer.» Esta era la gran carga psíquica que soportaba Nietzsche este verano: no poder ir a Bayreuth para los ensayos para el Festival de Verano de 1876 que comenzaban el 1 de agosto. Que Gersdorff pudiera trasladarse allí, e «ir también como Nietzsche», según éste le escribió, le sirvió de débil consuelo. Nietzsche tuvo que satisfacerse con una animada correspondencia y con algunas visitas gratificantes, como la que el 25 de julio le hizo el doctor en derecho Louis Kelterborn (el «pequeño Kelterborn», como le llamaba), una visita sobre la que éste informa así en sus recuentos[8]: «Era un día claro y cálido de julio, y la naturaleza resplandecía en toda su hermosura. El viaje de buena mañana a Stühlingen... había resultado sumamente placentero, y no menos el viaje en el coche de Correos a Bonndorf, una vieja aldea situada en una altiplanicie. En lugar del goce de la naturaleza pronto prevaleció en mí la alegría del encuentro personal con el amigo que del modo más afectuoso me dio la bienvenida en Steinabad. En los rasgos de su rostro y en el color de su piel se percibía, ciertamente, lo sufriente de su estado; me describió prolijamente... todos los detalles de su tratamiento... También me hizo recorrer todas las instalaciones del balneario, así como el parque, y hasta quiso convencerme de que me bañara en la piscina, cosa a la que, desde luego, renuncié. Después de la comida dimos un largo paseo, de varias horas, por los magníficos bosques de los alrededores. Nietzsche fue siempre un gran andarín, y el ejercicio corporal constante y animoso, llevado a cabo con ritmo regular, siempre pareció irle muy bien... Apenas si nos encontramos con unos pocos excursionistas, y los senderos que elegimos no nos llevaron a aldea alguna... De ahí que nos sintiéramos lejos de todo tráfico humano... y en este estado de ánimo de satisfacción profunda y de paz espiritual gocé muy por encima de lo usual de la conversación, siempre tan incitante y poco trivial, de Nietzsche. Su objeto inicial fueron cuestiones personales... enseguida pasamos a problemas musicales de tipo general y a Wagner en particular. Dedicamos un recuerdo a los ensayos que por aquellas fechas tenían lugar en Bayreuth.» De esta atención intensiva e ininterrumpida a Wagner surgieron los primeros trabajos preparatorios para el estudio que vino a ver finalmente la luz como cuarta *Consideración intempestiva* bajo el título de «Richard Wagner en Bayreuth», un estudio que no sólo cerraba la serie de estas reflexiones, sino que contenía ya los gérmenes para la superación de la concepción romántica del arte. «Camino mucho por los bosques y charlo a la vez cuanto puedo, de modo que no hay hora de aburrimiento para mí; la verdad es que vivo, y me entretengo mucho al hacerlo, recordando, reflexionando, esperando, confiando, unas veces con la mirada puesta en el pasado, y otras, las más, en el futuro», escribía el 25 de julio a su casa. En contra de lo que en ocasiones pueda parecer en el camino de Nietzsche como filósofo no hay saltos ni rupturas súbitas; todo es evolución a partir de gérmenes ya largamente preexistentes. Y precisamente en este verano de 1875 vino a hacerse consciente de ello, como expone a Carl Fuchs el 11 de agosto: «Aquí he aprendido a ser otra vez amistoso... Y así es como vivo... con gran cuidado y, al mismo tiempo, lleno de ánimo para lo principal... En mis vagabundeos por estos bosques y montañas... he pensado mucho en usted, en la dolorosa y, a decir verdad, difícil de comprender historia de su vida anterior... Y al hacerlo me he roto la cabeza preguntándome de qué depende tan asombrosa forma de no-triunfo... he acabado por razonarme que acaso

cierto apresuramiento ardiente, cierto no-querer-esperar le hayan privado a usted de algún éxito. No hay que dejar ver al destino lo que uno quiere... Créame usted que pertenece a lo más profundo de mi manera de ser el llevar algo dentro de mí durante años sin reparar en ello, y que cuando me agarra, lo asumo; estoy «preparado»... Difícilmente podría usted creer *qué* grandes y magníficas representaciones de *este* tipo llevo en mí para las que algún día estaré repentinamente dispuesto.» «Apresuramiento»: ¡suena como de Burckhardt! ¿Y qué ocurría con el «llevar dentro» y el «poder esperar» nitzscheanos cuando la presión comenzaba antes aún de que el manuscrito estuviera acabado? ¡Estaba «repentinamente preparado»!

El tratamiento sólo tuvo éxito parcial. De ello podía ya informar Nietzsche a Rohde el 1 de agosto: «En dos semanas de tratamiento hemos podido combatir con éxito apreciable *uno* de los males, fácilmente reconocible, la dilatación de estómago. El estómago ha vuelto a sí. Pero con la afección nerviosa del mismo, va para largo... Tuve algunos días francamente buenos, con un tiempo fresco, y me dediqué a pasear por montes y bosques, siempre solo, pero no puedo decirte lo agradable y alegre de mi estado de ánimo... Y además, no ha habido prácticamente un día que no viniera caracterizado por el regalo de alguna carta amable y afectuosa... No tengo aquí a nadie y llevo una vida independiente de lo más distinguido. El doctor Wiel quiere, para mi instrucción y esparcimiento, que guisemos mañana juntos; es un artista culinario famoso e imaginativo... Ayer me dio toda una conferencia sobre baterías de cocina esmaltadas... y así aprendí algo para mi nueva economía doméstica... La señora Baumgartner, la mejor madre que conozco, me ha escrito un par de veces del modo más cariñoso. Su hijo Adolf ha pasado unas semanas muy malas, de lo más desesperado, de modo que tuvo que viajar a Bonn para consolarle algo... ¡Por doquier, desesperación! ¡Y yo no la siento! ¡Y, sin embargo, no estoy en Bayreuth! ¿Cómo casa esto...? Casi no lo entiendo, y, sin embargo, más de las tres cuartas partes del día estoy con el espíritu allí y vago como un fantasma en torno siempre a Bayreuth... en mis paseos dirijo con harta frecuencia para mí mismo piezas enteras de esa música que tan bien conozco, y al hacerlo, la tarareo.» Pero tan vivo movimiento de su espíritu no pudo menos de provocarle una pronta recaída. «He tenido que pasar otra vez un día entero en la cama, encontrándome tan mal como en Basilea, y ello en el momento en que mis amigos corren hacia Bayreuth. ¿Cómo no ver en ello una señal de que no debo, efectivamente, interrumpir mi tratamiento...? Pero también el doctor Wiel piensa ahora, como Immermann, más en una afección nerviosa del estómago, que siempre es algo largo y fastidioso», tenía que reconocer otro día a la señora Baumgartner, a cuyo amor maternal se atrevía a confiar también la queja que durante tanto tiempo había reprimido dentro de sí: «En ningún momento de mi vida he sido mimado con amor, créame usted. Pero me parece que ya se ha dado cuenta de ello. En lo que hace a este punto, llevo desde mi más temprana

infancia cierta resignación dentro de mí... Ahora me va mejor... Y esto es cosa que más que alegrarme, me asombra, de lo nueva que me resulta... Ahora crece algo dentro de mí, y de mes en mes percibo de modo más nítido cosas sobre mi tarea vital que no he tenido el valor de comunicar a nadie. Un camino sereno, pero absolutamente firme, de escalón en escalón... esto es lo que me garantiza que llegaré aún bastante lejos. Tengo la impresión de ser un alpinista nato.»

Pero un par de semanas más tarde el cuadro de su enfermedad no había cambiado: «La dilatación de estómago apenas resulta ya apreciable; en este sentido el tratamiento ha tenido éxito. Pero en lo que hace a la intensa acidificación estomacal, apenas veo el menor progreso. Ultimamente tuve que pasar otra vez un día entero en la cama, con terribles dolores de cabeza y vomitando del modo más violento. El doctor Wiel ha terminado por pensar, como Immermann, que la causa hay que buscarla en una afección nerviosa del estómago, de la que dependería, pues, el dolor de cabeza», escribía el 10 de agosto a su madre.

De su depresión creadora le había liberado, por lo menos, la solitaria existencia que, sometido a tratamiento, llevó entre las montañas, como comunicaba también a Malwida v. Meysenbug el 11 de agosto: «Vuelvo a hacer, de todos modos, planes, y me propongo enmarcar mi vida en un contexto bien trabado; nada hago con más gusto, nada con mayor deseo, tan pronto como me veo solo. Tengo ahí un puntual barómetro para mi salud. La gente como nosotros... nunca sufre de modo puramente físico, sino que todo le sobreviene profundamente entrelazado con crisis espirituales, de modo que no veo cómo podría volver a sanar a base, exclusivamente, de farmacias y cocinas... El secreto de toda curación radica, para nosotros, dada nuestra gran vulnerabilidad interna y nuestra capacidad de sufrimiento, en la obtención de cierta dureza de piel... Mi nuevo orden doméstico, que mi querida hermana acaba de poner en marcha, y que pronto conoceré, tendrá que ser, pues, una piel nueva y dura para mí; imaginarme metido en mi concha, como un caracol, es algo que me hace feliz.» Se sintió tan contento y se dejó llevar de tal modo por su carácter apasionado, que —puesto que sabía que su hermana estaba ya en Basilea desde el 10 de agosto— decidió interrumpir su tratamiento el día 12, o sea, tres días antes de la fecha programada, y partió para Basilea de ese modo un tanto súbito que vendría no pocas veces a caracterizar sus decisiones de emprender un viaje.

Capítulo 16
EN CASA PROPIA

Cuán necesaria le resultaba a Nietzsche esta concha de caracol es cosa que revela nuevamente su carta del 11 de agosto de 1875 a Overbeck, que a la sazón permanecía en Bayreuth con Rohde y Gersdorff, desde donde le enviaba informes entusiastas: «... cada vez que me llega una carta de Bayreuth tengo un calambre de media hora de duración; me parece como si tuviera que dar un salto, arrojarlo todo y correr hacia vosotros. Como aquel a quien ataca la más bella de las tentaciones oigo a menudo en mis paseos algo del «oro líquido» del sonido de aquella orquesta y al hacerlo me siento siempre infinitamente despojado.»

Unos cuantos días de fiesta amistosa le fueron regalados nuevamente a Nietzsche por Rohde. Después de Bayreuth Rohde pasó, efectivamente, algunos días de descanso en el Bürgenstock, en el lago de los Cuatro Cantones, desde donde se goza también de una vista magnífica sobre Tribschen a la otra orilla del lago, y tras una estancia de pocos días en Zürich llegó el 31 de agosto a Basilea, donde permaneció hasta el 7 de septiembre, en que se trasladó a Munich para asistir a una representación del *Tristán*. Al recibir el anuncio de su visita, Nietzsche le escribió el 29 de agosto: «Mi antigua casa, muy cerca de la actual, te servirá de techo. Podremos unir nuevamente nuestras almas, ¡no sabes lo profundamente que me alegra! Vas a encontrarme más esperanzado que en otras épocas... y además, más sano... Precisamente en este momento acaba de llegarme, en una transcripción magnífica, mi himno a la amistad. Y tú llegas ahora: podremos celebrar hímnicamente nuestro reencuentro, incluso al piano.» Se trataba de la versión para dos manos, de la que Nietzsche había encargado una cuidada copia ese mismo verano a Domtürmer, de Naumburg, y que el 17 de noviembre regaló a Overbeck con ocasión de su cumpleaños. La alegría por la visita debió limitarse, de todos modos, unilateralmente a

Nietzsche, puesto que Rohde estaba a la sazón de lo más turbado por una decepción amorosa, lo que hizo de él un huésped inquieto y en el mejor de los casos, dominado por un humor lúgubre, como vino a reconocer, disculpándose, en una larga carta enviada desde Munich[14]. Tampoco la buena salud de Nietzsche duró demasiado. En la semana del 13 de septiembre volvió a sentirse enfermo y apagado, teniendo que pasar incluso los días 16 y 17 de ese mismo mes en la cama. De ahí que se alegrara por partida doble de que el semestre —el número trece de los que había dado, como observaba a Gersdorff— terminara el 25 de septiembre.

Desde su llegada de Steinabad había podido disponer, en cualquier caso, de cuatro semanas sin ataque alguno, un tiempo, que sin duda aprovechó bien, a la luz, al menos, de lo que el 25 de septiembre comunicaba confidencialmente a Gersdorff: «No hago literatura. Mi asco por las publicaciones aumenta de día en día. Cuando vengas te leeré, de todos modos, algo que te gustará, algo de la consideración 4, titulada *Richard Wagner en Bayreuth*. Se ruega silencio.» El hecho de poseer una vivienda propia debió cooperar mucho a este aumento de su productividad, como indicaba brevemente el 26 de septiembre a Romundt: «Ocupo, en mi nueva casa, el primer piso entero y una parte del segundo: *in summa* 6 habitaciones y aparte cocina, sótano, terreno; también nos hemos procurado una criada de lo más eficiente... Me siento indeciblemente mejor que antes. Te bastaría con verme sentado en mi cuarto de trabajo para admirar nuestro talento para instalarnos. / He comenzado a preparar un ciclo de lecciones para 7 años... Se trata de cursos enteramente nuevos todos ellos... No tengo en expectativa ninguna consideración intempestiva... De todos modos, algo he acabado entretanto, no los *Filólogos*, pero como te decía, nada para ser publicado. *Mihi scribo*.» También en este caso (como en el de los *Filólogos*) se trataba de apuntes provisionales para él mismo, para su propia clarificación existencial, en relación no sólo con Wagner, sino con el drama musical, en cuanto obra de arte, en general. De todos modos, no le preocupaban sólo cuestiones de su especialidad y de estética. En otoño tomaron cuerpo, en esta estela, sus apuntes *Ciencia y sabiduría enfrentadas*[1, 37], donde una vez más —y por última vez en esta forma— se ocupaba del tema de la filosofía preplatónica, consumando toda una reflexión y poniendo el germen, a la vez, de su ulterior escepticismo científico.

Con especial orgullo comunicaba asimismo a Romundt un comentario que Jacob Burckhardt habría hecho sobre él en cuanto profesor universitario: «... jamás volverán a tener un maestro así los habitantes de Basilea*.» A varios corresponsales comunicaba, en cualquier caso, con tono casi de alivio, que estaba nuevamente en buenas relaciones con Jacob Burck-

* Jacob Burckhardt a un amigo, el doctor Kaiser, médico de Lörrach, según posible testimonio de la señora Baumgartner a Nietzsche.

hardt y que gozaba de un trato casi diario con él desde aquel «paseo por el claustro» del 8 de julio.

En las breves vacaciones de otoño se concedió algunos días de descanso. Marchó con Overbeck, que había vuelto completamente curado de su estancia en Karlsbad, a las alturas del Burgenstock, e informaba así de ello el 7 de octubre a Rohde: «No es el mejor lugar para los impacientes; la tranquilidad puede hacerle enloquecer a uno.» ¡Nietzsche y Overbeck eran los únicos y últimos huéspedes de la *saison!* En esta misma carta a Rohde, que en su visita a Basilea le había encontrado enfrascado en el trabajo, se refería a él en los siguientes términos: «No daré a la imprenta mi consideración titulada *Richard Wagner en Bayreuth;* está prácticamente acabada, pero he quedado en ella muy por debajo de lo que exijo de mí; no tiene, pues, para mí otro valor que el de una nueva orientación en cuanto al punto más difícil y decisivo de las vivencias que hasta hoy hemos experimentado... un punto sobre el que la pasada primavera escribí también una observación con el título *Nosotros los filólogos.* De poder pasar algún tiempo nuevamente juntos y en comunidad profunda entre nosotros, le comunicaré algo: lo he vivido y experimentado hasta tal punto, que no me resulta fácil desgajarlo de mí mismo.»

Nietzsche no se dio por especialmente enterado de la inauguración en Basilea, el 4 de octubre de 1875, y después de dos años de construcción, del nuevo teatro municipal con una representación del *Don Juan* de Mozart, pero sí Jacob Burckhardt, de quien son las siguientes líneas al respecto[61]: «A pesar de lo malo de los tiempos que corren, en octubre... será inaugurado el nuevo teatro con el *Don Juan.* Que vaya o no es cosa que sólo depende de que haya sitios de pie, porque la idea de verme en el patio de butacas solo, injertado entre medio conocidos o conocidos repugnantes, me resulta insoportable; si puedo, cambiaré de fecha, de lo contrario, la representación no me procurará el menor placer... Al estreno *no* pienso ir *per se*... porque se espera un prólogo... del que sólo de pensarlo se me pone la carne de gallina.» El autor del prólogo era el colega de Burckhardt y de Nietzsche, Mähly.

Más significó para Nietzsche la visita de Malwida v. Meysenbug el 15 de octubre y, sobre todo, la de Gersdorff del 12 al 21 de ese mismo mes. Los amigos leyeron juntos *Consideraciones psicológicas* y reconocieron con alegría y satisfacción a Paul Rée[4] como autor de esta obra, que había visto la luz de modo anónimo.

Heinrich Köselitz y Paul Heinrich Widemann como nuevos estudiantes

El nuevo semestre, que comenzó el 1 de noviembre de 1875, trajo a Nietzsche dos nuevos estudiantes, de los que uno tendría decisiva importancia en su vida: Heinrich Köselitz de Annaberg, que ha venido a ser

conocido por la posteridad bajo el nombre artístico y literario de «Peter Gast». Con él llegó su amigo Paul Heinrich Widemann de Chemnitz. Asistieron a cursos de Nietzsche, Overbeck y Burckhardt, pero sin culminar académicamente sus estudios universitarios. Nietzsche se sintió gratificado por el aumento, que acrecentó su audiencia estudiantil: «Curso principal: 10 personas; curso secundario: 6 personas; seminario: 10 personas», informaba a Gersdorff. Dada la crisis económica reinante en Basilea (industrias de cintas de seda), bien puede decirse que se trataba de un éxito personal notable. «Por el momento no permitimos que la necesidad se vea y hacemos como si quisiéramos seguir viviendo siempre así. La universidad crece y es de esperar que en el semestre de invierno no esté muy por debajo de los 200 estudiantes. Lo mejor que en cualquier circunstancia podemos hacer es esforzarnos al máximo y dejar que Dios provea*.» Por aquellas fechas aún no había estudiantes del sexo femenino en Basilea. Nietzsche se había manifestado a favor de la admisión de una estudiante a examen de doctorado, pero a pesar de ello la universidad de Basilea no la aceptó y la estudiante tuvo que ir a Zürich. Tampoco Jacob Burckhardt estuvo entonces a favor de la admisión de estudiantes del sexo femenino**.

Entre la cátedra y la enfermedad poco le llegaban a Nietzsche las fuerzas para trabajos propios, pero su espíritu activo pedía alimento, un alimento ajeno a los ámbitos en que profesionalmente tenía que moverse. «Entre cada 14 días y tres semanas tengo que pasarme 36 horas seguidas en la cama», informaba a Rohde el 8 de diciembre de 1875, aunque en otra ocasión comentaba también: «En las horas de descanso para los ojos, me lee mi hermana en voz alta, y casi siempre Walter Scott... tanto que me gusta su sosiego artístico, su andante, y tanto como desearía recomendártelo, creo, sin embargo, que tu espíritu no resulta fácilmente accesible con esos medios... tú piensas, en efecto, más aguda y rápidamente

* Jacob Burckhardt a Friedrich Preen, 19 de septiembre de 1875[61].

** Actas de la Universidad R 3, p. 113[236]. Acta de la sesión del Pleno de la Facultad del 10 de julio de 1874. Presentes: Vicedecano Nietzsche, profesores Heyne, Kinkelin, Girand, Hagenbach, Jc. Burckhardt, Heinze, v. Miaskowsky, Vischer y decano Piccard. «Lo fundamental a tratar se centra en la cuestión de principio de la admisión de candidatos femeninos al examen de doctorado. Tal cuestión ha sido suscitada por la solicitud de la señorita Rubinstein de Leipzig. El Departamento de Filología no cree poder tomar por sí solo la decisión y pidió una junta general. Tras una discusión de dos horas en la que fueron defendidos todos los puntos de vista y opiniones posibles, lo que no resulta fácil de reproducir brevemente, venció por 6 votos a favor y 4 en contra la propuesta del señor Hagenbach: "La Facultad de Filosofía decide que *no* son admitidas mujeres al examen". A favor de la eventual introducción de la palabra "actualmente" sólo se pronunciaron 3 miembros de la Junta. Contra la propuesta, esto es, *a favor* de la admisión, sólo estuvieron Nietzsche, Kinkelin, von Miaskowsky y Piccard, cosa que exigieron que constara en acta. (Como la mayoría expresó el deseo contrario, no figura en este lugar el nombre de un miembro ausente, que dio su voto negativo por escrito.)»

Del examen de otras actas se desprende que en esta Junta faltaban los señores: J. Merian, Gerlach, Bernoulli, Rütimeyer, Schwendener, Müller y Eucken.

que yo.» Leyó, además, «la traducción inglesa de las *Sutta Nipata*, algo de los textos sagrados de los budistas; y ya he incorporado al uso familiar un lapidario lema final de una Sutta: "y así vago solitario como un rinoceronte".» (A Gersdorff el 15 de diciembre.)

Las fuerzas comienzan a fallar

En Navidades Nietzsche se trasladó nuevamente a Naumburg. «¡Tengo tras de mí las peores Navidades que he vivido nunca! El día de Nochebuena... me derrumbé literalmente; no podía caberme ya la menor duda de que estoy atacado por un mal cerebral serio, y de que si padezco tanto del estómago y de los ojos, en aquél hay que buscar la raíz principal. Mi padre murió a los 36 años de una inflamación cerebral; es posible que conmigo la cosa aún vaya más aprisa... Leche y sueño son las mejores cosas que tengo ahora. ¡Si por lo menos cesaran esos horribles ataques que duran días enteros! Sin ellos podría al menos ir arrastrándome de un día a otro... Reserva, por favor, el contenido de la carta para ti, no intranquilicemos a los de Bayreuth... En cuanto a planes propios, todos son como humo... ¿Podrías venir conmigo las próximas Pascuas a algún sitio, al lago Leman, por ejemplo?», rogaba a Gersdorff el 18 de enero de 1876.

Entretanto se había dirigido (el 2 de enero de 1876) a las autoridades educativas con la petición de que le libraran de las horas que daba en el instituto pedagógico. Ya había previsto la persona llamada a sustituirle[105]. Se le concedió lo solicitado hasta el final del semestre, lo que le aligeró el programa de trabajo. Fue sustituido, de acuerdo con sus propias indicaciones, por el doctor Achilles Burckhardt. De todos modos, tampoco pudo resistir la universidad. A partir del 7 de febrero tuvo que suspender las clases. Su estado pasó a resultar tan alarmante, que incluso su madre se apresuró a trasladarse a Basilea, a donde llegó el 18 de febrero[6]. Pero tan pronto como se encontraba algo mejor, hacía planes de viajes, queriendo ir el 24-25 de febrero a Viena al estreno de *Lohengrin*. Un rápido empeoramiento de su estado hizo, de todos modos, que estos pensamientos desaparecieran como habían venido. La visita de un admirador de Wagner, Hugo von Senger, el director de la orquesta de Ginebra, con el que mantendría una relación de amistad de años de duración, le sirvió de mínima compensación. El 6 de marzo llegó asimismo Gersdorff, dispuesto a servirle de ayuda en todo lo posible, y los dos amigos se trasladaron a continuación al lago Leman, a Veytaux, cerca de Montreux, donde se instalaron en la pensión Printanniére, dejando en Basilea a la madre y a la hermana. A pesar del mal tiempo, pasearon a diario. El primer día bueno, el 15 de marzo, ascendieron al Glion. Los días siguientes fueron realmente invernales, con un frío cortante y vientos muy fuertes. Pero ni Nietzsche ni Gersdorff renunciaron por la inclemencia del tiempo a su paseo diario de 5-6 horas

de duración. El 27 de marzo llegaron hasta Bez, al final del valle del Ródano, justo en el punto en el que se abre frente a la anchura de la cuenca. Nietzsche revelaba, en cualquier caso, con todo ello no sólo lo poco común de sus energías, sino también que disponía de un cuerpo robusto, con el que la enfermedad tenía que luchar arduamente. ¡Y así de ardua era, efectivamente, la lucha!

Gersdorff se separó de Nietzsche el 29 de marzo, dado que tenía que trasladarse a Viena, pero aún se detuvo dos días en Basilea, donde en ausencia de Overbeck ocupó su habitación. También la madre abandonó el 30 de marzo Basilea, después de una visita cuyo destinatario había acabado por ser más bien su hija que su hijo. Nietzsche aún se quedó cierto tiempo en Veytaux. Dedicó el primer día bueno, desde el punto de vista de su salud, a leer las *Memorias de una idealista* de Malwida von Meysenbug. El siguiente día fue, sin embargo, muy malo. Pero la buena impresión de la obra quedó, y durante años Nietzsche no se cansó de alabarla y recomendarla. En el absoluto desarraigo de su situación de solitario, la cálida humanidad y la valiente autoafirmación de la autora no dejaron de hacerle bien. «Heme aquí yaciente, tan sólo como siempre he estado y sigo estándolo. Aunque lo de yacente tiene que entenderse de un modo harto impropio, dado que no paro de andar, ascendiendo y descendiendo de la mañana a la noche y pasando horas de verdadera felicidad en medio de tanto malestar. Ya sabes lo demasiado frecuentemente que mis sufrimientos corporales se parecen tanto a los "morales" que uno podría confundirlos; de ahí que ese sentimiento de felicidad sea siempre algo más que ausencia de dolor de cabeza. Me ocurre como si en muchas cosas estuviera realmente agarrotado. Por eso para mí la salud es ante todo salir *de ahí*... Me voy mañana a Ginebra. Toda nueva ciudad me inspira tanto temor como un animal salvaje... He escrito al señor von Senger; si en la primera carrera fracaso, volveré a toda velocidad a Basilea.» (A Overbeck el 5 de abril de 1876.)

Visita a Hugo von Senger en Ginebra. Proyecto matrimonial

El 6 de abril de 1876 Nietzsche se trasladó a Ginebra, donde le aguardaba un inesperado sucederse de emociones y vivencias. El día 8 se enteró de que su admiradora la condesa Diodati, que llevada de su devoción por él había comenzado a traducir *El nacimiento de la tragedia*, había sufrido un derrumbamiento físico y había sido internada. Hugo von Senger procuró compensarle procurándole placeres musicales, sobre los que informaba así a su hermana: «Hoy concierto; mañana también. En atención a mis deseos Senger interpreta la Obertura del *Benvenuto Cellini* de Berlioz y otras cosas. La hermosura de Ginebra me llena de un asombro sagrado. Quisiera morir aquí, cuando no vivir. Mi primera adoración ha sido Voltaire, cuya casa en Ferne he buscado hasta dar con ella.»

¡Voltaire, que tan decisivo papel iba a jugar como modelo de cara a sus trabajos de los siguientes dos años! La visita de los lugares históricos en los que hacía cien años había vivido y trabajado tan venerada figura, en un asilo libremente escogido, como abogado de los política y espiritualmente oprimidos, constituyó para Nietzsche una experiencia comparable a un encuentro personal con el audaz librepensador.

El día del regreso estaba próximo, dado que una reordenación del calendario universitario estipulaba como día inicial del semestre el inmediatamente posterior a Pascuas, o sea, en aquel año de 1876, el 18 de abril. En Basilea le esperaba su hermana, en lo que ya era su propia casa. Desde hacía medio año, y a lo largo de todo ese tiempo, Nietzsche se había acostumbrado a esta forma burguesa de vida, y se sentía a gusto en ella. Pero ¿cómo iba a durar tal cosa? ¿Podía unirse su hermana a él durante años como administradora doméstica del catedrático? ¿Acaso no estaba obligado a reconocerle la libertad personal que tan insistentemente reclamaba para sí? Y la madre, ¿acaso no tenía derecho también a la ayuda de su hija, sobre todo cuando se trataba de un derecho al que decía no querer renunciar? Y lo que en todo ello estaba en juego era su propio orden doméstico; y aún más: la soledad total se abría ante él como un abismo, dado que también Overbeck tenía la idea de abandonar el nido que durante años habían compartido en la «cueva de Baumann». Se había comprometido ya con Ida Rothpletz, y pasaba estas vacaciones de primavera cerca de ella en Zürich. La boda estaba prevista para el verano, y tuvo efectivamente lugar el 8 de agosto. Desde su idilio de Zürich escribía Overbeck el 4 de abril a Nietzsche[11]: «Tampoco quiero verte ya la próxima semana, por impacientemente que lo espere siempre, en Basilea. Tendré que estar allí ya el próximo lunes (10 de abril), por supuesto, para que mi patrón Hoffmann (rector *magnificus* en 1875) pueda iniciarme en los misterios del nuevo cargo.» (Overbeck había sido designado como rector para 1876.) «Voy con muy pocas ganas, como bien podrás imaginarte. Pero no siempre es posible vivir tan fuera del mundo como ahora vivo y tengo que vivir aquí gracias a mi novia. Sólo puedo decirte que te busques una, y que ese objetivo te ayude, junto a otros, a recuperar la salud.»

Y precisamente ahora en Ginebra el destino pareció ponerle en su camino, en un juego de prestidigitación, semejante posibilidad de futuro, una posibilidad llamada Mathilde Trampedach. Era, juntamente con su hermana más joven, alumna de piano de Hugo von Senger, al que reverenciaba «hasta la adoración». Poco después pasó a convertirse en su tercera esposa, una esposa a la que von Senger llevaba 18 años. Ambas damas Trampedach provenían de Riga, pero vivían con su familia en Vevey, de donde se habían trasladado a Ginebra para estudiar con von Senger, que se interesaba fundamentalmente por la mayor —Mathilde.

Mathilde había nacido el 5 de junio de 1853 en Georgenburg y tenía a la sazón, por tanto, 23 años; era esbelta, de ojos verdes y cabello castaño

claro. Según una conocida de entonces, hacía pensar en una figura de fra Filippo Lippi. En sus recuerdos narra Mathilde su encuentro con Nietzsche en los siguientes términos*: «Una suave mañana de primavera apareció la doncella y anunció la visita de nuestro protector Hugo von Senger en compañía de un desconocido. (Era en la pensión inglesa Barnet, cerca de la facultad.) "Mi amigo Friedrich Nietzsche", sonó la amable voz de nuestro bienhechor, "sentíos honradas, queridas criaturas, por su presencia ante vosotras". Por desgracia, no pudimos contemplar a nuestro gusto a hombre tan famoso, dado que a pesar de lo suave de la luz, sostenía una sombrilla forrada de verde sobre la cabeza, en atención, sin duda, a sus fatigados ojos.

»Percibí inmediatamente la presencia de una personalidad fuera de lo común y fue un verdadero placer escuchar cómo los dos amigos hacían entrar en sus conversaciones los más diversos mundos poéticos, de Shakespeare a Byron, de Schelling» (en este punto Bohnenblust corrige sin duda acertadamente: Shelley) «a Longfellow, cuyo último poema *Excelsior* Nietzsche no conocía en su versión alemana. Yo me ofrecí a procurarle una copia, cosa que fue aceptada de buen grado. Antes de sonar las doce marcharon nuestros amigos, dejándonos pensativas.

»Algunos días después la dueña de nuestra pensión recibió una invitación de Hugo von Senger. Era animada, junto con nosotras, a dar con los dos amigos un paseo en coche a lo largo del lago, camino de la famosa Villa Diodati. La propuesta fue aceptada y realizada, siendo, además, favorecida en aquel mes de abril por un tiempo excelente. Mi atención estaba dividida: no sabía qué era más fascinante, si el paisaje del lago o la conversación de los dos amigos. Pero pronto se apoderó enteramente de mí la conversación, y fui lo suficientemente audaz como para dar muestras de ello. Ambos señores se habían enfrascado en una discusión sobre la libertad de los pueblos y lo que como tal había que entender, y yo no me privé de manifestar lo asombroso que encontraba que en su deseo de librarse de limitaciones y constricciones exteriores los hombres parecieran no darse cuenta de cuán apocados e inhibidos están en su interior, y cómo cualquier posible liberación respecto de las graves flaquezas humanas exige las mayores energías; cuán pocos son, en definitiva, los que se sienten perturbados por su servidumbre interior. Cuando miré en torno, me encontré con los ojos profundos e indagadores de Friedrich Nietzsche. En aquel cómodo coche la excursión terminó tan agradablemente como había comenzado, y nos despedimos con la mayor gratitud de aquél a quien debíamos tanta alegría, Hugo von Senger. Aún iba a ver a Nietzsche

---

* Publicados por vez primera en G. Bohnenblus, *Nietzsches Genferliebe*[55]. («El amor ginebrino de Nietzsche»). El texto que se cita ha sido muy reelaborado estilísticamente. Lo damos aquí según Alexander von Senger *Familiengeschichte der v. Senger* («La historia familiar de los von Senger»)[217].

una tercera y última vez. Vino para despedirse; fue introducido en el salón de recibo, donde nos saludó con ademán solemne. Dirigiéndose al piano, comenzó a interpretar con sentimiento vibrante una música que nos transmitía la imagen vivaz de olas encrespadas, que poco a poco mutaban en armonías solemnes, hasta convertirse en delicados sonidos decrecientes. (Es posible que se tratara de una paráfrasis del *Himno a la amistad.)* Poco después nos separamos en silencio. Como saludo recibí una profunda reverencia... Pero apenas habían pasado veinticuatro horas cuando la doncella me anunciaba que el señor von Senger me esperaba, con una comunicación urgente, en la antecámara... Y mi amigo me enunció, en efecto, que a la mañana siguiente recibiría un importante escrito de de Friedrich Nietzsche. Lo leeré con atención, le dije, y le daré una meditada respuesta...»

Y así, en el escrito del 11 de abril, la joven dama pudo leer, enteramente sorprendida y desbordada por la petición que se le hacía de tomar una decisión en tan breve plazo, lo siguiente: «Haga usted acopio de todo el valor de su corazón para no retroceder espantada ante la pregunta que por esta vía le dirijo: ¿Quiere usted convertirse en mi esposa? La amo y para mí es como si ya me perteneciera. ¡Ni una palabra sobre lo repentino de mi inclinación! Ninguna culpa hay, al menos, en ello... Pero lo que quiero saber es si siente usted, al igual que yo, que jamás fuimos extraños el uno para el otro, que no lo fuimos ni un solo momento. ¿Acaso no cree usted también que de unirnos cada uno de nosotros se convertiría en alguien mejor y más libre, y por tanto *excelsior*, de lo que podría serlo por sí mismo? ¿Quiere usted atreverse a compartir conmigo el camino, esto es, a compartir el camino con alguien que aspira con todo su corazón a mejorarse y a liberarse?... Sólo le pido que sea sincera y no se reserve nada. De esta carta y de la petición que en ella le formulo nadie sabe nada salvo nuestro común amigo el señor von Senger. Mañana a las 11 tomaré el rápido para Basilea; tengo que regresar. De contestar usted con un sí a mi pregunta, escribiré inmediatamente a su señora madre... Si alcanza a tomar con tal rapidez una decisión, sea por el sí, sea por el no, cualquier nota que tuviera a bien escribirme me llegaría hasta mañana temprano a las 10.»

Mathilde Trampedach no pudo decir sí. Y no por lo repentino de la proposición, ni por la diferencia de edad de nueve años, sino porque estaba de todo punto unida, por mucho que tal vez no fuera interiormente consciente de ello, a Hugo von Senger, su profesor, que enteramente le llevaba 18 años. Nietzsche no podía saberlo. La libertad de espíritu y la relativa espontaneidad del trato juvenil de Mathilde le habían asombrado y encantado, y tanto más cuanto que a él semejante espontaneidad le faltaba por completo. Parecía abrírsele así una posibilidad de liberarse de sus propias inhibiciones en el trato con los humanos; de la mano de este ser libre por naturaleza se sentía frente a un futuro menos oprimente

y menos complicado, él, que se veía a sí mismo como «alguien que aspira con todo su corazón a mejorar y a liberarse». De ahí lo genuino y veraz de su proposición, por rígido y formalista que fuera el ropaje verbal con que la presentaba, un ropaje que en definitiva si refleja algo, es sustantividad y deseo. Sabía además muy bien que no tenía nada que ofrecer a cambio, y que el favorecido sería él. En la medida, pues, en que su propuesta estaba libre de todo orgullo y toda condescendencia, difícilmente hubiera podido sentirse ofendido por un no; lo comprendió y lo disculpó. Tras el repentino estallido de su confesión se retrajo nuevamente a la «concha de caracol» del trato tímido, no sin expresar su gratitud por la fina sensibilidad con la que Mathilde había respondido a su propuesta, tan inhábilmente formulada y tan característica de alguien como él, poco habituado a las prácticas mundanas: «Es usted lo suficientemente generosa como para perdonarme; me lo dice la dulzura de su carta, que realmente no he merecido. El recuerdo de mi violento y desconsiderado modo de actuar me ha hecho sufrir tanto, que no puedo estarle lo suficientemente agradecido por esta dulzura... Me queda un último deseo por expresarle: que cuando lea mi nombre o se encuentre otra vez conmigo, no piense únicamente en el sobresalto que le he causado...»

En una extraña lejanía queda, sin embargo, curiosamente, esta vivencia cuando apenas pasados tres días, el 15 de abril, escribe Nietzsche al amigo con el que por entonces tenía mayor confianza —Gersdorff—: «Cuando nos veamos de nuevo... te hablaré de Fernex, la residencia de Voltaire, de Ginebra, esa ciudad tan brillante y a la vez tan maravillosamente próxima a las montañas y tan penetrada de un aire poco común de libertad..., del *Concert populaire*, en el que en mi honor se interpretó la Obertura del *Benvenuto Cellini* de Berlioz... de dos gentiles rusas en una pensión inglesa... del descubrimiento de que estoy llamado a ser un gran virtuoso del piano..., etc., etc. En lo que hace a la cuestión principal, he llegado a la conclusión de que lo único que los hombres... reconocen realmente... es la hazaña de elevados sentimientos. ¡Por nada del mundo un solo paso por el camino de lo acomodaticio! Sólo es posible tener un éxito verdadero cuando uno permanece fiel a sí mismo... Esperando que tenga alguna utilidad para ti... a ningún precio un matrimonio de conveniencia... ¡En lo que a esto hace, en lo que afecta a la pureza del carácter, ni una sola vacilación! Diez mil veces mejor quedarse toda la vida solo —he aquí el lema al que me allego en este asunto.»

Entretanto, el contacto con Heinrich Köselitz se había vuelto más íntimo. El ferviente discípulo tuvo acceso a los manuscritos de Nietzsche, llegando así a las manos del ardiente wagneriano el capítulo que por entonces podía darse ya por terminado de *Richard Wagner en Bayreuth*. *El* fue quien instó a Nietzsche a la publicación de este escrito como cuarta *Consideración intempestiva*. Tenía que ser el presente de Nietzsche con ocasión del primer festival estival de 1876. El editor Schmeitzer seguía

dispuesto a oficiar de tal en cualquier momento, y Nietzsche trabajó no poco en la parte final, que aún faltaba, durante un tranquilo fin de semana, los días 17/18, que pasó en el cercano Badenweiler. Como era usual en él, las partes iniciales del manuscrito habían sido enviadas ya a la imprenta (el 31 de mayo). La impresión y las correcciones llevaron todo el mes de junio, de modo que el pequeño volumen pudo ver la luz el 10 de julio.

No se trata sólo de la última de las *Consideraciones intempestivas*, sino del último presente amistoso a Richard Wagner, del último intento de conseguir una síntesis de las tareas filosóficas que con fuerza creciente le incitaban a tomar otros caminos y el empeño de hacerse un hueco en el programa cultural de Bayreuth. Antes de pasar a convertirse en el desenmascarador de una pseudocultura, Nietzsche intentaba, una vez más, actuar como «médico de la cultura».

Capítulo 17
EN EL ESPEJO DE NUEVAS AMISTADES



Paso a paso viene a consumarse, a otro nivel, insinuada desde hacía ya algunos años y reclamando varios más, una transformación decisiva: en la composición personal de su entorno próximo, en las «amistades». Viejos vínculos, como los que le unían a la casa de Wagner, pero también a Rohde, llegan a su final; se forman otros nuevos, algunos de breve duración, otros, en cambio, llamados a perdurar a lo largo de la entera vida de Nietzsche o, cuanto menos, hasta la decisiva cesura del derrumbe en el año 1889. No pocos de estos nuevos vínculos humanos vinieron, ciertamente, a forjarse a partir del círculo de Wagner. Y así, incluso tras la ruptura siguió la figura de Wagner gravitando decisivamente sobre Nietzsche.

Hugo von Senger

El encuentro más breve, pero no por ello menos apasionado, fue el que tuvo con el relevante músico de Ginebra Hugo von Senger; duró cuatro años: de 1872 a 1876.

Franz Ludwig Hugo von Senger nació el 13 de septiembre de 1835 en Nördlingen (Baviera), como primogénito del abogado real bávaro Franz Ludwig von Senger; tenía, pues, 9 años más que Nietzsche. Perdió a su madre a los cinco años y medio, pero no pudo olvidar nunca su maestría en el piano. La dama de compañía (Amalie von Knorr) pasó a convertirse en su madrastra, una madrastra con la que sostuvo una relación profundamente afectiva. A los siete años abandonó Hugo la familia para trasladarse a Munich, donde permaneció cuatro años como alumno del distinguido Instituto Holandés. A consecuencia de un nuevo traslado, la familia volvió

dispuesto a oficiar de tal en cualquier momento, y Nietzsche trabajó no poco en la parte final, que aún faltaba, durante un tranquilo fin de semana, los días 17/18, que pasó en el cercano Badenweiler. Como era usual en él, las partes iniciales del manuscrito habían sido enviadas ya a la imprenta (el 31 de mayo). La impresión y las correcciones llevaron todo el mes de junio, de modo que el pequeño volumen pudo ver la luz el 10 de julio.

No se trata sólo de la última de las *Consideraciones intempestivas*, sino del último presente amistoso a Richard Wagner, del último intento de conseguir una síntesis de las tareas filosóficas que con fuerza creciente le incitaban a tomar otros caminos y el empeño de hacerse un hueco en el programa cultural de Bayreuth. Antes de pasar a convertirse en el desenmascarador de una pseudocultura, Nietzsche intentaba, una vez más, actuar como «médico de la cultura».

Capítulo 17
EN EL ESPEJO DE NUEVAS AMISTADES



Paso a paso viene a consumarse, a otro nivel, insinuada desde hacía ya algunos años y reclamando varios más, una transformación decisiva: en la composición personal de su entorno próximo, en las «amistades». Viejos vínculos, como los que le unían a la casa de Wagner, pero también a Rohde, llegan a su final; se forman otros nuevos, algunos de breve duración, otros, en cambio, llamados a perdurar a lo largo de la entera vida de Nietzsche o, cuanto menos, hasta la decisiva cesura del derrumbe en el año 1889. No pocos de estos nuevos vínculos humanos vinieron, ciertamente, a forjarse a partir del círculo de Wagner. Y así, incluso tras la ruptura siguió la figura de Wagner gravitando decisivamente sobre Nietzsche.

Hugo von Senger

El encuentro más breve, pero no por ello menos apasionado, fue el que tuvo con el relevante músico de Ginebra Hugo von Senger; duró cuatro años: de 1872 a 1876.

Franz Ludwig Hugo von Senger nació el 13 de septiembre de 1835 en Nördlingen (Baviera), como primogénito del abogado real bávaro Franz Ludwig von Senger; tenía, pues, 9 años más que Nietzsche. Perdió a su madre a los cinco años y medio, pero no pudo olvidar nunca su maestría en el piano. La dama de compañía (Amalie von Knorr) pasó a convertirse en su madrastra, una madrastra con la que sostuvo una relación profundamente afectiva. A los siete años abandonó Hugo la familia para trasladarse a Munich, donde permaneció cuatro años como alumno del distinguido Instituto Holandés. A consecuencia de un nuevo traslado, la familia volvió

a reunirse en Kempten[9]. Aquí finalizó Hugo su periodo escolar en el Real Instituto Bávaro. Determinadas enciclopedias y otras publicaciones[28, 30, 79] afirman que terminó el bachiller en el instituto de los jesuitas en Munich, y que acto seguido estudió en las universidades de Munich y Leipzig, donde puso fin a su carrera doctorándose en derecho. Su hijo Alexander von Senger (que llegó a ser catedrático de arquitectura en el politécnico de Munich) sostiene, en cambio, lo siguiente en su historia familiar[217]: «No parece que este dato sea cierto, dado que mi padre jamás ostentó el título de doctor, ni habló nunca de sus estudios jurídicos. Por otra parte, su hermano Richard me comunicó asimismo que no tenía noticia de ningún periodo de estudios de mi padre en Munich. Mi abuelo deseó, en cualquier caso, que hiciera la carrera de derecho, pero no pudo impedir que se convirtiera en músico. A lo que parece, entró a los 18 ó 19 años en el Conservatorio de Leipzig, donde fue alumno de Hauptmann y de Moscheles, un discípulo de Beethoven. Está fuera de duda que se matriculó asimismo en la universidad de Leipzig, de acuerdo con lo entonces usual en el caso de los compositores, como estudiante de música y de filosofía.» Dificultades económicas de su familia le hicieron interrumpir estos estudios en 1857, llevándole a un estado de necesidad extrema, del que intentó salir buscándose un modo de vida en el extranjero. En este sentido se dirigió en demanda de ayuda a Hector Berlioz. Berlioz le respondió desde Baden-Baden con gran amabilidad, pero de modo negativo, por por medio de una carta en la que a la vez que aludía a sus propias dificultades, escribía duramente: «*Paris est la capitale de la barbarie musicale, ne l'oubliez pas. Tout y est aux mains des barbares.*»

Su hermana Paulina vivía desde 1857 en St. Gallen, y es de suponer que fuera ella quien en 1862 le hizo saber que había un puesto vacante de director de orquesta en el pequeño teatro local, que pasó a ocupar. El 10 de noviembre de 1863 contrajo matrimonio con Helene Schmetzner, de Wertheim, una cantante de coloratura de su compañía, de dotes excelentes y gran alegría vital. Pero Helene murió al año de casada, en otoño de 1864. Un año después, la op. 1 de von Senger, *Walhalla*, fue premiada en Dresden, donde se representó con éxito. El 10 de junio pudo vivir, por otra parte, el acontecimiento histórico del estreno del *Tristan* de Wagner en Munich, donde tuvo, además, la oportunidad de entrar en relación con Hans von Bülow. En el otoño siguiente, y de cara a la nueva temporada musical, obtuvo ya en el Teatro Municipal de Zürich, de dimensiones mucho mayores, el puesto de segundo director de orquesta, así como el de director del coro masculino y de dos sociedades corales. Transcurrido este año, marchó a Lausanne como director de la orquesta sinfónica, pasando al mismo tiempo a dar clases de piano. En una de ellas, este hombre temperamental dio un beso a una de sus alumnas más maduras, la inglesa Eliza Clementine Vaughan (nacida el 20 de septiembre de 1837 en Newington), quien no dudó en interpretar este gesto como una petición de mano. Hugo von Senger se sintió comprometido y el 29 de mayo de 1868 contrajo matrimonio con ella. De esta unión nacieron dos hijos, Leila y Agenor, a los que Nietzsche caracterizaría en una carta a Gersdorff del 15 de agosto de 1876 como «raros». Eran los dos sumamente asténicos y nerviosos (Leila, nacida en 1869, murió el 28 de febrero de 1884, a los 15 años de edad; Agenor, nacido el 5 de julio de 1871, se recuperó posteriormente en el extranjero, llegando a gozar de una salud satisfactoria). El elemento enfermizo de su naturaleza fue heredado por ambos de su madre, cuyos «nerviosismo, tristeza y amargura» (carta de H. v. S. a la misma) constituyeron un motivo constante de lamentación. Tampoco era demasiado fácil, por otra parte, ser esposa de un hombre tan impulsivo y ocupado, que tenía además que mantener en los primeros años del matrimonio una dura lucha para garantizar una base material a su familia. En 1867/68 visitó a menudo con su orquesta Ginebra, donde por fin se le encargó la dirección de los *Grands Concerts Nationaux*. La empresa no duró, de todos modos, más que un año, finalizado el cual Berlioz le procuró un puesto de director en la Opera de Paris. Pero la guerra de 1870 dio también al traste con este proyecto. A continuación, Hugo von Senger se dirigió a Munich, donde no llegó a establecerse, viniendo al fin a asumir en Ginebra la dirección de sociedades corales y un puesto docente para armonía y contrapunto (composición) en el Conservatorio. Con el importe de la herencia de un amigo —unos 30.000 fr.— participó en la fundación de una orquesta sinfónica, que dirigió también desde el punto de vista comercial, y con ello puso la primera piedra de la *Orchestre de la Suisse romande* de nuestros días. A partir de este momento desarrolló una gran actividad, que la ciudad de Ginebra le reconoció y agradeció más tarde poniendo un busto suyo en el Conservatorio y dando su nombre a una de sus calles.

A lo largo de estos años vino, asimismo, a tomar una decisión de otro tipo. Con su proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción y de la infalibilidad papal, el Concilio Vaticano hizo imposible a Hugo von Senger, de educación católica, la permanencia en la comunidad eclesial cristiana, habida cuenta, además, de que el protestantismo, en la versión calvinista que tenía ante sus ojos en Ginebra, le resultaba insoportable. En una carta de 1890 ó1891 todavía resumía su rechazo radical del Cristianismo, aunque no sin encontrar algunas palabras llenas de buena intención para su parte católica, y concluía así: «*Au fond je suis né payen.*»

El 28 de junio de 1872 pasó unos días en Munich con el objeto de asistir a la representación del *Tristán*, momento en el que bien pudo entrar en contacto con Nietzsche por mediación de Hans von Bülow, director de la misma. En su condición de hombre de amplios y variados intereses acogió *El nacimiento de la tragedia* con tal entusiasmo, que instó a su amiga la condesa Diodati a emprender su traducción al francés. Como muestra de reconocimiento regaló a Nietzsche asimismo un *Atlas de la Hélade*

(de Kiepert, 1872). Nietzsche por su parte siguió con interés la evolución de von Senger como compositor, aunque no acabó de decidirse a satisfacer su petición de un texto para una ópera y del texto para una cantata protocatólica-reformista. Pero gracias a ello nos ha quedado, en cambio, formulado en su carta de respuestas a esta petición, fechada a mediados de noviembre de 1872, uno de los más clarividentes y profundos testimonios de que disponemos sobre la relación real de Nietzsche con la obra de Wagner: «Debo decir, en este sentido, que... en mi condición de filósofo que sigue la actual evolución musical con la mirada puesta en una cultura a la que hay que aspirar, tengo algunas ideas acerca de la actual composición en gran estilo gramático-musical. Sé perfectamente que en las revistas musicales especializadas la importancia de Wagner viene a ser cifrada precisamente en su destrucción de las viejas formas de la sonata, la sinfonía, el cuarteto, etc., hasta el punto de que, según esto, habríamos llegado con él al final, inseparable, por tanto, de su nombre, de la pura música instrumental. Si de ello se deduce que el compositor tiene que dedicarse ahora necesariamente a la música teatral, no puedo menos que sentirme lleno de preocupación, dado que veo ahí una verdadera confusión. Cada uno tiene que hablar el lenguaje que le es propio y en el que se reconoce a sí mismo: y si el titán se expresa mediante el trueno y el terremoto, el mortal no tiene ciertamente el derecho de imitarle en esta forma lingüística, ¡mucho menos la obligación!... Situándole en su ámbito como artista creador y en su espíritu, quiero decir, reconociéndole su autoexigencia implacable, la energía con la que todo momento da de sí lo más alto que quepa imaginar y anima y da vida de un modo distinto hasta *lo más pequeño*, hasta la forma más nimia, es como cabe mostrar del mejor modo la veneración más pura por Wagner. De ahí que me haya alegrado tanto su valor al tomarse en serio la en estos últimos tiempos tan escasamente valorada forma de la cantata.»

En los años subsiguientes la relación se mantuvo dentro de los límites de un intercambio epistolar moderado, pero de muy alto nivel, hasta que en abril de 1876 tuvieron el breve y movido encuentro personal en Ginebra, con ocasión del que Hugo von Senger puso en el programa de su concierto, en atención a Nietzsche, la Obertura del *Benvenuto Cellini* de Berlioz, y que se cerró con el *intermezzo* de la petición en matrimonio a Mathilde Trampedach por parte de Nietzsche[217]. Fascinado por la vital personalidad de Hugo von Senger Nietzsche no se dio cuenta de que el matrimonio amenazaba con naufragar. Ciertamente que enviando a la esposa un costoso presente —las recién publicadas *Memorias de una idealista* de Malwida von Meysenbug— Nietzsche creía complacer también a su amigo. Pero Hugo von Senger no le mostró el menor agradecimiento por ello. Es de suponer que el incidente con Mathilde Trampedach arrojara también alguna sombra sobre su relación. El matrimonio de Hugo von Senger con la inglesa se agrietaba cada vez más, hasta que el 30 de agosto

de 1878 tuvo lugar el divorcio. Mathilde, que había buscado entretanto refugio al lado de su madre en Vevey, y luego, durante todo un año, en Riga, volvió, y el 3 de agosto de 1879 contrajo matrimonio con von Senger. El editor de las cartas, Peter Gast, escribe en su introducción[7]: «La relación amistosa fue enteramente destruida más tarde por un evento desconocido», sin poder aducir el momento exacto de este «más tarde». A. von Senger alude así a ello en su historia familiar: «Me pareció necesario referirme a este matrimonio, tan desdichado, y al subsiguiente divorcio, porque ahí deben buscarse las raíces de la interrupción, por parte de mi padre, de su relación amistosa con Nietzsche. Porque no sólo sus pensamientos y deseos todos estaban centrados de lleno en este asunto tan enervante para él, sino que le faltaba incluso el hogar (vivía en casa de un amigo, un pintor) y los otros medios necesarios para estar en condiciones de seguir cultivando este tipo de amistades. A ello hay que añadir que tenía la intención de casarse con mi madre, que había rechazado a Nietzsche, y quería ahorrarle un encuentro penoso.»

Un año después del encuentro en Ginebra Nietzsche intentó reanudar la relación. El 4 de julio de 1877 le escribía desde Rosenlauibad[55]: «Mi querido amigo: tiene usted todo el derecho de callar, eso está claro entre nosotros; porque sabemos que la actitud del uno para con el otro es y seguirá siendo positiva, y las cartas nada tienen que añadir a ello. Pero por una vez permítame rogarle, a título de excepción, alguna breve noticia; dejemos todo lo demás para un reencuentro que espero y deseo que se produzca pronto... Cuando el pasado otoño me detuve, viajando hacia Italia, en Ginebra, quise verle, pero sin conseguirlo; todavía ignoro por qué ni una sola de mis tarjetas tuvo éxito. En el hotel nadie supo darme razón de su casa... Verles a usted y a su señora esposa, a la que le ruego salude afectuosamente en mi nombre, hubiera constituido para mí un motivo de verdadera alegría... ¿Qué ha sido de aquellas dos muchachas tan agradables a las que gracias a usted tuve la ocasión de conocer entonces?

»Con gran sentimiento oí decir que la mayor estuvo mal. ¿Ha recibido usted mi pequeño escrito sobre Wagner? He enviado la traducción francesa del mismo a Madame Diodati... ¿Cómo le va? ¿Puedo preguntarle?

»¿Sabe usted a qué lugar de la montaña quiere ir este verano la señora Koekert? He oído que tiene la intención de reunirse con su amiga la marquesa Guerrieri. ¿No le fatigo con todas estas preguntas? No se demore usted mucho en la respuesta... Honro al artista, siento el mayor afecto por el hombre, y en ello estoy...»

¡Qué ignorancia de la situación real revelan estas líneas! Un ruego concreto constituía, de todos modos, el fundamento y motivo de la carta: «Ya le he hablado de un pianista excelente, un verdadero genio, el doctor Carl Fuchs de Hirschberg (Silesia), del que Hans von Bülow ha dicho que es su mejor discípulo. ¿No se ha presentado todavía en Ginebra la oportunidad de ganar fuerza tan importante para el Conservatorio? De no resultar

hoy posible tal cosa, le agradeceré que no olvide, al menos, su nombre.» Frecuentemente, y con igual falta de éxito una y otra vez, intentaba, pues, Nietzsche actuar como protector de sus amigos. Tampoco en este punto le dio von Senger una respuesta, y no reaccionó de modo alguno a sus ruegos y preguntas, como tampoco respondió al envío, por parte de Nietzsche, de sus libros (hasta *La genealogía de la moral).* Una vida apasionada y el exceso de obligaciones profesionales, que impidieron su verdadero desarrollo como compositor, agotaron tempranamente a este hombre tan altamente dotado. Y así vino a morir el 18 de enero de 1892 —a los 56 años— víctima de una uremia, después de haber obtenido pocos años antes en la Fiesta de la Vendimia de Vevey 1889 un éxito que coronaba su carrera de compositor del Festival gracias a una música con la que se ganó el corazón de los hombres de su patria adoptiva, una patria en la que, en cualquier caso, al final se sentía extraño e infeliz, y cuyo suelo cultural condenaba por su «esterilidad». Era un hombre desarraigado, como el propio Nietzsche, pero no por ello llegó a convertirse en un europeo, puesto que a pesar de toda su apertura en su especialidad musical nunca se libró de un talante alemán al que permaneció tan aferrado que incluso a pesar de vivir en una ciudad de lengua francesa llegó a prohibir a sus hijos el uso del francés en casa, con el argumento de que la suya era «una casa alemana».

Este rasgo debió pasarle asimismo desapercibido a Nietzsche, porque de lo contrario habría tenido que separarle de él, habría tenido que sofocar la genuina devoción que realmente sentía por él. Es posible que con el tiempo acabara por tomar cuerpo esta reacción. Que Nietzsche le quedó siempre agradecido por las impresiones musicales felices que le debía, y a las que tan sensible era siempre, es cosa que está, en cualquier caso, fuera de duda.

Como ambas partes callaron en lo sucesivo, y callaron acaso lamentándolo y admirándose en silencio, la relación amistosa tan idealmente comenzada entre dos hombres tan próximos entre sí por determinadas vivencias (temprana muerte del padre y/o de la madre, respectivamente; ruptura con la iglesia) y tan distintos por su origen, su temperamento, su forma de vida y sus opiniones políticas, se esfuma en la niebla oscurecedora de las conjeturas.

Paul Rée

De mayor duración y efectos más profundos fue la amistad que le unió con el filósofo moral crítico Paul Rée. Dada su importancia para Nietzsche, nada más deseable que trazar un amplio esbozo de la vida de este hombre. Pero su naturaleza modesta y dada al retraimiento lo hacen casi imposible; sus huellas son escasas y las noticias que sobre él poseemos, muy parcas.

Cuando Paul Rée, nacido el 21 de noviembre de 1849 y, por lo tanto, unos 5 años más joven que Nietzsche, entró por vez primera, el 5 de mayo de 1873, en el círculo de éste, en su condición de amigo, en Basilea, de Heinrich Romundt, el joven pensador acababa de dar un paso parecido al que Nietzsche dio con su traslado de Bonn a Leipzig: había cambiado de Facultad, pero sin consumar, al hacerlo —coincidiendo también en esto con Nietzsche—, la mutación decisiva.

Rée nació en Bartelshagen, Pomerania, como segundo hijo de un terrateniente judío descendiente de Hamburgo. La familia se trasladó, con vistas a la educación de los hijos, a Schwerin. Paul, que a sus doce años cursaba la enseñanza media, tuvo dificultades en los estudios por motivos de salud, razón por la que ingresó en el Pensionado Meister en Ludwigslust, y poco después, tras nuevas dificultades, en el Instituto Joachim Faller de Berlín, donde llegó a acabar el bachillerato en 1868. Ya por aquellas fechas deseaba estudiar filosofía moral, pero su padre le instó a hacer la carrera de derecho en Leipzig, donde en 1870 llegó incluso a terminar su primer año. Por aquellas fechas tuvo lugar la guerra franco-prusiana y Paul pasó a formar parte como soldado activo de las primeras tropas movilizadas, resultando herido ya en la batalla de Gravelotte al comienzo de la guerra (18 de agosto de 1870), de modo que abandonó el ejército tan pronto como un mes más tarde vino a hacerlo el ayudante sanitario voluntario Friedrich Nietzsche. Rée volvió inicialmente a sus estudios jurídicos, pero enseguida los dejó por la filosofía, trasladándose a Basilea con su amigo Romundt cuando éste fue nombrado, en el semestre de verano de 1873, *Privatdozent* de la Universidad de aquella ciudad. En ella pudo oír también a Nietzsche. El invierno de 1876/77 fue decisivo; Nietzsche pasó una temporada como huésped de Malwida von Meysenbug en Sorrento, y ambos pudieron discutir y reelaborar en diálogo constante y a lo largo de penetrantes discusiones el material ideal de sus obras, unas obras que tan largamente incidían en el ámbito de la psicología: *Humano, demasiado humano* en el caso de Nietzsche, y *El origen de los sentimientos morales* en el de Rée. Esta última fue entregada como tesis en 1877 a Schemeitzner, el editor de Nietzsche con sede en Chemnitz, y permitió a su autor obtener el grado de doctor en filosofía en Halle.

En un primer estadio Rée escribió otras dos obras filosóficas, que vieron la luz en 1885 en Berlín, bajo los títulos respectivos de *La génesis de la conciencia* y *La ilusión del libre albedrío.* Pero pronto dejó a un lado la filosofía teórica y la propia praxis filosófica: se puso a estudiar medicina, con el objeto de ayudar a sus semejantes atormentados por la enfermedad.

En 1890, y contando ya 41 años, aprobó en Munich los últimos exámenes y durante 10 años largos se centró en el cuidado médico desinteresado e idealista de los campesinos de los extensos territorios del latifundio Stibbe, que dirigía en Prusia Oriental su hermano. Cuando éste dejó Stibbe, se trasladó, en 1900, a la Engadina, donde trabajó en Celerina,

cerca de St. Moritz, como médico local. El 28 de octubre de 1901, caminando por la superficie lisa de una roca cuya pared caía a pique sobre el Inn, resbaló, dado que la nieve que había caído la noche anterior comenzaba a derretirse y cayó al río. Un trabajador que presenció el accidente desde la otra orilla le sacó ya cadáver de las aguas del Inn. ¿Fue una caída? ¿Buscó él mismo el peligro? ¿Provocó el accidente? Ciertas voces hablaron, y hablan, de suicidio. La insatisfacción última de su vida, su propia negación, incluso, de la vida abonan tal sospecha. Y, sin embargo, es posible que vayan demasiado lejos. Bastaría con que en aquel momento del resbalón casual su voluntad de vivir no fuera suficientemente activa, bastaría, en fin, con que hubiera faltado ese movimiento de resistencia capaz de salvarle. Había negado, desde la convicción más profunda, la libertad de la voluntad; se sometió al *fatum*.

Con carácter póstumo apareció en Berlín, en 1903, su última obra, lapidariamente titulada: *Filosofía*.

Rée era un hombre dado a autoatormentarse, siendo éste un rasgo de carácter que compartía con Nietzsche. En su libro *El autoodio judío*[152], el husserliano Theodor Lessing (nacido en 1872) interpreta su origen judío como una consciencia no superada en una época en la que en la efervescencia nacional-popular subsiguiente a la victoria de 1871 una oleada de antisemitismo recorría Alemania, una oleada con la que también Nietzsche tuvo que forcejear duramente, lo que le alejó, por cierto, de su hermana, a la que, por lo demás, tanto quería. Nietzsche tuvo ocasión de percibir estos tonos sobre todo en el círculo de Bayreuth, aunque menos del propio Wagner que de sus fieles y de Cosima. Lo que no le impidió tratarse, precisamente en aquella época, con la mayor intimidad, con Paul Rée. La ruptura con Rée le resultó muy dolorosa y sólo tuvo lugar en relación con el asunto de «Lou» a finales del otoño de 1882.

Es posible que aunque un tanto exagerada en su óptica global, la caracterización de Lessing ofrezca un núcleo de innegable verdad: «Rée pertenece a ese tipo singular, aunque en aquellos años presionistas muy extendido, de jóvenes judíos que, enteramente desgajados de la tradición y del rito, llevan la consciencia de su origen judío como un crimen oculto, como si se tratara de un rasgo de presidiarios o de un lunar materno deformador, pero que, por otra parte, se sienten demasiado distinguidos como para no saberse ellos mismos aludidos cuando se habla de máculas en los judíos y en el judaísmo.»

Más pertinentes deben ser los recuerdos personales del filósofo social Ferdinand Tönnies (nacido en 1855), que coincidió en Munich con Rée durante sus años de estudiante de medicina, y de cuyos apuntes entresaca Lessing la siguiente cita[152]: «Conocí a Rée y lo estimé como hombre de cultura poco común y de ingenio agudo. Había algo de imponente en la tranquila seguridad de su forma de presentarse y en el estilo sosegado, incluso suave, de su modo de hablar; pero conociéndole mejor, su bondad y amabilidad absolutas saltaban enseguida a la vista. Hacía igual número de veces de sí mismo como de los demás blanco de su pausado humor irónico; sabía revestir pequeñas malicias de un algo que las convertía en aceptables. En el fondo era modesto, pero tenía gran confianza en lo justo de su pensamiento, porque se consideraba a sí mismo como uno de los pensadores menos atrapados por los prejuicios que existían, y porque había reflexionado, también, durante meses, incluso durante años, sobre algunos problemas esenciales... Estaba absolutamente convencido de la indignidad de los humanos, del nulo valor de las figuraciones que los tenían atrapados y que atrapaban también una y otra vez a los aparentemente libres. Sentía uno la tentación de hablar de autoodio... pero se trataba más bien del orgullo del que sabe y conoce...»

«A Rée le gustaba conversar, pero se desconcertaba fácilmente; en esos momentos parpadeaba con sus ojos vivos y profundos con gesto de hombre atormentado por la duda y salía del apuro recurriendo a una expresión bromista: "El arte de la conversación es difícil. Si uno habla, el otro se aburre; si escucha, el que se aburre es uno mismo." Caminando por las calles de una ciudad católica —estuvimos juntos una larga temporada en Innsbruck— era tomado por un cura. Los niños se agolpaban en torno suyo para besarle la mano. Su rostro grande y serio, sin barba, la gran levita negra, su caminar pausado, todo ello abonaba esa imagen... Recordaba, en algunos de sus rasgos a Schopenhauer.» Sobre la base de comunicaciones de personas a las que Rée había tratado como médico pudo caracterizar Kurt Rolle en 1927[140] el modo como aquél conformó, a partir de este talante, su profesión médica. De acuerdo con su informe, Rée jamás salió de viaje, ni cultivó trato social alguno que hubiera podido distraerle de sus obligaciones, sin convertirse por ello en un enemigo del género humano. Era de rara bondad natural y de un desinterés poco común. Se esforzaba de manera incansable por ayudar a los pobres y enfermos de las propiedades de su hermano con sus abundantes medios económicos y sus conocimientos médicos. Para sí mismo apenas necesitaba nada. Era un excursionista vigoroso y emprendía paseos de varias millas. Este comportamiento le valió pronto fama de extraño y casi de santo. Paralelamente a esta actividad, en los últimos años trabajaba en su *Filosofía*, obra con la que quería clausurar sus estudios. Lo que no le impedía, por otra parte, decir: «... tengo que filosofar; si ya no tengo materia para ello, lo mejor para mí sería morir.» Durante el año que pasó en Celerina siguió siendo un excursionista infatigable, llegó incluso a emprender marchas por la montaña no exentas de peligro, sin descuidar, al hacerlo, sus deberes como médico de la población local, por la que pronto pasó a ser igualmente considerado como un santo. Y en Celerina se encuentra también su tumba.

Mucho de la naturaleza de Rée tuvo que atraer a Nietzsche por su evidente parentesco con elementos esenciales de la suya propia. De ahí que incluso después de la ruptura de la amistad en 1882 siguiera sintién-

dose en su interior tan vinculado a él, que en posteriores manifestaciones suyas sobre personas a las que trató más o menos íntimamente a lo largo de su vida, tan cargadas a menudo de malevolencia formal, no encontramos ni una sola observación crítica sobre Paul Rée*. También Rée debió sentirse muy vinculado a Nietzsche. Su instalación y muerte en un lugar tan próximo a Sils-Maria como la Engadina, así parecen confirmarlo. Porque ningún recuerdo ni relación alguna de cualquier otro tipo podían llamarle desde Prusia Oriental precisamente a un lugar tan alejado como la Engadina. Un lugar en el que bien habría podido desarrollarse entre Nietzsche y Rée, al nivel espiritual a ambos correspondiente, la relación ideal de amistad que la desgraciada aparición de Lou Salomé vino a destruir con violencia implacable.

Marie Baumgartner

De manera mucho menos problemática, pero no por ello menos importante y con un trasfondo humano conmovedor, fue tomando cuerpo el trato con una figura femenina que ya nos es conocida, la señora Baumgartner-Köchlin de Lörrach, que con afecto tan maternal cuidó a Nietzsche durante difíciles años de sufrimiento. Se conocieron a través del hijo de Marie, Adolf (15 junio 1855-16 diciembre 1930), que por aquellas fechas completaba en Basilea la formación obtenida en el instituto de Lörrach. Adolf siguió en Basilea el último curso del instituto y aprobó las tres clases del instituto pedagógico, acabando, ya bachiller, su periodo escolar en Pascuas de 1874. En la última clase —o sea, en 1873/74— fue alumno de Jacob Burckhardt y de Nietzsche, y en un primer momento se decidió por el estudio universitario de la filología en la universidad de Basilea. Pero ya en el otoño de 1874 dejó Basilea por Bonn, donde permaneció un año estudiando y cumpliendo, a la vez, su servicio militar. Tras otros dos años más de estudio en Basilea encaminó sus pasos en el otoño de 1877, por recomendación de Nietzsche, a Erwin Rohde, en Jena. Pero su interés fue centrándose cada vez más en los estudios históricos, por lo que se trasladó a Tübingen. Acabó, efectivamente, por graduarse en historia, y se estableció en Basilea, con Jacob Burckhardt en calidad de *Privatdozent* de historia antigua. En 1890, y después de un entreacto protagonizado por Julius Pflugk-Harttung, que no resultó positivo para Basilea, accedió a catedrático de historia general, sucediendo así a Jacob Burckhardt. «Con temperamento y capacidad ordenadora daba cursos de historia antigua, pero también de periodos más

* Pocos meses después del hundimiento de la amistad, reconocía Nietzsche, el 21 de abril de 1883, en carta a H. Köselitz[7] (en frase no recogida en la impresión): «Rée se comportó siempre conmigo con una modestia conmovedora, quiero reconocerle esto explícitamente.»

recientes, hasta bien entrada la Baja Edad Media, lo que hacía de él uno de los últimos docentes capaces de convertir la materia entera de la historia universal en objeto de su trabajo»[56], hasta su muerte el 16 de diciembre de 1930. Su relación con Nietzsche estuvo sometida a una profunda evolución. «Cuán grande y determinante fue la influencia de Nietzsche sobre el joven Baumgartner, mucho menos en el orden de las ideas que en el de la orientación de su trabajo y en su *ethos* científico, es algo que aquél reconocía en una carta a Jacob Burckhardt (fechada el 17 de febrero de 1878), acuñando a propósito de tal maestro suyo la expresión: "El es quien primero me hizo dar la vuelta en la gran rueda." Que posteriormente los caminos del maestro y del discípulo se separaran, no es cosa que pueda ser tampoco entendida en un sentido superficial... La crisis... se produjo en la estela de una mutación espiritual del propio Nietzsche, por las fechas en que dejó tras sí sus *Consideraciones intempestivas* y formuló en *Humano, demasiado humano* una nueva declaración de guerra espiritual. En una carta a Jacob Burckhardt (del 15 de julio de 1878) el supuesto "discípulo incondicional" se enfrenta con el libro y el autor en los siguientes términos: "He leído el nuevo libro... del modo más serio y con grandes expectativas, y la verdad es que la posibilidad de un discurso tan trastocado me ha llenado de asombro... No puedo en absoluto creer que Nietzsche vaya a permanecer fiel a semejantes puntos de vista; pienso más bien que tarde o temprano volverá, sin duda, y contará que no puede librarse de la idea de que la seguridad y el valor del corazón humano superan en mucho a los del entendimiento, por grande que sean éstos, y que la lógica es tan inhábil en lo que hace al corazón como difícil resulta aparear grifos con caballos"[82].»

Pero Nietzsche no «volvió». Y cuando fue más allá de *Humano, demasiado humano*, no lo hizo en la dirección deseada por Baumgartner —y no sólo por él. El 25 de mayo de 1918, y con ocasión de la celebración del centenario del nacimiento de Jacob Burckhardt, Baumgartner expresó del modo más público y claro su posición respecto de Nietzsche, y a la vez la de Burckhardt, dejando así un interesante informe sobre su relación con el Nietzsche tardío: «Cuando a finales de los años setenta, y preparada por la Escuela histórica de Mommsen con su glorificación de todo éxito, fue proclamado del lado filosófico, y como fruto maduro del mismo, el Evangelio anticristiano del ejercicio del poder como obra creadora del superhombre y de lo despreciable de la compasión como obstáculo de la misma, Jacob Burckhardt fue reclamado por esta secta como precursor y afín, él que desde siempre sintió, al modo de Niebuhr, la mayor simpatía por los débiles y sojuzgados por el poder y la fuerza, y entre cuyas más arraigadas convicciones psicológicas figuraba la de que es precisamente la posibilidad de ejercer el poder lo que con seguridad mayor corrompe el corazón humano y que el cultivo de la capacidad de compasión es el remedio principal contra semejante tipo de pecado original... En cuanto

a la relación de Burckhardt con la teoría del superhombre, ésta fue siempre la de un profundo rechazo, y en ocasiones no dejó de lamentarse amargamente de haber caído, aún cuando sólo aparentemente, en semejante compañía.»

El gran regalo que Baumgartner hizo a su profesor Nietzsche en la época de su veneración por él fue la devoción de su madre.

El padre, Jakob Baumgartner (1815-1890) no llegó a entrar realmente en el círculo. «A un tiempo socio y químico de la fábrica» (Estampados de algodón Peter Koechlin e hijos), era un hombre de «naturaleza retraída, pausada y silenciosa, que podía parecer cerrado, pero que estaba lleno de la mejor intención para con los suyos, y cuya actitud frente al mundo y a los hombres revelaba un gran sentido de la rectitud y la justicia. Hacía compatible su profesión técnica con una dedicación intensa al hebraísmo[82].»

La madre, en cambio, nacida Koechlin (1831-1897), «era una mujer culta, muy leída, espiritual, de naturaleza abierta y original; estrechamente vinculada a la literatura y a la cultura francesas —parte de su educación había transcurrido en Ruán—, estaba en relación personal con novelistas franceses tan relevantes como Pierre Loti. Como alsaciana que era (de Mülhausen), siempre mantuvo una actitud de protesta. Su marido, en cambio, optó por la causa alemana, por considerarse obligado con el país en el que se ganaba la vida... Siguió siendo siempre una alsaciana decidida y convencida, a pesar de y quizá precisamente por la guerra del 70, y a despecho de su nacionalidad formal alemana. Como el mismo Nietzsche recuerda, luchó contra la anexión con sonetos y escritos, y durante toda su vida militó en las filas de la protesta alsaciana. Lo que a pesar de todo le unía a un alemán como Nietzsche... era precisamente la posición tan crítica respecto de la cultura y del ser alemanes que por aquellas fechas sustentaba el joven erudito... Su corazón tuvo que conmoverse en lo más profundo... ante el tratamiento de su propio tema por parte de Nietzsche en la primera *Intempestiva*: «... una gran victoria es un gran peligro... aún parece más fácil conseguir tal victoria que aprovecharla de un modo que no se convierta en un mal de mayor importancia que la victoria misma. Pero de las consecuencias perniciosas que la última guerra sostenida con Francia parece haber traído consigo, la mayor de todas es un error general muy difundido: el error que cometen la opinión pública y todos los que opinan con ella de creer que la cultura alemana ha vencido también en dicha guerra y que debe ser coronada con los laureles que corresponden a tan magno acontecimiento. Esta ilusión es altamente peligrosa, no por ser una ilusión —pues hay errores saludables y fecundos—, sino porque es capaz de convertir nuestra derrota en un completo descalabro: en la destrucción y hasta en la extirpación del espíritu alemán, en beneficio del "imperio alemán".» La alsaciana llena de espíritu de protesta y el intemporal alemán se encontraron en este punto... La señora Baumgartner se sintió tan fascinada por este talante crítico respecto de la cultura alemana, que se ofreció a traducir los escritos de Nietzsche al francés... Comenzó por el tercero... *Schopenhauer como educador*. A lo que parece, se sintió tan conmocionada por este escrito de combate lleno de criticismo que escribió inmediatamente al autor; fue la primera carta que Nietzsche recibió en relación con su libro y le llenó de satisfacción y alegría. Dedicó el invierno de 1874/75 a traducir la obra bajo la supervisión constante de Nietzsche... La traducción fue acabada. Pero los amigos de Nietzsche no consiguieron encontrar editor para ella en París.

Desde la primavera de 1874 Nietzsche visitó a menudo a la señora Baumgartner (la primera vez el 28 de marzo) en Lörrach; le presentó a sus amigos de Basilea Franz Overbeck y Heinrich Romundt e hizo que su restante círculo de amigos entrara en contacto epistolar y personal con ella. El asunto de la traducción les aproximó más, de modo que la señora Baumgartner fue familiarizándose de modo creciente con los restantes puntos de vista de Nietzsche, y éste le dio a conocer sus hábitos, sus proyectos y esperanzas, haciéndole interesarse por Wagner y Bayreuth... Cuando en julio de 1876 le envió su cuarta *Intempestiva* («Richard Wagner en Bayreuth»), se puso inmediatamente a traducirla. Nietzsche le quedó sumamente reconocido por esta traducción, que enseguida vio efectivamente la luz. Por su parte, enseñó al filósofo sus poemas —poesía de pensamiento—, que apenas... encontraron en él un eco positivo. Tanto en los primeros tiempos como luego, la señora Baumgartner le resultó útil con su ayuda y asistencia, jamás vacilantes, en muchas ocasiones...; el mundo espiritual que unía a ambos venía presidido por nombres como los de Schopenhauer, Leopardi y Merimée. Cuando Nietzsche abandonó definitivamente Basilea (1879), la correspondencia siguió manteniéndose... Un título detrás de otro, le envió *Aurora*, *La Gaya Ciencia* y, en 1883, el *Zaratustra*. En esta fecha cargada de importancia y con este gesto de confianza acabó la relación documentable entre ambos[82].

En las cartas de Nietzsche (cuyo número quedó muy «menguado» en la edición de la hermana, con vistas, sin duda, a restar importancia a esta relación), la señora Baumgartner aparece fundamentalmente como una protectora incondicional, preocupada y llena de espíritu maternal. Llama la atención que abandonara esta posición tan singular en los años en los que sus cuidados le habrían resultado más necesarios a Nietzsche, a un Nietzsche cada vez más doliente y precisado de ayuda. Sobrevivió unos 8 años al derrumbe espiritual de Nietzsche, pero durante todo este tiempo carecemos de indicios de que se interesara alguna vez por su estado. ¿Acaso porque su hijo se había distanciado tan absolutamente de un maestro al que en otro tiempo admiró grandemente y al que debía mucho? Sus cartas a Nietzsche revelan que en ocasiones latía en ella algo más que un simple amor maternal. Le llevaba 13 años, desde luego; pero por aquellas fechas Nietzsche aparentaba más edad de la que tenía, y daba una innegable impresión de madurez, lo que acaso ayudara a borrar un tanto la dife-

rencia. En una carta que data de las Navidades de 1875 no dudó, en cualquier caso, en escribirle en los siguientes términos[54]: «Permítame reconocerle de nuevo, mi estimado señor, que la inclinación que siento por usted, basada a un tiempo en la gratitud, en la admiración y en la compasión, no puede ser flor de un día... Amor, o si usted lo prefiere así, amistad.»

Y no se trata sólo de que tradujera su tercera *Intempestiva* al francés. El 21 de febrero de 1876 le hizo llegar, en efecto, su versión alemana de *The day is done* de Longfellow (¡dos meses después Mathilde Trampedach le entregaría otro poema de Longfellow, *Excelsior!*). Consiguió, ciertamente reprimir sus sentimientos y transformarlos en una constante acción bienhechora, pero en ocasiones estallaban en palabras, como el 28 de octubre de 1878: «Aunque de un modo tan amargo, considere usted todo querer-ser-amado como la mayor arrogancia, por mi parte espero y no dejo de esperar nunca que algún día llegue usted a llamarme su amigo.» Y poco después, el 17 de noviembre de 1878: «¿Cómo puede pensar usted que se limita a recibir de sus amigos sin darles nada por su parte? ¿Cómo hubiera usted podido ganarse estos amigos tan rendidos de no haber en usted algo digno y merecedor por sí mismo del mayor afecto? Es posible que *haga* usted poco por alentar de otro modo este afecto, y en muchos puntos de su último libro *(Humano, demasiado humano)* parece casi querer desalentarlo, parece, en fin, querer indicarle a uno que se vede cualquier intento de aproximación. Y sin embargo, su hacer y su ser todos son de una naturaleza tal, que parece imposible no amarle... Nadie podrá acabar nunca con mi fe en la bondad humana sencillamente porque la he tocado con mis manos... ¿A qué nos cabría llamar aún felicidad si ésta hubiera sido destrozada?»

La entrada del año 1879 la encontró en Basilea, donde caminando hasta pasada la Puerta de Piedra llegó a estar a unos 5 minutos de la casa de Nietzsche, pero «por a gusto que me hubiera informado entonces de cómo le va, no quise acercarme hasta su casa, estaba triste, hubiera llorado y no creo que sea eso lo que espera usted de sus huéspedes... Me resuenan en la cabeza palabras bíblicas como "Simón, Juana, ¿me amas?" y "Sí, Señor, sabes que te amo" y tengo que pensar siempre en lo bien que les iba a aquellos amigos en el Tiberiades.» El 19 de marzo de 1879 —dos días antes de abandonar Nietzsche Basilea— aún estaba allí, y al siguiente le escribía: «Si no le gusta Suiza y se siente atraído nuevamente por las personas, venga a vernos. Puede dormir en la habitación de Adolf y tener para usted la habitación que hace ángulo y todo el jardín, y el cenador. Si sus puntos de vista sobre la interpretación de los sueños son válidos, no cabe duda de que debo tener la conciencia tranquila, querido amigo mío, cuando en vela o durmiendo pienso en usted. Tendría que conocer mis sueños.» Cuando Nietzsche dejó Basilea, lo sintió enormemente. Y cuando el 20 de octubre de 1873 le pedía formalmente Elisabeth, por encargo de su hermano, una carta, Marie Baumgartner respondía el 31 de octubre en los siguientes términos: «Intenté acostumbrarme a vivir sin usted, pensando que con el intercambio epistolar con Elisabeth y el señor Overbeck tendría bastante... No he vuelto a Basilea y desde que sé que no le he de encontrar allí, prefiero estar lejos de esa ciudad... Pienso a menudo en usted con la devoción de siempre.»

Se trata de una de las pocas relaciones en la vida de Nietzsche a propósito de las que queda claro para nosotros que una mujer le hizo objeto de su amor. Pero se trataba de la *señora* Baumgartner, y a ninguno de los dos se le pasó, ciertamente, por la cabeza traspasar, oponiéndose a las convenciones burguesas, los límites que su situación les imponía. A ello hay que unir el hecho de que por aquellas fechas aún vivía bajo la fascinación de una mujer que en modo alguno parecía dispuesta, desde luego, a corresponder su inclinación: Cosima Wagner. La propia Marie Baumgartner reconocía el 6 de febrero de 1875 lo mucho que le hacía sufrir esta vinculación de su amigo. La carta de Cosima que éste le mostró, le puso por vez primera en contacto con el «aire de Bayreuth», como él decía. «No puedo explicar cómo ocurrió la cosa, pero de pronto me sentí dolorosamente aplastada contra el suelo.» Frente a amigos como los Wagner era bien poco, desde luego, y lo sabía. «Pero aún así, tal evidencia me hizo bien.» Tomó, en consecuencia, la decisión de amar también a sus amigos, no como su igual, pero sí con la «comprensión del corazón».

Cuando Cosima le escribió a Nietzsche el 14 de julio de 1875, con ocasión de la estancia de éste en el balneario de Bonndorf: «¿Qué me diría usted si en respuesta a sus líneas le ruego que me procure unos bombones de Strassburgo?... Tal vez la señora Baumgartner sea tan amable como para enviarme algunas libras de caramelos, *pâte d'abricots*, una bolsa de frutas escarchadas, una caja de naranja *glacée*... Necesitaría toda esta provisión a comienzos de agosto.» Nietzsche le hizo llegar este ruego a la señora Baumgartner el 19 de julio, y el 22 ésta le comunicaba ya: «En cuanto a los dulces deseos de la señora Wagner, he ido hoy a Basilea por esa razón, preguntándome y procurándome información en muchos sitios, y sólo he podido hacerme con dos artículos de los cuatro que pedía... Alégrese también, amigo mío, porque le haya sido conferido el don de atraer hacia sí el corazón de los humanos... Conserve usted en la memoria con serena confianza el amor sincero y agradecido de su leal Marie Baumgartner.»

La larga separación enfriaría, con el paso de los años, el vínculo cordial; la evolución filosófica de Nietzsche traería a su vez consigo un alejamiento espiritual. El episodio de Lou Salomé de 1882, que fue muy comentado, tuvo, sin duda, que echar hielo sobre el corazón, ofendiendo a aquella mujer de sentimientos tan distinguidos.

Aunque de los escasos documentos disponibles cabe inferir, a propósito de esta amistad, algo más que una simple inclinación maternal, en modo alguno cabría allegarla, de todos modos, a la esfera de los «amores trágicos». De querer trasladar a un cuadro esta relación humana, habría que

utilizar los más suaves colores al pastel. Al hilo de la misma viene, en fin, a hacerse evidente la riqueza y multiformidad de la relación de Nietzsche con la mujer, una relación en la que cabe todo, desde la simple sensualidad, desde el hetarismo antiguo, hasta la devoción mariana medieval. Para él, la *hohe Frouwe* de los cantos de los trovadores era una indiscutible realidad.

Lo que unía a Nietzsche particularmente a la señora Baumgartner era su cosmopolitismo, su refinada espiritualidad y su incondicional afección a la filosofía de Schopenhauer. Pero precisamente en este punto tuvo que sufrir Marie Baumgartner una gran decepción. Su hijo no se allegó, primeramente, a esta escuela. Encaminó sus pasos en otra dirección —respecto de la que cabría hablar de positivismo, o, en cualquier caso, de realismo—, de modo que los caminos de ambos hombres se separaron. Pronto se separó Nietzsche a su vez del modo más decidido de Schopenhauer, dando curso temporalmente —en el *Zaratustra*— a su profundo impulso al misticismo y al simbolismo enmascarador, viniendo a convertirse así en un extraño para ella.

Karl Hillebrand

Otra «amistad» de estos años es la que mantuvo con Karl Hillebrand. Nacido el 17 de septiembre de 1829 en Giessen como hijo del profesor local de filosofía y literatura, también era, pues, mayor que Nietzsche. Aunque formado por entero en el espíritu del clasicismo de Weimar, se allegó a las ideas republicanas de la Revolución del 48 y tomó parte combativamente, como estudiante, en la revuelta de Baden de 1849, cayendo preso y teniendo que cumplir condena en las casamatas de Rastatt. Su hermana consiguió liberarle, ayudándole a fugarse a Francia, país que sería su segunda patria durante los siguientes veinte años. Durante los primeros meses de su estancia en París fue secretario privado de Heinrich Heine.

Primero cursó otra vez, con éxito, el bachillerato en lengua francesa, y pronto se convirtió en un autor francés respetado. He aquí la imagen que de él nos ha dejado Otto Crusius[70a]: «El don de percibir lo esencial y reconstruirlo vívidamente... es en él tan eminente que roza con lo genial, y es el factor determinante de su rendimiento artístico-científico.» Y efectivamente, la importancia de Hillebrand puede bien cifrarse en esta doble capacidad de fundamentar, por un lado, con solidez histórico-científica sus exposiciones, y de darles forma lingüística con dominio y maestría de artista, por otro. De ahí que cultivara preferentemente el género que le resultaba más afín: el ensayo. Heinrich Homberger[118] describe así la esencia del ensayismo de Hillebrand: «El ensayo no se propone resolver de modo definitivo ningún problema; su objeto es más bien despertar los espíritus. Quiere transformar la materia dura y difícil del saber en vida fluyente; no busca tanto adoctrinar cuanto formar, trasmitir resultados cuanto incitar a pensar. El ensayo no se dirige a compañeros de especialidad o a estudiosos, sino a profanos, a la iglesia universal de los poseídos por el espíritu. Su método no es severo, sino lúdico; su forma no es didáctica, sino artística.» Hillebrand publicó trabajos junto a autores franceses de tanto renombre como Cousin, Renan y Taine en la *Reveu des deux mondes* y en el *Journal des débats*, dos revistas que tenían y no dejaron nunca de tener notable importancia orientadora en orden a la imagen nietzscheana de la Francia y el espíritu francés de su época. Y con qué dominio del francés llegó a escribir Hillebrand es cosa «que prueba el hecho de que ya uno de sus primeros escritos, un tratado sobre la comedia como obra de arte presentado a un premio de la Academia de Burdeos, fue laureado precisamente por la pureza y el encanto de su estilo»[118]; esto fue en 1863. El mismo año se doctoró Hillebrand, después de haber cursado estudios en Burdeos, en la Sorbona.

Al cabo de un decenio era hombre reconocido en Francia, donde gozaba de prestigio y llevaba una vida en consonancia. Su opinión era consultada a propósito de cuestiones docentes, y era profesor de literatura moderna en Douai, lugar al que se trasladaba semanalmente desde su residencia parisina para dar sus clases. En 1865 el país del que era huésped le envió al Homenaje a Dante celebrado en Florencia en calidad de representante oficial de la *Université de France*. La guerra de 1870 acabó con tan brillante ascensión. Sin ser ni convertirse por ello en un «nacionalista», en esta coyuntura Hillebrand no pudo estar del lado contrario a su patria. Abandonó voluntariamente su puesto y el país y se trasladó a Florencia, donde vivió hasta su muerte (1884). Las diferentes ofertas que recibió de parte de universidades alemanas no alcanzaron a hacerle abandonar la existencia de escritor libre por la que al fin había optado. Y así fue publicando en rápida sucesión los ensayos alemanes que reunió bajo el título de *Epocas, pueblos y hombres*[109], donde el hombre como tal no sólo no figura en último lugar, sino que constituye el centro mismo de sus estudios. Estudios que no ofrecen, por otra parte, una imagen abstracta del hombre, sino la humanidad misma en cada una de sus diferentes manifestaciones. Mantuvo asimismo un trato constante con sabios, hombres de estado, escritores, artistas, incluso músicos, de todos los países imaginables. Fue corresponsal del *Times* londinense y del *Augsburger Allgemeiner*, y en 1874 fundó la revista *Italia*, destinada a unir entre sí a los pueblos. Si en algo se equivocó en esta última empresa, fue en imponer un nivel demasiado alto a la revista, de modo que sólo un pequeño círculo pudo tener acceso efectivo a ella, lo que no coadyuvó a hacerla durar. Cuando en plena dedicación a su gran producción crítico-ensayista recibió la propuesta, en su condición de experto sobresaliente, de escribir una historia de la Francia moderna, se entregó con entusiasmo a la tarea, cifrando en ella la posibilidad de conseguir su «gran obra». Pero había abusado demasiado de su salud.

Un mal del que venía, sin duda, sufriendo desde hacía ya algún tiempo —posiblemente una tuberculosis— le redujo a un grave estado de postración en la primavera de 1881. Su energía y la técnica médica, entonces todavía poco potente en casos semejantes, le ayudaron a superar momentáneamente el mal, regalándole un último plazo. Pero el 18 de octubre de 1884 murió en Florencia, sin sobrepasar los 55 años.

Los paralelismos con la naturaleza y el destino de Nietzsche son muchos. También Hillebrand abandonó posición y cátedra pronto, para vivir como autor libre; también su tema es el ser humano; también gustaba de la forma literaria concisa y breve; también superó el punto de vista nacional-alemán para convertirse en un «europeo»; también escogió el Sur —Italia— como lugar para vivir, permaneciendo establemente en Florencia, y concentró sus fuerzas de cara a una «gran obra» que la enfermedad no le permitió consumar. Y murió a la misma edad que Nietzsche. Pero en lo esencial, las diferencias entre uno y otro no son pocas, y con el tiempo habrían acabado por distanciarse. De ello encontramos indicios indudables en una carta de Hillebrand a Hans von Bülow del 16 de septiembre de 1883, después de que Nietzsche le enviara la primera parte del *Zaratustra*[70a]: «Con el Zaratustra me ha ocurrido algo muy singular. Nietzsche... me envió el libro en mayo, acompañándolo de una carta tan conmovedora que se me saltaron las lágrimas... Sólo tiene confianza, según sus propias palabras, en Burckhardt y en mí... Hay en esas páginas mucho de admirable, incluso de grandioso; pero la forma no acaba de parecerme enteramente satisfactoria. Detesto el apostolado y el lenguaje apostólico; y además, precisamente *esa* religión, como la palabra última de la sabiduría, exige sencillez, sobriedad, sosiego en la expresión. Tampoco acabo de sentir demasiada simpatía por los hombres que pasados los 40 dan de sí tonos wertherianos y viven en esa atmósfera en lugar de vivir franca y libremente a la luz del día; en la medida en que se trata de enfermos mentales, que es lo que en no escasa medida son, los compadezco. Porque el mucho cavilar sobre uno mismo y el no poder salir de uno son enfermedades infantiles más bien penosas; a los 30 años tendrían que haber sido ya superadas.»

Que en esta «amistad» no se llegara a la ruptura, que la imagen de Hillebrand quedara intacta a ojos de Nietzsche, es cosa que éste tuvo que agradecer al trágico incidente de la temprana muerte de Hillebrand. De todos modos, la amistad con Hillebrand constituye una de las pocas relaciones de Nietzsche de las que éste obtuvo una dicha no perturbada por sombra alguna. En las obras de ambos pueden rastrearse influencias recíprocas, y una crítica textual de Nietzsche revelaría fácilmente los muchos puntos concretos en que ocurre tal; pero se trata de incitaciones y no de asunciones literales, pero de incitaciones que no dejan, en cualquier caso, de iluminar la enorme importancia de la relación para la evolución espiritual del propio Nietzsche. El mismo era perfectamente consciente de ello, porque sólo así resulta comprensible el respeto, incluso la veneración de que en las cartas hace gala para con el ensayista, un respeto y una veneración que sólo cabe, por otro lado, percibir asimismo en su actitud frente a Richard Wagner (en los años de la amistad), a Hans von Bülow y, sobre todo, a Jacob Burckhardt.

También cabe subrayar la influencia en la otra dirección: ensayos enteros de Hillebrand no resultan pensables sin las *Consideraciones intempestivas* y las conferencias de Nietzsche; éste es el caso, por ejemplo, de «Pseudocultura y reforma de la Enseñanza Media» en el volumen VI de *Epocas, pueblos y hombres*.

De todos modos, es evidente que las adhesiones de Hillebrand al «Imperio» y al militarismo prusiano como signo y marca de una cultura alemana general y, sobre todo, a Bismarck, así como su repetida defensa de Hegel, tuvieron que actuar en ocasiones como elemento de distanciación entre ellos.

Trabaron, sin duda, conocimiento a través del círculo de Bayreuth, y posiblemente, de Malwida von Meysenbug y la «protowagneriana» Jessie Laussot, con quien más tarde contraería Hillebrand matrimonio. De lo contrario apenas resultaría explicable que Hillebrand conociera el discurso pronunciado por Nietzsche con ocasión de su toma de posesión de la cátedra de Basilea, *Homero y la filología clásica*, impreso de modo privado y que sólo circuló entre sus amigos más próximos, y se refiriera a él en septiembre de 1873 en los primeros párrafos de su ensayo *Algunas reflexiones sobre la decadencia de la lengua y del ánimo alemán; a propósito de un escrito del Dr. Friedrich Nietzsche contra David Strauss*[109]. También cita laudatoriamente *El origen de la tragedia*. En cualquier caso, ya un año antes, el 5 de octubre de 1872, había escrito Nietzsche a Gersdorff: «Te recomiendo, en este sentido, que leas los ocho artículos sobre los franceses publicados en el *Augsburger Allgemeiner* bajo la rúbrica del profesor Hillebrand, actualmente en Florencia, unos artículos sumamente dignos de atención y que pocos alemanes habrían podido escribir.» De qué parte viniera el impulso para el establecimiento de la relación personal es cosa que no cabe, de todos modos, inferir con exactitud de esta cronología; de un encuentro fugaz en una ocasión informa sólo Hillebrand el 16 de septiembre de 1883 en carta a Hans von Bülow[70a]: «Sólo le he visto una vez, y fugazmente; pero también siente por mí esa rara confianza magnética que tantas veces en mi vida he visto depositar en mí a seres infelices.»

Y precisamente esta distancia llena de respeto es lo que da a esta «amistad» su luz característica.

Se agota en una correspondencia no demasiado extensa, de la que, en cualquier caso, no parece plausible afirmar que esté completa en lo que de ella nos ha quedado: dos cartas de Nietzsche y cuatro de Hillebrand. Se percibe en las mismas una gran consideración recíproca, así como la común consciencia de cierta afinidad espiritual, que en Nietzsche asume

a veces —sobre todo en algunas de sus manifestaciones sobre Hillebrand a otros corresponsales— un tono solemne. Por parte de Hillebrand jamás encontramos nada que permita inferir un sentimiento de igual profundidad; su consideración es de orden más bien «intelectual», lo que le capacitó, sin duda, para adentrarse con mirada crítica por los escritos de Nietzsche, como bien cabe decir a propósito del ensayo arriba citado. Al final de la sección segunda, y después de haber alabado largamente el escrito de Nietzsche, cabe, en efecto, leer: «Que el valiente y encolerizado acusador se haya dirigido precisamente contra Strauss, y haya flagelado en él el desaliño, convertido casi en moda, de los corruptores de nuestro lenguaje, es cosa que aún pensando que ha ido un poco lejos en su celo crítico no podemos menos de abonar en el activo de su gloria... y su valor de llevar al favorito del pueblo al banquillo de los acusados tiene que ser, de entrada, considerado como ejemplo de la clase más alta de valor.» Y en la tercera y última parte formula tajantemente algunas objeciones: «El breve escrito polémico de Nietzsche dista mucho de ser completo, y en las cuestiones que dilucida completamente —uno estaría tentado de escribir: de modo algo más completo—, hay cosas que no dejan de parecernos falsas. Es, por ejemplo, de todo punto errado cifrar la esencia de una cultura exclusivamente en el estilo... Hay otra cosa que queremos censurar a este breve escrito. Nietzsche sobreschopenhaueriza en ocasiones a Schopenhauer... Que un hombre como Schopenhauer todavía encuentre recomendable y necesario repetir las burlonas cantinelas de Schopenhauer sobre Hegel y el hegelianismo es cosa que no podemos menos de encontrar injusta y poco elegante a un tiempo... El propio Nietzsche... mamó la filosofía de Nietzsche con la leche materna; nuestra entera vida espiritual se ha alimentado de ella; no... podemos seguir pensando ya como pensaban las gentes de 1800...»

Y algo después: «Sí, tampoco de cierta falta de tacto podemos considerar libre al señor Nietzsche, pero como según parece pertenece, por un lado, a la grey wagneriana, y por otro a la escuela de Schopenhauer, tal defecto no puede precisamente maravillarnos... sólo que al rebelde o perseguido le corresponde un lenguaje, y otro al vencedor que conquista su reino. Entre las tareas positivas a que la posteridad debe dedicarse no figura precisamente la de renovar y reformular una y otra vez las manchas —que no de otro modo podemos calificar las citadas disgresiones insultantes de Schopenhauer—, justificables o incluso perdonables en orden a las circunstancias, de la gran obra del maestro. Ningún alemán culto ve hoy dificultada su aproximación a Schopenhauer por el monopolio hegeliano...»

«Por otra parte, el breve escrito de Nietzsche es también incompleto. En el fondo sólo discute dos puntos: la forma del entero libro de Strauss y el contenido del capítulo cuarto... No acabamos de ver claro por qué Nietzsche no ha entrado a discutir, o por lo menos a revisar de pasada, los otros tres capítulos del libro. Acaso ha temido... incurrir en la misma falta que Strauss: abrir puertas ya forzadas. De hecho resulta admirable que... a nadie se le haya ocurrido la idea de decir lisa y llanamente que todo el libro era supérfluo. Strauss pregunta a los alemanes cultos si "todavía son cristianos". Podría haberle bastado con formular él mismo la respuesta: No, el alemán culto ya no cree en la encarnación de Dios en la persona de Cristo. Y no otra cosa es el Cristianismo. Todo aquél que es capaz de pensar... no puede seguir creyendo, después de haber oído hablar de Copérnico y Kepler, de Galileo y Newton, esto es, una vez que ha tomado nota de que la tierra no es el centro del Universo, seguir creyendo que Dios ha creado el mundo y se ha ofrecido en sacrificio por nosotros y sólo por nosotros...»

«Una vez más la pregunta (Strauss): "¿Aún tenemos religión?" es de todo punto ociosa. Quien tiene religión, esto es, quien cree que existen poderes misteriosos... difícilmente podría arrancarle una ciencia y una ilustración... Pero quien no tiene este sentimiento, quien sólo reconoce como existente lo que puede captar con el concepto o con los sentidos, hace ya un milenio que no tenía religión, exactamente como hoy tras Voltaire y Condillac, incluso tras Büchner y Strauss...»

«Y en fin: la pregunta "¿Cómo comprendemos el mundo?" es, como ya Nietzsche observaba con toda la razón, una pregunta por completo alógica...»

«Hubiéramos deseado que Nietzsche... hubiera dilucidado más largamente estos puntos, como bien hubiera podido hacerlo, en el marco de un libro.»

Que apenas un año después de la disputa filológica en torno a *El nacimiento de la tragedia* un Karl Hillebrand tomara a este autor tan en serio y se atreviera a tomar partido por él, es cosa que no tuvo, sin duda, que causar asombro, y de ello hace memoria Nietzsche en *Ecce homo*[5]: «Pero el artículo, con mucho, mejor escuchado, el más amargamente sentido fue uno extraordinariamente fuerte y valeroso, en defensa mía, del, por lo demás, tan suave Karl Hillebrand, el último alemán *humano* que ha sabido manejar la pluma. Su artículo se leyó en la *Augsburger Zeitung;* hoy se puede leer, en una forma algo más cauta, en sus obras completas. Mi escrito era presentado en él como un acontecimiento, como un punto de viraje, como una primera toma de conciencia, como un signo óptimo, como un auténtico *retorno* de la seriedad alemana y de la pasión alemana en asuntos del espíritu. Hillebrand elogiaba mucho la forma del escrito, su gusto maduro, su perfecto tacto en discernir entre persona y cosa: lo destacaba como el mejor texto polémico que se había escrito en lengua alemana, en ese arte de la polémica, que precisamente para los alemanes resulta tan peligroso, tan desaconsejable. Estaba incondicionalmente de acuerdo conmigo, incluso iba más lejos que yo en aquello que me había atrevido a decir sobre el encanallamiento del idioma en Alemania... y terminaba expresando su admiración por mi *valor*, aquel "valor supremo que

llevaba al banquillo de los acusados precisamente a los hijos predilectos de un pueblo"»... Esta frase no figura —independientemente ya del hecho de que Nietzsche cite una vez más de modo inexacto— al final del ensayo de Hillebrand, sino sólo al final de la parte intermedia, a la que sigue la parte crítica, muy superior en extensión. Pero es de suponer que ni Nietzsche ni los desconcertados lectores de Hillebrand examinaron suficientemente esta parte crítica; de lo contrario hubieran tenido que sacar conclusiones y consecuencias muy diferentes de ella.

Hacia finales de 1873 debió hacer llegar Hillebrand a Nietzsche sus *Doce cartas de un hereje estético*[110]. En la carta de Nochevieja escribía Nietzsche a Erwin Rohde: «Las *Doce cartas de un hereje estético* de Karl Hillebrand, publicadas anónimamente, me han procurado una alegría inconmensurable... ¡qué solaz! Lee, asómbrate, es uno de los nuestros, uno de los de la "sociedad de los que aún tienen esperanza".»

Y realmente estas *Cartas* escritas entre el 1 de marzo y el 6 de abril de 1873 para el *Augsburger Allgemeine* con ocasión de una gran exposición internacional de cuadros y grabados celebrada en Viena tuvieron que tocar algunas cuerdas de igual registro tonal de la naturaleza nietzscheana, provocando la coincidencia. Venía, en primer lugar, a encontrarse con ideas que él había expuesto en sus «conferencias formativas»; incluso el «filisteo de la cultura» de la *Primera intempestiva* (D. F. Strauss), que vería la luz en el siguiente mes de agosto, irrumpe ya allí. La primera carta contiene un ataque a la estética de Hegel, tan ingeniosa, y sin embargo, tan inservible, incluso tan confundente para el artista, y en muchos puntos una clara toma de posición a favor de Schopenhauer. También se aplica al arte figurativo lo que había postulado Eduard Hanslick, el musicólogo vienés enemigo de Wagner, en su *De lo bello musical*[106] aparecido en 1854 (música como «juego de formas móviles sonoras») y que bien pronto pasaría a convertirse en el nuevo fundamento de la estética nitzscheana: «En el arte, el medio de la creación es siempre un elemento muy importante, la materia, sin embargo, es algo enteramente subordinado... El placer del filisteo es, por supuesto, grande cuando comprende felizmente la "expresión" o la "historia". Que una figura de tanta riqueza expresiva no es una persona real, sino sólo el vehículo expositivo de un afecto... que su personalidad nos impresiona más por la pasión abstracta de la que es portador, todo ello es para el filisteo una y la misma cosa.»

Muy especialmente se pronunció Nietzsche a favor de la concepción expresada en la tercera carta: «Todo arte es aristocracia y, ciertamente, aristocracia en cualquier sentido», e igual idea precisaba la sexta carta: «¡El arte es y tiene que ser, por su naturaleza misma, aristocrático! Porque descansa sobre un sentido del que sólo disponen originariamente los menos, y que no se desarrolla sino en un número todavía menor de seres. Tanto en el placer como en el ejercicio, en la enseñanza como en el aprendizaje del arte domina lo individual...» A ello corresponde la enfatización de la

gran personalidad, tal como ocurre a comienzos de la onceava carta: «Que uno solo podría regenerar las artes figurativas es cosa de la que cabe tan escasa duda como posible resulta cuestionar, en cambio, en las artes discursivas, en la religión, en la ciencia y en el estado la capacidad creadora del individuo. De todos modos, un Lutero y un Kant, un Goethe y un Bismarck... han procurado en aquellas direcciones una prueba de lo que el individuo puede y debe rendir.»

Importante de cara a la evolución de la estética ulterior de Nietzsche resulta la nítida diferenciación establecida en la décima carta: «"Feo" y "bello" son, sin duda, conceptos muy relativos: Yago, Ricardo III son figuras bellas, desde un punto de vista estético, aunque moralmente sean feas», y «la naturaleza es neutral», ni bella ni fea, tanto a la luz de los criterios éticos como de los estéticos. Se llega así, partiendo de la estética, a un posible punto de vista más allá de lo bueno y de lo malo = feo moral. Son ideas que flotaban en la época, y que venía a formular alguien que no se sentía filósofo ni creía tener autoridad como tal. La exposición de la duodécima carta acordaba también con las reflexiones de Nietzsche sobre el origen, con su creencia de que todo hombre era la suma de las generaciones precedentes: «En la medida en que nuestra civilización es la última sobrevenida... somos también nosotros, en nuestra condición de los últimos sobrevenidos, los que habiendo recorrido ya el mayor camino y habiendo visto más que cualquier generación anterior hemos alcanzado el punto más alto.»

Con claridad pasmosa viene anticipada en la carta sexta una de las ideas de más peso del ulterior *Zaratustra:* «Del valor de la cultura acumulada, del bienestar acumulado, no se tiene ya ni siquiera noticia; al igual que el individuo de hoy no puede comprender ya... desde los parámetros de su formación racionalista el pecado original..., tampoco puede comprender la virtud hereditaria; acaso llegue a ello dando un rodeo, una vez que el dogma de la selección sea reconocido de modo general; y una vez que el materialista moderno del mundo moderno esté convencido de que usos de buena alimentación, limpieza y cuidado corporal prolongados durante siglos podrán dar lugar a cuerpos más finos y hermosos en los nietos, acaso vendrá asimismo a intuir que algo parecido podría ocurrir con lo espiritual y moral.»

También cabe que Nietzsche leyera sólo por encima la apoteosis del *Reich* y de la vivencia bélica —tan ajena a él por aquellas fechas— que figura al final de la última carta: «Por fin la guerra. ¿Podría resultar acaso posible que semejante conmoción no despertara fuerzas dormidas?... Podemos contar con que nuestra autoconsciencia individual, potenciada por el sentimiento nacional... se agite en un alma artística, incitándola a la creación, dándole alas para alcanzar lo más alto, y todo ello a la gloria y satisfacción de la patria renacida. Cualquiera que sea la creación a que dé vida el artista alemán del futuro y por alejado que esté el objeto de su obra de toda relación

posible con los acontecimientos de 1870 y 1871, esta obra suya tendrá importancia nacional. Una vivencia como la que sacude el alma alemana, quiere y tiene que encontrar, con independencia de la vía concreta que escoja, su expresión artística.»

¡De qué modo tan diferente, incluso contrario, contempla Nietzsche en sus *Intempestivas* los peligros que acechan tras esta «vivencia»!

En el *Litteraturblatt* de Frizsch (suplemento mensual del *Musikalisches Wochenblatt)* apareció una muy positiva recensión de estas *Cartas de un hereje* debida a la pluma del historiador de la literatura de Dresden Adolf Stern, aunque no vio la luz bajo su nombre. Hillebrand creyó que su autor era Nietzsche, y se apoyó en ello para dirigirle el 17 de enero de 1874 una petición concreta[70]: «Muy estimado amigo, y víctima, como yo mismo, de la elocuencia contemporánea, permítame dirigirme a usted con un doble ruego. He hecho mía la tarea de... editar una revista italiana. Keil... es el promotor y pone los dineros... De momento saldrán sólo dos volúmenes... Si tienen éxito, continuaremos... No sé si se ocupa usted mucho de Italia; pero si tiene algo de "latino", por poco que sea, será bienvenido. Su nombre, sus puntos de vista, su lenguaje, conservarán siempre su valor... Y ahora mi segundo ruego. No conozco al profesor Burckhardt, y no me atrevo a dirigirme directamente a él. ¿Querría usted hacerle extensiva la cosa y pedirle alguna colaboración? ¿Querría usted pedírsela en mi nombre?... Colaboraciones de Gregorovius, Paul Heyse, Hermann Grimm, R. Bonghi, P. Villari, P. Barzelotti... aseguran la popularidad de la revista en Alemania e Italia... ¿Ha escrito usted las páginas, en exceso halagüeñas, sobre mis cartas de un hereje?... ¿Quién si no hubiera sabido leer así *cum grano salis* en la amada patria, donde todavía se está tan por detrás tanto en el arte de la lectura como en el de la escritura?» Burckhardt no participó, y Nietzsche informaba a Gersdorff el 17 de febrero de 1874: «Karl Hillebrand me ha invitado a participar en una "revista italiana", de la que será redactor; la obra saldrá en forma de libro y figurarán los mejores nombres italianos, sin duda también conocidos por ti... He dicho, naturalmente, que no, igual que Burckhardt.»

Nos encontramos, pues, ya con la negativa frontal a colaborar en una revista. Sólo publicó por esta vía sus trabajos filológicos. En lugar de la aceptación a colaborar, le envió a Hillebrand su segunda *Intempestiva* sobre la historia, publicada en febrero. Hillebrand la comentó vehementemente en junio y, en realidad, de un modo más bien crítico-negativo, en una nota titulada *Sobre conocimiento histórico y sentido histórico*[109]. «Los escritos del señor Nietzsche tienen la virtud de provocar al lector bien a la contradicción, bien al aplauso, bien a la reflexión. Están escritos generalmente con belleza y vivacidad, en un lenguaje que nunca pierde pureza y originalidad por intensos que sean su mordiente polémico o su trasfondo erudito. Las ideas tienen, en ocasiones, un punto de desafío innegable en su sustancia paradójica, pero no dejan de venir siempre cargadas de

ingenio... Que sus escritos sean algo juvenil, inacabado, más negativo que positivo, y que sean, sin embargo, leídos con la aprobación ferviente de muchos y la violenta protesta de la mayoría, es cosa que prueba cuán oscuramente espasmódico es todavía todo en esa clase pujante de alemanes, y cuán amenazada se siente la otra, más conservadora, en lo que siente como propio... Ha venido así, pues, a formarse entre los eruditos más jóvenes un tipo de oposición radical que demasiadas veces opta por arrasar junto a lo caduco, simplemente *todo*... Se trata de un nuevo grupo de iconoclastas impulsivos, como los del *Sturm und Drang** de 1770, y el señor Nietzsche es una de sus cabezas más ingeniosas y valientes; pero no es su Herder, no es la mente que señala orientación y camino al oscuro impulso de los que claman; de momento se da por satisfecho con destruir... Un error central de estos jóvenes y, especialmente, de este portavoz suyo es su consideración de Alemania como una gran Universidad... Idéntico oscuro sentimiento alentaba en los corazones de los jóvenes miembros del *Sturm und Drang*, veinte años después en los de los románticos, y en nuestro siglo en la joven Alemania que lucha y se siente motivada contra la formación erudita en general y el tinglado de la Universidad de catedráticos en particular, y todo ello con la exageración y la violencia que acostumbra a caracterizar a los rebeldes... Lo que ocurre es que todos nosotros somos, incluido el señor Nietzsche, maestros de escuela que han colgado los hábitos; de ahí nuestra furia contra el aula... Sólo que el señor Nietzsche es injusto también con los eruditos alemanes, como lo es contra sus frutos. Sus vicios no son, de todos modos, sino los de su estamento, no los de nuestra época, ni los de nuestro pueblo.» Todo esto en la primera parte. En la segunda venía Hillebrand a resumir los puntos de vista fundamentales de Nietzsche sobre la historia, con la distinción entre la consideración y el uso monumentales, anticuarios y, finalmente, críticos de la misma, dando así comienzo a la tercera parte: «He aquí el descarnado esqueleto del razonamiento nitzscheano... De cuestionarnos ahora, sin embargo, si a pesar de toda nuestra simpatía, incluso con la cabeza, por el escritor, tomaríamos partido por él y haríamos nuestras sus tesis, la verdad es que tendríamos que hacer muchas reservas... ¿acaso no olvida excesivamente, en su furia destructora, que quien tanto nos arrebata debe darnos también mucho?... Querer hacer

* Movimiento literario desarrollado en Alemania bien entrada la segunda mitad del XVIII, que acostumbra a ser considerado como una reacción contra los ideales ilustrados de mesura racional y armonía moral y estética. Por su exaltación de los derechos del pueblo, del sentimiento y del genio, los artistas y escritores agrupados en este movimiento pueden ser bien considerados como *prerrománticos*. Herder y Hamann les procuraron un fundamento teórico, y buscaron sus modelos en Homero, Shakespeare, Ossian y la canción popular. Entre las obras más representativas del mismo cabe citar: *Los soldados* de Lenz; *Götz von Berlichingen* y *Clavigo* de Goethe; *Los ladrones*, *Fiesko* y *Kabale und Liebe* de Schiller, en el terreno del drama. En el de la lírica, poemas del joven Goethe, de Maler, Müller y Schubart. *(N. del T.)*

de la historia lo que por su naturaleza misma no es, esto es, una ciencia, ha sido uno de los grandes errores de los catedráticos alemanes... Lo que al historiador le complace... la participación en la vida real del estado, por indirecta que sea... es cosa que salta a la vista con sólo comparar una obra de Sybel, Häusser o Treitschke con otra de Wachsmuth o Schäffer, incluso de Leo y Schlosser...» Y a los ataques nitzscheanos a los «filisteos de la cultura», desarrollados con un conocimiento sólo superficial de los clásicos, y con la acomodación reductiva de la cultura alemana global al arte, respondía Hillebrand: «A la juventud alemana culta y estudiosa de los últimos años, globalmente considerada, algo ha venido a sobrevenirle: es una juventud que espera, que aspira... la nueva Alemania puede bien mirar hacia una cultura como la francesa o la inglesa, por diferentes que en su forma y esencia sean de la suya... Sólo que ¿cuál será el factor determinante en la cultura nacional-alemana? En Inglaterra fue... la aristocracia rural; en Francia, la corte; en Italia, el patriciado urbano. No nos cabe la menor duda de que en Alemania será el ejército. El servicio militar obligatorio generalizado ha impreso en pocos años a los renanos la fisonomía prusiana; quienes contemplan la cosa desde fuera perciben algo similar en los alemanes del Sur. Es posible que esta fisonomía les resulte poco agradable a algunos... una fisonomía es algo interior, y viene, ciertamente, siempre bien grabada... Tomaría cuerpo así una unidad como la que tan nostálgico pone al señor Nietzsche, y quién sabe si no vendríamos a tener así una poesía o arte...»

En noviembre de 1874 salía Hillebrand nuevamente a la palestra contra Nietzsche con el ensayo *Schopenhauer y el público*[109], a raíz de la tercera *Intempestiva* («Schopenhauer como educador»). En él intentaba ante todo defender a Hegel de los masivos ataques de Nietzsche.

Esta crítica del lado que Nietzsche percibía como «wagneriano» vino a coincidir con los «remordimientos estéticos de conciencia» que en él despertó la *Canción del Triunfo* de Brahms. Nietzsche estaba preparado para estas recensiones, ya que le habían sido anunciadas —como escribía el 14 de junio de 1874 a Rohde— por Malwida von Meysenbug. Pero una vez vieron aquéllas la luz, guardó silencio, incluso frente a sus amigos, pasando a ser las alusiones a Hillebrand más raras y distantes. A la altura de diciembre de 1875 habían sido publicados los dos primeros volúmenes de *Epocas, pueblos y hombres*, sobre los que Nietzsche llamó la atención aquí y allá, sobre todo en lo que hace a las partes dedicadas a Francia y a los franceses. También le llamó la atención sobre estos volúmenes a la señora Marie Baumgartner el 15 de mayo de 1875, señalándole que entre «los humanos» no «dejaba de haber también quien le consideraba», aunque añadiendo enseguida: «Tengo la sensación de tener algo que contarle ¡Y voy y le hablo de Hillebrand!» De todos modos, el 25 de junio de 1876 encargaba a su editor Schmeitzner que enviara la IV *Intempestiva* («Richard Wagner en Bayreuth») a Hillebrand, entre otras personas.

Ignoramos si Hillebrand reaccionó de algún modo al envío, y sólo una carta de Nietzsche de mediados de abril de 1878, a raíz de la recepción del volumen IV de *Epocas...*, vino a reanudar de algún modo la vieja relación[70]: «Tras un invierno lleno de graves dolencias, gozo ahora, al despertar de nuevo a la salud, de sus cuatro volúmenes... y me complazco tanto en ellos como si se tratara de leche y miel. ¡Libros en los que sopla un aire europeo y no el axfisiante y bienamado nitrógeno nacional! ¡Cuánto bien hace a los pulmones!... Esto me recuerda que también usted ha hablado sobre mis escritos: de cuantos juicios he podido llegar a conocer sobre ellos se trata, con mucho, de lo que más me ha complacido. Porque en este caso enjuicia, evidentemente, la superioridad... y el enjuiciado no puede menos, de no ser un loco, que tomar con placer *contra sí mismo* partido.» Entretanto Nietzsche había, efectivamente, dejado tras sí —con *Humano, demasiado humano*— las *Intempestivas* así comentadas por Hillebrand, de ahí que pudiera ahora tomar también *con* Hillebrand partido contra sí mismo.

Hillebrand comenzó por agradecer inmediatamente —el 22 de abril de 1878— la carta de Nietzsche, sin entrar en sus escritos. Sólo cuando Nietzsche le envió sus *Opiniones y sentencias varias*, segunda parte de *Humano, demasiado humano*, retomó epistolarmente, el 23 de abril de 1879, el diálogo[70]: «He leído también su anexo a los aforismos con raro interés; sólo puedo decirle: valor, valor. Hubiera deseado que hubiera centrado la riqueza de ideas, que descansa sobre una visión del mundo tan bien trabada, en un objeto, clarificándolas al hilo del mismo. Se le reprochará lanzar algunas cosas —profundidad, incisividad, capacidad de asombrar— sin fundamentación suficiente, etc. Entretanto es evidente que cada vez recluta usted más amigos... y concretamente su ensayo sobre la historia encuentra cada vez más oídos y cada vez encontrará más. Por mi parte, casi prefiero *Humano, demasiado humano*, que en su fondo y en sus formas más suaves es, sin embargo, más hondo, llega más al fondo...»

No deja de resultar sorprendente que Hillebrand testimonie aquí el éxito precisamente de la *Intempestiva* sobre la historia tan fuertemente criticada antes por él. ¿Se trata de un intento de retirar al cabo de cinco años *su* incisiva crítica de otrora?

Pero a lo que parece esta carta tampoco dio lugar a ninguna reacción calurosa por parte de Nietzsche. Guardó silencio frente a Hillebrand durante cuatro largos años, hasta que en mayo de 1883 le envió la primera parte, entonces recién publicada, del *Zaratustra*, escribiéndole en este sentido el 24 de mayo[70]: «... han transcurrido algunos años en los que he callado frente a usted, años difícilmente comprensibles, llenos de autosuperación... Este pequeño libro que entrego a su benevolencia es un acontecimiento de todo punto repentino, la obra de diez días claros y plenos de este, el más melancólico de todos los inviernos... Todo lo que he pensado, sufrido y esperado está ahí, y de un modo tal que mi vida se me aparece ahora como

justificada... ¿Quién tiene la suficiente humanidad y el suficiente saber como para decir a un loco como soy yo ahora lo que más gusta de oír, la verdad, toda verdad? Entre los vivos capaces de rendirme tal servicio sólo conozco a usted y a Jacob Burckhardt... ¿Sabe usted lo altamente que le considero?»

Un año después murió Hillebrand, y Nietzsche no llegó a percibir que sus espíritus se habían separado hacía ya mucho tiempo. Unilateralmente, porque en muchos juicios —sobre Francia, por ejemplo, y los franceses, pero también sobre Inglaterra— Nietzsche siguió estando en deuda con Hillebrand. El nombre de Hillebrand nada dice, ciertamente, a la consciencia moderna, pero el publicista que de modo tan sobresasiente brilló entre 1870 y 1884 tiene importancia hoy para nosotros gracias a Nietzsche y en virtud de Nietzsche. Es uno de esos elementos conformadores de aquella época que Nietzsche ha venido a integrar y asumir en su naturaleza mucho más abarcadora y de radio notablemente superior.

Carl Fuchs

Otra amistad surgida a partir del círculo de Bayreuth, que sobrevivió al derrumbamiento de Nietzsche, aunque en ocasiones fue puesta en cuestión e incluso descuidada y aún combatida por él mismo, fue la que le unió con quien más tarde y durante muchos años sería director de música en Danzig, el organista y conocido publicista de temas artísticos, Carl Fuchs.

Nacido el 22 de octubre de 1838 en Postdam, también era mayor que Nietzsche, aunque sólo seis años. Acabada la enseñanza media se trasladó en 1859 —teniendo, pues, 21 años— a la universidad de Berlín, y escogió la facultad de teología. Sus excelentes dotes musicales le hicieron seguir paralelamente a éste, otro camino, de modo que como discípulo de Hans von Bülow se convirtió en un pianista y organista experto. Como no abandonó, sin embargo, su carrera académica, en 1871 se doctrinó en Greifswald con una tesis filosófica de cuño schopenhaueriano: *Preliminares para una crítica del arte tonal*[93], un análisis del placer artístico. A continuación se trasladó nuevamente a Berlín, donde se presentó al público como pianista y comenzó una intensa actividad literaria como colaborador del *Musikalisches Wochenblatt* de Fritzsch, lo que le unió firmemente al círculo wagneriano.

Era un activo y, sobre todo, tenaz escritor de cartas, cartas que por su extensión eran más temidas que estimadas en el círculo de amigos de Nietzsche. De todos modos, en ellas figura algún que otro ensayo importante, y resulta lamentable que de estos inteligentes comentarios al acontecer musical de la época no se publicara nada.

Fuchs se vinculó estrechamente a Hugo Riemann, el famoso lexicógrafo musical y fundador, sobre todo, de una teoría de la frase musical con la que Nietzsche entró en contacto precisamente a través de Fuchs. Aunque Nietzsche vino a obtener así algún estímulo importante, en esta relación amistosa no fue él el agasajado, sino que pudo devolver con creces lo recibido, y Fuchs se sintió unido a él por el agradecimiento. De todos modos, a Nietzsche no le fue dado vivir con clara consciencia su más bella prueba de fidelidad: en 1890 Fuchs consiguió estrenar en Danzig la ópera *El matrimonio secreto* de Peter Gast —por quien tanto se preocupó Nietzsche durante años—. Con el tiempo Fuchs llegó a tener una gran familia, lo que en ocasiones le hizo pasar apuros económicos no pequeños, sobre los que le hablaba a Nietzsche con tanta franqueza como sobre sus ideas estéticas. Nietzsche llegó a sentirse en ocasiones importunado por ello, reaccionando de modo impulsivo y poco grato, con el consiguiente arrepentimiento inmediato por su actitud. En los primeros años de su conocimiento Fuchs carecía aún de una posición firme, y cuando en 1875 pareció que iba a instalarse, a raíz de un viaje de conciertos, en Hirschberg (Silesia), donde fundó una sociedad musical y actuó como director de orquesta, pero sin dejar por ello de tener que vivir básicamente de las clases de piano, no acabó de sentirse allí a gusto. Nietzsche se preocupó ocasionalmente por el asunto, como acredita su carta a Hugo von Senger de 1877. Sólo en 1879 se instaló Fuchs en Danzig, donde entre 1882 y 1883 dirigió la academia de canto, y en 1866 pasó a convertirse en el organista de la iglesia de Petri, oficiando de tal durante años también para la sinagoga. Como colaborador musical del periódico de Danzig llegó a poner su suplemento a un nivel internacionalmente reconocido. El 27 de agosto de 1922 murió, cumplidos ya casi los 84 años, rodeado de la consideración y estima generales. (La ciudad de Danzig editó en 1938 un volumen en homenaje suyo con ocasión del centenario de su nacimiento.)

Esta amistad se desarrolló, como la que sostuvo con Hillebrand, en el marco —en este caso de lo más generoso— de un epistolario. De acuerdo con el testimonio del primer editor del mismo[7], el primer encuentro personal entre ambos debió tener lugar en la casa del editor Fritzsch en Leipzig, a finales de 1872. Según parece, a fines de 1873 tuvo lugar otro encuentro en Naumburg, entre el 22 de diciembre de 1873 y el 2 de enero de 1874.

Nietzsche ya conocía, de todos modos, a Fuchs con anterioridad, sobre todo por sus *Preliminares*, a los que venía a referirse en una carta a Wagner —por aquellas fechas todavía en Tribschen— del 18 de noviembre de 1871, de un modo tal que permite inferir que este escrito tuvo que ser prolijamente honrado en las conversaciones de Tribschen.

Con ocasión de los primeros festivales de Bayreuth tuvo lugar al fin, en agosto de 1876, el primer encuentro serio. Un encuentro que no transcurrió demasiado felizmente. Las distancias geográficas vinieron luego a resultar demasiado grandes. Los viajes le resultaban a Fuchs muy caros;

Nietzsche por su parte evitaba el Norte. Pero el viejo y fiel corresponsal no dejó de asistir, el 27 de agosto de 1900, en Röcken al entierro de Nietzsche.

La primera carta de Fuchs a Nietzsche debió contener, a lo que parece, el ruego de que le pusiera en relación con Wagner. Nietzsche se mostró de acuerdo, y el 29 de enero de 1873 le comunicaba: «En la carta casi sólo se habla de usted: esperemos tener éxito.» La entrevista debió tener lugar. El 30 de septiembre de 1873 Nietzsche le respondía en los siguientes términos: «No puedo ni por asomo proponerme dar una respuesta tan rica y abundante a sus cartas como éstas merecerían; jamás he servido para responder y corresponder a tiempo, y ahora me veo casi obligado a hacer de un vicio antiguo una obligación.» A causa de su debilidad ocular tuvo que dictar esta carta a Heinrich Romundt, utilizando de buen grado esta enfermedad como pretexto para enfriar un tanto la fiebre epistolar de Fuchs. A pesar de todo dedicó una detallada atención crítica a una composición de Georg Riemenschneider, un amigo de Fuchs, *Noche de julio*, un poema sinfónico para orquesta que Fuchs le envió —como *Viaje nocturno*, del mismo compositor— en transcripción suya para piano. Nietzsche debió estudiar a fondo la pieza, y una objeción al respecto ilustra no poco sobre su relación íntima con la música, cuando a propósito de una melodía viene a decir que «suena como una reminiscencia de melodías íntimas y felices, pero sólo como una reminiscencia. Igual me parece a propósito de la melodía de la resignación en la penúltima página. Creo que la composición entera es el resultado de una compenetración ulterior, no de presentimiento e intuición, como suele ser lo verdaderamente bueno.» El juicio de Nietzsche vino a verse confirmado por la historia de la música; se trataba de «música de un director de orquesta». El nombre de Georg Riemenschneider, nacido el 1 de abril de 1848 en Stralsund no figura, en efecto, en la nueva edición del *Diccionario* de Riemann[29] ni en el MGG[25]. Fue director de orquesta teatral en Danzig y el invierno de 1878/79 en Basilea, donde su mujer actuó también como soprano lírica[237]; pasó después a Amsterdam y Düsseldorf. Entre 1889 y 1898 dirigió conciertos y luego, en Breslau, volvió al teatro. De sus óperas *Encanto lunar* (Danzig 1887) y *La virgen de hielo* no queda más que el recuerdo, y con sus poemas sinfónicos para gran orquesta *Noche de julio*, *Viaje nocturno*, *Donna Diana* y *La danza de los muertos* sólo nos encontramos ya, realmente, en las alusiones críticas de Nietzsche. Si en 1878/79 tuvo lugar o no un encuentro personal entre ellos en Basilea es cosa que no podemos probar, pero no resulta muy probable dado el estado de salud de Nietzsche durante aquel invierno y su opinión del compositor. En tales situaciones acostumbraba generalmente a declinar.

En la carta Nietzsche se ocupa también detalladamente de las colaboraciones de Fuchs en el *Musikalisches Wochenblatt*. Subraya el enorme contraste entre la altura y calidad de sus artículos (en aquel momento

veía la luz una serie de ellos bajo el título *Síntomas)* y el nivel de los restantes trabajos, y llama la atención sobre el objetivo real de estas páginas, en las que se anunciaban, sobre todo, ofertas y demandas de trabajo para músicos. No faltan palabras duras para Hans von Wolzogen, posteriormente redactor de las *Bayreuther Blätter* y en ese momento favorito de Wagner, lo que hacía a Nietzsche sentirse desplazado en el corazón del maestro: «... si Wolzogen tiene o no algo que enseñar, es cosa que sólo cabrá juzgar el día en que aprenda a escribir con claridad.»

Según parece, en febrero de 1874 Fuchs consultó, y concretamente a Overbeck, si en Basilea podría conseguir una posición que le garantizase la vida. Nietzsche le respondió, esta vez con detalle: «Nadie podría aconsejarle a usted dar tal paso... tendría que ser un loco de una pieza quien le impulsara hacia delante...; no tenemos ninguna cátedra de música, y no vamos a tenerla, porque en una ciudad tan escasamente musical como ésta apenas podría conseguir usted más de 2 oyentes académicos.» Y a raíz de la denegación al schopenhaueriano Romundt de la cátedra filosófica creada por fundación privada que por aquellas fechas había quedado libre otra vez, proseguía ilustrativamente así: «Las cátedras de filosofía con sueldo resultan, como nos cabe juzgar ya a la luz de un caso muy determinado y de lo más significativo, de todo punto inaccesibles para un seguidor de Schopenhauer; por doquier existe una disposición verdaderamente nula a impulsar esta "corriente". Los ciudadanos de Basilea tienen bastante con S. Bagge, igual que el director Reiter.» Entre Nietzsche y Selmar Bagge, director del Conservatorio y lector en la universidad de un pequeño programa científico-musical, así como enemigo jurado de Wagner, existía, en efecto, una tensión latente, que en una ocasión saldría a la luz, aunque por vía indirecta (entre Köselitz y Bagge), y en una época, además, en la que Nietzsche ya se había separado interiormente de Wagner.

El 28 de abril de 1874 aconsejaba asimismo a Fuchs reunir en una publicación unitaria sus ensayos dispersos por revistas y poco conocidos, poniéndole como ejemplo sus *Consideraciones intempestivas*, que por entonces aún planeaba como una obra compuesta por 13 ensayos. Y al hacerlo, llenaba a Fuchs de elogios, dándole toda clase de ánimos; pero ya el verano arrojó las primeras sombras sobre su relación. En Maguncia había quedado vacante un puesto de director de orquesta, y Fuchs pensaba que era preciso convencer a Wagner para que le recomendara y pusiera su influencia a su favor, puesto que creía que a través de su editor Schott la palabra de Wagner tenía gran peso en Maguncia. Nietzsche pasó el ruego a Wagner, pero no obtuvo más que desvío y muestras de fastidio. Ocurría, en efecto, que Wagner no conocía en absoluto a Fuchs como director, y le parecía, no sin razón, imprudente salir fiador de cualidades que no estaba en condiciones de enjuiciar; por otra parte, entre él y Schott había en aquel momento tensiones por las dificultades financieras en que se encontraba

la empresa de Bayreuth. Fuchs no reveló la menor comprensión respecto de estas razones y se sintió traicionado y abandonado. Aún había, además, otra cosa por la que se sintió herido. Había alabado otra vez una composición de su amigo Riemenschneider, en esta ocasión la *Danza de la muerte*, por la que ni Nietzsche ni su amigo Overbeck se entusiasmaron demasiado. Nietzsche evitó en este caso, de todos modos, el choque frontal e hizo que fuese Overbeck quien respondiera, cosa que éste no se decidió, a su vez, a hacer hasta el 1 de octubre. Y al hacerlo criticó a Fuchs por su decepción a causa del asunto de Maguncia y la dramatización de sus condiciones de existencia a que se entregaba. Y en cuanto a la composición de Riemenschneider venía a decir que «nos ha sido de todo punto imposible coincidir con su comprensión y valoración de la *Danza de la muerte*... no vemos proporción entre su artículo y esa pieza tan problemática. Como diletante completo que soy, permítame un simple *non liquet*.»

Fuchs tomó muy a mal el rechazo. Confió en sus propias fuerzas y emprendió una gira de conciertos en el curso de la que consiguió procurarse un puesto en Hirschberg. De ello informaba el 16 de diciembre de 1874 a Nietzsche en una carta de 20 páginas, y éste le felicitaba el 21 de diciembre: «No puede usted imaginarse la alegría que me ha dado con su última comunicación. La verdad es que antes pensaba siempre en usted con no poca tristeza... Dios sabe lo fatalista que soy siempre ante toda naturaleza verdadera, y cómo lo he sido ya también respecto de la suya, diciéndome en voz baja: "nada se puede hacer por él"... me propuse esperar algo, esperar concretamente acciones y hechos... Ahora ha descubierto usted la pequeña ciudad en la que podrá convertirse en figura máxima y señor de la música... ¡Quién no hubiera querido ayudarle a usted hace ya mucho tiempo a conseguir tal! Pero mientras no se ayudara usted a sí mismo y se llegara de un modo u otro a tal concepción de las cosas, poco es lo que cabía hacer.»

La armonía había quedado pasajeramente restablecida, y el 30 de mayo de 1875 informaba Nietzsche a Overbeck: «El doctor Fuchs me ha enviado su op. 1, unas piezas de piano sobre canciones populares grecomodernas, con el título "Helas"», y a fines de junio expresaba así su agradecimiento a Fuchs: «¡Lo que es usted capaz de trasladar al piano! Todavía no me he encontrado con nada semejante. Me parece, además, que una cosa así sólo puede tocarla un verdadero pianista, no un orquestador frustrado como yo.» En una ocasión en que a Fuchs le ocurrió una desgracia real, Nietzsche se reveló como «distante» y depegado, por no decir frío. A finales de julio, y al término de su carta, Nietzsche aún le llegaba a preguntar: «Y ¿cómo le va en el mundo doméstico? ¿Es posible desearle felicidad, así como a la madre y a la criatura?» Pero el 11 de agosto no encontraba, con ocasión de la muerte del niño ocurrida el 1 de ese mismo mes, otras palabras que las siguientes: «Ha sufrido usted, querido y pobre señor doctor, y sería justo esperar que los que le quieren le procuren alguna

alegría. Pero ¡qué difícil resulta esto a veces! En ocasiones querría uno enmudecer para no tener que comunicar nada, dado que ordinariamente la comunicación contiene un alto grado de sufrimiento. Ninguno de los dos estamos en Bayreuth, ya ve qué fastidio... hasta que me digo: "una suerte que sólo los otros puedan estar ahí". Y enseguida pienso en usted. No están, pues, todos los "otros" ahí, y mi consuelo es bien incompleto.» Y enseguida pasaba a describirle su propio estado de salud. Nietzsche creía, en efecto, que podía y tenía que consolar a Fuchs con Bayreuth. Y el 8 de diciembre de 1875 informaba a Rohde: «El Dr. Fuchs ha sido invitado a hacer uso del pase del patronato correspondiente a mi hermana en un ciclo de representaciones a celebrat el año próximo en Bayreuth.» Y el 16 de mayo de 1876 confirmaba este dato en una carta a Gersdorff: «Mi hermana ha invitado al doctor Fuchs para la tercera serie hace ya algún tiempo; sin esta ayuda no hubiera podido asistir, como vemos ahora.»

Según parece, la forma de presentarse de Fuchs le pareció un tanto importuna a Wagner, sumamente ocupado por el tumulto del Festival. Ni siquiera tenía tiempo para el propio Nietzsche, como éste había supuesto ya, y cabe inferir que le manifestara abiertamente su enojo. Por su parte Nietzsche, sintiéndose rechazado y, por ello, molesto, y aquejado a causa de su estado de salud de una gran indolencia, reaccionó contra Fuchs, lo que hizo que el encuentro entre ambos en Bayreuth diera lugar a una conversación sumamente molesta, tras de la que, y antes aún de su abrupta partida de Bayreuth, Fuchs se dirigió el 19 de agosto a Overbeck con una carta en la que tomaban cuerpo sus deseos de clarificación[187]: «El señor profesor Nietzsche me ha dicho aquí mismo una docena de cosas como no me las he oído en mi vida de nadie, y en la opinión sumamente desagradable que tiene de mí, de la que se derivan esos *dicta* draconianos, se ha reclamado repetidas veces de usted...: soy "listo", evidentemente muy listo, en el sentido en que esta palabra no está exenta de connotaciones negativas, y es muy característica de mi persona la tendencia a convertir cuando menos se piensa a los otros en "puentes" de cara a mis objetivos; que no tenga suerte en ello no es cosa que pruebe lo contrario... en esta listeza soy incluso *lo suficientemente* listo como para tener puntos de vista y ser honrado, y en orden a estos puntos de vista he hecho mía la causa de Wagner, porque es cosa *du jour*, pero mis benefactores esperan que si se me ofrece alguna ventaja mayor, seré infiel a ella, y no puedo evitar que en el círculo más estrecho de los wagnerianos me acompañe por doquier esta desconfianza. Listz está enfadado porque en no sé qué ocasión le quise utilizar para algo; incluso mi "venerado" maestro Hans von Bülow se ha manifestado en este sentido; él mismo, el señor profesor Nietzsche se "indignó" por los elogios que le dediqué en mis artículos *Síntomas*. Usted mismo parece tener esa opinión de mí, y debería repasar qué gente es la que confía plenamente en mi persona.» Fuchs informa seguidamente que se dirigió de inmediato al profesor Carl Riedel (momentáneamente tam-

bién en Bayreuth), quien desde su íntimo conocimiento del núcleo del círculo wagneriano rechazó por inadecuadas estas afirmaciones. Como prueba especial del despropósito cometido con él aducía una carta sumamente elogiosa del propio Nietzsche del 11 de agosto de 1875. También describía lo profundamente que le atormentaba, en su trabajo de Hirschberg, y dado su paralizante miedo a la vida, el temor a descuidar lo más genuino de sí mismo en pro de su pan cotidiano. Había escrito a Nietzsche sobre estos problemas suyos «como se escribe a alguien a quien, porque se le quiere, se le tiene por un amigo muy valioso y en el que cabe confiar. Este cariño ha sido evidentemente traicionado y sé bien a qué atenerme.» De todos modos, Fuchs pareció irritarse especialmente ante «un comentario que sólo puede hacer un diletante: que ya podemos romper mañana nuestra lira porque el Festival de Bayreuth ha salido a la luz. "¡Un pianista en estos tiempos!", comenzaba el señor Nietzsche. Sí, un "pianista", un héroe perfumado que hace de solista, desde luego... sólo que no soy un pianista, sino simplemente un verdadero artista del piano, que cree que las sonatas de Beethoven y tantas otras cosas bellas no han venido a convertirse en supérfluas ni siquiera tras de lo de Bayreuth.»

Detrás de todo esto Fuchs acabó por sospechar una intriga de la señora von Schleinitz y disculpó a Nietzsche por su lamentable estado de salud.

Overbeck acusa recibo de la «poco agradable» carta de Nietzsche el 8 de septiembre desde Dresden: «El breve sentido de la larga y en este caso totalmente indeseada conversación era el de ponerme ante la necesidad de explicitar cómo he llegado a formarme esta opinión, que ha conocido a través de ti. Aún no he respondido, pero voy a hacerlo bien pronto con toda sinceridad, por escasamente feliz que me haga la carta.»

Fuchs refutó en el futuro del modo más brillante estos reproches de Nietzsche; supo ser fiel tanto a la obra de Wagner como a la persona de Nietzsche, como bien pronto viene a reconocerse en una carta de este último a von Senger, fechada en 1877, en la que hay ya un pronunciamiento a favor de Fuchs. El epistolario siguió creciendo y en ocasiones nos encontramos, entre sus páginas, con un ruego nitzscheano: protección, por parte de Fuchs, para las óperas de Peter Gast *El león de Venecia* y *El amante secreto*.

Malwida von Meysenbug

La más valiosa de las amistades nuevas que entabló durante estos años fue la que mantuvo con Malwida von Meysenbug, que le permitió gozar de una bondad humana, incluso de una grandeza, que supo tiunfar siempre sobre todos sus cambios de humor y sus desazones, pero también sobre las divergencias, cada vez más hondas, entre sus convicciones filosóficas. E incluso cuando poco antes de su derrumbamiento físico, en otoño de 1888, intentó destruir a mazazos casi la amistad con ella, Malwida permaneció unida a la persona de Nietzsche, lamentando sobremanera este desaire momentáneo y aferrándose a la convicción de que era el derrumbamiento que en el interregno había aniquilado a Nietzsche lo que les impidió restablecer su relación sobre la base de una intelección mútua superior. Fue y siguió siendo siempre la humanamente mejor, sin permitirse hacérselo notar, sin embargo, nunca a Nietzsche.

Cuando por mediación de Cosima se conocieron personalmente, con ocasión de la colocación de la primera piedra en Bayreuth, hacía ya mucho tiempo que no eran dos desconocidos. De ahí la caracterización de este primer encuentro a que procede Malwida en su libro *Individualidades*[14]: «En una pausa del ensayo general se me acercó la señora Wagner acompañada de un hombre joven y me dijo que quería presentarme al señor Nietzsche. "¿Cómo? *¿Nietzsche?*", exclamé llena de alegría. Ambos se echaron a reír y la señora Wagner exclamó: "Sí. *Nietzsche*." Y a la relevante imagen espiritual (que había hecho suya a través de sus libros) vino a unirse ahora la impresión de una personalidad juvenilmente agraciada, amable, con la que el entendimiento fue posible enseguida.»

Malwida pertenecía desde hacía años a los círculos más íntimos de la casa Wagner. El 25 de agosto de 1870 había actuado en Luzerna, junto con Hans Richter, como madrina de bodas de los Wagner, y conocía a través de ellos los escritos y la irradiación de Nietzsche. También Nietzsche sabía de su existencia, gracias a la misma fuente.

Malwida, baronesa de Meysenbug, nacida el 28 de octubre de 1816 en Kessel como hija de un alto funcionario de la corte, tenía 28 años más que Nietzsche y cuando se encontraron por vez primera personalmente había cumplido ya los 56; era una mujer a la que muchas luchas exteriores y, sobre todo, interiores habían hecho madurar, y que sólo desde hacía pocos años había hecho definitivamente suyos los principios vitales a cuya luz organizaba su vida y programaba su futuro. Entre sus principios básicos figuraba el de no ir en sus aspiraciones y pretensiones más allá de lo que unos puntos de vista canónicos y aceptables por todo el mundo pudieran permitirle. La lucha a favor de la libertad de la personalidad, de la posibilidad de desarrollo individual, dieron sentido y contenido a su vida, y en la medida en que exigió y propugnó esta libertad asimismo para el sexo femenino, valorando como medios para ello tanto la plenitud de posibilidades educativas para las jóvenes, como la independencia económica de la mujer, su nombre debe ser situado en la vanguardia absoluta del movimiento de emancipación femenina de su tiempo, hecho éste que en ocasiones aproximó su figura un tanto al socialismo de la época, lo que le llevó, como lógica consecuencia, a tener que romper con su familia. Tampoco le fue ahorrado el camino de la emigración a Londres, donde frcuentó asimismo el círculo de los socialistas revolucionarios, sintiéndose

en él, en cualquier caso, más atraída por los caracteres de una pieza de aquellos hombres que por sus teorías. En sus memorias dedica páginas vibrantes entre otros al patriota italiano Mazzini. Traduciendo y dando clases particulares logró garantizarse una frágil existencia, penetrando, a la vez, agudamente en la estructura de la sociedad industrial temprana y en la mediocridad espiritual de las clases dominantes. Estuvo unida por los lazos de una amistad de fibra profundamente humana con el líder socialista ruso Alexander Herzen, en cuya casa acabó por asumir, una vez superados malentendidos graves y no pocas dificultades, una tarea acorde con su persona. Tomó la decisión de quedarse soltera a raíz de una decepción temprana; fue fiel a su prometido, un apóstata que murió joven. Herzen había enviudado pronto y tenía dos hijas pequeñas cuya educación puso en manos de Malwida.

Fue desarrollándose así en ella una inclinación tan fuerte a la más joven, Olga, que puede decirse que con el tiempo Malwida vino a ser como su madre verdadera, una madre que dedicaba a Olga casi todo su tiempo y cuya educación vigilaba como si se tratara de la de una hija propia. Así pudo desarrollar, a pesar de su renuncia a contraer matrimonio, su espíritu maternal, muy superior al término medio. Desde muy pronto había sustentado Malwida dudas en lo relativo a la dogmática de la Iglesia, con la consiguiente lucha violenta consigo misma, con su familia, con el párroco y con sus amigos, hasta que optó por el abandono completo de la religión. Durante algún tiempo llegó incluso a pertenecer a la «Comunidad Libre». Sólo cuando, a incitación de Wagner, se centró en Schopenhauer, encontró en su filosofía —interpretada siempre por ella, de todos modos, muy personalmente— desde 1860/61, más o menos, un fundamento firme para una visión del mundo que desbordando el materialismo y positivismo, a los que en su día se allegó, y a los que abandonó insatisfecha, entraba en el ámbito de lo metafísico.

La suya era también una naturaleza fuertemente musical. Sólo en este terreno le quedaron buenos —y duraderos— recuerdos de su hogar familiar; la madre invitaba gustosamente a artistas, incluidos los del pequeño teatro de la corte. Malwida tocaba algo el piano, pero prefería cantar, empeño en el que se veía muy ayudada por una voz agradable. Aprendió también a dibujar y pintar, pero sus débiles ojos le impidieron asistir regularmente a la Escuela de Bellas Artes. De ahí que fuera la música el arte del que en talante y sentimiento más cerca estuvo siempre, y el arte, también, en el que sus anhelos vinieron a verse colmados por la obra de Wagner, sobre todo por su *Tannhäuser*, que para ella respondía plenamente a lo que más tarde[166] vino a expresar: «La mayor parte de los humanos exigen de una obra de arte que ejerza, simplemente, un efecto gratificante sobre sus sentidos. Por mi parte pienso, en cambio, que la efectividad de las obras de arte verdaderamente grandes ha de ser de orden ético, que las obras de arte deben elevarnos sobre nosotros mismos e idealizarnos, como

ayer pedíamos a la religión. Verter contenido ético en la forma estética es la esencia del genio...»

Cuando Malwida vivió en París con Olga Herzen entre 1860 y 1861, fue huésped constante de la casa de Wagner, quien por aquellas fechas residía allí, con motivo de los ensayos del *Tannhäuser*. Las veladas en que recibía, Wagner daba a conocer, ayudado al piano por Karl Kindworth (1830-1916), cantando y gesticulando del modo deslumbrante en que solía, sus obras más recientes, *El oro del Rhin* y *La Valkiria*. Aquí es donde Malwida entró en contacto asimismo con el *Tristán*. Sobre ello escribe así en sus memorias[165]: «En ese momento sentí nacer dentro de mí la comprensión por el hombre a quien su poderoso demonio interior obligaba a crear algo tan inconcebiblemente grande. Desde ese momento supe que ninguna cosa más en él me induciría a error, que me resultaría comprensible incluso en las horas oscuras, en las manifestaciones violentas de su natural irritable, en las singularidades que incitarían a la gran masa a arrojar piedras sobre él. Supe que a partir de ese instante podía contar conmigo en la necesidad y en la muerte, y que su genio sería una de las pocas luminarias cuyo brillo aún podría hacerme valiosa la vida.» Probó su fidelidad, en un principio, asistiendo a las tres representaciones parisinas del *Tannhäuser* en marzo de 1861, testimoniando a favor de Wagner frente a los escandalosos y bulliciosos jóvenes de la «sociedad» parisina, aunque estos sucesos representaron una prueba muy dura para su natural sensible, por más que a la postre todo acabara en un reforzamiento de su fe en Wagner.

Igual fidelidad inconmovible guardó frente al hombre Nietzsche, ya que no frente a su obra. Jamás renegó de su amistad para con él, por mucho que con el tiempo sus puntos de vista siguieran caminos opuestos.

En el último capítulo de sus memorias —que lleva por título «La criatura, el artista, el filósofo»— saca la suma global de su camino largo y difícil[165]: «Había encontrado el objetivo y la obligación a los que mi vida personal iba a consagrarse desde ese mismo momento: educar un ser para la plenitud más completa posible de sí mismo... Había encontrado asimismo al artista cuyo esfuerzo corporeizaba a mis ojos, y sólo él, un nuevo ideal, a la vez que me confirmaba en mi intuición de que el reino de ideal sólo podía encontrar su hueco en el arte... Finalmente había trabado también conocimiento con el filósofo (¡Schopenhauer!) cuyos puntos de vista venían a abonar mis intuiciones y me arrojaban luz sobre los fenómenos de la vida, en la medida en que tal cosa resulte factible... a los humanos, el filósofo cuya sabiduría impar me prestó el indomeñable apoyo con cuya ayuda iba a proseguir el camino de mi vida.»

En medio de la confusión y frente a toda clase de obstáculos había encontrado el objetivo que a su nuevo amigo, una generación más joven que ella, le había salido al paso, casi casualmente, desde un principio: la cátedra, tan tempranamente obtenida, le había procurado un haz de deberes que valía bien el esfuerzo: formar, como profesor universitario

y de enseñanza media, jóvenes en una especialidad que ofrecía sus más hermosas y profundas posibilidades para la obtención de una cultura genuina. El conocimiento personal de Wagner y de su obra le había sido regalado por una suma de circunstancias felices, casi como en un juego, y para la filosofía —identificada a sus ojos en un principio con Schopenhauer— había sido preparado tanto por sus estudios como por sus dotes espirituales.

Así se produjo, en los primeros años de su amistad con Malwida von Meysenbug, un fructífero y veraz encuentro entre generaciones. Para el hecho de que tampoco a Nietzsche le hubiera sido dado todo, a pesar de las apariencias, sin lucha y esfuerzo, para sus dudas y su menesterosidad interior, para cuanto en él fermentaba y pujaba por salir, para todo ello Malwida le ofreció una comprensión infinita desde sus propias experiencias. En ésta capacidad suya para la comprensión, en su madurez y en su espíritu maternal, hunde sus raíces el papel singular que a esta mujer le corresponde en la vida y en el pensamiento de Nietzsche, el papel de un ser en quien se confía plenamente, con una confianza que jamás tuvo con mujer alguna. Ni siquiera con la excesivamente venerada Cosima, frente a la que Nietzsche siempre se sintió inhibido. Ni tampoco con su propia hermana, ni con su madre, abismada en una piedad rutinaria de la que sólo salió empujada por la necesidad, por la zozobra por su hijo enfermo de modo ya irreparable. Los puestos de confianza de Overbeck y, más tarde, de Peter Gast, fueron de un tipo muy distinto; faltaba cordialidad por ambas partes. Y en el caso de Peter Gast, el autodominio, la soberanía de una Malwida von Meysenbug.

Poco tiempo después de su primer encuentro en Bayreuth volvieron a encontrarse Malwida y Nietzsche en Munich, donde coincidieron en las representaciones del *Tristán* de los días 28 y 30 de junio de 1872. Felices y embriagados por la vivencia artística que debían al poder mágico de la obra wagneriana, estrecharon su amistad y se abrieron el uno al otro por vez primera con una franqueza que marcaría su posterior relación. Hicieron inmediatamente proyectos para una convivencia agradable y larga en Suiza, y Nietzsche volvió a proponer el 2 de agosto una visita a su amado Frohburg, en las proximidades de Olten. La estancia de Malwida y de la pequeña Olga en el balneario de Bad Schwalbach, así como el tratamiento posterior en Heidelberg, se prolongaron aún algún tiempo, de modo que lo máximo que llegó a tener lugar fue un encuentro de pocas horas en el viaje a Basilea, el 31 de agosto, encuentro que procuró asimismo a Elisabeth Nietzsche y a Malwida la ocasión de conocerse personalmente. Malwida le dejó un pequeño recuerdo: sus *Memorias*, publicadas en 1869 en Basilea (en H. Georg), que en un principio abarcaban tan sólo los años comprendidos entre 1830 y 1848, que estaban escritas en lengua francesa. En una carta fechada el 4 de septiembre del 72 venía a reconocer asimismo al amigo al que había hecho aquel presente: «No quisiera que interpretara

mi regalo en el sentido de un gesto de vanidad o petulancia por mi parte. Se trata, exclusivamente, de la expresión del deseo de poder ofrecer al joven amigo, al amigo tan rápida y verazmente ganado, al amigo ganado de un modo tan maravilloso, lo que es una parte de mi propio yo, correspondiendo así, en la medida en que ello me sea posible, a lo mucho —tan difícilmente evaluable y tan fuertemente motivador de mi simpatía— que he encontrado en su hermoso libro.» ¡Un homenaje a *El nacimiento de la tragedia* que no podía menos que complacer a Nietzsche!

Para integrar al joven Nietzsche tan rápida e intensamente en el área de irradiación de sus instintos maternales Malwida tenía otro motivo nada desdeñable: Olga Herzen había concedido su mano al historiador francés Gabriel Monod y la ceremonia del enlace nupcial —y con ella la obligada separación de Malwida y su bienamada hija adoptiva— estaba próxima. Malwida temía la soledad y llegó incluso a barajar la idea de trasladarse enteramente a Bayreuth, aceptando la cariñosa invitación de sus amigos, pasando incluso por alto que a pesar de todo su afecto y veneración por aquel ambiente, incluyendo a Cosima, había *un* tono en la casa por el que nunca podría sentirse plenamente feliz en ella. Se trataba del elemento católico de la personalidad de Cosima (a pesar de su conversión oficial), elemento sobre el que Nietzsche llamaría tan acerbadamente la atención en su ataque al *Parsifal* y que tan ajeno le resultaba a Malwida. No podía ésta, en efecto, comprender «que Cosima dependa tanto de los símbolos y formalismos cristianos. Porque si la noble figura del gran mártir, si el significado ético e histórico del Cristianismo, conservarán siempre su valor e importancia, no menos cierto resulta que sus símbolos han perdido ya su valor, han pasado a convertirse en el receptáculo limitador del contenido vivo, de un contenido que quiere saltar y acogerse a una fórmula distinta y más rica», como escribía el 11 de agosto de 1872 a Nietzsche. Olga no había sido bautizada, y Malwida la había iniciado, al cumplir los 18 años, en las teorías de los Vedas, «bautizándola en el misterio del *atmán*».

De ahí que el enlace matrimonial de Olga Herzen con Gabriel Monod, que tuvo lugar el 6 de marzo de 1873 en Florencia, no fuera acompañado de ceremonia religiosa alguna. Nietzsche envió como presente personal la *Monodie à deux*. En los días navideños, que pasó en Naumburg, sacó de entre sus viejos manuscritos el proyecto y le puso un final pomposo. No consiguió entusiasmar demasiado, de todos modos, con el regalo a sus destinatarios. Aunque la hermana mayor de Olga, Natalia Herzen, aún permaneció de momento con Malwida, ésta escribía así al final de una carta a Nietzsche, fechada el 2 de marzo, en la que daba curso a toda clase de lamentaciones y tristes pensamientos: «¿No podría pasar usted aquí las Pascuas? Podría alojarse con toda comodidad en nuestra casa, dado que ahora tenemos sitio y hasta abril no pensamos dejarla. Tal vez así recuperaríamos el buen humor.»

No era la primera vez, desde luego, que se le ofrecía para enseñarle las magnificencias de los museos florentinos, que tanto estimaba. Pero Nietzsche carecía de relación interior con las artes visuales, de modo que no fue éste un cebo adecuado para animarle a aceptar la invitación. Por esta vez dijo, pues, que no: «... no olvide usted que además de mi normal trabajo universitario ocupo un puesto de profesor de griego en el último curso del instituto pedagógico, por lo que tengo que someterme al aburrido suplicio de una infinitud de exámenes orales y escritos, etcétera. El tiempo que me queda libre es, pues, demasiado breve como para poder pensar en un viaje a Florencia: ¡no sabe cuánto lo he lamentado! Porque necesito realmente de corazón verla y hablarla y *sólo* por usted (y no por tales o cuales cuadros) hubiera ido ahora a Florencia.»

Hacia el verano Malwida viajó realmente a Bayreuth con el objetivo de instalarse allí por un periodo largo, cosa que no llegó a hacer por culpa del clima, que le resultó difícilmente soportable, sobre todo en otoño e invierno. Pero bien entrado el otoño Nietzsche todavía encontró a su amiga en Bayreuth, cuando pasó allí unos días, entre el 30 de octubre y el 2 de noviembre, con ocasión de la Asamblea de delegados de las asociaciones wagnerianas.

El 4 de febrero le escribía ya, de todos modos, desde San Remo: «Supongo que sabrá ya que tuve que dejar nuestra patria y convertirme en este ser errante y solitario que soy hoy. Sólo por verdadera necesidad tomé esta decisión, dado que mi médico de Munich encontró al fin la causa de mis insoportables dolores de cabeza: una afección de un oído que durante años había pasado desapercibida y que estaba tan avanzada que de no ponerle rápidamente remedio habría perdido la audición del mismo... El traslado a un clima cálido se convirtió en un imperativo inexcusable... No necesito decirle lo que ha sido esta separación para mí... Ahora toca sólo un silencio serio y orgulloso... Apenas puedo leer y escribir y no tengo quien pueda leerme en voz alta o a quien dictar; pero he cogido firmemente las riendas de mí misma y *no quiero* hundirme, sino convertirme en Buda en el pleno sentido de la palabra e intentar acceder al último escalón de la sabiduría. La verdad es que la vida que llevo, con el mar, el cielo, el sol y las flores es también de lo más hindú.»

En una respuesta sumamente cariñosa y llena de sentimientos delicados Nietzsche lamenta sus sufrimientos comunes, las molestias causadas por la debilidad ocular y la preocupación por Bayreuth, cerrando así esta carta del 11 de febrero: «¡Ojalá pudiera ayudarle! ¡O serle útil de algún modo! Pienso con compasión en usted, mi pobre amiga, y admiro su capacidad para soportar la vida. Al lado de todo eso soy casi un príncipe feliz y tengo que avergonzarme. ¡Mis mejores votos son para usted!» Le envió al mismo tiempo su segunda *Intempestiva* y el 3 de marzo Malwida le daba ya las gracias: «... estos días nado verdaderamente en un mar de felicidad gracias a su segunda pieza. Sólo puedo gozar parcamente de ella,

dado que no puedo leer más que un número reducido de páginas al día; pero estas pocas me llenan de una riqueza tal de ideas, que irradia como un sol oculto y todos se dan cuenta de que llevo dentro de mí una dicha escondida... ¡Que el dios desconocido en el que *nosotros* creemos nos bendiga y fortalezca y temple sus armas para la prosecución de su lucha sagrada!» Y le envió flores de la Riviera, las primeras flores con que fue obsequiado en su vida.

El abril de 1874 un certificado médico determinó el futuro destino de Malwida: tenía que quedarse en Italia. Nietzsche aún le había invitado una vez más a Basilea, razonándole que su clima era bastante más suave que el de Bayreuth. ¡Qué lejos todavía de las repetidas quejas que tiempo después le arrancaría el clima de Basilea! Pero Malwida le respondía el 8 de abril: «... no sabe usted lo a gusto que hubiera ido a Basilea para ganar un hijo, ahora que he perdido una hija.»

En delicada atención a las debilidades oculares de ambos, se abstuvieron incluso de escribirse, hasta tal punto que el 25 de octubre de 1874 Nietzsche le hizo llegar su tercera *Intempestiva* (Schopenhauer). En su cálido escrito de agradecimiento del 15 de noviembre, enviado desde Roma, donde Malwida se había instalado para pasar el invierno, encontramos una frase que vemos reaparecer en el *Zaratustra*, obra en la que vinieron a encontrar acomodo no pocas sentencias de Malwida von Meysenbug. «Sí, el engendramiento del genio, del artista y del santo, eso es lo único que importa, y nada, a decir verdad, el aumento del rebaño. Desde hace algún tiempo esta observación ha sido, curiosamente, el tema de todas mis cartas a Olga, porque pienso que cuantos optan por proseguir la humanidad creando una familia, han de hacer suyo del modo más profundo y sagrado este punto de vista, dejando que su voluntad se guíe por él.» «Crear uno que sea más que los que le crearon», leemos en el capítulo «Del hijo y del matrimonio» del *Zaratustra*. En esta misma carta insistía también —una vez más— en su vieja invitación. Nietzsche no encontró tiempo para responderle hasta el final de sus vacaciones de Navidad, que pasó en Naumburg. Había tenido que entregarse de lleno a la revisión de sus composiciones juveniles y a acabar su *Himno a la amistad*. Su carta iba, pues, fechada el 2 de enero de 1875, y en ella daba testimonio de la importancia de la música como expresión de su ser.

Sin esperar respuesta de Malwida, ya el 7 de febrero le escribía de nuevo. Esta vez tenía un deseo: que Malwida preguntara en París si cabría encontrar un editor para la versión francesa de la tercera *Intempestiva* preparada por la señora Baumgartner.

Malwida contestaba ya el 13 de febrero indicando que aquel mismo día había dado curso a la petición. Por desgracia, sus gestiones no dieron el fruto apetecido. Tras una detallada y entusiástica descripción de la situación de su vivienda en Roma, y las muchas bellezas naturales y artísticas a que gracias a ello tenía acceso, daba curso a su viejo deseo: «Poderle

tener al fin todo un invierno aquí, viviendo con usted en el círculo mágico que Roma traza necesariamente en torno a todo ser que siente y piensa. También la amada Grecia le procuraría aquí alguna que otra revelación.»

Pero ambos se vieron pronto obligados a seguir otros caminos. Malwida tuvo que ir a seguir un tratamiento a Münster am Stein, en las proximidades de Bad Kreuznach, desde donde escribía el 2 de julio de 1875. Y Nietzsche, igualmente, a seguir un tratamiento, a Steinabad. Ambos vieron esfumarse así el sueño de verse ese verano en Bayreuth con ocasión de los ensayos. Acabado su tratamiento, Malwida se trasladó a París, donde vio a Olga por vez primera desde su matrimonio en su nueva y feliz condición de madre de dos criaturas. Un otoño temprano y friolento le forzó a volver a Roma por la vía más rápida, pasando por Turín y Florencia, donde se detuvo unos días. El planeado rodeo por Basilea, para conocer la nueva instalación doméstica de Nietzsche con su hermana, tuvo que ser suspendido. Al siguiente invierno Malwida pudo hacerle aún, de todos modos, un favor importante a Nietzsche. Este había tenido primero en el instituto pedagógico y luego en el semestre de verano de 1875 en la universidad, un discípulo singularmente dotado, Albert Brenner (nacido el 21 de diciembre de 1856), que había decidido, de todos modos, encaminar sus pasos al estudio del derecho. Pero había contraído una tuberculosis y estaba, en realidad, al borde de la muerte. De acuerdo con la usual confianza de la época en los efectos benéficos y curativos del templado clima italiano, Brenner tomó el camino del Sur bien entrado el otoño de 1875. Nietzsche le remitió a Malwida. En realidad, Brenner no pensaba quedarse en Roma; su objetivo último era Sicilia. El 12 de enero de 1876 Malwida informaba así a Nietzsche: «Su naturaleza y su lenguaje me causaron una impresión tan extraña, que inmediatamente percibí que mi ayuda era necesaria; me vi, pues, prácticamente obligada a ganarme su confianza. Le encontré tan enfermo moral y físicamente, que me pareció irresponsable y carente de conciencia dejarle partir solo, sin ayuda, a Catania; estaba claro que lo que allí buscaba era el final de Empédocles. Tuve, pues, ante todo que convencerle de que se quedara en Roma. Schopenhauer, Leopardi y Hölderlin se habían convertido para él en una peligrosa tríada... El médico y yo le hemos arreglado y dispuesto la vida del mejor modo posible... y creo que las inevitables impresiones de Roma comienzan a llenar ya su alma, tan sensible a lo bello y lo sublime. Me ha dicho con expresión verdaderamente feliz que comienza a sentir otra vez de modo inmediato.»

Malwida comenzó a hacerse leer por él en voz alta, dado que sus molestias oculares no remitían. Pero cuando percibió que esto fatigaba de modo insoportable a Brenner, renunció de modo inmediato a ello. Así pues, aunque no pudo salvar la vida del joven Brenner (que murió a consecuencia de su enfermedad dos años después, el 17 de mayo de 1878),

con sus cuidados y su bondad hizo más rico y vivo el breve tiempo que el destino tuvo a bien regalarle aún.

A pesar de que sus fuerzas físicas nunca fueron excesivas, y ahora se veían incluso reducidas, trabajó tanto, y de modo tan increíble, gracias a su voluntad tenaz, que en los últimos tiempos fue reconstruyendo ella misma en lengua alemana sus *Memorias*, comenzadas en francés en 1869, desbordando, con mucho, al hacerlo el marco temporal original. Llegó así a llenar tres volúmenes, de los que dos aparecieron aún en el otoño de 1875, y el tercero en febrero de 1876. Nietzsche se llevó consigo estas *Memorias de una idealista* al lago Leman, donde pasó las vacaciones. Las leyó «hasta el final» el 2 de abril, y el 14 de abril, tres días después de su impetuosa petición de mano a Mathilde Trampedach, le reconocía que «nunca he vivido un domingo tan sagrado; la impresión interior de pureza y amor no me abandonó un momento, y durante todos aquellos días la naturaleza no fue para mí sino un espejo de esa fuerza y ese amor. Ha planeado usted sobre mí como un yo superior, como un *yo* muy superior. Y capaz, sin embargo, más de incitar el yo propio que de hacerlo sentirse disminuido... Me siento ahora más sano y más libre, y los deberes que tengo ante mí, y a cuyo cumplimiento tendré pronto que entregarme, no me atormentan. Cómo me hubiera gustado tenerla cerca de mí para preguntarle algo para lo que sólo una moralidad y una naturaleza muy superiores a las mías pueden tener respuesta... Uno de los motivos más altos de los que he podido tener presentimiento y noticia a través suyo es el del amor maternal sin el vínculo físico entre madre e hijo... ¡Regáleme algo de este amor, venerada amiga mía, y vea usted en mí alguien que necesita, ay, y cómo sentirse hijo de una madre así!»

Pero Nietzsche encontró muchas cosas más en este libro, que pasó a alabar, prestar y regalar a todos sus amigos. Puede decirse que una impresión así por parte de una obra no genuinamente filosófica sólo le causó *El veranillo de San Martín* de Stifter. Es de suponer que vería con asombro cuántas de las luchas internas que se concitaban ahora en su ser habían sido experimentadas y vividas anticipatoriamente ya por Malwida y con qué brillantez sabía formular ésta no pocas cosas para las que él no había encontrado aún una verbalización clara.

En el prólogo expone la misma idea que Wagner había expuesto ya en boca de Hans Sachs[259] en *Los maestros cantores*, y que venía, en definitiva, a constituir también la sustancia de la *Proclama a los alemanes* de Nietzsche: «No me despreciéis a los maestros... Conceded vuestro favor a su obra, y aunque el Sagrado Imperio Romano se hunda en la niebla, que el santo arte alemán quede para nosotros.» Malwida hacía suya esta exhortación a una Alemania en trance de politización creciente[165]: «Sí, pueblo alemán, no olvides lo mejor: tu espíritu primigenio, el más originariamente tuyo, tal y como lo ves reflejado en tus genios, en tus altos y nobles espíritus... Tus genios te indican el camino. Agrúpate en torno a ellos, escú-

chalos y obedécelos, porque en ellos honras la plenitud ideal de tí mismo.» Que este rendimiento tenía que ser de relevancia ética, es cosa que venía a quedar clarificada en la tercera edición: «Quien, sea hombre o libro, no sirva con su existencia a un objetivo ético superior, quien no busque otra cosa que su propio beneficio o gloria, acabará por verse destruido.» Este prólogo, añadido en 1881, revela, por una parte, la influencia de las ideas educativas de Nietzsche, y por otra puede verse como una advertencia dirigida a él mismo, a quien veía ya encaminarse por otras rutas, una advertencia de la que Nietzsche no tomó, en cualquier caso, nota perceptible: «Cultura en el sentido más alto no es mero saber, ni capacidad particular, especialmente desarrollada... Es más bien el empapamiento ético del ser entero, el sol central del que salen los rayos en todas las direcciones...»

Al centro de su propia problemática apuntaban también las confesiones de Malwida[165] sobre su propia lucha interior con la dogmática cristiana: «El dogma de la redención me dio mucho que pensar. Por mucho que me esforzaba por comprenderlo... no veía en él sino contradicciones. Dios, que tenía que ser sabiduría y bondad máximas, ¿podía crear a los hombres, al hombre con la capacidad de la libertad... a la vez que lo condenaba a una ciega obediencia? Le había dado el paraíso con la condición de que permaneciera esclavo. Tan pronto como el hombre afirmó su individualidad y se hizo realmente hombre, tan pronto como pasó a juzgar por sí mismo, se vio arrojado del paraíso, y no sólo él, sino toda su descendencia hasta el eslabón más lejano... Todo esto había sido, en definitiva, ordenado de acuerdo con una predestinación tan irrevocable con vistas a que un ser individual, Dios y no Dios a un tiempo, se ofreciera en sacrificio para salvar a la humanidad de una culpa que no había cometido... Por mi parte, aún no había sentido nunca la necesidad de un mediador y salvador. Me había parecido siempre que el corazón tenía que encontrar a Dios sin mediación...» Y sobre el problema de la inmortalidad, a propósito del que Nietzsche no había tomado nunca una posición tan tajante como la aquí expuesta, Malwida se pronunciaba con una cita de una carta de su prometido Theodor Althaus: «Si quisiera ponerme a hablar de inmortalidad, entonces toda rosa, toda guirnalda primaveral, el canto de ruiseñor y todo cuanto deleita mi corazón tendría que venir conmigo... Sólo hay inmortalidad en la poesía.» Nietzsche sacó más tarde la consecuencia opuesta: afirmó el eterno retorno de lo mismo. Por su parte, Malwida se expresaba así a propósito de esta cuestión: «Se me hizo bien difícil renunciar a la fe en la inmortalidad personal. Había amado mucho esta fase magnífica del egoísmo personal, esta presentación poética de un yo dispuesto a autoafirmarse eternamente, este sueño de un amor que no quiere morir.» ¿Incitó asimismo a Nietzsche este amor en el egoísmo a tal presunción poética? Malwida se sometió a la idea de la caducidad personal, viniendo finalmente a exponer del modo más materialista la evolución de los átomos. Sólo vino a reconocer inmortalidad inconsciente a la materia, viendo surgir las flores de los átomos de una cabeza de poeta. Y al hilo de la lectura de *La esencia del Cristianismo* de Feuerbach, confesaba: «Pero son ideas que me resultan familiares de antiguo: se trata de conclusiones a las que yo misma he llegado, sin atreverme nunca a reconocerlo.»

Otra dimensión de su vida interior debió sentirse afectada por esto: «En la amistad y en el amor ocurre como en el arte. Tiene que haber misterio. La obra de arte que no nos procura revelaciones nuevas cada vez que nos abismamos en ella, pronto deja de atraernos. El ser cuya alma no nos deja entrever de modo constante nuevos secretos, pasa a sernos indiferente. El amor verdadero, la amistad verdadera, son inseparables del desvelamiento incesante de nuevas riquezas interiores.[165]»

También sus descripciones de la naturaleza, su vivencia del Sur, vinieron a formar su propio mirar; Malwida puede ser bien considerada como la precursora de lo que constituye la magia impresionista de sus escritos posteriores y, concretamente, del *Zaratustra*. «El mar se me presentó a una luz distinta. Vi romperse sus olas, de un azul profundo, en arrecifes pintorescos, cubiertos de plantas lujuriosas, de mirtos floridos y brezos de ramaje alto... Descansé en claros torrentes, que corren hacia el mar y rodean pequeños islotes, sobre los que florecen de manera silvestre adelfas rojas y blancas.» Y en lo que hace a la vivencia del mundo montañoso (con ocasión del regreso del Sur de Francia a través del Delfinado), el modelo tiene también sus raíces en Malwida: «Miré hacia las altas cumbres blancas que refulgían a los rayos de un sol frío, y me pareció ver inscrito con letra diamantina en el hielo mi destino... "¿Quieres asumir la tarea y no retroceder ante los sacrificios que te imponga?"... "Sí, asumo la tarea; seguiré sin vacilar el camino solitario por el que marchan quienes buscan la verdad."»

El título del *Zaratustra* «De las transformaciones del espíritu» podría encabezar las siguientes líneas[165]: «Percibí que había dejado de ser la criatura dulce, presta siempre a ceder y que para no herir a nadie se sometía a todo... percibí que en lo sucesivo no tendría otro hilo conductor que mi conciencia y que sólo haría lo que ésta me prescribiera.» Hasta conseguir tal dureza de acento confesional Nietzsche aún iba a necesitar años. Frente a sus parientes en Naumburg ocultaba, en efecto, una y otra vez lo diferente de su ser. De ahí que Malwida se le representara como un «yo superior», cuya altura nunca alcanzaba. En este sentido permaneció unido a ella, que fue uno de sus interlocutores esenciales, cuyos puntos de vista integró parcialmente en su propio pensamiento, o se pronunció polémicamente contra ellos. Es precisamente en el *Zaratustra* donde más evidentes resultan las huellas de este diálogo. Encontramos así, en efecto, la idea fundamental del capítulo «Del pálido delincuente» en la conmovedora descripción que de sus vivencias con el revolucionario francés Barthélemy, a quien veneraba por la nobleza de su carácter, y que llevado

de su pasión indomable vino a convertirse en un asesino, y a acabar sus días en la horca, dejó Malwida: «¡Si hubiera una justicia como es debido, una justicia que no enjuiciara los hechos de los hombres de acuerdo con un patrón de medida, sino a tenor de la naturaleza de quien los comete, y de los motivos interiores esenciales de su acción y de los efectos de la misma, si esta justicia existiera, Barthélemy habría tenido que ser absuelto, por los dolores que le colmaban, por los remordimientos de que había sido capaz!» Encontramos otra idea básica en la dedicatoria —citada por Malwida— que Alexander Herzen puso en su libro *Desde la otra orilla* al hacérselo llegar a su hijo: «No construimos, destruimos; no anunciamos buena nueva alguna, arrinconamos la vieja mentira. El hombre actual, ese triste *pontifex maximus*, sólo puede tender los puentes. Otro, desconocido, futuro, los atravesará. No te quedes en la vieja orilla; resulta preferible sucumbir con ella.» De este desconocido, de este hombre futuro habló Malwida una y otra vez, refiriéndose a él como un creador modélico, hasta llegar, discutiendo con una amiga, a la idea misma de engendramiento programado de estos seres nuevos[165]: «Mrs. Bell y yo llegamos... a la conclusión de que resultaría de lo más ventajoso poner un límite natural, noble, al brutal impulso genésico, mediante una cultura superior y la capacitación para la producción espiritual, de tal modo que sólo fueran producidos unos pocos, pero nobles y perfectos, ejemplares de la especie humana. Recordamos juntas la leyenda de aquella reina oriental, un ser espiritual y corporalmente perfecto, que se entregó a Alejandro el Grande para engendrar con él un hijo llamado a ser una imagen humana perfecta. Y llegamos a la conclusión de que una humanidad noble y perfecta sólo podía surgir de unirse los tipos mejores para dar al ser humano, con total consciencia artística, como si se produjera, en fin, una verdadera obra de arte, la vida.» «Quisiera, sí, que la tierra temblara convulsa si un sujeto y un ganso se aparearan», podríamos añadir a estas líneas, entresacando la cita del *Zaratustra*. Del todo entregado a su camino de «crear uno», bien tenía que encontrarse a sí mismo al leer estas palabras: «Hablamos sobre el arte de la vida en general y sobre cuán pocos, incluso entre los excelentes, saben velar por que la vida no se pierda en la fragmentación, por no hundirse en la insidiosa "charla mundana" y por salvar el tiempo fugitivo del que disponemos para "lo único necesario" en el sentido ético más alto... porque la tarea más alta de la educación tendría que ser la de configurar este arte de la vida de cara a que la existencia entera no fuera sino un desvelar y elaborar esta idea sublime en nosotros, esa idea con la que nosotros mismos nos configuramos como obra de arte máxima y podemos redimir la vida de las cadenas de la "nada en movimiento eterno".»

Tomando como base esta confesión y las posiciones que ella revela, también en Malwida cabría situar parte de esa fuerza impulsora que llevó a Nietzsche a abandonar la cátedra, a asumir su «sacrificio» y a entregarse a su tarea verdadera.

Total identidad de puntos de vista tuvo que percibir Nietzsche: «Al hombre sólo le importa de verdad el individuo; a tenor suyo mide la importancia de los siglos, a él orna con la corona de la inmortalidad, en él ama a la humanidad.»

También se encontraron en el común entusiasmo por ciertos poetas, como cuando pudo ller[165]: «El único lugar realmente de mi agrado era el viejo jardín del castillo (en Bad Homburg)... Iba ahí a menudo sola a leer, con singular complacencia, las obras de un poeta que por aquellas fechas apenas era conocido en Alemania, y nada fuera de ella. Me refiero a Friedrich Hölderlin.» O al hilo de sus finas y penetrantes reflexiones sobre el destino del poeta —destino que fue también el de Lenau—: la locura. El gran peligro que ronda a los hombres excepcionales, dotados de una fantasía enormemente rica, acabar en la locura, era una amenaza bajo la que ya en 1876 sufría Nietzsche también. «Un fantasma amenazador como punto de mira en la línea del horizonte de algún que otro talante juvenil creador y singularmente dotado», de acuerdo con su exacta caracterización. También venía a verse confirmado en su devoción por otro poeta al percibir el entusiasmo con que Malwida hablaba de «los poemas, creados en el manantial mismo del dolor, por el mayor y más noble poeta italiano desde Dante, Giacomo Leopardi.» La relación entre *Genio y Locura* había sido mostrada en toda su agudeza en la obra de Cesare Lombroso publicada en 1864[150]; la fragilidad de la existencia del genio le era bien conocida a Nietzsche, y no en último lugar por el destino juvenilmente vivido de su amado Robert Schumann, incluso en lo que a él podía afectarle. Enteramente tocado debió, pues, sentirse por una carta de Alexander Herzen a Malwida, de la que ésta le informó, en la que de un modo concluyente y para Nietzsche harto orientativo Herzen daba respuesta a una pregunta por la que bien pronto se había sentido perseguido a consecuencia de una enfermedad que cada vez le agobiaba más: «Nada espero ya de la vida ni nada le exijo, pero la vida todavía me impone sus exigencias, de las que no puedo evadirme. La consciencia de ello me ha hecho volverme atrás por dos veces del suicidio, al que he mirado con tan tranquila seguridad a la cara, que creo tener derecho a él.»

Sumida en su situación actual, en el intento, cultivado año tras año, de encontrar una síntesis entre vocación y profesión, un compromiso entre la voz de un deber interior y la obligación externa, la experiencia vital de Malwida tuvo que sonarle como una advertencia: «Sentí del modo más profundo cuán necesaria le resulta a un carácter fuerte la independencia, esto es, la posibilidad de conformar su vida exterior de acuerdo con su necesidad interior, de autoafirmarse en sus circunstancias y situación. La paz de que disfruta el espíritu cuando puede vivir de acuerdo consigo mismo es la única dicha realmente indestructible.» Y añadía así —bajo la influencia del arte y de la personalidad de Wagner— lo que de modo irrenunciable pertenece a esta dicha: «Veía de nuevo con total claridad

que una vida sin música es harto precaria, una travesía del desierto sin el refrescante consuelo del maná celestial.[165]» Igual idea —la idea de que la vida sin música es «una penosa batalla»— encontramos, doce años más tarde, en una carta de Nietzsche.

Las *Memorias* de Malwida von Meysenbug se revelan, pues, como uno de los libros con los que Nietzsche mantuvo una relación más fructífera, lo que explica que sintiera la necesidad de sostener pronto una conversación directa, larga y profunda, con la autora. Para ello no se veía, en principio, más que la posibilidad, un tanto lejana, de un reencuentro, al fin, casi tres años más tarde, con ocasión de los Festivales de Bayreuth, en julio-agosto de 1876. También Malwida sentía la necesidad de este encuentro espiritual, y trazó el plan de un año de vacaciones en Italia, al que Nietzsche asintió con rapidez y decisión inusitadas.

Lo que a Malwida le importaba, ante todo, era liberar espiritualmente a su joven amigo de la coacción y de la necesidad del trabajo docente. Dada su lejanía no podía percibir lo urgente que estas vacaciones le resultaban a Nietzsche, dado su estado físico general. Y tampoco Nietzsche le habló mucho de ello en sus cartas, a diferencia de lo que hacía en las cartas que enviaba a su familia, llenas siempre de lamentaciones. Lo único que conocía era su debilidad ocular, sobre la que Nietzsche tuvo que ponerle en antecedentes al explicarle la razón por la que algunas de sus cartas no iban escritas por su propia mano. De haber podido vislumbrar la situación en su conjunto, no se habría, sin duda, limitado a invitarle a tomarse un año de vacaciones, sino que le habría instado a abandonar totalmente la cátedra, como pasó a hacerlo a partir de 1877 y consiguió que Nietzsche hiciera al fin en 1879, aunque para entonces viniera a contar ya con un aliado mayúsculo: la poderosa enfermedad y postración del cuerpo de Nietzsche.

Heinrich Köselitz

El último conocimiento, y el más cargado, a la vez, de consecuencias, de estos años es el que trabó con Heinrich Köselitz, a quien dio el nombre artístico de *Peter Gast*, con el que ha venido a ser conocido también en la investigación nitzscheana.

Köselitz es la persona que, juntamente con la hermana, durante más tiempo y con las menores interrupciones estuvo en contacto tanto con la persona de Nietzsche como, más allá de su derrumbamiento y de su muerte, con su obra, y que más ha influido en el posterior destino de ésta. Murió el 15 de agosto de 1918, por lo que puede decirse que aún asistió a la enorme difusión de las obras de Nietzsche y al aumento de la consideración general por su figura, consideración a favor de la que tan decisivamente trabajó él mismo. Köselitz es uno de los pocos amigos más

jóvenes que tenía Nietzsche: contaba nueve años menos. Es posible que su amistad nunca fuera demasiado profunda, ni llegara a la intimidad del tuteo, a pesar de la proximidad y frecuencia del trato. Siempre quedó un resto, una barrera no eliminada. De ahí que Köselitz se mantuviera siempre en la distancia del discípulo lleno de veneración, como se presenta en sus cartas, y luego en la subalternidad de un colaborador, de un ayudante casi en el archivo nitzscheano de Elisabeth Förster-Nietzsche.

Precisamente aquello con lo que Nietzsche contó siempre como un presupuesto previo y operante en un Wagner que tenía 30 años más que él, una amistad genuina, es algo que a su vez no pudo dar a alguien más joven que él mismo, a pesar de haber dependido en algunos momentos totalmente de los servicios, la fidelidad y el espíritu de sacrificio de Köselitz, y no haber podido enviar a la imprenta alguna que otra de sus obras sin su diligente ayuda.

Sobre el origen y las bases espirituales de Köselitz informa con vibrante acento Carl Fuchs en un prólogo biográfico a su *Compendio temático de la ópera «El matrimonio secreto» de Peter Gast* (1890) basado, sin duda, en informaciones verbales del biografiado[94]: «Peter Gast nació el 10 de enero de 1854 en Annaberg, Sajonia, en el viejo paraje de las minas de plata de los montes Metálicos, cerca de la frontera con Bohemia. Al igual que el carácter alemán del sur y el del norte chocan en la cumbre de aquellas montañas, ambos elementos confluyen también en él por su origen: su padre (industrial y primer teniente de alcalde) pertenece a una familia patricia de la región; su madre es vienesa. Destinado por los suyos a ingeniero de montes, pronto obedeció su impulso interior y se dedicó a la música. En 1872 se trasladó a Leipzig, donde siguió cursos de filosofía y se preparó para la creación musical. Su profesor principal fue uno de los más brillantes sucesores de J. S. Bach en su cargo, el profesor E. F. Richter. En aquella época, en la que la juventud aún se sentía poseída por el sentimiento profundo de las victorias de los años 70, en la que la esperanza en la realización posible de los Festivales de Bayreuth no hacía sino crecer, en la que Schopenhauer y Wagner eran tomados cada vez más seriamente y ejercían un gran poder sobre los espíritus soñadores, en aquella época entró también en contacto Peter Gast con las primeras producciones de Nietzsche..., que fueron determinantes para su evolución posterior, precisamente por ir, partiendo de Schopenhauer y Wagner, más allá de ellos. Tuvo la sensación, frente a Nietzsche, de estar ante uno de los grandes, ante un visionario de su pueblo, ante un poder daimónico cuya voz tuvo que hacer suya de inmediato. Impulsado por esta exigencia, se trasladó en 1875 a la universidad de Basilea..., y pudo gozar de la amistad y de las enseñanzas de este hombre extraordinario. Se interesaba también de modo muy especial por las personas y las formas de pensar de Franz Overbeck y Jacob Burckhardt. Del primero le atraía su condición de máximo conocedor, profundo e imparcial, de la historia de la iglesia,

que una vida sin música es harto precaria, una travesía del desierto sin el refrescante consuelo del maná celestial.[165]» Igual idea —la idea de que la vida sin música es «una penosa batalla»— encontramos, doce años más tarde, en una carta de Nietzsche.

Las *Memorias* de Malwida von Meysenbug se revelan, pues, como uno de los libros con los que Nietzsche mantuvo una relación más fructífera, lo que explica que sintiera la necesidad de sostener pronto una conversación directa, larga y profunda, con la autora. Para ello no se veía, en principio, más que la posibilidad, un tanto lejana, de un reencuentro, al fin, casi tres años más tarde, con ocasión de los Festivales de Bayreuth, en julio-agosto de 1876. También Malwida sentía la necesidad de este encuentro espiritual, y trazó el plan de un año de vacaciones en Italia, al que Nietzsche asintió con rapidez y decisión inusitadas.

Lo que a Malwida le importaba, ante todo, era liberar espiritualmente a su joven amigo de la coacción y de la necesidad del trabajo docente. Dada su lejanía no podía percibir lo urgente que estas vacaciones le resultaban a Nietzsche, dado su estado físico general. Y tampoco Nietzsche le habló mucho de ello en sus cartas, a diferencia de lo que hacía en las cartas que enviaba a su familia, llenas siempre de lamentaciones. Lo único que conocía era su debilidad ocular, sobre la que Nietzsche tuvo que ponerle en antecedentes al explicarle la razón por la que algunas de sus cartas no iban escritas por su propia mano. De haber podido vislumbrar la situación en su conjunto, no se habría, sin duda, limitado a invitarle a tomarse un año de vacaciones, sino que le habría instado a abandonar totalmente la cátedra, como pasó a hacerlo a partir de 1877 y consiguió que Nietzsche hiciera al fin en 1879, aunque para entonces viniera a contar ya con un aliado mayúsculo: la poderosa enfermedad y postración del cuerpo de Nietzsche.

Heinrich Köselitz

El último conocimiento, y el más cargado, a la vez, de consecuencias, de estos años es el que trabó con Heinrich Köselitz, a quien dio el nombre artístico de *Peter Gast*, con el que ha venido a ser conocido también en la investigación nitzscheana.

Köselitz es la persona que, juntamente con la hermana, durante más tiempo y con las menores interrupciones estuvo en contacto tanto con la persona de Nietzsche como, más allá de su derrumbamiento y de su muerte, con su obra, y que más ha influido en el posterior destino de ésta. Murió el 15 de agosto de 1918, por lo que puede decirse que aún asistió a la enorme difusión de las obras de Nietzsche y al aumento de la consideración general por su figura, consideración a favor de la que tan decisivamente trabajó él mismo. Köselitz es uno de los pocos amigos más

jóvenes que tenía Nietzsche: contaba nueve años menos. Es posible que su amistad nunca fuera demasiado profunda, ni llegara a la intimidad del tuteo, a pesar de la proximidad y frecuencia del trato. Siempre quedó un resto, una barrera no eliminada. De ahí que Köselitz se mantuviera siempre en la distancia del discípulo lleno de veneración, como se presenta en sus cartas, y luego en la subalternidad de un colaborador, de un ayudante casi en el archivo nitzscheano de Elisabeth Förster-Nietzsche.

Precisamente aquello con lo que Nietzsche contó siempre como un presupuesto previo y operante en un Wagner que tenía 30 años más que él, una amistad genuina, es algo que a su vez no pudo dar a alguien más joven que él mismo, a pesar de haber dependido en algunos momentos totalmente de los servicios, la fidelidad y el espíritu de sacrificio de Köselitz, y no haber podido enviar a la imprenta alguna que otra de sus obras sin su diligente ayuda.

Sobre el origen y las bases espirituales de Köselitz informa con vibrante acento Carl Fuchs en un prólogo biográfico a su *Compendio temático de la ópera «El matrimonio secreto» de Peter Gast* (1890) basado, sin duda, en informaciones verbales del biografiado[94]: «Peter Gast nació el 10 de enero de 1854 en Annaberg, Sajonia, en el viejo paraje de las minas de plata de los montes Metálicos, cerca de la frontera con Bohemia. Al igual que el carácter alemán del sur y el del norte chocan en la cumbre de aquellas montañas, ambos elementos confluyen también en él por su origen: su padre (industrial y primer teniente de alcalde) pertenece a una familia patricia de la región; su madre es vienesa. Destinado por los suyos a ingeniero de montes, pronto obedeció su impulso interior y se dedicó a la música. En 1872 se trasladó a Leipzig, donde siguió cursos de filosofía y se preparó para la creación musical. Su profesor principal fue uno de los más brillantes sucesores de J. S. Bach en su cargo, el profesor E. F. Richter. En aquella época, en la que la juventud aún se sentía poseída por el sentimiento profundo de las victorias de los años 70, en la que la esperanza en la realización posible de los Festivales de Bayreuth no hacía sino crecer, en la que Schopenhauer y Wagner eran tomados cada vez más seriamente y ejercían un gran poder sobre los espíritus soñadores, en aquella época entró también en contacto Peter Gast con las primeras producciones de Nietzsche..., que fueron determinantes para su evolución posterior, precisamente por ir, partiendo de Schopenhauer y Wagner, más allá de ellos. Tuvo la sensación, frente a Nietzsche, de estar ante uno de los grandes, ante un visionario de su pueblo, ante un poder daimónico cuya voz tuvo que hacer suya de inmediato. Impulsado por esta exigencia, se trasladó en 1875 a la universidad de Basilea..., y pudo gozar de la amistad y de las enseñanzas de este hombre extraordinario. Se interesaba también de modo muy especial por las personas y las formas de pensar de Franz Overbeck y Jacob Burckhardt. Del primero le atraía su condición de máximo conocedor, profundo e imparcial, de la historia de la iglesia,

y del segundo, su condición de conocedor no superado del arte e historiador de la baja Antigüedad (primer constantinismo) del Renacimiento emergente. Así, y después por sus propios caminos, se hizo Gast con unos conocimientos de la evolución entera del pensamiento, del sentimiento y de la intuición humanos, esto es, de la historia de la filosofía, de la religión y del arte, incluidas las artes figurativas, así como de las literaturas antiguas y modernas, que le situaban muy por encima del nivel corriente de saberes y de la capacidad común de juicio del músico "de profesión".»

En esta breve *laudatio* figuran ya todas las claves para la comprensión de lo singular y vinculante en esta relación amistosa, así como también de la problemática de la veneración de Köselitz por Nietzsche.

El propio Köselitz narra muy plásticamente su primer encuentro y el trato de la primera época con Nietzsche en el *Prólogo* al cuarto volumen de las *Cartas reunidas*[7], que contiene exclusivamente las cartas escritas por Nietzsche a él, por desgracia no sin alguna «reelaboración redaccional».

«Cuando en 1872-74 seguía estudios de contrapunto y composición con el catedrático de Leipzig E. F. Richter, mi amigo Widemann me llamó un día la atención sobre un libro que le había gustado máximamente. Se trataba de *El nacimiento de la tragedia desde el espíritu de la música*. También a mí me causó este libro una impresión sin precedentes... y como todavía estábamos plenos del estudio de Schopenhauer y de los escritos de Wagner... creíamos poseer ya en nosotros algunos de los presupuestos modernos desde los que el libro resultaba inteligible. Dejemos abierta la cuestión de lo lejos que llegaba nuestra comprensión del mismo. En cualquier caso, percibíamos... que *El nacimiento de la tragedia* es una protesta gigantesca del hombre artístico y heroico contra las consecuencias debilitadoras de la voluntad y del instinto de nuestra cultura alejandrina... Cuando Nietzsche adujo, apoyándose en David Strauss, un ejemplo de ello, y en la segunda *Intempestiva* opuso al árido cultivo de la historia su ideal de la gran concepción de la misma, con la mayor comprensión de su espíritu creció también en nosotros la admiración por él, que pronto se extendió a otros. Entre éstos figuraba el amigo de Widemann, Ernst Schmeitzner. Había optado por dedicarse a la edición de libros. Schmeitzner fundó en 1874 su editorial en Chemnitz, a donde marchó con él su amigo Widemann, que le indujo a encargarse de las publicaciones de Nietzsche, tanto de las antiguas como de las nuevas, a las que Fritzsch había renunciado, así como de *El sentimiento cristiano de nuestra teología actual* de Overbeck. «En el verano de 1875 mi amigo Widemann volvió a Leipzig con la intención de continuar sus estudios universitarios; allí maduró en nosotros la decisión de trasladarnos a Basilea a causa de Nietzsche. Provistos de recomendaciones de Schmeitzner llegamos, vía Bayreuth, a mediados de octubre de 1875 a Basilea... Comprando unos libros solicitamos a quien nos atendía una fotografía de Nietzsche, ya que en el escaparate se veían algunas de catedráticos de Basilea... Nuestro asombro no tuvo límites

cuando oímos por toda respuesta: "¿Cómo, el profesor Nietzsche? ¿Hay un catedrático de ese nombre aquí?"... Cuando poco tiempo después fuimos a cumplimentarle, su aspecto exterior nos dejó atónitos. ¡Parecía un militar, no un "erudito"!... Como nos imaginábamos al autor del Anti-Strauss no exento de alguna rudeza, su bondad, su seriedad interior, la ausencia de todo sarcasmo nos impresionaron literalmente... Daba la impresión de un eminente autodominio. Severo en lo tocante a sí mismo, severo en lo tocante a las cuestiones de principio, en su enjuiciamiento de las personas era, por el contrario, de una benevolencia suma. A nosotros mismos nos favoreció mucho este rasgo suyo. Nada más vernos ante su presencia nos dimos cuenta ya de ello. "Pero si ya conozco a los señores", exclamó con dignidad bien entonada. Admirados de tener tal honor, nos enteramos de que había coincidido con nosotros en aquella librería y de que nos había tomado por los amigos de cuya llegada estaba avisado por Overbeck. Así planteadas las cosas, toda nuestra timidez desapareció; la conversación ulterior giró en torno a nuestros planes de estudio... Como cursos principales habíamos escogido: "Antigüedades del culto religioso de los griegos" e "Historia de la literatura griega" con Nietzsche; "Historia de la literatura cristiana hasta Eusebio" con Overbeck; "Historia de la cultura griega" y "Arte de la Antigüedad" con Burckhardt... Concertó paseos con nosotros, del primero de los cuales guardo un vivo recuerdo; Overbeck participaba también. Creí que mi amigo Widemann estaba más familiarizado con Nietzsche que yo, pero tan pronto como comenzamos a pasear, la conversación a cuatro se convirtió en dos diálogos: entre Overbeck y Widemann y entre Nietzsche y yo:.. El primer tema que discutí con Nietzsche, dada mi condición de músico, fue la polémica Gluck-Piccini... Nietzsche consideraba simplemente imposible una polémica entre dos gustos tan pronunciados: "El cu-cú difícilmente reconocería que el gorjeo del ruiseñor también es una expresión anímica adecuada..." Nietzsche nos invitó varias veces aquel semestre a visitarle por la tarde en su casa... En estas veladas teníamos la dicha de oírle tocar el piano... El toque de Nietzsche era muy intenso, sin ser duro, adecuado a su forma de interpretar, polifónico, de gradación diversificada, de tal modo que de su sonido orquestal se destacaban claramente aquí la trompa o la flauta y los violines, allí los trombones...

»Pero no comencé a tener una relación más estrecha con Nietzsche hasta el momento en que me comunicó que tenía comenzada, y detenida, una *Consideración intempestiva* sobre Richard Wagner. Esto fue aproximadamente a finales de abril de 1876, cuando mi amigo Widemann nos abandonó para cumplir sus deberes militares. Como Nietzsche vio cuán grande era mi interés por ese fragmento wagneriano, me lo entregó para que me lo llevara a casa. Leí y leí con entusiasmo creciente, y cuando se lo devolví no pude menos de decirle que sería de lamentar que esta *Consideración* permaneciera fragmentaria para siempre. En su opinión, se

trataba de un escrito excesivamente personal y, en consecuencia, impublicable. Algunos días después me dijo: "Repasando el cuaderno se me ha ocurrido que tal vez pudiera darle a Wagner una alegría con esas páginas el próximo 22 de mayo (que cumple 63 años). Tendré que mandar sacar una copia." Me ofrecí para hacérsela y se la llevé. Pareció gustarle y revitalizó su interés por su propio escrito, de modo que en lugar de mandar la copia a Bayreuth decidió convertirla en un manuscrito listo ya para la imprenta, acabó los tres últimos capítulos que aún faltaban, hizo el envío a Schmeitzner y el libro vio la luz como homenaje a Wagner con ocasión de los primeros Festivales de Bayreuth. A partir de ese momento pasé a ayudar a Nietzsche bien escribiendo al dictado, bien leyéndole en voz alta, al principio aún pocas veces, pero hacia septiembre de 1876 ya casi a diario hasta que partió para Sorrento, y luego en el semestre de invierno del 77/78 hasta mi viaje a Venecia (abril del 78). A partir de la 4.ª *Intempestiva* y hasta finales de 1888 leí junto con él las pruebas de imprenta de todas y cada una de las obras suyas que fueron sucediéndose, sin excepción.»

Pero la verdad es que Köselitz no se limitó a leer *junto con él* las pruebas de imprenta; intervino activamente en el texto, en parte estilísticamente, incluso mejorando la expresión. Con ello se sitúa en las antípodas de Malwida von Meysenbug. Porque si Malwida no impulsó ninguna de las obras, pero sí algunas de las ideas de Nietzsche, bien provocándole a hacerse con ellas, bien incitándole a tomar una posición contraria a la suya, Köselitz intervino, una vez consumado *ya* el proceso creador, dando aquí o allá un último toque; si siempre para bien, es una cuestión disputada de la filología y de la hermeneútica nitzscheana. Como hecho histórico-biográfico no puede, de todos modos, ser puesto en duda.

Si la narración de Köselitz es cierta, si realmente influyó para que la publicación de la 4.ª *Intempestiva* («Richard Wagner en Bayreuth») llegara a resultar posible contra las —a lo que parece— poderosas dudas de Nietzsche acerca de la justificación de dar un escrito así al público, nos encontraríamos con que esta primera irrupción del «discípulo» al cabo de un conocimiento de sólo medio año estaba llamada a ser harto importante, importante para ambos, ya que constituiría el punto de partida de un entrelazamiento de sus destinos lleno de altibajos, pero indisoluble, que para Köselitz tendría como contrapartida el problemático precio de una fama secundaria, de la completa pérdida de su propio camino vital, en tanto que para Nietzsche habría representado la obtención de un apoyo valioso en no pocas de las dificultades de su existencia exterior; en la importancia de Köselitz para la comprensión de la vida nitzscheana a lo largo de varios decenios no cabe entrar aquí.

En los años siguientes a 1872 Nietzsche encontró, pues, algunos compañeros fieles de ruta, en parte incluso amigos verdaderos, de modo que su despedida de Wagner, tal como habría de consumarse en los próximos

meses, no representaría una vía hacia la soledad, y la lenta liberación respecto del freno que hasta entonces le había sujetado resultaría así factible y alcanzaría a realizarse sin peligro.

Capítulo 18
DESPEDIDA DE BAYREUTH

El intento desarrollado durante años de unir en una síntesis profesión y vocación, inserción en una existencia burguesa y libertad existencial, pasó a revelarse con claridad creciente como algo sin salida. Su estado de salud, en proceso de rápido agravamiento, dejó simplemente de estar en condiciones de soportar la sobrecarga debida a una escisión interna cada vez más chirriante. Pieza a pieza, aunque todavía muy despacio, vino así a consumarse el desmontaje a lo largo de tres años completos.

Cauta economía de las fuerzas

En un primer paso, Nietzsche aún se aligera más de su actividad docente, como viene a escribir el 16 de mayo de 1876 a Rohde: «... pero tampoco me esfuerzo mucho y exhibo a mis estudiantes un par de viejos y dóciles caballitos, que puedo cabalgar casi medio dormido.» Nietzsche se refería a las lecciones sobre los filósofos preplatónicos, así como sobre la vida y doctrina de Platón, y al seminario sobre Hesíodo; en el instituto pedagógico leía con sus alumnos además del *Alcestes* de Eurípides fundamentalmente fuentes socrático-platónicas. Nada oímos en este período de una lectura propia que fuera más allá de esto. Si en el anterior semestre de invierno sacó de la biblioteca de la universidad además de una ingente masa de bibliografía especializada, la historia de Inglaterra de Ranke, en el semestre de verano no fue más allá, en sus peticiones, de lo que inexcusablemente necesitaba para la preparación de su programa docente[183].

También reduce sus relaciones humanas. Deja de ir a «reuniones sociales». Estrecha su trato con Köselitz, porque le resulta de gran ayuda, y con Jacob Burckhardt, a quien ve casi a diario en la escuela, mantiene

una «relación familiar», como escribía el 23 de mayo a Rohde, cuyo nuevo libro —*La novela griega y sus antecedentes*— lee y comenta ahora con Burckhardt. Parece que ambos, incitados por el curso de Burckhardt sobre «Historia de la cultura griega[64]» y su común discípulo Köselitz encontraron otra vez temas de conversación capaces de unirles. En lo que hace a la música —y, sobre todo, a Wagner, a quien Burckhardt había caracterizado el 27 de febrero, dirigiéndose al barón von Preen[61], como el «asesino de la ópera actual»— es de suponer que guardarían silencio.

Casi todas las amistades de estos años tenían intereses musicales, es más, puede decirse que Nietzsche buscaba siempre el conocimiento de músicos (entre otros, de todos los directores de orquesta más relevantes de su tiempo). Sólo con Jacob Burckhardt, que en sí era un hombre de temperamento muy musical, le faltaba este vínculo. Las posibilidades de mantener su buen entendimiento corrían incluso un grave peligro por razones de «credo» musical. Cabe percibir lo mucho que esto preocupaba a Nietzsche en una nota que figura en los trabajos preparatorios de la cuarta *Intempestiva*[1]: «Los que por desesperación se retraen, como Jacob Burckhardt.» Este es un punto que Nietzsche no llegó a desarrollar. ¿Para evitar una discusión abierta?

Inmediatamente después de su regreso de Ginebra, el 14 de abril, Viernes Santo, y el día siguiente, escribe a Malwida von Meysenbug, a Erwin Rohde, Carl von Gersdorff, Heinrich Romundt —y Mathilde Trampedach—; después calla como corresponsal epistolar durante un mes. La carga de la correspondencia con la madre, en Naumburg, fue, sin duda, asumida por Elisabeth. Sólo el 11 de mayo comienza otra vez una breve serie de cartas a Malwida von Meysenbug, al doctor Carl Fuchs, a Richard Wagner (con ocasión de su cumpleaños el 22 de mayo), e incluso dos a Gersdorff y cuatro a Rohde. El tema dominante en todas ellas es Bayreuth, los primeros Festivales en agosto de 1876.

Al lado de esto, el curso entero del mundo desaparecía para él. También Jacob Burckhardt tenía planes de viaje para el final del semestre, por eso se cuestionaba seriamente su realizabilidad. De ambas cosas tenía que haberse enterado Nietzsche en alguna de las «conversaciones íntimas» que mantenía con él. El 3 de julio escribía Burckhardt a Friedrich von Preen: «A finales de julio viajaré al Tirol y luego al norte de Italia, si Austria no llama a las armas..., pero me temo que el 28 de julio el mundo ofrezca un aspecto poco pacífico, por no decir: en estado de guerra... Tan pronto como el destino de la Monarquía austríaca sea arrojado por la borda, serán muchos, y bien diferentes a nosotros los que tendrán que suspender sus viajes de vacaciones.» Serbia y Montenegro se habían movilizado ya en junio y habían declarado la guerra a Turquía. También Rusia ansiaba los territorios bajo dominio turco en los Balcanes, pero se retraía, de momento, ante la amenaza de la Monarquía danubiana. El conflicto que dibujaba su presencia en el horizonte no era, pues, pequeño.

También en la política de Basilea estaban soliviantados los ánimos. Burckhardt continuaba así: «¡Hoy hay aquí gran reunión del Consejo para la construcción del puente, y aún... no sé si el puente que crece de manera tan horrible tiene mayoría! Toda esta política es una calamidad.» Se trataba del puente de piedra que ascendía desde la orilla más baja de la parte antigua de Basilea hasta la colina de la catedral, y sobre el que Burckhardt se manifestaba como experto en los siguientes términos[61]: «... Me he manifestado, siguiendo la opinión que creo mejor, contra todo puente situado en alto, porque de ese modo quedaría estropeada para siempre la mejor vista que tiene nuestra ciudad*.» Nada de todo esto percibimos en Nietzsche. Su mirada se centraba, como bajo un efecto hipnótico, en Bayreuth, y no por razón de las gratas expectativas que abrían los Festivales, sino porque al hilo de éstos iba saliendo a la luz un conflicto que se agudizaba en su interior.

El 16 de mayo solicita a Rohde que le procure unas entradas numeradas para un ciclo con destino a Köselitz, «un estudioso digno y veraz que tendría que sentarse en el caos de los asistentes a los Festivales de Bayreuth». Rohde le contestaba el 18 de mayo: «... una palabra sobre tu *musicum*. Mi *doble* patrocinio se ha revelado, por desgracia, como un malentendido... Pero quizá pudiérais ayudar al muchacho a oír en condiciones únicas las cuatro piezas pagando a escote los 100 táleros exigidos.» Cuán innecesario era este temor, porque aún habían sitios libres de sobra, es cosa que Nietzsche aún no podía suponer. Köselitz pudo, en cualquier caso, asistir a las representaciones sin la ayuda de Rohde.

Durante todo este tiempo su actividad literaria —no demasiado abundante, desde luego— se centra, asimismo, en el tema de Bayreuth. Con la ayuda de Köselitz, la 4.ª *Intempestiva*, cuya parte mayor databa del año anterior, había podido ser enviada ya a la imprenta. Nietzsche acabó la parte restante durante un fin de semana en el tranquilo y cercano balneario de Badenweiler, cerca de Müllheim, el 17/18 de junio.

Necesita de la tranquilidad exterior para ello, porque tiene que dar cima a este escrito luchando contra una contradicción interior que gana, de día en día, en violencia. De todos modos, hasta mediados de junio, y gracias a un prudente retiro en todos los órdenes, la salud se mantiene con altibajos, pero de manera soportable; en cualquier caso, no le obliga a faltar a su tarea docente. Pero el encuentro decisivo, cada vez más próximo, y la tensión anímica a que le condenaba, exigen al fin su tributo. El 7 de julio tiene que informar a Rohde: «... desde hace 3-4 semanas me encuentro otra vez miserablemente, y tengo que ver cómo me abro paso *hasta* y sobre todo *a través* de Bayreuth.»

* El puente quedó decidido el 28 de febrero de 1877 y pudo ser bendecido el 7 de junio de 1879, y corta, realmente, desde entonces la vista de la ciudad desde St. Albantal a la catedral.

El riesgo de la 4.ª Consideración intempestiva.

La 4.ª *Consideración intempestiva* «Richard Wagner en Bayreuth» ve la luz el 10 de julio, editada por Schmeitzner. Como de costumbre, Nietzsche dio al editor una lista de personas de su círculo de amigos y conocidos a quienes tenía que enviar directamente ejemplares; se trataba en total de 22. A algunos de los obsequiados escribió, además, una carta, y por supuesto también a aquél a quien el escrito venía ya dedicado en el título mismo: Richard Wagner. Y no pudo menos de hacerlo con dificultades enormes, temblando porque Wagner se diera cuenta del carácter escindido y, mejor aún, convulso, de estas «confesiones» y se lo tomara a mal. Nietzsche hizo frente a la tarea de esta carta, en la que daba cuerpo a la idea de la duda, y pedía de antemano perdón, con gran gasto de borradores previos. También estaba lleno de dudas en cuanto al destinatario posible: ¿tenía que dirigirse a Cosima como intermediaria, directamente a Wagner, o a ambos a un tiempo? Todos estos borradores contienen formulaciones muy similares de la misma idea básica[8]: «Ojalá haya conseguido decir, aquí o allá, en este escrito lo que ambos tenemos en común... Esta vez no me resta sino rogarle que lea el escrito como si no se tratara de usted ni viniera de mí... Cómo vaya a asumir usted esta vez estas confesiones es cosa que no puedo adivinar. Mi actividad literaria suele tener la desagradable consecuencia para mí de que cada vez que publico un escrito, algún aspecto de mis relaciones personales viene a hacer crisis y tiene que ser puesto otra vez en orden con un notable gasto de humanidad... Si reflexiono sobre lo que esta vez he osado, me siento conturbado y próximo al vértigo, y me parece que me va a ocurrir lo que al jinete que quiso cabalgar sobre el lago Constanza.»

Qué se decía realmente en la carta a Wagner es cosa que, por desgracia, nos ha quedado velada; en Wahnfried se «hizo limpieza» a fondo. Lo que Nietzsche osó, y osó, concretamente, contra sí mismo, lo que se arrancó de lo más profundo de su ser, sólo viene a quedar iluminado con la ayuda de las notas sobre el tema Wagner —que databan ya, algunas de ellas, de varios años antes— que figuran entre sus póstumos. Ya en enero de 1874, cuando el montaje entero de Bayreuth amenazaba seriamente con naufragar, se planteaba Nietzsche lo siguiente[1]: «El primer problema de Wagner: "¿por qué no se produce el efecto, si *yo* lo recibo?"», y Nietzsche ensaya varias respuestas. Así: «... la música no vale mucho, la poesía tampoco, el drama tampoco, el arte dramático a menudo se queda en mera retórica, pero el todo es unitario, y de altura», y ve ya como núcleo de la esencia wagneriana la disposición histriónica, juicio que todavía no lleva necesariamente una connotación infravalorativa, como en el escrito tardío *El caso Wagner* (1888), pero que tampoco es un elogio del compositor, sino que tiene que ser más bien asumido como afirmación resultante de un análisis psicológico-científico «axiológicamente neutral»:

«Un rasgo característico de Wagner: indocilidad, desmesura, llega hasta el último peldaño de su fuerza, de su sentimiento. Otro rasgo ha de cifrarse en su gran capacidad histriónica, una capacidad desplazada que se abre camino por vías que no son la directa: para ello le falta figura, voz y la necesaria modestia... Si Goethe es un pintor desplazado y Schiller un orador desplazado, Wagner es un actor desplazado, que oficia de tal en otro sitio. Para ello utiliza sobre todo la música.»

En esta apreciación Nietzsche se sabía en coincidencia, si no incluso bajo la influencia, de Malwida von Meysenbug, que tenía igual impresión, como explicitaría más tarde, en 1898, aunque en el marco de una opinión positiva, en su *Atardecer vital de una idealista*[166]: «Nada tan hermoso como oír a Wagner leer en voz alta a Shakespeare; parecía como si sólo entonces se entendiera de verdad al gran dramático, hasta el punto de que una vez le dije en broma a Wagner que se había equivocado de profesión, que tendría que haber sido actor para interpretar a Shakespeare...» Nietzsche percibía, por el contrario, claramente los peligros que acechaban tras esta singular capacidad wagneriana[1]: «El peligro de fingir emociones es enorme para el artista. Lo embriagador, lo sensual, lo extático, lo repentino, la movilidad a cualquier precio, ¡terribles tendencias!»... «La desmesura e ilimitación eran en él naturaleza»... «No hay que ser irrazonable y exigir de un artista la pureza y el desprendimiento característicos de un Lutero, etc. Pero en Bach y Beethoven brilla una naturaleza más pura. La tendencia al éxtasis es en Wagner a menudo incluso brutal y no suficientemente ingenua, y es puesta además en escena de modo desmesurado mediante escenas asimismo desmesuradas»... «Excesos del tipo más sospechoso en *Tristán*, por ejemplo, los arrebatos al final del segundo acto.» Y define como «una suerte que Wagner no haya nacido en una posición más alta, en el seno de la nobleza, por ejemplo, y no haya caído en la esfera política». Sobre la carrera de Wagner y su curso vital anota: «La juventud de Wagner es la de un diletante polifacético, del que nunca sale nada serio»... «Ninguno de nuestros grandes músicos era a los 28 años un músico tan malo como Wagner.» Y percibe sus flaquezas: «El tirano no acepta otras individualidades que la suya y las de sus hombres de confianza. El peligro para Wagner es grande, cuando no reconoce valor, por ejemplo, a Brahms, etc.: o a los judíos.»

«Sus dotes de actor se revelan en que *nunca* lo es en la vida personal. Como escritor es un retórico, sin fuerza para convencer»... «En sus valoraciones de grandes músicos recurre a expresiones demasiado fuertes. De Beethoven dice, por ejemplo, que es un santo... Suscita recelo tanto por sus alabanzas como por sus críticas negativas. Lo dulce y gracioso, así como la belleza pura, el brillo de un alma enteramente armoniosa, pasan de largo ante él, pero intenta su descrédito.» Aquí muestra Nietzsche ya la raíz de las diferencias fundamentales de su estética ulterior respecto de la concepción romántico-wagneriana del arte: «Una forma singular de

la ambición de Wagner consistía en ponerse en relación con los grandes del pasado... Nunca lo hacía, sin embargo, con el Renacimiento»... «¿Cómo conquistaba Wagner seguidores?... Toda clase de descontentos, que en cada cambio esperaban ganar algo para sí. Hombres a quienes cuanto llevaba el nombre de "progreso" hacía soñar. Hombres a quienes la música anterior aburría y que ahora veían fortalecidos sus nervios.» Y esto ejercía su influencia sobre la obra, punto éste sobre el que Nietzsche se manifiesta críticamente: «El arte de Wagner sobrevuela y tiende a la transcendentalidad, ¿cómo va a encontrarse ahí y a avanzar nuestra pobre cortedad alemana de miras? Tiene algo de huida de este mundo, lo niega, no lo glorifica. De ahí que, indirectamente quietistas, sus efectos no sean directamente morales... Pero éste parece ser el destino del arte, en un presente como el nuestro: hacer suya una parte de la fuerza de la religión moribunda. De ahí la alianza entre Schopenhauer y Wagner... La "voluntad de vida" schopenhaueriana recibe aquí su expresión artística: este sordo impulso sin objetivos, este éxtasis, esta desesperación, este tono de sufrimiento y de deseo, este acento del amor y de la pasión. Rara vez un rayo de sol nítido y alegre, pero mucho juego mágico con la luminotecnia... ¿Podrá hacerse mejor algún hombre con la ayuda de este arte y de la filosofía de Schopenhauer?»

¡Y todo esto ya en 1874! Pero incluso en los trabajos preliminares de la 4.ª *Intempestiva* figura un paso en el que Nietzsche se dirige con tono de advertencia tanto a Wagner como a sí mismo[1]: «Quiero... llamar la atención sobre el hecho de que nada resulta más fácil y es, por tanto, más peligroso que no comprender a Wagner como artista o, dicho de otro modo, que querer sacar de sus obras de arte indicaciones precisas para la configuración de la vida. Y resulta así de fácil porque en períodos diferentes el propio Wagner ha hecho el intento de encontrar determinadas respuestas a la pregunta por la relación de su arte con la vida.» ¡Y precisamente esto es lo que hace Nietzsche en su 4.ª *Consideración intempestiva!* Entroniza a Wagner como *el* renovador cultural, el acontecimiento Bayreuth como *el* punto de partida del desarrollo necesario de una concepción de la vida enteramente nueva, de un tipo enteramente nuevo de seres humanos, de una «cultura» armoniosa y global[3]: «Para que un acontecimiento tenga grandeza tienen que darse cita dos factores: el gran sentido de quienes lo llevan a cabo y el gran sentido de quienes lo viven y experimentan... En Bayreuth también el espectador es digno de ser contemplado... Y así todos los que acuden al Festival de Bayreuth son considerados como seres intempestivos: su hogar está en algún otro sitio que en la época y encuentran por alguna otra vía tanto su explicación como su justificación»... «Unicamente en la medida en que escuchamos esta voz, poseemos también la gran mirada con la que dirigir la vista al acontecimiento de Bayreuth: y sólo en esta mirada radica el gran futuro de ese acontecimiento.»

Repartidos a lo largo del escrito entero se encuentran aportaciones,

trazos aislados de esa figura esencial de Wagner que Nietzsche intenta bosquejar. Lo hace mediante tanteos, en cierta medida no sistemáticamente, no es el tema fundamental del trabajo, pero son precisamente éstas las partes que apremiaban a la exposición: su carácter es particularmente confesional y parecen haber sido obtenidas a traición mirando hacia el interior propio. Nietzsche se «bosqueja» a sí mismo como había hecho ya en la 3.ª *Intempestiva* sobre Schopenhauer.

Richard Wagner en Bayreuth es un escrito profundamente serio, y no exageraba Nietzsche cuando, al redactarlo, tenía la conciencia del riesgo. Y tanto más cuanto que se aproximaba a Wagner exigiéndole corresponder a la imagen aquí compuesta, tener las características, la grandeza de ser el acuñador de una nueva cultura o, cuanto menos, de querer serlo, es decir, de ser, en suma, como el modelo que —por encima y a pesar de las dudas que desde hacía tiempo le asaltaban— esbozaba.

Plena luz sobre la verdadera situación de la 3.ª y de la 4.ª *Intempestivas* arrojó Nietzsche 12 años después en *Ecce homo*[5]: «... yo no afirmaría que las *Intempestivas* señaladas con los nombres de Schopenhauer y de Wagner puedan servir especialmente para comprender o incluso sólo plantear el problema psicológico de ambos casos»... «Ahora que vuelvo la vista desde una cierta lejanía a las situaciones de las que estos escritos son testimonio, no quisiera negar que, en el fondo, hablan necesariamente de mí. El escrito *Wagner en Bayreuth* es una visión de mi futuro; en cambio, en *Schopenhauer como educador* está inscrita mi historia más íntima, mi devenir. ¡Sobre todo mi voto solemne!»... «¡Oh cuán lejos me encontraba yo entonces todavía de lo que soy hoy, del lugar en que me encuentro hoy...!»... «Aquí toda palabra está vivida, es profunda, íntima; no faltan cosas dolorosísimas, hay allí palabras que en verdad sangran.» Y he aquí como ve en *Richard Wagner en Bayreuth* este Nietzsche-Wagner: «Con la aparición de su virilidad intelectual y moral comienza también el drama de su vida... Su naturaleza parece simplificada de una manera espantosa, desgarrada por dos instintos contrarios, en dos esferas desemejantes. Por debajo hierve una voluntad ardiente, ávida de dominio, hecha de bruscos arrebatos, que trata de abrirse camino en todas direcciones, por todas las rendijas, por todas las cavidades... Una poderosa aspiración que todos los días se da cuenta de su impotencia se hace perversa... el que no sabe renunciar a su aspiración... se ulcera, por decirlo así, y, por consiguiente, se hace irritable e injusto... Puede que... en un acceso de odio apasionado abrume de reproches al mundo entero... Aún entre aquellos que no se preocupaban más que de su purificación moral, entre los eremitas y los monjes, encontramos esos desgraciados que, por haber fracasado en sus esfuerzos, se han hecho seres corrompidos, profundamente enfermos, minados y corroídos por el fracaso»... «Apenas hay necesidad de decirlo: el soplo trágico ha pasado por esta existencia. Y aquel cuya alma puede adivinar algo de esto, aquel para quien la ilusión trágica sobre el fin de la vida, la desviación

y la detención de las aspiraciones, la renuncia y la purificación por el amor no son nociones completamente extrañas, sentirá necesariamente, en lo que Wagner afirma para su obra de arte, revivir el recuerdo borrado de su propia existencia heroica, la del grande hombre que podría haber sido»... «Jamás Wagner es más él mismo que cuando las dificultades se acumulan y puede obrar en condiciones totalmente grandiosas, con la alegría del legislador.» También sobre su propia relación fundamental con los «amigos» arroja Nietzsche una luz cuando subraya a propósito de Wagner: «Para él sus incondicionales, sus amigos y partidarios, no constituyen ni un peligro ni un obstáculo... constantemente caminó a través suyo y no dejó que nadie le atara; además, su carrera fue demasiado larga para que otro que no fuera él la pudiera seguir desde el principio, y al mismo tiempo fue tan extraordinaria y estuvo tan erizada de obstáculos, que el más fiel, aún persistiendo el aliento, se quedaba rezagado en el camino. En casi todas las épocas de su vida, Wagner se encontró en presencia de amigos que le hubieran declarado infalible, y lo mismo sucedió, por distintas razones, con sus enemigos.» Y en el siguiente paso sugiere algo así como una visión de su propio camino: «Sin embargo, la aspiración generosa del artista creador es generalmente demasiado ardiente, el horizonte de su filantropía demasiado vasto, para que su mirada pueda ser detenida por las barreras de la nacionalidad. Como las de cada alemán bueno y grande, sus ideas son supremamente alemanas, y el lenguaje que habla su arte no se dirige a las naciones sino a los hombres. Pero a *los hombres del futuro*.»

La parte principal del escrito está dedicada a subrayar y magnificar la importancia de Bayreuth, mediante el recurso, en parte, a una enérgica crítica de su contrapartida, la cultura y, particularmente, el teatro de la época, incluido el público «normal», y el estado en que se encontraban: «No es posible restablecer el arte teatral en su efecto más noble y más puro sin renovar al mismo tiempo todos los demás dominios, la Educación y el Estado, las costumbres y las relaciones sociales... Una falta de lucidez singular en el juicio, una necesidad mal disfrazada de divertimento y distracción a toda costa, escrúpulos de apariencia sabia, una afectación por parte de los ejecutantes que tratan de hacer creer que toman el arte en serio, una sed brutal de ganancia en los empresarios, la estupidez y ligereza en una sociedad que no piensa en el pueblo más que en la medida en que le resulta útil o lo teme, que busca los espectáculos y los conciertos sin que éstos despierten nunca en ella el pensamiento de un deber: tales son hoy los elementos de la atmósfera pesada y perniciosa de nuestras instituciones artísticas... Verdaderamente, no existe más que un medio para llegar a la convicción de que nuestras instituciones teatrales son vulgares, y vulgares al punto de parecer extrañas y abigarradas. Baste con recordar la realidad pasada del antiguo teatro griego... Aún ahora hay hombres a quienes las instituciones actuales no bastan, y esto es lo que prueba el hecho mismo de la realidad de Bayreuth. Allí encontráis espectadores

preparados y llenos de recogimiento, allí se ve la emoción de hombres que se sienten transportados de gozo y que concentran en este gozo todas sus potencias para adquirir el poder de elevarse a más altas esferas. Por último, allí veréis artistas entregados al abandono más desinteresado, el espectáculo de todos los espectáculos, el creador victorioso de una obra que constituye la síntesis de todos los triunfos artísticos...»... «Para nosotros, Bayreuth significa la bendición de las armas en la mañana del combate... No podemos ser felices en tanto que a nuestro alrededor todo sufre y se procura sufrimiento; no cabe ser virtuoso en tanto que el curso de las cosas humanas viene determinado por la violencia, por la mentira y la injusticia; no cabrá ser siquiera sabio en tanto que la humanidad entera no rivalice ardientemente por conquistar la sabiduría e introducir al individuo de la manera más sabia en la vida y en las ciencias... El arte no es, por supuesto, un maestro ni un educador para la acción inmediata; en este orden de ideas, el arte no es nunca mentor ni consejero... Pero precisamente ahí radica la grandeza y la necesidad absolutas del arte, en dar vida a la apariencia de un mundo simplificado, en alentar el espejismo de una solución rápida del problema de la existencia... El individuo ha de ser consagrado a algo impersonal, he ahí lo que se propone la tragedia.»

Nietzsche concede gran espacio a la importancia que en esta tragedia moderna tiene la música: ha llegado a ser necesaria porque al lenguaje se le ha exigido demasiado a lo largo del tiempo y se le ha llevado, en consecuencia, al agotamiento: «de modo que ya no es capaz de cumplir aquello para lo que está entre nosotros: para permitir a los que sufren comunicarse unos con otros a propósito de los estados de necesidad y de miseria elementales en que se ven... Así pues, si en una humanidad hasta tal punto herida suena la música de nuestros maestros alemanes, ¿qué es lo que suena ahí realmente? No otra cosa que el sentimiento justo, enemigo de toda convención, de toda alienación artificial y de toda falta de comunicación entre hombre y hombre»... «Es la voz del arte de Wagner lo que así habla a los hombres. Que nosotros, hijos de una era digna de compasión, podamos ser los primeros en oír su tono, muestra... que la verdad misma es un trozo de *fatum* y de ley primigenia... el devenir del verdadero Wagner obedece a una necesidad justificadora y glorificadora.»

En el centro de este peán en el que equipara a Wagner con Esquilo en cuanto a grandeza e importancia (en otro lugar, con el efecto de Demóstenes sobre el pueblo), brilla sin mediaciones, como fundamentación de esta «necesidad», la siguiente reflexión de doble filo: «Se ha intentado explicar la evolución magnífica de algunas naturalezas de excepción por sus inhibiciones internas o por lagunas de su genio» (ejemplos: Goethe, Schiller, los reformadores); «puestos a poner en relación, de modo parejo, la evolución de Wagner con una inhibición o barrera interior de este tipo, habría, sin duda, que reconocerle dotes innatas de actor, unas dotes a las que tuvo que renunciar para no satisfacer su vocación por la vía trivial que tenía más a mano, pero a la que igualmente vino al fin a rendir justicia y a hacer fructificar convocando a todas las artes a una gigantesca manifestación teatral.» Estas dotes y esta vocación indicaron a Wagner de modo indeclinable el camino que Nietzsche venía a asumir ahora como posibilitador de su salvación última: el teatro. Este es el punto que en *Ecce homo*[5] caracterizaría como «el extravío global de mi instinto»: «La verdadera vida de Wagner... fue al mismo tiempo, para él, una lucha inacabable consigo mismo... Cuando la idea dominante... de que por medio del teatro puede el arte ejercer una influencia sin igual tomó cuerpo en él, su ser entero entró en la más violenta fermentación.» En este orden de cosas, Wagner contaba ya con la gran ópera de Meyerbeer. De ahí que procediera a hacer suyos todos los medios artísticos en ella desarrollados, a poner sus «efectos» (*Rienzi*) a su servicio. Dos fuerzas fundamentales mueven a Wagner: la voluntad del «efecto» a cualquier precio, y la voluntad de purificación de los medios en una obra de arte ideal. A partir de esta dualidad reconstruye Nietzsche el camino de Wagner. ¡Pocos modos de considerar la cosa podían quedarle más cerca, dado que esa misma tensión era la suya!

Wagner abandona esta gran ópera (con *El holandés errante*): «Le estremecía el recuerdo de lo que había sido su propia búsqueda de efectismo. Por su propia experiencia veía claro lo indigno de la posición en que se encuentran el arte y el artista: cómo una sociedad sin alma, o de alma endurecida, que dice de sí que es la buena y que es, sin embargo, la realmente mala, convierte arte y artista en esclavos destinados a satisfacer sus falsas necesidades.» Nietzsche arroja aquí, por vez primera una luz cruda sobre la problemática de la existencia del «artista» como variante sublime del bufón palaciego de la sociedad en un momento dado dominante. Con óptica algo más diferenciada ha expuesto nuevamente Walter Muschg, en tiempos más recientes, esta trágica opresión en su *Historia trágica de la literatura*[172]; sitúa, por una parte, a las grandes figuras, a los profetas, magos y videntes en oposición a su demasiado humano entorno; por otra, hace ver la dependencia en que se encuentran los por él llamados «poetas». En la 4.ª *Intempestiva*, *antes* de la experiencia del verdadero Bayreuth, Nietzsche aún confiere a Wagner el puesto de opositor soberano, reconociendo así, de modo general, al arte una posibilidad que *tras* de la decepcionante experiencia de Bayreuth vendría a negarle radicalmente, para no querer cifrarla ya, oculta, sino en el filósofo solitario. Ahora todavía ve en el arte un aliado y en Wagner uno de sus más poderosos representantes de cara a la realización de su propio programa salvador en cuanto el «médico de la cultura» que creía ser. En su 4.ª *Intempestiva* aún cree —o más bien postula— que Wagner se crea un publico nuevo, una «comunidad» genuina, el «pueblo», en la medida en que en su obra devuelve en forma nueva, artísticamente potenciada, los mitos que aquél creó ayer. Sobre el éxito, lleno de perspectivas, de esta llamada opina

Nietzsche: «Mientras desarrollaba en silencio su gran obra... ocurrió algo que le hizo aguzar el oído: llegaron los *amigos*, anunciándole un movimiento subterráneo de muchos espíritus; aún no era el «pueblo»... pero tal vez el germen... de una sociedad verdaderamente humana, que sólo en un futuro aún lejano podría encontrar su consumación.» De momento sus obras cayeron, sin embargo, en manos de los rutinarios del teatro: «... todos, incluso los ejecutantes y los virtuosos, consideraban sus composiciones como cualquier otra música de escenario, conforme a las fórmulas vulgares y tradicionales del estilo de la ópera; gracias a la complacencia de los cultivados directores de orquesta, sus obras fueron adaptadas, con ayuda de cortes y supresiones arbitrarias, a la medida de la ópera usual»... «Cuando durante la guerra alemana pareció, al fin, apoderarse de los espíritus una corriente de ideas más poderosa y más libre, Wagner recordó su deber de fidelidad, que le ordenaba salvar, por lo menos, su obra capital de los ultrajes que le infligían estos éxitos falsos, y restituirle su propio ritmo, como ejemplo para todos los tiempos. Así nació en él la idea de Bayreuth.» Bayreuth es, pues, un «anti-teatro», una protesta viva contra la rutina teatral, y contra el público corriente. Con delicadeza y timidez aduce Nietzsche acto seguido su especial capacitación para comprender: «Cualquiera que pueda intuir algo de ello desde su propia alma...» Y con no menor finura deja Nietzsche constancia de su aspiración a seguir un camino propio, a valorar como importante, según su criterio propio, algo que apuntaba en una dirección distinta: «Acaso un filósofo pudiera poner a su lado algo paralelo, carente de imagen y de acción, y que no nos hablara sino en conceptos; se habría representado así lo mismo en dos esferas separadas: en un caso, para el pueblo, y en el otro, para lo contrario del pueblo, para el hombre teórico.» Nietzsche quiere dibujar, pues, su presencia al lado de la de Wagner, como complementador y par: «Cuando el filósofo dice que hay *una* voluntad que tanto en la naturaleza animada como en la inanimada tiene sed de existencia, el músico añade que esta voluntad quiere, en todos sus grados, una existencia sonora.» ¡La filosofía precediendo ya a la música! Y para consumar este paso explica por qué precisamente ellos dos —Wagner y Nietzsche— podían complementarse: «Antes de Wagner la música se movía en límites generalmente estrechos. Se aplicaba a estados permanentes del hombre, a lo que los griegos llaman *ethos;* sólo con Beethoven empezó a hablar el lenguaje del *pathos*, es decir, de la voluntad apasionada, de los fenómenos dramáticos que se suceden en el interior del hombre.» *Pathos* en sentido griego, como pasión, como capacidad de experimentar y tener vivencias es el eje liminar de la filosofía de Nietzsche, su origen; lo más tarde a partir de *Aurora* y hasta el *Himno a la vida* el *pathos* pasa a ocupar, como agente fundamental, el primer plano de su pensamiento, en contraposición a la filosofía «meramente» contemplativa.

Así pues, en *Richard Wagner en Bayreuth* Nietzsche se ha esbozado

también a sí mismo, ha dibujado su propio camino. En la fundamentación de la música de Wagner —y de su propia filosofía— sobre el *pathos*, Nietzsche reconoce, acertadamente, el abismo sobre el que Jacob Burckhardt no cesa de meditar: «Porque si algo separa su arte de todo el arte de los tiempos modernos es esto: no habla ya el lenguaje de la cultura de una casta... de "hombres cultos"... Con ello se opone a la cultura entera del Renacimiento, esa cultura que hasta hoy nos ha envuelto a los hombres modernos en su luz y en sus sombras.»

Lo que Nietzsche anuncia aquí ya es la ruptura con el clasicismo, la partida hacia una humanidad más allá del bien y del mal: «Que la pasión vale más que el estoicismo y la hipocresía; que ser honrado, aún en el mal, vale más que perderse a sí mismo por respeto a la moralidad reinante; que el hombre libre puede ser bueno y malo, pero el hombre no emancipado es una vergüenza de la naturaleza... que el que quiere ser libre tiene que llegar a serlo por sí mismo... Por desconcertantes y poco tranquilizadores que puedan ser estos axiomas, son, sin embargo, los ecos de ese mundo futuro...» En Wotan, Brünnhilde o Sigfrido ha corporeizado y dado vida Wagner a seres «libres» de éstos, y al final Nietzsche se pregunta dónde están, entre los contemporáneos, los hombres que tienen la fuerza de corresponder a estas figuras, cerrando su trabajo con la siguiente reflexión asombrosa: «El que hace esta pregunta y no encuentra respuesta se verá obligado a mirar al porvenir; y si descubriese en un futuro cualquiera ese "pueblo" que tendría derecho a leer su propia historia en los rasgos característicos del arte wagneriano, terminaría por comprender también "lo que Wagner será para este pueblo"...: algo que no puede ser para ninguno de nosotros, no ya un profeta de un lejano porvenir, como pudiéramos creer, sino el intérprete y transfigurador de un pasado.»

¿Viene así Nietzsche a ahorrarse ya, para sí mismo, la vocación de «profeta del porvenir»? Suya era la voluntad de convertirse en uno de esos hombres «libres», pero tampoco él podría llegar a serlo sino en la figura artística de su *Zaratustra*.

Una 5.ª Consideración intempestiva inacabada

Apenas había terminado de arrancarse Nietzsche estas confesiones, y ya se sentía libre para un nuevo plan de trabajo. En cuanto a la factura exterior del escrito, siguió fiel al modelo de las *Consideraciones intempestivas*, considerando su nuevo esbozo, al que puso como título *La reja del arado*, como la quinta de ellas. Dado el mal estado de sus ojos, tuvo que dictar, pudiendo contar para ello con Heinrich Köselitz entre finales de junio y comienzos de julio de 1876. Al decir «dictar» se significa que las ideas habían sido trabajadas ya por Nietzsche en su mente hasta el punto mismo de su formulación, por lo que tenían ya una fisonomía relativamente

acabada; de modo similar, pues, a como había llegado a conseguir sus composiciones, improvisando al piano. Esta técnica de composición iba a ser, a partir de ahora, determinante para su modo literario de producción. *La reja del arado* nunca llegó, de todos modos, a ver la luz como 5.ª *Intempestiva*. Constituyó el punto de partida de apuntes, de «improvisaciones» nada exiguas en número, que con el tiempo vendrían a dar algo formalmente diferente: la primera colección de aforismos de *Humano, demasiado humano*, que constituye, pues, interiormente la prosecución, sin solución de continuidad, de las *Intempestivas*, si bien con temática sometida a transformación notable y con un punto de vista filosófico transformado.

En los ensayos de Bayreuth

El 10 de julio, estando Nietzsche dedicado a estos trabajos, publicó Schmeitzner la 4.ª *Intempestiva*. Las reacciones de Bayreuth llegaron a vuelta de correo, o sea, tras una rápida lectura, hecha de un tirón. Wagner le escribió[89]: «¡Amigo! ¡Su libro es formidable! ¿De dónde le viene tanta experiencia sobre mí? ¡Venga pronto y acostúmbrese con los ensayos a las impresiones!» Y Cosima le telegrafió el 11 de julio: «Le debo, querido amigo mío, la única experiencia reconfortante y elevada de estos últimos tiempos próxima a las grandes impresiones artísticas. Ojalá le sirva esto como expresión de gratitud.» Estos fueron los únicos y últimos testimonios de gratitud y reconocimiento que le llegaron de la Villa Wahnfried, y no sólo por este escrito, sino en general. En cualquier caso, la satisfacción que causó este escrito fue tan grande, que Wagner procedió a enviárselo al rey Luis de Baviera[258].

La impaciencia de Nietzsche subió de grado hasta un punto tal, que llegó a convertirse en algo insoportable, y tanto más cuanto que sabía que Malwida von Meysenbug y su alumno Albert Brenner estaban desde el 3 de julio en Bayreuth asistiendo a los ensayos, sobre los que Malwida le escribió el 13 de julio: «Me gustaría que viniera usted también antes, para asistir con nosotros a los ensayos; me temo que si sólo llega para las representaciones, será demasiado avasallador para usted. A lo largo de los ensayos... uno se entrega más lentamente, la dicha va apoderándose paso a paso de uno, y así queda preparado para la gran impresión del todo. Porque aunque efectivamente ocurra... que cuando todo acaba uno se siente tranquilo y feliz, como si hubiera estado en su propio hogar, desde un punto de vista estrictamente material no deja de suponer también todo ello para los nervios conmocionados una carga que hay que aligerar en la medida de lo posible.»

Sin aguardar el final del semestre universitario, el 28 de julio, y contra su plan inicial, comunicado el 7 de julio a Rohde, de partir para Bayreuth el 10 de agosto, o sea, tres días antes del comienzo oficial del Festival, Nietzsche emprendió el viaje ya el sábado 22 de julio, aunque «la salud es cada día más lamentable», como comunicaba con tono amargo a Gersdorff el 21 de julio. La primera etapa de su viaje finalizó en Heidelberg, desde donde el 23 se trasladó, lleno de molestias, a Bayreuth. El 25 le escribía a su hermana: «... ¡casi he llegado a lamentarlo! Porque mi estado ha sido y es de lo más penoso. Desde el mediodía del domingo a la noche del lunes, jaqueca; hoy, abatimiento; casi no puedo ni sostener la pluma. El lunes asistí al ensayo, no me gustó nada y tuve que marcharme.» Se trataba de un ensayo del primer acto de *El crepúsculo de los dioses*. La tensión inicial disminuyó, y con ello mejoró su estado de salud, pudiendo así asistir a los restantes ensayos de dicha ópera. De ello informaba el 28 de julio a su hermana: «Entretanto he visto y oído *El crepúsculo de los dioses* entero; es bueno acostumbrarse a ello; ahora estoy en mi elemento.» El 31 de julio aún asistió al ensayo de toda la *Valkiria;* y aunque pudo hacerlo desde un lugar oscuro, el esfuerzo a que quedaron sometidos sus ojos fue, en su opinión, excesivo. Al día siguiente escribía a la hermana: «... la cosa no va... jaquecas constantes... ¡toda visión, imposible! Deseo irme; carece de sentido seguir aquí. Siento terror ante cada una de estas largas veladas artísticas; y sin embargo, no dejo de asistir. En semejante estado de necesidad te propongo: ¡ponte de acuerdo con los Baumgartner! Ofrece a la madre y al hijo ocho entradas para el segundo ciclo de representaciones... Podríais alojaros juntos en la casa de Giessel... ¡la vivienda más barata de Bayreuth! Tendrías que oír los precios que se piden... Ya estoy harto. No quiero estar aquí ni siquiera para la primera representación. Prefiero un lugar cualquiera, con tal de que no sea éste, donde sólo obtengo sufrimiento. Tal vez podrías escribir también a Schmeitzner y ofrecerle mi entrada numerada para la primera representación. O... a la señora Bachofen.»

Los Baumgartner tuvieron que renunciar, porque el padre no quería. Tampoco la señora Bachofen deseaba hacer un viaje tan largo. Al final, fue el propio Nietzsche quien hizo uso de sus entradas. Pero primero hizo un viaje rápido, el 3 ó el 4 de agosto, sin esperar la llegada de su hermana el día 5, a Klingenbrunn, en los bosques bávaros. Fue como una huida, desde una situación molesta y violenta, al retiro y el silencio. No resulta fácil hacer balance de cuanto aquí operaba para motivar en Nietzsche una reacción de este tipo. Está, en primer lugar, su estado de salud, nada favorable, que exigía imperiosamente descanso. Pero el quebrantamiento físico no era sino la manifestación externa de un conflicto interno que urgía una decisión.

Nietzsche poseía un sentido de la autoestima y de la autovaloración lo suficientemente grande como para saber que con la 4.ª *Intempestiva* había llevado a Bayreuth el presente espiritualmente más valioso. Creía, pues, poder esperar con razón que desde la Villa Wahnfried fuera puesto en todas las bocas y, sobre todo, en todas las manos de los asistentes al Festival, y que su autor fuera adecuadamente realzado. Nada de esto ocurrió.

Wagner no era lo suficientemente libre como para ello, y sí demasiado inteligente como para seguir ese camino. Con su empresa teatral se había echado sobre los hombros un trabajo de organización sencillamente gigantesco, al que se unía el trabajo de investigación y estudio en el terreno artístico; para conseguir que la empresa prevaleciera siquiera medianamente, se veía obligado a alternar con «personalidades» carentes de todo interés espiritual, pero tanto más importantes desde el punto de vista financiero o de la influencia de que gozaban. Y era lo suficientemente clarividente como para saber que en modo alguno podía importunar a estas personas, que nunca tuvieron el menor contacto con la filosofía, con un escrito tan sibilino. Por otra parte, el aspecto tímido de Nietzsche, adjetivado incluso como demasiado profesoral y digno por Cosima, apenas encajaba en la sociedad que ahora se agolpaba llena de curiosidad en torno a Wagner. Puede llegarse incluso a suponer que fue una delicadeza por parte de Wagner no dar de lado a Nietzsche y a su obra con gesto de compasiva incomprensión. Wagner no era ya, pues, el amigo amable y paternal de los días de Tribschen, sencillamente porque no podía serlo. Y Cosima no estaba menos inhibida. Su padre, el abate Franz Liszt, asistía al Festival como invitado, un invitado que ofrecía la necesaria bendición y la no menos necesaria legitimación social y cortesana. El abate Franz Liszt y el librepensador Friedrich Nietzsche estaban, desde luego, en las antípodas espirituales; es de suponer que Cosima quiso evitar el choque. Nietzsche desaparece incluso de sus diarios. ¡Después de su visita a raíz de su llegada, el 24 de julio, no vuelve a ser nombrado!

En su franqueza de cuño en ocasiones un tanto provinciano, Nietzsche carecía de sensibilidad, de comprensión para semejantes imposiciones del «gran mundo». De ahí, pues, que se sintiera decepcionado por estos dos seres en los que, considerándolos sus amigos, había confiado enteramente, él, que pocos años antes había podido oficiar de caballero de Cosima en el concierto de Wagner en Mannheim, él, que cuando la colocación de la primera piedra en Bayreuth figuraba en el entorno más íntimo del maestro. Lo único que todavía podía retenerle en Bayreuth era la inclinación intacta de Malwida von Meysenbug. Y otra «tierna» relación.

A comienzos de agosto los ensayos generales estaban ya en puertas. Al igual que a todos los demás, a Nietzsche le estaba prohibido el acceso, ya que el rey Luis había puesto la condición de asistir enteramente solo a las representaciones previas. Se trataba, ciertamente, de un rey, un importante mecenas, además, sin el que las representaciones no habrían sido posibles; pero su inclinación por Wagner se movía en el terreno de un ensueño poco claro, no en el de una madurez espiritual capaz de llevarle a sondear la importancia y profundidad de la obra mítica, como había hecho Nietzsche en su escrito. No en vano tenía Wagner, por otra parte, experiencias negativas de la conducta del rey, que en Munich le había arrancado con amenazas representaciones prematuras, ocasión en la

que casi hubieran llegado a la ruptura de no ceder finalmente Wagner por temor al futuro de su obra.

¿Qué podía hacer Nietzsche en Bayreuth durante el espacio de tiempo que mediaba hasta la primera representación, el 13 de agosto? También tuvo que ser grande la decepción que produjo en él la realización escenográfica, una puesta en escena cuyos fallos evidentes tuvieron que salir a la luz ante todo el mundo con ocasión de las representaciones y que suscitaron no pocos comentarios irónicos en la prensa. Tampoco Wagner debió sentirse en buena disposición de ánimo, tanto más cuanto que tuvo que darse cuenta de que había exigido demasiado a la escena de su tiempo. Ni siquiera el mejor maquinista teatral hubiera podido realizar ciertas cosas con los medios entonces disponibles sin rozar lo ridículo. Para la iluminación sólo podía contarse con una luz de gas difícilmente modificable; la «luz activa» de los focos eléctricos móviles no sería realidad hasta 50 años después, con el escenógrafo ginebrés Adolphe Appia (1862-1928). Tampoco era posible recurrir, como medio auxiliar, a las proyecciones sobre velos. ¿Cómo dar vida entonces a las muchas metamorfosis en escena abierta entre el vapor y la niebla? ¿O al arcoiris (en *El oro del Rin)* sobre el que los dioses pueden incluso cabalgar? ¿Cómo convertir actores en «gigantes» de no coincidir casualmente la calidad exigida de voz y un tamaño corporal anormal? En cuanto al dragón del *Sigfrido*, la solución buscada no podía pasar del recurso a una pobre imitación en cartón-piedra, por buena que ésta fuera. Al estudiante que en 1864 había escrito desde Bonn a su familia: «... asistí al *Freischütz*, que en conjunto... no me gustó. La escena de los sollozos en el infierno me hizo una impresión cómica», ¿qué efecto podían causarle estos fallos y descuidos en lo que asumía como la obra de arte ideal del futuro, este teatro operístico mal hecho? En *Ecce homo* puede leerse al respecto[5]: «La representación como tal no tenía demasiado valor; me aburrí de un modo miserable con esa música, que... le llegaba a uno a la consciencia como mera niebla ya, una niebla en ocasiones armoniosa, en otras ni eso.» Si Nietzsche hubiera sabido, como podemos saber nosotros gracias a los diarios de Cosima, lo decepcionado y hundido que se sentía el propio Wagner, habría tenido, dominado por la compasión, que tenderle su mano de amigo.

Nietzsche percibía los límites del arte teatral, experimentaba que no era éste el punto de partida desde el que podría salir lo que se le representaba como necesario; concebía su tarea; se sentía llamado a seguir él solo, a partir de ese momento, su camino. En *Ecce homo* podemos leer al respecto: «Lo que entonces se decidió en mí no fue, acaso, una ruptura con Wagner, yo advertía un estravío total de mi instinto, del cual era meramente un signo cada desacierto particular, se llamase Wagner o se llamase cátedra de Basilea. Una *impaciencia* conmigo mismo hizo presa en mí; yo veía que había llegado el momento de reflexionar *sobre mí*... Entonces adiviné tam-

bién por vez primera la conexión existente entre una actividad elegida contra los propios instintos, eso que se llama "profesión", y que es la cosa a que menos estamos llamados, y aquella imperiosa necesidad de lograr un adormecimiento del sentimiento de vacío y de hambre por medio de un arte narcótico, por medio del arte de Wagner, por ejemplo... Aquí vino en mi ayuda, de una manera que no puedo admirar bastante, y justo en el momento preciso, aquella mala herencia por parte de mi padre, en el fondo una predestinación a una muerte temprana. La enfermedad me sacó con lentitud de todo aquello; me ahorró toda ruptura, todo paso violento y escandaloso.» ¡Y que nadie vea en ello algo así como una interpretación tardía! Ya diez años antes, sólo dos, por tanto, después del adiós a Bayreuth, se manifestaba en este sentido a la wagneriana Mathilde Maier de Maguncia con mayor delicadeza en la forma, pero con igual determinación en el fondo[4]: «... un... arte barroco de la sobretensión y de la desmesura magnificada... la unión de ambas cosas es lo que al fin me puso enfermo y cada vez más enfermo... En el verano de Bayreuth me dí cuenta plenamente de ello: tras de las primeras representaciones... huí a la montaña.» Con la excusa de la enfermedad pudo evadirse dignamente. Sólo a su hermana, llegada entretanto a Bayreuth, le escribió en los siguientes términos desde Klingenbrunn: «Tengo que conservar toda mi presencia de ánimo para soportar la ilimitada decepción de este verano. Tampoco veré a mis amigos (¿los Wagner?); todo es hoy para mí daño y veneno. El sitio (Klingenbrunn) es muy bueno, bosques profundos y aire puro, como en el Jura. Pienso quedarme aquí tal vez unos diez días, aunque no regresaré vía Bayreuth. Para eso me falta el dinero.» Volvió, sin embargo, a través de Bayreuth, abandonado por el rey el día 8, y se detuvo dos semanas, a partir del 12 de agosto.

Los primeros Festivales de Bayreuth

El 12 de agosto llegó asimismo el emperador Guillermo I, rodeado del júbilo del pueblo, aunque sólo se quedó a *El oro del Rin* y la *Valkiria*. Sobre la verdad del dato que Nietzsche recoge en *Ecce homo:* «Típica la actitud del viejo emperador, que a la vez que aplaudía con las manos... le decía a su ayudante "¡Horrible!, ¡horrible!"» no resulta fácil pronunciarse. Y en cuanto a la temprana partida del soberano, hay que tener en cuenta que nunca mostró demasiada simpatía por Wagner y, además, que en su condición de Jefe de Estado tenía, dada la situación del momento, con la guerra de los Balcanes en marcha contra el dominio turco, cosas más importantes que hacer que pasarse una semana entera en Bayreuth, asistiendo a las representaciones de todo un ciclo de óperas escasamente significativas para él. Ya es mucho, pues, que hiciera acto de presencia. Y puede, además, que no lo hiciera tanto por Wagner como por las muchas

personalidades de primera fila del *Reich* que allí se habían reunido y que le esperaban.

También el gran duque de Weimar llegó el 12 de agosto y fue recibido bien «públicamente» por Franz Liszt en la estación. Es de suponer que al lado de todo esto la llegada del desconocido catedrático Nietzsche significaría bien poco, incluso para Villa Wahnfried. El 13 de agosto trajo un nuevo incremento en testas coronadas: llegó el emperador del Brasil con su séquito. Ese mismo día, a la caída de la tarde, fue puesta en el marco del Festival por vez primera en escena *El oro del Rhin*. Venía así a reunirse el «público de Bayreuth»: nueva decepción para Nietzsche. Con la amargura de quien se siente herido azota y ridiculiza así en *Ecce homo:* «No es sólo que entonces se me revelara claramente lo de todo punto indiferente e ilusorio del "ideal" wagneriano, sino que pude ver bien, sobre todo, cómo ni siquiera para los más próximos y afectados tenía este "ideal" importancia primordial, que lo tomado con pasión, lo verdaderamente importante, eran otras cosas. A ello hay que unir la deplorable sociedad de los señores y señoras del Patronato —y hablo con todo conocimiento de causa, ya que yo mismo pertenecía al Patronato—, todo muy untuoso, de lo más aburrido y carente de nervio musical hasta la modorra... Había venido a reunirse toda la chusma ociosa de Europa, y entrar y salir de la casa de Wagner era para aquellos príncipes un deporte más. Y en realidad, tampoco se trataba de otra cosa.» Para comprender a Nietzsche basta con reparar en quién había allí y cómo actuaba. De ello procura, en tres informes[96] publicados en el *Gartenlaube* en 1876, una imagen muy viva y ocurrente Wilhelm Marr, autodefinido como wagneriano, pero que a pesar de ello puso en circulación el mote, para la «colina verde» sobre la que se alzaba el teatro, de «monte del calvario»: «El cielo azul sonreía sobre la ciudad adornada con banderolas y guirnaldas, que el 12 de agosto aguardaba al emperador alemán, que también era... miembro del Patronato, como aquí se subraya con satisfacción... El mecenas máximo de la empresa, el rey Luis de Baviera, que el 8 de agosto abandonó la ciudad, después de... haber abrazado al "maestro" en señal de reconocimiento... Para el 13 de agosto se espera una galería de emperadores y príncipes... Sí,... si el estado de la cuestión oriental lo permitiera, veríamos también en Bayreuth al sultán de Turquía y al khedive de Egipto (que es igualmente miembro del Patronato). Pero Weimar, Coburgo, Meiningen, etc., están representados dinásticamente, al igual que lo están artísticamente, ellos y el mundo entero. La escena que se representa en Bayreuth es, realmente, una escena de la gran comedia de la existencia, de todas las cosas que llamamos historia de la cultura. Cuando los ánimos vuelvan a su cauce normal, es posible que alguno se sonría sobre el papel que le ha tocado jugar en este cuadro viviente.» El informante no había procedido a reservar previamente alojamiento, por lo que nada más llegar tuvo que ponerse a buscar uno, «y por doquier había aún

habitaciones libres... En el *Bayreuther Tagblatt* leí por lo menos una docena de ofertas de entradas para la primera representación... La estadística de los alojamientos vacantes que pude mostrar a los dueños de viviendas que ofrecían habitaciones en alquiler rebajó sus exigencias... Con la comida la cosa no fue tan bien. La cocina de Bayreuth es realmente barata y realmente mala... Los naturales de Bayreuth habían alimentado la ilusión de una migración popular, y no habían hecho demasiados preparativos para gentes que de todos modos tenían que venir... El "maestro" —título que Wagner ostenta aquí a menudo, tanto oficial como oficiosamente y en la vida corriente— resulta invisible para los profanos, dada la cantidad de cosas que tiene que hacer. Y la verdad es que la capacidad de trabajo de este hombre de sesenta y tres años es realmente asombrosa. A lo que parece, también él ha tenido que hacer algunas experiencias no demasiado agradables con personas que pertenecen a la abundante y repugnante clase de los importunos, y que para los famosos constituye una verdadera plaga... Cada tren que llega trae nuevos "pueblos", para... llevar una maravillosa vida de artista en esta pequeña y amable ciudad. Todo el mundo se da la mano y se saluda espontáneamente... como suele ocurrir, por lo demás, en las fiestas de cantores o tiradores.»

«12 de agosto. Este es el día del Kaiser... e incluso los "críticos mezquinos"... han puesto cara de domingo, y han formado... en dos filas cuando Su Majestad hizo a las 5 su entrada en la ciudad, que "apenas resultaba visible de tanta guirnalda y banderola", como decía un patriota berlinés tan entusiasmado que su temperatura ascendía a los 30º Réaumur... Con el Kaiser llegaron también los "secretas"... y los señores carteristas... Una hora antes del Kaiser llegó el gran duque de Weimar, que fue recibido con todos los honores artísticos por Franz Liszt, quien en su carruaje acomodó, como un príncipe elector, el séquito granducal entero y atravesó con él la ciudad... El Kaiser fue recibido por la crema de las autoridades y el *Imperator* Wagner, trasladándose acto seguido la larga fila de coches a través de la ciudad camino del castillo Eremitage, donde por la noche tuvo lugar un desfile de antorchas... Esta tarde la temperatura ha subido mucho. Parecía una embriaguez colectiva. El pueblo de artistas, los habitantes de Bayreuth, todos confraternizaban, y ni siquiera en el Carnaval de Venecia reina mayor alegría y se divierte la gente más...»

«13 de agosto. Hoy era, pues, el "último día de la matanza". Un calor sofocante, como en Waterloo y Sedan, y los dueños de los establecimientos de comidas y bebidas elevaron, para celebrar el día, sus precios en un veinticinco o un treinta por cien... Los "fracks negros" que en la prensa se habían anunciado como obligatorios eran, por fortuna, y gracias a Dios, un cuento. Pero que los atuendos eran elegantes, es cosa que va de suyo; que eran también informales, ligeros y cómodos es cosa que venía obligada por el calor.»

Y sobre la primera noche informa Marr: «Puede decirse que los intérpretes mostraron... una perfección dramática y musical en su trabajo como jamás he visto ni oído antes... ¿Cabe, pues, suponer que Wagner estará feliz por su éxito? No. Y por desgracia, no sin razón... no puedo silenciar que la escenografía decorativa... dejaba algo, dejaba incluso mucho que desear... La maquinaria del todo funcionó con bastante desidia y escaso orden... En una palabra, se tenía demasiadas veces la impresión de que algo fallaba... Y la verdad es que después de la representación, la disposición de ánimo era, en los medios artísticos, mucho menos exclusivista... Cuando al final se pidió la presencia de Wagner en escena, éste no salió... dos emperadores y diversos otros monarcas y notabilidades esperaban en la "galería de príncipes" la aparición del maestro. Pero Richard Wagner no apareció... Puedo ponerme bien en el estado de ánimo de un hombre tan temperamental como Wagner, que en el debe de su triunfo musical y poético tiene que incluir una lista de pérdidas tan notable en el arma decorativa. Todo Bayreuth estuvo elegantemente iluminado hasta la media noche... Ascendían a lo alto cohetes en celebración del día... Pero Wotan-Wagner, que había dedicado treinta años de su vida a hacer posible esta noche de dioses, tenía motivos para estar disgustado y malhumorado: tramoyistas y operarios teatrales había dejado a los viejos dioses nórdicos sin buena parte de su fuerza sugestiva y de su capacidad de ilusionar.»

Esto en cuanto a la primera noche, dedicada a *El oro del Rhin*. Tampoco con la *Valkiria* fue la cosa mejor. «El canto demoníaco de las valkirias... excita... nuestra fantasía tan fuertemente, que olvidaríamos que estamos en el teatro, de no... desfilar ante nuestros ojos una serie de miserables figuras de cartón piedra como ejército salvaje en el "desfiladero de los lobos", una escena... que en Munich fue mucho mejor resuelta... con la ayuda de jinetes disfrazados... el "fuego mágico" del final también ha sido de lo más modesto.» Todo esto debió coadyuvar de modo muy notable a la desilusión que a partir de ese momento alimentó Nietzsche contra el teatro. Que toda aquella algarabía festiva no le decía nada, es cosa que cabe inferir de su silencio sobre este aspecto de «Bayreuth»: en ninguna de sus cartas encontramos la menor referencia a ello, e incluso en *Ecce homo* se abstiene de hacer cualquier alusión en una glosa más bien mordaz. Tampoco entró en absoluto en contacto con la «sociedad» acerca de la que Marr se expresa así: «Anoche vi a Liszt en el teatro y pude intercambiar unas breves palabras con él. Es asombroso el caso de este *grand seigneur* del arte, que cuanto más envejece, más gana en belleza... Que con Listz hayan afluido a Bayreuth tropeles de jóvenes pianistas de ambos sexos, es cosa que va de suyo... Todos hablan con todos. Los grandes duques de Mecklenburg y de Weimar, los duques de Anhalt y Meiningen, se pasean entre la gente y charlan con ella. Las mujeres bellas resplandecen como flores, aunque no puede negarse que entre ellas hay buena cantidad de lilas ajadas adornadas con rosas artificiales.» Un nuevo incidente turbó el talante festivo: por indisposición de un intérprete principal *Sigfrido*

tuvo que ser retirado del cartel, dado que no había sustituto disponible. Pero al cabo de un día pudo ser puesto en escena. Finalizada la representación de *El oro del Rhin*, el público pidió la presencia del maestro en el escenario, aunque con ello contravenía una regla que la casa se había autoimpuesto. Una vez ante el auditorio, Wagner pronunció las siguientes palabras provocativas: «Ya han visto lo que *nosotros* podemos hacer. En el futuro, depende de ustedes que tengamos o no un arte propio.» Es de suponer que con ello apuntaría más al déficit de la empresa que al arte mismo, pero en cualquier caso, causó no poco malestar, sobre todo en la prensa, lo que llevó a Wagner a interpretar sus propias palabras con algo más de gentileza en el banquete del Festival.

Al final de su serie de artículos Marr ofrece una imagen vívida e instructiva de todo este tráfico social: «El centro del mismo lo constituye, por supuesto, Richard Wagner, aunque sus actividades artísticas, que le ocupan casi ininterrumpidamente, le impiden aparecer individualmente con tanto protagonismo como uno estaría tentado de suponer... El capítulo de las "relaciones públicas"... ha sido asumido... por Cosima Wagner... Tiene un talento singular, un talento verdaderamente francés, para dedicar a quienquiera que sea un par de palabras que puedan agradarle, y para llevar a la vez una docena de conversaciones. Pero cuando se la observa, se percibe enseguida que se encuentra más en su elemento en los círculos de *haute volée* que en los artísticos, y que no puede prescindir del incienso. Decir que está más vanidosa que orgullosa de su marido no es faltar a la galantería... Franz Liszt, inseparable de ambos, contrasta, con todo, con su hija... También para él es una necesidad la "luz solar de la corte". Es un Tasso musical que no puede existir sin Leonores platónicas... En Villa Wahnfried se recibe una tarde a la semana... ocasión que Cosima aprovecha para reunir su Estado Mayor femenino.» Y Marr cita acto seguido los huéspedes regulares de Villa Wahnfried: baronesa de Schleinitz, baronesa de Meyendorf, de Weimar, condesa Usedom, esposa del ministro Minghetti, señora de Catulle Mendes, y los condes de Festetics y Appony, los pintores Meyerheim y Makart, los musicógrafos Richard Pohl y Schuré, el médico de cabecera del *Khedive* de Egipto doctor Sachs, el cirujano Esmarch, los banqueros Plato de Berlín y Feustel de Bayreuth, este último el alma administrativa de la empresa. Esta sociedad gustaba de trasladarse de Wahnfried a la cervecería de Angermann, «para democratizarse de lo más confortablemente. Si Villa Wahnfried era el Capitolio del Senado, la taberna de Angermann era el foro, donde cabía encontrar las más de las veces a los senadores». Pero a quien no era fácil encontrar, ni siquiera en las notas de este ágil periodista, era a Malwida de Meysenbug. Ni a ella ni a todo su círculo (con la excepción de Schuré), y, en consecuencia, tampoco a Friedrich Nietzsche, el amigo más íntimo de los días de Tribschen, el autor de *Richard Wagner en Bayreuth*, y esto a pesar de que permaneció un tiempo sorprendentemente largo en Bayreuth, dos semanas enteras, hasta el comienzo del tercer ciclo. La despedida no debió resultarle nada fácil; tenía que dejar tras sí un mundo en el que hasta ese momento se había encontrado cobijado; tenía que salir al exterior, camino de un exilio también espiritual. Sobre lo mucho que esto le afectó se conservan testimonios también del círculo de Bayreuth. Hans von Wolzogen contó, a lo que parece[266], que «Nietzsche le visitó entonces; iba acompañado por una hermana que velaba temerosa porque no se fatigara demasiado hablando; daba la impresión de estar muy enfermo». De modo similar se expresaba Ludwig Schemann: «El estado en que encontré a Nietzsche cuando su visita en la mañana del 18 de agosto y las manifestaciones que tuve ocasión de oírle formaban un contraste muy agudo con el alto tono general de aquellas horas (así como con su propio escrito). Lo grave de su dolencia saltaba a la vista[54].»

Despedida muda

El 27 de agosto, cuando sus obligaciones docentes le llamaban ya de modo inexcusable a Basilea, partió por fin Nietzsche; antes, pues, del final del tercer ciclo, previsto para el día 30. Iba acompañado de dos amigos. Uno nuevo, el musicógrafo alsaciano Edouard Schuré, nacido en 1841, que desde 1867 se había pronunciado desde París en sus escritos a favor de la música alemana en general, y de Wagner en particular, y el otro, un viejo conocido, que ahora era llamado a asumir el papel de amigo de la mayor confianza: Paul Rée, el filósofo moral.

El gran acontecimiento artístico en el que Nietzsche había centrado durante años su reflexión y sus esfuerzos, el acontecimiento en el que había puesto sus últimas esperanzas, quedaba ya atrás. ¿Podría repetirse? El fracaso financiero (se hablaba de un déficit de 160.000 marcos, una suma enorme para aquellas fechas) lo impedía. ¿Podría salir de ahí una renovación cultural o, al menos, una reforma teatral? El fracaso del elemento puramente teatral lo hacía poco creíble. Nietzsche había perdido, pues, el poderoso aliado en el que durante más largo tiempo creyó. En consecuencia, se alió con el filósofo Rée. Y sin embargo, el viejo Wagner era, a su modo, un triunfador, en tanto que el joven Nietzsche partía derrotado, dolorido, decepcionado y silencioso.

En este estado de ánimo llegó a Basilea; en este estado de ánimo se encontró con Jacob Burckhardt, quien a raíz de su por fin realizado viaje a Italia escribía el 23 de agosto, con maliciosa satisfacción, a Max Alioth: «Anoche oí por vez primera... la *Traviata*, y me asombró tanta hermosura. Entretanto leo en las *Wiener Blättern* y en el suplemento de *Perseveranza* los informes de Bayreuth, donde a lo que parece todo ha acabado *en somme* en un evidente fracaso. ¡Y esta vez sin duda definitivo! Mientras tanto, la *Traviata* lleva veinte años dando vueltas de lo más sólidamente sobre sus propios pies.»

La vivienda en la Spalentorweg había sido también dejada, de modo que la hermana ya no volvió con él. Nietzsche se instaló de nuevo en la casa de solteros de Schützengraben, en la «cueva de Baumann». Overbeck se había casado, y después del viaje de bodas, que le llevó a Italia y no a Bayreuth como estaba planeado, se buscó una casa nueva. El viejo nido había quedado, pues, vacío. Y Nietzsche lo utilizó con gusto durante el breve tiempo que faltaba hasta su gran huida de un año, su año de vacaciones.

Enseguida reanudó sus clases en el instituto pedagógico; fueron las últimas clases que Nietzsche dio como profesor de enseñanza media. También aquí preparó su despedida, comenzó a tomar distancias de la profesión de la que más cerca había podido sentirse. Abandonaba forzosamente el trabajo científico-filológico como profesor de universidad, pero no el oficio de educador, ese educador que siempre querría ser, aunque en medida mayor. Los testimonios entusiastas del círculo de sus antiguos alumnos del instituto pedagógico hablan un lenguaje muy claro en este sentido, y él mismo recuerda en *Ecce homo* que en su clase incluso los más perezosos se convertían en aplicados.

Nuevos planes, nuevos amigos

Pero el signo de este tiempo no hay que cifrarlo tan sólo en la despedida; fueron días también de un nuevo comienzo. Ahora pudo dictar a Köselitz las ideas de nuevo cuño que le habían asaltado durante la semana pasada en Klingenbrunn bajo el título de *La reja del arado*. En Bayreuth había encontrado también nuevos amigos. Uno de ellos fue Reinhart von Seydlitz, pintor, escritor y presidente de la Asociación de Amigos de Wagner de Munich, con el que pronto sostuvo una cálida correspondencia. Por otra parte, de nuevo una mujer ejercía su hechizo sobre Nietzsche: Louise Ott.

Nietzsche entregaba nuevamente su simpatía a una mujer oriunda del Báltico (como fue, apenas cuatro meses antes, el caso de Mathilde Trampedach), y esta vez era afectuosamente correspondido.

De soltera aquella mujer joven, rubia y de rara belleza había ostentado el nombre de Louise von Einbrod. Había crecido en Estrasburgo, pero desde 1871, en que el Imperio Alemán se incorporó Alsacia, vivió en París, donde su marido formaba parte de la sociedad protestante acomodada. Louise era una mujer de fina cultura, muy musical, conocedora excelente de la música alemana y rusa, cantaba y admiraba a Wagner. Como tal llegó a Bayreuth, quizá incluso ya para los ensayos en julio: de no haber confundido Nietzsche algunos hechos (cosa con la que siempre cabe contar en él) dado el tiempo transcurrido hasta que puso sobre el papel estos recuerdos, tal vez cupiera inferir esta temprana presencia del

siguiente paso de *Ecce homo*: «Basta, en medio de todo me marché de allí por dos semanas, de manera muy súbita, aunque una encantadora parisina intentaba consolarme.» Nietzsche no se marchó «en medio de todo», sino entre los primeros ensayos y los definitivos, y no «por dos semanas», sino a lo sumo por ocho días. Que este paso resulte o no concluyente respecto de la temprana presencia de Louise Ott en Bayreuth es cosa, pues, y en fin, que queda indeterminada. Como el momento mismo y la ocasión en que se encontraron. El supuesto más fiable remite a una posible mediación del paisano de Louise Edouard Schuré, de Estrasburgo, en el círculo de Malwida von Meysenbug. Los días de los ensayos, especialmente tranquilos, debieron ser, sin duda, favorables a encuentros de este tipo.

En Bayreuth corrió, según parece, el rumor de que Nietzsche consideró a Louise como la futura compañera de su vida hasta que se enteró de que estaba ya casada y era madre de un niño —Marcel—. En orden a ello se retrajo, y la amistad directa se convirtió en una de sus amistades epistolares más íntimas y cargadas de sentimientos. Es posible que esta mujer le hubiera seguido de habérselo pedido él seriamente. Pero la perspectiva de hacerle cambiar su posición segura y respetable por la falta de asidero de su existencia de librepensador, una existencia que a él mismo se le antojaba difícil y arriesgada en su actual situación de fermentación y ruptura, le atemorizó e hizo volver atrás.

Debió partir *antes* que Nietzsche, probablemente al final del segundo ciclo, el día 23. ¿Fue acaso ella quien le retuvo durante tanto tiempo en Bayreuth? Poco después abandonó él también aquel lugar y le escribió desde Basilea el 30 de agosto: «Cuando usted abandonó Bayreuth, todo se volvió oscuro en torno mío, era como si alguien me hubiera arrebatado la luz. Tuve, ante todo, que volver a encontrarme a mí mismo. Pero *he* conseguido hacerlo, de modo que puede usted sostener sin preocupación esta carta entre sus manos. Aferrémonos a la pureza del espíritu que nos llevó a encontrarnos; mantengámonos fieles en todo lo bueno. Pienso con un afecto tan fraternal en usted, que podría incluso querer a su esposo porque es *su* esposo... ¿Quiere usted que le envíe mis tres *Intempestivas?* Tiene que conocer usted aquello en lo que creo, lo que me hace vivir.» La verdad es que no parece fácil inferir de esta carta que apenas hacía un mes que se conocían; en cualquier caso, Louise había leído ya la cuarta *Intempestiva*. Es posible que esta lectura despertara en ella el deseo de conocer al autor. En el latido de sus dos cartas de respuesta se percibe lo peligrosamente que Nietzsche debió hacer estremecerse el alma de esta mujer sensible; así, el 2 de septiembre[8]: «Sus palabras, que tanta nobleza, pureza y fidelidad me revelan, no han podido menos de llegarme al corazón. ¡He sido tan feliz!

»Qué bien que pueda cuajar entre nosotros una amistad sana y fiel, de modo que podamos pensar, de corazón y sin que nuestra conciencia

nos lo impida, el uno en el otro... Pero no puedo olvidar sus ojos: su mirada cálida y profunda, descansa siempre sobre mí, como entonces.

»Oh, sí, envíeme sus obras, tengo que conocer mejor a mi preciado amigo... Pero al hacerlo, no haga alusión alguna a lo que se dice en *su* carta ni en la *mía*. Todo lo que *hasta ahora* ha ocurrido debe quedar entre nosotros. Es un tesoro sagrado que no debe pertenecer sino a *nosotros dos solos*.» Firmado: «Su nueva hermana Louise».

Pocos días después, el 8 de septiembre, le escribía ya de nuevo[8]: «Querido amigo, ¿cómo encontrar palabras para expresarle la alegría que he sentido al recibir su hermoso libro?... Sentí inundarse mi corazón de calor y tuve que llorar abiertamente. Y sin embargo, todo era de felicidad... Quiero leer su obra *con* usted y pararme en todos los lugares que no me resultan muy claros, y preguntarle a conciencia... ¿Sabe usted que soy cristiana? Encuentro mi Biblia hermosa, pura y grande... ¿Cree usted realmente que la influencia del Cristianismo ha sido —y es— mala? Desde mi infancia sólo he oído cosas buenas y hermosas sobre mi religión... ¿Por qué no cree usted en lo que Cristo dijo y prometió? Querido señor Nietzsche... es usted demasiado noble como para reírse de mí —aunque me encuentre infantil—, por eso quiero sentirme siempre libre y desinhibida frente a usted. Su escrito sobre Wagner ha ampliado mi perspectiva, y reflexiono mucho sobre cuanto he encontrado en él. Pero creo que sólo a los grandes sabios y a algunos espíritus aislados particularmente dotados les es posible sentirse felices y satisfechos sin religión y sin otra ayuda que la filosofía. ¿Cree usted en una vida eterna del alma?... Acepte usted *toda mi fiel* amistad. Louise.»

¡Casi habría que pensar en la Gretchen de Goethe, que pregunta a su Fausto por su actitud frente a la religión!

Con tono de advertencia y reconociendo su propio desconcierto le contesta Nietzsche el 22 de septiembre: «... he leído sus dos cartas una y otra vez, casi creo que las he leído demasiado, pero esta amistad es como un vino nuevo, muy agradable, aunque tal vez un poco peligroso. Para mí, en cualquier caso. Pero también para usted, si pienso en la clase de *librepensador* con el que ha venido a encontrarse. Con un hombre que lo único que desea es perder cada día tal o cual creencia consoladora, que busca y encuentra su dicha en esta liberación, cada día mayor, de su espíritu. Es posible incluso que *quiera* más ser un librepensador que *pueda* realmente serlo.» Acto seguido le remite a las memorias de Malwida y le pregunta por el pequeño Marcel, que a lo que parece tenía problemas con los dientes, y le pregunta finalmente: «¿No habrá por ahí una buena fotografía de cierta mujercita hermosa y rubia? El domingo en ocho días me voy a Italia, para mucho tiempo. Recibirá usted noticias mías desde allí. Si me escribe a mi dirección de Basilea... la carta me llegará seguro. Fraternalmente de todo corazón, su doctor Friedrich Nietzsche.»

Louise vino, seguidamente, a instarle a superar su inhibición, tal y como ésta podía percibirse en el final tan formalista de la carta anterior, a romper el hielo, a optar por un discurso más directo. Y por su parte decidió, de cara a este objetivo, pasarse al francés, idioma en el que se sentía más libre y que conocía, sin duda, mejor. En octubre o noviembre le comentaba que desearía ser un hada para regalarle la salud con su varita de virtud, que querría ir a su encuentro y consolarle en su soledad. Que desearía, en fin, enviarle el rayo de sol que penetraba en su habitación, porque pensaba que le haría bien, le alegraría y le llenaría de felicidad. Le da las gracias por su nueva obra y le hace notar que en lugar de escribirle inmediatamente para dar*le* algo, había preferido profundizar en el libro, dándose así algo a sí misma. No está siempre «*d'accord*» con sus ideas, pero más allá de cualesquiera posibles diferencias se sentirían ambos unidos en la alegría de tener lugar un reencuentro. De no venir él ahora a París, le visitaría ella en Basilea, «*dans la saison des fleurs*». Hace una alusión a la primavera y a su «*petite amie*», que tanta devoción tiene por su gran sabio y adusto pensador. Expresa con un «hasta la vista» su deseo de que no se pierdan nunca el uno al otro, y firma como «*Votre petite soeur Louise Ott*».

Nietzsche no le contestó hasta el 16 de diciembre, en que lo hizo desde Sorrento: «Espero, mi preciada amiga, que no me haya tomado a mal lo mucho que he tardado en darle noticias de mi estancia acá y de cómo me va. Pero eso mismo me ha ocurrido con todos mis amigos. No ha podido ser de otro modo: mis insoportables jaquecas, contra las que no he encontrado ningún medio seguro, me han obligado a descargar un poco la tensión amistosa y a hacer una pausa en mis relaciones... Pero me gustaría mucho saber algo de usted... La traducción francesa de mi escrito sobre Richard Wagner debe estar en camino, y espero que le llegue para Navidades, conseguir de usted una nueva pequeña señal de vida como esta carta, un par de líneas, no, varios pares de líneas... Ultimamente se me ha ocurrido, querida amiga mía, que debería usted escribir una pequeña novela y dármela a leer: se percibe así globalmente lo que se tiene y lo que se espera de la vida, y con ello no se convierte uno en más desgraciado, desde luego. Son los efectos del arte.»

La traducción francesa de la 4.ª *Intempestiva* a que Nietzsche se refería era la ofrenda amorosa de la señora Marie Baumgartner. Haciendo enviar inmediatamente esta obra de amor y devoción a su nueva amiga Louise no venía Nietzsche a mostrar, ciertamente, demasiado tacto ni comprensión. Pero a Louise Ott no le llegó el pequeño volumen, como hace constar en su carta del 21 de enero de 1877. Y de hecho, el libro no vio la luz hasta finales de enero o comienzos de febrero.

Entretanto, también ella había caído enferma, por lo que no le contestó hasta el 21 de enero, y nuevamente en francés: ¡no podía escribir una novela! No conocía a la verdadera Louise, la que *él* amaba era una creación de su hermosa y desbordante fantasía. Pero esperaba que su inclinación

se mantuviera, y tenía el suficiente corazón y la suficiente generosidad como para guardar para él su Louise (imaginaria).

Pero si Nietzsche deseaba algo era, precisamente, conocer a la «verdadera» Louise, cosa que hubiera podido hacer si no con una novela, sí con la ayuda de un esbozo autobiográfico. Una Louise capaz tal vez de ayudarle a superar sus inhibiciones, a abandonar su retraimiento. En lugar de ello, las pausas en la correspondencia fueron haciéndose cada vez mayores, hasta que tras una interrupción de 5 años tuvo lugar de nuevo, en 1882, un breve contacto, en el que el formalismo y envaramiento inveterados de Nietzsche vinieron otra vez a coincidir con el tono cálido y amable de Louise Ott. Seguidamente, Nietzsche dejó apagarse esta relación nutrida de una inclinación mútua genuina, sin haber vuelto a ver nunca a Louise Ott desde su encuentro en Bayreuth.

Capítulo 19
EL AÑO DE VACACION

(Octubre 1876 a septiembre 1877)

La separación de Wagner no fue una caída en el vacío. Nietzsche pudo permitirse ese paso porque contaba con una nueva protección. Se podría intentar describir el acontecimiento según las categorías de la teoría de arquetipos de C. G. Jung; con ello se conseguiría, al menos, una dimensión complementaria de comprensión[264].

En Wagner Nietzsche vivió el arquetipo «padre». Wagner había nacido el mismo año 1813 que el padre de Nietzsche, muerto prematuramente y a quien Nietzsche, de niño y hasta sus años de estudiante, echó de menos dolorosamente. ¡A partir del momento, y sólo entonces, en que comenzó a tratar personalmente a Wagner desaparecieron los lamentos por la muerte del padre! Wagner se convirtió entonces en su guía intelectual. Desde el discurso inaugural sobre Homero hasta la cuarta *Intempestiva*, todos los trabajos de Nietzsche están influidos por esa relación o están dirigidos a Wagner. Ahora había llegado el momento de la ruptura generacional. Pero, entretanto, Nietzsche se ha puesto enfermo. Padece indecibles molestias físicas. Entonces tiene lugar la regresión al arquetipo «madre»: ya no necesita dirección intelectual sino cuidados maternales. El primer paso en esa dirección es la actualización de la amistad con Malwida von Meysenbug. Nietzsche se pone desde el comienzo bajo su protección personal. Esta evolución irá caminando, con el transcurso del tiempo, en el sentido de esa regresión: tras el primer desmoronamiento físico en la primavera de 1879, que le obliga a abandonar su cátedra, se vuelve hacia su madre carnal y sigue cada vez más aferrado a esa ligazón y dependencia hasta que con el desmoronamiento intelectual de enero de 1889 cae completamente en sus solícitos brazos. Y este camino comienza en 1876 en Bayreuth.

La nueva protección encontrada en Malwida v. Meysenbug era algo que se venía preparando desde la primavera y que en el verano, cuando Nietzsche fue a Bayreuth, era ya un hecho. El 30 de abril de 1876 Malwida había escrito[7] que estaba buscando un lugar de residencia apropiado, en cualquier caso no tan caro como Roma, para su protegido Albert Brenner: «Para salvar una individualidad noble estoy dispuesta a hacer el sacrificio de abandonar Roma e instalarme en un lugar más pequeño, probablemente Fano, a orillas del mar Adriático... con clima saludable, magníficas playas, primitivamente barato... Y ahora el segundo punto. No sólo a él, sino también a *usted*, quiero ofrecerle ese hogar, al menos durante un año. ¡*Tiene* que marcharse el próximo invierno de Basilea! Tiene que descansar bajo un cielo más suave, entre gentes simpáticas, donde pueda pensar, hablar y escribir libremente lo que su alma siente, y donde lo rodee un auténtico cariño comprensivo. Ese sería aquí el caso... Lo que me hace vacilar es esto: que no sea Roma lo que pueda ofrecerle... Más tranquilidad habría realmente allí que aquí, y el clima quizá fuera más de su agrado puesto que, a causa del mar, es más fresco y estimulante, pero no existirían las sugestiones que hay en Roma, ni ese fuerte rasgo típico que impregna todo aquí y que, por así decirlo, se respira en el aire.» Nietzsche aceptó inmediatamente, cosa extraña en él, dado su carácter indeciso y vacilante. El 11 de mayo contesta: «Más tarde le diré *cuán* oportunas llegaron esas palabras suyas y qué difícil se hubiera hecho mi situación sin ellas: hoy solamente le comunico: que iré a Fando para vivir un año con usted. Hablé con el presidente de la curaduría de esta universidad sobre la posibilidad de unas vacaciones desde octubre de 1876 a octubre de 1877; la respuesta definitiva a mi consulta la tendré sólo dentro de 14 días, pero ya es completamente seguro que se me concederá plena libertad para ello: ¡puede usted estar segura!... Estos días he pensado casi continuamente en el "Fanum Fortunae": ¡para mí será un "templo de la dicha"!» La hermana de Nietzsche, más tarde, como editora de estas cartas, está en cierta medida en lo correcto cuando comenta[7]: «Las misteriosas insinuaciones de por qué precisamente entonces... llegó tan a tiempo el ofrecimiento, se refieren sólo en una mínima parte a la salud de mi hermano... ante todo y fundamentalmente tienen que ver con las dudas que le habían entrado respecto a Wagner y a su arte», pero saca una conclusión falsa: «Si entonces se manifestó tan anheloso de esa convivencia..., el trasfondo misterioso de ello fue que esperaba volver a afianzar, en la proximidad de Malwida, sus antiguos sentimientos por Richard Wagner, puesto que durante esta convivencia, en cualquier caso, siempre se diría lo mejor y lo más amable respecto a Wagner.» No podía tratarse de eso. Nietzsche quería y debía separarse de Wagner, y el cariño maternal de Malwida le ofreció la posibilidad de hacerlo, posibilidad que por eso aceptó tan incondicionalmente.

La vacación oficial

El 19 de mayo Nietzsche dirige la petición formal al presidente de la Curaduría, el doctor Carl Burckhardt: «Cuando en la Pascua de 1869 acepté mi cargo en esta universidad e instituto, lo hice en la esperanza de que algún día podría realizar lo que no me fue posible hacer entonces, a causa del paso repentino de los años de aprendizaje a los de enseñanza —a saber, un largo viaje por el sur con miras a una formación científica más amplia. Diversos motivos personales me determinan a manifestar mi deseo de que precisamente este año... me sea concedido el permiso para este viaje; de entre esos motivos sólo voy a resaltar *uno:* que en los últimos 7 años voy enfermando progresivamente... y, sobre todo durante el último invierno..., he llegado a un estado de salud peligroso... Para el periodo de mi ausencia renuncio completamente, como se entiende de por sí, al sueldo que vengo percibiendo hasta ahora.» La Curaduría trató de esta petición el 26 de mayo y decidió*[236]: «Se propondrá al Consejo de Educación la concesión de un año de vacaciones al señor profesor Nietzsche. Sólo se hará uso de su renuncia al sueldo en el sentido de que correrá con los gastos de la necesaria sustitución en el pedagogio.» En el escrito adjunto, con el que se comunicó esta decisión al Consejo de Educación (a quien correspondía la última competencia en este asunto), el acento fundamental se puso en el mal estado de salud de Nietzsche[242]: «Los motivos que lo mueven a ello provienen, en parte, de su salud maltrecha, y, en parte, del deseo de hacer un largo viaje por el sur. Por más que nos pese, tanto en interés de la universidad como del pedagogio, tener que prescindir de los excelentes servicios del señor profesor Nietzsche, nos creemos en la obligación de adherirnos a su deseo... El señor profesor Nietzsche renuncia a todo sueldo durante el tiempo de su ausencia. Proponemos que no se acepte esa renuncia en su totalidad, sino sólo en tanto el señor profesor Nietzsche habría de indemnizar a su sustituto en el pedagogio: Hace ahora siete años que el señor profesor Nietzsche sirve al bien de la comunidad por un sueldo módico, últimamente de 4.500 francos, y los frutos de este viaje recaerán en provecho de nuestros jóvenes estudiantes.» El 2 de junio el Consejo de Educación, compuesto ese día, por el señor Pastor Respinger y el señor Ad. Burckhardt, decide en el sentido de la solicitud y entiende «no exigirle más contraprestaciones que indemnizar a su sustituto en el pedagogio, lo que supondrá alrededor de 1.200 francos». Fueron 1.140 francos exactamente (190 por año y hora semanal), como se decidió también el 5 de noviembre de 1877, al prolongar la sustitución durante el semestre de invierno 1877/78. En todos los comunicados y decisiones oficiales se deja sentir claramente el afán por proporcionar alivio, en la medida de lo posible y patrocinándolo ante las autoridades políticas, a este hombre,

* Los textos vienen en el tercer tomo, *Documentos*, núm. 1.

muy apreciado científica y sobre todo humanamente, en la situación precaria de salud que soportaba valerosamente. La motivación fue trasladada por el Consejo de Educación más bien al «viaje de estudios»: «Al mismo se une a la vez la finalidad de conocer los lugares clásicos.» Y así apareció también en el catálogo de lecciones para el semestre de invierno 1876/77 y para el del verano de 1877[236]: «Señor Friedrich Nietzsche, doctor en filosofía y profesor ordinario (estará ausente, de vacaciones, en un viaje científico).» ¡Esto era para justificarlo más convincentemente ante las altas esferas políticas!

Para la sustitución se había ofrecido Jacob Mähly —que mientras tanto había llegado ya a catedrático—, como dice el acta de la Curaduría del 6 de julio, «con la condición de que fuera relevado de las horas de latín en el 2.º curso». Esto hubiera acarreado la complicación de una segunda sustitución para la clase de latín. Frente a ello estaba la propuesta del rector Burckhardt de encargar de la sustitución al joven profesor de griego del 1.º y 2.º cursos del pedagogio, el doctor Achilles Burckhardt; y la Curaduría decidió: «No se acepta el ofrecimiento del señor profesor Mähly, sino que se solicita del doctor Ach. Burckhardt que durante la ausencia del doctor profesor Nietzsche se encargue de sus clases en el tercer curso. Por estas horas se le asignará la misma remuneración que por sus otras horas en el pedagogio.»

Una coincidencia relevante es que en la misma sesión se concedió la *venia docendi* al joven, y más tarde famoso lingüista, doctor Jacob Wackernagel, para filología griega y sánscrito. Wackernagel, nacido en 1853, había sido alumno de Nietzsche en el pedagogio y estudió con él dos semestres más en 1871/72. Con ocasión de su doctorado Nietzsche lo había examinado de griego, y finalmente sería en 1879 su sucesor en la cátedra de filología clásica, a la que adscribió desde el comienzo sánscrito y lingüísta especial indogermánica.

Las sustituciones

En la universidad se subsanó, más fácilmente y sin costos para él, el hueco que dejaba Nietzsche durante el año de vacación, ampliando otros docentes sus programas en consonancia. El siempre dispuesto Jacob Mähly explicó en el semestre de invierno 76/77 sobre el *Fedón* de Platón (3 horas semanales), sobre mitología comparada (1 hora); realizó ejercicios métricos (1 hora) y dirigió dos ejercicios de seminario (cada uno de 1 hora): el libro X de Quintiliano y una selección de la mitología griega, ¡temas todos, por tanto, dentro del ámbito temático de Nietzsche! Asimismo el profesor J. J. Merian dio a Tucídides (2 horas) y el *Pro Roscio Amerino* de Cicerón (2 horas), y el profesor Misteli «Interpretaciones de *Ilíada* X de Homero» (2 horas) —Misteli era propiamente lingüista—; finalmente,

el profesor Hagenbach dictó «Eurípides, dramas escogidos» (2 horas). Los estudiantes de griego, por tanto estaban muy bien servidos; se daba mucha mayor preferencia a la filología griega que a la latina. El semestre de verano de 1877 no fue tan abundantemente cubierto, pero sí lo suficiente. El profesor Mähly dictó «Introducción a la lingüística latina y griega» (2 horas), *Las ranas* de Aristófanes y un seminario de griego: *Velleius Paterculus* y la *Poética* de Aristóteles. El profesor Misteli explicó «Interpretaciones del *Filocteto* de Sófocles» (2 horas) y el nuevo docente, el doctor Jacob Wackernagel, «Historia del epos griego» (2 horas) y «Heródoto, con especial atención a los dialectos» (3 horas): así comenzó su futuro camino como investigador lingüístico genial.

Dado que su ausencia de la universidad no le supuso mayores contraprestaciones monetarias y sabiendo por una carta a su madre del 24 de diciembre que en Italia pagaba 200 francos al mes, el sueldo que le quedó después de todo, 3.300 francos al año, hubo de resultarle suficiente, viajes incluidos. Los asuntos monetarios en Basilea y desde Basilea los llevaba ya entonces su amigo Overbeck, «el inmutable», como lo llamaba Marie Baumgartner.

Preparativos de viaje

Se habían arreglado perfectamente las cosas. Por eso Nietzsche pudo dedicarse con la conciencia tranquila a los preparativos de sus vacaciones, pero tampoco ahora sin gran excitación interna y con las consecuencias usuales: insoportable dolor de cabeza, parecido a la jaqueca, acompañado de vómitos. También los ojos seguían mal; tuvo que volver a hacer una cura de atropina, como informa a su hermana el 4 de septiembre. Así se va arrastrando durante todo el mes de septiembre, a cuyo fin (el día 26) se lamenta a Malwida: «Desde mi regreso a casa me encuentro mal; dicto esta carta desde la cama con horribles dolores de cabeza. Aproximadamente cada ocho días he de ofrecer una ofrenda de treinta horas a mi dolencia; por eso me confío total y absolutamente a la convivencia con usted en el golfo de Nápoles.» Malwida había visitado entretanto Fano y no le pareció apropiado; se había decidido finalmente por los alrededores de Nápoles, a donde también pensaba ir Wagner para un corto espacio de tiempo. Parece que ya habían hablado en Bayreuth al respecto, puesto que el cambio de lugar aparece de improviso en la correspondencia, sin discusión alguna y como dado ya por supuesto. Ya el 24 de septiembre había escrito Nietzsche al barón von Seydlitz en este sentido: «El 1 de octubre va usted a Davos, y yo, el mismo día, a Italia, para recuperar en Sorrento mi salud... me acompañan un amigo (¡Paul Rée!) y un alumno (Albert Brenner)... se convertirá en una especie de convento para espíritus libres. No quiero ocultar, respecto al citado amigo, que es el autor de un

libro anónimo muy curioso, *Observaciones psicológicas*... nos quedaremos aproximadamente un año en Sorrento. Después volveré a Basilea, a no ser que en alguna parte construya en alto estilo mi convento, quiero decir "la escuela de los educadores" (donde éstos mismos se eduquen).»

De todos modos sólo estaba previsto el lugar, pero no la pensión. La idea de un «convento para espíritus libres» flamea siempre repetidamente en Nietzsche como un fuego de paja. Esta vez es que se había robustecido con el alimento proporcionado el 21 de abril por la carta desde Viena de Joseph E. Ehrlich, que había escrito a Nietzsche «en nombre de sus entusiastas admiradores de esta universidad»[6]. Con esta primera «comunidad nietzscheana» habría de mantener todavía relaciones.

Lo sorprendente en la carta de Seydlitz es, sin embargo, que vaya a ir a Sorrento con Paul Rée. Lo escribe con toda determinación, incluso antes de que Malwida supiera nada acerca de ello; y sólo dos días después, el 26 de septiembre, escribe a ésta: «¿Sabe usted que el doctor Paul Rée me quiere acompañar, en la confianza de que a usted le parezca bien? Su agudísima cabeza y su alma respetuosa y sinceramente amable me producen la mayor alegría... Sus planes, de usted, naturalmente, no han de ser estorbados en modo alguno, en caso de que esto no entre en ellos. Wagner me telegrafió desde Venecia.» Y Nietzsche le contestó el 27 de septiembre. Wagner había solicitado que le procurara ropa blanca de una firma de Basilea, y Nietzsche agradece el encargo confiado, «me hace recordar los tiempos de Tribschen»; y a continuación siguen algunas frases melancólicas: «El otoño, tras *este* verano, es para mí, y no sólo para mí, más otoño que cualquier otro anterior. Detrás del gran acontecimiento queda una franja de la más negra melancolía, de la que uno no se puede liberar suficientemente rápido refugiándose en Italia o en la creación, o en ambas.» Se sincera de nuevo con el paternal amigo y le confiesa el alcance de sus padecimientos: «Estos han vuelto a alcanzar un punto álgido; ya no se puede esperar más: mis superiores saben lo que hacen al concederme un año de vacaciones, a pesar de que este sacrificio es enorme para una comunidad tan pequeña;... gracias a lo paciente que es mi temperamento, en los últimos años he tragado dolor tras dolor, como si yo hubiera nacido sólo para ello y para ninguna otra cosa. He pagado realmente un tributo abundante a la filosofía que enseña eso. Esta neuralgia trabaja concienzuda y científicamente, sondea metódicamente hasta qué límite puedo soportar el dolor, y cada vez se toma treinta horas para este análisis. Cada cuatro hasta ocho días he de contar con una repetición de este estudio... pero ya estoy harto y quiero vivir con salud o si no, no vivir... Créame que soy moroso; sólo las personas, y no las enfermedades, consiguen malhumorarme y además siempre tengo en derredor mío los amigos más solícitos y atentos.»

El 29 de septiembre cambia el domicilio «a Italia» en el centro de empadronamiento de Basilea y el mismo día consigue un pasaporte de la

Cancillería de Estado del cantón de Basilea-ciudad —¡a pesar de que no es ciudadano! * Eduard His dice al respecto: «Este interesante documento se encuentra hoy todavía en el archivo de la ciudad de Basilea; desempeñó un papel varias veces en la vida de Nietzsche... En primer lugar ha de sorprender el hecho de que las autoridades cantonales de Basilea juzgaran pertinente expedir ese pasaporte a un apátrida. Sin embargo esto estaba legalmente permitido entonces (concordato internacional con respecto a la concesión y a los formularios de los pasaportes, del 22 de junio y 2 de julio de 1813, ratificado el 9 de julio de 1818). También la ley federal del 3 de diciembre de 1850 "referente al apatrismo", permite la expedición de un pasaporte a una persona no suiza por parte del cantón, dejándolo, de todos modos, a su propio "riesgo" (Art. 21). Del contenido del pasaporte se sigue que allí Nietzsche no es designado como ciudadano de Basilea, sino sólo como catedrático de la universidad de Basilea. Con ello el pasaporte tenía solamente el significado de una carta oficial de protección y de salvoconducto para un funcionario basileo. Las autoridades de Basilea tuvieron tanto mayor motivo para concederle tal carta de protección y salvoconducto cuanto que, si no, él, como persona no inscrita, hubiera podido tener dificultades en el extranjero, cosa que hubiera podido causar mala impresión con respecto a la universidad de Basilea. El hecho de que para Nietzsche se usara un pasaporte impreso en francés se explica porque iba a un país románico (Italia). El pasaporte de Nietzsche lleva la clausula "valable pour un an"; formalmente, pues, su validez habría caducado ya el 29 de septiembre de 1877. Sin embargo Nietzsche usó ese mismo pasaporte hasta su hundimiento final...; para ello le fue prorrogado todavía en 1883 y 1885 por plazos más cortos en los consulados suizos de Génova y de Niza. Parece que el pasaporte sólo volvió a manos de las autoridades basileas cuando el 10 de enero de 1889 Nietzsche fue internado en el manicomio Friedmatt de Basilea.»

Al darse de baja formalmente en el centro de empadronamiento de Basilea Nietzsche volvió a interrumpir por segunda vez (la primera fue en 1870 durante su ida a filas en la guerra) su residencia, con lo que perdió definitivamente la posibilidad de nacionalizarse, para lo que entonces se exigían como mínimo 8 años de empadronamiento ininterrumpido. Y dado que nunca recuperó su nacionalidad alemana, a la que renunció en 1869, fue siempre ya un apátrida, o, según el término suizo, que en el caso de Nietzsche resulta especialmente oportuno, una persona *sin patria*.

---

* El historiador del derecho Eduard His, de Basilea, analizó concienzudamente en 1941 la cuestión, sobre la base de todos los documentos oficiales y repertorios legales accesibles, y publicó por primera vez el texto del pasaporte[112].

El viaje

La vacación comenzaba oficialmente sólo a partir del inicio del semestre, el 15 de octubre. Pero Nietzsche aprovecha las vacaciones precedentes y parte ya el 1 de octubre, juntamente con Paul Rée, y no directamente a los «lugares clásicos» o al encuentro de Malwida, sino hacia Bex, en Wallis, que había conocido fugazmente en la primavera con ocasión de una excursión con Gersdorff desde Veytaux. Allí se alojaron ambos amigos en el hotel Crochet. En septiembre Rée ya había inspeccionado los hoteles de Bex, donde estuvo con su madre viniendo desde Montreux[12]. Un año más tarde[12] recuerda las tres semanas con Nietzsche en Bex: «Fueron en cierto modo la luna de miel de nuestra amistad, y la casita apartada, el balcón de madera, las uvas y Le Sage (su novela *Gil Blas*), componían la imagen de un estado perfecto, aunque Stella no hubiese estado.» (Quién era esa «Stella», un personaje de E. T. A. Hoffmann, y a cuál de los dos amigos «hacía caso», es algo que permanece inaclarado.)

El cambio de clima parece que sentó bien a Nietzsche en principio; por ello puede escribir a su madre el 16 de octubre, «que desde hace 12 días no ha vuelto el dolor de cabeza», tras haber tenido que pagar la excitación del viaje con un acceso de treinta horas; pero después se regocijaba «por el hermoso otoño en compañía de Rée, el incomparable» (9 de octubre de 1876 a su madre). Inmediatamente se despierta de nuevo el impulso hacia el trabajo creativo, y el 18 de octubre informa a su hermana: «A propósito, la 5.ª *Intempestiva* está acabada, necesito sólo alguien a quien dictársela (en Basilea tenía para ello día tras día a Köselitz).» Este fue, bajo el título de «El librepensador», el último plan para una *Consideración intempestiva*. También este material, en el curso de trabajos posteriores, fue refundido en el gran libro de aforismos *Humano, demasiado humano*.

La señora Marie Baumgartner pudo transmitir a Nietzsche la feliz noticia de que su traducción francesa de *Richard Wagner en Bayreuth* estaba en la imprenta de Schmeitzner. Creía firmemente que el libro saldría todavía para finales de mes. Pero se hizo esperar hasta el 27 de enero del año siguiente.

El 19 de octubre Nietzsche y Rée continúan viaje desde Bex, primero a Ginebra y desde allí a Génova*. Nietzsche vuelve a reaccionar a las fatigas del viaje con uno de sus más fuertes accesos. ¡Esta vez habla de 44 horas! El 22 se vuelve a encontrar bien y da una vuelta en barco por el puerto. ¡Entra entonces por primera vez en su vida en contacto con el mar,

* Frente a otras fechas que se dan, el viaje puede calcularse así exactamente: el 19 de octubre todavía, Nietzsche y Rée se encuentran en Génova con Albert Brenner, que había viajado hasta allí desde Basilea; con él salió Nietzsche a las 9 de la noche en el empalme (inaugurado en 1871) que va a través del Mont Cenis, y llegó, tras una parada en Turín, a Génova, a las 4 de la tarde del 20 de octubre. Rée salió el 20 de octubre por la mañana y llegó a las 12 de la noche a Génova.

y qué tímidamente! En el tren se habían conocido Nietzsche y Albert Brenner, quien lo acompañó desde Génova. Brenner, escribe[50], de «una familia burguesa de Génova, joven y amable» y de «dos jóvenes y nobles soldados»; y Nietzsche vuelve a conocer a otras dos mujeres: la señora baronesa Claudine von Brevern e Isabella von Pahlen (después señora Isabella Ungern-Sternberg), con las que estableció inmediatamente una relación cordial y abierta que le impidieron continuar su estado de debilidad y la prosecución de su viaje el 23 de octubre. Nietzsche hubo de producir una impresión profunda y duradera, sobre todo a la joven Isabella v. Pahlen, puesto que ella permaneció adepta suya incluso después de su muerte, y todavía en 1902 le dedicó, como grafóloga, un recuerdo más entusiasta que científico[249].

En el curso del viaje en tren hacia Génova la conversación —eso cuenta ella— se había centrado en los moralistas franceses; fue entonces cuando Nietzsche le preguntó directamente: «¿No es verdad, señorita, que también usted es librepensadora?», y ella respondió: «Mi deseo es ser un "espíritu libre", lo cual puede que coincida acaso con el *libre penseur* de los franceses.»

El 23 de octubre Nietzsche, con Brenner, continuó el viaje en barco desde Génova, con una parada en Livorno. Es muy difícil saber si Rée iba también en el barco o si recorrió este trecho del viaje por su cuenta y en tren. En todo caso Nietzsche había querido acompañarlo en Génova hasta la estación de ferrocarril[8]. También Isabella tomó el tren para continuar su viaje hasta Roma. Desde Livorno Nietzsche dio un pequeño rodeo por Pisa, quizá para recoger allí a Rée, en el cual volvió a encontrarse con Isabella. Visitaron juntos la ciudad; así cree ella recordarlo: «En la estación nos recibió, visiblemente malhumorado, el compañero de viaje de Nietzsche, Paul Rée, con el que hasta entonces yo no había cruzado ni diez palabras. Algo irritado me tomó aparte y me manifestó sinceramente su descontento porque yo ejerciera influencia —mala— sobre Nietzsche, excitando y estimulando su espíritu de contradicción... Supe entonces por Rée, el Fidus Achates, que su amigo necesitaba la mayor tranquilidad y retiro para superar un grave padecimiento nervioso.» Todavía en la estación, Nietzsche habló largamente con ella sobre la selección de la raza, el matrimonio y la obligación del Estado de prohibir legalmente el matrimonio a los no aptos. Volvió a ser un monólogo de Nietzsche, pero para Isabella fue «vitalmente determinante». Tras este curioso encuentro, que arrancó de Nietzsche tantas ideas sólo expresadas años después (¡caso de que en el recuerdo de la autora en 1902 la cronología no se haya corrido un tanto!), Nietzsche, Brenner y Rée continuaron juntos por barco hasta Nápoles, a donde llegaron a la 1 de la noche del 25 al 26 de octubre. Nietzsche estaba satisfecho del viaje y escribió a casa el 28 de octubre: «Nos libramos del mareo en el barco; prefiero este tipo de viaje al horrible ferrocarril. Nos reunimos con la señorita von Meysenbug en un hotel de Nápoles y

después, ayer, viajamos juntos al nuevo hogar.» Brenner describe plásticamente, a sus familiares de Basilea[50]: «El viaje en barco desde Génova hasta Nápoles fue magnífico y barato... El último día hubo algo de tormenta. Uno tras otro fueron desapareciendo de la mesa a la hora de la comida... Nietzsche aguantó mucho tiempo. Yo no sentí ni el mínimo mareo... A la 1 de la noche, ayer..., llegamos al puerto, y fuimos suficientemente insensatos como para querer ir todavía a Nápoles, en lugar de permanecer en el barco. Así, nos encontramos en una estrecha barca que llevaban cuatro remeros. Estaba bastante oscuro, no se oía sonido alguno, sólo de cuando en cuando algunas palabras incomprensibles de los sospechosos remeros. Comencé a ver fantasmas y mantuve firme mi puñal desenvainado bajo el abrigo de ladrón, el sombrero de copa en la cabeza, cuya elegancia en la profundidad del puerto maldije. Desembarcamos en un apartado puertecillo donde apenas llegaba ya la luz. Vinieron unos soldados de costa, que parecían ladrones y nos exigieron una propina. A continuación los 4 remeros tomaron nuestras dos maletas y comenzaron a andar por la desierta calle hacia la Chiatamone, pensión allemande, que es donde nosotros queríamos ir. Nietzsche, Rée y yo tuvimos que vigilar a los portadores del equipaje: marchaban separados por una distancia de 20 a 30 pasos. Apenas creía que nos condujeran correctamente... pero puesto que mi abrigo ondeaba recordando al de un ladrón y todos nosotros aparecíamos algo ojerosos y ajados, es decir, en todo caso, extraños, llegamos felizmente. La señorita v. Meysenbug está aquí. Se ha ocupado lo mejor posible de todo y con mucho esfuerzo.» ¿No produciría escalofríos un informe así a la buena gente de Basilea?

En Sorrento

Todavía no estaba decidido el lugar donde se quedarían; se decidió primero, en el transcurso del día 26 de octubre, buscar al día siguiente una pensión en la cercana Sorrento, como escribe Malwida el 28 de octubre a su hija adoptiva Olga[167]: «Anteayer por la noche fui con mis tres caballeros al Posilipo; había una claridad divina, realmente mágica; sobre el Vesubio flotaban majestuosamente nubarrones de tormenta; de sus llamas y de su sombrío color rojo-negro surgía un arco iris; la ciudad resplandecía como si estuviese hecha de oro puro, y al otro lado quedaba el mar, azul profundo... Fue tan maravilloso que los caballeros estaban como ebrios de entusiasmo. Nunca he visto a Nietzsche tan animado. Reía de alegría. Después de considerarlo en todos sus detalles se decidió ir a Sorrento; así pues, ayer nos mudamos aquí, con un tiempo espléndido, y fuimos directamente a la pensión allemande que nos quedaba en el camino, Villa Rubinacci, que yo ya había visitado últimamente (el 20 de octubre fue a pasar el día a Sorrento para buscar casa y a la vez visitó a los Wagner[258])

y que agradó tanto a los señores que decidieron inmediatamente quedarse. Es realmente hermoso esto, y cómodo, por cuanto los caballeros tienen su zona totalmente delimitada, de modo que yo no sufro molestia alguna. En casa de los Wagner, donde estuvimos por la noche, estaban enfadados porque no hemos tomado una casa cercana a su hotel, que está a pleno sol, pero aquello es más caro y menos independiente. Aquí somos nosotros nuestros propios dueños y la patrona alemana es una criatura bondadosa. Trina tiene mucho trabajo... Por todos los lados hay terrazas. Las ventanas del salón tienen directamente en frente Nápoles, resplandeciente al sol, mi querida Ischia y el Vesubio. Ante la casa hay un auténtico bosque de olivos y naranjos, que forma un primer plano verde ante el cuadro.»

Por tanto, la noche del día de llegada (27 de octubre) habían ofrecido todavía sus respetos en casa de los Wagner, que estaban allí desde el 5 de octubre y permanecieron hasta el 7 de noviembre, para ir después, primero, a Roma. El déspota de Wagner quería forzar a Malwida a ir con ellos. Ella acompañó a los Wagner durante dos días hasta Nápoles, pero allí el día 9 se liberó de la incomodidad «de volver a oír otra vez cómo Wagner se ponía fuera de sí», escribiendo la despedida y acompañándola «de un ramo de rosas, naranjas y heliotropo». El 8 de noviembre Rée anota en una carta a la madre de Nietzsche[8]: «Los Wagner se marcharon ayer, lo que es muy bueno, por cuanto, especialmente por la noche, no hay que andar con cumplimientos y se puede ir pronto a la cama.» En los pocos días de coincidencia de ambas estancias tuvo que llevarse efectivamente una animada vida social, puesto que Brenner escribe a casa[50]: «... aproximadamente una media docena de veces fuimos invitados a su casa. Estaban todos aquí con los niños. Wagner estaba muy contento, jugaba con sus hijos y se alegraba por el hermoso entorno.» Si se añaden eventuales devoluciones de visita y excursiones en común, aparentemente se ofrece una imagen de armonía recuperada. Pero el «elocuente silencio» de Nietzsche en sus cartas es un testimonio inquietante de que en lo profundo esto no era así. Mientras que en la época de Tribschen, y todavía años después, toda reunión con Wagner, e incluso cualquier signo de vida recibido, era comunicado a todas partes, ahora sólo una tarjeta postal a Marie Baumgartner contiene la frase: «Los Wagner viven a cinco minutos en el hotel Victoria», y una tarjeta del 11 de noviembre, dirigida a Overbeck, esta otra: «Los Wagner se han marchado hace algunos días a Roma.» El 18 de noviembre simplemente indica a Marie Baumgartner la dirección de Wagner en Roma, seguramente a petición suya. Y curioso: también Cosima guarda un «elocuente silencio» sobre este encuentro. Se había preparado para él, leyendo de nuevo el 15 de octubre la 4.ª *Intempestiva*. El 27 anota en su diario: «Visita de Malwida, el doctor Rée y nuestro amigo Nietzsche, este último muy decaído y muy ocupado con su salud», pero después desaparece el nombre del amigo excepto en una corta mención. En primer plano está Malwida. Ya al día siguiente, sábado 28 de octubre,

se dice: «Trato con Malwida, cuyo cumpleaños es hoy», y de nuevo el 30 de octubre: «Visita en casa de Malwida.» Nietzsche estaba seguro presente, pero ya no se le nombra. El 31 de octubre se celebra «el cumpleaños de Malwida con una excursión en asno al desierto». El 1 de noviembre anota: «Por la noche nos visita el doctor Rée, quien, a causa de su genio frío y agudo, no nos agrada; por un examen más detenido deducimos que debe de ser israelita.» También esta vez pudo estar Nietzsche presente. Sólo el 2 de noviembre se vuelve a encontrar su nombre: «Pasamos la velada con nuestros amigos Malwida y el profesor Nietzsche.» El 6 de noviembre: «come Malwida con nosotros»; el 6, la noche antes de la partida, se «observa todo otra vez con melancolía, se pasa la velada con Malwida». El 7, a las 11 de la mañana, la familia Wagner parte para Nápoles conducida por Malwida, puesto que Cosima vuelve a decir: se «pasa la velada con Malwida». A Brenner no se le nombra nunca, ni tampoco se encuentra ya palabra alguna para la despedida del «amigo Nietzsche»[258]. Se habían separado los derroteros vitales.

Despedidas dolorosas

Había sido el último encuentro personal —la despedida para toda la vida. Wagner caminaba hacia la consumación de su obra con la elaboración del *Parsifal*, cuyo plan ya conocía Nietzsche hacía tiempo; Nietzsche comenzaba su nuevo camino, que lo llevó en la dirección opuesta.

La separación de Wagner no fue sin embargo la única despedida en aquellos días. Los primeros días de noviembre fueron ensombrecidos por tres notificaciones de muerte, todas las cuales afectaban de cerca a Nietzsche: el 31 de octubre, a consecuencia de un accidente, había muerto en Basilea su antiguo, algo extraño, colega, el latinista Franz Dorotheus Gerlach. El 3 de noviembre murió la abuela de Nietzsche Wilhelmine Oehler; se había roto una costilla, pero parecía haberse recuperado bien, puesto que el 16 de octubre había escrito Nietzsche a su madre: «... junto con los más cordiales deseos para su recuperación; su buena naturaleza es algo sorprendente, *me* gustaría tener yo algo de ella, así podría confiar en un seguro restablecimiento.» Tanto más sorpresa, pues, le produjo su muerte. Y finalmente, en la noche del 8 al 9 de noviembre, la muerte arrebató a Friedrich Ritschl, maestro querido y admirado, a pesar de todos sus desacuerdos con el *Origen de la tragedia*. Sólo en enero de 1877 Nietzsche encuentra la presencia de ánimo suficiente —él echa la culpa a su salud— para escribir una carta de condolencia, profundamente sentida, a la viuda, Sophie Ritschl, que también en algún tiempo había hecho las veces de madre para él: «Qué a menudo me ha venido a la cabeza desde aquel triste anuncio la figura del gran maestro querido, con qué frecuencia ha dejado que vuelvan a pasar en mi espíritu aquellos lejanos tiempos

de convivencia casi diaria con él y he sopesado las innumerables muestras de su índole veraz y benévola. Estoy contento de poseer, en una carta, un testimonio precioso, de los últimos años, de su inalterada cordialidad e indulgencia para conmigo, y de sentirme con derecho a imaginar que, aunque no me podía dar la razón, sí me daba su confianza, hiciera lo que hiciera. Creí que él iba a vivir todavía el día en que yo le manifestara públicamente mi agradecimiento y mi respeto, como mi corazón deseaba hacer desde hace tiempo.»

La vida diaria en Sorrento

Rápidamente la convivencia de cuatro personalidades tan distintas, atendida por Trina, la sirvienta de Malwida, fue equilibrándose hasta llegar a un ritmo diario, roto sólo en contadas ocasiones. Tanto al joven Brenner como a Malwida debemos plásticas descripciones al respecto, esencialmente conincidentes. Así Brenner, en cartas a sus familiares de Basilea[50]: «Vivimos algo apartados de Sorrento, en la parte en la que sólo hay jardines, villas y casas de jardinero. Toda esta parte es como un convento. Las callejuelas son estrechas y están señaladas a ambos lados por muros dobles de la altura de un hombre, sobre los que se alzan naranjos, cipreses, higueras y emparrados, que engastan bellamente la franja azul del cielo. Puesto que las pocas casas, la mayoría de las veces, quedan dentro de los muros, uno parece encontrarse en un laberinto... Nosotros mismos vivimos en una "Villa Rubinacci"... Un bosquecillo de naranjos nos separa del mar: desde el bosquecillo hay que bajar casi verticalmente, ya que Sorrento está sobre una roca... Tenemos dos grandes terrazas, que dan al mar y a las montañas. Y sin embargo la casa no es relativamente barata, sino absolutamente; no elegante...

»A las 8 bebemos café Nietzsche, el doctor Rée y yo. Comemos a la 1 y otra vez a las 7 y vamos temprano a la cama.» Y algo más tarde: «El modo de vida sigue siendo el mismo: a las 7 y media de la mañana, desayuno; de 9 a 10 dicta Nietzsche (pero no un nuevo escrito); de 10 a 11, paseo; de 11 a 12, pandectas. Hasta las 3, comida y siesta. Hasta las 5, paseo o, cuando llueve, trabajo...»

«Andan por aquí ahora músicos ambulantes con sus gaitas. En cada casa se les pide que toquen una misa ante el cuadro de María de la casa, y por ello reciben comida y dinero... Vivimos como en un convento. Las habitaciones de Nietzsche, del doctor Rée y la mía son contiguas. Me levanto todas las mañanas a eso de las seis y media. Eso se lo debo a Nietzsche, que me despierta... Eso importa mucho puesto que me encuentro mejor de salud y, además, así nos levantamos los tres a la vez, y juntos vamos a pasear y desayunamos. Juntos va todo mucho mejor; en un cuartel se soporta lo que sería insoportable de tener que hacerlo solo... La última

semana, todas las mañanas, hicimos Nietzsche y yo una marcha de 3 horas, y no pequeña, sino nada menos que hasta los altos montes del golfo de Salerno, detrás de Sorrento.» Brenner informa animosamente del levantarse. Temprano, a las seis y media, toca, en una capilla al lado, con tono quejumbroso, una campana. Entonces grita Nietzsche «amigo Brenner»; sólo después de la tercera llamada responde Brenner. «Al mismo tiempo suena una cerilla en la tercera habitación: el doctor Rée mira el reloj y anuncia en voz alta la hora. Pronto se oye en la habitación de Nietzsche el ruido del agua al escanciarla, a lo que en las otras habitaciones responden largos ecos, seguidos uno de otro.»

Malwida, en su *Atardecer vital de una idealista*, fija otro aspecto del idilio[166]: «Los Wagner se marcharon a fines de noviembre, y sólo entonces comenzaron realmente nuestras veladas de lectura. Teníamos un surtido grande y excelente de libros, pero el más hermoso entre toda esa variedad era un manuscrito tomado por un alumno de Nietzsche... de las lecciones de Jacob Burckhardt sobre cultura griega... Nietzsche añadía comentarios orales, y, con seguridad, difícilmente se habrá dado nunca una exposición tan magnífica y completa sobre esta época cultural, la más hermosa, de la humanidad, que ésta, tanto por escrito como oralmente... Cuando acabamos las lecciones de Burckhardt, leímos a Heródoto y a Tucídides. El último me produjo la más profunda admiración... Por la mañana del 1 de enero de 1877 di yo sola con Nietzsche un paseo a lo largo del mar y nos sentamos sobre una protuberancia de la roca... Todo era hermoso como en una mañana de primavera... Ambos teníamos el ánimo más tranquilamente armónico posible... y finalmente llegamos a coincidir en que la verdadera meta de la vida ha de ser el afán por la sabiduría. Nietzsche dijo que al hombre auténtico todo debe servirle *para eso*, incluso el sufrimiento, y que, en ese sentido, él bendecía también el último año de su vida, lleno de padecimientos... Qué suave, qué transigente era Nietzsche todavía entonces, cómo su naturaleza amable y buena mantenía todavía el equilibrio de su intelecto corrosivo. Qué alegre podía estar todavía, qué efusivamente podía reir... Cuando nos sentábamos por la noche juntos, Nietzsche cómodamente en la tumbona, tras la pantalla, el doctor Rée, nuestro amable lector, a la mesa, donde ardía la lámpara, el joven Brenner al lado de la chimenea, junto a mí y ayudándome a pelar naranjas para la cena, decía yo con frecuencia bromeando: "Representamos realmente una familia ideal".» Malwida concibió el plan de ampliar esto y «fundar una especie de misión, para conducir a personas maduras de ambos géneros a un desarrollo libre de la vida intelectual más noble, con el fin de que esparcieran luego por el mundo la semilla de una nueva cultura espiritualizada... Nietzsche y Rée estuvieron inmediatamente dispuestos a participar como profesores. Yo estaba segura de atraer a muchas alumnas... para convertirlas en las más nobles representantes de la emancipación de la mujer.» Buscaron juntos «locales» y encontraron en la playa grutas apropiadas para ello. Como modelo tomaron el peripatos, no las modernas «escuelas». Pero la lectura tomó otro rumbo y la orientación filosófica de Nietzsche se alejó del idealismo. Esto puso fin a todo ese tipo de fantasías.

La calma y la regularidad del transcurso de los días pareció en los primeros meses que habían actuado hasta cierto punto tranquilizadoramente sobre el estado de Nietzsche, como él mismo cuenta a Naumburg el 7 de diciembre de 1876: «Ahora estoy otra vez mejor. El clima es muy suave, Rée se bañó ayer en el mar. Voy mucho de paseo; estómago y sueño siguen muy bien.» También Malwida había escrito a su hija el 20 de noviembre[167]: «Nietzsche dijo últimamente que nunca se había sentido tan bien en su vida y que nunca se volvería a sentir tan bien. Y realmente le va mejor; dijo que comenzaba a vislumbrar de nuevo lo que era salud.» Y el 9 de diciembre: «A Nietzsche comienza a irle mejor, lo que constituiría para mí una gran alegría, ya que he sido yo la que lo indujo a venir y soy ahora, además, su médico, es decir que, tan pronto como amenaza un acceso de dolor de cabeza, hago que se dé un baño de pies con ceniza y sal, le doy polvos de bromuro, hago que se ponga un emplasto detrás de la oreja, le doy de comer algo regularmente y más a menudo, etc. Así se vencerá al fiero enemigo, que ya no aparece regularmente cada ocho días, y con menos fuerza, cuando lo hace. Está, además, el ir temprano a la cama, el pasear en medio de este aire revitalizante, etc., en una palabra, ya puede trabajar más horas durante la mañana y a menudo está muy alegre.» Pero de todos modos seguía habiendo recaídas, como escribe Nietzsche el 15 de diciembre a casa: «Acabo de pasar un día muy malo. Por lo demás me iba mucho mejor... Paseo mucho. He abandonado totalmente cualquier trabajo, incluso el dictar y el discutir. ¡Qué será de mí!» Y al día siguiente a Seydlitz: «Tenemos un tiempo tan dulce que uno de mis amigos se baña casi diariamente en el mar; yo subo a la montaña e intento evitar el dolor de cabeza —hasta ahora realmente sin mucho éxito.» Algo más sumariamente resume el 24 de diciembre a casa: «Estoy mucho más fuerte; todavía ninguna indisposición de estómago. Pero todas las semanas un día de fuerte dolor de cabeza; y así siguen las cosas.» Al escribir esto no imaginaba todavía nada en absoluto de la conmovedora sorpresa de Navidad que Malwida había escenificado para por la noche y que su hija describe así[167]: «Yo arreglé el fondo de nuestra larguísima sala... con plantas y arbolitos que iban unidos por guirnaldas de yedra; sobre el suelo, detrás de las plantas, coloqué lámparas... Todo se ve tan mágico, las plantas arrojan sombras sobre el techo fantásticamente. Sobre la mesa redonda delante del sofá había un maravilloso ramo de camelias y rosas, enviado por la patrona; allí había para Nietzsche un gorro de dormir de seda roja con una larga borla roja, de los que se tejen aquí en Sorrento...; más allá un enorme abanico de cuerda para proteger sus ojos. Y al lado el siguiente verso: "Protege la cabeza del amigo, la sede

de tan nobles ideas, y que su boca las siga manifestando a menudo para bien del mundo."

También en el sitio de Rée un lindo espejo de mano del típico mosaico de madera de por aquí, puesto que él siempre afirma que en el fondo de todas las acciones humanas sólo hay vanidad; al lado el verso siguiente: "Viste el mundo vanidoso, vélo mejor ahora en el espejo; frecuente es el engaño en lo real, verdadera sólo la ilusión del espejo."»

También Brenner y Trina recibieron regalos y versos «ingeniosos». ¡Este era el lado amable!

Trabajos sorrentinos

Mientras tanto Rée había trabajado tanto más rigurosamente (Brenner escribía cuentos y Malwida su novela *Fedra)*, de modo que ya en diciembre tenía acabado un manuscrito que Nietzsche anuncia el 18 de diciembre a su editor Schmeitzner: «He de decir con toda convicción que usted recibe en su editorial algo extremamente valioso, un escrito que trata del origen de los sentimientos morales con un método tan completamente nuevo y estricto que probablemente significará un definitivo giro en la historia de la filosofía moral.» Finalmente Nietzsche encarga a Schemeitzner todavía que envíe a Roma sus cuatro *Intempestivas* a las damas von Brevern y von Pahlen, ¡y sabe incluso la dirección exacta!

Rée seguramente no había escrito su libro en clausura, a pesar de lo cerrado o, al menos, reservado que era. Los pensamientos y sus formulaciones fueron discutidos, y así fue como acabaron en el manuscrito varias «aportaciones» de Nietzsche, del mismo modo que la futura obra de Nietzsche, *Humano, demasiado humano*, surgida despacio y dificultosamente en medio de los impedimentos de su estado, debe mucho a las sugerencias de las ideas y visión de las cosas de Rée. Con la dedicatoria que puso al ejemplar de Nietzsche[8]: «Al padre de este escrito, su agradecida madre», Rée demostró hasta qué punto se sentía dependiente de Nietzsche. Dado el carácter de Rée, esto no es sólo una frase, es un reconocimiento. Por desgracia, Malwida, en sus recuerdos posteriores, ha visto la relación justamente al revés, y con ello ha proporcionado involuntariamente a los adversarios de Nietzsche puntos de apoyo para la crítica desprestigiadora; y Nietzsche mismo lo favoreció con su expresión irreflexiva, acuñada por gusto a los juegos de palabras, respecto a su «réealismo» de aquella época.

Malwida advirtió en Nietzsche, en este caso correctamente, un cambio de modo de pensar, sorprendente para ella, un desvío del romanticismo y del realismo hacia la mordacidad intelectual, y lo adscribió a la mala influencia de Rée, cuyas ideas no apreciaba en absoluto. No se dio cuenta de que ambos pensadores, a la vez, estimulándose mutuamente a ello, comenzaron a crecer dentro de una nueva mentalidad, cada uno en la suya propia, que era una generación más joven que la de ella. Fue común a ambos el apartarse del mundo, que estaba y permaneció unido al de Schopenhauer y Wagner, del mismo modo que lo hicieron del «maestro» dominante. Al hacerlo Nietzsche creyó poder seguir manteniendo su relación personal con Wagner, o, al menos, con Cosima: se separó del «maestro», pero no del hombre, a quien admiraba. En este sentido escribió a Cosima en Navidades, para su cumpleaños, lo que ella le agradece cordialmente el 1 de enero de 1877, y le confiesa que en la iglesia, a donde había acompañado a dos de sus hijas, no había conseguido atender al sermón, sino que había meditado con recogimiento interior en la carta de su amigo, hasta que «el canto me indicó que el problema aritmético allá arriba estaba solucionado». Se había alegrado realmente por su carta de Navidad y de cumpleaños, pero la preocupó su noticia de que se apartaba de la doctrina de Schopenhauer. Ella siente el peligro que hay allí y le escribe: «Pero me interesaría mucho escuchar las objeciones que tiene usted contra nuestro filósofo.» ¡Ella hubiera podido deducir de *Humano, demasiado humano* la respuesta a su pregunta, si entonces hubiera sido todavía libre para hacerlo! Pero en esto las cosas cambiaron mucho. Wagner se había rodeado mientras tanto de apologetas de «raza inferior»: Richard Pohl y Hans v. Wolzogen iban a publicar una revista en favor de Bayreuth que él quería darla a la editorial de Schmeitzner. Köselitz y Widemann previnieron a Schmeitzner, sobre todo respecto a la calidad de los editores. Schmeitzner, por el contrario, vio un posible éxito editorial, y pareció dispuesto a aceptar el encargo. Nietzsche rehusó la adhesión a ello, aunque nada más fuera porque consideraba el asunto no suficientemente maduro. El 8 de enero de 1877 escribió a Köselitz: «Wagner ha aprendido el miedo, pero no la espera.» (La idea y la formulación se refieren al *Sigfrido* de Wagner, quien se marchó a conocer el miedo —y, para su desgracia, no lo conoció.)

¡El no se ponía al lado de «Nohl, Pohl, Kohl» *(Ecce homo)!*

Una frase que aparece de repente al final de la tarjeta postal del 2 de febrero de 1877 a Schmeitzner: «¿Por qué no damos ya por cerradas las *Consideraciones Intempestivas*?» (lo que causó a Köselitz no poco espanto cuando lo supo por Schmeitzner[13]), nos indica que Nietzsche ya no podría continuar así, no sólo respecto al contenido intelectual, sino también respecto al modo y forma de sus publicaciones hasta entonces.

La clave para el desenlace de la decisiva evolución intelectual de esos meses se la proporciona la lectura. Naturalmente hay en ello una fuerte influencia de Rée, puesto que era *él* fundamentalmente quien elegía las lecturas y *él* quien las leía en voz alta, y leer en voz alta significa interpretar. Nietzsche apenas podía leer por sí mismo; el mismo día 2 de febrero escribe a Marie Baumgartner: «¡Imagínese que mis ojos, prácticamente de modo repentino, se han debilitado tanto que casi no puedo leer en abso-

luto! A lo más, todavía, cuando las letras son tan grandes como las de su libro, curiosa pero bellamente decorado.» Se trata de su versión francesa del *Richard Wagner en Bayreuth*, que acababa de aparecer (el 27 de enero de 1877), y que Nietzsche tuvo en sus manos pocos días más tarde. En un momento de alegría por la simbiosis intelectual con la respetada señora, fue *él* ahora quien le envió flores desde el sur, que le arrancaron lágrimas y le produjeron «nostalgia de usted», como escribe a Nietzsche el 9 de febrero[54], pues ella tenía dudas de la valía de su trabajo, dudas levantadas sobre todo por una detallada crítica anunciada por Overbeck. Ahora se siente acreditada, por una parte por el gesto amable de Nietzsche y, por otra, porque su hijo «Adolf permite... que regalemos uno al señor Jacob Burckhardt, y el hecho me consuela por cuanto Adolf teme bastante el juicio de Burckhardt, y no lo va a poder evitar si al verlo en clase tiene la impresión de que no hemos aprobado ante ese juez severo». Nietzsche contesta amablemente en una tarjeta postal (le gustaba usar tarjetas postales y llenarlas de lado a lado con letra pequeña) e indica a quién habría que enviar ejemplares gratuitos, así, entre otros, a Louise Ott, a la condesa Diodati de Ginebra, a la marquesa Guerrieri, a la condesa Dönhof, a Eduard Schuré y a Franz Listz. Por supuesto, dos ejemplares a los Wagner. La despedida de Bayreuth, por tanto, no significaba en absoluto para él una «ruptura»; la separación no se efectuó abruptamente, sino despacio y dolorosamente.

La lectura en común en la Villa Rubinacci cambió ahora de temas. Tras el curso sobre los griegos de Burckhardt y los antiguos escritores, sobre todo Tucídides y las *Leyes* de Platón, se lee ahora a los «moralistas», críticos de la moral, franceses, sobre todo a Montaigne, La Rochefoucauld, Vauvenarges, la Bruyére y Stendhal, en primer plano. Por lo que se deduce de la conversación con Isabella v. Pahlen durante el viaje, Rée hubo de introducir a Nietzsche en esos autores ya en Bex. Después se leyó *Pensamiento y realidad* de Spir, más tarde grandes obras de historia, la *Historia de los Papas* de Ranke, y finalmente el Nuevo Testamento. Nietzsche seguramente leyó y comentó este libro como filólogo y como filósofo. El comentario filológico había engrosado mucho debido a Lachmann por la redacción textual entonces en boga, que llevaba más allá del texto de Erasmo; y el conocedor y especialista en Diógenes Laercio no sólo estaba al tanto de los preplatónicos, sino que conocía también las referencias estoicas y neoplatónicas, es decir helenísticas, del texto. Con ello se puso en cuestión su carácter de revelación, y comenzó el tratamiento crítico del contenido doctrinal filosófico, para todo lo cual la antigua miembro de las «Comunidades libres», Malwida, estaba abierta y predispuesta. Ella elogia la profunda impresión que le causaron precisamente esta lectura y su comentario.

Recaídas en la salud

Esta era la atmósfera a la que había llegado la idea de la «Comunidad de espíritus libres», respecto a la cual Nietzsche escribe el 20 de enero de 1877 a su hermana: «La "Escuela de los educadores" (también llamada convento moderno, colonia ideal, *université libre*) flota en el aire ¡quién sabe qué pasará! En espíritu ya te hemos nombrado a ti para la dirección de todos los asuntos administrativos de nuestro centro de 40 personas.» También habían de formar parte «distinguidos wagnerianos» como el barón v. Seydlitz, a quien Nietzsche escribe todavía a mitad de febrero: «Hay varios proyectos que nos rondan a ambos (a la señorita v. Meysenbug y a mí) por la cabeza, y usted aparece cada vez más en ellos», y esto a pesar de nuevos empeoramientos en el estado físico. Si el 8 de enero todavía escribía a casa: «Ahora me encuentro mejor; una cura de duchas dentro de la nariz, seguida durante 5 semanas, me ha proporcionado alivio: así que quizá sea un catarro de cabeza lo que está en juego en todo este mál. Mi medio curativo ahora son muchos resfriados», la postal del 20 de enero comienza: «¡Tan de repente no puede curarse un mal arrastrado durante años! De nuevo dos días en cama, y también después malos días», y el 18 de febrero en una carta a su madre: «Mi estado general ha sido muy malo otra vez, casi desesperado... En el curso de una semana estuve dos veces en cama... El profesor Schiess (en Basilea), consultado al respecto, lo encontró preocupante si no disminuye pronto; me aconsejó tratarme médicamente en Nápoles. (Nápoles cuenta con una extraordinaria facultad de medicina en su universidad.) Estuve allí y me entrevisté con el médico más famoso, el profesor Schrön; y ahora estoy de nuevo en tratamiento... Todos los medios actúan muy despacio, dado el estado tan avanzado de mi dolencia de cabeza. No vale la explicación de un catarro de cabeza, pero ahora sé con toda exactitud cómo está constituido el mal. ¡La primera consulta y el primer reconocimiento hechos concienzudamente! —Sorrento, óptimo para la cura; sobre todo famoso, con razón, como lugar de cura para los ojos.» Más instructivo es el informe del 20 de febrero de Rée a la hermana de Nietzsche: «El se encuentra hoy muy bien. El veredicto de Schrön de que un padecimiento así puede hacer estragos durante años y después, de repente, desaparecer, y la seguridad de que no se trata de un tumor cerebral o algo parecido, sino de una afección neurálgica, así como el tratamiento prescrito por Schrön, todo eso ha tranquilizado mucho a su hermano.»

Ese «saber con toda exactitud» la esencia de su enfermedad hay que ponerlo entre grandes signos de interrogación. ¿Se dio cuenta, al menos, el profesor Schrön? Y si lo hizo ¿confesó a su paciente toda la verdad? No es probable, puesto que es extraño que no se encuentre ni en la obra de Nietzsche, ni en sus manifestaciones personales a sus amigos más íntimos y nada en absoluto en su régimen de vida o en sus planes, una conciencia

de la gravedad y de las posibles consecuencias de su enfermedad; y, al menos, los proyectos de casamiento, que ocupan el primer plano notoriamente en los próximos meses, estarían entonces en extraña contradicción con ello. Sólo en agosto de 1883 se encuentra un párrafo (suprimido en la publicación) de una carta a Köselitz, en el que se expresa su temor por acabar en la locura; pero en este caso el papel esencial lo desempeña el recuerdo de la causa de la muerte de su padre. Que este destino no lo amenaza, es lo que se ha hecho testificar exactamente (y sólo eso) por el profesor Schrön, tal como manifiesta la notificación de Rée a Elisabeth. El que Nietzsche, pocos meses después del diagnóstico del profesor Schrön, se presentara a un médico de Frankfurt, el doctor Eiser, para un nuevo reconocimiento a fondo, no parece indicar que estuviera tan exactamente enterado, ni que considerara el dictamen como infalible. La total confianza del principio pudo volver a desaparecer tras el (a pesar del prometedor tratamiento con natrium-bromuro y «narceína») rápido empeoramiento de su estado de salud; en todo caso, las cartas del tiempo que sigue están llenas de lamentaciones.

Para la consulta al profesor Schrön el 14 de febrero de 1877 había viajado a Nápoles todo el pequeño grupo, el 13, disfrutando allí al menos de dos días de carnaval. El 15 están de nuevo en Sorrento. También entonces se produjo de principio un éxito aparente. A comienzos de marzo, un período muy bueno de 10 días los impulsó a hacer una salida a Pompeya; así, por fin acudían a los «lugares clásicos» previstos para su vacación; también llevaron a cabo una excursión a Capri el 23 de marzo; mientras, muy mal tiempo durante ese mes, lo que actuó perjudicialmente otra vez sobre el estado de Nietzsche. A fines de mes, en el curso de un viaje por Italia, llegaron a Sorrento para pasar unas semanas de visita, el señor y la señora v. Seydlitz, «lleno de buena voluntad y delicadezas para conmigo. Poco a poco se irá consiguiendo "amigar" al muy bien dotado Seydlitz. Su joven esposa es húngara, muy agradable.» A Nietzsche la vital Irene von Seydlitz siempre le procuraba una alegría especial. Pero con todo ello no consiguió ya trabajar ni siquiera lo poco que había podido en diciembre y enero. Además, Rée y Brenner abandonaron el 10 de abril la comunidad, de modo que ya no tenía a nadie a quien poder dictar sus pensamientos, pues Malwida padecía de los ojos exactamente igual que él mismo.

Proyectos de casamiento

Así fue como, en esa vida a dos, llegaron a todo tipo de ideas descabelladas: Nietzsche debía tener a alguien que permaneciera junto a él para cuidarlo y ayudarlo en sus trabajos y planes. Para ello Malwida sólo veía una posibilidad que garantizara una cierta constancia: ¡había que encontrar una esposa! Parece que Nietzsche acarició totalmente en serio esta idea durante algún tiempo. Se sopesaban «candidatas» completamente reales. Así, escribe a su hermana el 31 de marzo de 1877: «¿No crees que después de 6 semanas B. N. ya no podrá levantarse y no volverá a ver ni a oír? Quizá exagero. Por lo demás ya sabes lo que pensamos los dos sobre ella, no nos hemos hecho ilusiones; ¿o sí? Aquí se me recomienda a Natalie Herzen ¿qué te parece a ti? Además tiene ya 30 años, sería mejor que fuera 12 años más joven. Por lo demás, su modo de ser y su espíritu cuadran bien conmigo.» Y semanas más tarde, el 25 de abril: «El plan que ahora la señorita v. Meysenbug considera que no hay que perder de vista, y a cuyo desarrollo has de cooperar tú, es éste: Estamos convencidos que con el tiempo no pueden ir bien las cosas en relación a mi vida universitaria en Basilea, que yo sólo podría soportar, en tal caso, a costas de todos mis proyectos más importantes y con total renuncia a mi salud. El próximo invierno tendré que pasarlo desde luego en tales circunstancias, pero en la Pascua de 1878 hay que poner fin a ello, en caso de que tenga éxito la otra combinación, es decir, el casamiento con una mujer que congenie conmigo, pero necesariamente adinerada. "Buena, pero rica", como dijo la señorita v. Meysenbug; sobre el tal "pero" nos reíamos mucho. Con ella viviría los próximos años en Roma, lugar igualmente idóneo para la salud, la vida social y para mis estudios. Este verano ha de llevarse a cabo el proyecto, en Suiza, de modo que en el otoño vuelva ya casado a Basilea. Hay diversos "seres" invitados a ir a Suiza, la mayoría nombres totalmente extraños para ti, por ejemplo, Elise Bülow de Berlín, Elsbeth Brandes de Hannover. Por lo que respecta a las cualidades intelectuales, sigo pensando que la mejor es Natalie Herzen. ¡Te diste mucho trabajo con la idealización de la pequeña Köckert de Ginebra! ¡Elogio, honor y recompensa! Pero es algo delicado; ¿y riqueza?» Todavía más delicada era en aquel momento la cuestión religiosa.

A pesar de la alegría del tono ligeramente irónico de todas estas notificaciones, los planes ahora son serios, puesto que se urden pormenorizadamente. Y totalmente en serio suena su más bien desesperanzado grito, cuando el 1 de julio escribe a Malwida[124]: «Hasta el otoño me queda todavía la hermosa tarea de conseguir una mujer, aunque tenga que cogerla de la calle. ¡Que los dioses me concedan ánimo para esta tarea!»

Y por mucho que fuera Malwida la que sugiriera tales ideas y urdiera planes concretos de matrimonio (y esto no sólo en el caso de Nietzsche), cosa que más tarde le achacará Elisabeth como gran reproche, también Elisabeth misma se preocupaba seriamente de ello e intentó persuadir a su hermano, en una larga carta, para acudir en junio a Ginebra precisamente para echar un vistazo a la «pequeña Köckert» y, en tal caso, ir con ella, a modo de prueba, de vacaciones, para conocerla realmente. Y esto a pesar de que contaban con juicios muy desfavorables de Hugo v. Senger, especialmente sobre la familia Köckert.

Los últimos días en Sorrento

Tras la partida de Rée y Brenner faltaba el contenido intelectual, la tensión intelectual, en el trato más cercano. Toda la amabilidad y maternalismo de Malwida no pudieron sustituirlo. Se trata de un total desconocimiento de la situación cuando Elisabeth dice en su edición de las cartas[7]: «La estancia en Sorrento... fue, en general, una de las épocas de descanso más agradables y satisfactorias de mi hermano, aunque en el fondo tuvo que hurtar su alma completamente a esa convivencia... Ante todo eran para él demasiadas personas... Las constantes conversaciones entre cuatro personas de tan diferentes edades le resultaban algo incómodas. Dada la delicada consideración que prestaba en la conversación a su oyente, ésta nunca pudo llegar a ser profunda... Le faltaba la matización más fina, que sólo se puede dar al diálogo. Especialmente el doctor Rée... con el tiempo le resultó algo molesto... Mi hermano, por tanto, hubiera preferido estar solo con Malwida... a pesar de que, como es natural, debido al conocimiento más cercano, surgieron algunas peculiaridades que no concordaban del todo.»

Ya en 1917 Elsa Binder rebatió correctamente esto[53]: «¿Dónde funda la señora Förster-Nietzsche esta afirmación? Me parece que este juicio, como muchos que se refieren a Malwida, hay que adscribirlos primordialmente a los celos femeninos, por los que ella sola se atribuye el derecho y la capacidad de comprender y hacer feliz a Nietzsche. En primer lugar, esas "constantes conversaciones entre cuatro personas" se reducían la mayoría de las veces a las comidas y a las discusiones de las lecciones de Rée por la noche. Por las mañanas Nietzsche dictaba a Brenner, iba con él o solo a pasear o trabajaba. La tarde estaba asimismo dedicada al trabajo o a los paseos en común. "Delicada consideración" no se puede decir precisamente que prestara él a sus oyentes... por ejemplo, y no en último lugar, las conversaciones mencionadas por Malwida, así como la circunstancia de que le leyera los aforismos escritos en Sorrento, permiten concluir que no se daba muchas molestias en su conversación con ella. Ni tampoco... que lo hiciera con Brenner... Ante todo, seguramente, no hubiera hecho las aclaraciones y comentarios (al Nuevo Testamento), tan elogiados por Malwida y que la hicieron reconocer cada vez más su importancia intelectual, si no hubiera presumido en los otros una fina capacidad de comprensión.»

De hecho, Nietzsche dio fin prematuramente (se había propuesto permanecer todo el año al lado de Malwida) a su estancia, a saber ¡cuatro semanas después de quedarse solo con ella —según Elisabeth, «por fin»—! Aquí se manifiesta algo que se había de repetir más veces: cuando Nietzsche sale de su retraimiento, e incluso soledad, y participa intensamente en una comunidad humana, no soporta la dualidad, siempre ha de haber «un tercero en el grupo», especialmente cuando el compañero del dúo es una mujer.

Si se tratara de que fue el rápido empeoramiento del estado de salud, motivado también por el calor en aumento de la estación, el que hizo ineludible la despedida de Sorrento: no tendría por qué haberse tratado también de una despedida de Malwida v. Meysenbug. No se encuentra, sin embargo, el más mínimo esfuerzo por continuar esta convivencia en otro lugar, saludable a la vez para ambos. Una carta de Nietzsche a Rée del 17 de abril, o sea una semana sólo después de la partida de Rée y mientras los Seydlitz estaban todavía allí, pinta un cuadro horroroso del vacío interno y externo de la nueva situación[4]: «Nada está más vacío que su habitación sin Rée. Hablamos y callamos mucho del ausente; ayer se constató que su "aparición" me ha perdido. Por las noches jugamos al molino. No hay lectura. Seydlitz está en cama; podríamos ser un "enfermero más humano", uno para el otro, turnándonos a estar en cama. ¡Querido amigo, cuánto le debo! ¡No debe perdérseme nunca!»

Aunque Malwida no fuera quizá consciente de que la madurez de su estilo dogmático, típico de su edad, a Nietzsche, inquieto siempre y poseído por la «pasión del conocimiento», simplemente le aburría, una cosa sí comprendió y supo además convencer de ella a Nietzsche: con soluciones parciales él no podía ayudarse, debía de reformar todo su modo de vivir, su «bios», debía también abandonar la cátedra de Basilea. Y así él escribe el último día que estuvo en Sorrento (7 de mayo de 1877) a su fiel Overbeck, a Basilea: «No hay ni que pensar que en el otoño vuelva a asumir mis cursos: ¡vamos pues!, por favor, ayúdame algo y comunícame a quién (y bajo qué título) tengo que dirigir mi propuesta de dimisión. Que permanezca por ahora secreto *tuyo;* la decisión me ha resultado difícil, la señorita v. Meysenbug la considera absolutamente imperiosa. Tengo que contar todavía durante años, quizá, con mi dolencia.»

Con estos pensamientos abandonó el 8 de mayo de 1877 Sorrento y se dirigió, para continuar la cura, primero hacia Bad Ragaz, en el alto valle del Rin, entre Chur y Sargans.

Incipiente aislamiento de Rohde y von Gersdorff

Por el impedimento de la enfermedad, especialmente por la debilidad de ojos, pero también debido a la fuerte fijación de Nietzsche a las personas del entorno más próximo, el contacto epistolar con dos viejos amigos había sufrido mucho.

Erwin Rohde había anunciado en julio de 1876, incluso antes de Bayreuth, su compromiso matrimonial; Nietzsche le había contestado amablemente el 18 de julio y le había descrito, en visión poética, su propia postura respecto a esta cuestión, en una poesía, con una sutil alusión al recentísimo acontecimiento de Ginebra: En el curso de un paseo solitario durante la noche, la eufonía de un canto de pájaro le impidió por

un instante el paso, pero no para saludarlo o retenerlo. «Yo canto porque la noche es tan hermosa, pero *tú* debes seguir caminando siempre», creyó él oír. Y Nietzsche siguió caminando. Rohde no volvió a tener carta suya durante un año; ni siquiera la dirección de Sorrento recibió el viejo amigo. De todos modos, cuando Nietzsche, en marzo de 1877, por algún conducto indirecto, supo que Rohde pensaba casarse en Pascua (1 de abril), lo notificó a casa. Elisabeth pregunta el 17 de abril, después que la boda de Rohde fuera aplazada al verano o al otoño[8]: «¿Qué piensas regalar a Rohde? Si ha de ser el busto de Wagner, hay preparados 12 táleros para ello, o ¿qué quieres si no? Quiero dejarlo solucionado muy pronto.» Y Nietzsche acepta el 25 de abril la propuesta: «Que Rohde reciba el busto de Wagner, a mí no se me ocurre ninguna otra cosa, mi necedad es grande. Así pues ¿quieres solucionarlo pronto con una pequeña carta a Rohde?» El 20 de mayo Rohde da las gracias: «La cabeza de Wagner ya está colocada y siempre ante mis ojos; un continuo recreo, con sus orgullosas líneas, marcadas y significativas, en cada rasgo... Y así, esta figura ha de recordarme siempre, a la vez, a él y a ti, amigo mío, y, como un aire reconfortante, ha de purificarme y levantar mi pecho.» Y de nuevo Nietzsche vuelve a guardar silencio. Por un encuentro casual con Elisabeth y la madre en Kösen, Rohde se informa del cambio de lugar de Sorrento «a la montaña». Sólo después de que Rohde se ha casado a comienzos de agosto y el 20 anuncia su posible pronta visita a Basilea con su joven esposa, sólo entonces Nietzsche anuncia desde Rosenlauibad su ausencia —para volver a callar durante otro año.

No tan mal, pero tampoco mucho mejor, sucedió en el caso de Carl von Gersdorff. La única carta de Nietzsche a él del tiempo posterior a Bayreuth, más o menos de comienzos de diciembre de 1876, se ha perdido y sólo puede deducirse algo sobre ella por una respuesta de Gersdorff.

También Gersdorff adolecía ese año de un compromiso matrimonial, con una condesa italiana, Nerina F. (Finochietti), cuyos parientes, sobre todo los padres, resultaron insoportables (corruptos financieramente) para los de Gersdorff, por lo que en este caso no se llegó a un buen final. También en esa relación estuvo la mano de Malwida v. Meysenbug, por cuanto en Bayreuth presentó la joven y manifiestamente atractiva dama a Gersdorff. Se desencadenó un terrible *affaire* familiar, durante el que Gersdorff llegó a enemistarse con Malwida e incluso —porque Nietzsche se puso de su lado protegiéndola—, a fines de 1877, a una ruptura de varios años de las relaciones de Gersdorff con Nietzsche.

Así, en el cambio de año, Nietzsche había perdido, más o menos, por casamiento o por noviazgo, a tres íntimos amigos: Overbeck, Rohde, Gersdorff. Por cierto que Overbeck le había conseguido con su mujer más bien una nueva confidente, a la que se volvería a menudo, y precisamente cuando desesperaba en general de la fidelidad y fiabilidad de los hombres y necesitaba un alma comprensiva.

Köselitz contra Bagge

En Basilea había sucedido entretanto un episodio totalmente distinto, que afectaba a Nietzsche indirectamente. También en este caso se trataba de un choque generacional: Selmar Bagge, de 53 años, y Heinrich Köselitz, de 22. En 1868 Selmar Bagge, de Koburg, que entonces tenía 45 años, tras casi veinte de trabajo como maestro de composición, crítico musical y redactor, en Viena, vino a Basilea como director del conservatorio: un músico avezado e instruido, sin duda, pero no un temperamento creador y genial. Así cayeron sus composiciones: cuatro sinfonías, un concierto de piano, corales, *lieder*, música de cámara y piezas de piano, en aquel olvido que extiende amorosamente su capa sobre la producción esforzada y capaz, pero precisamente no con condiciones de subsistencia, de todos los epígonos de Schumann, Mendelssohn, Brahms y Wagner. Ciertamente él era un hombre más bien de la teoría y del saber, y por ello la universidad probablemente no estuvo mal aconsejada cuando en 1876 lo llamó como lector de cursos musicológicos, mucho antes todavía de que hubiera una cátedra de musicología. Por su origen, formación y posición, Bagge tenía que estar claramente de parte de los conservadores, de los «músicos puros», y contra los nuevos tonos y la mezcla de géneros artísticos de Wagner, ¡en lo que no era el único, ni mucho menos, en Basilea!

En el mismo año de 1876, el 2 de diciembre, se inauguró en Basilea la nueva gran sala de música con un concierto en el que Alfred Volkland, que trabajaba desde hacía un año allí, presentó, al final, la *Novena sinfonía* de Beethoven. Era un raro acontecimiento musical y había que contar con una gran parte de público no preparado. Por eso no era en absoluto desacertado preparar la representación con una conferencia introductoria, y pareció cosa natural encargar esta tarea al director del conservatorio y lector de la universidad además —precisamente a Selmar Bagge. No fue por ese hecho como tal por lo que se escandalizó Köselitz; pero *lo que* dijo y *cómo* lo dijo Bagge, eso lo llevó al campo de batalla, y de una manera, como joven insolente, que realmente desentonaba grotescamente con su servil devoción, siempre probada, a Nietzsche.

Bagge publicó además su conferencia en el *Allgemeine Musikalische Zeitung**, con lo que Köselitz tuvo el material en la mano, primero, para censurar el estilo y, después, para aclarar con citas la posición «político-musical» de su adversario. Bagge dio ocasión para ello, pues, de modo poco hábil y oportuno, había llenado su reseña de ataques marginales contra los «modernos» contemporáneos, sobre todo contra Wagner y su concepción del significado de la obra de Beethoven; pero tampoco pudo reprimir reservas críticas propias contra Beethoven mismo, por ejemplo cuando escribe: «... ese ser bacántico tiene que justificar o perdonar tam-

* Ver tomo 3: «Documentos núm. 2»[141].

bién el tiempo vocal de Beethoven en el sitio en que está: musical y coralmente no se puede hacer esto, y, con toda la humildad frente al gran genio, quizá se permitiera la pregunta sobre si no hubiera podido conseguirse el mismo efecto con medios mejores en sí mismos.»

Para Köselitz y para su ataque estaba a disposición el editor de Wagner y de Nietzsche, Fritzsch, en Leipzig, en cuyo *Musikalisches Wochenblatt* apareció el 30 de marzo de 1877 su artículo, donde se recriminaba a Bagge y al público de Basilea como «pedantes musicales»*: «El pedante musical es un individuo peligroso para la comunidad. Quiere ser más de lo que es... El, el hombre teórico, pretende poder seguir al genio dionisiaco en su senda, pero su corazón y su cabeza son cortos. Habla y escribe sobre música y considera lo escrito por él suficientemente digno como para presentarlo ante el mundo...: Selmar Bagge... oficia como director del conservatorio de Basilea. Para el que conoce el país esto dice ya suficiente; Basilea, en cuestiones musicales, es otra Schilda. Un solo ejemplo aclara esto: tuvo una vez oportunidad de recibir en sus muros a Hans von Bülow, sin embargo lo rehusó y trajo al señor Bagge. Por mucho que se quiera hacer música en Basilea y en toda Suiza, la población no es musical: tiene una posición falsa respecto a las artes musicales... Este estado de cosas choca tanto más cuanto el sentido para el arte plástico parece estar sumamente desarrollado: ¿cómo podría comprenderse, sin embargo, una auténtica inclinación por las artes apolíneas si no resulta como efecto de la conmoción dionisiaca...? Los suizos padecen un mal: su forma republicana de gobierno, que los obliga a una ocupación política que les roba mucho tiempo; esto hace de esas personas, ya de por sí áridas, todavía más prosaicas. No tienen metas ideales...»

Tras este desahogo pasa Köselitz a una crítica detallada, siempre arrogante en el tono, objetiva y no tan desacertada, de la conferencia de Bagge. Pero el final lo forman las siguientes tiradas: «Pero él debe saber que hay todavía personas en Basilea que son capaces de juzgar severamente: ante ellos hay que estar siempre sobre aviso... Sólo a una cosa... me referiré todavía: la educación musical de la juventud de Basilea descansa fundamentalmente en las manos del señor Bagge; es fácil de prever qué tipo y cuáles serán los resultados de esa educación. Ante todo se prevendrá, "con el semblante del guardador de la pureza", contra un determinado arte nuevo; y como profiláctico en contra se perorará a favor de la moderna música hebrea, y efectivamente concuerda muy bien con la universalmente famosa santurronería de Basilea, que se hunde en la devoción por lo eterno femenino, mientras, con párpados caídos, elude todo lo grave y heroico.» No faltó, naturalmente, la reacción a estas faltas de tacto. El periódico *Schewei̇zer Grenzpost und Tagblatt der Stadt Basel* tomó posición ya el miércoles 18 de abril de 1877, en su número 91, bajo el título de «Defensa»,

* Ver tomo 3: «Documentos núm. 3».

calificando al panfleto como una chapucería tan inmadura como malintencionada y reprochándole «juvenilidades e injurias»[235]. De su «vocabulario» se deduce con toda exactitud la patria intelectual del atacante: «Ya que no poseemos "inclinación alguna a las artes apolíneas" ni a la "conmoción dionisiaca" y que somos "hombres alejandrinos", que somos incluso tan alejandrinos que por esos indicios sabemos exactamente de qué fuente saca el autor su vino ditirámbico (el *Origen de la tragedia*, etc. de Nietzsche), habremos de probar otras armas defensivas: quizá, primero, una llamada a la capacidad crítica —no entre nuestros compatriotas..., sino entre los vecinos alemanes. Si no pensáramos tan beociamente aquí, quizá podríamos permitirnos la pregunta: ¿a qué circunstancia especial nuestra ciudad tan árido-republicana, pedante-musical, alejandrino-humana, santurrón-religiosa debe el honor de contar al ciudadano apolíneo-dionisiaco de Annaberg, el estudiante de filosofía Köselitz, entre sus habitantes?» Pero también Selmar Bagge supo defenderse. Y no en público, sino en un terreno en el que Köselitz no se esperaba el contraataque: ¡con una queja al rector magnificus de la universidad! «Altamente oficial», con el membrete del Conservatorio general de Basilea, Dirección, llega una «Reclamación de Selmar Bagge contra Heinrich Köselitz: Basilea, a 3 de mayo de 1877:

»Sr. Prof. W. Vischer, actual rector de la Universidad de Basilea.

»¡Muy Sr. mío!

»Según el parágrafo 2 del "Reglamento de los estudiantes" éstos deben "tratar con consideración a los profesores".

»Me permito, por la presente, la más devota pregunta a usted y a la respetable regencia, respecto a si el artículo adjunto, redactado y firmado por el estudiante H. Köselitz, corresponde o no al sentido de aquel parágrafo. Es verdad que está dirigido, no al lector de música, sino al director del conservatorio. Pero, puesto que ambos están representados en la misma persona, el ataque no atañe sólo al director, sino también al lector, e indirectamente a las autoridades que lo han contratado. Rogando cortésmente tenga la amabilidad de informarme por escrito, a su tiempo, de las resoluciones tomadas, firma respetuosa y humildemente S. Bagge.

»Adjuntamos, un periódico y un escrito del Sr. Dr. L. Burckhardt.»

Desviar el ataque personal hacia las autoridades académicas como si estuvieran implicadas, sólo porque a él, desde hacía medio año, le estaba permitido dar clases, como invitado, en la universidad, parece un montaje realmente excesivo. Pero el hecho de que la queja date de más de un mes después del polémico artículo, permite suponer que precedieron consultas sobre *cómo* se podía proporcionar una ocasión a las indignadas autoridades de Basilea para poner a raya al insolente agresor. Así fue como el claustro cogió al vuelo la pelota pasada. En todo caso trató el asunto muy pronto, en su sesión siguiente, el 31 de mayo de 1877. En las «Acta et Decreta Regentiae Basiliensis», tomus VIII, leemos en la página 27[236]: «Se da lectura a una reclamación del Sr. Bagge contra el estudiante Köselitz.

Tras la discusión habida, el claustro decide hacer una amonestación al estudiante Köselitz.»

El profesor Overbeck también estuvo presente en esa sesión. Desde su punto de vista, informa a Nietzsche el 3 de junio a Ragaz: «El jueves tuvimos la ridícula reunión del claustro, en la que se trató la queja de Bagge contra Köselitz. Mähly y Heyne fueron los leones del debate, se devoraron hasta el rabo, puesto que eran de opiniones contrarias. Fue decidida una amonestación del rector, que Köselitz habrá ya recibido de Vischer. La irritación moral de Vischer por el hecho, le habrá ayudado a soportar lo desagradable y de mal gusto del momento.»

Frente a todos estos documentos, la mención que hace A. Mendt del asunto en el prólogo a la edición de las cartas de Peter Gast (Heinrich Köselitz) resulta muy anodina[13]: «Igualmente decidida era la admiración por Wagner. El fogoso estudiante se ganó una amonestación de la universidad cuando un día, algo impetuosamente, en este sentido, se puso públicamente en contra de un grande de la música en Basilea, conocido como retrógrado. El tempestuoso wagneriano se hizo famoso.» Pero hay algo todavía que aquí se pasa por alto: después de la vuelta de Basilea, Nietzsche se reunió durante más de un mes casi todos los días con Köselitz, le dictaba sus nuevos proyectos, con los que se colocaba ya más allá de Bayreuth. Köselitz no notó nada del cambio interior de su ídolo, y Nietzsche, evidentemente, no le dijo nada más preciso al respecto. Tampoco las escasas cartas de la época de Sorrento proporcionan ninguna claridad. Y Köselitz se empeñaba, de buena fe, en actuar en el sentido de su maestro todavía en la primavera de 1877, cuando Nietzsche ya había abandonado esa dirección. ¡Y en qué tonos, con qué vocabulario! Köselitz, que había crecido hasta su mayoría de edad en la embriaguez de la fundación del imperio, no se podía adaptar a la atmósfera del clima político de Basilea y de Suiza, organizada de modo totalmente diferente, porque había surgido también de modo diferente. El no lo comprendió y no quiso comprenderlo.

Para Nietzsche tuvo que tratarse de un asunto penoso; a pesar de ello tampoco ahora levantó el velo, y el 25 de abril de 1877 sólo tuvo estas palabras suavemente recusantes para Köselitz: «Gracias de todo corazón por todo lo dicho, deseado, enviado. Pero ninguna polémica más, por favor, esto no es asunto de los músicos. Más tarde le contaré más sobre este caso, que he de considerar como un *infortunio divertido*.»

Viaje de vuelta y primera estación (Bad Ragaz)

Así pues, el martes 8 de mayo Nietzsche había abandonado Nápoles; los Sydlitz lo llevaron hasta el barco, con lo que él se consideraba «como un bulto ideal de equipaje, proveniente de otro mundo», como escribe a Malwida el 13. Malwida y Trina, desde la altura de Sorrento, a las 2 de

la tarde, vieron en la lejanía cómo zarpaba el barco que lo llevaba hasta Génova, donde llegó el 10 de mayo. Pero esta vez el viaje no fue tan tranquilo; hubo tormenta y Nietzsche aprendió entonces lo que era también el mal del mar. Anota en una agenda[6]: «8 de mayo, partida de Sorrento. 9 de mayo, mare molto cattivo. 10 de mayo» (¡es el día de la Ascensión!) «viaje infernal en el vapor Ancona. 11 de mayo, me vuelve a animar Brignole (van Dyck).» Ya el sábado 12 de mayo sigue viajando hacia Lugano, via Milán. Además de los precios del ferrocarril, anota en su calendario también los horarios: «a las siete y media, salida hacia Milán, llegada a las 12,10 horas, continuación del viaje a las 6, en Chiasso (aduana, paso de la frontera a Suiza) a las 8, llegada a Lugano a las 8,58.» Ya a la mañana siguiente informa de sus impresiones del viaje a Malwida v. Meysenbug en una larga carta: «La miseria humana durante una travesía en barco es horrible y, sin embargo, ridícula propiamente; algo así como lo que me sucede con el dolor de cabeza, que a veces aparece cuando el estado corporal es exhuberante... Por cierto que ya conocía con toda exactitud el peor grado del mareo de la época en la que me torturaron, en alianza fraternal, un fuerte dolor de estómago con otro de cabeza: fue un "recuerdo de tiempos casi extinguidos"*. A ello se añadía la incomodidad de tener que cambiar de postura de tres a ocho veces cada minuto, y esto día y noche: y a continuación tener en la máxima cercanía, durante la comida, los rumores y las conversaciones de los compañeros de mesa, lo que resulta repugnante por encima de toda medida. En el puerto de Livorno era de noche, llovía: a pesar de ello quería ir a la ciudad; pero las advertencias que el capitán me hizo a sangre fría me retuvieron. Todo en el barco sucedía con gran ruido, los orinales saltaban y adquirían vida, los niños gritaban, la tempestad rugía; "mi destino era un eterno insomnio", hubiera dicho el poeta. La salida del barco (el 10 de mayo) trajo nuevos padecimientos... ¿Sabe *usted* cómo llegué al hotel de Londres? Yo tampoco. En resumen, estaba *bien*... ¡Allí me eché rápidamente en la cama, y con mucho dolor! El viernes, con un tiempo oscuro y lluvioso, me animé a medio día y fui a la galería del Palazzo Brignole; y curiosamente, la visión de esos retratos de familia fue lo que levantó mi ánimo y me entusiasmó; un Brignole a caballo, y en los ojos del poderoso corcel todo el orgullo de esa familia —¡vaya contrapunto a mi deprimida humanidad! Personalmente aprecio más a van Dick y a Rubens que a todos los pintores del mundo. Los demás cuadros me dejaron frío, a excepción de una Cleopatra moribunda de Guercino**.

* Cita de Wagner, *El buque fantasma*.

** La sorprendente visita a una galería de pinturas, y además dirigida con toda exactitud al Palazzo Brignole, se debe sin duda a una sugestión de Wagner. Wagner había visitado esta galería a finales de agosto de 1855, y se había entusiasmado con los cuadros, sobre todo con Van Dick[261].

»Así fue como volví a la vida, y el resto del día estuve sentado, tranquilo y animoso, en mi hotel. Al día siguiente hubo otra alegría. Todo el viaje desde Génova a Milán vine al lado de una joven bailarina, muy agradable, de un teatro milanés; Camilla era *molto simpatica*, ¡oh, tenía que haber oído mi italiano! Si hubiera sido un pachá me la hubiera llevado conmigo a Pfäfers, donde hubiera podido bailar algo para mí al acabar mis quehaceres intelectuales. Todavía ahora me enfado de cuando en cuando conmigo mismo porque, por su causa, no me quedé, por lo menos un par de días, en Milán. Ya me acercaba a Suiza; el primer trecho, el tren iba por la línea de San Gotardo, que ya está acabada... de repente noté que vivo mucho más a gusto entre suizoalemanes que entre alemanes... El coche del Hôtel du Parc me esperaba: entonces surgió dentro de mí un grito de júbilo, tan bien está todo... Me he introducido algo en la nobleza provinciana mecklemburguesa; es un tipo de alemanes que me cae bien; por la noche asistí a un baile improvisado de lo más inofensivo; muchos ingleses; todo resultó muy gracioso. Después me dormí, por primera vez, bien y profundamente, y hoy por la mañana contemplo mis queridos montes ante mí, todos montes del recuerdo... Pienso en usted con sincero cariño, varias veces a cada hora; se me ha obsequiado con un buen trozo de esencia maternal, nunca lo olvidaré.»

La «nobleza provinciana mecklemburguesa», citada en la carta, era el director general de correos Flügge, de Rostock. El episodio, ampliamente expuesto, con la bailarina muestra que aún no se había apagado la ardiente excitación que desde la época de estudiante le producían las cosas del teatro.

Dadas las varias menciones de Pfäfers, se puede deducir que Nietzsche tenía el proyecto de ir a ese lugar, situado en las cercanías de Ragaz. No se encuentra mención alguna del camino por el que continuó el viaje, si por el paso de Lukmanier o por el de Splügen (pero hay que suponer Splügen, puesto que Malwida, en la carta del 5 de junio, le hace preguntas sobre su experiencia de ese paso y de la Via Mala). Tampoco manifiesta por qué no fue a Pfäfers, sino directamente a Bad Ragaz (hotel Tamina), donde debió de llegar lo más tarde el 15, y probablemente ya el 14 de mayo, puesto que el 1 de junio informa a Overbeck ya de 17 baños de cura. La agenda registra al respecto: «15 de mayo, Dr. Dormann, de Mayenfeld-Pfäfers», que parece ser el médico al que fue a ver el día después de su llegada. Aquí permanece cuatro semanas como paciente tranquilo y retraído en cura. El problema dominante durante esas semanas es la cuestión de si debe o no abandonar la cátedra de Basilea, siempre en relación con las ideas de casamiento. De modo totalmente diferente a años posteriores, su hermana, ahora, comprende todos estos planes benévolamente e impulsándolos. Ella misma tiene algo semejante «entre manos», pues Nietzsche le escribe en carta del 2 de junio de 1877[124]: «¿Sabes que he esperado, en ocasiones, que me anunciaras algo de *tu* inminente compromiso matrimonial? ¡Que no sea para mal!»

Overbeck, evidentemente, se había alarmado por la idea de la dimisión, comunicada ya desde Sorrento con tanta determinación, y aprovechó los días de Pentecostés, 20/21 de mayo, para visitar al amigo en Ragaz, cercana a Basilea. En esta ciudad ya había comentado el asunto con Jacob Burckhardt, a quien afectó profundamente el estado lastimoso del joven colega, como informa Overbeck el 13 de mayo. Burckhardt envió saludos para Nietzsche a través de Adolf Baumgartner, cuando éste se despidió a finales del semestre de invierno para ir a Jena con Erwin Rohde. La trasmisión de los saludos la hizo Marie Baumgartner el 10 de mayo.

A Rosenlauibad

La cura de Bad Ragaz no había resultado un éxito. Nietzsche se encontraba mal de continuo y padecía los peores ataques con excesiva frecuencia. A principios de junio se decidió a buscar la mejoría en las montañas y, haciendo planes, cayó sobre Rosenlauibad, más allá de Meiringen, en el Oberland bernés y en el camino al gran Scheidegg y más arriba hacia Grindelwald; e inmediatamente se vuelve a hacer ilusiones con ello. Quiere hacer un nuevo intento en la universidad, pero las horas del pedagogio han de serle quitadas. Esto se lo plantea el 1 de julio a Overbeck, quien le contesta a vuelta de correo (el 3 de julio) que no habría problema ninguno con la prolongación de la dispensa en el pedagogio. Acto seguido, el 8 de junio, Nietzsche envía un programa para el semestre de invierno al decano de la facultad, que en ese momento era el catedrático de filosofía Hermann Siebeck[236]: «Estimado colega, aun cuando mi salud no es en absoluto tal que pueda encarar con alguna confianza el próximo invierno, quiero sin embargo contar todavía con los meses que restan hasta entonces; quizá mejore. Para el caso de que *pueda* impartir cursos, he elegido estos tres:

»1. Las *Coéforas* de Esquilo. 3 horas semanales.

»2. La *Retórica* de Aristóteles. 2 horas semanales.

»3. En el seminario filológico: elegiacos griegos. 1 hora semanal.

»Muy agradecido por sus buenos deseos, quedo servidor suyo Dr. F. N.»

(En realidad, después impartió «Antigüedades religiosas de los griegos», 3 horas semanales; faltan comprobantes de un segundo curso; y las *Coéforas* de Esquilo las trató en el ejercicio del seminario.) Totalmente ocupado por el traslado de Ragaz a Rosenlauibad, sólo el 17 de junio volvió Nietzsche a ocuparse de los asuntos docentes, en carta a Overbeck: «No he dado ningún paso en lo que se refiere al asunto de Basilea; habla, por favor, con Fritz Burckhardt, a ver si puedo confiar que se me libere del pedagogio bajo las mismas condiciones (pecuniarias) que este año, mientras no me sienta esencialmente mejor. No puedo escribir cartas largas por mí mismo; *¡ayúdame*, buen *amigo!*» Overbeck pudo responder el 20 de junio: «Fritz Burckhardt mismo estuvo hasta ayer por la noche en una

cura en Baden-Baden. Sólo pude hablarle hoy. Dice, enviándote los mejores saludos, que la continuación de la sustitución por Ach. Burckhardt seguirá siendo posible, a pesar de lo lamentable de tu prolongada ausencia del pedagogio. En cualquier caso, por esta parte se apoyará una petición tuya dirigida en este sentido a la curaduría.» La curaduría solicitó el 22 de octubre al consejo de educación el financiar la necesaria sustitución por medio de un crédito suplementario, cosa que aceptó el consejo de educación el 1 de noviembre. La curaduría, el 5 de noviembre, pudo encargar al sustituto que había hasta entonces, el doctor Achilles Burckhardt, de la prosecución de las clases de griego en el tercer curso del pedagogio, sin tener que aceptar el ofrecimiento de Nietzsche de correr con los gastos[236].

El 10 de junio, a las cinco de la mañana, Nietzsche abandonó Ragaz y por tren llegó a Lucerna, vía Zürich, desde donde continuó en diligencia, a través del paso Brünig, hasta Brienz, donde llegó a las 9 de la noche con fuertes dolores. «Pasé una noche y una mañana malas; a mediodía a Meiringen en diligencia; por la tarde tres horas a pie con guía hasta Rosenlauibad. Aquí soy el único huésped que queda, como de costumbre. ¡Muy hermoso, sin exageración! No hay viento, bosque de abetos. Hasta ahora todo va bien», así escribe dos días más tarde a casa. Si hoy se va en el autobús del correo, ya por una carretera, aunque regular, desde Meiringen hasta Rosenlaui («laui» = alud), apenas puede uno imaginarse que un día pudo necesitarse un conocedor del lugar como guía para llegar, por intrincados caminos forestales, hasta el solitario hotel. Se trata de la más extrema soledad que Nietzsche buscó jamás. El 25 de junio describe su estancia a sus parientes: «Lugar, alrededores, comida, todo ello muy bueno. El aire suave y agradable desde por la mañana temprano hasta por la noche. Pero debo precaverme contra largos paseos, tuve que expiarlo ya dos veces (pasaron dos días antes de que pudiera recuperarme pasablemente...). Siempre que la tormenta flota en el aire tengo dolor de cabeza. ¿Quizá no es todavía suficiente altura? (algo más de 4.000 pies)*. Estoy muy solo, aunque pasan por aquí muchos ingleses. Con el tiempo la estancia tiene que resultar buena. Es *mi* tipo de naturaleza.» Y en una carta sin fecha a Malwida v. Meysenbug[124]: «Rosenlauibad, aire y —lugar de cura con suero de leche. Bonito cuarto de recepción con piano. La mayoría de las habitaciones cubiertas con alfombras: baños en agua de sosa, alcalina y muy suave. Apenas se conoce el viento. Sólo antes de la salida del sol el aire, por lo regular, es más fresco; por el contrario, las noches son sorprendentemente suaves hasta muy tarde. Médico en Meiringen (distancia, dos horas y media). Cómodo viaje de vuelta a través de Thun, Interlaken, Brienzersee, Meiringen...»

* Rosenlauibad está, según medidas actuales, a 1.328 metros sobre el nivel del mar, es decir, un poco más alto que la zona de los bosques de fronda; verdad es que entonces el glaciar llegaba hasta lo profundo del valle.

Y en los márgenes, como posdata: «Magnífico bosque de abetos cerca de Bad Rosenlaui... Unico camarada de casa y de mesa el comandante von Posen. Desde noviembre un von Oertzen... ¿Metió Trina en mi maleta la gruesa gorra de invierno?»

Pronto amplió la cura de baños y de aire con una cura de agua de St. Moritz. «Se me aconsejó mucho, *después* de la cura de Ragaz, ir a un lugar alto y beber *este* agua: como medio contra neurosis arraigadas precisamente en esa combinación con Ragaz[7].»

Para la reconstrucción intelectual llevó «3 libros: algo nuevo de Mark Twain, el americano (me gustan más esas tonterías que las cosas sesudas de los alemanes), las *Leyes* de Platón, y usted, querido amigo.» (A Paul Rée, en junio[12].)

Los planes de matrimonio de Nietzsche, mientras tanto, habían recibido un golpe sensible. El 29 de junio comunicó a su hermana una noticia que había recibido de Malwida: «Hemos de tachar completamente de la lista a Natalie, hace poco me ha vuelto a confiar casualmente su *firme* opinión sobre *este* asunto», y él añadió: «Con los demás "seres" todo se trata de fantasías y quimeras.» Y en otro párrafo posterior de esa carta[124]: «Imagínate, he vuelto a pensar en B'erta' R'ohr' de Basilea*; al fin y al cabo es la que mejor se corresponde con mi estado de obligada defensa en Basilea. Por favor, infórmate inmediatamente dónde se la puede encontrar este verano. Contra la idea de Ginebra (Köckert) tengo varias cosas que objetar, el padre no me agrada, creo que es un hombre de negocios algo mal reputado. Y entonces, dónde está la riqueza. Quizá un día bancarrota. La madre muy avara.» Frente a ello vuelve a plantear su futuro en la vieja dirección, lo que asimismo comunica el 1 de julio a Malwida: «Estoy decidido a volver en octubre a Basilea para reanudar mi antigua actividad. No soporto vivir sin el sentimiento de ser útil: y los basileos son las únicas personas que me hacen notar que lo soy. Mi muy problemática manía de pensar y de escribir hasta ahora me ha enfermado siempre; mientras fui sólo un erudito, tenía salud; pero luego llegó la música, que perturba los nervios, y la filosofía metafísica y la preocupación por miles de cosas que no me importan nada. Así que quiero volver a dar clases; si no lo soporto, pereceré en el intento.»

Quiere volver a intentarlo en una situación doméstica propia, que dirija la hermana; y el joven Köselitz debe entrar como secretario en esa comunidad doméstica. Los primeros planes dan preferencia a una vivienda en el tranquilo Arlesheim, un pueblo idílico a pocos kilómetros al sur de Basilea, preferido por los enfermos de corazón a causa de su suave clima**,

* Por Berta Rohr era por quien se había sentido tan atraído en las vacaciones pasadas en Flims.

** Inmediatamente al lado está hoy el «Goetheanum» de Rudolf Steiner, que es el centro de la Sociedad Antroposófica.

pero la distancia habría traído complicaciones, por lo que se alquiló una vivienda a la viuda de Spengler, Sabine Tschopp-Holzach, en la Gellertstrasse 22, en una zona dominada por villas, ante la St. Albantor, en la periferia de la ciudad. Esta vivienda, además, sólo podía ser ocupada a partir del 1 de septiembre, lo que era un motivo más para que Nietzsche permaneciera hasta finales de agosto en Rosenlauibad, donde la pensión diaria de 5 ó 6 francos entraba dentro de sus posibilidades monetarias.

Intermezzo

Mientras tanto Elisabeth fue ya a comienzos de julio a Basilea, y el 9 de julio Nietzsche concierta un *rendez-vous* con ella en Lucerna, hotel Gotthard, para poder festejar allí, juntos, el cumpleaños de Elisabeth, que era el día 10. El 11 quería volver a Rosenlaui por el paso Brünig. En vez de eso fueron los dos juntos al Zugersee y se quedaron allí, en la pensión Felsenegg, hasta el 21. Elisabeth tomó, directamente desde allí, el tren de regreso a Basilea, donde encontró acogida, primero, en la casa del profesor Vischer en la Nauenstrasse, y después en su finca del alto St. Romey, en Reigoldswil (en el Oberland de Basilea), mientras que Nietzsche viajó en tren hasta Berna, vía Lucerna, donde pasó la noche del 21 al 22, puesto que quería disponer del día siguiente para visitar a Malwida y a los Monod, a quienes suponía en Aeschi (más allá de Spiez, en el Thunersee). «Creí en Aeschi como mi padre en los Evangelios», escribe posteriormente, el 27 de julio, a Malwida. Al no encontrarla allí, buscó todavía en Faulensee y siguió a pie hasta Heustrichbad, en el Kandertal, donde volvió a pasar la noche, continuando en tren por el Thunersee y el Brienzersee, y desde Brienz hasta Meiringen en diligencia; el 23 llegó a Rosenlauibad otra vez. ¡Había sido un viaje caro e inútil! Y por poco no tiene lugar un encuentro sorprendente y no buscado: ¡Wagner y Cosima llegaron de Heilbronn, vía Basilea, a Lucerna, el 18 de julio por la noche, el 19 visitaron Tribschen y el 20 siguieron, vía Zug, hasta Zürich![258] Encontraron Tribschen «cubierto de maleza».

Mientras tanto Malwida había estado con Olga y los niños en Thun, y había recorrido los alrededores del Thunersee buscando un lugar de estancia que le gustara. A Aeschi lo encontró excesivamente expuesto al viento y demasiado lejano al lago; al final se decidió por Faulensee-Bad, donde Nietzsche en efecto había preguntado por ella, pero uno o dos días demasiado temprano. Postales y telegramas no habían alcanzado a tiempo a sus destinatarios, dada su residencia permanentemente cambiante, y así se perdía uno de continuo en un auténtico torbellino de noticias y viajes y nunca se encontraba con nadie, aún estando a escasa distancia. Nietzsche no aceptó la propuesta de Malwida de permanecer, a su vuelta de Rosenlaui a Basilea, unos cuantos días en Faulensee, por donde *tenía*

que pasar a la fuerza. Tuvo que decir no a un gran *rendez-vous* en Interlaken, sugerido por los Sydlitz —que también andaban por la zona—, porque le pareció demasiado costoso. En cambio, los Monod lo fueron a visitar a Rosenlaui a comienzos de agosto (en torno al 5). Para Malwida este pequeño viaje resultaba excesivamente fatigoso, debido a la larga caminata que exigía, y hubo de quedarse en Faulensee, manteniendo desde allí un refinado contacto epistolar. Intenta, de todos los modos posibles, animar a Nietzsche y le escribe el 31 de julio: «Veo aquí cuánto se lo conoce a usted y se lo aprecia en Suiza. Basta que diga su nombre para que se responda inmediatamente: oh, sí, un hombre extraordinario, etc.» Le habla también de un joven médico de Berna, el doctor Jonquières, que conoce y aprecia mucho sus escritos: «ya se ha informado bien de su enfermedad y se ha interesado mucho por ella.»

Malwida había venido propiamente a Suiza para pasar algunas semanas con los Wagner en el lago de los Cuatro Cantones, pero el pequeño Siegfried Wagner se había puesto enfermo y esto retuvo a la familia en Frankfurt. Nietzsche evitó desde el principio el encuentro, como escribió a su hermana ya a fines de junio (el 29): «Pensándolo bien es mejor que yo no vaya también allí (Seelisberg)... La proximidad de Wagner no es para enfermos, como se vio en Sorrento.» Pero lo sentía extraordinariamente, como se lo dice, quejándose, el 1 de julio a Malwida: «¡Con qué gusto conversaría con la señora Wagner, ha sido siempre uno de mis mayores placeres, que sin embargo he perdido totalmente hace años!»

De nuevo en Rosenlauibad

A pesar de una masiva afluencia de turistas, sobre todo ingleses, que hacían alpinismo sobre el gran Scheidegg, y de una actividad hotelera intensa durante la temporada alta, con huéspedes como el emperador y la emperatriz de Brasil, con su amplia comitiva, o el editor de la revista filosófica inglesa *Mind*, con quien Nietzsche hablaba gustosamente sobre las corriente filosóficas contemporáneas, a pesar también de visitas personales como los Monod, a comienzos de agosto, o los Seydlitz, en la segunda mitad de ese mismo mes, la estancia ofrecía, sin embargo, la calma exterior suficiente para zanjar de una vez, sin molestias, la oposición de ideas que bramaba en su interior, y aclarar su propia posición; a ello lo ayudaban, sobre todo, ya ahora, como después en la Engadina, paseos solitarios por caminos apartados. Es una parte de su «modo de trabajo»; sobre ella informa a Overbeck a finales de agosto: «Ahora mis pensamientos me impulsan hacia adelante; tengo un año tan rico (en resultados interiores) tras de mí; es como si sólo se necesitara retirar la vieja capa de musgo de la profesión filológica diaria y obligada, y todo apareciera verde y suave... Si tuviera en alguna parte una casita; pasearía, como aquí, 6-8

horas diarias e idearía lo que más tarde, a escape y con plena seguridad, pondría en el papel, así lo hice en Sorrento, así lo hago aquí, y así es como he conseguido mucho de un año en general desagradable y deslucido.» La plasmación de ese largo «diálogo consigo» se encuentra, en parte, en las cartas a los amigos y, en parte, en anotaciones, que, ampliando el material de Sorrento, llevaron al libro de aforismos *Humano, demasiado humano*.

Sobre nuevos caminos

Ciertamente, las lecturas y las conversaciones de Sorrento, ya le habían servido para escuchar más profundamente dentro de sí y poner al descubierto, «alejandrinamente», los motivos impulsores de su propio ser y obrar, así como el de los hombres en general. Con este trabajo de investigación, propiamente psicológico, intentaba llegar tan lejos como fuera posible, sin acudir a hipótesis de ámbitos metafísicos y extrahumanos. Con ello, sin embargo, se colocaba en una oposición absoluta a la religión —a todas las religiones— y a la filosofía desde sus comienzos y hasta Schopenhauer. Se enredó en la singular paradoja de que las religiones y las filosofías, que explican la esencia del hombre como determinada absolutamente «desde fuera» o por una instancia metafísica, postulan el libre albedrío y, con ello, la autorresponsabilidad del hombre, entendida como «moral», mientras que Nietzsche intenta mostrar que las explicaciones metafísicas son errores —aunque inevitables para la mayoría de los hombres—, con lo que niega el libre albedrío y quiere ver al hombre totalmente determinado por motivos fundados en sí mismo, sobre todo la búsqueda del placer, y, por tanto, irresponsable, y no moralmente responsable. Él lleva este proceso de pensamiento hasta el último extremo, pero nunca plantea la pregunta que surge en el límite, en el último motivo: de dónde viene la determinación de ese fundamento; tampoco para su propio convencimiento de su vocación filosófica encuentra aclaración alguna por ese camino. Por eso, en su obra posterior, volverá, y tendrá que volver, a recorrer el camino en la dirección opuesta, otra vez hasta el extremo; en *Zaratustra*, donde opone al más consecuente postulado del libre albedrío —el que el hombre se proyecta a sí mismo y tiene la voluntad de superarse en el superhombre—, la obligación más fría, el principio del eterno retorno de lo mismo, como segundo tema en una pieza al contrapunto, como «contrasujeto». Las vivencias que están a la base de esta temática ambivalente son, por una parte, la sensación de la determinación del propio estado corporal, sensación que la enfermedad hacía consciente dolorosamente a diario, y, por otra, el libre vuelo de ideas de la fantasía, del que da pruebas el genio (¡Wagner!). A partir de ahí se inicia la nueva escisión distendente, carcomiente, que se mete en Nietzsche más profundamente que la alternativa en que se hallaba hasta entonces: profesión o vocación, la cual, en comparación con la nueva problemática, se vuelve tan secundaria ahora que la sujección al yugo de la profesión él no la siente como algo tan malo, sino incluso como una salida oportuna de las «mil cosas que no me importan». (Y: «... mientras fui sólo un erudito, tenía salud.») Así pues, para aclarar su temática ambivalente, antitética, no se necesita acudir a una escisión «fáustica»; se deduce de los hechos biográficos, vividos intensamente.

¿Cuánto tiempo podría reservar para el monólogo y para los cuadernos de notas y, en todo caso, para Paul Rée, que le seguía ampliamente en ellas y en parte iba por delante, las ideas que se derivaban de ahí y que habían de irritar a sus próximos, sobre todo a los admiradores del filósofo, poéticamente inspirado, del *Nacimiento de la tragedia*? Ya el «divertido infortunio» de la controversia Bagge-Köselitz en Basilea había de ponerlo sobre aviso: era reclamado obviamente por un partido, en este caso un partido artístico, al que ya no pertenecía; esto tenía que aclararlo. El 27 de julio informa a Malwida von Meysenbug: «Me he reconciliado con el doctor Fuchs. Encontré una carta amplísima (62 páginas en cuarto, juntamente con anexos escritos).» Son problemas estéticos los que preocupan a Fuchs, y con los cuales induce a Nietzsche a dar una respuesta esclarecedora. A finales de julio le escribe: «Su método para medir el ritmo es un importante hallazgo de oro puro. Podrá usted acuñar con él muchas monedas. Me recordé que en 1870, al estudiar la rítmica antigua, estaba a la caza de periodos de 5 y de 7 cadencias y medí los *Maestros Cantores* y *Tristán*: al hacerlo descubrí algunas cosas sobre la rítmica de Wagner. Tiene tanta antipatía a lo matemático, a lo estrictamente simétrico (como lo muestra ya el uso de tresillos, quiero decir, el exceso en el uso de ellos), que prefiere demorar los periodos de 4 medidas en periodos de 5, los de 6 en 7 (en los *Maestros Cantores*, III acto, aparece un vals: confronte usted a ver si no domina allí el número 7)... He deseado siempre que alguien que supiera hacerlo, describiera simplemente un día los diferentes métodos de Wagner dentro de su arte, históricamente, sin más, digamos, tal como él lo hace aquí y allá. Para ello, el extraordinario esquema que contiene su carta, despierta todas mis esperanzas... Los demás que escriben sobre Wagner no dicen en realidad otra cosa sino que les ha causado gran placer y que quieren dar las gracias por ello. Wolzogen no me parece que sea suficientemente músico; y como escritor es para morirse de risa... Cuando usted escribe sus "cartas musicales", emplea lo mínimo posible expresiones de la metafísica schopenhaueriana; yo creo —¡perdón! yo creo que lo *sé*— que es falsa y que todos los escritos que están marcados por ella pronto se volverán incomprensibles. En otra ocasión, más sobre esto... También sobre algunas de mis impresiones de Bayreuth que tocan a fundamentales problemas estéticos, quiero discutir oralmente con usted, y en parte dejarme tranquilizar por usted.» Nietzsche espera con interés la «Guía a

través de la necesidad de los Nibelungos (pues la necesidad define a todo lo que es nibelúngico)» de Fuchs. Todavía otro amigo impulsa, sin querer, a Nietzsche a una toma de postura: Paul Deussen le envía su último libro, *Los elementos de la metafísica*, que, a partir de un extenso conocimiento de la filosofía india, conduce, por nuevos caminos, a una perspectiva sobre la filosofía schopenhaueriana. También a propósito de esto Nietzsche confiesa a comienzos de agosto[7]: «Yo, del todo personalmente, lamento mucho *una cosa:* ¡el no haber recibido... unos cuantos años *antes* un libro así! ¡Cuánto *más agradecido* te hubiera estado entonces! Pero tal como siguen ahora su curso las ideas humanas, tu libro me sirve curiosamente como una feliz colección de todas las cosas que *yo* ya no considero verdaderas... Incluso cuando escribí mi pequeño ensayo sobre Schopenhauer ya no estaba seguro de casi nada de todos sus puntos dogmáticos; pero ahora creo, igual que entonces, que, por el momento, es totalmente esencial pasar a través de Schopenhauer y usarlo como educador. Sólo que ya no creo que él haya de educar para la filosofía schopenhaueriana.» A lo que Deussen contestó el 14 de octubre estupefacto[6]: «Pero ¿qué es esto? Ya no estás de acuerdo con Schopenhauer... eso no es comprensible, no es posible. Ahora digo yo: ¡Nietzsche tiene que volver!» Pero Nietzsche no volvió, no podía volver, y tuvo también que abandonar a ese viejo amigo, perderlo interiormente.

Otro acontecimiento, además, le obliga a separarse claramente del entorno suyo hasta entonces.

Ya en la segunda mitad de junio le había escrito Paul Rée desde Jena que se le había presentado un tal Siegfried Lipiner como autor de un poema épico, *El Prometeo desencadenado*[154]. Procedía de Viena, del círculo de admiradores de allí, y admiraba también a Nietzsche por sus escritos y «estaba ávido» de conocerlo personalmente. Rée pintaba al exaltado visitante como no especialmente «apetitoso de conocer». Más mordaz era la caracterización de Rohde en carta del 29 de junio[6]: «Hace poco estuvo aquí un tal señor Siegfried Lipiner, amigo del docente privado de filosofía de aquí, Volkelt. Uno de los más patizambos de todos los judíos, pero con un rasgo no falto de simpatía, tímidamente sensible, en su horripilante cara de semita. Es un gran admirador de tus escritos, miembro de una "asociación Nietzsche" de Viena; estaba literalmente entusiasmado contigo, y afirma haberte enviado su libro, *El Prometeo desencadenado.* Yo he de preguntar si lo has recibido: si no, te quiere enviar inmediatamente un segundo ejemplar.» Rée y Rohde no descubrieron a Lipiner el lugar de reposo de Nietzsche porque sabían cuán urgentemente necesitaba tranquilidad el amigo y lo querían preservar de las molestias que le pudiera causar Lipiner. Pero Lipiner fue sin más tardar a Naumburg y recibió de la madre de Nietzsche la información deseada, junto con una fotografía del admirado. Y entonces, el 3 de agosto, envió un segundo ejemplar de su obra (el primero parece que efectivamente se perdió en

alguna parte en el viaje a Sorrento) a Rosenlaui con una carta apasionadamente admirativa. Nietzsche leyó el largo poema y se entusiasmó con él. El 28 de agosto escribe a Rohde al respecto: «Hace poquísimo viví un auténtico día sagrado con el *Prometeo desencadenado*. Si el poeta no es un verdadero "genio", entonces ya no sé lo que es uno: todo es maravilloso y a mí me parece como si en ello encontrara mi *ego* enaltecido y glorificado. Me inclino profundamente ante alguien que es capaz de experimentar en sí mismo, y exponer, algo así.» Y a Lipiner[6]: «Así pues: desde ahora creo que hay un poeta... dígame usted pronto, sin ningún prejuicio, si, con respecto a su origen, tiene alguna relación con los judíos. Porque últimamente he tenido varias experiencias que me hacen concebir grandes esperanzas precisamente de los jóvenes de esa raza.» Por cierto que el tiempo juzgó de modo diferente la obra, contra el parecer de Nietzsche. Habrá que mostrar todavía en el *Zaratustra* cuál fue el efecto duradero que el poema de Lipiner produjo en Nietzsche.

Lipiner se reconoció como judío en un agradecido escrito de respuesta. Nietzsche había aprendido en poco tiempo, por su íntima amistad con Paul Rée y ahora por su admiración por el poeta Lipiner, a perder aquella altanera aversión a los judíos que las iglesias cristianas habían mantenido despierta durante siglos por la pretensión de poseer ellas solas la verdad, y que desde la fundación del Imperio comenzó a desarrollarse en un antisemitismo político que fue fomentado activamente por las «Bayreuther Blätter» y por todo el movimiento cultural de Bayreuth, y menos por Wagner mismo. Para Nietzsche ya era tiempo de distanciarse claramente también de esto. ¡No podía sospechar que, con ello, ya ahora había puesto los cimientos del irreparable conflicto posterior con su propia hermana!

Retorno a Basilea

El 1 de septiembre, a las 3 de la mañana, Nietzsche abandonó Rosenlaui, con tiempo suficiente para poder alcanzar todavía en Meiringen la diligencia de Brienz; desde aquí se va en barco por el Brinzersee y el Thunersee, y desde Thun en tren hasta Basilea. Antes de su partida, sin embargo, despachó gran cantidad de correspondencia: el 28 y 29 de agosto, a la hermana, a Malwida v. Meysenbug, a Erwin Rohde, al barón v. Seydlitz, a la señora Louise Ott (anhela escuchar su voz) y se lamenta, finalmente, a la madre[124], después de haber dado las gracias por la carta y por un envío de dinero: «Recién levantado del lecho de enfermo, ojos dolientes, a pesar de ellos seis cartas y postales que despachar hoy por la mañana. Me pongo furioso siempre que pienso en esto: correspondencia con más de 30 personas, a parte de los ocasionales: para ello gafas del número 2: ceguera cualquier día inevitable; dolores diarios de ojos; lo máximo hora

y media de vista al día para leer y escribir (para mis *obligaciones* y *asuntos primordiales)*, creo que no te lo imaginas suficientemente grave... ¡Si al menos pudiera quedarme en esta altura! El invierno será malo. ¿En la primavera, pues, nos veremos en mi casa?» El sabe que la vuelta a Basilea es un último intento condenado al fracaso según toda previsión, y esto es lo que confiesa el 30 de agosto a Marie Baumgartner: «Ahora cada vez tengo más claro que fue propiamente el desmesurado esfuerzo que me tuve que imponer a mí mismo en Basilea, lo que hizo que finalmente cayera enfermo; la resistencia se había roto por fin. Sé, siento, que existe un destino más alto para mí que el que promete mi puesto, tan considerado, de Basilea...; "Estoy sediento de mí" —éste ha sido propiamente el tema permanente de mis últimos años... Ahora le manifiesto también mi conciencia de que no vuelvo a Basilea para permanecer allí. No sé cómo van a desarrollarse las cosas, pero mi libertad... la conquistaré.»

Todavía durante mes y medio está libre de obligaciones profesionales. Aprovecha el tiempo tanto como le resulta posible, recurriendo a Heinrich Köselitz para el trabajo escrito. Juntos comienzan a ordenar los aforismos traídos, a ponerlos bajo títulos y a componer, así, el manuscrito para la primera parte de *Humano, demasiado humano*, un trabajo que habría de prolongarse hasta enero de 1878.

El 6 de septiembre Malwida y los Monod, en viaje a París, llegaron de su lugar de vacaciones en el Thunersee a Basilea de visita; por un día sólo, según recuerda Elisabeth, por lo que respecta a los Monod. Malwida, al contrario, permaneció algunos días, al menos hasta el 11 de septiembre*. Vivía en casa de los parientes del joven Brenner. Informa a su hija adoptiva Olga[167]: «Todo fue extraordinario, delicado, bien cocinado, lindamente servido, y hay que atribuir el mérito a la señorita Nietzsche, que no sólo se adornó a sí misma, sino que sabe adornar también todas las cosas de la casa y hacerlo delicadamente. Al buen Nietzsche le iba regular y nos sentimos del todo sorrentinamente. Al anochecer di un paseo con él por los alrededores, realmente hermosos y campestres, de la casa... Al volver... me quise ir para no cansar a Nietzsche. Pero su hermana gritó desde arriba que subiera, que el profesor Burckhardt estaba arriba... Naturalmente que subí, y me alegré no poco del magnífico conocimiento. Estaba muy sentimental, lo que parece que no es siempre, y surgía de sus labios un caudal sereno de cosas interesantes. Se trata de un hombre por quien se podría vivir en Basilea.»

También Nietzsche aprovechó los días libres para hacer visitas todavía. Overbeck estaba entonces en Zürich con su mujer y la suegra, la señora Rothplitz, en la casa «Falkenstein», e invitó cordialmente a Nietzsche y a la hermana a hacer una visita. El 11 de septiembre Nietzsche anuncia su visita para «pasado mañana, jueves, por la mañana» y durante dos o tres

* Nietzsche anuncia a Overbeck la visita de Malwida el «martes» = 11 de septiembre.

días, pero parece que no fue tan pronto, sino quizá el domingo 16, puesto que el 15 de septiembre se vuelve a inscribir en el censo de Basilea-ciudad: «... y, como en 1869, volvió a ser inscrito en el libro de control (núm. 99) con la nota: "Patria: Naumburg (Prusia)", lo que no significa más que el lugar de procedencia, no el lugar de nacionalidad legal[112].»

El 20 de septiembre está de nuevo en Basilea, tras un par de días pasados felizmente en Zürich.

El doctor en medicina Otto Eiser

El viaje más significativo de esa época es el que Nietzsche emprende a Frankfurt, donde permanece desde el 3 al 7 de octubre para un reconocimiento médico pormenorizado por el doctor Otto Eiser y un amigo de éste, el oftalmólogo doctor Krüger. Otto Eiser, nacido en 1834, era el hijo del médico frankfurtiano Gustav Adolf Eiser, un hombre polifacético, dotado sobre todo en las artes de las musas y con el don de la palabra, para quien su profesión significaba primordialmente una obligación ética respecto al prójimo. Así, el joven Otto Eiser recibió de su casa paterna una amplitud inusual de horizontes culturales y una inusitada franqueza para las relaciones humanas. Estaba, por tanto, bien pertrecho para el encuentro personal con los dos exponentes más destacados de la vida intelectual alemana de entonces, con Wagner y Nietzsche, y a través de uno entró en contacto con el otro[228].

Eiser se había entuasiasmado con la obra de Wagner y poco después de los primeros festivales de Bayreuth fundó una asociación Wagner en Frankfurt. Le interesaba todo lo que sucedía en el círculo de Bayreuth, y así fue como topó con la 4.ª *Intempestiva* de Nietzsche, *Richard Wagner en Bayreuth*, por cuyo profundo contenido filosófico se sintió tan interesado que se procuró todos los escritos anteriores de Nietzsche y los estudió detenidamente. En abril de 1877 invitó al admirado autor a Frankfurt para dar una conferencia sobre Wagner, pero hubo de ser informado de que Nietzsche se encontraba de reposo en Sorrento, con lo que por primera vez prestó atención, como médico, al estado de salud de Nietzsche.

La casualidad quiso después que el doctor Eiser y Nietzsche llegaran a estar muy pronto en inmediata cercanía: mientras Nietzsche estaba en Rosenlaui, Eiser pasaba las vacaciones de verano en la cercana Meiringen. Al volver Nietzsche de la vuelta que dio con su hermana por el Zugersee y después de la frustrada búsqueda de Malwida y de su familia en la zona del Thunersee, hizo una parada en Meiringen, camino de Rosenlaui, y allí se topó con el doctor Eiser. El 27 de julio informa sobre ello a Malwida: «En Meiringen encontré, comiendo, a un tal doctor en medicina Eiser de Frankfurt que paseaba todos mis escritos por el Oberland bernés; le hice una consulta médica y encontró que Schrön me había tratado con

dosis homeopáticas.» Y el 4 de agosto: «El doctor Eiser me dio la alegría de visitarme aquí (Rosenlaui) con su esposa durante cuatro días; hemos intimado *mucho* y sobre todo: yo he conseguido el médico más solícito que me podía desear. Estoy ahora, pues, bajo *su* régimen: ¡bastante buenas esperanzas! Tiene experiencia, es hijo de médico, en la cuarentena, tengo en gran consideración a los médicos *de nacimiento*.» Eiser, como médico, hubo de impresionarse profundamente por el crítico estado de salud del admirado, y sobre todo consideró extremadamente urgente un análisis y un tratamiento de la dolencia de ojos más escrupulosos de lo que habían sido hasta entonces. Cuando Nietzsche llegó a Basilea el 1 de septiembre encontró algunas cartas cariñosas, como la de Overbeck con la invitación para Zürich, la de la señora Ott y la del doctor Eiser, que mientras tanto había regresado a Frankfurt, «quien como médico *exige* que vaya pronto a Frankfurt para asesorarme nuevamente», como escribe el 3 de septiembre a Malwida.

Eiser, inmediatamente después de la llegada de Nietzsche a Frankfurt, se dedicó a su paciente, e hizo que le viera también el oculista doctor Krüger. Ya el 3 de octubre informa Eiser a la hermana de Nietzsche a Basilea, que «la explicación de los penosos dolores de cabeza ha sido encontrada casi con seguridad —se ha suprimido, sin dudar, una búsqueda sospechosa de daños más profundos y malignos en los centros nerviosos»[6]. El 6 de octubre resumió sus propias conclusiones y las del doctor Krüger en un informe de cuatro octavillas. En él constataba un considerable quebranto de la retina en ambos ojos, de gravedad muy diferente, que tiene que producir «casi con seguridad, una conexión causal de los ataques cefalálgicos con la afección de ojos», pero que sólo es *uno* de los motivos, «al que ha de añadírsele el otro: una predisposición en la irritabilidad del órgano central», cuyo motivo lo supone Eiser en la excesiva actividad intelectual. Aunque éste considera el mal de ojos como causa del *dolor* de cabeza, deja abierta la pregunta, sin embargo, por la causa de la *lesión* de ojos; «El material más importante para la decisión sobre las cuestiones de arriba serán observaciones exactas de los paroxismos cefalálgicos... eventuales diferencias en el color y en la temperatura de ambas orejas mientras... el estadio prodomal, y, en el momento mismo del ataque, eventuales pulsaciones de las gruesas venas del cuello y diferencia unilateral entre ellas...» Como terapia y profilaxis contempla el doctor Eiser «narcóticos, quinina o cosas parecidas», pero ninguna «ingerencia curativa de tipo heroico», es decir, ninguna cura violenta, ninguna fatiga, sino, ante todo, un comportamiento dietético en el más amplio sentido: «evitar absolutamente leer y escribir durante varios años... apartarse de todo estímulo luminoso fuerte... Evitar cualquier esfuerzo corporal y espiritual extremo. Intercambio metódico de trabajo y descanso. Cuidadosa vigilancia de las digestiones... para lo que han de evitarse las comidas picantes de difícil digestión, y, sobre todo, las bebidas excitantes (como café y té fuertes,

vinos de mucho cuerpo, etc.). De lo dicho se sigue también que hay que evitar cuidadosamente todos esos llamados endurecimientos, sea por vestidos o por sombrero excesivamente ligeros, por una temperatura de la habitación excesivamente baja, por exagerados ejercicios de andar o incluso por experimentos hidroterapéuticos.» En el curso de los años Nietzsche contravino fuertemente no pocas de estas recomendaciones y exigió a su cuerpo más y más fatigas y trabajos, que proporcionaron un testimonio espléndido de su robustez congénita, con la que hizo frente a la enfermedad.

El 13 de octubre llega a Bayreuth una carta del «amigo Nietzsche», en la que cuenta «cosas malas de su salud», seguramente el resultado de los análisis frankfurtianos. Pero adjunta «un bonito manuscrito de un tal doctor Eiser de Frankfurt» que —a juzgar por esa expresión— no era todavía conocido por los Wagner[258]. Wagner seguía interesándose vivamente todavía por el destino de su joven amigo, y, por medio de Hans von Wolzogen, hace llegar a ese médico avezado la pregunta por el diagnóstico y en todo caso por las esperanzas que éste deja. Eiser contestó el 17 de octubre[267]: «Tras pocos días de convivencia en Rosenlauibad pude considerar nuestras relaciones como auténticamente amistosas y duraderas. Mientras más me alegraba esta orgullosa conciencia, con mayor preocupación veía aparecer, más inquietante cada día, la imagen de una grave enfermedad en los padecimientos de Nietzsche. La descripción de sus molestias, de su aparición, de su curso hasta ahora, me llenó de grave inquietud, pero a la vez de la mayor extrañeza de que hasta entonces no hubiera existido ningún tratamiento coherente, ni siquiera un examen médico detenido del largo y penoso proceso de la enfermedad. Lo ametódico, disperso, a trompicones, de todos los intentos curativos hasta ahora se explica por el escaso afecto del paciente al profesor Immermann, quien, según Nietzsche, ha llegado, totalmente *ex officio*, a patólogo y a clínico interno de la universidad de Basilea... Sólo por estas intimidades personales puede entenderse que Nietzsche, durante su año de ausencia, concedido casi contra la voluntad del ordinario de Basilea, haya estado sin relación alguna con el médico de cabecera, que los médicos consultados, del todo ocasionalmente, en Italia no recibieran información alguna de los colegas de Basilea, no otra cosa que en el caso del médico de Bad Ragaz... Asimismo, el que nunca haya existido un asesoramiento o una acción en común de Immermann y del oftalmólogo basileo, profesor Schiess, el que el profesor Schiess, por primera y última vez, haya reconocido oftalmológicamente hace dos años los ojos del paciente, todo eso ha de tener su explicación eventual en el extremo distanciamiento de las personalidades. Este estado de cosas justifica que yo requiriera al profesor Nietzsche a visitarme en Frankfurt... Al marcharse explicó grave y terminantemente que las consultas y análisis realizados durante su estancia aquí han constituido el primer examen médico, detenido y lógicamente coherente, que ha experimentado hasta ahora su enfermedad, que comenzó hace ya casi

cuatro años.» Nietzsche, por tanto, ve en el invierno de 1873 a 1874 el comienzo temporal de su afección aguda. A continuación, más detalladamente que lo había hecho en su informe, Eiser expone a Wagner, en su carta, los resultados, suposiciones, temores y esperanzas. ¿Contravino con ello Eiser el secreto profesional? Pudo remitirse a la confianza, a la fidelidad y a la fe que existe entre auténticos amigos, y, en efecto, Wagner se atuvo a ello. También al llegar más tarde la ruptura, siguió manteniendo el secreto confiado, pero ahora, en una carta del 27* de octubre, confesó al médico, que tanto se preocupaba del amigo, su propia y precisa sospecha, haciéndole considerar si todo el mal no se debía a una perversión del impulso sexual; para ello Wagner se remite a casos paralelos que él conocía y que, como observador y conocedor de hombres que era, le habían llamado la atención. «También fue muy importante para mí últimamente la noticia de que el médico consultado por Nietzsche hace algún tiempo en Nápoles le aconsejó por encima de todo casarse»[267], lo que Wagner probablemente había sabido por Malwida v. Meysenbug, quien estaba al tanto de la conversación con el profesor Schrön y a quien el propio Nietzsche confiesa abiertamente el 1 de julio de 1877, en relación con los proyectos matrimoniales[124]: «He vuelto a tener todo un año para reflexionar y lo he dejado transcurrir en vano; y sin embargo sé ya hace tiempo que sin esto no se puede contar ni siquiera con un alivio de mis males.»

Médicos y amigos barruntaban, pues, dónde estaba la raíz del mal, pero entonces no se disponía todavía de métodos apropiados para diagnosticar el trastorno con seguridad, por lo cual hoy tampoco son posibles más que deducciones *a posteriori*, sacadas de los síntomas más o menos fidedignamente descritos, y que no permiten una declaración fundada, sino meros indicios, en el mejor de los casos. Fue la profunda preocupación por el futuro de Nietzsche lo que movió a Wagner a este discreto contacto con el médico: esto se ve en todas las frases de sus cartas. Cuando Nietzsche lo supo más tarde —1883—, y lo supo desfigurado por datos falsos, lo interpretó como una maldad de Wagner, como un intento de difamación, lo que acarreó, después del distanciamiento de lo que Wagner representaba en el arte, el distanciamiento personal también. Durante cinco años todavía, Nietzsche soportó el funesto error, hasta que en 1888 descargó esta decepción en el terrible ataque a Wagner[123].

El único que podía haber intervenido para aclarar y atenuar las cosas era Otto Eiser. Pero ya desde 1882 estaba totalmente rota la relación de ambos, que ya hacía tiempo no era muy estrecha; Eiser no volvió a saber nada de Nietzsche, nada respecto a sus quejas contra Wagner, y no pudo suponer cuál era el trasfondo de *El caso Wagner*. Colocado, por la evolución

* Según el diario de Cosima del 23 de octubre, y con la observación de Wagner: «Escuchará antes al médico amigo que al amigo metido a médico.» Wagner, por tanto, todavía mantiene la amistad.

filosófica de Nietzsche, ante la alternativa Wagner o Nietzsche, Eiser se decidió por Bayreuth, donde había sido introducido precisamente por mediación de Nietzsche. Durante largo tiempo pudo publicar en las *Bayreuther Blätter* consideraciones propias sobre la obra de Wagner, en las que colocaba el *Parsifal* de Wagner cerca, en la tradición, de Calderón. Con ello estaba perdido para el autor del *Zaratustra*, quien ya en *Humano, demasiado humano* (aforismo 141) hablaba del «insoportable cristianismo superlativo de Calderón».

Eiser murió ocho años después del hundimiento espiritual de Nietzsche; vivió, por tanto, todavía toda la tragedia humana del hombre que había admirado en otro tiempo, pero también la significación y el prestigio crecientes de Nietzsche. Pero ante todo ello, el hombre, el antiguo amigo y el médico Eiser permaneció mudo.

Capítulo 20
EL ULTIMO INTENTO CON LA CATEDRA

(Mediados de octubre de 1877 a comienzos de mayo de 1879)

En la primera parte de *Humano, demasiado humano*, compuesta durante el año de vacación, y en su «Quinto capítulo: Signos de una cultura elevada y de una baja», se encuentra el aforismo 276, en el que aparece especialmente claro el significado autobiográfico que posee todo lo que Nietzsche pensó y escribió: «Los mejores descubrimientos en relación con la cultura los hace el hombre en sí mismo cuando descubre que en él actúan dos fuerzas heterogéneas. Admitiendo que uno viva en el amor a las artes plásticas o a la música tan intensamente como es arrebatado por el espíritu de la ciencia, y que considere imposible superar esa contradicción destruyendo una de esas fuerzas y dejando totalmente libre a la otra: en ese caso sólo le queda levantar desde sí mismo un edificio cultural tan grande que, aunque en extremos diferentes suyos, esas dos fuerzas puedan habitar en él, mientras que entre ellas tengan su aposento fuerzas conciliadoras con fuerza superior como para solventar, en caso necesario, las desavenencias que surjan.»

Las fuerzas heterogéneas en el ser de Nietzsche continuaban siendo todavía la música y la filosofía (esta última, en aquel momento, como «filosofía científica»: como elucidación psicológica de modos de comportamiento humano), y como «fuerza conciliadora» intenta otra vez mantener su actividad pedagógica.

La creación o producción artística es una posibilidad dada sólo al hombre dentro de todos los seres vivos. Sólo el hombre posee modos y contenidos vivenciales para cuya comunicación en forma artística —y adecuadamente sólo así— tiene la capacidad y la necesidad. Y sólo al hombre le ha sido dado recibir, «comprender», las manifestaciones de modo ade-

cuado a su tipo, y de reconocer, e incluso consumar, el trasfondo vivencial evidenciado por el modo de comunicarse de la manifestación artística. Un arte, por tanto, siempre se dirige fundamentalmente a un receptor, a un «tú». Y, al respecto, sabemos por algunas cartas de Nietzsche del tiempo que estuvo en Rosenlaui, o sea el verano de 1877, que continuaba ocupándose en la composición musical. Compuso en esos años un *Himno a la soledad*, en el que quiso captar la soledad en «toda su horrenda belleza», como escribe a Rohde ya el 5 de febrero de 1875; y él, todavía ahora, se sigue tocando a menudo a sí mismo al piano esa música o la canta durante sus paseos solitarios, más en su interior, desde luego, que a voz en grito. De esa composición, sin embargo, no se ha conservado ni una nota siquiera. Seguramente no halló el camino de la improvisación a la forma escrita, ni pudo hallarlo, puesto que la soledad no es un «tú», en ella desaparece la posibilidad de comunicación y, con ella, el sentido de la expresión en una obra. Nietzsche había llegado al punto en el que sus declaraciones a través de la música habían de terminar, de volverse mudas. Pero continuaron existiendo como «fuerza», como factor anímico; ellas lo llenaban, lo poseían, todavía, hasta que pudo separarse de ellas, reducirlas a un «problema». Siguió fijado también a sus últimas composiciones, al *Himno a la amistad* y al desventurado hijo de su musa, la *Meditación de Manfredo*. Louis Kelterborn informa[6] que en el invierno de 1878/79 tocó esa pieza con el joven compositor suizo Hans Huber*, que hacía poco se había instalado en Basilea, y que Huber, convencido por la composición, había previsto una representación que después no se llevó a cabo. ¡Y Nietzsche permitió con gusto todo esto, *él* no retiró la composición! Nietzsche, por su parte, respetaba a Huber y el domingo 3 de noviembre, de 1878, con Kelterborn precisamente, asistió al concierto sinfónico en el que se estrenó el concierto para violín en sol menor, opus 40, de Huber; se trata del concierto sobre el que escribe a su madre el 9 de noviembre[124]: «El domingo había intentado por primera vez ir a un concierto, pero al poco tiempo de comenzar hube de salirme, el dolor de cabeza *estaba allí***.» El «Cuarto capítulo: Desde el alma del artista y escritor» de *Humano, demasiado humano* es una nueva expresión de su lucha interna con Wagner y la música en general. Por primera vez se pone, no a rendir homenaje a esa «fuerza» que posee, sino a refrenarla, intentado relativizarla psicológicamente. Y con ello, se significa la lucha, la tensión con la otra «fuerza», con la filosofía,

* Hans Huber, nacido en 1852 en el cantón de Solothurn, estudió música en Leipzig de 1870 a 1874; estuvo dos años trabajando fuera y en 1877 vino a Basilea, cuya vida musical dominó durante decenios como compositor y, desde 1896 (como sucesor de Selmar Bagges), como director del conservatorio; murió, en medio de gran consideración, en 1921 en Locarno.

** El programa fue: la obertura *Hamlet* de Gade; un aria del *Rinaldo* de Händel; el concierto de violín de Huber; *lieder* de Schubert, Gluck, Mendelssohn, con acompañamiento de piano; sinfonía núm. 1 *(De la primavera)* en si bemol mayor, de Schumann.

que en años pasados había tomado nuevos impulsos en direcciones nuevas. Cada vez va haciéndose más poderosa la llamada a dedicarse enteramente a esa «fuerza», a dejar que ella sola marque su existencia. Nietzsche intenta otra vez substraerse a esa pretensión total de unilateralidad, dedicándose seriamente a esa «fuerza conciliadora» de la obligación profesional; y a esta seriedad pertenece el hacerlo con todo cuidado y con la mayor economía de esfuerzos, puesto que sólo así resulta ya posible. Pero también en esa economía todo lleva el cuño del «intento», que ha de fracasar de todos modos y que se seguirá de la ruptura y renuncia total.

En el sentido del intento hay que valorar el que Nietzsche vuelva a reanudar sólo la actividad universitaria, haciéndose dispensar todavía por medio año del pedagogio, siempre con la esperanza acariciada interiormente, aunque excasa, de poder volver a desempeñar la totalidad de sus funciones al comienzo del nuevo curso escolar, en la primavera de 1878. El estado de salud, rápidamente empeorado a pesar de todos los cuidados, se encargó pronto de poner claridad en el asunto.

Para el otoño de 1877 todavía hubo de alimentar algunas pocas esperanzas de poder cumplir totalmente sus obligaciones contractuales, incluidas las horas del pedagogio. En este sentido, a comienzos de agosto escribe a Paul Rée desde Rosenlaui[12]: «A primeros de septiembre estaré de nuevo en Basilea... Se retomará todo, universidad y pedagogio: un intento.» Sólo cuando a comienzos de octubre tuvo los informes médicos que le prohibían durante años la lectura y la escritura, se vio obligado, primero por acuerdo privado y de palabra, a mantener a sus expensas la sustitución para el resto del curso escolar; sólo *después* del comienzo del semestre, el 17 de octubre, hizo la petición oficial a la curaduría para que se le prolongara provisionalmente la sustitución durante medio año[105]: «Después de que durante todo un año —gracias al favor que se me hizo concediéndome la vacación— he intentado recuperar mi salud por todos los medios y cuidados imaginables, he de confesarme al final de ese plazo, por desgracia, que no he conseguido en absoluto ese objetivo; un cuidadoso examen médico realizado últimamente por tres médicos me proporcionó la triste certeza de que son de temer peligros mucho mayores, con respecto a mi vista sobre todo, y de que he de decidirme a tomar medidas mucho más estrictas todavía. La recomendación de los médicos es unánime en el sentido de que habría de abstenerme absolutamente durante varios años de leer y escribir... Si pienso, además, que los dolores de cabeza me roban uno o dos días por semana, me veo obligado, para poder cumplir mis obligaciones académicas durante el invierno, aunque nada más sea mal que bien, a presentar a la alta autoridad educativa la solicitud de prolongación de mi dispensa del puesto docente en el pedagogio; y esto aparte de que muy probablemente me veré obligado a nuevas decisiones sobre toda mi actividad pedagógica aquí.»

El presidente de la curaduría, el senador Carl Burckhardt-Burckhardt*, hizo que circulara rápidamente la petición entre los miembros de la curaduría, con una propuesta de concesión; todos accedieron a ella, sólo el senador y doctor en medicina Friedrich Müller (1834-1895) añadió[105]: «Puedo adherirme a la propuesta del presidium dado que el mismo profesor Nietzsche tiene en perspectiva una pronta y definitiva decisión; en otro caso me hubiera parecido bien una presión suave.» ¡No tenían, por tanto, todos los miembros de la curaduría la misma paciencia! Ya el 22 de octubre pudo el presidente enviarlo al Consejo de Educación, cerrando su escrito de acompañamiento con las siguientes palabras[105]: «Tal como son las circunstancias actuales, cree la curaduría que no es posible hacer otra cosa que liberar por este invierno al profesor Nietzsche de la impartición de las clases de griego en el tercer curso del pedagogio, esperando entretanto sus próximas decisiones, y encargar de la prosecución de la clase al señor doctor Achilles Burckhardt.»

Al Consejo de Educación apenas le quedaba otra cosa que sancionar *a posteriori* la sustitución que ya se estaba llevando a cabo, e incluso lo cargó a cuenta de un crédito suplementario.

La definitiva retirada del pedagogio

Es de suponer que Nietzsche fue informado por el presidente Carl Burckhardt —sea directamente o por Franz Overbeck— de la «presión suave» que obligara a una pronta decisión y esta vez a su debido tiempo. A Nietzsche hubo de resultarle claro, finalmente, y sin «presión» alguna, que no podía prolongar *ad calendas graecas* esta situación provisional que ya duraba año y medio, y, del mismo modo, que sería muy difícil que volviera a impartir clases en el pedagogio. Por ello, el 11 de febrero de 1878 (esta vez con la debida antelación) elevó al presidente de la curaduría la solicitud de una definitiva separación de las obligaciones de la enseñanza en el pedagogio[105]: «Dado mi continuado estado precario de salud, tuve en los últimos tiempos la intención de presentarle a usted una solicitud para darme de baja de mi puesto como profesor en todas las escuelas superiores de esta ciudad. Sin embargo el consejo de mi médico y su opinión de que no hay que desesperar de una recuperación que me coloque de nuevo en la situación de cumplir mis tareas, al menos, en la universidad, me ha movido a limitar mi petición de separación definitiva de mis obligaciones al pedagogio... y a manifestar a la vez mi pesar personal por tener que separarme de un centro en el que he trabajado con gusto.» Nietzsche se remite en el escrito al informe adjunto del profesor doctor en medicina

* Carl Burckhardt-Burckhardt, 1831-1901, miembro de la curaduría desde 1868, y presidente desde 1874 como sucesor de Wilhelm Vischer-Bilfinger.

Rudolf Massini*, que el 9 de febrero había expuesto al departamento de educación[105]: «El señor profesor Nietzsche padece desde hace varios años una gran sobreexcitación de su sistema nervioso; con cuidados prolongados es previsible que vuelva a desaparecer, y es de esperar que la actividad pedagógica del paciente pueda volver a ser plena, aunque sólo después de algún tiempo. Para esto necesita, mientras tanto, de los mayores cuidados y, en cualquier caso, durante años, de vacaciones largas y total reposo entre los semestres.»

El doctor Eiser, que obviamente conocía con anterioridad el diagnóstico de Massini, escribe el mismo 9 de febrero de 1878 a Overbeck[6]: «La dependencia de los ataques cefalálgicos de la dolencia de ojos era la débil hipótesis que me hacía pensar, si no en la curación, sí quizá en el alivio y en un estado soportable de los padecimientos de Nietzsche. Pero al lado estaba siempre la otra alternativa de un mal independiente, estrictamente material, del cerebro, cuya prognosis sería mucho más desconsoladora: parece que la fatal posibilidad se ha convertido, por las observaciones del colega basileo, en fatal certidumbre.»

La curaduría pasó también la nueva solicitud de Nietzsche al Consejo de Educación con un informe favorable y fundamentó su decisión así[105]: «En la presuposición de que de este modo él pueda tener lo más pronto posible perspectivas de recuperación de su salud y de prosecución de su actividad en la universidad.» El Consejo de Educación, el 7 de marzo, decidió en el sentido de la curaduría[236]: «El señor profesor Nietzsche, en consideración a sus buenos servicios, es exonerado del pedagogio, y sus 6 horas de griego en el tercer curso encargadas al señor doctor A. Burckhardt hasta nueva orden. Se solicitará del consejo de regencia el crédito adicional de 760 francos, correspondiente a 6 horas semanales, a 190 francos al año, desde mayo hasta diciembre de 1878.» Y en las actas de la 4.ª reunión, el sábado 30 de marzo de 1878, se dice: «El consejo de regencia concede, con fecha 9 de marzo, a cuenta de los créditos adicionales, 760 francos para la sustitución del Sr. Prof. Nietzsche, Dr. filol., Prof. ord., en el pedagogio ./. *ad protocollum*.» Como ausentes en esa sesión están anotados el senador Carl Burckhardt, el doctor Müller y el doctor Thurneysen. Con ello acabó formalmente la actividad de Nietzsche en el instituto; de hecho ya había finalizado a finales de septiembre de 1876.

Heinrich Köselitz abandona Basilea

Si en esto consiguió un alivio, Nietzsche perdió por esos mismos días una ayuda valiosa: Heinrich Köselitz se trasladó el 10 de abril de 1878 a

* Rudolf Massini, 1845-1902; desde 1877 catedrático extraordinario de patología y terapia.

Venecia, que no había de abandonar durante años sino por poco tiempo, debido a viajes y visitas.

El el prólogo del tomo, editado por él, de cartas de Nietzsche a él mismo, no dice nada sobre los motivos de su separación, pero son fáciles de adivinar por algunas manifestaciones. Se separa de Nietzsche —y de Basilea. También en Köselitz, como en Nietzsche, luchan las mismas «fuerzas» por la primacía, sólo que *él* se consagra a la música. Durante todo el invierno 1877/78 había servido a Nietzsche para dictarle cartas y lo había ayudado en la preparación de *Humano, demasiado humano*, cuyas pruebas de imprenta corrigió con Nietzsche, convirtiéndose, así, en algo más que un mero «discípulo» suyo; comenzó a arraigarse en serio en un trabajo en común con Nietzsche, pero precisamente en ello vio a tiempo su peligro: él quería ser y permanecer músico, quería recorrer su camino de compositor. Pero tampoco había llegado a un contacto fructuoso con la vida musical que lo rodeaba en Basilea. Es verdad que la nueva gran sala de música abierta y la «Allgemeine Musik-Gesellschaft», fundada al mismo tiempo (1876), permitieron un régimen sustancioso de conciertos, con solistas reconocidos internacionalmente y con un programa abierto a la música de la época, sobre todo a Brahms, razón por la cual se sintió atraído también Hans Huber. Pero Köselitz, con las inoportunas y totalmente innecesarias indirectas contra la vida musical y cultural de Basilea y de Suiza, que había lanzado en su ataque a Selmar Bagge, se había creado una situación pública insostenible y demostrado excesivamente su total falta de contacto con el *genius loci*. Por ello no le quedaba otra salida mejor que su ingreso en otro círculo cultural totalmente diferente, y, al respecto, el consejo de su amigo Paul Widemann fue correcto: Venecia. Nietzsche mismo, en el fondo, tuvo por qué alegrarse, puesto que el trato próximo con el «estudioso Köselitz», amonestado oficialmente por el rector, en su situación un tanto delicada, no podía atraerle precisamente simpatías, que sin embargo necesitaba urgentemente. La pérdida del ayudante no le importó tanto por el momento, puesto que volvió a tener suerte en medio de su necesidad: como nuevo escribiente disponía de la señora Marie Baumgartner, que lo hacía con gusto, y, a cambio del trato cercano, casi diario, con el joven, nació una extensa correspondencia, eminentemente significativa para nuestro conocimiento de Nietzsche.

Hubo otra pérdida que le causó más impacto anímico: el 17 de mayo de 1878 murió su joven amigo y seguidor Albert Brenner, sin haber cumplido todavía 22 años. Tuvo que tener un final terrible en medio de dolores. La última época la pasó en Basilea, en el hospital, donde parece que sus gritos de dolor se oían más allá, con mucho, de las calles próximas. Como tan a menudo, cuando Nietzsche era afectado fuertemente por una impresión, también esta vez cayó en su «silencio elocuente». Sólo escribe a Köselitz el 31 de mayo: «Quiero callar muchas cosas, la muerte y los últimos tiempos *atormentados* de Brenner.» Y el 11 de junio a Malwida von

Meysenbug: «Para nosotros la imagen del buen Albert Brenner estará siempre unida a Sorrento; conmovedora y melancólica —la tumba del joven, viejo en este mundo alegre, siempre juvenil.»

Otra muerte seguro que no lo afectó tanto, y sin embargo, encontró inmediatamente las palabras para una carta de pésame. Había muerto el padre de Louis Kelterborn, quien como estudiante de derecho había pertenecido a los oyentes de Nietzsche, permaneciéndole fiel después de su muerte y dejándonos sus valiosos recuerdos. Nietzsche le escribe el 6 de junio de 1878[124]: «Mi querido y pobre señor doctor: esté convencido de que tanto yo como mi hermana pensamos en usted estos días con la condolencia más cordial, y de que me gustaría poseer un medio para hacerle ver la vida consoladora y digna de vivirse, incluso después de una pérdida tal y en medio del doloroso abandono. Las cartas que me ha enviado últimamente me han conmovido: si es capaz de sentir así, entonces realmente está muy próximo a mí.»

La hermana abandona

Igual de prematuramente acabó el intento de llevar una casa propia con el asesoramiento solícito y protector de la hermana. En estos años no se detecta rastro alguno todavía de un enturbiamiento en las buenas relaciones de los hermanos. Tuvo que haber, pues, motivos extraños para esta disolución, y no puede eludirse la sospecha de que fuera la madre, en Naumburg, la que volviera a exigir enérgicamente a la hija. Además, según su opinión, el hijo debía casarse, con lo que Elisabeth quedaría otra vez libre para dedicarse solamente a su cuidado. No hay que excluir que la aversión posterior, surgida al comienzo de su locura, de Nietzsche a la madre, tenga sus raíces aquí: en que en una fase decisiva de su vida ella no tuviera la comprensión suficiente para lo que él necesitaba más urgentemente. Pero por el momento Nietzsche evita cualquier queja al respecto. Sólo a von Seydlitz le escribe el 11 de junio de 1878: «Dentro de 14 días se hará la gran mudanza: mi querida hermana regresa para siempre con mi madre.» Hubo que volver a dejar ya la vivienda arreglada cuidadosamente por Elisabeth sólo a final de año y amueblada fundamentalmente con pertenencias de Naumburg. Nietzsche regaló algunas cosas, por ejemplo dos poltronas, a sus médicos, los profesores Massini y Schiess, y una calandria (prensa de ropa blanca) a la señora del profesor Immermann, según comunica el 3 de julio a su hermana. Extraña el regalo a Immermann: obviamente, al menos por parte de Nietzsche, la relación personal con él no era, pues, tan mala como decía el doctor Eiser en su informe ya citado (ver p. 413). El grueso de los muebles los envió a Naumburg, como atestigua un recibo adjuntado a la carta de finales de junio[124]: «El viernes 28 de junio he enviado un vagón de ferrocarril con muebles desde aquí a Naumburg a/Saale, a la señora del pastor Nietzsche, con un plazo de entrega de 4 días (150 marcos).» El 8 de junio había escrito a la madre[124]: «... hazte expedir inmediatamente por el alcalde de Naumburg un recibo de que se trata de muebles de mudanza (y de que tú me los enviastes hace tres años a mí a Suiza y ahora vuelven a ti) y envíalo después a Erfurt. Así recibirás las cosas sin problema alguno... El fisco del ferrocarril alsaciano (alemán) de aquí los ha aceptado libres de impuestos, como bienes de mudanza, y ha expedido un recibo.» Seguramente los empleados de aduanas de Erfurt habían puesto dificultades.

Tras el desalojo de la vivienda de Gellerstrasse 22, Elisabeth fue a descansar unos cuantos días al Jura, probablemente a Frohburg. Nietzsche la visitó el 6 de julio; el 8 (lunes) viajó con ella a Basilea* y desde la estación fue directamente a dar la lección de las 10; según todas las apariencias Elisabeth continuó viaje inmediatamente y vivió durante el camino (y no por primera vez) un accidente de ferrocarril, un descarrilamiento.

Agobia una deuda

Con la definitiva renuncia a un hogar propio se le hizo necesario a Nietzsche otro «fin», un trazo final a la amistad con Gersdorff. Gersdorff había roto el contacto, también epistolar, a finales de 1877, después de que Nietzsche se inmiscuyera en sus asuntos amorosos y en su noviazgo de un modo claramente tan torpe que ofendió a Gersdorff. El final de la carta de despedida contiene las siguientes frases[14]: «Por lo demás tu opinión sobre Nerina, fundada en los chismes de los Monod y de Trine, es lo más injusto y erróneo del mundo. No tienes otras fuentes de información; por eso te perdono... Que en adelante reine el silencio. Tendré que soportarlo... Quizá llegue el día en que todo se aclare. Hasta entonces que sea ésta mi última palabra. Escribiste de buena fe. La ofensa es grande y la injusticia inaudita. Pero el error disculpa. Que sigas bien C. v. G.» Y ahora comienza a agobiar una vieja deuda de Nietzsche.

Cuando en el otoño de 1875 montó por primera vez su casa en Spalentorweg, bonita pero algo costosa, Nietzsche, inexperto en las cosas prácticas de la vida, debió cometer alguna equivocación en sus cuentas. Apurado, recurrió el 16 de noviembre de 1875 a Gersdorff: «Otra cosa todavía: ¿me puedes prestar rápidamente algo, 100 táleros? Eventualmente, 50 también serían suficientes. Prometo devolvértelos para la Pascua de 1877; te pagaré asimismo el 5 por 100 de intereses. Un nuevo mobiliario como el que tengo ahora vuelve algo difícil las cuentas durante los primeros meses. A nadie mejor que a ti quiero pedir este favor. ¡Perdón!» Gersdorff envió inmediatamente la cantidad deseada y escribió[14]: «... soy

* Desde la estación Läufelfingen, a las 8,41; llegaron a Basilea a las 9,38.

feliz por poderte enviar ahora lo que me pides y sólo espero que no pierdas demasiado en el cambio de los billetes de banco prusianos.» Cuando Nietzsche, el 26 de mayo de 1876, le anunciaba la vacación: «Todavía no tengo el permiso definitivo de las autoridades, pero probablemente me será concedido, dado, sobre todo, que he renunciado libremente (para no gravar a una comunidad tan pequeña) a todo mi sueldo durante ese tiempo», Gersdorff le contestó espontáneamente[14]: «Por lo demás, se sobreentiende que me devolverás los 100 táleros cuando puedas y no en un plazo que haya que determinar de antemano, en cualquier caso no en 1877, sino más tarde. Y nada de intereses. No se diga una palabra más.»

Ahora, después del duro rompimiento unilateral de las relaciones, Nietzsche quería liquidar esa deuda y la libertad de devolución manifestada hacía dos años, y, dado que imaginaba a Gersdorff en Berlín o en la finca paterna de Silesia, se dirigió, para solucionar el aspecto económico del asunto, a Paul Rée, que por esa época estaba también retirado en la finca paterna de Stibbe, en la Prusia oriental. A fines de julio de 1878 le encarga[12]: «Entonces me hizo un préstamo de 100 táleros... Ahora el susodicho mobiliario está totalmente liquidado... mi nueva instalación es razonable e idílica: quiero, pues, cancelar aquella deuda y para ello necesito de su mediación ¡pobre de usted! A saber: le ruego que cambie en dinero los dos valores que le envío, y de lo que obtenga, que dé 112 táleros y medio a Gersdorff (es decir, doce táleros y medio de intereses, según lo convenido) y envíe el resto a mi hermana.» El editor de esta carta (E. Pfeiffer) anota al respecto[12]: «A la cabecera de la carta de Nietzsche aparece, escrita por Rée, la cifra "208,90". Rée, pues, recibió esta suma —alrededor de 200 táleros— del banquero de su padre como producto de la venta de los valores. La anotación de la cifra hecha por Rée es un indicio de que el asunto arriba citado fue correctamente solucionado por él.» No se sabe si Gersdorff expidió un recibo y en dónde quedó, en tal caso. Mucho más tarde Rée no se recordará de haber recibido el dinero; es posible, también, que se perdiera de algún modo en el camino; el caso es que en 1894 la tutoría de Nietzsche, para disipar cualquier duda, le restituyó la suma adeudada, con intereses.

La última vivienda de soltero en Basilea

Nietzsche tuvo que regresar a su antigua existencia de soltero. Para ello encontró un sencillo alojamiento en la Bachlettenstrasse 11, parterre, a donde se mudó en julio de 1878 y donde permanecería hasta finales de semestre en la primavera de 1879, es decir, hasta su despedida de Basilea. Kelterborn describe el nuevo hogar más bien como reducido, pero estaba en un lugar bastante despejado, a la entrada de la ciudad (¡entonces todavía!), en una de las calles orientadas al cercano pueblo de Binningen, por encima mismo del parque zoológico, abierto en 1874, y con vistas, más allá de él, a la cercana colina de St. Margarethen. El sitio proporcionaba a Nietzsche la tranquilidad necesaria y le obligaba además a una pequeña caminata diaria hasta el edificio de las clases; y del caminar diario Nietzsche esperó siempre mejoría para su estado. Se traza un minucioso plan de dietas y de ocupación diaria[6]: «200 semanas. Cada semana un *plan semanal*. Determinación de las comidas, de los tiempos de lectura, de los lugares y tiempos de paseo, de las lecturas. El domingo temprano, informe semanal con *cruces* y *nueva semana* —revisión cada *mes*. 6-7 paseo. 7-8 desayuno. 8-9 preparación. 9 a 10 paseo. 10-11 clase. 11-12 Pfaltz o Burckhardt. 12,30-1,30 comida. 1,30-4 amigos en casa, dormir, leer. 4-7 fuera. 7-8 cena. 8-9,30 reposo. Comida: caldo de Liebig, un cuarto de cucharilla de té antes de la comida. 2 trozos de pan con jamón y 1 huevo. 6-8 nueces con pan, 2 manzanas. 2 jengibres. 2 biscuits. Cena: 1 huevo con pan. 5 nueces. Leche dulce con 1 galleta o 3 biscuits.» Este plan no puede haber sido trazado durante el tiempo de la vida en común, tampoco antes del año de vacación, puesto que estas notas se encuentran en una de las páginas finales de un cuaderno con proyectos para *Humano, demasiado humano*. Lo más pronto hay que situarlo a finales del verano o en el otoño de 1878; ¡y entonces Nietzsche hace planes para 200 semanas, cerca de 4 años, incluidas las «clases»!

Los tres últimos semestres en la universidad

Con el mismo cuidado, Nietzsche planifica y lleva también su enseñanza en la universidad*. La lección «Antigüedades religiosas de los griegos» del semestre de invierno 1877/78 ya la había dado una vez el año antes de la vacación, en el semestre de invierno 1875-76. Repite las *Coéforas* de Esquilo dos semestres, el semestre de invierno 1877/78 y el del verano de 1878; se trataba de un texto que ya había expuesto cinco veces desde 1869 en las lecciones y seminarios[122]. El semestre de verano de 1878 toma otra vez como lección los ERGA de Hesiodo, 3 horas semanales, que ya había contado en su programa al menos cuatro veces y quizá incluso siete. (Sorprende que nunca explicara la *Teogonía* de Hesiodo, lo que

* Köselitz (Peter Gast) informa más tarde al respecto (a P. Widemann, Weimar, 9 de diciembre de 1901): «Nietzsche hablaba y leía premeditadamente con lentitud. A él le importaba menos que a Burckhardt una buena lección, le interesaba mucho más que sus oyentes tomaran buenos apuntes. Esto me lo dijo él mismo en Basilea. Las pausas que introducía tenían este motivo y no otro.» Como otras muchas cosas, hay que tomar con cuidado esta autoimagen de Nietzsche, puesto que hay en ella dos aspectos a considerar: ¡Nietzsche, que de estudiante él mismo nunca tomó unos apuntes completos, como profesor se preocupa de ello y renuncia a la forma artística, que, por lo demás, es lo que valora al máximo! Más bien ha de verse aquí una buena dosis de economía de sus fuerzas.

hubiera representado, además, una ampliación a las «antigüedades religiosas».) Y finalmente explicó dos horas semanales sobre la *Apología* de Platón, una vieja lectura del instituto, que era de nuevo repetición del semestre de invierno 1869/70 y —todavía más cerca— del semestre de verano de 1876, o sea, inmediatamente antes de la vacación. En el semestre de invierno 1878/79, por fin, explica tres horas semanales «Fragmentos escogidos de los líricos griegos», también un antiguo tema de cinco semestres, el último el del invierno 1875/76; además «Introducción al estudio de Platón», dos horas semanales, que asimismo había propuesto tres veces, también en el último semestre de la vacación; en el seminario trató a Tucídides, que estaba anunciado como lección. De Tucídides se había ocupado ya en el semestre de invierno 1873/74 y en el del verano de 1875, y, sobre todo, en las lecturas comunes de Sorrento.

A pesar de que no ofrecía nada temáticamente nuevo (ni tampoco interpretativamente), a causa de sus fuerzas, que apenas le permitían siquiera estas repeticiones, comenzó a manifestarse, precisamente entonces, un éxito notorio como profesor. En el invierno 1877/78 asisten a la lección principal 6 oyentes, y al seminario 3 miembros activos y 6 visitantes; en el semestre de verano de 1878, 13 oyentes en la lección principal, y 4 miembros activos y 8 oyentes en el seminario; su informe semestral dice: «Es de alabar la aplicación de los oyentes»; además puede constatar: «Comienzo y final a su debido tiempo», o sea, sin interrupción prematura.

También en el semestre de invierno 1878/79 puede citar 13 oyentes en la lección principal, y 3 miembros activos y 8 oyentes en el seminario. Estas son cifras muy considerables para la entonces pequeña universidad con sus 200 estudiantes (en el total de las facultades), y para la rama de griego; es sorprendente el interés que despertaba fuera del estrecho círculo de los helenistas, entre estudiantes de otras disciplinas, que acudían a sus clases como oyentes. Comenzó a producirse aquella admiración que a menudo emana de hombres amenazados por la enfermedad o la desgracia; sólo esa amenaza completa el «acorde del genio», que conduce a la gloria y cuyos sonidos aislados explica Lange-Eichbaum[150]: «Talento genial (*majestas*), rendimiento intelectual (*fascinans*), un apasionado o profundo interés objetivo (*energicum*), la "originalidad" (*mirum*), el "momento trágico" (*tremendum*), y lo "arquetípico", lo "que hace época" (*sanctum*).» En todo caso, Nietzsche ya estaba entonces señalado por lo «*tremendum*». También en el semestre de invierno 1878/79 elogia el informe: «Asistencia regular, participación activa», pero ha de añadir: «Por motivos de salud me vi obligado a terminar las clases una semana *antes* del final oficial»: Nietzsche está al cabo de sus fuerzas, al cabo de la capacidad de ejercer una actividad académica regular, pero de nuevo ni quiere ni puede admitirlo, espera todavía poder seguir sirviendo a su puesto y a la comunidad; así, vuelve a anunciar para el semestre de verano de 1879: «Los filósofos griegos anteriores a Platón», «Introducción a la elocuencia griega», y, en el seminario, «Fragmentos de líricos griegos»[122]; temas, otra vez, que había tratado hasta seis veces (líricos). Pero aquí ordena ya la enfermedad: ¡alto! Ni siquiera la calculada economía de las propias fuerzas y el estímulo del éxito externo consiguen ya evitar la catástrofe. Un derrumbamiento físico le impone la renuncia definitiva, a la que nunca se hubiera decidido por sí mismo.

Dieta intelectual

Una economía semejante reina sobre la producción de Nietzsche en esa época. En los primeros meses después de su vuelta de la vacación ya no volvemos a oír nada respecto a lecturas. En Rosenlaui tuvieron lugar las últimas: el *Prometeo desencadenado* de Lipiner y escritos de Mark Twain. Sólo en el semestre de verano de 1878, después, por tanto, de la aparición de *Humano, demasiado humano*, sacó de la biblioteca de la universidad unos pocos libros: *Historia de la poesía alemana en los siglos XI y XII* de Scherer, *Brahma y los brahmanes* de Haug, aconsejado por Lipiner, que le había escrito entusiasmado por él y calificando, en el mejor sentido, a ese autor como «rival» de Nietzsche, y *Tratados completos* de Paul de Lagarde[183]. Retiene esos libros durante todo un año, hasta su partida de Basilea. Resulta dudoso si realmente llegó a leerlos. Mientras que él y Köselitz corrigen las pruebas de *Humano, demasiado humano*, pide, además, el 11 de marzo de 1878 a su editor Schmeitzner (al precio de librería) *Griesebach, la literatura alemana a partir de 1770* y una traducción barata de la *Historia de la literatura inglesa* de Taine. El 14 de abril vuelve a escribir a Schmeitzner[124]: «Quiero el catálogo de anticuario de *Brockhaus* sobre literatura inglesa y francesa, especialmente sobre traducciones alemanas *del* francés y del inglés», y el 23 de abril[124]: «Quiero un par de libros todavía. *Rénan:* Diálogos filosóficos. Traducidos al alemán (aparecido en 1878). *Taine:* El surgimiento de la Francia moderna, tomo I, Leipzig, Günther.» Seguramente fue Jacob Burckhardt quien llamó su atención sobre Taine; precisamente había alabado esa obra ya el 17 de abril de 1877 a su amigo Friedrich von Preen[61].

El Taine sí parece que lo leyó, puesto que el 20 de junio de 1878 se vuelve a dirigir a Schmeitzner[124]: «A la vez el deseo de recibir la continuación de *Francia* de Taine, así como *Libro clásico de lieder* de E. Geibel (Berlín, Hertz).» Al cumplimentar el pedido tuvo que cometerse una equivocación, puesto que el 1 de julio reclama a Schmeitzner[124]: «Estimado señor editor, pedí el *clásico* (no el español) libro de lieder de Geibel. ¡Escribo tan diabólicamente ilegible que se confunde en uno *lo antiguo y lo romántico!* Lo siento, saludos cordiales, suyo F. N.»

Nuevas preocupaciones editoriales

En el otoño de 1877 Nietzsche concentró todas sus fuerzas disponibles en la nueva obra, pero también esto hubo de hacerlo con ayuda importante de fuera. Su editor, Schmeitzner, se enteró seguramente por los amigos comunes Widemann y Köselitz del nuevo libro que preparaba Nietzsche y de las punzantes sentencias que contenía, y se prometió un escándalo editorial. Consultó a Nietzsche sobre los derechos de edición y el 3 de diciembre de 1877 recibió como respuesta[124]: «Le agradezco la amabilidad que muestra conmigo de aceptar en su editorial también mi nuevo libro —yo diría: libro fundamental. Se entiende por sí mismo que usted no tiene por qué sentirse comprometido en absoluto por esta aceptación eventual, dado que hasta el momento mis condiciones le eran desconocidas. Me dispongo ahora rápidamente a comunicárselas y lo voy a hacer, disculpe, en forma de parágrafos...» A continuación escribe el título y enumera: «§ 1 Se imprimirán 1.000 ejemplares; honorarios por el pliego, 10 táleros. § 2 Se empleará el mismo papel que para los *Estudios etc.* del profesor Overbeck. § 3 Con respecto a los tipos y a su tamaño, después de considerarlo con todo detenimiento, he de insistir en que se tomen los mismos que en las *Consideraciones intempestivas.* Usted se las ha con un autor que ve con bastante certeza ante sí el destino de volverse ciego. Por eso, por lo menos con mi libro no quiero quedarme ciego: o mucho mejor, deseo poder leerlo tanto tiempo como me quede un destello de vista. No debe tomármelo a mal si en este punto soy un poco quisquilloso... § 4 El escrito saldrá a luz pública a comienzos de mayo: he de pedir con insistencia que se cumpla este plazo. Más tarde no caería bien debido al centenario de Voltaire (30 de mayo). Por otra parte, deseo que las pruebas puedan ser corregidas por mí hasta finales de marzo a más tardar, porque en el mes de abril, a causa de mi salud, me iré de Basilea y la corrección ha de hacerse en Basilea, el lugar de residencia actual de nuestro amigo Köselitz. § 5 Suplico discreción, por toda clase de motivos personales, y quiero que también se le pida al impresor. Si eventualmente usted lo prefiere, podría ocultar mi nombre hasta que se imprimiera la portada. Pero me temo que esto excitara su curiosidad... § 6 (Ejemplares gratuitos correspondientes...)

»Sobre la extensión del libro no puedo decir nada concreto; de todos modos cuente con que el número de páginas sobrepasará las 300...» Promete el manuscrito para el 1 de enero de 1878 como plazo máximo. Pero Köselitz tardará hasta el 10 de enero en tenerlo escrito a limpio y listo para la imprenta. Inmediatamente es enviado a Schmeitzner, quien comienza sin dilación a imprimirlo, puesto que ya el 28 de enero puede Nietzsche devolver las primeras pruebas; adjunta también el manuscrito del título y del prólogo y hace además la siguiente observación[124]: «... pido que durante la producción del libro se guarde la discreción a que ya me he

referido y que se haga éste a la mayor premura posible (espero los 5 pliegos semanales prometidos).» Pero las cosas no rodaron con tanta rapidez. Nietzsche se marchó de Basilea ya el 2 de marzo de cura a Baden-Baden, y las pruebas tuvieron que dar un rodeo por Basilea para llegar a Baden-Baden. Tampoco aceleró el proceso el enviar directamente unas pruebas a Basilea y otras a Baden-Baden. El 30 de marzo apremia Nietzsche[124]: «¡Quisiera salir el próximo jueves (3 de abril) por la mañana temprano! ¿No podría conseguirse por parte de la imprenta que hasta ese plazo tuviera ya en mis manos todas las pruebas? (de modo que el *martes por la tarde* saliera lo último de Chemnitz hacia Baden). Si no, dirección: Naumburg a. d. Saale...»

Ya el 26 de marzo había dado instrucciones a la imprenta para que se volvieran a anunciar en la última página sus cinco escritos anteriores (*Nacimiento de la tragedia; Consideraciones intempestivas 1-4*), así como dos obras de Paul Rée y el libro de Overbeck. Para el anuncio de sus propias obras en ese lugar había un motivo especial reciente: todas ellas habían pasado a la editorial de Schmeitzner (quien desde el verano de 1874, desde *Schopenhauer*, era el editor de Nietzsche), puesto que el primer editor, Fritzsch, quebró a comienzos de marzo de 1878. En la 2.ª edición del *Nacimiento de la tragedia*, ya impresa hacía años, hubo que pegar encima la referencia de la editorial. El traspaso no se hizo sin fricciones. A Nietzsche le sorprendió la desagradable nueva en Baden-Baden, donde estaba hospedado en el hotel «Stadt Paris» en la Sophienstrasse. El 8 de marzo escribe a Schmeitzner: «Ayúdeme, mi salud me *prohíbe* toda actuación propia en el feo asunto que se ha presentado. Usted me escribe: "transfiérame el patrocinio de la segunda edición"; por favor, escríbame el *texto* en el que puedo hacerlo; en asunto de negocios soy un ignorante. Fritzsch pagó 100 táleros por la primera edición; por la segunda yo había pedido lo mismo. Pidió una prórroga y se comprometió por carta a no vender ningún ejemplar antes de haber pagado. Fui tan atento de no apremiarle durante 4 años, aún cuando él me lo había prometido entonces (¡Pascua de 1874 y 75!) para las próximas Navidades.» Pero parece que sí llegaron ejemplares a las librerías, probablemente a través del comisario de la quiebra, puesto que al día siguiente mismo, el 9 de marzo, Nietzsche se vuelve a dirigir a Schmeitzner: «Prevenga usted al señor Kipke y amenácele con un procedimiento judicial por mi parte por venta ilícita: no puede venderse ejemplar alguno antes de que se paguen los honorarios —así está acordado por escrito entre yo y Fritzsch. Yo mismo escribo a Fritzsch»; lo que hizo inmediatamente, pudiendo comunicar el 11 de marzo a Schmeitzner: «He escrito a E. W. Fritzsch, estoy expectante.» También Fritzsch escribió inmediatamente, esforzándose por ofrecer una aclaración. Así, el 15 de marzo Nietzsche puede volver a informar a Schmeitzner: «Fritzsch ha aclarado satisfactoriamente su relación con el señor Kipke. Escribe: "¡Por supuesto que el futuro patrono del señor Kipke está obligado a pagarle a usted sus

honorarios!" Ahora le pregunto a usted: ¿estaba el señor Kipke realmente al tanto de que Fritzsch no había pagado todavía los honorarios, o se enteró sólo por usted?» En la última tarjeta postal desde Baden-Baden, del 2 de abril de 1878, ruega a Schmeitzner: «Respecto al asunto Fritzsch me parece que lo más inteligente ahora es *confiar* en su carta y no hacer nada más (a no ser una consulta al señor Kipke sobre si Fritzsch le aclaró, de acuerdo con la carta, la obligación que pesa sobre la segunda edición, y si él la reconoce, pero también esto puede dejarse).»

El 4 de abril, tras un mes sin éxito de cura, viajó Nietzsche de Baden-Baden hasta Frankfurt, y sólo el 5 hacia Naumburg, donde llegó por la tarde. Desde aquí, como desde Baden-Baden, salen cartas y tarjetas postales, una tras otra, para el editor; a menudo dos en el mismo día, con cambios de texto, indicaciones de erratas de imprenta y advertencias. Nietzsche se preocupa de todos los detalles de la presentación, de la composición tipográfica de la portada y demás cosas. Así, escribe el 14 de abril: «¡El *título* (sólo *un* color, negro) puede quedar bien ahora! Quizá está todavía un poco inclinado, pero vamos a darnos ya por satisfechos. El que la palabra Allzumenschliches esté impresa más fuerte que Menschliches es aconsejable por motivos estéticos, pero por motivos racionales a mí no me resulta muy agradable. No puedo escribir cartas para los ejemplares gratuitos, ¡que se lleve el diablo cualquier palabra que *deba* escribir! ¡Ninguna fe de erratas! No se trata de un libro para burros.» Y después concierta un *rendez-vous* con Rée y Schmeitzner en Leipzig, donde piensa hospedarse en el hotel «Stadt Rom»: «El próximo martes y el miércoles siguiente (16/17 de abril) estaré en Leipzig (pasado mañana por tanto), por diversos motivos... Me alegraría mucho que usted quisiera verme. Pero tanto a usted como a mi amigo Rée he de decirles algo de antemano: mi salud exige ante todo que haya de estar solo casi siempre, y que un encuentro amistoso no dure mucho más de media hora, si no, tengo que pagarlo. ¿Por qué tiene usted como autor a un paciente? Por cierto, me causa mucha alegría que el libro esté ya casi listo... Así pues ¿podré tener *aquí* el domingo de Pascua el primer ejemplar?» Se encuentra en Leipzig por primera vez con Schmeitzner, y le resulta «muy agradable saber ahora cuál es su aspecto externo», como le confiesa después (el 23 de abril).

Los dos días pasados en Leipzig con su amigo Rée le volvieron a producir, sin embargo, tal excitación agradable que no quedó sin consecuencias. «Tuve que pagar por Leipzig, pero también usted tuvo que pagar *por mí* (por mi estado de salud, etc.), esto era más difícil, pero ¡qué bien lo soportó usted!»[12]

Después de tres semanas de cuidados maternos en Naumburg, el 24 de abril de 1878 Nietzsche regresa a Basilea para el comienzo del semestre. Pero su libro no apareció para la Pascua (21 de abril), sino sólo en los primeros días de mayo; y, extrañamente, a él mismo no le fue enviado inmediatamente, por lo que reclama: «Dígame, estimado Sr. editor ¿Cómo es posible que todavía hoy, 6 de mayo, el autor no haya *visto* ningún ejemplar acabado de su libro? Por favor, envíe un ejemplar encuadernado al señor Köselitz *directamente* a su residencia actual, yo no tengo su dirección...» Desde el 10 de abril Köselitz se había trasladado a Venecia, sin esperar, por tanto, el retorno de Nietzsche a Basilea. ¡Curiosamente (según el diario de Cosima), sin embargo, parece que ya el 25 de abril había llegado un ejemplar a Bayreuth!

Aparece Humano, demasiado humano *I*

En los primeros días de mayo aparece, pues, en el mercado: *Humano, demasiado humano. Un libro para espíritus libres. Dedicado a la memoria de Voltaire en el aniversario de su muerte, 30 de mayo de 1778, por Friedrich Nietzsche.* Este largo título, algo barroco, fue acortado después, en la segunda edición aparecida en 1886 en la editorial de E. W. Fritzsch, desapareciendo la dedicatoria. Lo que ya ahora había desaparecido era toda referencia al puesto académico de Nietzsche en Basilea.

El nuevo libro no trajo el éxito económico que se había prometido Schmeitzner, a pesar de que éste lo buscó por todo tipo de medios. Por el contrario, para Nietzsche el libro significaba algo decisivo en la obra, una ampliación del ámbito temático y una elevación de los medios expresivos; en la vida, una prueba y una nueva agrupación de los amigos y admiradores.

Hasta hoy sigue considerándose válida la tesis de que Nietzsche llevó a cabo una ruptura con esta obra, inauguró un periodo creativo enteramente nuevo, y abandonó, o volvió del revés, todo lo que había escrito hasta entonces. Es un esquema muy generalizado dividir la producción intelectual de Nietzsche en tres periodos: un periodo «temprano» de relativa falta de independencia pero de pruebas muy prometedoras de talento, uno «medio» de emancipación y de camino «hacia sí mismo», y, finalmente, un «tercero» de total madurez de la obra tardía. Este esquema se aplica también a las obras de Nietzsche, aunque ya de principio no valga, puesto que, a causa de su temprano desmoronamiento intelectual a los 45 años, no llegó a hacer una obra tardía, y ni siquiera una obra capital. Si, para llegar a una división triple en el corto espacio de tiempo de su actividad creadora, se hace una cesura con su *Humano*, se introduce en el proceso de desarrollo, continuo y profundamente coherente, una tensión o incluso una rotura, en cualquier caso algo violento, que no puede conciliarse con la imagen de Nietzsche conseguida histórico-biográficamente, ni promueve en nada tanto la comprensión de *Humano, demasiado humano*, como la de toda su obra en general.

Lo que unifica todos sus escritos —y, naturalmente, más sus cartas— desde el *Nacimiento de la tragedia*, incluso desde el discurso inaugural *Homero*

o las *Conferencias sobre la enseñanza*, es el carácter apasionadamente crítico de diálogo. El, Nietzsche, se encuentra ininterrumpidamente en fuerte disputa, en disensión, con alguien o con algo; sólo que en él, en sus textos —de modo diferente a lo que sucede en los diálogos platónicos, por ejemplo—, falta el interlocutor o el objeto de disputa: pero hay «interlocutores», a pesar de todo, y sería una de las tareas de la filología de Nietzsche el descubrirlos para cada caso y para cada juicio de Nietzsche; los datos biográficos ofrecen varios indicativos para ello. Cosima, en el caso de *Humano*, tenía una idea al respecto, como lo atestigua una carta a su amiga Marie v. Schleinitz[6]: «... pero tengo un comentario para cada frase que he leído»; y advierte *sólo* influjos extraños y demasiado unilaterales: «¡Han contribuido muchas cosas al triste libro! Y al final se añadió todavía Israel, en forma de un tal doctor Rée, muy pulido, muy frío, en apariencia totalmente sometido e impresionado por Nietzsche, pero en realidad mucho más astuto que él; la relación, en pequeño, de Judea y Germania...» Los interlocutores fundamentales son: Schopenhauer, Wagner, el dogma cristiano, la estética y la fe en el genio románticas; pero también la actualidad política: los disturbios que aparecen en Alemania con los partidos socialistas, unidos desde 1875, y con su programa marxista, que en mayo y junio de 1878 conduce a atentados al emperador Guillermo I y, como respuesta a ellos, a la «Ley de los socialistas» del 21 de octubre de 1878 promulgada por Bismarck. Justamente un año antes, el 21 de octubre de 1877, había sido aprobada en Suiza, por escasa mayoría en una consulta popular, una ley federal de fábrica. Jacob Burckhardt tomó parte muy activa en todos estos acontecimientos, como descubren sus cartas, y probablemente los discutiera también con Nietzsche.

Así de diversos son esos «interlocutores», que en el texto cambian variopintamente ante nosotros, y a menudo de forma muy rápida, así como casualmente; a veces se le presentan a Nietzsche por casualidad, aunque la mayoría de las veces los escoge él mismo. Pero el cambio puede hacerse también en general, como en el caso de *Humano*. Lo sorprendente de esta obra es la ampliación del horizonte a ámbitos problemáticos nuevos, en absoluto o apenas tratados hasta entonces; ya no se trata de consideraciones en el «horizonte de Bayreuth», pero sigue siendo el mismo escéptico Nietzsche que, a todos los juicios, opiniones y creencias recibidos, les pregunta por su origen y pone a prueba su consistencia; el mismo que quiere mostrar cómo toda ordenación humana está instituida precisamente por los hombres y no donada desde la trascendencia, y que considera al proceso de «instituir» no como definitivo, cerrado, sino como una tarea siempre a acometer de nuevo, sea como «tarea cultural» o como problema ético.

Nuevo en el libro es el estilo, la forma de expresión por aforismos. Pero esto afecta precisamente sólo a la forma y no a la esencia, y queda, además, por preguntar si con los aforismos Nietzsche encontró realmente

la forma apropiada a su esencia, como se afirma tantas veces. Con seguridad sí era la forma apropiada al modo de trabajo a que le obligaba la enfermedad. A pesar de todo el libro no se diluye en una serie inconexa de expresiones aforísticas. Está dividido en nueve «capítulos», y siempre se encuentran contextos o grupos amplios de «aforismos». Surgieron en parte de notas para escritos pensados como *Consideraciones intempestivas*, tal como ya se ha visto. Pero lo que fundamentalmente une el libro con lo anterior y lo coloca orgánicamente en una serie con sus escritos anteriores, eso lo ha puesto de relevancia con toda claridad el propio Nietzsche con su prólogo, escrito en septiembre de 1886, a la segunda parte en la segunda edición: «Se ha de hablar sólo donde no es lícito callar; y sólo hablar de aquello que uno ya ha *superado*, todo lo demás es palabrería, "literatura", falta de raza. Mis escritos hablan *sólo* de mis superaciones: "yo" estoy en ellos, con todo lo que me era hostil... Se adivina: ya tengo mucho —*tras* de mí. Pero primero necesité siempre tiempo, recuperación física, distancia, lejanía, hasta que se despertó en mí el interés por despojar, explotar, desnudar, "representar"... para el conocimiento algo vivido y sobrevivido primero, algún *factum* o *fatum* propio. En este sentido, todos mis escritos, con una única, aunque esencial, excepción (*Zaratustra*), hay que *fecharlos con anterioridad...*: algunos, como las tres primeras *Consideraciones intempestivas*, incluso antes de la época de gestación y experiencias de un libro publicado con anterioridad (el *Nacimiento de la tragedia*)... Incluso mi discurso solemne y victorioso en honor de Richard Wagner..., una obra que tiene la máxima apariencia de "actualidad", fue en el fondo un homenaje y una acción de gracias a un trozo de mi pasado, a la más hermosa y más peligrosa calma en la mar de mi camino y, de hecho, un despegue, una despedida... Mientras se quiere todavía, no se pintan, ciertamente, semejantes cuadros; no se "observa" todavía... "Para observar hace falta ya un oculto *antagonismo*, el de mirar en frente"... se dice en la página 46 del citado escrito, con expresión elocuente y melancólica, que quizá sólo entendieran pocos oídos.»

Repercusión del nuevo libro

Algunos tuvieron esos oídos; según parece, también Heinrich Köselitz. Pero su alabanza y su entusiasmo pesan poco, puesto que *él* siempre estaba entusiasmado. A parte de críticas constructivas en detalles, en modos de formulación, palabras o frases, nunca llegó a una distancia crítica con respecto a la obra de Nietzsche. Que tampoco entendió entonces, ni entendería todavía en años, qué abismo se había abierto con relación a Wagner y a su mundo, lo mostró él mismo ingenuamente, y con graves consecuencias, ya al comienzo de marzo de 1880, durante la estancia en común con Nietzsche en Riva, desde donde escribe a Overbeck el 26 de

marzo de 1880[188]: «La segunda semana me dijo Nietzsche que si quería tocar algo, que lo tocara con toda tranquilidad... Así pues, aquella noche toqué de una sentada... toda la larga escena de las tres hijas del Rin del tercer acto del *Ocaso de los dioses*. Con ello hice algo horrible: Nietzsche, a quien esta escena incluso le toca de cerca personalmente, había sufrido terriblemente mientras tanto; cuando fui a su habitación estaba totalmente pálido y me conjuró solemnemente a que no volviera a ejecutar esa música loca y descompuesta de Wagner... que últimamente apenas puede ya soportar la música en general, y mucho menos la última de Wagner. Me partió el alma haber causado tal dolor a Nietzsche; *no podía imaginármelo siquiera...*»

El caso de Jacob Burckhardt ya no era el mismo. *El* sí vio que el joven colega se había liberado por fin del wagnerismo, para él repugnante. En el fondo sentía, de corazón, simpatía por aquella inteligente cabeza de fuego, si no, difícilmente le hubiera perdonado su descarrío hacia Wagner y mantenido un trato amistoso con él. Qué dulzura, mezclada con pesar y simpatía por Nietzsche, hay en la carta de agradecimiento que escribe el 8 de febrero de 1877[61] a la señora Marie Baumgartner, después del envío de la traducción francesa que ella había hecho de *Richard Wagner en Bayreuth*: «Me sorprende su obra. Cuando la comparo con los pasajes más difíciles del, a menudo realmente difícil, original, encuentro que usted los ha hecho claros y trasparentes. Se trataba... de ofrecer en francés un manifiesto que orientara a gentes con todo tipo de ideas sobre la significación del fenómeno Bayreuth. El original alemán tenía... que ser hecho comprensible europeamente... Cuando Nietzsche aquí o allá piensa tan íntimamente como alemán que no parece posible traducirlo..., no necesito más que acudir a su traducción para aprender cómo un espíritu puede elucidar a otro espíritu. De todos modos, es verdad que el acento religioso del apóstol, propio de Nietzsche, ayuda en los pasajes más difíciles tanto al lector como al traductor; un tratado meramente estético, sin este peculiar fuego propagandístico, hubiera resultado intraducible.» Mientras que en el caso de Nietzsche, toma el «fuego propagandístico» como un elemento simplemente característico, su ánimo se revuelve contra el fuego demoniaco de Wagner, que considera ruidoso solamente y quiere despachar en broma; por ejemplo, el 31 de agosto de 1877, desde Regensburg, escribe a su amigo de Basilea, Max Alioth, en medio de una carta de viaje y sin que aparentemente venga a propósito[61]: «Una persona sorda como una tapia es llevada por un buen amigo, como *dernière ressource*, a una ópera wagneriana, y se cura en el cuarto acto, pero, a cambio, el buen amigo se vuelve sordo en el quinto»; sin embargo, esto no suena muy creíble, porque acababa de perseguir literalmente en los últimos días y semanas la por lo menos tan ruidosa *Aida* de Verdi, y precisamente, refiriéndose nada menos que al segundo final (el de la famosa marcha triunfal al estilo de la Gran ópera de Meyerbeer), había escrito desde Munich el 27 de agosto de 1877 asimismo a Max Alioth: «¡Esta vez me ha conmovido

profundamente el final del segundo acto!» Por otra parte creía poder afirmar, con malévolo placer: «El wagnerismo parece estar ya en decadencia absoluta y total, pero en su agonía echará dentelladas en torno a sí, causando todo tipo de desastres.» Por todo ello, Burckhardt seguramente consideró como un alivio para sus buenas relaciones, el hecho de que, al volver a Basilea, encontrara a Nietzsche «curado» de Wagner y enamorado del sur, tras su estancia en Sorrento. Así, el trato pudo restablecerse más intensa y sinceramente; ahora comprendemos las visitas de Burckhardt y su locuacidad, a la que se refiere con sorpresa Malwida v. Meysenbug, en la casa de la Gellerstrasse 22, y cuando este cambio, después, se ve reforzado y aparece irreversible en el libro, entonces aconseja la nueva obra de Nietzsche a su amigo el barón von Preen, escribiéndole el 10 de diciembre de 1878: «¿Ha notado que Nietzsche da en su libro una media vuelta hacia el optimismo? Por desgracia su estado de salud (debilidad total de ojos y perenne dolor de cabeza con fuertes crisis cada pocos días) no es en absoluto el motivo de este cambio. Es un hombre extraordinario; respecto a todo mantiene un punto de vista peculiar, madurado personalmente.» Y Nietzsche mismo escribe el 31 de mayo de 1878 a Köselitz, que Burckhardt «repetidamente lo ha llamado "el libro soberano"», lo que ya había contado el 12 de mayo también a Rée[12].

El 30 de mayo, el día del aniversario de la muerte de Voltaire, Nietzsche tuvo ocasión de experimentar una gran alegría con motivo de su libro: recibió de París, de un remitente que quiso permanecer en el anonimato, un busto de Voltaire, por cuyo genio él se había sentido inmediatamente atraído cuando el 6 de abril de 1876 visitó su refugio en Ferney, Ginebra. Nunca se supo quién fue el delicado donante, ni si hay que buscarlo en el círculo Monod-Meysenbug o atribuirlo a la bondad de la señora Louise Ott.

Paul Rée estaba animado por un entusiasmo y una alegría totalmente diferentes. Si la vida le deparó a Nietzsche alguna vez un amigo que lo comprendiera filosóficamente, ése fue entonces Paul Rée. El ya había asistido en Sorrento al nacimiento del libro, en sus partes fundamentales. Pero ahora que lo tiene desarrollado y completo en sus manos, la admiración lo arrebata y no duda en manifestarlo en cartas emotivas y en reconocer sin reservas cuánto admira a Nietzsche como ser superior. Esas líneas rezuman una adhesión profunda y un amplio consenso filosófico, y se comprende por ellas que Nietzsche se quejara del vacío y aburrimiento que Rée dejara tras de sí al abandonar Sorrento. El libro se convirtió en un monumento a días plenos. El 24 de abril de 1878 Nietzsche había redactado un escrito de acompañamiento para el ejemplar que la editorial regalaba a Paul Rée (fue la única carta de acompañamiento que escribió en esta ocasión, a causa de su debilidad de vista), que acababa con estas palabras[12]: «A usted le *pertenece*, a los demás se les regala.»

Lo que sintió Rée por todo ello, lo muestran sus cartas de agradecimiento, como la del 10 de mayo[12]: «¡Oh, mi más querido amigo, que

magnífica sorpresa! No quepo en mí de placer y me he precipitado sobre él como una hambrienta fiera de presa. Esos temas, que a fin de cuentas son los que más me interesan a mí, unidos con millares de recuerdos personales y referencias casi a cada frase, hacen de él para mí el libro de los libros. Tengo la misma impresión que alguien que vive algo en lo que ya ha soñado de antemano... pero que se ha vuelto medio a olvidar... y de repente ahora (el sueño) se presenta ante mí como realidad física... Veo a mi propio yo proyectado hacia afuera en proporciones agrandadas. Si me es lícito mostrarme un poco atrevido, entonces permítame decirle: ¿qué clase de hombre es usted? —desde luego no un hombre, sino un conglomerado de hombres: mientras que cada uno de sus muy diferentes amigos se tortura para componer el talento —el único preciso con el que cuenta— y darle brillo, y emplea en ello todas sus energías, usted posee todos esos diferentes talentos, algunos en mayor grado, algunos en el mismo... Si los alemanes ahora no se hacen amigos de los psicólogos, emigraré a Francia. Encuentro también que toda la confección del libro en general —título, formato, impresión, Voltaire, números— está perfectamente lograda.» La respuesta a la pregunta de Rée «qué clase de hombre es usted», llegaría diez años más tarde: *Ecce homo*. Rée, tras algunos intentos fracasados de habilitarse, también en Jena, vivía retirado en la posesión paterna de Stibbe, y siguió profundizando más y más en el libro de Nietzsche. En junio vuelve a dejarse oír[12]: «Pero cuando se recapacita en el ejército de libros que poco a poco hay que ir pasando revista, ¿cuántos hay entre ellos que produzcan un efecto benéfico, que despierten ese estado de ánimo placentero, contemplativo (correspondiente al estado del cuerpo cuando está agradablemente excitado por un vaso de ardiente vino)? Dos o tres. Si se me permite hablar sinceramente sólo Eckermann me ha producido ese mismo estado de deleite intelectual que usted. Le debo a usted cuadernos enteros llenos de reflexiones, que me ha despertado su libro, en parte directa y en parte indirectamente. Y si ahora precisamente estaba tan bien preparado para usted, se debe a que últimamente he leído mucho a Comte.» En esto conecta Rée con la impresión de Burckhardt, quien había notado también cierta inclinación al optimismo, al positivismo, que no podía basarse en el estado de salud de Nietzsche.

Los viejos amigos de Nietzsche no fueron estimulados tan beneficamente; en Bayreuth reinaba indignación, en el caso de Wagner, y tristeza, en el caso de la señora Cosima. A Nietzsche le resultó fácil consolarse por la decepción producida en Lipiner y en su círculo de admiradores vieneses. El modo de ser cargante de Lipiner iba, en todo caso, contra el gusto de Nietzsche, y éste se alegró realmente de librarse de él sin un enfrentamiento o un rechazo personal. El 12 de agosto de 1878 escribe a su hermana al respecto: «Una carta de Lipiner, larga, muy típica *de* él, pero de una increíble impertinencia para conmigo. Ya me he librado *del* "admirador" y de su círculo —eso me produce un respiro de alivio. Me importa *mucho* y de

corazón su evolución, y no le confundo con sus características judías, de las que no tiene la culpa.»

La propia hermana tenía una reserva en el fondo de su corazón, sobre la que consiguió guardar silencio con respecto a su hermano, pero que se hizo evidente con el tiempo. Había sido herida en sus creencias cristianas; poseía un cristianismo de sentimiento al que no se podía refutar con razones ni desmoronar con el entendimiento más agudo, puesto que estaba afincado más allá de toda lógica. Sólo 20 años más tarde confiesa en su biografía[86], que por este motivo, la disolución de la vivienda en común significó para ella un alivio, dado que así pudo evitar entonces el enfrentamiento con su querido y admirado hermano.

Verdad es que Malwida v. Meysenbug intentó defender a Nietzsche y a su libro contra la rebosante crítica de Bayreuth; incluso le gustaron algunas partes que ella ya conocía de Sorrento, pero ya no se trataba de la aprobación alegre y convencida que había dado a los escritos anteriores, y, sobre todo, estaba triste por las manifestaciones de Nietzsche respecto a «la mujer». En este aspecto precisamente, es de una inconsecuencia parecida a la de Jacob Burckhardt con su admiración por *Aida:* en ninguna parte llega Nietzsche tan lejos en sus juicios contra la mujer, la humilla tan profundamente como Schopenhauer, por quien Malwida, a pesar de todo, conserva una admiración inalterable. Dice en su libro *Individualidades:* «Muchos de estos aforismos eran acertados e ingeniosos, pero otros me desagradaron, pareciéndome que no eran dignos de Nietzsche.» Su crítica le resultaba prematura, puesto que todavía conocía demasiado poco a las personas y a la sociedad, y se había movido en círculos demasiado estrechos, «como para, en tamaña brevedad, decir verdades atinadas en general»[53]. Por este lado, a Nietzsche le llegó la crítica, primero, en forma de un notorio enfriamiento y escasez de correspondencia.

También el amigo Overbeck, el compañero de vivienda que en algún tiempo había sido una caverna de producción tan «volcánica», se sintió, cuando menos, sorprendido por el nuevo libro —¿o fue quizá más bien su esposa, por los mismos motivos que Malwida, porque se sentía minusvalorada como mujer? En cualquier caso, Rohde pudo escribir el 16 de junio a Overbeck[6]: «También para mí, naturalmente, el nuevo libro de Nietzsche, con ese título poco feliz, ha sido durante las últimas semanas continuo objeto de extrañeza y, en su mayor parte, de dolorosa extrañeza. Estoy total y absolutamente de acuerdo con usted, y no necesito añadir, por ello, casi nada a lo que usted mismo escribe respecto a sus impresiones.»

Mientras que Overbeck, según parece, sólo manifiesta sus objeciones a los amigos, Rohde ataca directamente, y el 16 de junio escribe a Nietzsche una larga carta en la que trata inteligente e incluso cariñosamente la problemática. Al hacerlo se defiende como filólogo, puesto que es el único crítico que ve las fuentes: los sensualistas franceses a través de Rée. Se trata propiamente de la objeción fundamental contra el libro, extendida entre

magnífica sorpresa! No quepo en mí de placer y me he precipitado sobre él como una hambrienta fiera de presa. Esos temas, que a fin de cuentas son los que más me interesan a mí, unidos con millares de recuerdos personales y referencias casi a cada frase, hacen de él para mí el libro de los libros. Tengo la misma impresión que alguien que vive algo en lo que ya ha soñado de antemano... pero que se ha vuelto medio a olvidar... y de repente ahora (el sueño) se presenta ante mí como realidad física... Veo a mi propio yo proyectado hacia afuera en proporciones agrandadas. Si me es lícito mostrarme un poco atrevido, entonces permítame decirle: ¿qué clase de hombre es usted? —desde luego no un hombre, sino un conglomerado de hombres: mientras que cada uno de sus muy diferentes amigos se tortura para componer el talento —el único preciso con el que cuenta— y darle brillo, y emplea en ello todas sus energías, usted posee todos esos diferentes talentos, algunos en mayor grado, algunos en el mismo... Si los alemanes ahora no se hacen amigos de los psicólogos, emigraré a Francia. Encuentro también que toda la confección del libro en general —título, formato, impresión, Voltaire, números— está perfectamente lograda.» La respuesta a la pregunta de Rée «qué clase de hombre es usted», llegaría diez años más tarde: *Ecce homo*. Rée, tras algunos intentos fracasados de habilitarse, también en Jena, vivía retirado en la posesión paterna de Stibbe, y siguió profundizando más y más en el libro de Nietzsche. En junio vuelve a dejarse oír[12]: «Pero cuando se recapacita en el ejército de libros que poco a poco hay que ir pasando revista, ¿cuántos hay entre ellos que produzcan un efecto benéfico, que despierten ese estado de ánimo placentero, contemplativo (correspondiente al estado del cuerpo cuando está agradablemente excitado por un vaso de ardiente vino)? Dos o tres. Si se me permite hablar sinceramente sólo Eckermann me ha producido ese mismo estado de deleite intelectual que usted. Le debo a usted cuadernos enteros llenos de reflexiones, que me ha despertado su libro, en parte directa y en parte indirectamente. Y si ahora precisamente estaba tan bien preparado para usted, se debe a que últimamente he leído mucho a Comte.» En esto conecta Rée con la impresión de Burckhardt, quien había notado también cierta inclinación al optimismo, al positivismo, que no podía basarse en el estado de salud de Nietzsche.

Los viejos amigos de Nietzsche no fueron estimulados tan benéficamente; en Bayreuth reinaba indignación, en el caso de Wagner, y tristeza, en el caso de la señora Cosima. A Nietzsche le resultó fácil consolarse por la decepción producida en Lipiner y en su círculo de admiradores vieneses. El modo de ser cargante de Lipiner iba, en todo caso, contra el gusto de Nietzsche, y éste se alegró realmente de librarse de él sin un enfrentamiento o un rechazo personal. El 12 de agosto de 1878 escribe a su hermana al respecto: «Una carta de Lipiner, larga, muy típica *de* él, pero de una increíble impertinencia para conmigo. Ya me he librado *del* "admirador" y de su círculo —eso me produce un respiro de alivio. Me importa *mucho* y de

corazón su evolución, y no le confundo con sus características judías, de las que no tiene la culpa.»

La propia hermana tenía una reserva en el fondo de su corazón, sobre la que consiguió guardar silencio con respecto a su hermano, pero que se hizo evidente con el tiempo. Había sido herida en sus creencias cristianas; poseía un cristianismo de sentimiento al que no se podía refutar con razones ni desmoronar con el entendimiento más agudo, puesto que estaba afincado más allá de toda lógica. Sólo 20 años más tarde confiesa en su biografía[86], que por este motivo, la disolución de la vivienda en común significó para ella un alivio, dado que así pudo evitar entonces el enfrentamiento con su querido y admirado hermano.

Verdad es que Malwida v. Meysenbug intentó defender a Nietzsche y a su libro contra la rebosante crítica de Bayreuth; incluso le gustaron algunas partes que ella ya conocía de Sorrento, pero ya no se trataba de la aprobación alegre y convencida que había dado a los escritos anteriores, y, sobre todo, estaba triste por las manifestaciones de Nietzsche respecto a «la mujer». En este aspecto precisamente, es de una inconsecuencia parecida a la de Jacob Burckhardt con su admiración por *Aida:* en ninguna parte llega Nietzsche tan lejos en sus juicios contra la mujer, la humilla tan profundamente como Schopenhauer, por quien Malwida, a pesar de todo, conserva una admiración inalterable. Dice en su libro *Individualidades:* «Muchos de estos aforismos eran acertados e ingeniosos, pero otros me desagradaron, pareciéndome que no eran dignos de Nietzsche.» Su crítica le resultaba prematura, puesto que todavía conocía demasiado poco a las personas y a la sociedad, y se había movido en círculos demasiado estrechos, «como para, en tamaña brevedad, decir verdades atinadas en general»[53]. Por este lado, a Nietzsche le llegó la crítica, primero, en forma de un notorio enfriamiento y escasez de correspondencia.

También el amigo Overbeck, el compañero de vivienda que en algún tiempo había sido una caverna de producción tan «volcánica», se sintió, cuando menos, sorprendido por el nuevo libro —¿o fue quizá más bien su esposa, por los mismos motivos que Malwida, porque se sentía minusvalorada como mujer? En cualquier caso, Rohde pudo escribir el 16 de junio a Overbeck[6]: «También para mí, naturalmente, el nuevo libro de Nietzsche, con ese título poco feliz, ha sido durante las últimas semanas continuo objeto de extrañeza y, en su mayor parte, de dolorosa extrañeza. Estoy total y absolutamente de acuerdo con usted, y no necesito añadir, por ello, casi nada a lo que usted mismo escribe respecto a sus impresiones.»

Mientras que Overbeck, según parece, sólo manifiesta sus objeciones a los amigos, Rohde ataca directamente, y el 16 de junio escribe a Nietzsche una larga carta en la que trata inteligente e incluso cariñosamente la problemática. Al hacerlo se defiende como filólogo, puesto que es el único crítico que ve las fuentes: los sensualistas franceses a través de Rée. Se trata propiamente de la objeción fundamental contra el libro, extendida entre

todos sus amigos y continuada más tarde, de que Nietzsche se ha «convertido en Rée» (en expresión de Rohde). A la inversa, Rohde había dedicado a Nietzsche su libro *Del origen de los sentimientos morales*, aparecido en 1877 en la editorial de Schmeitzner, con la frase: «Al padre de este escrito, su madre, agradecida.» De modo más sencillo, Nietzsche, con una de esas frases suyas insuperablemente plásticas, aclara este asunto al decir el 24 de abril en el escrito de acompañamiento a Rée[12]: «... ambos a dos, nosotros, pájaros cansados de volar, no sabemos nada mejor que hacer, que gorjear juntos sobre *una* rama de árbol.» Se trata de la solución, no desconocida por los filólogos, de que, donde no puede aclararse la dependencia de dos autores cercanos entre sí, ha de buscarse la raíz común. ¡Esto lo sabían ya Nietzsche y Rohde, precisamente por la crítica de fuentes de Diógenes Laercio! Si es verdad que Rohde dice hacia el final de su carta: «Por lo demás, es tan indeciblemente rico en temas y en perspectivas sobre los mismos, que sólo te puedo dar mis más sinceras gracias por esta abundancia. Gozo en particular de cada cosa, y vuelvo a encontrar al viejo e inalterado Nietzsche, no corroído por ninguna de las sofisterías de Rée, en tantas de las ideas expuestas, que mi corazón te ha seguido mil veces, con el viejo cariño y admiración, en las profundas andaduras de *tales* consideraciones», se le manifiesta, sin embargo, también, preocupado: «... puedo leer el libro sólo tan esporádicamente, y se lee tan lentamente..., que no he podido avanzar mucho más allá de la mitad: y lo que hasta ahí crece de hierbas medicinales, me parece haber crecido más bien por azar y por no haberlo escardado por inadvertencia, que por haberlo plantado intencionadamente. Mi sorpresa por este último Nietzscheanum fue máxima, como te puedes imaginar: ¡eso es lo que sucede cuando se pasa directamente del *caldarium* a un *frigidarium* gélido! Te digo con toda sinceridad, amigo mío, que esta sorpresa no se ha producido sin un sentimiento doloroso. ¿Puede uno desprenderse *hasta tal punto* de su alma y tomar otra a cambio? ¿Volverse de repente Rée, en lugar de Nietzsche? Sigo sorprendido ante este milagro y no puedo ni sentirme contento por él, ni tener ninguna otra opinión al respecto: puesto que todavía no lo comprendo muy bien.»

Cortante y sin el menor esfuerzo de comprensión fue la reacción en Bayreuth. En el posterior recuerdo del *Ecce homo*, Nietzsche suelda en una imagen todo el conflicto[5]: «Cuando el libro llegó terminado a mis manos... envié, entre otros, también dos ejemplares a Bayreuth. Por un milagro de sentido del destino, me llegó al mismo tiempo un hermoso ejemplar del texto del *Parsifal*, con la dedicatoria de Wagner a mí, "a su caro amigo Friedrich Nietzsche, Richard Wagner, Consejero eclesiástico". Este cruce de ambos libros, fue para mí como si con ocasión suya oyera un tono ominoso. ¿No sonaba como si se cruzaran *espadas*? En todo caso ambos lo sentimos así: puesto que ambos callamos. Por esa época aparecieron las primeras Hojas bayreuthianas: comprendí *para qué* había llegado el momento más oportuno. ¡Increíble! Wagner se había vuelto piadoso.» Ya dos años antes de ese pasaje del *Ecce homo*, Nietzsche había escrito en el prólogo de la segunda parte de la segunda edición de *Humano, demasiado humano*: «Richard Wagner, aparentemente el vencedor, en realidad un romántico caduco, desesperado, se echó repentinamente, desvalido y roto, a los pies de la cruz cristiana. ¿No hubo ningún alemán que tuviera entonces ojos en la cabeza, compasión en su conciencia, para esa horripilante comedia? ¿Fui yo el único que *sufrió* por él?»

Al resumir de este modo hechos históricos, Nietzsche hacía uso de la técnica del poeta. En realidad, *Humano* sólo llegó a Bayreuth el 25 de abril de 1878, cinco meses *después* de que Nietzsche, el 3 de enero, es decir, incluso antes de la terminación del manuscrito de *Humano*, recibiera el texto del *Parsifal;* y no de sus propias manos, puesto que todavía el 6 de mayo se queja de que él, el autor, no cuente con ningún ejemplar. ¡No es el único lugar del *Ecce homo* donde hay que poner en duda la exactitud biográfica, puesto que Nietzsche, en él, interpreta su vida mucho más que la presenta! Nietzsche leyó inmediatamente el libreto del *Parsifal*, como lo da a entender el que ya el 4 de enero escribiera al respecto al barón von Seydlitz: «Impresión de la primera lectura: más Liszt que Wagner, espíritu de la contrarreforma; para mí, que estoy demasiado acostumbrado a lo griego, a lo humano en general, todo me resulta excesivamente limitado cristiano-temporalmente; mucha psicología fantástica; ninguna carne y demasiada sangre (sobre todo la cena me parece excesivamente sangrienta); además no me gustan las mujerucas histéricas; muchas de las cosas que puede soportar el ojo interior, apenas podrán sufrirse en la representación: imagínese usted a nuestros actores orando, temblando y con cuellos extáticos. El interior del castillo del Santo Grial no *puede* resultar efectivo en el escenario, así como tampoco el cisne herido. Todas estas bellas invenciones pertenecen a la epopeya y, como se ha dicho, son para el ojo interior... Pero las situaciones y su secuencia, ¿no son de la más alta poesía? ¿No se trata de un definitivo desafío a la música?»

Estas son, primero, objeciones estéticas contra la forma: al trasvasar material épico a una estructura dramática a realizar visualmente se han exteriorizado cosas que sólo expresan el *epos*, que sólo pueden estimular a una consumación interior en la fantasía del lector, ya que son *pudenda* en las que hay que respetar la relación personal de cada uno con esos hechos. Y aquí se revela Nietzsche muy sensible. Santo Grial, comunidad del Santo Grial, interior del templo y Parsifal le resultan, en su simbolismo de Cristo, si no exactamente «*sancta*» (intocables), sí empero «*pudenda*» (a tratar con tímida veneración), y hasta tal punto que no los puede ver encarnados en actores que no son de crédito para él, a quienes él no considera «puros» y llamados a interpretar tal cosa. Con ello emite también un juicio ético contra los actores —y al fin y al cabo contra Wagner, cuando lo presenta como *el* actor, con lo que la pregunta se sigue planteando

respecto a la credibilidad de su obra: una cuestión en la que hoy todavía se enfrentan irreconciliablemente wagnerianos y círculos religiosos cristianos. Para los unos, del *Parsifal* de Wagner proviene un efectivo estímulo religioso, una revelación mística, y sienten la necesidad de vivir la obra una vez por año durante la Semana Santa, como lo demuestran las fuertes discusiones que se mantienen en torno a la planificación teatral, para los otros se trata de una petulancia del teatro, rayana en la blasfemia. Wagner mismo aclaró el asunto, aunque por desgracia sólo a Cosima[258] (20 de octubre de 1878), al declarar con respecto a un artículo de Wolzogen «que él fue demasiado lejos haciendo de Parsifal una figura del Salvador. Yo no pensé en absoluto en el Salvador.»

Nietzsche no va tan lejos. Para él, simplemente, el teatro no es el lugar apropiado —y tampoco cree capaz de ello al poema épico— para agotar la materia: *él* vuelve a ver a la música desafiada a expresar aquello que no puede expresarse de ningún otro modo, y seguramente se recuerda (más tarde lo confiesa) que en una época él mismo había intentado con motetes, misereres, misas y oratorios de Navidad, encontrar en la música el medio de expresión adecuado para aquello que lo preocupaba religiosamente. Con qué humildad y veneración considera todavía ahora al fundador del cristianismo, lo manifiesta espléndidamente un párrafo del aforismo 475 de *Humano* I, donde aduce en favor de los judíos: «A pesar de ello me gustaría saber cuánto hay que corregir, al hacer un recuento final, a un pueblo que, no sin culpa de todos nosotros, ha tenido la historia más penosa de todos los pueblos y a quien el mundo debe el hombre más noble (Cristo), el sabio más puro (Spinoza), el libro más poderoso y la ley moral más efectiva.» Y todavía años después dice en el *Zaratustra* (I. «De la muerte libre»): «¡Verdaderamente aquel hebreo murió demasiado pronto... él mismo habría desmentido su doctrina si hubiera llegado hasta mi edad! ¡Era suficientemente noble para desmentirla!» Lo que Nietzsche ataca ahora, y más tarde en el *Anticristo*, es el cristianismo paulino, la dogmática, la afirmación de verdades metafísicas, el sacerdocio, a fin de cuentas, pero jamás la persona de Cristo. Por eso tampoco permite a Wagner atentar contra esa persona o contra sus símbolos (como le parece que hace el tratamiento de Wagner de Parsifal) ¡para eso conoce demasiado bien el camino de Wagner, el intelectual a través del ateismo de cuño feuerbachiano, y el «demasiado humano»! Wagner no le resulta creíble como creador de un drama mistérico cristiano; tan poco creíble como los medios que pone en movimiento: los actores y todo el moderno teatro de ópera. Quizá si se le hubiera preguntado ahora a Nietzsche por sus creencias, hubiera contestado más convencido que en la carta del 30 de abril de 1870 a Rohde, donde se lee: «En esta semana he oído tres veces la *Pasión de San Mateo* del divino Bach, cada vez con el mismo sentimiento de admiración inconmensurable. Quien ha olvidado totalmente el cristianismo, lo oye aquí realmente como en el Evangelio.»

Nietzsche permaneció mudo con respecto a Wagner con ocasión del envío del *Parsifal:* ya por eso Wagner tuvo que sentirse ofendido, aunque primero intentó disculparlo por las circunstancias (como la enfermedad de Nietzsche). Así, la carta del 24 de mayo de 1878 a Overbeck está escrita en tono compasivo[188]: «De sus cortas indicaciones deduzco que nuestro viejo amigo Nietzsche también se mantiene apartado de usted. Ciertamente se han producido en él transformaciones llamativas: aunque quien reparara un poco, hace ya años, en sus convulsiones psíquicas, casi sólo podría decirse ahora que le ha sobrevenido, no del todo inesperadamente, una catástrofe largamente temida. He tenido el gesto amistoso hacia él de no leer su libro —después de que lo hube ojeado al abrirlo—, y no quiero esperar ni desear nada más que él me lo agradezca algún día.» Pero poco a poco fueron dominando la decepción e incluso la ira: a Wagner no le podía resultar indiferente, sobre todo viniendo de Nietzsche, su apostasía públicamente declarada ahora, que lo hería además como amigo paternal. Esto llegó tan lejos que incluso rompió con el común editor Schmeitzner, quien hasta entonces había publicado las *Bayreuther Blätter*, y a quien además, tomó a mal el que hubiera aceptado en su editorial el libro del judío Paul Rée. Schmeitzner informa sobre ello a Köselitz el 26 de mayo de 1878[6]: «El número 6 de las Hojas bayreuthianas será el último que yo imprima. Wagner, como hace saber por el estropajo de Wolzogen, no quiere enturbiar la coherencia de mi editorial. ¡Malditos hipócritas! ¡Ah, todos ellos huelen a aire de iglesia! La señora Wagner va a la iglesia, él también, "aunque sólo pocas veces", como gusta de decir. Wagner no lee el libro de Nietzsche... Wagner es suficientemente desconsiderado y altivo como para ignorar a Nietzsche, según dicen. A mí me dijo que sólo se lee a Nietzsche en tanto en cuanto éste tiene que ver con él (Wagner)... Se desató además en infamias sobre Nietzsche que no olvidaré jamás, pero que ni Nietzsche ni sus amigos sabrán nunca por mí... ¡Los improperios contra los judíos y contra el "salteador" (Bismarck) deberían haberse oído en Bayreuth!... ¡Feliz quien no tiene nada que ver con Wagner! ¡Nietzsche es una persona totalmente diferente! ¿Sabe usted que hace 4 semanas me encontré en Leipzig con Nietzsche y Rée? Al comienzo me sentí completamente confuso debido al afecto y al calor de ese hombre.»

Schmeitzner estuvo el 9 de mayo de 1878 de visita en Bayreuth, y la desilusión parece haber sido grande por ambas partes. Cosima se refiere a él como «señor extravagante», y del «editor» saca la impresión de que harían mejor en mandar imprimir en Bayreuth sus Hojas bayreuthianas. Por otra parte, lo que Schmeitzner oyera allí no pudo ser todavía lo peor, y en todo caso no sobre la enfermedad de Nietzsche, puesto que el testigo principal de ella, el doctor Eiser, llegó sólo el 18 de mayo, es decir, después que él a Bayreuth para hacer una primera visita.

La mayor decepción para Wagner fue sin lugar a dudas que Nietzsche hubiera abandonado la base común de la filosofía schopenhaueriana, que

incluso le hubiera declarado la guerra y negara así también el anclaje metafísico schopenhaueriano de la música, con lo cual se cuestionaba a la vez el lugar y el valor del arte *y* del artista. Todavía en diciembre de 1877 (el 17) Wagner había hecho a Wolzogen una decidida profesión de partidismo por Schopenhauer[258]. Con el abandono de Nietzsche de esta base se separaron mundos. Wagner hubo de considerar el camino de Nietzsche como un extravío total, como el juego de un bufón filósofo. Por eso también, a la vez que aborrecía el libro de Nietzsche, le entraron ganas muchas veces de reaccionar con burla. Así el 28 de mayo quería «ofrecerse la diversión de felicitar telegráficamente al profesor Nietzsche por el cumpleaños de Voltaire». Cosima lo disuadió «y propició en esto como en otras muchas cosas el silencio». Wagner no pudo atenerse a su primera decisión de no leer el libro. Para ello lo agitaba demasiado la decepción, el enfado. Ya el 29 de abril comenzó la lectura, cosa que sólo comunica a Cosima. «Resulta difícil no hablar de vez en cuando del triste libro del amigo Nietzsche», anota ella. Al día siguiente «el lastimoso libro de Nietzsche... le da (a Wagner) ocasión» para gritar a Cosima: «Nosotros nos permanecemos fieles»: entendiéndolo naturalmente en los fundamentos intelectuales. Y comienzan entonces a disputar sobre las premisas filosóficas de Nietzsche. Así, el 12 de junio dice Cosima a Wagner: «Que yo no entendía cómo cierta gente (!) encontraba placer en ciertos libros como, por ejemplo, *Historia del materialismo* (Fr. A. Lange)», y Wagner responde: «Se trata fundamentalmente de ignorantes que piensan que el saber ha de llegar dando un estampido.» Por supuesto que tratan también del influjo de Paul Rée, y Wagner dice (el 24 de junio): «Comprendo que le agrade más el trato de Rée que el mío.» Y a la sospecha de Cosima de que sus escritos anteriores no le salieran a Nietzsche de dentro, sino que fueran «reflejos» (Reflexe), Wagner responde: «Ahora son borrones de Rée (Réekleckse).»

Suena como una justificación de sus propios conflictos, cuando el 9 de junio Cosima menciona: «El libro de Nietzsche causa muchos cuidados entre los amigos.» Hasta el final de junio Wagner lo ha leído entero y lo empalma el 30 de junio con una corta lectura de Voltaire. Poco antes (el 31 de mayo) había censurado en Voltaire «la frivolidad que mueve a ese espíritu a rechazar a Cristo y a aceptar a Jehová», alabando, por el contrario a Renan —¡a quien Nietzsche habría de rechazar más tarde!

La conversación sobre Nietzsche no descansa durante todo un año, e incluso Wagner se ve asaltado por fantasmagorías. «No se puede olvidar tan fácilmente... el círculo es demasiado pequeño para que no se vuelva siempre a las mismas experiencias», ha de confesar Wagner. Para él fue una despedida, una pérdida, definitiva, porque ya no existía ningún pie de terreno filosófico en común, en el que pudieran encontrarse. No era éste el caso de Nietzsche.

Nietzsche no creía todavía en una definitiva desavenencia personal; a pesar de todas las diferencias en las opiniones filosóficas, seguía creyendo

posible y deseable una relación basada en el respeto personal. Todavía el 11 de junio de 1878 se lo confiesa al barón v. Seydlitz, aunque ve también en la diferencia generacional una dificultad para que Wagner llegue a un «entendimiento» de ese tipo: «Me resulta agradable y deseado que alguno de mis amigos dé pruebas de cariño y amistad a Wagner; puesto que yo estoy cada vez en peor situación (tal como él es ahora un *viejo* inalterable) de causarle alegría. Mis ideales y los suyos siguen derroteros totalmente diferentes... Además, si él supiera todo lo que tengo en el corazón contra su arte y sus metas, me consideraría como uno de sus peores enemigos —lo que, como es conocido, no soy.»

Su auténtica relación con Wagner la expresa Nietzsche a comienzos de agosto, en una misiva a la wagneriana Mathilde Maier, con mayor claridad y objetividad de lo que ya nunca volvería a conseguir[90]: «... (de) la *grandeza* de Wagner pocos pueden estar tan firmemente convencidos como yo: puesto que pocos *saben* tanto al respecto. A pesar de ello, de partidiario incondicional suyo que era, me he convertido en uno condicional... Tal como me sucede con mi propia fase de los últimos años, la apruebo completamente, pero conozco un punto de vista más alto. En lo que respecta a Wagner yo había mirado hacia lo más alto, a su ideal, *así* fui a Bayreuth, *de ahí* mi decepción.»

Wagner, por su parte, puso claridad en esta situación todavía fluctuante al pasar enérgicamente al ataque plenamente público. En las *Bayreuther Blätter* de agosto y de septiembre publicó un panfleto, con el título de «Público y popularidad»[260], en el que, sin nombrar a Nietzsche, pero inequívocamente para quien estuviera nada más que un poco al tanto, trituraba las tesis fundamentales de Nietzsche, su posición filosófica, e intentaba ridiculizarlo como el típico profesor insípido y arrogante. Nietzsche se entristeció por ello. Nunca hubiera esperado de Wagner un ataque de tal perfidia. El 10 de septiembre de 1878 escribe al respecto una tarjeta postal a Schmeitzner[124]*: «Gimnasia higiénica realizada +++++ por sus buenos deseos, puesto que demasiado +++++ queda por desear. Sr. +++++ favor: Envíeme las Bayreu+++++ todos los meses, sino deme +++++ que ha aparecido, después juntas. Para qué voy a obligarme a tomar dosis mensuales de enfado y veneno wagnerianos. En adelante quiero juzgar limpia y claramente sobre él y su grandeza: para ello he de mantener algo apartadas sus cosas demasiado-humanas...» Nietzsche, por tanto, sigue en contacto con la revista, sólo que quiere recibirlas juntas y a espacios de tiempo más largos. No está claro si a ello iba unida una rescisión formal del abono. Cosima hubo de enterarse por algún camino de «que Nietzsche se ha hecho suprimir del envío de las

* Un coleccionista de sellos arrancó, por desgracia, la esquina donde estaban éstos: por eso falta un trozo en 5 líneas de texto.

Hojas», lo que cuenta a Wagner el 8 de noviembre[258], a lo que éste responde: «Eso me alegra.»

El 3 de septiembre Nietzsche confiesa a Overbeck: «He leído la pérfida y desgraciada polémica contra mí en el número de agosto de las Hojas bayreuthianas: me hizo daño, pero no allí donde quería Wagner.»

Si Nietzsche había «respondido» al *Parsifal* con el silencio, «Bayreuth» hizo lo mismo con *Humano, demasiado humano*. Nietzsche pareció soportar la separación con sorprendente serenidad durante los primeros meses; realmente se sentía liberado de un peso enorme, y libre para continuar trabajando: surgieron las *Opiniones y dichos varios*, que se habrían de convertir más tarde en el capítulo I de la parte II de *Humano, demasiado humano*. Así, ya en junio de 1878 pudo escribir a Carl Fuchs, quien había recibido bien el libro: «¡Hace algo más de frío en torno nuestro, pero a cambio se vive tanto más pura y libremente que en el vaho del valle! Yo por lo menos me siento más vigoroso y más decidido a todo lo bueno que nunca, también diez veces más *indulgente* con las personas que en el tiempo de mis escritos anteriores...: ahora me aventuro a dedicarme yo mismo a la sabiduría y a *ser* yo mismo filósofo; antes admiraba a los filósofos. Desaparecieron algunas cosas ilusas y que proporcionaban felicidad: pero adquirí otras mucho mejores. Ultimamente me sucedía con el falseamiento metafísico que sentía una presión en torno al cuello como si fuera a ahogarme.»

Con el tiempo, sin embargo, el silencio, sobre todo el de Cosima, hubo de hacerle sufrir; él se prometía de los sentimientos amistosos de ella que alguna vez volvieran a tender el puente hasta Wagner. Pero esta vez se equivocó. Cosima se había sentido afectada personalmente, defraudada en su fe en una persona querida suya; por eso su ruptura fue quizá más radical que la del propio Wagner: quiso borrar a Nietzsche de su memoria, destruyó sus cartas; ¡una pérdida irreparable para la investigación sobre Nietzsche! Elisabeth escribió dos veces a Cosima intercediendo por el hermano. El 8 de enero de 1879 llega una carta a Bayreuth en la que Elisabeth se atreve a afirmar incluso que su hermano desea una representación del *Parsifal*, lo que produce sólo «una amarga sonrisa» en Wagner[258]. ¡El ya no cree en el poder de convicción de las representaciones! Y de nuevo, el 28 de enero, «una buena carta de E. Nietzsche lleva la conversación al triste libro de su hermano, y Richard desarrolla la idea de "cómo con la admiración desaparece todo; ella es la auténtica religión; yo no puedo ser sin pecado como Jesús, pero puedo admirar la ausencia de pecado, disculparme ante mi ideal si le soy infiel. Pero a nuestro tiempo le falta el sentido para lo grande, no sabe reconocer un gran carácter. ¡No surge ninguna ligazón con él!" Cosima sólo responde el 1 de marzo[86]: «El libro de tu hermano me ha llenado de preocupación; ya sé que estaba enfermo cuando escribió todas esas frases intelectualmente tan irrelevantes, moralmente tan deplorables, cuando él, el pensador profundo, trató con superficialidad de todo lo serio y habló sobre cosas que no conoce... Sólo lo

he leído un poco, porque eso poco me dijo que tu hermano algún día me agradecería no haber conocido más pormenorizadamente esa obra... guardemos silencio al respecto, al autor de esa obra no lo conozco; a tu hermano, sin embargo, que nos ha proporcionado cosas tan magníficas, sí lo conozco y lo quiero, y esto sigue viviendo en mí... El lenguaje me ha parecido pretencioso y descuidado...; casi en cada frase... creo poder demostrar superficialidad y sofística infantil, y el que el autor de ello piense realmente que Parsifal pueda estar ahí para refutarlo, es un signo de ese darse-importancia del que habla Goethe, del mismo modo que el libro entero es un signo de que el autor ya no tenía la fuerza de valorarse a sí mismo... Aquí quiero volver a llamar en ayuda a mi explicación fisiológica; un organismo descompuesto ya no tiene fuerza para soportar ciertas sensaciones y opiniones, y las molestias lo impulsan a traicionarlas... Y ante el hecho de que el traidor no tuviera fuerza para guardar silencio y sintiera la necesidad de documentar su circunstancia interior por medio de cosas que no dicen nada intelectualmente y que moralmente son sospechosas, ante eso sólo puede gritársele con la más profunda compasión: "¡Oh, tú, desdichado!"... Y el que el autor mismo no crea realmente lo que escribe..., esto, por desgracia, la gente lo comprende... y yo lo califico como sofística, a la cual sólo le pediría que fuera más brillante y que las paradojas fueran capaces realmente de impresionar a uno; lo que, como muchas de las extravagancias de un ingenio chispeante, podría causar regocijo. Pero ser mezquino e insincero, insolente y necesitado, es algo que resulta triste; ¡y con estas palabras de auténtica compasión acabo por fin! ¡Que la traición produzca buenos frutos al autor! Como he dicho, él se encuentra ahora en la sociedad más numerosa y sólo ha abandonado un estrecho círculo muy pequeño.»

Cosima intuyó ahí con cierta exactitud: Nietzsche abandonó la pequeña —cada día más— comunidad de una época intelectual que acabó con Wagner, que ya con Bayreuth, en 1876, comenzó a ser «historia». El no había sido llamado, como Cosima (y quizá también Hans v. Bülow), a ser el guardián de esta tradición, sino el anunciante de una nueva época que ya se hacía sentir poderosamente. Con preocupación se registraban en Bayreuth, con la sensibilidad de un sismógrafo, las mínimas sacudidas provenientes de los nuevos ideales; se veía también a los inteligentes judíos en esa vanguardia, y, por ello, se simplificó el problema precipitadamente reduciéndolo a un antagonismo entre germanismo y judaísmo. Pero no se trataba de eso; había muchas más cosas en juego. El hombre quería que se lo viera por fin en todo el riesgo y miseria de su existencia, liberado, por tanto, terrenalmente, y no eternamente alimentado con el maná metafísico. La literatura nórdica mostraba tales impulsos por Ibsen, cuya pieza *Soportes de la sociedad* había aparecido en 1877. La filosofía se inclinaba más y más a la psicología y a la sociología, y se apoyaba en la ciencia. En ese mismo año de 1877 Darwin y Rütimeyer se encontraron

en Londres ¡y sin duda esto repercutió en Basilea! También Ernst Haeckel hizo que se hablara de él. La música tomó otros caminos nuevos. En la música alemana Brahms dirigía el movimiento antiwagneriano al recuperar para la sinfonía el crédito y la razón de ser perdidos; en 1876 y 1877 estrenó sus dos primeras sinfonías. Y Wagner mismo hubo de reconocer la valía del sinfónico Anton Bruckner, quien en 1877 había compuesto ya cinco de sus monumentales sinfonías. ¡Wagner prometió incluso a Cosima que después del *Parsifal* sólo escribiría sinfonías, para ella, una cada año, y sólo música «alegre»!

De Francia surgía una fuerte corriente antiromántica. Ya en 1874 había tenido lugar en París la primera exposición de los «impresionistas», sonando nombres como los de Manet y Rodin; Georges Bizet había muerto el 3 de junio de 1875, sólo tres meses después del estreno de su ópera *Carmen*. En literatura, el naturalismo se había abierto camino en 1877 con la novela de Emile Zola *L'assommoir* (La taberna). El ensayo adquirió una nueva altura como marco del discurso filosófico. Y Nietzsche prestaba oídos atentos a todo ello.

Inmediatamente después de la guerra de 1871 ya había advertido del engaño y de los peligros de la victoria militar alemana: la cultura francesa no estaba vencida, no había perdido su fuerza. También él registró el proceso con la sensibilidad de un sismógrafo, pero no a la defensiva y con temor, no desde una posición amenazada. Y para ello había un suelo apropiado en Basilea. La inmediata vecindad alsaciana había sido hasta 1870 una vecindad francesa, y la Suiza de habla francesa llega todavía hoy en el Jura hasta 40 km de Basilea, y pertenecía a su obispado. De los lugares suizos de habla alemana, Basilea y Berna son los más próximos al de habla francesa y los más influidos por él, también en las «familias principales» y en el vocabulario del dialecto alemán; en el bernés hasta en la construcción de la frase (¡por ejemplo la colocación del verbo auxiliar!). Incluso en algo que era perfectamente comprobable, las relaciones comerciales con París y con el sur de Francia (Lyon-Marsella) fueron siempre muy fuertes.

De este modo, Nietzsche estaba inmerso en una atmósfera, en un círculo cultural y, con ello, a la vez, en una nueva época espiritual de significación europea, de la que Cosima, a causa de su dedicación a la obra del envejecido «maestro», se había sustraído, alejado. ¡Ella que como hija de una condesa francesa hubiera sido predestinada como casi nadie para ello!

Es la eterna imagen de un auténtico destino trágico: por su simple humanidad ambos hubieran sido llamados a la amistad, pero las fuerzas espirituales que los movían los obligaron a una carrera opuesta que terminaría en colisión frontal. Por desgracia, Cosima en esto no era consciente de la curva enorme que había tomado su propio camino, ni de hasta qué punto había errado la gloria de convertirse en el puente entre dos culturas; sólo vio el desvío que tomaba el amigo y se sintió traicionada en todo aquello que ella se había impuesto tan unilateralmente. La afirmación que todavía hoy se oye en los círculos wagnerianos de que Nietzsche «traicionó» a Wagner, es obra de ella, de su anatema, con el que se vengó por su decepción personal. Pero debería estar totalmente claro que Nietzsche no fue ningún «traidor» a su amigo, sino que las tensiones llegan más profundamente y, ante todo, están en otro plano que el de la «fidelidad personal». La observación de Cosima de que Nietzsche le «agradecería algún día no haber conocido más pormenorizadamente esa obra» recibe pronto su eco en el aforismo 301 de *El caminante y su sombra*, escrito en el verano de 1879 en la Engadina: «Una prueba de amor. Alguien dijo: "Nunca he reflexionado profundamente sobre dos personas: eso es una prueba de mi amor por ellas."» Esa es la relación de Nietzsche con Richard y Cosima Wagner. Sólo podía mantener su amor y su admiración silenciosa si cerraba los ojos ante ciertos rasgos de carácter, rasgos que eran patentes ante todo el mundo.

El «pequeño círculo» de Cosima no compró el libro (¡si el propio maestro y Sra. no lo leían!), y el «nuevo círculo» no estaba todavía formado; así, se convirtió en un fracaso editorial, del que Nietzsche, el 25 de junio de 1878, intenba consolar al editor[124]: «Ciertamente no le tengo que dar ánimo; sus experiencias son amargas, pero ¿no es verdad que ambos vamos a intentar sinceramente seguir siendo "dulces", es decir, frutas buenas, a las que no pueden dañar demasiado las malas noches? El sol volverá a salir, aunque no sea el sol de Bayreuth. ¿Quién puede decir ahora dónde está la salida y dónde el ocaso, y quién sentirse seguro de error? Pero no quiero ocultar que bendigo de todo corazón la aparición de mi libro de luz librepensadora en un momento en que las nubes se acumulan oscureciendo el cielo cultural de Europa, y el propósito oscurantista se considera casi como moralidad.»

Verano de 1878 en el Oberland bernés

Con este estado de ánimo, Nietzsche se volvió a retirar en las vacaciones estivales a las montañas del Oberland bernés; esta vez a Grindelwald, es decir, sobre el «Männlich», en la pequeña y sencilla posada situada en la loma de la montaña, a 2.227 m sobre el nivel del mar y aproximadamente a 20 minutos bajo la cima[146], que asciende suavemente y desde la que se ofrecía a Nietzsche un panorama impresionante: al sur, la muralla entera de los altos Alpes berneses, con el Jungfrau delante; a ambos lados de su elevada posición, la vista libre hacia los valles de Lauterbrunnen, situados delante de Wengen, por un lado, y, por el otro, hacia el valle en forma de artesa de Grindelwald. Más allá y por encima, la verde cadena de los pre-Alpes, desde la altiplanicie de Schynig hasta el Faulhorn. Dado

que entonces no había todavía ferrocarril hasta Kleine Scheidegg, desde donde se llega a la posada en dos horas escasas, la estancia de Nietzsche en la pensión regida por el señor Bohren-Ritschard volvió a desarrollarse con la suficiente soledad para poder indagar sin estorbos en sus propios pensamientos.

También esta vez se trató de una huida a la montaña, pero sin éxito alguno con respecto a su salud. Con el mes de julio de 1878 comienza el terrible *crescendo* de la situación enfermiza y dolorosa; *crescendo* que, en progresión ininterrumpida, conducirá a la catástrofe en abril de 1879.

De nuevo, en el mes de julio, una ola de calor sobre la depresión del alto Rin había literalmente paralizado la vida en Basilea. Para evitarla, Nietzsche pasó el fin de semana del 20/21 de julio en el Jura, en «su» Frohburg, pero tiene que quejarse a la hermana: «... ¡ah, qué calor hace también aquí! Aunque, después de todo, es humanamente soportable. A la hora de la comida, 90 personas en la mesa; ni en la comina ni en la cena me uní a la mesa por los consabidos motivos, feliz de que mi estómago no rechazara ni la leche ni los huevos crudos.» Por fin, el viernes 26 de julio, se había llegado al final del semestre. Nietzsche no escribe más que a Marie Baumgartner: «... ahora tengo que limitarme sólo a unas cuantas palabras escritas de despedida, a pesar de lo que me hubiera gustado volver a pasar en su casa una tarde de despedida. Pero el "destino" no lo ha querido así: usted ya sabe en qué consiste mi destino, ante el que me he de inclinar pacientemente. Ahora, fuera a las montañas, en la mayor soledad; fuera, casi diría: hacia *mí*.»

De todos modos, el 26 no pudo bastar para hacer el largo viaje; a lo máximo sólo hasta Interlaken. De modo que llegaría al Männlich el 27 de julio, donde se quedó tres semanas, o sea, hasta el 17 ó 18 de agosto aproximadamente. No fue una buena elección; las fluctuaciones climáticas fueron demasiado fuertes para su sensible constitución. En caso de varios días seguidos de mal tiempo, a esa altura puede incluso llegar a nevar en agosto; con buen tiempo, las temperaturas pueden alcanzar hasta los 30; además, la loma del pico está expuesta constantemente al viento, lo que siempre resultó insoportable para Nietzsche. Por ello, el 2 de agosto informa a casa: «¡Si sólo le fuera mejor a mi salud! Ella ha de decidir si puedo continuar aquí más tiempo, cosa que me gustaría mucho. Desde ayer el tiempo es bueno»; y el 13 de agosto: «No me encuentro bien, ya casi recelo del *alto* aire de montaña: ¿o es el permanente mal tiempo? Cabeza y estómago dan mucho que hacer: apenas he pasado una hora agradable. Alrededores, lo más hermoso que he visto: pero me falta el ánimo.» Este fue levantado sólo momentáneamente por los esfuerzos propagandísticos de Schmeitzner: ¡había enviado *Humano, demasiado humano* al canciller príncipe Bismarck! Y éste no supo más que hacer la observación de que los tipos latinos con los que había sido impreso el libro hacían a un texto alemán difícilmente legible. Nietzsche glosó el 6 de agosto el incidente a Schmeitzner[124]:

«Bien, estimado Sr. editor, ya tiene usted ahí la gran manugrafía del gran hombre. A pesar de que él dé las gracias tan atentamente, creo, dicho sea en confianza, que, si llega a leer realmente el libro, lo arroja contra la pared. Pero esto me atañería a *mí*, no a usted.» El 3 de septiembre vuelve de nuevo a esa crítica y escribe a Schmeitzner: «Soy de la opinión de Bismarck, *mientras* los periódicos alemanes se impriman como hasta ahora. Para ciertos lectores son buenos los caracteres latinos porque impiden la lectura precipitada. Más cosas sobre toda esta cuestión, en Navidades, cuando espero verlo.» Pero este planeado viaje de Navidad no llegó a realizarse. También Wagner supo del asunto por Schmeitzner. El 12 de enero de 1879 glosa[258]: «Ese señorito pomerano, completamente inculto, que no sabe cómo el alemán Jakob Grimm se manifestó a este respecto.» (¡Grimm defendió la escritura minúscula en caracteres latinos, cosa que imitó Wilamowitz!)

Aparte de la tarjeta postal a Mathilde Maier escrita en torno al 6 de agosto (recibida el 8) y de una corta nota en otra tarjeta postal del 10 de agosto a Paul Rée, esto es todo lo que sabemos de las tres semanas pasadas en la montaña. No resultó, por tanto, lo de permanecer «más tiempo», y Nietzsche tuvo que retirarse prematuramente a Interlaken, donde se instaló en el hotel de Unterseen, que entonces era el auténtico centro de aquellos lugares. Allí permaneció aproximadamente un mes, hasta el 17 de septiembre. El 25 de agosto informa del cambio a su casa y a Overbeck. «Ahora he puesto mis esperanzas en Interlaken, donde llevo una vida como la que hice en Baden en marzo de este año. Pero las cosas no adelantan. Quizá haya de volver a arrojarme, finalmente, en brazos del Dr. Wiel de vuestro Üetli.» También comunica a Schmeitzner la nueva dirección y, dado que éste le había puesto sobre aviso del ataque de Wagner en las *Bayreuther Blätter*, Nietzsche le hace la siguiente observación: «Me resulta deseable que Wagner se meta conmigo *públicamente;* odio toda oscuridad y murmuraciones entre adversarios; por otra parte, deseo, por encima de todo, que no se me confunda con las tendencias de las Hojas bayreuthianas. ¡A usted tampoco, querido Sr. editor!» Y el 3 de septiembre: «Ayer leí las airadas, casi vengativas, páginas de Wagner contra mí. ¡Cielos, qué polémica más torpe!»

A comienzos de septiembre se produce una mejoría pasajera en el estado de salud de Nietzsche, que aprovecha inmediatamente para escribir: el 3 de septiembre a casa, a Köselitz, Overbeck y, como acabamos de ver, a Schmeitzner. Anuncia a casa: «Por fin las cosas van para adelante; la fuerza para pasear, el apetito, el sueño, todo aumenta.»

Huida de la enfermedad

Pero ya el 13 de septiembre (viernes) tiene que corregir: «¡No sé qué diréis! Quiero ir con vosotras: me encuentro tan mal que no sé valerme,

y, para mi desgracia, el semestre de invierno se acerca. Aquello que os escribí fue sólo un resplandor momentáneo. El próximo viernes por la tarde quiero estar con vosotras; el martes saldré para Basilea. ¿Podéis escribir con la mayor rapidez todavía aquí? ¿O creéis que he de ir a Zürich, a consultar a Wiel?, los Rothpletz-Overbeck me han invitado allí. Pero ¿dónde tendría la tranquilidad y los cuidados con los que cuento en Naumburg?» Realmente salió de viaje el 17 de septiembre de Interlaken a Basilea; el 18 de septiembre visitó a la señora Baumgartner en Lörrach, y, en principio, anunció su visita a Zürich[11]: «El jueves (aproximadamente a mediodía) llegaré, si no recibo ninguna indicación en contra, a Zürich, o sea, como el año pasado. (¡Vaya año que queda entremedias; horror y pavor!)»; pero a causa de su mal estado de salud no puede atreverse ni a hacer siquiera ese viaje. Overbeck le escribe el 19 de septiembre: «Tu postal de ayer fue un sobresalto después de las buenas noticias de la penúltima, y el aplazamiento hoy de tu llegada nos hace suponer, por desgracia, que te encuentras mal por el momento. Ven tan pronto como te vaya siquiera medio bien, también aquí puedes reponerte.» Nietzsche hubo de viajar a Zürich el 20, a más tardar el 21, desde donde el 21 escribe a su madre[124]: «Desde aquí (casa Falkenstein), queridas mías, el anuncio de que, siguiendo vuestra proposición, llegaré el martes a Naumburg (en caso de que la mala salud no me juegue una mala pasada)... Aquí son muy buenos conmigo, me cuidan y atienden más de lo que merezco. Ahora mismo acabo de hacer gimnasia en la habitación.» Así, el 23 de septiembre vuelve ya a emprender viaje por Lindau hasta Leipzig, y llega el 24 a Naumburg, donde goza con toda tranquilidad de los cuidados de la madre, hasta que el comienzo del semestre de invierno lo obliga a volver a Basilea. Tampoco en Naumburg suceden las cosas óptimamente para él; el día de la partida (17 de octubre) comunica rápidamente el cambio de residencia a Schmeitzner: «Partida prevista inmediatamente, tras semanas *muy* malas, sufriendo mucho.» ¡Esta tarjeta postal parece ser la única «correspondencia» de las tres semanas de Naumburg! El 18 de octubre llega Nietzsche a Basilea y al día siguiente informa a casa: «Aquí estoy, sentado, la cabeza llena de dolores. Tras mí el viaje, como un mal sueño... Perdonad si a menudo estuve desabrido, el yugo de la enfermedad me oprime excesivamente. También el pobre Rée está enfermo, una especie de fiebre nerviosa.»

El último semestre en Basilea

Con poca confianza, el 21 de octubre comienza Nietzsche el semestre. Ya el 1 de noviembre tiene que interrumpirlo durante algunos días; y así siguen las cosas todo el invierno, hasta que el 19 de marzo de 1879, una semana antes del fin oficial del semestre, tiene que dejarlo.

También los contactos epistolares sufren bajo estas circunstancias. Paul Rée le había escrito el 15 de octubre; él contesta el 20[12] y acaba con estas palabras: «Usted es mejor que yo, siempre lo he creído; y el que desde el lecho del dolor se haya recordado de mi cumpleaños y me haya escrito, es algo que no olvidaré ni como psicólogo ni como amigo»; después, sólo el 14 de diciembre vuelve a interesarse por el estado del amigo enfermo, y en la próxima carta, finalmente, a mediados de marzo de 1879, le comunica el total fallo de sus propias fuerzas.

Otra carta de felicitación de cumpleaños le proporcionó también una agradable sorpresa: de su viejo amigo de instituto Gustav Krug. Nietzsche le da las gracias el 14 de noviembre: «Contesto con esto, todo lo bien que puedo (y no me encuentro nada bien), a tu cordial felicitación de cumpleaños, querido Gustav, que me ha encontrado en el lecho del dolor. Todo lo que escribes llegó como de una buena isla de hombres activos, contentos, esperanzados; me hizo mucho bien oírlo. Mi caso es otro: como si durante estos años hubiera tenido que nadar a través de un estrecho peligroso (y no sólo en lo que se relaciona con mi salud)... Sigue siendo amable conmigo y cercano en tu corazón, suceda lo que suceda. Sobre todo no te dejes desconcertar por mi silencio y por mi obligada desatención epistolar. También hoy seré muy corto, *tiene* que ser así. Que la felicidad de tu casa, tu hijo, tu matrimonio, continúe siendo velada por buenos espíritus.»

La correspondencia con Schmeitzner está más bien dictada por la necesidad. Junto con ella hay otras dos direcciones que ocupan el primer plano, ambas extensas, pero de diferente peso, ambas surgidas de la necesidad de contacto personal: la de Marie Baumgartner y la de la casa de Naumburg. Las dos se preocupan vivamente por su bienestar físico y le procuran sus siempre apetecidos bizcochos, frutas y embutidos. También la señora Overbeck le envía asado de corzo y pollo asado («de procedencia francesa meridional... he comido de ello cuatro veces», como escribe el 9 de noviembre[124]), ¡cosa, sin embargo, que no es vista en Naumburg sin ciertos celos, como demuestra la supresión de estos y parecidos párrafos en la edición de las *Cartas completas!* También de la carta del 30 de noviembre de 1878 falta un párrafo: «... los tres racimos de uvas de la señora Baumgartner no tuvieron la culpa, los comí cuando ya había pasado el ataque.» Hubo de expresársele, por tanto, desde Naumburg la sospecha de que estos servicios amorosos lo perjudicarían, al contrario que los envíos de embutidos y jamón desde casa. Con respecto a éstos no se admite crítica alguna, y cuando Nietzsche se atreve a hacer una vez una observación, es sermoneado y tiene que retractarse. El 28 de octubre había hecho la siguiente observación: «Todavía no he acabado el jamón, el embutido no lo he empezado. No me volváis a enviar más cosas de éstas hasta que yo no os lo pida, para que no resulte demasiado cerdo.» Y el 2 de noviembre añade todavía: «La carne de Brunswick me resulta excesivamente salada.

Tanto el jamón como el embutido.» El 8 de noviembre comienza a dar marcha atrás: «¿No os habré ofendido con la pequeña nota marginal de mi última carta? Lo veo por todas partes, hay que ser pacientes unos con otros, cualquiera puede decir en cualquier momento algo necio y precipitado»; y el 9 de noviembre, finalmente: «Los cocidos de Naumburg son muy buenos... El embutido de Brunswick ya cuenta ahora *también* con mi simpatía.»

«*Opiniones y dichos varios*»

En la lastimosa debilidad y abandono crecientes que experimentaba en su puesto de Basilea, en peligro por su enfermedad, la ayuda cercana y eficiente de la señora Baumgartner le resultaba doblemente valiosa. El 28 de octubre ella le había escrito: «Si llegaran horas malas en las que usted eche de menos a su hermana, haga que me recojan, se lo ruego de corazón.» Además, desde la visita del 18 de septiembre en Lörrach, ambos tenían un secreto entre los dos, del que también participaba el hijo Adolf, aunque se le pidió silencio, y parece que lo mantuvo, puesto que Marie Baumgartner escribe (el 28 de octubre): «Si él no ha dicho nada en Naumburg, con seguridad ha dicho menos todavía en Tübingen»: ¡ella está escribiendo para Nietzsche el manuscrito para la imprenta de las *Opiniones y dichos varios!*

El sábado 26 de octubre Nietzsche la había vuelto a visitar en Lörrach. El lunes tiene que escribirle[124]: «Ah, estimada señora, tal como imaginé, tras nuestra *buena* tarde, que me regaló su bondad y permitió mi salud, llegó un maligno domingo lleno de dolores. He de confesar que *exactamente* lo mismo sucedió tras mi visita de septiembre: tuve que anular por telégrafo mi llegada a Zürich y meterme en cama. ¡Ya ve usted qué digno de lástima resulta en esto su amigo, qué *falto de libertad* su cuerpo y *por qué* ha de estar tan sediento de libertad de espíritu!» Se siguen ataques y ataques y la Sra. Baumgartner tiene que visitarlo en Basilea; así, el 7 de noviembre, que trae flores, uvas y bizcocho. Trabaja diligentemente en el manuscrito, y Nietzsche puede anunciárselo el 23 de noviembre al editor en una tarjeta postal (de nuevo falta el ángulo de los sellos; el texto deteriorado dice): «+++++ todo llegado: +++++: ¿Podemos, como +++++ y en el *apéndice* +++++ *ones y dichos* (así +++++ capítulo H. demasiado h./G.G. ss G) seguir el número de página y el número de páginas del libro principal, es decir, que la primera página aparezca como p. 379 y el primer trozo como 639? La extensión total, 8 folios de imprenta o algo menos...» Y el 31 de diciembre Nietzsche puede ya enviar el manuscrito, cosa que anuncia de nuevo en una postal de correos: «Ahí va, como felicitación de Año Nuevo, el manuscrito. ¡Por todo lo que más quiera, comuníquemelo inmediatamente cuando esté en sus manos! Vivo en el miedo y en la inquietud hasta entonces. A fines de enero *puede* estar acabada

la impresión ¿no es verdad? 8 pliegos D. Todo como en el libro principal, también nuestras condiciones. Desempaquete *con cuidado*, se trata de un manuscrito de *fichas*. Le deseo de corazón que todo le vaya bien.» Las pruebas las lee otra vez Köselitz, y así es como vuelve a comenzar en enero, por fin, la correspondencia con él. Schmeitzner se pone inmediatamente a imprimirlo, pudiendo aparecer el tomito ya el 12 de marzo de 1879. Pero Nietzsche ya no puede alegrarse como es debido, se encuentra excesivamente mal para ello y tiene que interrumpir una semana más tarde su actividad en Basilea.

Distanciamiento de Adolf Baumgartner

Adolf Baumgartner tuvo que ver con reserva, si no con extrañeza, la dedicación de su madre a Nietzsche y el nuevo proyecto literario, puesto que él mantenía sólo una relación formal con su antiguo maestro, del que se había separado interiormente ya hacía tiempo, cosa que no parece que percibiera Nietzsche en su entrega sin límites a las personas amigas. El 21 de diciembre de 1878 había escrito a la señora Baumgartner: «¿Me anticipará con una postal qué día he de esperar la visita de su hijo, tan preciado para mí (¡visita a la que *no* quiero faltar!)? Ojalá que mi enfermedad se comporte razonablemente entonces»; y el 23 de diciembre a Adolf Baumgartner: «Al llegar a casa por la noche encuentro algo sobre mi mesa: algo bello y serio por dentro y por fuera: me alegra mucho. ¿Viene de usted? Mis más sinceras gracias. Pero el miércoles lo tengo ocupado y comprometido. ¿Vendría usted el jueves o el viernes?* En todo caso, esos dos días estaré de 2 a 4... Mientras tanto, para usted y para su estimada madre el saludo inglés: "Paz en la tierra y mutua satisfacción entre los hombres."» Ya hacía tiempo que el curso de sus estudios, los proyectos abandonados y una cierta propensión al «dandismo» en el joven, habían causado cierto desagrado a Nietzsche; respecto a todo ello, incluso, había hecho ciertas observaciones por carta a Rohde. Seguramente sobreestimó entonces su autoridad como amigo paternal, como persona superior probada en el dolor y como «padre académico», y, llevado por esta falsa apreciación, llegó a decirle algo que no le gustó oír. Meses después, tras haber conseguido su doctorado el 21 de julio de 1879 en Tubinga, escribe, el 3 de agosto de 1879, a Overbeck[188]: «Verdaderamente no sé muy bien cuál es mi posición respecto al profesor Nietzsche. Mi inclinación hacia él sufrió además un duro golpe por un discurso pedagógico que me echó en Navidades, y no sé si durará mucho.» Así fue cómo por aquella época perdió también a esta persona.

* Jueves o viernes = 24/25 de diciembre de 1878.

La enfermedad obliga a una decisión

Además de su estado crónico de sufrimiento, en diciembre y en enero Nietzsche padeció una infección aguda en la uña de un dedo. Tuvo que ir diariamente a la clínica para recibir tratamiento. El invierno de 1878/79 llegó desacostumbradamente muy pronto y muy duro, con mucha nieve; a Nietzsche le alegró ese tiempo y la obligación que le imponía de andar diariamente en medio del claro aire nevoso. Lo único molesto es que se había comprometido en planes para las vacaciones, y no pudo ir esas Navidades a ninguna parte, sino que tuvo que quedarse en Basilea. Tenía pensado volver en las fiestas a Naumburg, y con esa ocasión había planeado también un encuentro con Schmeitzner. Pero, de este modo, hubo de pasar las fiestas de Navidad más solitarias desde 1864, año en que era estudiante en Bonn. Aunque llegaron regalos: de casa, una cajita con cosas de comer, un libro y los deseados guantes de punto (llamados «manoplas»); de los Baumgartner, un tomo de Leopardi (traducido por Heyse); también fue obsequiado por los Overbeck, aunque se marcharon fuera esos días de fiesta. El también hizo regalos: a la señora Baumgartner un libro, al marido puros; a los hijos de la familia que lo aposentaba: a la chica «un bonito *capouchon*» (capuchón = capucha para la lluvia) y un pez de latón imantado, al chico «un chal de media seda y panecillos de azúcar» y una navaja de tres resortes. A casa envió a la madre una «máquina de alcohol», un cocedor de té, como el que él mismo usaba con éxito; Elisabeth había expresado sus deseos de un libro sobre la exposición internacional y de un pañuelo de seda. Con ambas cosas tiene problemas, e intenta «resarcir a la pobre "llama" comprando algo que resulte "mucho más elegante": pero no estoy seguro de que le guste tanto como lo más sencillo. ¡Si pudiera estar con vosotras!»

Esto era lo que le faltaba: el calor humano. El año anterior y el de 1875 los había celebrado con Elisabeth en la propia casa, el año de en medio, 1876, en la comunidad sorrentina, y los años anteriores en Naumburg o en Trisbschen. Así que esta vez, a la acoscumbrada excitación de ánimo, que todos los años iba emparejada con estas fiestas, y a la secuela de ello, la desesperada situación enfermiza, se unió, pues, una soledad tremenda. El 5 de enero se lee en una tarjeta postal dirigida a Marie Baumgartner: «*Malos* días de San Silvestre y de Año Nuevo, días *malos* para mí. Y ahora vuelve la angustia del semestre»; y el 11 de enero a la madre: «El día de Año Nuevo resultó una *mala* entrada en el nuevo año... El dedo ha vuelto a empeorar también... El paisaje está otra vez nevado y hace frío.» Y el 18 de enero de 1879:

«¡Tras mí la peor semana del invierno! El lunes mal, el martes ataque, el miércoles mal, el jueves *y* viernes nuevo ataque muy fuerte, interminable, hoy roto y cansado.» Y de nuevo el 9 de febrero: «Durante tres días no pude escribir ni una línea, muy mal otra vez, la semana entera, a pesar de haber interrumpido el trabajo. Ahora tiene que volver a irme mejor. Las clases me obligan a reflexionar demasiado; a parte de eso no hago nada en limpio; nunca he vivido un invierno tan a expensas de mejorar la salud; por eso me resulta muy instructivo. Con el estómago lo he conseguido espléndidamente. Pero la dolencia de ojos aumenta; las contracciones (que me obligan a mantener medio cerrado durante horas el ojo derecho) se extienden en los días peores a todo el cuerpo.» Una semana más tarde, el 17 de febrero, continúa ofreciéndose la imagen de siempre: «Semana mala. Se me quitan las ganas de narrarla detalladamente. El tiempo fue muy desapacible. El estómago en orden, el plan de vida tan prudente como es posible. Los ojos ya no dan abasto para las clases, de la cabeza mejor no hablar. (Tuve dolor de cabeza durante los seis días, excepto cuando dormía).» Y todo esto va en aumento: el 28 de febrero[124]: «Queridas mías, desde entonces he sufrido inenarrablemente. Un ataque de 4 días y otro de 6 días, ambos de la mayor fuerza. A la vez vómito tras vómito... Sólo me atreví a dar un curso, ahora me resulta de nuevo imposible durante una semana.» Y el 9 de marzo: «Hubo una noche en que pensé que no la sobreviviría.» Pero a pesar de ello no se entrega; entabla un duro combate con el dictado del destino. El 17 de febrero encarga a Elisabeth «traducir bien todos los juicios sobre asuntos literarios de Doudan*», y el 9 de marzo le advierte todavía: «¡Espero diariamente algunos pliegos de Doudan, mi querida llama! ¡Perdón! Lo *necesito;* dime exactamente si puedes o quieres hacerlo (he de poder *confiarme* en la traducción).»

El 1 de marzo también pide a la señora Baumgartner el mismo favor: «¿Me podría traducir ocasionalmente juicios literarios de las lettres à une inconnue de Mérimée?» Ella lo hace y él se lo agradece el 6 de abril (desde Ginebra): «El domingo de Ramos, que todos los años vivo con sentimientos infantiles y con infantiles deseos de renovada alegría, y que, consecuentemente, siempre se convierte más bien en un día melancólico, me trajo su saludo y la continuación de Mérimée, le estoy muy agradecido por ambas cosas. Mérimée es un artista de primera categoría y tan dispuesto como persona a ser claro y a ver claro: me hace mucho bien.» Aunque el 30 de marzo, en medio de los peores sufrimientos, escribe a Overbeck: «Para mi soledad no hay cura alguna. —Los *Dialogues des morts* de Fontenelle son para mí como parientes cercanos»**, busca sin embargo incentivo intelectual, y lo busca ante todo, de modo notorio, en la literatura francesa. Tampoco abandona la esperanza de una curación física. El 9 de marzo informa a casa de una cura de agua fría, a la que cree deber una corta «mejoría», y vuelve a planear una nueva estancia en un balneario, para la que le parece aconsejable Rehme (Bad Oeynhausen, en Westfalia). «También Overbeck supo informarme de la influencia be-

* Xaver Doudan: «Mélanches et lettres».

** Fontenelle, 1657-1757, *Dialogues des morts* 1683; Ilustración.

néfica de Rehme sobre los dolores de cabeza», escribe el 9 de marzo a casa; pero ya el 14 de marzo vuelve a puntualizar: «Estoy informado (médico-científicamente) con toda exactitud de detalles sobre Rehme. No existe un balneario para mis dolencias de cabeza. Pero podría intentarse quizá todavía un descanso de al menos 5 años (ya no creo en ninguna curación, no os podeis hacer una idea de la conmoción del cerebro, del apagamiento de los ojos). Overbeck piensa que menos de 5 años sería absurdo; salgo el viernes dentro de ocho días (es decir, de hoy en ocho días).»

Pero ¿a dónde? Köselitz lo había instado ya en el otoño de 1878 a una estancia en Venecia, en el lado del Lido vuelto hacia el mar. Incluso le había pintado acuarelas para convencerlo. Pero los amigos de Basilea, sobre todo Jacob Burckhardt, lo habían apartado de ese plan, por el que Nietzsche, rápido como era él en tales cosas, se había entusiasmado de veras. Todavía el 1 de marzo de 1879 había escrito a Köselitz: «Plan provisional. El martes 25 de marzo a las 7,45 de la tarde llego a Venecia y soy embarcado por usted... No quiero ver nada, nada más que ocasionalmente. Sí sentarme en la plaza de San Marcos y oír música militar a pleno sol. Todos los días de fiesta oiré la misa en San Marcos. Quiero pasear con toda tranquilidad por los jardines públicos. Comer buenos higos. También ostras... La mayor tranquilidad. Llevo conmigo unos cuantos libros. Baños calientes en Barbese.»

Pero todavía dos días antes del viaje, adelantado ahora al 21 de marzo, está indeciso: «Otro terrible ataque (el segundo con vómitos del invierno) que me ha roto totalmente: tuve que interrumpir definitivamente las lecciones. Salgo el viernes por la mañana temprano. ¿A dónde? No lo sé todavía. Hasta el lunes o martes tendréis noticias mías al respecto.» Va primero a Ginebra: «He bajado aquí, solo; ya no me atrevo a cruzar las montañas, me encuentro *muy mal. También aquí*», notifica el 23 de marzo a casa. Se instala primero en el Hôtel de la Gare, pero ya en los primeros días se traslada al lago, escribiendo el 25 de marzo a Overbeck desde el Hôtel Richemont: «Un ataque del peor tipo (con muchos vómitos). Estómago enfermo, descompuesto, de continuo. Bien, quiero resistir»; y el 30 de marzo: «Entretanto he vuelto a cambiar de alojamiento, aunque dentro del mismo hotel. Vivo muy alto (5.º piso), bella, saludablemente, en el antiguo aposento de los Diday, hacia el lago. Mi vida es más tortura que descanso... "¡Ojalá estuviera ciego!" Este tonto deseo se ha convertido para mí ahora en una filosofía. Puesto que ni *leo* ni debo leer, así como tampoco debo pensar, ¡y *pienso!*»

El 6 de abril, Domingo de Ramos, no solamente le llega y lo alegra el saludo y la traducción de Mérimée de la señora Baumgartner, sino también una extensa carta de Jacob Burckhardt agradeciéndole el envío de *Opiniones y dichos varios*[61]: «He leído y paladeado el apéndice a *Humano...* con renovado asombro sobre el libre fluir de su espíritu. Nunca he penetrado, como es sabido, en el templo del auténtico pensamiento, sino

que toda mi vida me he recreado en el patio y en los pórticos del períbolo, donde reina lo plástico en el más amplio sentido de la palabra. Y ahora en su libro se ha atendido, desde cualquier punto de vista, e incluso para un negligente peregrino como yo soy, a las cosas más sustanciales. Allí a donde yo no llego, veo, con una mezcla de temor y placer, con qué seguridad se pasea usted por los vertiginosos riscos, e intento hacerme una imagen de *aquello* que usted ha de ver en la profundidad y lejanía... ¿Qué diría el viejo Montaigne? Ahora conozco cantidad de máximas que realmente le envidiaría a usted La Rochefoucault, por ejemplo...» La metáfora del paseante sobre riscos es una de aquellas expresiones de alabanza que más afectaron a Nietzsche y que incluso ejercieron un influjo decisivo sobre su pensamiento y su autovaloración (más tarde será la expresión de J. V. Widmann de «dinamita»). Sin quererlo, con ello Burckhardt dio un impulso al «zaratustrianismo»; el escalador audaz se convirtió en un ideal de Nietzsche, dado que él como paseante era algo totalmente diferente. Ya a causa de su miopía no podía abandonar los caminos trazados. En su entusiasmo ingenuo Nietzsche no se dio cuenta de que en las palabras de Burckhardt había también una cierta reserva: Burckhardt no era precisamente un «paseante de riscos», ni siquiera en el terreno intelectual, a pesar de toda su grandiosa perspectiva sobre los hechos históricos; tampoco quería serlo, no era su «ideal».

A pesar del régimen más estricto de vida y de los baños, la salud ahora ya no puede recuperarse. El 30 de marzo Nietzsche informa a casa: «Tomo duchas; sin embargo me encuentro mucho peor que el año pasado por el mismo tiempo. Hasta ahora más tortura que descanso... ¡Eso para que penséis lo bien que os va a *vosotras!* ¡Y compararos con mi vida en el abismo, dividida en tres cuartas partes de dolor y una de agotamiento!»

Despedida de Basilea

El 15 de abril volvía a comenzar ya el nuevo semestre de verano, para el que Nietzsche todavía había anunciado cursos. El 18 de abril encarga a Overbeck: «¿Puedo pedirte, querido amigo, que pongas por mí el anuncio en el tablero, exactamente según el catálogo de lecciones, pero con la nota final siguiente: "Inscripción al final de las primeras lecciones." Comienzo el sábado 26 de abril, a las 9 horas, en el auditorio III.» Nietzsche tiene que decidirse a interrumpir el 21 de abril la infructuosa cura y volver a Basilea. Aquí se somete primero a un examen del oculista profesor Schiess, sobre el que informa a casa el 25 de abril: «Desde mi última postal las cosas van cada vez peor, lo mismo en Ginebra que en Basilea... Ataque tras ataque, allí y aquí. Hasta ahora incapaz de dar lecciones. Schiess constató ayer de nuevo la considerable disminución de mi visión desde el último reconocimiento.» También el profesor doctor Rudolf Massini se da

cuenta de la falta de esperanza de la situación, reconociendo además el 3 de mayo, en un informe al presidente de la regencia, el doctor Carl Burckhardt-Burckhardt[242]: «El estado del desdichado colega, el señor profesor Nietzsche, es por desgracia de tal tipo, que lo incapacita totalmente para cumplir sus obligaciones como profesor universitario durante el semestre de verano; parece urgentemente necesario un inmediato retiro de sus funciones; dado que apenas puede esperarse una pronta recuperación de la salud del señor profesor Nietzsche, él mismo ha presentado, por consejo médico su dimisión. El paciente desea que se informe también por nuestra parte del estado de cosas al departamento de educación.» Así, la decisión fue obligada finalmente por el destino. Con fecha 2 de mayo Nietzsche dirige al presidente del consejo de educación la solicitud de cese. Está escrita en bella letra antigua, por una mano extraña, y únicamente trae la firma autógrafa de Nietzsche. Viene fechada en «Basilea», aunque Nietzsche estaba ya entonces otra vez en Ginebra; dice:

«¡Muy respetado Sr. Presidente! El estado de mi salud, a causa del cual ya me he visto obligado a dirigirle varias solicitudes a usted, me hace dar hoy el último paso y manifestar el ruego de que me sea permitido apartarme del puesto que ostentaba hasta ahora como profesor de la universidad. Los dolores de cabeza, que últimamente han seguido creciendo hasta hacerse extremos, el costo de tiempo, cada vez más grande, que me suponen mis ataques de cada dos hasta seis días, la disminución considerable de mi capacidad de visión, recientemente constatada (por el señor profesor Schiess) que apenas me permite todavía leer y escribir veinte minutos sin dolores, todo esto junto me obliga a declarar que ya no puedo atender a mis obligaciones académicas, sí, que desde ahora ya no puedo cumplirlas... Así, sólo me resta, remitiéndome al § 20 de la ley universitaria, expresar, con profundo pesar, el deseo de mi cese, dando a la vez las gracias por las muchas pruebas de benevolente indulgencia que los altos organismos me han dado desde el día de mi contratación hasta hoy...»

Nietzsche hubo de volver a viajar a Ginebra en los últimos días de abril, puesto que el 3 de mayo contesta desde allí a Overbeck a una pregunta que éste le había dirigido a Ginebra: «¡Sí, querido amigo, tienes razón, y volvería inmediatamente si no tuviera la basileofobia, un auténtico miedo y horror por el mal agua, el mal viento, y por todo el oprimido ambiente de ese infeliz foco de mis penas!... Acabado de salir de una dolorosa estancia en cama de dos días.» El 7 de mayo está de nuevo en Basilea para liquidar su pequeña vivienda de soltero; invita también a la señora Baumgartner a una corta visita de despedida. Entretanto Overbeck ha alarmado a la hermana, que viene el 10 de mayo a Basilea. A continuación viajan ambos juntos a una cura a Schloss Bremgarten, Berna, donde, sin embargo, él apenas permanece una semana. Es asaltado por una intranquilidad tremenda. En el viaje a Bremgarten hubo de volver a dar un rodeo por Ginebra, puesto que el 13 de mayo escribe desde allí a Schmeitzner. Poco después del 21 de mayo ya está, por algunos días, en casa de los Rothpletz en Zürich. El 31 de mayo escribe desde Wiesen, cerca de Davos, a su hermana, de la que se había separado tras la estancia en Bremgarten, e informa de cuatro días en los que no pudo dormir; así que hubo de estar también aquí unos cuantos días, después de su corta estancia en Zürich.

Mientras tanto Elisabeth concluyó la liquidación de la vivienda de Basilea. También las autoridades tomaron las últimas medidas. El 14 de junio la regencia de Basilea trata de la solicitud de cese de Nietzsche y la concede con fecha de cese de 30 de junio de 1879. Hasta ese día Nietzsche recibe su sueldo: «El consejo de regencia del cantón de la ciudad de Basilea, a petición del departamento de educación, concede al Sr. Dr. phil. Friedrich Nietzsche, empleado desde la Pascua de 1869 en la universidad y en el pedagogio como profesor de lengua y literatura griegas, el cese, pedido por él mismo por motivos de salud, para el final del mes corriente; testimonia al mismo las sinceras gracias de las autoridades por el extraordinario modo en que ha desempeñado su cargo, y le concede para los próximos seis años una pensión de mil francos anuales.» Adjuntaba el largo informe justificativo del entonces presidente del departamento de educación, el doctor Paul Speiser, que había propuesto: «Bajo estas circunstancias no podemos menos que dar curso a la petición de cese, por más que sea de lamentar la pérdida de un profesor tan extraordinario.» Para la determinación de la pensión se consideró que la universidad, asimismo, había concedido para el mismo fin, del fondo Heusler, la cantidad de 1.000 francos durante seis años, y la Sociedad Académica, por su parte, 1.000 francos, en nombre de algunos miembros[242], por lo que Nietzsche alcanza una pensión de 3.000 francos anuales; el término fijado de seis años sería ampliamente sobrepasado. Hay que considerar que esto no se trata de una «indemnización del seguro», puesto que entonces no había todavía seguros de pensión con participación de cuotas por parte de los asegurados. Mayor motivo para calibrar, por la adjudicación de esta suma, incluso donada privadamente en parte, el respeto por la persona y el reconocimiento por su labor, que las autoridades y los círculos académicos de Basilea expresaron ofreciendo al hombre de sólo 34 años y con sólo 10 años de actividad, una renta, que, al fin y al cabo, para entonces, aseguraba su existencia, y que suponía los dos tercios de su sueldo.

Cuando, además, el 18 de junio, Nietzsche fue dado de baja en el control de población de Basilea, la despedida de la cátedra y de la ciudad se cumplió, formalmente también, en todos los aspectos. Nietzsche había abandonado su último lugar estable de residencia y comenzaba para él la existencia apátrida de la segunda parte de su vida.

FUENTES

Para las indicaciones bibliográficas de tipo general se remite a las bibliografías especializadas[205]; aquí se consignan exclusivamente los textos que han sido utilizados para la elaboración de esta biografía. A las citas de los textos manejados se remite detallando el volumen (en cifras romanas) y en número de página (en cifras arábigas); en el caso de citas muy largas, se hace constar su lugar de origen entre paréntesis en el cuerpo mismo de la obra. Cuando se trata de citas de cartas es posible renunciar a estas indicaciones, dado que en el texto se explicitan siempre autor, destinatario y fecha, de modo que pueden ser fácilmente encontradas en cualquiera de las ediciones pertinentes. También en el caso de las citas y referencias a los escritos publicados por Nietzsche se hacen constar el título, el capítulo y el número del aforismo, de modo que su consulta en cualquiera de las ediciones disponibles resulta igualmente fácil. En cuanto a las citas de los póstumos, se remite —en la medida en que ello ha sido posible en la época de redacción de la obra— a la nueva edición crítica completa[6]; pero a menudo también a la edición GOA[1] y a la edición en tres volúmenes de Karl Schlechta[3,4]. A HKG[2,8] se recurre, por el contrario, sólo excepcionalmente, dado que apenas resulta ya accesible*.

La plena identificación y documentación de las citas e indicaciones bibliográficas de Blunck no ha sido siempre posible*.

1. GOA: *Nietzsches Werke;* se trata de la llamada *Grossoktav-Ausgabe* en 16 (20) volúmenes; Naumann und Kröner, Leipzig, 1905-1911.
   99 (IX 134); 145 (IX 425); 188 (X 109, 128 ss.); 189 (X 132, 143, 134), (X 145 ss.); 221 (X 193); 287 (X 483 ss.), (X 485 ss.); 243 (I 605); 254 (X 317), (I (388, 391 ss.); 255 ss. (I 396, 397, 403, 409, 414); 256 (418, 431, 436, 440, 444, 445, 454); 257 (X 467, 492); 266 (X 491); 271 (X 343-423); 622 (X 216-238); 345 (X 460); 347 (X 430, 431); 348 (X 432).
3. Friedrich Nietzsche: *Werke* en tres volúmenes, edición de Karl Schlechta. Carl Hanser Verlag, München, 1954.
   Volúmenes 1 y 2.
   133 (I 25); 135 (I 58, 77 ss.); 136 (I 84, 85), (I 93, 82); 137 (I 93, 82); 137 ss. (I 29, 66 ss.); 139 (I 100 ss.); 140 (I 110); 211 (I 192); 230 (I 167); 233 (I 268), (I 270); 235 (I 215); 349 (I 367).
4. Volumen 3 de la edición de Schlechta.
   133 (108); 143 (178); 184 (296, 297); 185 ss. (285, 272); 187 (268); (309-322); 360 (1152); 393 (1130).
5. *Friedrich Nietzsches Werke des Zusammenbruchs*, editadas por Erich Podach. Wolfgang Rothe Verlag, Heidelberg, 1961.
   135 (229); 145 (235); 151 (238); 163 (245); 167 (237); 174 (240); 212 (225); 225 (271); 257 (272); 311 (271); 350 (272); 353 (277); 359 (276, 277); 438 (279).
6. Friedrich Nietzsche: *Werke. Kritische Gesamtausgabe*, edición al cuidado de Giorgio Colli y Mazzino Montinari, Walter de Gruyter and Co., Berlin, 1967 ss.
   284 (IV^4 18); 375 (IV^4 22); 399 (IV^4 30); 408 (IV^4 32), (IV^4 47); 412 (IV^4 34); 417 (IV^4 59); 425 (IV^4 52); 432 (IV^4 47); 437 (IV^4 49); 441 (IV^4 47).

* Cuando hay traducción castellana de los textos de Nietzsche en las versiones publicadas por Alianza Editorial, nos mantenemos fieles a ella. En caso contrario, la traducción es nuestra. *(T.)*

7. Friedrich Nietzsche: *Gesammelte Briefe* («Cartas reunidas»), Insel Verlag, Leipzig. Volumen I^3 1902; Volumen 2 (Correspondencia con Erwin Rohde)^2 1903; Volumen 3^2 1905; Volumen 4 (Cartas a Peter Gast)^2 1908; Volumen 5^1 y 5^2 (Cartas a la madre y a la hermana) 1909.
   65, 162, 164, 166, 168, 253, 295 (III 384), 319, 340 (XIX), 372 (III 518), 392 (III 533), 403, 408.
8. Friedrich Nietzsche: *Briefe* («Cartas»). *Historisch-Kritische Gesamtausgabe*, volúmenes 1-4 (hasta el 7 de mayo de 1877). C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, München, 1938-1942.
   60 (II 483); 162 (III 461); 170 (III 308); 198 (III 393); 200 (II 395); 205 (III 386); 209 (III 373); 226 (IV 372); 246 (IV 383); 247 (IV 390, 391); 264 (IV 403, 405); 277 (IV 349); 347 (IV 288, 290); 367 (IV 450); 379 (IV 312); 386 (IV 465).
10. Friedrich Nietzsche: *Der musikalische Nachlass* («El legado musical póstumo»), herausgegeben im Auftrag der Schweizerischen Musikforschenden Gesellschaft von Curt Paul Janz.
    Bärenreiter-Verlag Basel/Kassel, 1976. *Vid.* la entrada 125 Janz, C. P.
11. *Friedrich Nietzsches Briefwechsel mit Franz Overbeck.* («Correspondencia de Nietzsche con Franz Overbeck»). Herausgegeben von Richard Oehler und Carl Albrecht Bernoilli. Insel Verlag Leipzig 1916 passim.
12. Friedrich Nietzsche, Paul Rée, Lou v. Salomé: *Die Dokumente ihrer Begegnung* («Los documentos de su encuentro»), editados por Ernst Pfeiffer. Insel Verlag, Frankfurt, 1970.
    378, 424, 430, 435, 436, 438, 451.
13. *Die Briefe Peter Gasts an Friedrich Nietzsche* («Las cartas de Peter Gast a Friedrich Nietzsche»). Heruasgegeben in 2 Bänden von A. Mendt. Verlag der Nietzsche-Gesellschaft in München 1923/24.
    387, 398.
14. *Die Briefe des Freiherrn Carl v. Gersdorff an Friedrich Nietzsche* («Las cartas del barón Carl v. Gersdorff a F. N.»), editadas por Karl Schlechta y Erhart Thierbach. Achte bis elfte Jahresgabe der Gesellschaft der Freunde des Nietzsche-Archivs. Weimar, 1934-1937.
    82 (I 116); 90 (I 118); 182 (II 107, 109); 215 (II 60); 238 (II 130); 281 (III 91); 423 (III 66); 424 (III 33, 48).
15. *Die Briefe Cosima Wagners an Friedrich Nietzsche* («Las cartas de Cosima Wagner a F. N.»). Herausgegeben von Erhart Thierbach. Zwölfte und dreizehnte Jahresgabe der Gesellschaft der Freunde des Nietzsche-Archivs. Weimar 1939/1940.
    58, 61, 64, 67, 71, 73 (I 99), 91, 98, 182, 268 (II 139).
16. Wilhelm Altmann: *Kurzgefasstes Tonkünstlerlexikon* («Breve enciclopedia de músicos»). Heinrichshofen, Wilhelmshafen[15] 1974.
25. MGG («Música en la historia y en el presente»). Bärenreiter, Kassel 1949-1973.
26. *Realenzyklopädie der Altertumswissenschaft* («Enciclopedia general de la ciencia de la Antigüedad»), edición separada extraordinaria del artículo dedicado a Cicerón, Stuttgart o.J. 97.
28. Edgard Refardt: *Historisch-biographisches Musikerlexikon der Schweiz* (Diccionario histórico-biográfico de músicos suizos»), Hug, Leipzig/Zürich 1928.
29. Hugo Riemann: *Musik-Lexikon* («Diccionario de música»), Schott, Mainz[12] 1959.
30. *Schweizer Musiker-Lexikon.* («Diccionario de músicos suizos»), Atlantisverlag Zürich 1964.
31. *The International Cyclopediae of Music and Musicians*, ed. Thompson, London 1954.
32. Gero v. Wilpert: *Lexikon der Weltliteratur* («Diccionario de la literatura universal»), Kröner, Stuttgart 1963.
33. W. Ziegenfuss: *Philosophen-Lexikon* («Diccionario de filósofos»). De Gruyter, Berlin 1949.
35. *Aeschylus*, ed. G. Murray, Oxford 1947.

36. *Allgemeine Musikgesellschaft Basel. Festschrift zur Feier des 50 jährigen Bestehens 1876-1926* («Sociedad Musical general de Basilea. Escrito publicado para celebrar y conmemorar los cincuenta años de existencia 1876-1926»). Birkhäuser, Basel, 1926.
37. Anni Anders und Karl Schlechta: *Friedrich Nietzsche. Von den verborgenen Anfängen seines Philosophierens.* («F. N. De los comienzos ocultos de su filosofar»). Frommann Verlag Stuttgart 1962.
67 (61), 180, 190, 191 (125), 228 (142), 281.
41. Joh. Jak. Bachofen: *Gesammelte Werke* («Obras reunidas»), vol. 10 (Cartas). Schwabe u. Co. Verlag Basel/Stuttgart 1967.
179 (441).
42. Badenweiler (i/Schwarzwald): *Fremdenblatt*, agosto, 1869 y 1876.
57-59, 290, 346.
46. Otto Behaghel: *Indogermanische Forschungen* («Investigaciones indogermánicas»), 25, 1909.
49. Richard Benz: *Beethovens Denkmal im Wort* («El recuerdo de Beethoven en sus propias palabras»), Piper u. Co. Verlag, München 1950.
198 (55).
50. Carl Albrecht Bernouilli: *Franz Overbeck und Friedrich Nietzsche, eine Freundschaft* («F. O. y F. N. Una amistad»). Diederichs, Jena 1908, 2 vols.
74, 83, 216, 222, 259, 263, 379, 380, 381, 383.
53. Elsa Binder: *Malwida v. Meysenburg und Friedrich Nietzsche*, tesis doctoral, Lausanne 1917, ed.: Berlin 1917.
324 ss., 392 (49), 437 (54).
54. Richard Blunck: *Notizhefte* («Cuadernos de notas»), ined.
71, 304, 365, 388.
55. G. Bohnenblust: *Nietzsche Genfer Liebe* («El amor ginebrino de Nietzsche»), *Annalen* 2, Zürich 1928.
287, 295.
56. Edgard Bonjour: *Die Universität Basel* («La Universidad de Basilea»), Helbing und Lichtenbahn, Basel/Stuttgart² 1971.
14 (412); 15 (562); 17 (481); 74 (517); 77 (517); 103 (711); 108, 109 (712); 147 (595); 301 (690).
60. Karl Büchner: *Römische Literatyr-Geschichte* («Historia de la literatura romana»), Kröner TA 247, Stuttgart 1957.
61. Jacob Burckhardt: *Briefe* («Cartas»). Gesamtausgabe, herausgegeben von Max Burckhardt. Schwabe Verlag, Basel 1949-1974. Han visto la luz los vols. 1-8.
62. Jacob Burckhardt: *Briefe* («Cartas»), edición y selección de Fritz Kaphahn. Kröner, Leipzig 1935.
63. Jacob Burckhardt: *Griechische Kulturgeschichte.* Edición en 3 vols. al cuidado de Rudolf Marx. Kröner, Leipzig 1929.
64. Jacob Burckhardt: *Griechische Kulturgeschichte* («Historia de la cultura griega»). Edición en 4 vols. al cuidado de Werner Kaegi, dtv Munich, 1977.
140, 272, 345.
65. Jacob Burckhardt: *Weltgeschichtliche Betrachtungen* («Consideraciones histórico-universales»). Edición al cuidado de Rudolf Marx. Kröner, Leipzig 1935.
97, 100.
67. Paul Burckhardt: *Geschichte der Stadt Basel* («Historia de la ciudad de Basilea.») Helbing u. Lichtenhahn, Basel, 1957.
13, 74, 77.
69. Friedrich Creuzer: *Symbolik und Mythologie der alten Völker* («Simbología y mitología de los pueblos primitivos.») Leipzig y Darmstadt³ 1836-1843.
42.
70a. Otto Crusius: «Friedrich Nietzsche und Karl Hillebrand.» *Süddeutsche Monatshefte* 6 Jahrg. Agosto, 1906 pp. 129-42.
306, 308, 309.

77. Diogenes Laertius; ed. de H. S. Long. Oxford, 1964.
99, 216.
79. Gustav Doret: *Hugo de Senger.* Payot, Lausanne, 1930.
292
81. Richard Du Moulin-Eckard: *Cosima Wagner.* Drei-Masken-Verlag, Berlin, 1929 y 1931 (2 vols.).
129, 250.
82. Emil Dürr: «Adolf Baumgartner.» En: *Basler Jahrbuch* 1932, pp. 211 ss.
300-306.
84. Max Fehr: *Richard Wagner Schweizer Zeit*, vol. II. Sauerländer, Aarau, 1953.
29 (227); 84 (300); 101 (315); 102 (459). — — — — — — — — —
85. Kuno Fischer: *Geschichte der neueren Philosophie* («Historia de la filosofía moderna»), vol. 1, parte 2: *Descartes' Schule, Geulincx, Malebranche, Baruch Spinoza* («La escuela de Descartes, Geulincx, Malebranche, Baruch Spinoza.») Mannheim y Heidelberg², 1865. Vols. 3 y 4: *Immanuel Kant. Entwicklungsgeschichte und System der Kritischen Philosophie* («I. K. Historia evolutiva y sistema de la filosofía crítica.») Mannheim, 1860. *Krotik der Kantischen Philosophie* («Crítica de la filosofía kantiana.») Munich, 1883.
111.
86. Elisabeth Förster-Nietzsche: *Das Leben Friedrich Nietzsches. Biographie* («La vida de F. N. Una biografía.») C. G. Naumann, Leipzig, 1895 (vol. 1), 1897 (vol. 2¹), 1904 (vol. 2²).
105 (II 55 ss.); 219 (II 117 ss.); 437 (II 303); 444 (II 312).
89. Elisabeth Förtser-Nietzsche: *Wagner und Nietzsche zur Zeit ihrer Freundschaft* («Wagner y Nietzsche en la época de su amistad.») Georg Müller, München, 1950.
268 (218); 356 (240).
90. *Friedrich Nietzsche* und die Frauen seiner Zeit Elisabeth Förstern-Nietzsche: *Friedrich Nietzsche und die Frauen seiner Zeit* («F. N. y las mujeres de su tiempo.») C. H. Beck, München, 1935.
443 (192).
93. Carl Fuchs: *Präliminarien zu einer Kritik der Tonkunst.* («Preliminares para una crítica del arte tronal»), tesis doctoral, Stralsund, 1871.
318.
94. Carl Fuchs: *Thematikon zu Peter Gasts Opera «Die heimliche Ehe»* («Indice temático de la ópera de Peter Gast «El matrimonio secreto»), C. G. Naumann, Leipzig, 1890.
339.
95. Ernst Gagliardi: *Geschichte der Schweiz* («Historia de Suiza»), Orell Füssli, Zürich⁴, 1939.
11, 25.
96. *Die Gartenlaube*, Jahrg, 1876.
361-364.
98. Thomas Gelzer: «Die Bachofen-Briefe» («Las cartas de Bachofen.») *Schweizerische Zeitschrift für Geschichte*, Bern 1969⁴ pp. 777-869.
39, 41 (805, 801), 42 (823).
99. *Basler Gesangverein. Festschrift zur Feier des 100 jährigen Bestehens.* («Edición conmemorativa del contenario. Orfeón de Basilea.») / Basilea, 1924.
70 (38), 245 (40).
104. Franz Grillparzer: *Werke: Studien II zu Aesthetika* («Obras: Estudios II de Estetica.») Deutsches Verlagshaus Bong, Berlin, o.J.
186, 141.
105. Hans Gutzwiller: «Friedrich Nietzsche Lehrtätigkeit am Basler Paedagogium 1869-1876.» («La actividad docente de F. N. en el Instituto Pedagógico de Basilea 1869-1876.») *Basler Zeitschrift für Geschichte und Altertumskunde*, Verlag Universitätsbibliothek Basel, Jahrg. 50 / 1951.
69 (182); 96, 97 (182); 126 (171); 127 (179); 198 (173 ss.); 199 (162); 202 (216, 217); 203 (217), 177 ss.); 204 (183, 184); 284 (195); 419 (198, 199).

106. Eduard Hanslick: *Vom musikalisch Schönem* («De lo bello musical.») Breitkopf u. Härtel, Wiesbaden[16], 1966.
312.
109. Karl Hillebrand: *Zeiten, Völker, Mensschen* («Épocas, pueblos, hombres.») Oppenheim, Berlin, 1874.
271, 307, 309 (II 300 ss.), 316 (II 342 ss.).
110. Karl Hillebrand: *Zwölf Briefe eines aesthetischen Ketzers.* («Doce cartas de un hereje estético.») Trübner, Strassburg, 1914. (Primera edición: *Augsburger Allgemeine* 1. 3-6. 4, 1873).
312-314.
111. Eduard His: *Basler Gelehrte des 19. Jahrhunderts* («Eruditos de Basilea del siglo XIX.») Schwabe, Basel, 1941.
33 (125 ss.); 36 (51 ss.); 38 (57, 341); 39 (155 ss.); 40 (166); 43 (210); 74 (285 ss.); 76 (288, 290); 108 (181).
112. Eduard Hils: *Nietzsches Heimatlosigkeit* («El desarraigo nitzscheano.») En: *Basler Zeitschrift für Geschichte und Altertumskunde*, Verlag Universitätsbibliothek Basel, Jahrg. 40/1841.
86 (168); 219 (166); 273 (166); 377 (171); 411 (172).
113. Josef Hofmiller: *Friedrich Nietzsche.* Stromverlag Hamburg, 1932.
114. Josef Hofmiller: *Briefe* («Cartas.») En: Nachlass Rich. Blunck.
115. Friedrich Hölderlin: *Der Tod des Empedokles* («La muerte de Empédocles.») Edición originaria, editada por Hans Schumacher. Werner Classen Verlag Zürich, 1946.
99 ss.
118. Heinrich Homberger: «Nachruf auf Karl Hillebrand» («En memoria de Karl Hillebrand.») En: Karl Hillebrand, *Frankreich und die Franzosen* («Francia y los franceses.») Trübner, Strassburg[3], 1886 (volumen 1).
306, 307.
121. Curt Paul Janz: *Die Briefe Friedrich Nietzsches. Textprobleme und ihre Bedeutung für Biographie und Doxographie.* («Las cartas de F. N. Problemas textuales y su importancia para biografía y doxografía.») Theolog. Verlag Zürich, 1972.
188 (43).
123. Curt Paul Janz: «Die tödliche Beleidigung» («La ofensa mortal.») En: *Nietzsche-Studien. Internationales Jahrbuch für die Nietzsche Forschung.* De Gruyter, Berlin, 1974, pp. 192, ss.
62, 68, 96, 126, 425-427.
123. Curt Paul Janz: «Die tödliche Beleidigung» («La ofensa mortal.») En: *Nietzsche-Studien*, 1975, pp. 263 ss.
129, 414.
124. Curt Paul Janz: *Korrekturen und Nachträge zu Nietzsche-Brief-Ausgaben, nach der Handschriften* («Correcciones y adiciones a las ediciones de cartas de Nietzsche, según los manuscritos»), manusc.
400, 402, 403, 409, 422, 423, 427, 428, 429, 443, 447, 448, 450, 451, 455.
125. Curt Paul Janz: *Friedrich Nietzsche. Der musikalische Nachlass* («F. N. El legado póstumo musical.») Herausgegeben im Auftrag der Schweiz. Musikforschenden Gesellschaft, Bärenreiter, Basel u. Kassel, 1976.
46, 54, 87, 123, 167, 194, 214, 240, 262.
131. Werner Kaegi: *Die Idee der Vergänglichkeit in der Jugendgeschichte Jacob Burckhardts* («La idea de la transitoriedad en la historia de juventud de J. B.») *Basler Zeitschrift für Geschichte und Altertumskunde*, Jahn. 42, Basilea, 1943, pp. 209 ss.
46.
136. *Kladderadtsch.* Los números de la guerra, 1870.
87.
139. Fritz Kögel: *Briefe. Nachlass Rich.* («Cartas. Legado póstumo de Rich»), manuscrito Blunck.

140. Kurt Rolle: «Paul Rée» (?). *Zeitschrift für Menschenkunde*, Jahrg. 3, pp. 168 ss. Kampmann, celle, 1927/28.
141. Heinrich Köselitz: *Musikalische Philister.* («Filisteos musicales.») Musikalisches Wochenblatt Fritsch, Leipzig, 1877.
395.
143. Eduard Kranner: *Gottfried Keller und die Geschwister Exner.* Schwabe Basel, 1960 (Colección Llosterberg).
25
146. Mapa de Suiza. Eidg. Landestopographie, Wabern/Bern.
447.
149. Friedrich Albert Lange: *Geschichte des Materialismus* («Historia del materialismo»), Brandstetter, Leipzig[10], 1921.
188.
150. Wilhelm Lange-Eichbaum/Wolfram Kurth: *Genie, Irrsinn und Ruhm* («Genio, error y gloria»), Ernst Reinhardt Verlag, München/Basel[4], 1961.
337 (171 ss.), 426 (146 ss.).
152. Theodor Lessing: *Der jüdische Selbsthass* («El autoodio judío.») Jüdischer Verlag, Berlin, 1930.
298.
154. Siegfried Lipiner: *Der entfesselte Prometheus* («El Prometeo desencadenado.») Breitkopf und Härtel, Leipzig, 1876.
408.
157. Frederick Love: *Young Nietzsche Wagnerian experience* («La experiencia wagneriana del joven Nietzsche.») AMS Press New York, 1966.
251.
158. Jacob Achilles Mähly: «Erinnerungen an Friedrich Nietzsche». («Recuerdos de F. N.») *Die Gegenwart. Wochenschrift für Literatur, Kunst und öffentliches Leben*, 58, 1900.
38.
160. Louise Marelle: *Die Schwester Elisabeth Förster-Nietzsche* («La hermana E. F. -N..») Bischoff, Berlin, 1933.
208.
161. Alfred v. Martin: *Nietzsche und Burckhardt. Zwei geistige Welten im Dialog* («N. y B. Dos mundos espirituales en diálogo.») Erasmus-Verlag (Reinhardt), München[4], 1947.
48.
165. Malwida v. Meysenburg: *Memoiren einer Idealistin* («Memorias de una idealista.») Schuster u. Loeffler, Berlin[9], 1905, 3 vols.
337 (III 261; III 295 ss.); 333 (XXXIV); 334 (XXXVII/I 60, 173); 335 (I 172, 267, 76, 136; I 155, 184; II 251, 254); 336 (III 170, II 145, 211); 337 (I 202-204; II 214; I 231; III 226); 338 (III 277; II 112, 314).
166. Malwida von Meysenburg: *Lebensabend einer Idealistin* («Atardecer vital de una idealista.») Schuster u. Loeffler, Berlin[3], 1900.
154 (4); 326 (249); 348 (3); 384 (49-56).
167. Malwida v. Meysenbug: *Im Anfang war die Liebe. Briefe an ihre Pflegetochter* («Al comienzo fue el amor. Cartas a su hija adoptiva.») C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, Munich, 1926.
380 (66); 385 (70, 72; 73); 410 (80, 81).
170. Christian Adolf Müller: «Die Stadbefestigungen von Basel» («Los afianzamientos urbanos de Basilea.») *Neujahrsblätter der GGG.* Helbing u. Lichtenhahn, Basilea, 1955 y 1956.
17, 18, 19.
171. Wilhelm Müller: *Geschichte des Deutsch-Französischen Krieges.* («Historia de la guerra franco-alemana.») Stuttgart, 1873.
83

172. Walter Muschg: *Tragische Literaturgeschichte* («Historia trágica de la literatura.») Francke, Berna[3], 1957.
353.
177. Walter Nigg: *Franz Overbeck.* C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, Munich, 1931.
74.
180. Wilhelm Oechsli: *Bilder aus der Weltgeschichete* («Imágenes de la historia del mundo»), III, Hoster, Winterthur, 1944.
183. Max Oehler: *Nietzsches Bibliothek. Vierzehnte Jahresgabe der Gessellschaft der Freunde des Nietzsche-Archivs* («La biblioteca de Nietzsche. Catorceava entrega de la sociedad de amigos del Archivo de Nietzsche»), Weimar, 1942.
344, 427.
187. Franz Overbeck: *Nachlass in der Universitätsbibliothek Basel, Handschriften* («Legado póstumo en la biblioteca de la Universidad de Basilea. Manuscritos.»)
323.
188. *Overbeckiana.* Sinopsis del legado póstumo de Franz Overbeck en la biblioteca de la Universidad de Basilea, editado por Matthias Gabathuler y Ernst Staehlin en 2 partes, Helbing und Lichtenhahn, Basilea, 1962.
74, 256, 434, 441, 453.
203. Polibio: *Historiae,* ed. de W. R. Paton, Loeb Classical Library[2], 1960, libro VI, cap. 11, 7/8.
228.
204. Adolf Portmann: *Die Frühzeit des Darwinismus im Werk Ludwig Rütimeyers* («La primera época del drarwinismo en la obra de Ludwig Rütimeyer»), Basler Stadbuch, 1965, Helbing und Lichtenhahn, Basilea.
I 44 ss. (180 ss.).
206. Erwin Rohde: *Kleine Schrifren* II *(Afterphilologie)* («Escritos menores II. Pseudo-filología.») Mohr, Tübingen und Leipzig, 1901.
154; 156 (348, 347); 156 (349, 360); 168-170.
209. Ludwig Rütimeyer: *Die Bevölkerung der Alpen.* («La población de los Alpes.») *Die Alpen, Jahrbuch des Schweiz. Alpenclub,* 1864.
42.
210. Edgar Salin: *Programa de rectorado para la Universidad de Basilea,* 1937.
202.
211a. Edgar Salin: *Jacob Burckhardt und Nietzsche.* Lamber Schneider, Heidelberg[2], 1948.
217. Alexander von Senger: *Geschichte der Familie v. Senger* («Historia de la familia von Senger[11]), manuscrito mecanografiado, inédito.
287, 292 ss. 294.
224. Carl Spitteler: *Gesammelte Werke,* vol. VI, Artemis Verlag, Zürich, 1947.
212 (497 ss.).
228. Karl Schlechta: «Friedrich Nietzsche und der Frankfurter Arzt Dr. Otto Eiser» («F. N. y el médico frankfurtiano Dr. O. E.»), *Frankfurter Wochenschau,* agosto 1940.
234. Max F. Schneider: *Die Musik bei Jacob Burckhardt* («La música en J. B.»), Amerbach Verlag, Basilea, 1946.
46 (25-38).
235. *Schweizer Grenzpost und Tagblatt der Stadt Basel,* año 1877, 18 de abril.
397.
236. Archivo estatal de la ciudad de Basilea.
109, 204, 373, 374, 401, 402, 420.
237. Biblioteca del teatro de la ciudad de Basilea.
320.
241. Otto Strobel: *Neue Urkunden zur Lebensgeschichte Richard Wagners* («Nuevos documentos para la historia de la vida de R. W.») Braun, Karlsruhe, 1939 (Contiene el *Diario* de Hans Richter.)
100, 117.

242. *Nietzsches Professur in Basel* («La cátedra de N. en Basilea»), Frommann, Jena, 1925.
16 (37); 125 (68); 205 ss. (98 ss.); 207 (101); 373 (82 ss.); 418 (101); 373 (82 ss.); 418 (88, 86); 459 (103).
245. Leon Tolstoi: *Luzern.* Gute Schriften Zürich, 1928.
27.
249. Isabella Ungern-Sternberg (v. d. Pahlen): *Nietzsche im Spiegelbild seiner Schrift* («N. en el espejo de su escritura.») Naumann, Leipzig, 1902.
379.
253. Eduard Vischer: *Wilhelm Fischer, Gelehrter und Ratsherr* («W. V., Erudito y concejal»), Helbing und Lichtenhahn, Basilea, 1958.
33 (7 ss.); 37 (121); 193 (119).
254. Martin Vogel: «Nietzsches Wettkampf mit Wagner» («El enfrentamiento de N. con Wagner.») *Beiträge zur Geschichte der Musikkritik.* Bosse, Rogensburg, 1965.
132.
257. H. Wagenvoort: *Die Entstehung von Nietzsche Geburt der Tragödie* («La génesis de *El nacimiento de la tragedia* de N.») En: *Mnemosyne,* Vol. XIII, Leiden, 1959.
132.
258. Cosima Wagner: *Tagebücher* («Diarios»), Piper, München, 1976 (I), 1977 (II).
24, 40, 85, 101, 105, 117, 122, 127, 129, 150, 151, 208, 210, 221, 239, 249, 250, 356, 380, 413, 442, 444, 449.
259. Richard Wagner: *Obras musciales.* Piano.
260. Richard Wagner: *Gesammelte Schriften* («Obras reunidas») («Escritos reunidos.») Fritsch, Leipzig, 1872-1883.
261. Richard Wagner: *Das braune Buch* («El libro marrón»), ed. J. Bergfeld, Atlantis, Zürich, 1975.
399.
264. Gerhard Wehr: Carl Gustav Jung. Rowohlt, Hamburg, 1969.
371.
266. Curt von Westernhagen: *Richard Wagner.* Atlantis, Zürich, 1956.
132 (509 ss.).
267. Curt von Westernhagen: *Richard Wagner.* Atlantis Verlag, Zürich, 1968.
413 (524 ss.); 414 (528).
268. Josef Viktor Widmann: *Johannes Brahms in Erinnerungen* («Recuerdos de J. B.»). Amerbach Verlag, Basilea, 1947.
245.
270. Ulrich v. Wilamowitz-Möllendorf: *Zukunftphilologie* I y II. Berlin, 1872.
157, 158-161.
271. Ulrich v. Wilamowitz-Möllendorf: *Erinnerungen* («Recuerdos.») Koehler, Leipzig[2], 1928.
158 ss. (128 ss.).
272. Bernhard Wyss: *Wilhelm Vischer-Bilfinger und das philologische Seminar in Basel,* Museo Helvético, 1962.
15 (225), 305 (225), 35 (226 ss.).
275. Franz Zelger: *An der Schwelle des modernen Luzerns* («En el umbral de la Lucerna moderna.») Hagg, Lucerna, 1930.
25. ss.
276. Stefan Zweig: *Der Kampf mit dem Dämon: Hölderlin, Kleist, Nietzsche* («La lucha contra el demonio: H., K., N.»), Frankfurt, 1951.
282. *Deutsches Literatur-Lexikon* («Diccionario de literatura alemana»), Franck, Berna, 1968.